*

PARTE TERCERA DE DAVID PERSEGVIDO, Y ALIVIO DE LASTIMADOS.

HISTORIA SAGRADA, PARRAFRASEADA con Exemplos, y varias Historias humanas, y Divinas.

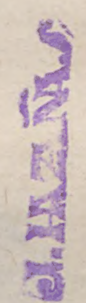
Añadida por ſu Author, y corregida en eſta ediccion.

ESCRITA POR EL DOCTOR DON CHRISTOVAL LOZANO, COMISSARIO de la Santa Cruzada, del Partido de Hellin, Procurador Fiſcal de la Reverenda Camara Apoſtolica, y Capellan de ſu Mageſtad en ſu Real Capilla de los Señores Reyes Nuevos de la Santa Igleſia de Toledo.

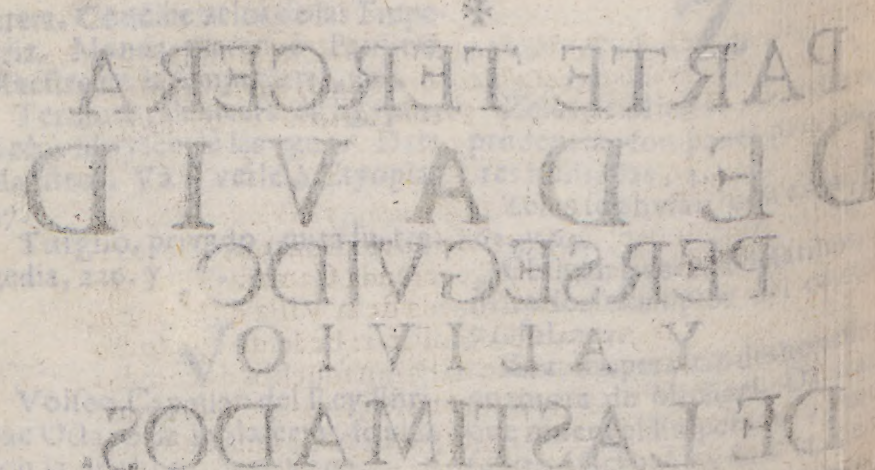
Pliegos 48. y med.



Año de 1753.



Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta REAL de la *Viuda de Don Diego Lopez de Haro*, en calle de Genova.



APROBACION DEL R. P. M. Fr. DIEGO NISSENO, TRES VECES Provincial de la Provincia de Castilla, Orden del G. Basilio, facilmente Principe de los Monges, y Proto-Patriarca de las Religiones, &c.

EL libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*; cuyo Author es el Doctor Christoval Lozano, Procurador, y Promotor Fiscal de la Reverenda Camara Apostolica, y Comissario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin, y su Partido, que V.S. me mandò censurar: he leìdo con sumo gusto, y consuelo mio, donde se hallaràn muchos documentos Christianos, y politicos dictamenes, escritos, y exhornados con mucho asseo, ordenados, y dispuestos con tan rhetorico aliño, que me parece estar delineadas en esta estudiosa tarèa, y judicioso desvelo, las idèas todas de aquel incomparable varon, y critico Monarca de la erudicion, Justo Lipsio, que con tan discreta disposicion, y avisada serie hizo aquel tan armonioso maridage de los avisos, y exemplos, si bien lo laconico de aquel peregrino sugeto, se hallarà aqui difundido con elegancia por las dilatadas campañas de la eloquencia fabricando el Author, como argumentosa aveja, artificiosos panales de miel, para aprovecharse, copiando sus dulzuras, y de cera para aprovecharse, copiando sus luces. Con lo qual ha cumplido exactissimamente con el deseo de Venusino, y rico, haciendo aquel primoroso temperamento de confederar lo dulce con lo util, arribando de esta suerte à lo supremo de la cumbre del hablar, y eminencia del escribir. Por lo qual juzgo, que debe V.S. hacer favor, y merced al Author, dandole la licencia que pide para estampar esta dulce, y provechosa fatiga, porque si es: *Alivio de lastimados*, todos necessitan de sus doctos, y prudentes consejos, pues en el siglo que corre, corren tanto las lastimas, que no hai à quien no alcancen, y comprehendan: y porque en todo el libro no hai proposicion que se oponga al recto sentir de nuestra Catholica Fè, ni al modesto proceder de las Christianas costumbres. Este es mi parecer. En el gran Basilio de Madrid, Diciembre 19 de 1651.

Justo Lipsi. mon. & exep.

Hor. in Arte.

Fr. Diego Nisseno.

LICENCIA DEL REAL CONSEJO.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario de el Rey nuestro S ñor, su Escribano de Camara mas antiguo, y de gobierno de el Consejo, &c.

Certifico, que por los Señores de èl se hà concedido licencia à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros, è Impressora en la Ciudad de Sevilla, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los tres Tomos del Libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*, su Author el Doctor Don Christoval Lozano, con que la reimpression se haga por los Exemplares que vàn rubricados, y firmados al fin de mi firma, que sirven de Original, y que antes que se vendan se trahigan al Consejo dichos Tomos reimpressos, junto con sus Exemplares, y certificacion del Corrector de estàr conformes, para que se tasse el precio à que se ha de vender cada uno, guardando en la reimpression lo dispuesto, y prevenido por las Leyes, y pragmaticas destos Reinos. Y para que conste, lo firmè en Madrid, à veinte y quatro de Julio de 1753.

D. Joseph Antonio de Yarza.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 5. lin. 11. *parecer*, lee, perecer. Pag. 16. lin. 2. *Enados*, lee, Estados. Pag. 18. lin. 20. *Floriende*, lee, Florinda. Pag. 57. lin. 12. *permito*, lee, permitiò. Pag. 61. lin. 3. *esclavo*, lee, esclavo. Pag. 130. lin. 15. *paicciendole*, lee, pareciendole. Pag. 169. lin. 3. *elegdo*, lee, elegido. Pag. 214. lin. 10. *tod*, lee, toda. Pag. 346. lin. 14. *manosa*, lee, mañosa. Pag. 350. lin. 1. *ci lo*, lee, Cielo.

Al margen. Pag. 238. lin 11. *accipian*, lege, accipiam.

Este Libro tercera parte de *David Perseguido, y alivio de Lastimados*, con estas Erratas viene conforme al antiguo, que rubricado, y firmado al fin (como lo està) sirve de Original. Madrid seis de Julio de 1753.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera.
C. G. por su Mag.

CEN-

CENSURA DE EL REVERENDISSIMO PADRE FRAI FRANCISCO Palanco, del Orden de los Minimos de san Francisco de Paula, Lector Jubilado, Calificador de la suprema, y de sus Juntas Secretas, Examinador Synodal de el Arzobispado de Toledo, Visitador de las Librerias de España, Difinidor, y Padre de Provincia en el Convento de la Victoria de esta Corte.

M. P. S.

DE orden de V. A. he visto las obras de el Doctor Don Christoval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comissario de la Santa Cruzada, &c. Todos los quales Libros han corrido en España con general aplauso, y estimacion de muchos años à esta parte, sin la mas leve nota; antes si con aprobacion de hombres doctos, y piadosos, por contener con grande sal gran parte de la erudicion humana, y Divina, cuya leyenda se ha experimentado mui util para el consuelo de afligidos, recreacion de animos melancolicos, è instruccion de ignorantes. Contiene una immensa copia de singulares exemplos, que informan para las buenas costumbres, esfuerzan la cobardia humana, instruyen en la nobleza, para seguir generosamente sus blasones; y sobre todo enseñan constancia, paciencia, y fortaleza en los mayores trabajos, y adversidades, siendo una eficacissima demonstracion, que persuade con la historia los grandes bienes, frutos, y premios, que logra una virtud constante, quando mas combatida de contratiempos. Por todo lo qual, y por no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè Catholica, ni contra las buenas costumbres, dichos Libros merecen ser otra, y muchas veces impressos, y la licencia que para esto se pide. Assi lo siento, en este de Nuestra Señora de la Victoria de Madrid, Mayo 23. de 1713.

Frai Francisco Palanco.

SUMA DE LA TASSA.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey, nuestro Señor, su Escribano de Camara mas antiguo, y del Gobierno del Consejo, &c.

Certifico, que haviendose visto por los Señores de èl, el Tomo tercero del Libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de Lastimados*, su Author el Doctor Don Christoval Lozano, que con licencia de dichos Señores concedida à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros en la Ciudad de Sevilla, ha sido reimpresso, Tassaron à ocho maravedis cada pliego, y dicho Tomo parece tiene quarenta y ocho y medio sin Principios ni Tablas, que à este respeto importa trescientos ochenta y ocho maravedis, y al dicho precio, y no mas mandaron se venda, y que esta Certificacion se ponga al principio de cada Tomo, para que se sepa el à que se ha de vender. Y para que conste, lo firmè en Madrid à veinte y quatro de Julio de mil setecientos cinquenta y tres.

D. Joseph Antonio de Yarza.

PROLOGO.

LEctor mio, la gana con que veo que lees, y repassas mis escritos, pues son yà diez impressiones las que de la tercera parte de David se han dado à la estampa, esso me obliga, y me ocasiona à que con mas veras prosiga en mis trabajos. Las persecuciones de Dios hombre, Hijo de David, fue el ultimo Tomo, que puse en tus manos, y remitî â tu censura. Esta tercera Parte te ofrezco, en la qual hallaràs desvelos, y discursos peregrinos, exemplos famosos, è historias sazonadas, que no solo te entretengan, y diviertan, sino que te obliguen à devocion, y ternura, à dulces desengaños, y à utiles escarmientos, que este es el fin, y pretexto de mis obras. No dexes de vèr este Libro, que te asseguro te sea gustoso empleo. Dios te guarde.

TA

TABLA DE LOS CAPITULOS DE ESTE LIBRO.

§§

TER-

JHS.

TERCERA PARTE DE DAVID PERSEGUIDO, Y ALIVIO DE LASTIMADOS.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE CUENTA LA FUERZA DE THAMAR POR EL Principe Amnon, las lastimas de la Infanta, y el gran dolor de David.

DESPUES de passada aquella pluvia de penas, y aquel combate de ahogos, con que el fiscal de su conciencia dexò a nuestro David arrepentido, y lloroso por su culpa. Despues que amainò el dolor, por la muerte de aquel Infante rapàz, que aunque espurio, se hizo querer con estremo: Despues que con caricias, y alhagos le enjugò las lagrimas à Bersabè, una Magestad amante (que donde reina el amor, tambien las Magestades deponen los pundonores.) Despues que el Infante Salomon saliò à luz, vertiendo afectos, a ser el Iris de paz en los mayores cuidados: Despues, en fin, que destruida Rabac, y coronado de triunfos, passaba David en Jerusalèn su Corte, vida apacible, y gustosa, regalado de sus queridas mugeres, y rodeado de muchos hermosos hijos (lazos dulces con que el paternal amor se aprissiona tierno, y se alhaga cariñoso) porque no hai felicidad humana, que permanezca estable, ni que dexe de topar azares que la entristezcan, se levantò enmedio de esta bonanza tal torbellino de cuidados, tal tempestad de disgustos, que fue menester, bien todo el grande pecho de David para no desmayar en la liza, ni

2. Reg. c. 13. Text. y Glossa.

ni acabar en el peligro. Fue este el caso: Entre las mugeres que tuvo David, y con quien celebrò sus matrimonios, fue una la Infanta Maacha, hija del Rey de Gesur, llamado Tholoman. Aunque era Gentil pagòse tanto David de su hermosura, q̃ ya fuesse por conveniencia de aquel Rey (con quien andaba en guerras) ya fuesse por proprio gusto, la llevò consigo à Hebron, donde hechas las ceremonias, que disponia la ley, * la honrò, como a las otras, con titulo de Esposa. Iba preñada esta Infanta de su primer marido.*y al parecer viuda, que al modo q̃ Abigail, supo enamorar tambien con los desaliños de las tocas, como otras con los trenzados de Doncellas. Pariò, pues, à Thamar, tan hermosa como ella, recabando la hermosura, las gracias, y los asseos de la niña, criarse en Palacio, y ser tenida, y estimada como hija de David, no siendo mas que ahijada. De David pariò despues a Absalon, Infante el mas hermoso, y bello que tuvo Palestina. De suerte, que Absalon, y Thamar eran medio hermanos, hijos de una madre, pero de padres diversos; mas no obstante todos los Infantes, hijos de David, estimaban, amaban, y querian à Thamar como a hermana propria, y con tal nombre la nombraban siempre. En llamarla hermana la Escritura, es el fundamento del Abulense, de querer sea hija propria de David; mas salva su autoridad, no convence, porque de esta suerte tambien dixeramos, que los Primos de Christo eran hermanos, pues los nombran assi los Evangelistas. Y no ay mas razon en una parte, que en otra: y assi supuesto que la hermandad de los Primos de Christo se ha de entender largo modo, assi tambien se ha de entender la de Thamar con Amnon. Demàs, que segun el derecho de los Athenienses (*como refiere Herodoto, y Avendaño*) se debe llamar hermana, è hija de David, por aver nacido estando ya su madre casada con David. De suerte, que no solamente se llama Thamar hermana de Amnon largo modo, sino segun derecho de aquellas edades. *Con que se concluyen todas las razones del Abulense, que tan opuesto se muestra à Lyra en esto, y sin duda Lyra lo pensò mejor.*

Deut. c. 21 Vamos siguiendo el parecer de Lyra, de que Tamar no fue hija carnal de David, sino putativa, contra el sentir del Tosta. q. 4 Reg. c. 13. 2. tom. de Sanctis, Sermõ de S. Joseph, discurso 3

A fuerza de las edades passaron las niñeces destos Principes, y quando ya jovenes briosos, buscaba cada uno su poco de galanteo, diò el Principe Amnon, hijo de Achinoa, y à quien como Primogenito le tocaba la Corona, en mirar con

cuidado à la Infanta Thamar, sacrificandole afectos a incendios de la hermosura en que començò à abrasarse. Diòle rienda al deseo, en vez de refrenarle con recato, y qual ciega mariposa, que engolosinada de la luz, sin que le amedrente el riesgo, se precipita a la llama, se dexò tanto llevar de su amorosa passion, que a calenturas del alma, enfermò la vida de una penosa dolencia. Lo impossible de alcanzar, le turbò las esperanzas, y le quitò la salud. Y no era la dificultad juzgar a Thamar hermana, quanto èl sabia que no lo era sino el recato, y clausura inconstrastable con que las Doncellas, hijas de los Reyes, se guardaban entonces. Era puerto tan cerrado, que aun un Principe heredero tuvo por impossible solicitar la entrada. Esto le afligia à Amnon, considerar, que aun con violencia no avia de poder lograr su gusto; esto le desmayaba; esto le enloquecia: y esto le trahìa sin reposo. Manifestòse en la cara la dolencia, y como nadie sabia de donde dimanaba, echaban juicios al buelo quantos le veian. Aquel andar pensativo; aquel suspirar al Cielo; aquel quexarse callado; aquel llorar a sus solas, llenò de confusion, y pena a los Gentiles-Hombres, y Pages que le servian. Nadie se atrevia a preguntarle nada: que a un Principe que se quexa, y calla la causa, son escusadas preguntas, pues de hacerlas, puede darse por ofendido el respeto. A un Rey que calla, callar es el mejor medio; pues no son para todos, ni aun para nadie, a veces, cosas que una Magestad repassa desabrido, ò siente callado. Solo un Privado, ò Amigo, puede en estos lances romper los candados del silencio, y desabochornar a una Magestad, quando desazones, y disgustos le tienen triste. Y luego diràn algunos barbaros, que no tenga el Rey Privados, como si fuera un Rey, Dios, que no necessitàra de alivios, y consuelos. El descanso de un Principe, el desahogo es en Privado; un amigo; pues muchas veces no pudieran dirigirse en un pecho Real ensados, y pesadumbres, a no tener un amigo con quien comunicarlos. O si no, veasele la prueba en nuestra Historia. Tenia el Principe Amnon un amigo, y primo hermano suyo, discreto, sagacissimo, y prudente, requisitos necessarios que debe tener quien es Privado de un Principe; (porque de Privados tontos, nunca saca un Rey aciertos.) Llamabase

bale Jonadab, hombre de buen capricho, de lindo talento, y para qualquier cosa tenia su ardid, y maña. Bien es verdad, que ay ardides perniciosos, y que no sirven à la razon, sino al apetito. Pero en fin, un Principe enamorado (dolencia bien penosa) solo busca curas, y medicinas a su gusto. Tales las diò Jonadab, porque reparando cuidadoso en las melancolias, y desabrimientos con que Amnon andaba, llegose à èl un dia, y apartandole en secreto, le dixo, con la licencia de Amigo, estas palabras: *Què causa, señor, ò què achaque, què cuidado, ò què dolencia aflige à V. Alteza aquestos dias? Pues por mucho que sus silencios procuran encubrirlo, las señales que se vèn en su rostro, tristeza, y amarillez, lo publican pregoneros? Si es algun accidente, ò enfermedad, què medicina, què droga, ni què Medico no solicitarà à porfia la salud de un Principe de Israel? Si es algun pesar, ò enojo que le han dado, què armas, què criados, ò sirvientes, no tomaràn por suya la venganza? Si es algun cuidado, alguna pena amorosa, què Dama de Jerusalen se mostrarà esquiva, ù obstentarà recatos en un Principe heredero, discreto, mozo, y galan? Ea, digame V. Alteza el cuidado que le aflige, la pena que le entristece, el miedo que le acobarda, pues sabe de mi lealtad, que arriesgarè vida, y honra por servirle. Declarese conmigo, descubrame su pecho, manifiesteme su mal, pues quando mi poca dicha no le pueda dar remedio, tendrà por lo menos à su lado un amigo que sepa sentirlo.*

Con estas, y semejantes palabras solicitò Jonadab al Principe doliente à que le hiciesse notoria la calentura de amor, que le abrasaba. Haviendole, pues, oìdo, y animandole mucho con sus finezas, lanzando del corazon un lastimado suspiro, y apretandole las manos, con aquel afecto entrañable, que suele un amigo à otro, quando acongoxado se lamenta, le respondiò de esta suerte: *Hai primo, y amigo! Y como, si al passo que confio en tus finezas, pudiera tener cura mi accidente, y quan sin embarazo te huviera entregado desde luego la llave del escrutinio de mi pecho, para que vieras, y registràras hasta los pensamientos mas minimos, que encierra lo impossible del remedio! No la estrañeza, ò recato que piensa tu presumpcion, es quien ha puesto candados à mis labios, para no descubrirte las penetrantes heridas de que muero, porque si solo ha de servir de dàrte parte de mi dolor, y hacerte penar conmigo, antes juzgo serà au-*

aumentarme el sentimiento, que aplicar à la llaga medicina. Mas supuesto que haces cargo à mi voluntad, y à fuer de leal, y noble gustas de ayudarme à sentir, escucha mi cuidado, y atiende à mi dolor. Esse monstruo de beldad; esta, que con renombre de hermana me hace obras de enemiga: Thamar digo, essa hermana de Absalon, como desde la niñez nos criamos juntos, y desde entonces se hacia querer, se ha enseñoreado tanto de mi afecto; me ha cautivado de modo, que tuviera à menos mal perder la vida, que estàr en potro de amor, passando la mancuerda por un vēdado rapàz, desapiadado verdugo. He procurado olvidarla: no he podido. Dexar ya de quererla, es impossible: gozarla, dificultoso: parecer en esta liza, solo es el remedio. Entre gozarla, ò morir, no hai medio alguno, y como aquello que pueda ser, le doi cordel a la muerte, para que a vueltas de una congoja, y otra me acabe la vida. Esto es lo que passa por mi: esto lo que procuras saber: esto el dolor que me acorta: este el mal que siento.

Hecho todo à la atencion, y aun dado todo al discurso, escuchaba Jonadab al Principe enamorado; y apenas acabò su relacion, quando despavilando èl su ingenio, le dixo desahogado, y animoso: Ea, no ay que acobardarse V. Alteza, ni juzgar por impossibles los mismos temores con que se guerrea. Haga pecho a la fortuna, que yo le he de dàr ardid para que logre su gusto. Siga mis consejos, à penas de ignorante, si yo no le pusiere à Thamar en sus manos. Como puede ser esto (replicò Amnon) menos que quebrantando el retiro, donde con las demàs Infantas, y Doncellas tiene su Real alvergue? Ni como podrà ser esto, menos que quebrandole a mi padre las niñas de los ojos, y alborotando la Corte con tan tamaño escandalo! No ha de ser de essa manera (le respondiò Jonadab, mostrando alguna risa) con traza, y con secreto se ha de tomar este Fuerte. Oiga V. Alteza el modo que he discurrido, que aunque de repente, juzgo que ha de darnos la victoria. V. Alteza, aunque sin fingir, lo està, se ha de fingir mas enfermo. Acuestese en su cama, hagase todo a la melancolia, manifieste con estremos su afliccion, nieguese al sustento; y muestre tener hastio del mas apetitoso manjar. Vendrà el Rey à visitarle, que co-

mo padre amoroso le ama, y quiere, y al hacerle las preguntas ordinarias, de si come? O apetece alguna cosa? Alga la ocasion, y digale, con los melindres de enfermo: pero sin mostrar en ello demasiado cuidado: En verdad, padre, y señor, que como todo mi mal es una melancolia, ò hypocondria rabiosa, y no ay cosa mas triste para un hombre doliente, que no tener a la cabecera una muger, madre, ò hermana, que aliñe la comida, y sazone los manjares, gustara mucho, que V. Mag. me hiciesse favor de que viniera mi hermana Thamar a servirme de enfermera, pues me parece, que aderezada de su mano comiera qualquiera cosa. No dudo que dexe de assentir vuestro padre a tan piadoso ruego, y mas ignorando la malicia que llevaba encubierta. Viniendo, pues, Thamar a servir a V. Alteza, no tengo mas que decirle, pues la misma ocasion le dirà lo que ha de hacer.

Esta fue la traza, este el consejo que diò Jonadab a Amnon, bueno para curar un Principe doliente; pero malo, y pernicioso para el honor de la Infanta, padre, y hermano. Y como siempre el apetito abraza de buena gana lo que està bien a su antojo, apenas escuchò Amnon, quando al instante lo puso por la obra. Hizo cama, publicòse la dolencia, llamaron todos los medicos apriesa: visitaronle confusos los Infantes: lastimados los Señores: David mas enternecido. Fingiòlo Amnon lindamente: propuso su ruego, otorgòle el Rey la gracia: mandòle à Thamar que passasse al quarto del Principe, y mirasse con cuidado por su vida, por su regalo, y salud: Quien pensàra tal de un Rey tan advertido como David? Mas quien no lo pensàra de un padre que adora à un hijo? Ciega mucho una amorosa passion à todo un entendimiento. Aun con traza menos rebozada se dexàra engañar David entonces. El alma le diera à Amnon, si se la pidiera, quanto, y mas la assistencia de una media hermana. Juzgabale ya en la cama casi muerto, como avia de imaginar que estaba para demasìas? Fue Thamar, en fin, à ser enfermera hermosa de aquel enfermo de amor, no menos engañada que el Rey q̄ diò la licencia: simple avecilla, que ignorando las redes del cazador astuto, se và desalada a lo dulce del reclamo, donde la tienen trazada su muerte.

Vien-

Viendo, pues, Amnon tan logrado su deseo, porque no se le fuesse la caza de las manos, no quiso dàr lugar a muchas dilaciones, sino a las primeras vistas; passados los alhagos cariñosos, y el pesame bien sentido con que la hermosa Doncella supo acariciarle: al llevarle de comer, plato que aliñó su asseo, hizo el Principe despojar la sala, y despues de quedar solos, y de haverse encerrado en otro aposento mas retirado, y oculto (todas prevenciones dispuestas para lograr mejor la demasia) asiò de las manos a la Infanta; y, amoroso, y lisongero, llamandola cara hermana, le manifestò su amor, y la pidiò enternecido curasse su dolencia. Thamar entonces, por una parte embargados los alientos, visto el engaño por otra, haciendose a la razon, y recobrãdo brio: por una parte salpicada de verguenza (todo rosas para mas enamorar) por otra descolorida de enojo (todo valentias, para mas encender) le hablò de esta manera: Hermano, y Principe mio, no querais, os ruego, hacer logro de la Violencia el derecho del gusto, ni querais alcanzar como grossero, lo que puso el amor en cortesia. Mirad, que es este un borron que afearà todas vuestras glorias: una maldad, que obscurecerà vuestra fama; un delito, que os harà a todos odioso. No hagais cosa, en fin, con que os condenen por necio, quando el mayor blason de un Principe, es preciarse de entendido. Si me amais, como decis: si tanto me deseais: si tan hermosa os parezco: si tanto ofreceis de honrarme, pedidle al Rey mi señor, que os despose conmigo, que me entregue esposa vuestra, que yo fio que no lo negarà, pues soi hija de una Infanta de Gesur, muger de vuestro Padre. Vaya todo esse amor por buen camino, y entonces vereis como sè daros gusto, porque de otra suerte antes me haveis de vèr hecha pedazos, que consienta mi honor la menor quiebra.

Ni al ruego, ni al amenaza se ablandò Amnon, que un Principe determinado, y yà puesto en el lance, tuviera por afrenta, con los duelistas de amor, dexar perderle; y assi, hecho toda a la violencia, y bueltos los alhagos en enojos, logrò su apetito: si bien quedò tan lastimado de la lucha, con tal dolor, tan herido * (yà fuesse descuido suyo, yà cuidado de Thamar) que escupiendo pesadumbres, y trocando en

Opiniõ de los Hebreos, aũque con las circũstancias la dà por ridicula el Abulense.

en mortal odio todo el passado amor, comenzò à arrojar de sì con oprobrios, y desprecios, à lo que poco antes era iman idolatrado. Simbolo manifiesto de lo perecedero, y caduco del deleite; pues con tanta presteza se vuelve acivar el gusto. Quitateme de delante (le dice Amnon à Thamar) salte de la sala, no estès mas en mi presencia. Y ella bañada en llanto, le replicò lastimada: Señor, pues què es esto? No basta aver mancillado mi honor, y aver hecho de mi lo que aveis querido, sino despreciarme ahora, y tratarme como à una muger ruin? Este era vuestro amor? Esta vuestra voluntad? Esta vuestra aficion? Mas siento este desprecio con que ahora me tratais, qne la fuerza que me aveis hecho; porque aquello, aunque es delito, al fin es querer: pero esto es grosseria, que no admite disculpa. Reportaos, os ruego, y no deis à entender à los criados mi lastima, y afrenta. Dissimulad un poco, pues yo lo dissimulo. Estaba Amnon tan loco, y tan perdido, de cruel, como antes de enamorado, comenzò à llamar à gritos al Paje de Camara, haciendo con cada Ola, temblar el aposento. Entrò el criado, confuso, y aturdido, y mandòle severo, que tomasse à Thamar del brazo, y la arrojasse fuera. Què impiedad! Què villania! Què descaro!

Qual saldria la infeliz Infanta, considerelo el piadoso, pues por mucho que se haga à la consideracion, y à la ternura, no podrà ponderar el dolor, ni dàr fondo al sentimiento. Pero con todo, aunque lo estrenzado del cabello, desaliños del vestido, lagrimas del rostro, y heridas de las manos, daban muestra de la lucha, y passada riña, se hizo Thamar en lo que fue possible, al dissimulo, no dando à entender su afrenta, y callando su dolor. Que aun por no hacer tan claros los indicios, le rogaba al Principe, que no la echasse de sì. Mas ya que èl siguiò su capricho, ella enmendò lo que pudo. Como que era el disgusto de otra cosa, y otra la pesadumbre, tomò à sus criadas, y sin querer volver à su quarto, enderezò los passos à la casa, y Palacio de Absalon. Alli, pues, soltando la presa al llanto, y quitando el rebozo al dissimulo, se hizo toda à los estremos. Rasgò la ropa talar, de que iba vestida, gala, y adorno permitido solamente à las Infantas; derramò ceniza sobre su cabeza; desasseòse el cabello, todas ceremo-

nias

nias de tristeza, y luto, y con destemplados gritos, que movian à lastima à los bronces, se echò à los pies de su hermano: Absalon, que era entendido, al verla de aquella suerte, imaginò la causa, y preguntòla, si el Principe avia usado con ella alguna demasìa? A lo qual se puede presumir que responderia Thamar estas palabras: no necessito, querido hermano mio, que declare la lengua agravio que mis tristezas hacen tan patente. Lo que en la cara se vè, lo que mis ojos dicen, lo que mi dolor pregona, que ay que reducirlo à dichos. No son las afrentas para contadas, sino para llorarlas, y sentirlas. Los agravios de la honra primero han de vengarse que decirse, que es tener poco de honrado, quien cuenta su deshonor. Harto digo en esto, harto me declaro, y mas à quien lo entiende. Si acaso, pues, te obliga mi dolor, si te enternece mi pena, si mi lastima te mueve, hàz que conozca el mundo que tengo en ti un hermano. No lleguen à Gesur las nuevas de mi afrenta, sin que aya llegado antes la de mi venganza. No se quede glorioso un Principe atrevido, que con traiciones, y engaños de fingida dolencia fuerza voluntades, y estraga cortesìas. No le valgan los indultos de Alteza, las preeminencias de Principe, los derechos de señor, à quien con modos ruines desprecia lo que ha gozado. No quede para ceñirse la Corona quien usa mal del poder. Muera à manos de mi justicia quien quiere frutos de amor à fuerza de manos. Muera violentamente quien ha usado de violencias. No aya en el Cielo piedad con quien faltandose à su obligacion ofendiò al Cielo. Estos quexidos que esparzo, sean rayos que le abrassen; estas lagrimas que vierto, sean mares que le aneguen; estas congoxas que siento, sean lazos que le ahoguen. O mal aya la fortuna! Que ya que depositò en una muger la preciosa joya del honor, no la diò fuerzas varoniles para poder defenderla de ossados, y atrevidos! O mal ayan mis alientos: Pues quando los solicitè mas briosos, los vi mas afeminados encontrados con el susto, desmayados à la pena! O mal aya mi valor! Pues quando pensè ser tygre, me hallè qual mansa paloma entre las uñas de un Sacre! O mal aya, amen, mi dicha! Pues en batalla tan fiera, aun las voces, ni mis gritos, armas mugeriles, no pudieron socorrerme! Lleguen, pues, los

cla-

clamores de mi agravio, los quexidos de mi ofensa, sin que el fuego, ni el aire los embarguen hasta las puertas de el Cielo, y aldabadas de mi llanto, rompan, y abran todas sus Celestiales Claraboyas. Oigame el Cielo, por lo menos de justicia, yà que en la tierra me falta, y con castigos crueles vengue, y castigue tan detestable maldad, tan declarada insolencia. Y si el Cielo tambien no quisiesse oirme: si nadie me escuchasse: si me dexassen todos, sirvame yo verdugo de mi misma: despedacenme mis manos: rasguenme la cara, y pecho, y entre rios de coral, aneguenme la vida, y dexenme sin alma.

Bien se puede creer piadosamente, que con estos, y semejantes despechos, con estos clamores, y lastimas sentidas llegaria Thamar al Palacio de Absalon, para provocarle a la venganza, que es diligencia de muger vengativa exagerar su agravio, y su dolor a quien la puede vengar. Todo lo supone el Sagrado Texto, pues dice, que entrò dando alaridos, y que Absalon la acallò, y la consolò. * Era Absalon de agudo entendimiento: sabia dissimular, al passo que sentir, y callaba hasta la ocasion lo que avia de obrar. Mostròlo con la experiencia, pues quando al vèr à su hermana de aquel modo, parece que havia de romper en furias, y salir con la espada tiradà à buscar al delinquente, se portò tan desapassionado, tan modesto, tan sufrido, que pudo tenerle Thamar por sospechoso. Con alhagos, y caricias la acallò las quexas, la enjugò las lagrimas, la templò los sentimientos. Calla hermana mia (le decia) y no te aflijas por esto, quando es Amnon tu hermano, y somos todos unos. Si otro qualquier Principe estraño te huviera ofendido, hai entraban los fueros del pundonor, y el ajustar con las armas el despique; pero siendo Amnon de casa, hijo de nuestro padre, y que sola la flaqueza le hizo descomedido, què ay que hacer extremos, que publiquen el caso, y hagan notoria la afrenta? Calla, y dexalo a Dios, que èl te harà vengada. Esto sonaban las palabras, mas otro le quedaba en el pecho. En fin Thamar abrazò los consejos de el hermano, mas de afrentada, y corrida no quiso bolver al quarto de las Doncellas, sino que alli hizo que Absalon la diesse quarto, donde sin querer jamàs casarse, viviò toda su vida en continencia.

Ibat ingrediens, & clamans, &c. 2 Reg. cap. 23.

* Y el Tostado lo supone q. 7. Indicibilis erát planctus ejus, 2. Reg. c. 13.

Hon-

Honrado capricho de las Doncellas de aquel siglo, no querer entregarse à esposo, sino iban Doncellas. Què bueno esto para aora! Mas quiso Thamar vivir retirada, y sola, que no exponerse à que un marido le diesse cada dia en rostro con su afrenta. Fue loable miramiento.

Bien apesadumbrado como vimos, quedò el Principe del lance, à causa que en la carrera saliò herido: que como corria vendados los ojos de la razon, y el apetito es cavallo desenfrenado, debiò de descalabrarse; y asi entrando su primo, y consejero Jonadab à darle la norabuena, fue harto que no le embiasse noramala; y fuera bien merecido, pues consejeros, y terceros ruines, no merecen otro pago. En fin, le contò sus desazones; y en lo que avia parado el frenesì de su amor: q̃ como se trocò en odio, cesò aquella calentura. Con que dexando la cama, diò muestras de convaleciente, recibiendo parabienes de los Principes, y Grandes. Esto passaba en lo publico, que en lo secreto se gastaba mucha murmuracion entre los que avian alcanzado à saber algo del delito. David, que como à padre, y como à Rey no pudieron encubrirse los rumores del excesso, se hallò el mas confuso, y triste, que se viò jamàs. Entre afectos encontrados comenzò à luchar consigo, sin saber a que parte ladearse. Queria David a Amnon como a primogenito suyo (q̃ estos son, en fin, los que se llevan de un padre las primicias del amor.) Amaba a Thamar mas que si fuera hija, * porque fuera de serlo de la que era su muger, sus muchas gracias personales, recababan aficion, y hacian quererse. Mirando, pues, al Principe delinquente, y a Thamar ofendida, està pidiendo justicia a gritos de su agravio, y aquel solicitando perdon a silẽcios de su pena, ni bien se atrevia a olvidar las quexas del uno, ni bien ossaba hacer castigos al otro. En el castigo hallaba embarazos; en la piedad miraba inconvenientes, y por todos caminos salian dificultades. En pro, y en contra hallaba sus razones el discurso. Que aunque les parece a algunos que fue culpa en David no castigar al Principe con el rigor de la ley, por aver hecho fuerza a una Doncella noble, ò no hacerle, por lo menos, que se casasse con ella, pues eran de iguales prendas, con todo no falta quien disculpe su omision, ò to-

Vamos siguiendo siempre la opiniõ de Lyra, deq̃ Thamar no era hija carnal de David, por mas q̃ le desagrada al Abulense.

le-

Mira à Lyra en la Glossa.

lerancia, con puntos de derecho. * Lo uno, porque no daba la ley pena de muerte al violador de una virgen, menos que estando desposada con otro: que entonces, por el agravio de esposo, se castigaba con todo rigor el atrevido. Lo otro, porque la fuerza, y delito avia sido tan oculto, que no podia probarse, sino solo con la quexa, y cõ el dicho de Thamar. Este dicho, ò acusacion aun no se interpuso judicial, ni extrajudicialmente, como nos consta del Texto (traza, y consejo, como ya diximos de Absalon su hermano) luego no tuvo obligacion el Rey à hacer alardes de castigo; y mas en un Principe quando no avia prueba, ni acusacion de la culpa. En todas materias sabia mui bien David; y assi, viendo que aunque era verdad el caso, le escusaba el derecho de proceder à castigo, no quiso afligir a Amnon, ni entristecerle en lo publico, bien que en lo secreto le hizo, como advierte Lyra, * correcciones de padre. Supongamos, pues, como seràn. Aguardò oportunidad; cogiòle a solas, encerròle en su retrete: y como padre severo, y Rey airado le dixo estas palabras: Si pensais, Amnon, que ignoro vuestro delito, y que no ha llegado a mis orejas el rumor de la maldad, que ha escandalizado a muchos, os engañais en ello, que aunque Thamar lo ha callado, y nadie formalmente me lo ha dicho, sè todo lo que passa, y no sè como vivo de saberlo. Què puedo esperar en vos, ni que esperanzas podràn tener mis vassallos, si os ensayais a ser Rey, haciendo demasias? Son buenos principios de Principes forzar Doncellas, y mas a la que està en opinion de vuestra hermana? Son buenos principios de Rey escandalizar el Reyno con maldades semejantes? Era esto la enfermedad que fingiais, el dolor que me mostrabades? Esto el valeros de mi? Esto el pedirme engañoso remediasse vuestro mal? A mi me haceis tercero de vuestro gusto? de mi poder os valeis para violencias? Y sois tan mal mirado, que despues de hecho el delito, no solo no lo encubris prudente, sino que lo voceais desatento, mostrando desprecios, odios, y rencores a la que aveis ofendido? Gozar para aborrecer solo es de pechos viles, de animos bastardos, que hacen objeto el gusto, no el afecto. No dà a entender tuvo amor, sino apetito, quien conseguido el deseo, aborrece lo que ha amado. Si Thamar

*Por mas que se le oponga el Abulense

os

os pareciò tan hermosa, que solo el desearla os quitò la salud, què hermosura, què asseo, ni què donaire echais menos en ella, para no soldar su fama con titulo de esposa? En quanto à linage no es tan buena como vos, nieta de un Rey, y hermana de vuestro hermano? Para què, pues, son desprecios, ni para què desaires, contra quien està ofendida, y contra quien, si pide justicia, la ha de hacer vengada? Por vida de mi Corona, que si llega à juicio, que no ha de bastar todo el amor que os tengo para afloxar el castigo. Antes es la justicia, que el amor paternal. Primero es Dios, que yo. Primero el credito, que toda aficion humana. Mirad, que no serè yo el primer Rey que castigue demasias en un hijo, y que le saque los ojos, por quebrantar las leyes. Reducios à lo mejor, si me quereis tener por padre. Abrazad el mejor medio, si me estimais como à Rey. Soldad Principe, esta quiebra, pues podeis con facilidad, ò apercebios à enojo, si os mostrais proterbo.

No ay duda, si que David, * con palabras, y asperezas semejantes le reñiria à Amnon, à lo secreto, la fuerza de Thamar, y procuraria que se casase con ella: medio eficàz para soldar sediciones, y disgustos. Mas echando de vèr, que su aborrecimiento llegaba a ser tema, y que nombrarle Thamar le enfurecia, y proponersela para muger, le hacia decir disparates, procurò David con su cordura, ir afloxando el cordel de su rigor, y enojo, para no afligirle de modo que peligrasse. Era David para sus hijos mui tierno de corazon, como nos lo irà mostrando la experiencia. Amaba al Principe entrañablemente, y sentia en el alma verle apesadumbrado, afligido, y triste. Por esto, pues, no quiso en lo publico castigarle, ni reñirle, sino que haciendo, como dicen, la vista gorda, no se diò por entendido del hecho: que es medio mui prudencial hacerse el Juez ignorante del caso, quando por algun respeto no ha de passàr al castigo. Como se apagò aquella primera llamarada del murmurio sordo: como Absalon, que era el mas ofendido, encubriò tanto el dolor, y dissimulò la ofensa: como Thamar callaba: como todo con el tiempo se cura, y se olvida, assi David diò vado à sus sentimientos, olvidò los enojos, y quitò las pesadũbres, bien q̃ en el pecho le quedò siempre brasa, q̃ le escarbaba, y dolia.

* En sentir de Lyra.

CA-

CAPITULO SEGUNDO.

EN QUE PARA ALIVIO DE THAMAR, SE REFIEREN, Y se cuentan varios similes, y exemplos de doncellas forzadas, y castigos de los violadores.

RAzon serà, me parece, pues es obra de piedad consolar à un triste; y pues Thamar lo està tanto, retirada en su retrete, y pagando con lagrimas la pension de su desprecio, demosla algunos alivios con fracasos semejantes, siquiera para que a vista de ellos se suspenda su dolor, y amaine un poco su pena.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores desta historias, el Arzobispo Don Rodrigo, in Chr. Hispan. l. 3. c. 17. 18. 19. &c. P. Mar. en su Hist. de España, 1. p. l. 6. c. 21. 22. 23. Julian del Castillo en la Hist. de los Reyes Godos, l. 2. disc. 11. 12.

DOS Doncellas Españolas, ambas ilustres, y forzadas ambas, daràn principio a mi assumpto: no tanto para alivio de Thamar, quanto para exemplo de Principes lascivos, que por cumplir su antojo, y executar a violencias su deseo, fueron causa de lastimosas ruinas. Sea la Caba, ò Florinda la primera, tan odiosa, y tan aborrecible para España, que solo de su nombre abomina el mas piadoso, y el menos compassivo se reviste de furias, y despechos. Ya veo que es esta una Histor ia tan sabida de todos, que no sola la antiguedad de mas de novecientos años, no ha borrado sus noticias, sino que cada dia refresca sus memorias, pues apenas quantos nacen, llegan à edad de razon, quando tropiezan con ella. Por esto, pues, pudiera dexarla al silencio, si por lo ajustada al caso, no me hiciera escrupulo omitirla. Ceñirèla lo possible, sin faltar a la substancia, de modo, que al noticioso no le dè fastidio, ni al ignorante le falte lo mas serio. Y porque los Autores varìan en algunas circunstancias, refiriendo unos, lo que callan otros, y al contrario, atienda el curioso a los que vàn citados a la margen, y cotejandolos verà, que hai autoridad, aun para lo que juzgare por mas nuevo.

Con mil estragos de Religion, y costumbres se hallaba el Imperio Gothico, cerca de las años de setecientos y once,

ce, no solo por las parcialidades de los Grandes, que cada qual queria Rey de su mano, y se hacia al lado de quien llevaba mas en popa la fortuna, sino por las malas, y sacrilegas leyes de Vvitiza, en que negò la obediencia al Papa. Concediò, que cada uno tuviera las mugeres que quisiesse, y que los Clerigos se casassen. Decretos tan descomulgados, que el Concilio Toledano 18. caso que los aprobasse entonces, los borrò con el silencio, tildandolos, y sacãdolos de entre los demàs Concilios; y supuesto que en tiempo del Rey D. Rodrigo, que sucediò à Vvitiza, se observaban estas leyes, por lo menos la de casarse los Clerigos (contagio que cundiò por muchos años en España) por què culpan à la Caba de que se perdiò por ella aquella Monarquia? Què culpa fue sentir su agravio? Quexarse de su afrenta? Ni aun procurar la venganza contra el robador de su honra, quando tan justo dolor parece que lo salva? Por què alegan, pues, por causa de la ruina el quexarse la Caba de su agravio, y no el quebrantar Sagradas Leyes? Tened irritado à Dios con la desemboltura, enojado al Cielo con la desobediencia, y ofendida hasta la tierra, con tanta maldad; esto fue la causa que España se perdiesse, no que la Caba clamasse. Ella fue solo instrumento para tomar Dios el azote, y executar los castigos. Culpese à sì mismo el hombre quando peca; culpese à sì mismo el Reino, quando delinque, y no culpe al que ofendido le acarrea los pesares. En tiempo, pues, tan calaminoso, entrò empuñando el Cetro Don Rodrigo, hijo del Infante Theodofredo, y nieto del Rey Chindasuinto. Con ayuda de los de su parcialidad, y aun con socorro de los Romanos, donde se avia acogido huyendo de la muerte que le procuraba Vvitiza, no solo se hizo aclamar por Rey, despues que muriò su hermano Acosta, sino que al mismo Vvitiza le sacò los ojos, y le hizo morir en prision, castigo que èl havia hecho con Teodofredo, Padre de Rodrigo.

D. Manuel de Faria en el Epitome de las Historias de Portugal. c. 7.

Tomò el Rey por su Privado al Conde Don Julian, que, tambiẽ lo havia sido de Vvitiza, que como era tan poderoso ni el Rey rehusò acariciarle, ni el Conde rechazò el partido. Unos hacen a este Conde, Romano de nacion: otros Godo Nobilissimo, y esto tengo por mas cierto. Estaba

ca-

caſado con Fraudina hermana de el Rey Vitiza. Tenia muchos, y ricos Eſtados, aſsi en la Mancha, como en Andalucia, en la coſta de Africa, y tambien en Portugal, donde por aver fundado la Villa de Coubilan, y haciendoſe en ella ſu hija la caba, la puſo por nombre Caba Julia. Acoſtumbrabaſe en aquella Era, que los hijos de los nobles ſe criaban en Palacio en el ſervicio del Rey, y las hijas en el quarto de la Reina. Por eſta cauſa la Caba Florinda, hija del Conde, y Dama de ſingular belleza, entrò a ſer Dama de Palacio, quando pensò ſer ſeñora; porque ya fueſſe por la privanza de el Conde, ya por ſer Florinda ſobrina de Vvitiza, ya por verla tan hermoſa, ò ya fueſſe por todo, intentò el Rey Don Rodrigo hacerla muger ſuya; coſa que tenia al Conde bien alborozado, como a la hija guſtoſa, y alegre. Mas desbaratò eſtos tratos, y deshizo eſtos contentos, venir de Africa la Infanta Elhata, o Egilona, que al parecer avia ſido demandada al Rey de aquellas Provincias, para bolverla Chriſtiana, y caſarſe el Rey con ella. Mui cortos anduvieron aqui los Coroniſtas, pues no eſpecifican cuya hija fueſſe Egilona, ni què cauſas le movieron al Rey Don Rodrigo a ir a buſcar una Mora, quando en Eſpaña, y en Francia avia tantas Infantas Chriſtianas. En fin, ſea por lo que fueſſe, Egilona, vino de Africa a ſer Reina, cuya gracia, y hermoſura, dicen, que era tanta, que baſtò a apagar la llama amoroſa con que comenzaba èl a arderſe por el amor de Florinda. Quedòſe, pues, Florinda tan ſentida de la burla, como picado ſu padre del juego de la fortuna. Diſsimularon empero uno, y otro, no dando lugar a que el bochorno del agravio ſe aſſomaſſe al roſtro, ni ſalieſſe a la boca: bien que en ſus pechos durò tanto eſte reſcoldo, que tanto como por eſto, como por la fuerza, ſe hizo la conſpiracion que aſſolò la Monarquia.

Dama, pues, de la Reina Egilona, era Florinda en la Corte, y alcazar de Toledo, Silla Imperial de los Reyes Godos, quando el Rey Don Rodrigo, algo canſado ya de los brazos de la Reina, ò harto de ſus amores (que haſta la mayor hermoſura, por lo mui tratada, canſa al apetito) diò en bolver à mirar con cuidado la beldad de Florinda, dandole la ocaſion un amoroſo lazo, que à una Fuente del Jardin le ar-

armò Cupido, siendo la liga dos columnas de animado alabastro que desnudas en el agua, afrentaban el cristal. Avian salido (parece ser) todas las Damas; y pienso que ay quien diga, que la Reina con ellas, a tomar el fresco a una estancia deleitosa, donde brindadas de la sonora, y cristalina fuente, no solo dieron al agua calurosas las manos, sino que tābien quisieron bañarle las partes, que el talar adorno cubre y dissimula. Como se juzgaban solas, la mas melindrosa se negò al recato, apostando entre ellas, sobre qual se aventajaba a la blancura: proprio de Damas, quando en tales juegos se entretienen, y divierten. Como eran todas partes apasionadas, parece que trazò la suerte, que el mismo Rey diesse la sentencia. Acechabalas curioso desde una celosìa, donde sin mas informacion que sus mismos ojos (que la juzgò bastante) sentenciò para su mal, que era Florinda la mas ventajosa en gracias, en blancura, y en asseo. O! el mal que causa el poco recato de una muger hermosa, y el no reparar primero que se desnude, si ay quien pueda verla! O a quantos han amancillado descuidos de hermosuras poco atentas! Baste el de Bersabè, pues a un Rey como David le hizo dar de ojos: con que no hai que espantar, que el de la Caba le haga al Rey Don Rodrigo despeñarse. Mala bestia es la ocasion, y una amorosa vista, daño irreparable, y asi, si ay Dama, ù Doncella, que poco recatada, ù de proposito dà ocasion, y gusta que la vean, no se lamente despues, si viere acrecitas el daño, y el honor perdido. Bien pudiera reparar la Caba, y las demas, y todo, primero que se quitassen las medias, que avia ventanas, que caian al jardin, y que era possible que alguno, cuidadoso, ò descuidado, las mirasse: con que quizà, si previniera el riesgo, se ahorrarà despues al llanto.

No menos abrasado que David, quando viò a Bersabè en el baño, se quedò el Rey Rodrigo de aver visto a Florinda labarse en la fuente. Abrigò el hermoso objeto en toda la voluntad: diòle alojamiento en la memoria, sin permitir q̄ el entendimiento entrasse en parte, temeroso, quizà, que a discursos de razon, le estorvasse sus deseos. Avivase la amorosa llama, atizada de las dos potencias, y como la causa estaba tan a la vista, y tan de puertas a dentro, todo era añadir le-

leña al amor, y aumentarse la hoguera. Con señas, y con
palabras la diò el Rey a entender sus pensamientos temero-
so a los principios, despues con mas desahogo. Resistiòse
Florinda mui a lo de noble, dandose por desentẽdida a las
señas, y por agraviada a las palabras. Con el mismo brio,
que rechazò las promessas, despreciò los alhagos, y cari-
cias. No es mucho no admitiesse ser amiga, la que se viò
descartada de muger; antes bien los recuerdos de la ofensa,
en vez de ablandar, le elaban, y endurecian la voluntad. Su
madre la Condesa Frandina, que no era menos hermosa, y
que estaba a la sazon de buen estambre, diò en embidiar la
suerte de la hija: que como se hallaba moza, y su marido
ausente (que havia ido a Africa a negocios importantes)
puso los ojos en el Rey casi al mismo tiempo que el diò en
mirar a Florinda. De aqui saliò el decir algunos que la
ofensa de Don Julian, fue porque el Rey D. Rodrigo le avia
gozado la muger; y no fue assi, porque si es que la gozò, no
lo supo sino ella, y le importaba callarlo. Pensaba Frandi-
na, que el no galantearla el Rey, no serìa porque en Florin-
de resplandeciessen mas gracias, y belleza, sino por obliga-
cion de no ofender al Privado; y assi, mañosa se valiò de
una cautela para conseguir su gusto. Diò orden a una cria-
da suya, llamada Bimigota, q̃ diesse al Rey recados fingidos
de Florinda, para que en su lugar viniesse a la misma Fran-
dina a lograr su deseo. El Rey juzgando por una parte, que
aquellos recados eran verdaderos, y viendo por otra, que
los despegos de Florinda, quando la via acaso, eran siempre
unos, llenòse de confussion, y casi discurriò en lo que podia
ser (que no era bobo) de que en vistas sin luz, podia ser al-
gun engaño, lo que èl imaginaba era verguenza. Por apear
esta duda, quizo ver si el alhago que gozaba a obscuras, era
aquel desden elado q̃ miraba a cara descubierta. Con estos
deseos tendiò las redes que pudo, por gozar la ocasion de
coger a solas a Florinda; y aunque la esquivez de ella, y el an-
dar sobre el aviso, desbarataba todos los pertrechos, con q̃
la andaba sitiando la diligencia, no pudo dexar tal vez de
caer en el lazo, quãdo el poder de un Rey los tenia armados
en casi todas las partes. * Vn dia, pues, biẽ infeliz para Espa-
ña, quãto amargo para la triste Dõcella, hallandose acaso en
una

* Passô este caso (segũ un Historiador) en la Villa de Pancorvo Solar antiguo de nobles Castellanos. Illescas, en su Pontifical, 1. p. l. 4. cap. 25.

una parte oculta, entrò siguiendola el Rey, cerrando de camino las puertas de los quartos, y amante, cariñoso, quiso vencerla a ternuras. Florinda entonces entre turbada, y honesta, comenzò a resistirse, unas veces con ruegos, otras cõ enojos. El Rey iba ya resuelto. Viò la ocasion a proposito, y no quiso perderla, y asi hizo que consiguiesse la fuerza lo que no bastò el alhago. Rompiò el freno el apetito por mas que la razon procurò a sofronadas reprimirle.

Mas ofendida que Thamàr a vista de la afrenta, se quedò Florinda, porque a aquella, mas el desprecio, que el deshonor, la hizo romper en gritos; y a estotra, solo verse deshonrada, la quitò la salud, y la consumiò a tristezas. Toda hecha al dolor, toda a la pena, a medio llorar el llanto (lagrimas reprimidas a umbrales de los ojos) la colera hecha suspiros, que abrasaban el aire; la voz ahogada en el pecho, mal articulada entre los labios: desaliñado el cabello, y hecha toda un hermoso desaliño, saliò de aquel aposento, y enderezando los passos al quarto de su madre, no huvo menester hablar, para que la entendiesse la pena que llevaba, y el dolor que la afligia. Luego entendiò Frandina lo que podia ser, y como conociò del caso, que mas se pagaba el Rey de Florinda, que no della, ofendida de los zelos, mas que de agravio, se revistiò de ira, y desabrochando enojos, conspirò à la hija a la venganza. Passadas, pues, aquellas primeras furias con que reciente la ofensa, humea en el pecho, y à fuerza del dolor, se hace a los desgarros, confiriendo Madre, è hija el modo que avian de tener para el despique. Discurrìan, si esperarian al Conde para contarle el caso, ò si para que abreviasse la venida, se lo escrivirian. Neutrales andaban en resolverse, hasta que Florinda, como parte mas sentida, no quiso esperar a dilaciones, sino caliente el agravio, escrivirle a su padre su deshonra. Entròse, pues, en su aposento, y mientras que su madre prevenia portador de confianza, y le encargaba el cuidado, y diligencia, tomò tinta, y papel, y derramando en las mal formadas letras el encono con que estaba, le escribiò de aquesta forma:

CARTA DE LA CABA AL CONDE DON JULIAN

PLuviera el Cielo (padre, y señor) que antes que mi triste suerte me huviera puesto en ocasion de daros este aviso, que tanto ha de doleros, huviera perecido mi vida à manos de un fracaso, y à injurias de la muerte, se me arrancára el alma, que aunque el morir es sensible, hai vivir, que es mas dolor. Los borrones que vèn en este papel, lo manchado de las letras, os diràn rethoricamente mudas, las lagrimas, y el llanto con que las escrivo: el dolor con que me hallo, y la pena con que estoi. Bien quisiera escusar daros nuevas tan amargas, y esperar por lo menos vuestra venida, pero temo que la dilacion me haga sospechosa. y que se piense de mi silencio, que assentì à la infamia. Para què havia de esperar à que quizà saliesse à luz lo que ahora està secreto, y que a la campanada de algun infame parto, me corriesse el campo el vulgo? Descreditos de el honor, manchas de la honra en personas de nuestra calidad, primero ha de vengarse que se sepan. O què verguenza me causa de escribir, lo que no pudo callar! O lo que tiembla la mano! O lo que embaraza el sentido! O lo que me cuesta decir lo que lloro! Mas vaya una palabra. Cierre los ojos el recato, y escriba el honor a bulto: Vuestra hija la querida; la que tanto amais: la que vistèis en visperas de Reina: vuestra sangre noble, de la Real Alcuña de los Godos, ha sido afrentada por el Rey Don Rodrigo, à cuyo cargo, y custodia la dexasteis. Breve lo he dicho: entendido sois, valor, y poder teneis, y assi, ò borrar vuestros blasones, ò haced que no quede sin castigo tanto agravio.

Vaya el curioso en el caso, y verà lo mui parecida, y semejante que es esta historia a la de Thamar, en todas las circunstancias principales. Thamar ofendida se quexò à Absalon su hermano. La Caba agraviada, se quexa al Conde su padre. Absalon, dissimulado, y astuto, encubriò el veneno, y sin darse por entendido trazo la venganza: El Conde Don Julian, al mismo tenor dissimulò la pena, y a fuerza de dissimulos, consiguiò el despique. Afrentada Thamar, no se supo en què parò, ni el fin que tuvo: Afrentada la Caba, ni del resto de su vida, ni de su muerte, no dicen nada las Historias. Amnon, ofensor, despues de quedar muerto a puñaladas, no se supo de su cuerpo, ni se dice, como, ni adonde le diessen sepultura:

Don Rodrigo, de la misma suerte, a la primera batalla; no pareciò mas muerto, ni vivo: y solo por congeturas se rastrèa su sepulcro. Absalon, que hizo la venganza de Thamàr, muriò alanceado, a manos de su mayor amigo. * El Conde Don Julian, que vengò a la Caba, muriò a manos de sì mismo, desesperado, y rabioso (como dicen unos, *) ò cortada la cabeza por mandado del Rey Moro Alcorai (segun cuentan otros. *) De suerte, que estas dos Historias concuerdan en todos sus requisitos. Ojalà para exemplo, y escarmiento de los males que causan, y de las desdichas que se estabonan de forzar a una doncella, en esfera alta, ò baxa. Solo parece que discuerdan en que por Thamàr no se perdiò Reino alguno, y por la Caba se perdieron muchos Reinos. A que satisfago, que la perdida de España fue accidente de la fuerza, y no efecto principal, por mas que voceen algunos Historiadores, diciendo, que la causa de perderse España fue Florinda. Espuela de la causa si fue, que avivò mas la traicion, que yà el Conde estaba tratando en Africa, por favorecer los hijos del Rey Vvitiza, que andaban desterrados. De suerte, que aunque la Caba callara su afrenta, y no incitara a su padre a la venganza, no por esso dexara el Conde traidor de passar adelante con sus tratos, todo permission del Cielo por lo que dexo dicho de estar irritado, por la desemboltura, y relaxacion de la Ley Christiana; lo qual se manifestò bien en aquel pronostico espantoso, y caso memorable que sucediò en Toledo, cuyo credito es fuerza que se abrace, por los graves Authores que lo cuentan.

*Este fue el Capitá Joab, primo hermano suyo, è intimo amigo antes.

* Dō Manuel de Feria.

* Julian de el Castillo.

Avia en Toledo, àzia la parte Oriental, entre unas tajadas pequeñas, una Torre, ò Palacio encantado, fundacion antiquissima de Hercules Tebano (segun unos) ò de Hercules el Grande (segun otros.) Teniala cerrada con muchas, y mui fuertes cerraduras, diligencia de todos los Reyes Godos, que temerosos de la fama que corria, de que quien abriera aquella Torre, avia de perder a España, la añadia cada uno su candado. Pareciòle, pues, al Rey Don Rodrigo que estos temores eran supuestos, porque no se abriesse, ni se sacassen los ricos tesoros, que èl presumia estaban alli guardados. Curioso por una parte, y obligado por otra, de que

querer cortejar con algun rico presente al Rey de Africa, porque no favoreciesse a los hijos de Uvitiza, para cuyo efecto estaba por Embaxador el Conde Don Julian (que ya infiel, antes hacia las partes de los otros.) Por estos respetos pues, se resolviò en abrir el tal Palacio, por mas que a bulto, grandes, y pequeños, plebeyos, y nobles, procuraron disuadirle a gritos de la razon, y a voces del espanto, que en arrostrando a una cosa un pecho Real, por mas que el peligro se ponga delante, tiene por menos valer dexar de executarla. En fin, mandò abrir la Torre; levantaron las cerrajas, quitaron los cerrojos: Entrò el Rey dentro acompañado de algunos; y en vez de los tesoros que buscaban hallaron sola un arca con un lienzo, en que estaban pintados hombres de diversos trages, puestos a cavallo, unos con lanzas, y adargas, y otros con ballestas, coronados los cabellos de tocas listadas, al modo que los Arabes, y Moros Africanos. En lo alto de la pintura havia un letrero, que en letras Latinas (como dice el Arzobispo Don Rodrigo) ò Griegas (como quieren otros) decian, bueltas en Castellano de esta suerte: *Quien quebrare estos candados, y abriere este Palacio, perderà las Españas: y ganarlas, y sujetarlas han gentes de esta forma.* Atonitos, y pasmados se quedaron todos. El Rey por mas que mostrò valor, quedò aturdido, al passo que pesante de lo hecho. Mandòles a los suyos, que no dixessen palabra de lo que havian visto, y bueltos a coger el lienzo como estaba, y cerrada la Torre, caminaron a Palacio: mas antes que llegassen a la Ciudad, volvieron acaso la vista, vieron, que se abatiò una Aguila, con un tizon de fuego en el pico, y poniendole al pie de la Torre, y avivandole con sus alas, la encendiò de manera, que se resolviò en pavesas y cenizas, las quales arrebatadas de un viento, donde quiera que caìan, se convertian en sangre.

Todo esto havia yà passado, antes que el Rey forzasse à Florinda, y antes que su lastimosa carta llegara a las manos de su padre (que es en lo que ibamos, y de donde nos apartò el discurso.) No ay que ponderar la pena de el Conde Don Julian, quando leyò su afrenta, y considerò el dolor de quien se la escrivia lastimada: que golpes semejantes en quien sabe sentir a lo noble, por duro que tenga el corazon, se quebran-

branta en el pecho, y por mas que se encubra, se assoma hecho pedazos por los ojos. Pero considerando astuto, al modo de Absalon (cuya leccion tomò bien) que consistia la venganza en el disimulo, despues que para consigo huvo llorado, y sentido lo bastante, se echò a la boca un candado de silencio, callò el caso para todos, borrò del rostro la tristeza, y dissimulò el dolor. Ajustando las cosas con el Governador Muza, y assegurandole seria presto de vuelta à negocio que havia de estarle bien, partiò a toda diligencia para España. Lllegò a Toledo, fue a besarle al Rey la mano; tan valeroso en saber vencerse, que no le debiò nada a Absalòn Con fingida risa, con alboroso aparente, diò cuenta de su embaxada, fingiendo muchas cosas para colorir su engaño Recibiòle el Rey con todas demonstraciones de alegria, y como brindandole con nuevas mercedes, temeroso, quizà, que le contasse la hija lo que ya èl sabia. Todo lo advertia el Conde, con que assiendo mañoso de lo que le importaba, le pidiò el Govierno de los Lugares de Africa; tomando por causa querer estàr a la vista del Moro, para impedirle qualesquier invasiones. Todo se lo concediò el Rey, y mas que le pidiera. Con esto levantò su casa, y con su muger Frandina, se partiò a aquel Govierno, dexandose para mayor dissimulo à su hija Florinda en servicio de la Reina, del modo que se estaba, despues que con ella tuvo a lo secreto sus coloquios, bien llorados, y sentidos, y para los de fuera bien dissimulados. Antes de partirse, mientras se disponia el viage, con el recato que pudo, y con el silencio, que pedian materias tan arduas, conspirò a todos sus aliados, amigos, y parientes, y en el monte Calderino (que en Arabigo quiere decir el monte de la traicion) junto a la Villa de Consuegra, que era suya, se juntaron todos, y descubriendoles su pecho, de lo afrentado que estaba, y que el designio de irse a aquellas partes, era por pedir ayuda al Moro Muza, para quitarle à D. Rodrigo la Corona, y hacer q̃ la obtuviessen los hijos de Vvitiza, les ofreciò a todos Titulos, y Oficios Cargos, y Goviernos, para que la golosina del interès los tuviesse firmes. Cada uno de por sì le ofreciò de acudirle con armas, vida, y hacienda, y todos juntos se le juramentaron de leales, sin advertir, que juraban ser traidores.

Llegado el Conde a Africa, fue luego a verse con Muza; y sobre lo que yà con èl dexò trazado, en razon de favorecer a los hijos del Rey Uvitiza, que los llamaba sobrinos, por serlo de su muger, le refiriò su afrenta, y su determinacion à la venganza. Significòle la buena ocasion que se le ofrecia, para hacerse señor de todo el Imperio Gothico, y de las demàs Provincias de la Europa, si arrostraba a aquella empressa sin admitir dilaciones. Encareciòle la facilidad con que podia conseguirlos, y combidòse que seria el primero, que dandole su ayuda, correria la Campaña, assegurandole que todos sus aliados, y parciales havian de acogerse a sus vanderas. No le pareciò al Barbaro malo el embite: si bien como cuerdo, recelò de la fidelidad del Conde: que de quien quebranta la fee a su Rey Christiano: no es mucho no se confie un Moro. Comunicò el caso con el Miramamolin, que era como supremo Emperador de el Mahometano Imperio, y por quien Muza gobernaba lo de Africa. Resolvieron ambos, de que con poca gente se hiziesse cala, y cata de aquellos intentos: que aun en avenidas de dichas, es siempre prudente arbitrio tentar primero el vado.

En tanto que urdian estas tramas, y entre Vlit, y Muza se tomaba acuerdo, en que no dexaron de gastarse algunos dias, bolviò el Conde a Toledo, con pretexto de afirmar las voluntades de sus confederados, y de llevarse a su hija antes que se descubriesse aquella zalagarda. Fingiòle al Rey otra cosa, y a lo secreto hacia su negocio. Esto assegurado, fingiò asimismo, que su muger Frandina quedaba en Africa enferma, y que la ausencia de su hija Florinda, y carecer de ella, la agravaba mas la enfermedad, y que en sola su vista afianzaba su salud. Ponderòle esto al Rey encarecidamente, pidiendole con suplicas, licencia para llevarla. El Rey que ignoraba la traicion, no quiso disgustar al Conde, por mas que sentia privarse de la idolatrada beldad. Concediòle lo que le pedia, y el Conde con toda priessa, partiò con Florinda à Malaga, en la qual Ciudad, aun resplandece una puerta, por donde saliò a embarcarse esta señora, sin que a injurias de tantas Edades, la haya consumido el tiempo.

En

En orden a lo capitulado con Muza, hallò el Conde en Africa seis mil Arabes prevenidos. y por Cabo de ellos a Tarif Abenzarca, Capitan famoso. De vassallos, y parciales (que de su nombre tomaron llamarse Julianistas) llegò el Conde el Exercito a doce mil combatientes: trozo harto pequeño para tan grande invasion. Pero el descuido de el Rey, y de los nuestros, les añadiò gentes, y fuerzas, dexando sujetos todos los Pueblos que caìan en Africa, con la Ciudad de Heraclea (oy Gibraltar) rompieron furiosamente por toda la Andalucia, y parte de Portugal, saqueando, y destruyendo quanto avia, sin hallar resistencia en los moradores, que assombrados de ver tan inopinadamente tantos Moros sobre sì, desampararon los Pueblos, las haciendas, las mugeres, y los hijos, se huian a los montes a buscar asilo entre las grutas. Llegò el aviso a Toledo, y el Rey, harto turbado, con la mas gente que pudo, despachò a su sobrino Don Sancho, hijo de Acosta: y aun dicen algunos, que con animo que pereciesse en la batalla, porque por hijo de su hermano mayor le hiciera algun contraste a la Corona, ò por lo menos lo tenia por padrastro. Vendiò este Principe mui bien la vida, dandoles hartas batallas a los Moros, y rebeldes, que victoriosos, y ufanos, y cargados de despojos, se bolvieron a Africa.

Con mucho alborozo recibiò Muza al Conde, y à Tarif, quando los viò volver ricos, y triunfantes, y conociendo de tan buen principio, que serian prosperos los progressos de aquella guerra, hizo aprestar una gruessa Armada, que atravesando el Estrecho, poblaron segunda vez de barbara Morisma los Campos Andaluces. Ya el Rey Don Rodrigo havia juntado en Toledo un gruesso Exercito de diez mil Cavallos, y ciento, y diez mil Infantes: harta gente si estuviera bien disciplinada en la Milicia, y si supieran cogerle al enemigo las espaldas del Mar, por donde le acudian los socorros. En los campos de Xerez, orillas de Guadalete, se dieron vista el un Exercito, y otro. El Rey animò à los suyos con razones lastimosas. Tarif hizo lo mismo, con palabras graves. Trabaronse sangrientamente los unos con los otros, un Domingo de mañana, à dos de Septiembre, y durò la pelea todo el dia, sin conocerse ventaja. Toda-

da la semana se peleò de la misma suerte, andando el Rey con las insignias Reales, en una litera de marfil, discurriendo à todas partes, y animando a sus Soldados, que cansados de herir, y ser heridos, desmayaron grandemente el ultimo dia que fue Domingo tambien, quando vieron que los dos hijos de Vvitiza, dexando el lado del Rey, se hicierõ con los Moros, y con los demàs rebeldes. Este ardid, ò esta traicion, degollò los brios a los que hasta entonces avian andado bizarros. Harto hizo el Rey para soldar el riesgo, pues dexando la litera, y montando en un cavallo, hizo por sus manos tales bizarrias, que titubeò la barbara canalla en la presumpcion del vencimiento. Mas nada fue bastante para no quedar vencidos los nuestros, y el Moro triũfante. Dia el mas aziago que viò España, y que serà llorado lo que durare el Orbe. Pues quedò extinguida la luz del Imperio de los Godos, respetado, y temido de todas las Naciones, Romanos, Griegos, Assirios, Vandalos, Alanos, y Suecos. Las Vanderas q̃ siempre se aclamaron vencedoras (què dolor!) se vieron arrastradas del Barbaro Africano, holladas, y ultrajadas de sus medias Lunas. Solo con esta batalla quedò España perdida, despobladas sus Ciudades, cautivos sus hijos, saqueadas su riquezas, bueltas en llanto sus glorias, desdorados sus blasones, obscurecidos sus tymbres, la Religion por el suelo, la Fè Christiana extinguida, muertos sus Ministros, deshechos sus Santuarios, derribadas sus Iglesias. O lo que se pierde por un desacierto! O los males que se causã de una culpa! O los daños que acarrea una deshonra! El discurso se embaraza en tanto arroyo de sangre como vè vertida! La pluma tropieza en tanto cuerpo difunto como puebla la campaña! Abreviemos el caso antes que las lagrimas lo impidan. El Rey D. Rodrigo, que hasta el fin de la batalla peleò valiente, desapareciò en un punto, sin que las ansias del vencedor pudiessen descubrirle, vivo, ni muerto. Solo hallaron su cavallo a orillas de Guadalete, y las insignias Reales, la Purpura, y la Corona sembradas por la arena. Su cuerpo nunca se hallò, salvo lo que cuentan algunas tradiciones rastreadas de un sepulcro que se hallò junto a Viseo, Ciudad de Portugal, cuya inscripcion dice assi: AQUI YACE D. RODRIGO, VLTIMO REY DE LOS GODOS.

Inferese del sitio, que acabò el Rey haciendo penitencia en una Hermita, llamada de San Miguel, sita en aquel Monte. De otros indicios se dice, que viviò primero en compañia de un Monge, llamado Romano, en la aspera soledad de Pederneyra, Villa tambien de Portugal, tan oculta su desgalgada cumbre a los humanos ojos, que el subirla se juzgaba milagroso. Aqui, pues, hizo el Rey la primera mansion, despues que derrotado de la batalla, trocò con un Pastor sus vestidos, y en el Monasterio de Cauliniana junto a Merida, confessò sus culpas. Este fue el fin de este Rey harto dichoso, pues con penitencia, y llantos curò sus desaciertos: y al modo que siguiò a David errante, le imitò penitente. Abra el Christiano los ojos de la consideracion, quando le brindare el apetito con agenas hermosuras: y por mas poderoso que se halle, por mas Coronas, que ciña, no quite el honor a nadie con armas de violencia; que una muger ofendida, despierta muchas venganzas, y es qual fuego abrasador, que tala, y enciende muchas Ciudades, y Reinos. Y las Doncellas, que como Florinda, y Thamar se vieren afrentadas, alivien, y desahoguen con ellas sus pesares, mas escarmienten en no ser vengativas, ni irritar los animos a que venguen su desprecio. Tolerese si la ofensa con armas del castigo, que esso es justicia; pero no se haga duelo, que serà perderse. Ojo a la Caba que sino se matò, se consumiò a tristezas.

Autores desta Historia. El Arzobispo D. Rodrigo in Chronic. Hisp. lib. 4.c.1.2.& 4. Mariana en su Histor. de España.1. p. l.7.c.2 Julian de el Castillo su Histor. de los Godos, lib. 3. disc. 1. & 2.

EXEMPLO SEGUNDO.

SEa la segunda Doncella Española, que acompañe las cuitas de Thamàr, una Infanta Goda, hija del Duque Fabila, y hermana de Don Pelayo, primos ambos, ò sobrinos, segun otros, del Rey Don Rodrigo. Mas se ha de reparar en una cosa notable, que ya que la fuerza de Florinda ocasionò la pèrdida de España, la fuerza desta hermosa Infanta, de quien hablamos, fue el principal motivo de q̃ se restaurasse, porque se cumpla el proverbio, que hai males que por bien vienen. El como pudo ser lo mostrarà la Historia.

Dada junto à Xerez aquella infeliz batalla, en que la potencia de los Godos quedò echada por el suelo, de cuyo lastimoso estrago gimiò el Orbe, entre los que a manos de la diligencia pudieron salvar las vidas, fue uno el Infante Don Pelayo, a quien conservò el Cielo para restaurador de aquellas antiguas glorias, y para Tronco famoso de los Reyes de Castilla, y de Monarcas de España. Huyòse, pues a Toledo, y viendo a todos sus vecinos cubiertos de temores, y que unos por una parte, y otros por otra la iban despoblando, qual si vieran ya a los barbaros encima, siguiò la misma derrota, y se retirò a Cantabria. Estados de su padre, y en consequencia suyos. Aqui, pues, y en las Asturias se fueron recogiendo los que no quisieron sujetarse a la infame servidumbre. Tomaron por seguro asylo lo inculto de sus montañas, lo fragoso de sus breñas. Pero viendo, que aun en aquellos Pueblos reconocian vassallage a los Governadores que ponian los barbaros, y que aũque Christianos, algunos eran peores q̃ Moros, trataban entre sì, què modo tendrian en cobrar su antigua libertad. Cada uno braveaba, y al querer sacar la cara, se encogia cada uno. El no tener Cabeza era la mayor falta. Sucediò, pues, que a esta sazon vino Don Pelayo a las Asturias, trayendo consigo a una su hermana, Infanta de singular belleza, y en la Ciudad de Gijon plantò su casa, haciendole gran passage, y mucho cariño Munuza que aunque Christiano, gobernaba en nombre de los Moros. Era Munuza mui inferior en sangre a Don Pelayo; pero como verse en puesto honroso humea en altiveces, aunque reconocia en el Infante sangre Real, juzgò que abrazaria tenerle por cuñado. Con esta persecucion, viendo la rara hermosura de la Infanta su hermana, diò en hacerla galanteos, dando muestras de quererla por muger. La Infanta aunque llegò a entender el designio de Munuza, se diò por desentendida, y con discretas repulsas, y despegos graves le diò a conocer su engaño. No por esto desmayò Munuza, antes mas abrazado del desaire, hizo tema su aficion, y passò adelante con su rumbo. En tanto que èl andaba en sus amores, todos los Asturianos, assi los naturales, como los que se havian acogido fugitivos, aficionados grandemente a Don Pelayo, trabajaban entre sì por

des-

descubrirle sus pechos, y rogarle los presidiesse cabezas, para sacudir la pesadumbre, y alcanzar la libertad. Quando ya se determinaban unos, desmayaban, y temian otros, viendo el riesgo a que se exponian, y las pocas fuerzas que avia para sustentarlo. Amagados, pues, en su imaginacion estos deseos los recataron de la lengua, hasta hallar en la ocasion mejor partido.

Abrasado Munuza en su apetito, todo era discurrir, y buscar trazas para cumplir su deseo. Por muchos caminos tentò el vado, para ver si en Don Pelayo hallaria buen passage su pretensa, por todas partes hallaba cerrados los puertos à su esperanza, con que por ultimo se resolvio, à que mediando la astucia, executasse la fuerza, lo que no avia de conseguir el ruego. Como trataba, y conversaba con Don Pelayo mui amigablemente, procurando ocasiones, y negocios en que darle gusto, y tenerle grato (traza ordinaria acariciar al hermano, ò al marido, quando à la hermana, ò muger se solicita) tratò de embiarle a Cordoba con una embaxada al Capitan Tarif, sobre algunas conveniencias importantes al gobierno. Diòle para esto carta abierta honrãdole mucho, para que el Moro le honrasse. Como el Infante trataba a lo sencillo, y a fuer de noble, no reparaba en los dobleces de aquella legacia, no quiso escusarse, sino que antes agradecio, dispuso su partida. Viendo Munuza quitado de delante aquel estorvo, que èl llamaba padrastro aguardò ocasion de coger à la Infanta a solas, y entre amoroso, y resuelto, la hablò desta manera: Corrido estoi de ver, señora, lo poco que estimas mis cortesias, y el poco caso que haceis de quien se os ofrece esclavo. Quando yo no me ofreciera por esposo vuestro, no estrañara, que regateassedes mi empleo, porque Dama de vuestras prendas, es mui alta para Dama; mas quando con el titulo de marido os doi lo que mereceis, no sè porque os estrañais, mirando con menosprecio los favores con que os sirvo, y haciendo desaires à la voluntad que os muestro? Quando me veis Governador de esta Ciudad, y a quien toda esta Montaña rinde, y tributa obsequios: quando veis en lo que me stima el Moro, tratandome como amigo: quando veis que vuestro hermano està a mis ordenes, y que corren por mi quenta sus

au-

aumentos, por què con vuestra esquivez procurais mis desazones? Ni por què quereis dar lugar a que ayamos de venir a rompimiento? Mirad con cordura el caso. Sea voluntad lo que ha de ser rigor, porque estoi resuelto, a fuer de amante, y aveis de ser mia, aunque lo impida el mundo.

Quedòse la hermosa Infanta, al oir estas razones, embargada del susto, y assustada del miedo, que a una resolucion atrevida, y una muger sola, por mas valor que obstente, rinde las armas del brio, y se hace a los temores. Entre vergonzosa, y honesta, turbadas las palabras, ahogada la voz, titubeando el aliento, y hecha toda a la congoxa, le respondiò de esta suerte: Mucho sentirè, que con una muger de mis partes, y a quien la sangre Real de tantos Reyes Godos corona con sus timbres, querais, por verme sola, intentar demasìas, y hacer desafueros, pues quando salgais victorioso en la violencia, quedareis vencido de vuestra misma maldad. Ya considero, que al llegar a las manos en lo que intẽtais, no han de ser mas poderosos mis brios, que los de la Caba Florinda, y que a la fuerza se rendirà el cuerpo, mas no el alma: pero tambien me sirve de alivio, que si ella tuvo un padre a quien contar sus quexas, yo tengo un hermano que sabrà vengarme, y quando no la razon, siquiera el escarmiento de tantos males, como lloramos todos, de tantas desdichas, aun calientes, y chorreãdo sangre, pudiera refrenar vuestro apetito, y domar vuestra passion, à lo que me ofreceis de titulo de esposa, en que pensais que me honrais digo que es afrentarme, pues conoceis mi estirpe, y sabeis vuestros principios, y en tanta desigualdad, nunca estuvo bien hallado el casamiento. Demàs, que esse negocio no se ha de tratar conmigo, quando tengo hermano. Dexad que venga, que os asseguro, a ley de quien soi de hacer quanto me ordenare.

No estaba ya el amor de Munuza para esperas, y mas quando le adivinaba su presumpcion, lo poco, ò nada q̃ reñia que esperar: y assi haciendo violencia el gusto, y grosseria la voluntad, executò su intento, con lastima, y dolor que puede presumirse de la Infanta. Llevòsela a su Palacio, y tratandola como a su muger, procurò que D. Pelayo se diesse por contento de lo hecho. Vino el Infante de su embaxada

Su-

Supo en su casa su afrenta, y hecho todo a los desgarros, todo a los estremos, comenzò a abrasarse en llamas de su ira. Al passo que lastimado, y vengativo, rebolvia en su idea mil maquinas de venganza. Todas las imposibilitaba hallarse con pocas fuerzas, y ver tan poderoso a su contrario; y asi, por mas q̄ la ofensa le espoleaba, el riesgo manifiesto le paraba, y detenia. No faltaron algunos amigos, que haviendo estado a la mira, de ver como tomaba aquel negocio, se le descubrieron leales, y se le ofrecieron finos. Como hallarō puerta abierta, le dieron a entender lo que hasta alli temerosos avian callado. Dixeronle, como los mas Pueblos de Asturias le estaban tan afectos, que solo con q̄ el quisiesse le aclamarian por Rey, ansiosos de la libertad, y de la restauracion del nombre Christiano: Que arrostrasse a tan Ilustre empressa, pues haciendo la causa de Dios, vengaria su agravio, y soldaria su deshonra. Abrazò D. Pelayo sus consejos con el recato que pedia la materia, ni dixo si, ni no al embite, sino que se portò neutral, agradeciendo cariñoso los deseos, que en ofrecimientos semejantes, es prudencia entrar con tiento, hasta examinar la raiz de donde nacen. En tanto pues, que llegaba la ocasion, quiso astuto usar de traza, encubriendo su dolor, dissimulando su pena, y como dando a entender se holgaba del caso. Reparese en que para la venganza de doncellas afrentadas, tomaron Absalon, D. Julian, y D. Pelayo unas mesmas lecciones. Todos tres Ptincipes se vengaron recatados. Vno a otro se tomaron la cautela.

Resuelto, pues, D. Pelayo en este arbitrio, despues que en su casa, y entre los suyos huvo desfogado aquel incendio de iras, y de enojos, que ocasiona una afrenta en quien es hombre de bien, puso silencio a las quexas; encarcelò los suspiros; sacudiò del rostro los relieves del dolor: quitò lo turbio a los ojos: y mostrando aunque forzada, una alegria aparente, se fue al Palacio de Munuza, y diò le larga cuenta de lo que avia obrado, y de las honras que Tarif le avia hecho, sin tomar en la boca en todo el discurso la causa de su hermana, Munuza al mismo tenor, recibiendole cō los brazos, y usando con èl de muchas cortesìas, no quiso tampoco hablarle en lo que el callaba, sino corresponderle con los mismos dissimulos; que es prudencia en tales casos,

¿quan-

quando dissimula, y calla el ofendido, callar el ofensor, sin meterse en dar satisfacciones a lo que no le hacen cargo. Tan prudentes como esto, dan a entender las historias, que se portaron Don Pelayo, y Munuza. Ni el uno dixo: Como sin darme parte, teneis a mi hermana en vuestro poder? Ni el otro quiso decir del modo que la tenia. Cosa rara, que puede servir de pauta a pechos grandes! Quando el ventajoso en prendas se ve sin el poder que mira en el inferior, que entonces, aunque este le haga al otro algun pesar, como gozarle a la hermana, à la hija, ò a la muger, serà el callar cordura de entrambos, uno por no poder mas, y otro por ver que lo sufren. Con este talento, con esta cautela, y con este dissimulo, se portò Don Pelayo muchos dias, mientras a lo secreto grangeaba los afectos de los Pueblos comarcanos. Hablaba con Munuza, al modo que de antes, las cosas que le importaban, y con su hermana tambien hablaba en varias cosas, salvo que yà a lo que callado la avia descubierto sus designios, y encargadola el silencio. Quando viò, pues, ocasion oportuna, previno a todos los de su faccion, para que fardando cada uno las alhajas, y ropa q̃ tenia, siguiessen sus pisadas. Esto assi dispuesto, con la guarda que juzgò necessaria, fue a las casas de Munuza, en medio de los silencios de la noche, y cogiendo a la Infanta su hermana, que ya prevenida, saliò por un postigo, salieron de Gijon a toda diligencia, y marcharon a los Pueblos, que aclamando libertad, los recibieron alegres, y gozosos.

Pasmado, y aturdido se hallò Munuza aquella mañana, quando supo la fuga, coligiendo de ella, que eran grandes los designios de D. Pelayo, y q̃ si se rehacia de fuerzas, le avia de dar mucha pesadumbre, en venganza de su afrenta. Para atajarle los passos, despachò por la posta, dandole aviso à Tarif de lo que passaba. El Moro, que era diestro, embiò al proviso un gran trozo de Soldados, para que prendiessen, ò matassen al Infante. Fue dicha, que tuvo aviso en el Lugar donde estaba, y viendose con pocas fuerzas para poder resistirse, monto en un caballo ligero, y arrimandole los azicates; huyò a toda priessa. Seguianle desapoderadamente unas Esquadras de Moros, hasta llegar a la Margen del Rio Piloña, que por ir mui crecido, y caudaloso, causaba grima el

el passarle. Mas viendose Don Pelayo cercado de ambos peligros: el vado Incierto à la vista: el Moro a las espaldas: la muerte a una, y otra parte, escogiò de los dos riesgos, morir antes a espada de los cristales, que no a barbaras espadas. Encomendose, pues, al Cielo, y abalanzòse al rio, denodado, y casi sin hacer el cavallo pie en la arena, cortando con ambas manos las amontonadas aguas: medio nadando salieron a la orilla, dexandose assombrados, y corridos à los que de la otra parte le iban siguiendo.

Llegando D. Pelayo al Valle de Cangas, se determinò valiente a seguir su fortuna, hasta perder la vida. Levantò, pues, alli Vandera, y al son de los atambores comenzò a hacer gente. Juntòsele infinita de todas partes, y en especial casi toda la de Asturias; unos apercebidos, otros desarmados, y otros pobres. A todos los recogia cariñoso, y teniendolos juntos en cierta ocasion, ardiendo en zelo Christiano, les dixo estas razones: Supuesto amigos, y Cavalleros, que a persuaciones vuestras, ò por lo menos de muchos de los que aqui estais, me he determinado a seguir esta derrota, y que es ya empeño honroso el que hemos hecho, no os desmaye el ver que somos pocos, quando està de nuestra parte la justicia, y siempre quien la lleva vence, y desbarata muchedumbre de contrarios. Demàs, que todas las Ciudades, y Villas, aunque estàn con guarniciones de Moros, tienen sus Moradores Christianos, y que desean valientes ayudar nuestro designio, y seguir nuestros Pendones. Acudamos, pues, con esfuerzo, y valentia a pelear por nuestra antigua gloria, por nuestra libertad, por nuestra Religion, por el Nombre de Christo, por sus Altares, y Templos, por los hijos, y mugeres, por los parientes, y amigos, puestos, y sujetos a tan grave, è indigna servidumbre. Quien sin derramar lagrimas: quien sin esparcir suspiros, podrà referir los ultrages, y miserias que han passado, y passan por vosotros? Quantas afrentas: quantas demasias: quantas sujecciones sufre, y tolera el que menos? Què mas dolor, què mas desdicha puede acarrear una fortuna adversa, que vernos despojados, unos de las haciendas, otros de las vidas: Porque què importa que nos ofrezca el enemigo honrosos passages, y tolerables condiciones, si es una canalla vil, sin Dios, sin Fè, y sin

sin palabra? Pensar, pues, que en la aspereza de estas Montañas podrèmos estàr libres, vivir seguros, estandonos ociosos, es desatino grande; porque quando no nos acometiera el enemigo, como havia de poder una tierra esteril como esta darnos sustento a tantos? Y assi lo que importa es, hacer pecho à la fortuna: dexar el encogimiento; revestirnos de brio, y encomendarlo a Dios todo, que es padre de la clemencia: y si hasta aqui le hemos tenido enojado con nuestras culpas, aplacandole con lagrimas, y ruegos, nos desharà los peligros, y nos darà victoria. Por lo que toca a mi parte estoi determinado, si me dais vuestra ayuda, no volver pies atràs, sino sacrificar mi vida, por el bien comun, mostrandome enemigo, no solo a estos Barbaros, sino a qualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas para esta sagrada Guerra.

Pudo tanto Don Pelayo con este razonamiento, que el mas timido de los que le escuchaban, se revistiò de brio: el mas cobarde cobrò alientos, y todos juntos se hicieron unos Leones: Eligieronle por su Capitan, y alzaronle por Rey, diciendo en alborozados gritos: *Viva Don Pelayo Rey de España*. Esto passò el año de setecientos diez y seis: Bizarra osadia de Principe, arrostrar con tan poca gente a una empressa tan grande? Admitiò el titulo honroso; y para acreditarse, comenzò con todo esfuerzo a correr las Fronteras de los Moros, haciendoles mil daños, y socorriendo a los suyos con lo que les quitaba. Combidò assimismo a los Vizcainos, y Gallegos, a que le diessen su ayuda. Y a las Ciudades que estaban por los Barbaros, despachò ordenes secretas, requiriendolas de parte de Dios, y suya, no faltassen a la causa comun, ni al zelo Christiano. Sin perdonar al cansancio discurria valeroso, visitando todos los Pueblos de las Asturias, dandoles con su presencia, con su cariño, y agasajo, nuevos alientos, y brios.

Yà el traidor de Munuza havia despachado a Cordoba segundo aviso: con que Tarif, haviendo juntado un gruesso Exercito de Moros, y Christianos Julianistas, y por Cabos dellos el Capitan Alcama, barbaro valiente, y Don Oppas, Arzobispo de Sevilla, les hizo que marchassen a toda diligencia. Llevaban orden, para antes de ensangrentar las ar-

armas, reducir a Don Pelayo a mejor partido. En la Cueva del Monte Ausena (que oy se llama de Santa Maria de Cobadonga, bien nombrada, y bien esclarecida, por el prodigio que la hizo milagrosa) se havia recogido Don Pelayo con los mil soldados mejores que tenia, apercebidos de armas, y bastimento. Llegò Don Oppas con seguro de paz, y hablò a Don Pelayo, qual pudiera un Renegado, brindandole con ofertas, porque dexasse el Cerro, y fulminandole castigos, y amenazas si no se rendia; dandole asimismo palabra en nombre de Tarif, que si Munuza le avia ofendido, se le daria toda la satisfacion que quisiesse. A todo satisfizo Don Pelayo con palabras harto libres, afeandole sus maldades, y traiciones, diciendo, que Dios, por quien peleaba, le defenderia de los Moros, y de sus parciales: y quando pereciesse en la liza, lo tendria por mayor laurèl, que quantas honras le pudiera dàr el Africano. Vista la resolucion, determinò el enemigo combatir la Cueba. Assestaron contra ella todo genero de armas, piedras, dardos, y saetas, nubadas tan espesas, que al Sol quitaban la luz. Pero entrando el poder Divino a nuestra parte, quiso que se viesse, lo que puede obrar su brazo: y asi permitiò, que las mismas armas que tiraban los enemigos, revolviessen contra ellos, con un impetu notable, con mas violencia que los arrojaban, resurtirian contra sus cabezas, siendo alli los mas homicidas de si mismos: cruèl estrago! Terrible la matanza! Prodigio de los mas raros que se cuentan en Historias! Assombrados, y atonitos los que quedaban con vida, dieron a huir por las malezas y en todas partes los alcanzaba la muerte; porque daban en las manos de los Soldados, que con orden de Don Pelayo se avian encastillado en lo mas fragoso de las cumbres, y a su salvo los degollaban a todos. Mui pocos escaparon con la vida. El General Moro quedò muerto, y D. Oppas prisionero. No se quenta lo que hicieron de èl, pero se presume, que pagò con la cabeza sus maldades.

Al punto que Munuza supo en Gijon estas nuevas, confuso, y pasmado, no se atreviò a assegurarse en la Fortaleza. Era de todos mui aborrecido, y temiò que le matassen, ò le entregassen al vencedor; y asi tomando un cavallo, procurò escapar por pies. Fue conocido de los Aldeanos de Ola-

Oralie, y como el que menos estaba dèl agraviado, salieron todos dèl con sus chuzos, y sus hondas, y vengaron sus injurias, dandole la muerte. Justo castigo del Cielo, que quien usò una villania con una Doncella noble, acabasse, y pereciesse a manos de villanos. Abra el ojo el advertido, y mire como peca, y del modo que ofende aunque se mire señori porque se suelen barajar las cosas de manera, que aquellos mas despreciados, y abatidos le quiten la vida a palos, y a pedradas. La alegria de la muerte de Munuza fue el colmo de la victoria, porque como fue su demasia la causa primera de tomar las armas Don Pelayo, se aguaràn los jubilos del vencimiento, si èl se huyera sin castigo. Con todo, aun se diò D. Pelayo por satisfecho, sino que a banderas despiegadas fue sobre la Ciudad de Gijon, y a fuerza de armas la assolò, y puso por el suelo, en memoria de haver sido el lugar donde Munuza le deshonrò a su hermana, y cometiò la traicion. De la Infanta no se escribe en que parò: Hasta en esto pareciò a Thamar. Puede colegirse, que con tan buen abrigo como el Rey su hermano, passaria con continencia dada a buenos, y virtuosos exercicios: que aunque la ofensa en una Dama moza, y hermosa, es polilla que la consume la vida; con todo, el verse vengada, y satisfecha, y a su hermano con el Cetro, la aplicarìa las cuitas.

EXEMPLO TERCERO.

Authores de esta historia, Pol. Virg. l. 2. Hist. Anglice Hector. Boec. en su Histo. de Escoc. l. 3. Cron. Tacit. l. 14 Pineda in Monar. 4. p. l. 27. c. 17. 18. 20. 21.

HAviendo sujetado el Emperador Claudio a la Gran Bretaña (que es Inglaterra) dexandola debaxo de su obediencia, y puesto el Rey de su mano, que fue Arvigaro Principe de Vvalia; sucediò, que aunque tenia ya este nuevo Rey un hijo, y dos hijas en la Reina su muger, llamada Borda, hermana del Rey de Escocia, se diò a los amores de Genissa, una Dama Romana, cuya hermosura le hizo andar tan desatento, que repudiò a la Reina, y la puso en prisiones. Daba color a estas demasias el Protector del Imperio, llamado Plancio, pareciendole, que por estos medios tendria mas sujetos a los Ingleses, si el de Escocia, hermano de la Reina, viniesse a guerrearlos en venganza del agravio hecho

à su hermano. Afearonle al Rey los Grandes de Inglaterra sus malos miramientos; y despues que aliados con los Escoceses llegaron a batalla, en que de una, y otra parte quedaron muchos muertos, cayendo el Rey en la quenta, dexò a su amiga Genissa (que mal pariò, y muriò del sentimiento) y vuelto con su muger, y haciendose con los suyos, trato de bolver las armas contra los Romanos, apellidando la libertad de la Patria. Coligòse con su cuñado el de Escocia, y con el Rey de los Pictos, jurando en las tres Coronas un Exercito famoso de ciento y veinte mil hombres. Bufando de corage dio quenta Plucio à Roma de lo que passaba, y para el remedio despachò el Emperador à Vespasiano por General, para que juntas las Legiones que tenia, y con la mas gente que pudiesse juntar en Francia, fuesse a apaciguar aquellos levantamientos, y bullicios. Era Vespasiano (que despues fue Emperador) bien afortunado en guerras, pues con su apacibilidad, y condicion afable, (don con que se vence mucho) hacia de sus Soldados quanto queria. Junto a la Ciudad de Yorca (que es Eboraco) se dieron la batalla mui reñida, y bien sangrienta: y aunque el Exercito Inglès, con Escoceses, y Pictos, era en gentio mucho mayor que el de los Romanos, con toda la pericia Militar de estos suplia por mucha gente. Neutral estuvo la victoria por mui largo espacio, haciendo todos su deber, denodados, y valientes: mas al declinar el dia, se conociò la ventaja del Romano, y el flaquìo de los Isleños, que sin poder ya sufrir las cargas que les daban, se pusieron en huìda, dexando en la Campaña mas de las dos partes muertos, y heridos. El Rey de los Pictos, llamado Thamàr, quedò muerto: El de Escocia, huyò a su Isla: Y el Inglès Arvirago se encerrò en Yorca, tan apesarado, y triste, que quiso matarse, quando viò el sangriento estrago de los suyos, pues de setenta mil hombres que meriò en la pelea, apenas sacò quinientos. Viendose tan perdido, se fue debaxo seguro a los pies de Vespasiano; depuesta la purpura, y desceñido el Laurèl, implorando clemencia con sollozos, y suspiros, accion que enterneciò tambien al Romano, viendo la caida de aquel Rey, que un dia antes se vio con tan gran potencia. Tenia Vespasiano un pecho noble, y de ellos

es lastimarse de las desgracias de fortuna, aun de el mayor enemigo. Assi se lastimò Alexandro, quando viò a Dario alanceado en el campo. Assi Julio Cesar, quando viò à Pompeyo muerto. Y assi nuestro Carlos Quinto, quando supo aver quedado prisionero el Rey de Francia Francisco. Perdonò, pues, Vespasiano à Arvirago, y volviòle à dexar con la Corona, con que reconociesse vassallage al Imperio, y quedassen en todas las Fortalezas Governadores Romanos. Diò el Rey en Rehenes al Principe su hijo, que muriò de calentura antes de llegar à Roma.

Debaxo de la obediencia Romana viviò Arvirago lo que le quedò de vida; y viendose morir, y que no tenia heredero, sino solas dos hijas harto hermosas, quiso lisongear al Emperador, nombrandole por heredero, para que a su sombra Imperial, ellas, y la Reina su madre quedassen amparadas en la possession del Reino. Este fue el designio de Arvirago; pero le saliò al revès, porque con la mano que los Romanos se tenian, y con la que el Rey les diò en su testamento, comenzaron, como dicen, a dos manos, à hacerse tan dueños de la Casa Real, y tan señores de todos los Ingleses, que comenzaron à tratarlos como si fueran esclavos. No parò en esto su presuncion, y altivèz, sino que passò tambien à desverguenza, despojando a los Nobles de sus Titulos honrosos: forzando a muchas casadas, y doncellas, y haciendo otras mil maldades. Aun el Sagrado de la Magestad no les valiò à las Infantas, ni el asylo de su madre pudo socorrerlas. Mario, un Cavallero Romano, aunque ruin en el hecho, acometiò à la mayor, y otro Soldado, no menos atrevido, llegò a medir las fuerzas con Bodicia, la menor en edad, aunque igual en hermosura. Dieron voces las Doncellas al vèr el desacato: apellidaron favor, à fuerza de los gritos. La Reina Boada su madre, se revistiò de valor, y acudiò a la defensa. Eran mugeres, y solas; y por mas que la razon se hizo à su lado, quedò por los atrevidos la victoria, porque apartando à la Reina, y desnudandola en carnes, le azotaron crudamente, y despues a su salvo, gozaron de las Infantas, ya cansadas, y rendidas de la lucha. Què mayor mancilla, ni dolor le puede sobrevenir à una muger de prendas? Què lastima ay que se iguale con tal afrenta, y des-

desdicha? Acalle Thamar los lloros, y suspenda los gritos à vista de este fracaso, que si a Amnon la hace fuerza, es al fin un Principe, y su hermano; pero à estas Infantas tristes, dos hombres particulares las afrentan, y deshonran. No hai pesar que pueda llegar a este! Porque la desigualdad de los sugetos aumenta la pena, y el dolor, en quien siendo de mayores prendas, se vè agraviado, y ofendido. Por què Thamar, y la Caba hacen tantos extremos, quando hai Infantas forzadas de hombres baxos, y ruines? Esto si que es afrenta, que aquello, parece solo desgracia! Boferon de Rey à vassallo, aunque duele no agravia, mas de criado a señor, es intolerable ofensa.

Afrentadas, pues, de la manera dicha, la Reina Boada, y las Infantas sus hijas, llevadas de el pundonor, y del agravio, se hicieron a la venganza, con tanto valor, y brio, que pudiera Pantasilea con sus Amazonas, tenerlas mucha embidia. Armadas todas tres a lo Soldado, recogido en las zeladas el cabello, las espaldas en la cinta, al hombro los carcages, y en las manos las ballestas, salieron a la Campaña, cospirando para la libertad, y venganza, no solo a los varones nobles, y plebeyos, sino a todas las mugeres, que ofendidas unas, y otras mal contentas, quisieron seguir su rumbo. Demàs de esto, escriviò la valerosa Reyna al Rey de Escocia, sobrino suyo, y primo de sus hijas, llamado Corbredo, contandole su afrenta, y pidiendole socorros. Escribiò Corbredo a Caton, que era Capitan de los Romanos, para que enmendasse aquellas demasias, y diesse cumplida satisfacion a las pèrdidas, y daños de la Reyna, y de los nobles, ò que se contasse con el peor enemigo. Caton que se hallaba entonces con gran socorro de las Legiones de Francia, respondiò con mucha desverguenza, lo poco que se le daba de aquellas amenazas, y que la enmienda seria doblarle a la Reyna los pesares, y disgustos. No aguardò mas el Escoto, sino que ardiendo en furor, juntò todas sus gentes, y coligado con el Rey de los Pictos Caranacto, comenzaron a passar a cuchillo todos quantos Romanos habitaban en su Reyno. Otro tanto hacia la Reyna Boida, en quantos podia haver a las manos en Inglaterra. Los de la Isla Monas, q̃ hoi se llama Man, viẽdo estos bullicios, y pareciendoles buena

no ocasion para sacudir el yugo de el Romano, se hicieron tambien a las armas, è hicieron una cruel matanza en todos quantos seguian las Vanderas del Imperio. Los Alemanes, llamados Morabos, cuyo Capitan era un tal Rodrigo, se juntaron en esta ocasion con los Ingleses, y Escotos, con que vino a componerse un famoso Exercito. A todos los recibiò la Reina Boada con mil agradecimientos, yendo acompañada de cinco mil mugeres, que con varonil denuedo, apellidaban venganza contra los injuriadores. Despues de averse saludado, con aquellas cortesias, y ceremonias urbanas que entre Reyes se acostumbran, y despues que la Reina afloxò el nudo al cordel, de la pena que se anudò à la garganta, sacudiendo de los ojos lagrimas, que aun sin querer, se vertian a porfia, hablò a todos de esta suerte:

Dexo al silencio lo mucho que me hallo obligada de vuestras Altezas, pues no solo han dado ayuda para soldar mis ultrages, sino que personalmente gustan de hacerme lado en esta guerra; accion que me constituye tan deudora, que aun con la vida no puedo pagarla, y assi, para què es gastar palabras en agradecimientos, quando por mucho que diga, que hable, y que pondere, me he de quedar corta? Callo, pues, esto, y voy a mis pesadumbres. La afrenta de mi casa, los agravios de mis hijas, y las quexas comunes de este Reyno, son notorias, y patentes, y que à voces de la razon, piden venganza. Esta la he de conseguir con tan ilustres Padrinos, y solo me pesa, que ya que el Cielo, y la naturaleza me dieron un animo osado, y un brio varonil, no me hicieran hombre, siquiera para esta ocasion, para con mas libertad poder deshacer injurias, a golpes de mi brazo, que aunque me sobra valor, esto de faldas, parece que le afeminan. Mas con todo ha de saber el mundo, y han de entender los Romanos, que yo, y estas mugeres que me siguen, sabèmos menear las armas, y arriesgar las vidas. Yo, y mis dos hijas hemos de ser las primeras que embistamos al contrario, sin que en esto vuestras Altezas se dèn por ofendidos, porque à quien le sobra la razon, lleva vinculado el vencimiento. Solo les suplico, que esta determinacion, y brio honroso, les sirva de emulacion à

à sus deseos, y de redoblar la valentia de sus corazones, siquiera por no verse excedidos de fuerzas mugeriles, que con tal denuedo se arrojan à la muerte, en venganza de su honor.

Absortos, y pasmados escuchaban los dos Reyes las alentadas razones de la valerosa Reina. Embidiòsos de su brio, se revistieron de alientos; y haciendola sus ofertas, dieron priessa à la batalla; y aunque Caton, fiado de la destreza de sus Soldados, pareciò no temer à los Isleños, y menos a las Esquadras mugeriles, con todo, le suspendiò el animo, y le causò pavor el denuedo, y la ossadia con que empezaron la lid, retando de perezosos a los suyos. Travòse, pues, la batalla, con tanto ardor, y corage, que en pocas horas se vio la Campaña poblada de difuntos, y anegada en sangre. Al impetu primero, con que la Reyna, y todas sus mugeres chocaron como Leonas con la Cavalleria Romana, los desbarataron de manera, y los pasmaron de modo, que quando quisieron recobrarse, no les dieron lugar los Pictos, y Escoceses, quedandoles nuevas cargas, los pusieron en huida. Hasta el General Caton saliò a uña de caballo, y mal herido. Quando comenzò à declararse la victoria por los Ingleses, fue tal el clamor, y griteria de las mugeres vencedoras, que acabaron de aturdir a los pocos Romanos que quedaban, con que mas a su salvo los passaban a cuchillo. Tal fue la matanza, tal el estrago, tal la carniceria, que afirman los Historiadores, que quedaron muertos setenta mil Romanos, y treinta mil Ingleses: cosa que admira! Mandò la Amazona Reina recoger los despojos, con que dexò à sus Soldados ricos, y contentos.

Afrentado, y corrido se hallò el poder Romano, y assi, para el despique, juntò nuevas fuerzas, acudiendo de Francia el Governador Paulino, con todas sus Legiones. Con un poderoso Exercito fue a buscar a la Reyna victoriosa, la qual no con menos brio que la vez passada, saliò à la campaña al punto, con todas sus Amazonas, y demàs guerreros Ingleses, y Escotos, con baston de General, y las Infantas sus hijas a sus lados, recogia, y daba vuelta a sus Esquadras, animandolos a todos con valiente bizarria. Añeronse segunda vez en la batalla mas sangrienta, pero se cansò la fortu-

tuna de hacer las partes de los que apellidaban libertad, y ladeòse a los Romanos, que tyranos, y crueles, aclamaron por suya la victoria, aunque les costò bien cara, pues perdieron la mayor parte de su gente. La Reyna Boada, tan infeliz, como valerosa, quando se viò perdida, derrotado su campo, embestidas sus trincheras, sus dos hijas captivas, por no dàr mas venganza a su enemigo, de verse prisionera, y atada a sus carros, desembaynò su azero, y con mas animo que la Romana Sophronia, se atravesò el pecho, y cayò difunta. Dolor notable! Tragedia lastimosa! Vèr forzadas a sus hijas, y procurar vengarlas, puso a esta gran Reyna en cuita semejante. Soldar aquel sentimiento la traxo a esta ruina.

Armadas como estaban, fueron llevadas las Infantas al General Romano, el qual las remitiò a Roma, por lauro de sus triumphos. La mayor sabiendo que Mario, que fue quien la deshonrò, por lo que tenia de noble, podia soldar su afrenta, siendo su marido, alegò de su justicia ante el Emperador, y propuso su querella. Vista su causa, y conocidos sus justos sentimientos, mandò el Emperador à Mario, que se casasse con ella, y nombròle por Rey de los Ingleses, derecho que le tocaba por marido de la Infanta. La menor (que se llamaba Bodicia) se havia escapado de la prision, y huidose a la Isla Monas, donde con varonil brio, fue juntando gente para vengar su agravio, y el que havia recibido el Reyno de sus padres: quando supo que su hermana se havia casado con Mario, se llenò de nuevas iras, sintiendo que a un Romano, deshonrador de su casa, se adjudicasse el Cetro. En vez de assegurarse por lo cuñado, se guardò mas de èl, y llevò sus designios adelante, que era limpiar la mancha de su afrenta, en quanta sangre Romana pudiesser vèr vertida. Astuta, como valerosa, juntò un buen Exercito, assi de los naturales de aquella Isla, como de Ingleses, y Escotos, que esparcidos de las passadas refriegas se le havian agregado. Y aunque viò que no eran bastantes fuerzas para romper con Petilio, General en aquella sazon de los Romanos, y que en la Provincia de Brigancia, ò Galovidia, se hallaba poderoso, valiendose del ardid, caminò con su campo secretamente de noche, è hiriò con tal impetu,

ta, y griteria sobre los Romanos descuidados, y llenos de sueño, que hasta la mañana que durò la matanza, hizo tan sangriento estrago, rompiendo los aloxamientos, y desbaratando las trincheras, que fue harta desgracia, no dexar extinguido todo el Romano poder, y libre à Inglaterra. Ufana Bodicia, con vèr tan bien logrados sus intentos, dexando el Real del Enemigo anegado en sangre, y poblado de difuntos, marchò presurosa à la Ciudad de Epiaco, Cabeza de Galovidia, que avia tomado Petilio, y hechola asilo de los Soldados viejos. A fuerza de combates entrò victoriosa en ella, quemando, y matando a todos quantos Romanos hallò dentro. Sentido, y afrentado el Romano de estos dos encuentros, juntò todo su poder, y fue à buscar a Bodicia. Diòla la batalla, y lo numeroso del gentìo, mas que el valor la traxo al ultimo estremo, pues quedò captiva, despues de quedar sin gente.

Ultraxòla el General, culpandola de atrevida: mas ella sin turbarse, le satisfizo al cargo de esta suerte: No sè yo que sea culpa, procurar un agraviado la muerte de su enemigo, en leyes de Milicia, y del duelo, antes si, noble ossadia, procurar con las armas la venganza de la ofensa. Mi madre, mi hermana, y yo, fuimos injuriadas de los que de vosotros, mal mirados, os hicisteis à la infamia, y a la demasia. Tiranicamente os aveis apoderado del Reino de mi padre. Mi madre muriò valerosa en la defensa. Si casasteis a mi hermana, fue porque os estuvo bien. Hallome sola a vengar tantos agravios: què mucho, pues, que os busque à todos las vidas, y què os solicite estos enojos? Helo de hacer, siempre que la ocasion me dè lugar: y quando, como aora, me tengas en grillos, no podràn, por lo menos, faltarme los deseos.

Con semejante denuedo, y desahogo, hablò Bodicia al Romano: Que a quien tiene la justicia de su parte, nunca le faltan razones. Pero pareciendoles à algunos Soldados, que era aquello mucha desemboltura, la dieron de estocadas, tan barbaros, como crueles, sin que el privilegio de muger, el indulto de ofendida, la inmunidad de presa, ni la Magestad de Infanta pudiessen valerla. Este fue el fin de una Reina, è Infantas afrentadas. Con que podrà bien la Infanta Thamar callar sus quexas, y enjugar su llanto, dexando à

Dios

Dios la venganza, que la verà algun dia, quando mas def-
cuidada la tengan ſus enojos.

EXEMPLO QUARTO.

Authores de eſta hiſtoria Hector Boec. en ſu hiſt. de Eſcoc. l. 6. Pineda in Monar. 4. p. l. 27. c. 26. §. 4.

COnſuelen a Thamàr en ſu cuita otras dos Donce-
llas Nobles forzadas, y afrentadas de un Principe Rey
de Eſcocia. Corrian los años del Nacimiento de Nuestro
Redemptor de docientos y treinta y ſeis, quando comen-
zò a reinar en Eſcocia Athircon, hijo de Ethodio, dando
tan buenas mueſtras de govierno, de zelo, y de virtud, que
pareciò ſerle bien debida la Corona.

Dioſe a leer Libros, eſpejos en que mirandoſe los Prin-
cipes, hallan deſengaños; y converſando con hombres de
letras, ganò fama de entendido. Moſtrabaſe liberal, y afa-
ble para con todos, con que ſe hacia eſtimar, y querer.
Que liberalidad, y llaneza, ſon anzuelos con que un Rey
gana voluntades. Tenia tambien ſus dias en que ſe daba
a la caza, no tanto por divertimiento, quanto por el
exercicio, y hacer el cuerpo al trabajo para las batallas.
Que cazas de Monteria, en que ſe ſigue à la fiera, al cor-
zo, y al javalì, ſon enſayos de la Guerra. Quien creyera
que de tan buenos principios, ſe ſiguieran malos fines? Fra-
gilidad humana, que a un ſoplo de la fortuna, tiene mil vai-
benes!

Ocho años avia Athircon regido, y governado ſu Reino
con mucha paz, afabilidad, y amor, con mucho guſto de to-
dos, quando en lugar de ir a mas, diò en ladearſe a los vicios;
diò en hacerſe preſumido, altivo, y ſoberbio, fulminador de
amenazas, cruel por varios modos. Diò aſsimiſmo en ſer
ſervidor de Damas, galanteador de Doncellas, robador de
ſus honras.

Ruines compañias de mozuelos enamoradizos, eſcan-
dalizadores, mal entretenidos, le hicieron perder el norte,
y la carta de marear, ſin que recuerdos de Rey, pundonor
de Mageſtad, pudieſſen refrenarle, antes bien, quando otros
para las demaſias ſe ponen de rebozo, èl a cara deſcubier-
ta, ſe iba tras de ſus liviandades, deſafueros, y luxurias. Gran-
geò el odio comun la murmuracion del Pueblo, y alboro-
tos

tos, y motines de los descontentos: No se le daba nada al Rey, andandose cada dia a caza de hermosuras, y bellezas, y en especial puso redes, y armò lazos a dos hermanas Doncellas, tan ilustres, como hermosas, hijas de Natholoco, principal Cabeza de la Provincia de Argadia, y a quien los Escotos alzaron despues por Rey, y vino a morir a manos de un su amigo, cuya Historia contè en la segunda parte, en los Exemplos de consultar hechiceras. Las dos hermanas, a ley de Nobles, rechazaron como honradas, ofrecimientos, promessas, finezas, y regalos. Fueron castillos roqueros, en quien todo un amor Real no pudo hacer mella. Diòse el Rey por ofendido, y tuvose por afrentado, de que dos rapazas triunfassen de su poder, y escarneciessen su amor, y assi, alentando el apetito con llamas de venganza, y buscando las ocasiones medidas a su intento (que a un Rey todo se le facilita) las quitò a entrambas la honra, sin que bastassen lagrimas, voces, ruegos, lastimas, ni quexas a abstenerle de la demasia: antes bien al modo que Amnon, vuelto en odio el apetito, despues de averlas gozado, las entregò a sus pages, y lacayos, para que se aprovechassen de ellas: sobrada maldad, y accion infame, y ruin! Que el amor vende los ojos a una Magestad, para gozar por fuerza, lo que no le dan de grado, aun parece que tiene disculpa, segun leyes de flaqueza; pero que con lo idolatrado, con lo amado, con lo apetecido, se haga ruindad semejante, es infamia, que merece que pierda un Rey la Corona, y aun la vida.

No menos lastimadas que Thamar, antes si mas afrentadas, escaparon las dos Doncellas deshechas en llanto, y apellidando venganza, fueronse a los ojos de su madre, y con el dolor, y lastima que dexa entenderse, le contaron sus injurias. Sufrio Natholoco el golpe, armado el pecho de sufrimiento, aunque ahogado el corazon en lagrimas, que les negò a los ojos. Considerò prudente, que darse por entendido era, dar armas al Rey contra su misma vida; pues a agravio descubierto, siempre procura el ofensor (y mas quando le ayuda el poder) assegurar su partido. Al modo, pues que Absalon, en semejante lance se armò de dissimulo, y encubrio la pena, para con mas seguridad hacer su hecho, y buscar su despique. Acariciò, pues, a sus hijas, alhagòlas en sus

bra-

brazos; consolòlas con ternuras, y mandolas que callassen, y no dixessen su afrenta. Ellas, viendo a su padre tan otro del que pensaron, tomaron sus consejos, y echando un candado al caso, juraron de mudas, por mas que el dolor a vezes rompia en suspiros.

Con recato, y con silencio despachò Natholoco sus avisos a las principales Cabezas de Argadia, y de Nobanta, encargandoles a cada uno, con todo genero de encarecimiento, que vista la presente, se partiessen al lugar donde los esperaba, porque el sucesso que les queria decir, y la lastima que les queria contar, no era para fiarlo al papel, ni para ponerlo en boca de una pluma. Y a la curiosidad, y a ser finos, y leales, les aizò espuelas a todos para acudir con presteza al llamado de Natholoco, el qual quando los tuvo juntos, encerrandolos en una sala, les hizo relacion, con lagrimas, y sollozos de su dolor, y su afrenta, de la mengua de su casa, y del borron tan feo con que avia querido el Rey obscurecer sus claros blasones, añadiendo, que solo en su ayuda afianzaba el despique, y el soldar su honor. De todos recabò lagrimas la narracion lastimosa, haciendose el mas sufrido a la ternura: y unanimes y conformes le ofrecieron sus haciendas, y sus vidas, contra el deshonrador de Doncellas, y afrentador de Nobles. Juramentandose todos, y convocando cada uno a sus deudores, y parciales, se hicieron a las armas, y con formado campo marcharon àzia Evonio, donde estaba el Rey, bien mal entretenido, con animo de prenderle. Desdicha notable! Quando dà un Rey ocasion con demasias a que le pierdan sus vasallos el respeto! Avisado de lo que passaba, juntò la mas gente que pudo, y ardiendo en colera, y enojo, saliò con muchos brios a castigar los alborotados, pensando que al verle avian de rendirse; pero hallò tanta oposicion, y viò tan pertrechado a su contrario, que despechado, y perdido, se desnudò la purpura, y las demas insignias Reales, porque no le conociessen, y diò a huir desapoderadamente para las Islas Hebrides, con los pocos que le pudieron seguir. Echòse, pues, al mar, y ya fuesse su fortuna, ya permission de la Divina Justicia, encrespadas las olas con el viento, le estorvaron el passo a la Galera, de tal modo, que la bol-

vieron al Puerto de adonde avia salido. Diò alli con los que le iban buscando, y temeroso de muerte mas afrentosa, se la diò mas desdichada, matandose a sì mismo. Este fue el fin, y paradero infeliz del Rey Athircon de Escocia, por deshonrar Doncellas. Exemplo memorable para que escarmienten otros. Alivie Thamar su cuita, y las que a su modo se hallan deshonradas, viendo los castigos con que toma venganza el Cielo de Principes mal mirados, y poco acudidos à sus obligaciones.

EXEMPLO QVINTO.

Aunque vamos trayendo estos similes para la fuerza que hizo a Thamar el Principe Amnon su hermano, vaya el curioso, en que vàn sirviendo tambien de Exemplos, para los malos fines, que acarrean excessos semejantes, como le tuvo Amnon, segun verèmos despues. Que para una Doncella deshonrada, no le serà tanto alivio hallar quien la acompañe en su afrenta, como vèr los castigos que dà el Cielo a hombres descomedidos, que hacen fuerza a aquello que ha de ser gusto. Esto assi supuesto, digo, que por los años de 633. de nuestro Redemptor, comenzò a Reinar en Escocia el Rey Ferquhardo, a quien eligieron los Escotos, por verle liberal, y limosnero: virtudes, que por sì solas merecen la Corona. Apenas, pues, empuñò el Cetro, quando en vez de ir a mas en la virtud, se echò a lo vicioso, a lo avariento, y cruel. Quien creyera tal? Quien antes socorria al menesteroso, aora le repela lo poco que tiene! Quien antes respetaba al Eclesiastico, veneraba al Sacerdote, ahora por quitarle los dineros, le encarcela, le aprisiona, y aun le hace perder la vida al rigor de los tormentos. Dicen que hacia muchas destas exorbitancias: con que enojados los Obispos, como Padres del Alma, le hicieron mui asperas reprehensiones, y viendo su poca enmienda, huvo de descomulgarle el Santo Obispo Golmano: mas a èl se le daba tan poco de estar excluido de la comunicacion de los Fieles, que mientras se celebrabā los Oficios Divinos, tomaba sus perros, y Monteros, y se iba a caza. Era mui regalado en el comer, y beber, con que unas veces se daba a la luxuria, y otras a la

Authores de esta historia, Boec. en su Histor. de Escoc. l.9. Pined. in Mon. 4. p. 1. 28. c. 4. §. 2.

em-

embriaguèz. Unas veces el calor demasiado le bolcaba el sentido, y otras le arrastraba a la demasia. Desdichada de la tierra a quien Dios la dà tal Rey!

No contento Ferquhardo, con que a qualquier muger de buena cara, ò que a èl se lo parecia, la traia a su gusto, con amor, ò con violencia, dio en poner los ojos en sus mismas hijas, dos Doncellas hermosas, dos Infantas agraciadas de doce a catorce años. Què barbaro, ni què bruto arrastra jamàs semejantes incestos? Solo este Rey Escoto, por parecer mas que bruto. Diò, pues, en acariciar a las nijas, con caricias poco honestas. Diò en alhagarlas con amagos no decentes, y como las Doncellas iban confiadas en aquello del amor paternal, que siempre ama cariñoso, y aun idolatra en las hijas, no hacian al principio reparo alguno, ni su edad tierna las daba el menor rezelo, hasta que ya los modos torpes del padre les abriò los ojos, y conocieron su designio. Procuraron entõces recatarse, y huirse de su vista, y aun le contaron a su madre lo que passaba. La Reina, que era mui atenta, sentidissima en extremo, y mui cuidadosa de que no llegassen a execucion deseos tan infames, hizose toda un argos en zelar sus hijas. De las mismas diligencias echò de vèr el Rey que le havian entendido, y en vez de avergonzarse, mostròse mui picado, y diòse por sentido. Ardides de Satanàs, hacer duelo, y pundonor, lo que avia de causar mucha verguenza! En fin èl, ò arrastrado del amor, ò ciego de la luxuria, ò loco de picado, buscò trazas, y ocasiones para coger a solas a las hijas, y aprovechòse de ellas, quitandolas el honor: infamia notable, è indigna de decirse! Què ay que espantar que Amnon, a una hermana putativa, la fuerze atrevido, si ay padre, y Rey, que a sus hijas las agravia, y las afrenta?

Cubiertas de lagrimas, hechas todas a la pena, lanzando suspiros tristes, y embarazando el aire con voces lastimosas, se vàn las tiernas Infantas a los brazos de su madre, a contarla su desdicha. No pudo la honrada Reina, al vèr los pedazos de su alma en estado tan triste, y tan deshechas en llanto, reprimir su sentimiento, sino que arrebatada del dolor, y ardiendo en zelo Christiano, se fue al quarto del Rey, y sin aguardar fueros de la Magestad, ni leyes de marido, le co-

comenzò a reprehender, con tanto desahogo, y con tantas amenazas de la Divina Justicia, que le dexò amedrentado, y absorto, y aun temeroso de ver la determinacion. Hizose riña el caso: encolorizòse la razon: ensangrentaronse las palabras, y llegaron a tanto las quemazones, que el Rey mal sufrido, y ciego del enojo, metiendo mano a una daga, degollò a la Reina, matizando con su sangre las lozas de el Palacio. Quien viò tragedia mas triste? Delito mas atroz? Sucesso mas horrendo? Llegò el alarido, y voceria confusa a oidos de los Nobles: y lastimados de la desgracia, y ofendidos del delito, tomaron las armas todos contra el Rey, en venganza de su Reina. Visto el alboroto por el Obispo Colmano, que en santidad, y letras era el oraculo de Escocia, alumbrado del Cielo, se opuso a los alborotados, estorvando sus designios, y haciendoles embainar los aceros, con razones vivas, de que presto miraria por el Reino, y castigaria al Rey. Con esto los sosegò, y estorvò la carniceria, y estrago amenazado. Buen exemplo, y buena doctrina en lo politico, y moral, para que aprendan los vassallos el modo con que deben respetar, y ser fieles, y leales à sus Reyes, por mas que cometan demasìas, y delitos, y por mas que su mal proceder los haga odiosos. El Rey es señor soberano, è imagen de Dios, y assi sus causas solo Dios ha de juzgarlas, y darlas el castigo, ò premio que merecen. El vassallo, por mas que le parezca que està ofendido, aunque el Rey le haya muerto a su padre, ò quitado la muger (que es la mayor afrenta) no puede descomedirse, ni hacer armas contra èl. Lo mas que puede hacer, es, apelar a Dios, y hacerse a la ausencia. De otro modo: Què mas tuviera el Rey, que qualquier particular? Tambien David ofendiò a Urias, quitandole la muger, y quitandole la vida, aunque lo sintiò todo el Reino, no por esso saliò nadie a demandarle; pero Dios tuvo cuidado del castigo, y de tan gran delinquente, le hizo un Rey mui santo. De suerte, que a los Reyes, por mas odiosos que sean, se les ha de guardar lealtad y prestarles obediencia: Assi se lo aconsejò el santo Obispo Colmano a estos Nobles de Escocia, quando mas indignados iban a matar al Rey, al qual de contado le embiò el Cielo el castigo.

A pocos dias, que no passaron de un mes, saliò el Rey a caça, por divertir el gusto, ò por desechar cuidados. Diò en seguir a un lobo feroz, y tanto le fue acosando, que ardiendo en corage, rebolviò contra èl los azeros de sus dientes, y le diò una mala herida. Sobre este achaque se recreciò un accidente, què le postrò en la cama, donde horrible, y asqueroso se iba comiendo todo de gusanos: pero remordido mas de su conciencia, comenzò a llamar a Dios arrepentido, y lloroso, confessando a gritos herido sus culpas, y desaciertos. Mandò que le llamassen al Obispo Colmano, con quien tuvo coloquios lastimosos. Animòle el Santo Obispo, poniendole por delante un mar inmenso de las misericordias de Dios: confessòle despues, y comulgòle, y assi bien dispuesto acabò su vida. Vease aqui, que si le mataran sus vassallos entonces, quizas se condenara este Rey; castigandole Dios con dolores, y tormentos, le dispuso el camino de la gloria. El castigo de los Reyes, le toca solo a Dios, y por malos que ayan sido, los trata de ordinario como à Reyes. En fin, si Ferquhardo forzò, y violò à sus hijas, bien lo lastò en una cama espacio de dos años, para que escarmienten otros de semejantes incestos.

EXEMPLO SEXTO.

Autores desta histor. Hect. Boec, en su hist. de Escoc. lib. 12. Polid. Virg. in histor. Angelice, lib. 8.

Pineda in Monar. 4 p. li. 28. cap. 17. & 2. & 3.

AUnque no con fuerza, ni violencia, ay Principes, que con engaño deshonran tambien Doncellas, en que no cometen menos maldad, y delito: Una Princessa, de Normandia serà exemplo lastimoso, y un Rey de Inglaterra podrà servir de escarmiento. Por los años de 1066. hallandose Haraldo mas poderoso que otros pretendientes, hizo que le coronassen por Rey de aquella Isla, sin que los pretextos, y alegatos de Guillelmo, Duque de Normandia, bastassen à contrastarle la Corona, que siempre en estos lances ha sido el tener mas armas el mejor derecho. Havia sido Guillelmo nombrado por heredero del Reino por el Santo Rey Eduardo, que muriò sin hijos: conque viendo que Haraldo se le anteponia, bufaba de corage, y hablaba desatinos. En fin, èl se quedò con la pesadumbre, y Haraldo con el Cetro. Con mucha paz, rectitud, y alivio de sus vassallos co-

comenzò su Reinado, conque grangeaba comunes bendiciones. Su afabilidad para con todos, su cariño, y cortesìa le hacian tan amables, que era señor absoluto de todas las voluntades. Luego diràn que no hai Reyes corteses, como si la urbanidad no esmaltara la Grandeza. Pero como a la mayor virtud jamas le faltò un contrario, asi una desatencion borrò en este Principe todas sus bondades. El caso es este; Viendo tranquilo su Reino, y que de naturales, ni estrangeros no avia recelo que le inquietasse, se embarcò para Flandes a ajustar algunas cosas. Torciòle el viento el viage, y, mui contra su designio, diò con èl en las costas de Normandìa, tierra de su mayor cōtrario, que era Guilielmo: Visto el fracaso, armòse de su prudencia, è hizo de la necessidad virtud. Saltò, pues, en tierra, mostrando en el rostro averse alegrado mucho. Hizo poner a punto unos cavallos, y haciendo recado al Duque, de como iba a verle, enderezò a aquella Corte su camino. Pasmado, y absorto se quedò Guillelmo con el aviso, no pudiendo creer, que un Rey de Inglaterra, y tan opuesto suyo, se le entrasse por sus puertas. Pero enterado de la verdad, le saliò a recibir con la mayor obstentacion, y grandeza, que pudo prevenir la priessa. Cortejòle como a Rey, dandole de su Palacio lo mas primoroso, y haciendo regalos exquisitos. Passado el primer dia, en que el bullicio, y alborozo no dan lugar à preguntas, despues q̄ sobre mesa se quedaron solos, preguntò al Rey el Duque le hiciesse sabidor de aquella novedad, y de la ocasion que le avia movido a irse a honrar su casa? Haraldo, que ya tenia bien dirigida la traza, y armada la cautela, le respondio, con semblante alegre, y lisongero, que solo el deseo de su amistad, y parentesco, le sacaba de su Corte, por parecerle que ningun tercero, ni padrino sabria mejor que èl ajustar sus conveniencias, y assi, que le pedia fuesse amigo, y q̄ para firmeza desta union, gustaba de casarse con su hija; que lo tuviesse por bien, pues por su misma persona iba a demandarla.

No quedò en Valencia el Cid tan alborozado, quando los Condes de Carrion les demandaron sus hijas, como lo quedò el Duque Guillelmo en Normandia, viendo a un Rey de Inglaterra ofrecersele por yerno. Pero ojo a la zalagarda

que si ay Condes que azotan a hijas de buenos, tambien pue de aver Rey, que afrente hijas de Duques. Haciendo, pues, mil ceremonias, y sumissiones corteses, manifestò el Duque lo mucho que se honraba con el casamiento. La Infanta, q̃ era la Novia, se diò por bien premiada: conque conformes las voluntades, se hicieron los desposorios. Fenecidos los saraos, y alegrias, se partiò el Rey con su infeliz esposa, y mal lograda muger, acompañada de los Cavalleros mas Nobles de Normandia; y pisando la raya de su Reino, mandò echar un vando, que so pena de la vida, ningun Normando quedasse en Inglaterra. Luego segun lo refieren muchos Historiadores, (vease a Hector Boecio, no obstante que lo callò Polidoro, por ser Inglès, dandole al caso otra tinta) sin q̃ se diga la causa que le moviesse, mandò el Rey entregar su misma esposa à los mozos de cavallos a que hiciessen de ella a su voluntad. Esto executado, cortandola las orejas, y narices, y echandola en una barca, se la embiò a su padre. Quiẽ creyera tal infamia, tal vileza, y tal crueldad? Mal por mal, mejor fuera azotarla como a las hijas del Cid, que en fin, era afrenta llevadera, y que en tal modo no afrenta: mas echarla a los criados, y no dexarla cara para parecer, solo un Rey Barbaro, ò Herege hiciera tal martyrio. En què agraviò a este Rey esta desdichada Infanta, è infeliz Doncella? En venir gustosa a su casamiento? En hacerle al punto dueño de su honor? En darle en todo gusto? Porque sino es esto (si esto puede ser agraviò, no sè yo, ni consta, que en otra cosa ninguna le ofendiesse. Ea, para què se lamenta Thamar de que un Principe la fuerce, y la aborrezca despues, si hai Principe que fuerza con modos mas ruines, y que martiriza cruel la cara, que ha gozado? Alivien sus cuitas las demas doncellas, que a tales violencias se vieren afrẽtadas, viendo, que una Infanta llora, y padece mas lastimosas afrentas.

Qual se hallaria el Duque Guillelmo, sabiendo el ultrage, vista la demasia? Què hai que ponderarlo, quando a gritos de dolor se vocea ello mismo? Ardiendo en ira, y venganza, pregonò la guerra por tierra, y por mar contra Inglaterra. Juntò la mas gente que pudo en todos sus Estados, y saltando en la Isla, se fue a buscar a Haraldo, que aunque no

no tan apercebido, saliò a recibirle. Pusieronse los dos Cãpos frente a frente, y de poder a poder se dieron la batalla, bien reñida, y sangrienta de ambas partes. Pero, en fin, el Rey Haraldo, herido de una saeta cayò muerto del cavallo, conque se declarò la victoria por el Duque, que alborozado, y gozoso marchò desde alli a Londres, y se coronò por Rey, siendo el primero que de los Normandos reinò en Inglaterra. Este fue el fin infeliz de Haraldo, y que solo un año tuvo la Corona, para que se vea con quanta brevedad hallò el castigo de lo que con la Infanta de Normandia esposa suya executò: que fuerzas, y demasìas contra Doncellas honradas, vocean como la sangre de Abèl, pidiendo al Cielo justicia. Abra el ojo qualquier Rey al escarmiento.

CAPITVLO TERCERO.

EN QVE A EXEMPLO DE JONADAB, SE COMPRUEBA CON VN notable Exemplo, lo pernicioso que son los terceros de la infamia llamados alcahuetes: de su castigo merecido.

YA que havemos consolado en algo las tristezas de Thamàr, con similes, que le acallen, ù diviertan, en tanto que sus lagrimas se enjugan, sus quexas, y suspiros se hacen al silencio, bolvamos a Jonadab, el primo, y amigo de Amnon, aquel, que como dexamos dicho, diò la traza de cometer el incesto, y executarse la fuerza: no para loar lo mañoso de su ardid, antes si, para reñirle su mal consejo y astucia. Que consejeros de amor, por mas, astutos que sean, se graduan de ruines. Es oficio infame, y ageno de hombres de bien, pues por mas que sea para assegurar la salud, y vida de un Principe (como en nuestro caso) nunca se executa sin infamia, ò sin delito. Claro se vè en Jonadab, pues sino fuera por èl, ni se cometiera la maldad, ni Thamar viera su afrenta, ni David padeciera aquel dolor, ni su Corte aquel escandalo. O señor! Que se muriera el Principe; y de dos males, es prudencia abrazar el menos.

No es escusa para aconsejar violencias, ni tercear gustos. Lo uno, porque nadie hasta oy se ha muerto de mal de amor, que si el hijo de Seleuco, y nuestro Amnon llegaron a estar enfermos, quizà no se murieran, aunque no les aplicaran la cura de su apetito. Lo otro, porque menos mal es, que se muera el doliente, por Principe que sea, à manos de su dolencia, que no que viva a costa de honor ageno: porque aquello serà desgracia de su fortuna, y esto otro viene a ser ofensa de Dios, que pesa mas que un Principe, y que el mundo. De suerte, que no tiene Jonadab, ni ningun otro, que colorir, y dorar sus tercerias: que en travandose agravio de tercero, son negociaciones infames, y diligencias ruines, y que merecen muibien el castigo de este Exemplo.

Autores desta Historia Joseph. l. 28. Anti. c. 4. Zona. tit. 2. Ann. Pined. 2. p. lib. 10. c. 12.

Por los años de 34. del Nacimiento, y primero de la Muerte de nuestro Redentor, teniendo el Imperio Romano el Emperador Tiberio, vivia en Roma un Cavallero de lo mas Ilustre, llamado Saturnino, el qual estaba casado con Paulina Dama de mui altas prendas, y tan dotada de honestidad, y hermosura, que la servian de esmalte a su Nobleza. Puso los ojos en ella un mancebo, tambien de noble estirpe, llamado Decio Mundò; y tanta rienda le diò a su passion amorosa, y tanto se dexò llevar del dulce hechizo, que sin poder ya poner treguas al cuidado, se dispuso a buscar medios con que conseguir su gusto. Por lo brioso, y galan, procurò negociar con galantèos. Manifestaba finezas, ofrecia favores, rondaba la calle, gastaba suspiros, vendia promessas. Mas no hallando por este medio la menor correspondencia, antes si amenazas, y desaires, probò la mano por lo dadivoso, y rico; sabiendo que muchas veces el oro rompiò murallas de bronce, y abre puertas al fuerte mas cerrado. Ofreciòla, pues, ya fuesse por papel, ya por interposita persona, que la daria docientos mil reales (que era una gran suma para aquel tiempo, y no poca para este) solo por gozar una noche su hermosura. Rechazò Paulina el embite, dandose por mas ofendida de que se imaginasse, que era vendible su honra, y que humanos intereses podian contrastarle. Riñòle con mas enojos sus demasias, y embiòle a decir muchas pesadumbres.

Des-

Despechado, pues, el enamorado joven, de ver frustrados todos sus designio, y muertas sus esperanzes, al modo que Amnon, se hizo a la melancolìa, y se dexò llevar tanto de su pesar, y tristeza, que enfermò del accidente, y en calenturas de amor empezò a consumirse, sin querer comer bocado, con que alentar a la vida. Entendiòle la enfermedad una su Esclava, llamada Ida, nada zurda en el arte de concertar voluntades. Fuesse a èl mui cariñosa, y despues de haverle hecho confessar, que era el amor de Paulina la causa de su dolencia, le consolò, y animò mucho a que confiasse de ella la victoria, solo con que la diesse cinquenta mil reales, para ciertas diligencias. El alma que le pidiera le otorgara Decio en aquel lance, quanto, y mas cosas de hacienda. Al instante le puso el dinero en la mano, y encargòla su remedio. Pensò Ida en una traza diabolica; pareciendole, que sino era con engaños de espiritu, santidad, y Religion, con ningun otro medio se avia de rendir la honestidad de Paulina: por lo qual, sabiendo que la Noble Matrona era mui devota de la Diosa Isis, y con gran frequencia la visitaba su Templo, trazò de valerse de sus Sacerdotes, considerando que estos con la codicia del interès, darian modo para que se lograsse su astucia. Quien sino es con arte de Satanàs cayera en tal pensamiento? Fuesse, pues, la vil tercera a los Sacerdotes de la Diosa, y protestandoles el natural sigilo, y poniendoles la paga al ojo (que esto es saber negociar) ofreciò, que les daria veinte y cinco mil reales de presente, y otros tantos acabada la obra, solo porque trazassen, que su enamorado dueño lograsse sus amores con Paulina. Tomò por su quenta la obra el mas anciano (ò mal Sacerdote!) recibiò el dinero. Despidiòse de la tercera: comunicò con los demas el caso, y hechos todos terceros viles, y secretarios infames, y alcahuetes (què hai que regatear el decirlo?) caminaron a la execucion.

El mas antiguo, pues, hecho un hipocrita, y Religioso falso, se fue a Paulina, y haviendola saludado, dixo que tenia que hablarla en secreto cosas divinales. Mandò Paulina despojar la sala, y en estando solos, dixola con gravedad apacible, con palabras magestuosas, q̃ iba de parte del Dios

Anubis, hijo de la Dioſa Iſis, a decirla, como enamorado de ſu beldad, la mandaba, y requeria ſe fueſſe a ver con èl al Templo de ſu madre, donde la tendria aquella noche cena aderezada, y cama apercebida; que eſte era ſu menſage que ſe tuvieſſe por feliciſsima criatura, pues avia de merecer gozar los brazos de un Dios. Tenian los Gentiles tanta veneracion a ſus Sacerdotes: creìan tan de veras ſus palabras que lo que al parecer ſe podia tener por fruſleria, y por cuento ſoñado, qual era eſta revelacion, ellos lo tenian por oraculo, y por verdad infalible. Aſsi Paulina llena de alborozo, creyò luego la embaxada, ſin poder contener la alegria, diò parte à ſus amigas de ſu dichoſa ſuerte. Contòlo aſsimiſmo à Saturnino ſu eſpoſo, que como eſtaba tan confiado de ſu mucha honeſtidad, no le inquietò ningũ recelo ſino antes ſe diò por mui dichoſo. O ciega gentilidad! que aun a los de buen juicio les vendabas la razon, y cegabas el diſcurſo! De ſuerte, que creyò Saturnino, que podia Dios de los ſuyos baxar a tener parte con la muger, que le agradaba, y de que huvieſſe elegido a ſu muger, lo tuvo a mucha honra: pues mui bien merecido lo que le vino.

Fue llevada Paulina al Templo de la Dioſa, al tiempo que yà la noche comenzaba a cubrir con lobregueces los crepuſculos de la luz. Tomòle el Sacerdote venerable de la mano, y haviendo deſpedido al acompañamiento, llevòla à una hermoſa pieza, bien compueſta, y adornada, en que eſtaba una meſa, con el mayor aparato que pudo aparejar todo el aliño. Hacian la luz dos doradas buxias, y los quemados pebetes, la hacian fragrante, y oloroſa. Eſtaba una rica ſilla a la cabecera, y haciendola a Paulina que ſe aſſentaſſe, la ſirvieron con mil platos regalados: todo por manifeſtarla, que era ſu Dios amante quien la daba aquella cena, y dandola a entender, que por ſer Deidad, no dexaba verſe, porque ſeria cegarla. Deſpues de haver cenado, haciendo yà el ſueño la ſeñal de recogerſe, la paſſaron a otra pieza, en que la dieron cama aliñada con aſſeos. Dexaronla ſola en ella, y apagando las luces, ſe le diò lugar a Decio, que yà para el caſo le tenian alli oculto, y eſcondido; el qual, fingiendo era el Dios Anubis, ſe entrò en la cama con ella, y executò ſu guſto, Quien ſino un ruin tercero urdiria tal enga-

gaño? Quien sino una concertadora dispusiera tal maldad?

Antes que rayasse el dia, dexò Decio el lado de Paulina, y dandoles a sus terceros las gracias, y la paga, se saliò del Templo, tan contento, y tan ufano, como quien en desesperado combate alcanza la victoria. Venida la mañana, fueron los Sacerdotes a Paulina, y hallandola mui gozosa, la dieron los parabienes de su dicha, y con mucha hõra (infamia dixeramos mejor) la embiaron a su casa, donde con su marido, y con aquellas a quien avia dado parte, celebrò sus contentos, haciendoles relacion de la grandeza, afabilidad y amor con que el Dios Anubis la avia festejado.

No permitiò el Cielo, que maldad semejante estuviesse encubierta, ò bien para el castigo de los delinquentes, ò bien para escarmiento de los confiados; y assi, al modo que permitiò que Amnon despreciasse a Thamàr, despues de averla gozado, para que patente el delito, le diesse Absalon la muerte, assi permitiò tambien que Decio despreciasse a Paulina, para que se descubriesse el hecho, y se castigasse tãto insulto. Al cabo de tres dias, como se encontrassen acaso los dos en una calle, Paulina bien assustada, y Decio bien descocado: por despicarse con ella, al hacer la cortesia la dixo: O biẽ aya vuessa merced, señora Paulina, y viva mil años pues me ha querido ahorrar docientos mil reales, que pudiera tener por suyos, supuesto que sin ellos ha hecho mi voluntad, y he gozado su belleza! No se ponga colorada, ni me mire corrida, que poco me importa que me menosprecie como a Decio, quando con forma de Anubis he conseguido mi gusto.

Esto dixo, y passòse delante mui ufano, quedandose la Noble señora tan atonita y pasmada, tan confusa, y aturdida, que en mucho rato, que el gran dolor la oprimiò acciones, y sentidos, ni acertò a moverse, ni pudo hablar palabra No fue golpe para menos, y mas en muger de prendas, honrada, y honesta. La grosseria de Decio fue como de hombre ruin, no como de Noble, pues por mas que ciegue la passion, se tiene a raya el respecto, a vista de una muger, y mas honrada, en quien tiene buena sangre. Ya que la industria le cumpliò a Decio su deseo; què necessidad avia de afrentar a la paciente, quando ignoraba el delito? No basta-

ba

ba aver hecho la maldad, sino darsela a sentir? Es accion de hombres baxos, y que con ella se buscan el castigo.

Aviendo Paulina vuelto del inopinado susto, y dadola lugar la pena para sentir su dolor, acelerò los passos a su casa, y entrando en ella, comienza a despedazarle los vestidos à arrancarse los cabellos, a herirse el rostro con tan destemplados gritos, con tan lastimosas quexas, con ayes, y suspiros tan del alma, que embarazada la casa con la voceria, y esforzada de quantos la miraban, escuderos, lacayos, y doncellas, se hizo un confuso tropel el sentimiento, y un escandalo piadoso tanto llanto. Refiriò, pues, Paulina su desprecio, abrazada de su esposo, pidiendole venganza, y de todos modos la hiciesse justicia. Quien no pensàra ahora, que un Cavallero como Saturnino, de lo mas noble de Roma, al escuchar su afrenta, y al ver a su muger hecha un mar de llanto, no ha de hacer un duelo honroso, saliendose sin comer, y sin mudar vestido, a buscar al ofensor, para beberle la sangre, ò hacerle mil pedazos? Claro està, que lo han de pensar assi, quantos saben què es honor, y son hombres de bien. Pues oygase, y veràn lo que hace Saturnino. En vez de tomar tinta, y papel para desafiar a su enemigo, ò en vez de ir a buscarle colerico, y resuelto, hace su querella en forma, y vase al Emperador, y enternecido, y lloroso, le cuenta el caso, y pide le haga justicia. Por cierto que anduvo mui a lo Christiano, sin serlo, y que pueden tomar exemplo todos los maridos, que ofendidos en la honra se hacen a las armas! Mas què ay que maravillar, que estè tan sin colera, y tan sufrido, quien sufriò dexarse a su muger siendo tan hermosa, entre una chusma de Sacerdotes, como si fueran impecables, y prestando consentimiento para que el Dios Anubis estuviesse con ella. De aqui colijo, que el Emperador, que bien entendido, anduvo mui atento en darle mui leve pena al ofensor, como veremos en castigo de quien tan mentecato embiaba a su muger a dormir con los Dioses.

Vista, pues, por Tiberio la querella, y acusacion, con el recato que pedia la obra, mandò prender a Decio, y a la Esclava, y averiguado todo el caso, por sus dichos, y otras diligencias, fueron tambien pressos los Sacerdotes de la Diosa

sa Isis, que hallaron ser culpados. Con el miedo del tormento, todos confessaron la verdad, y substanciada la causa, promulgò el Emperedor sentencia, en esta forma: Que Ida, como la principal concertadora, y todos aquellos Sacerdotes que alentaron la maraña, pagassen en una horca su delito (ò si se executara ahora esta pena en semejante gente y que de maldades se estorvaran; porque corozas, y azotes ya lo hacen gala algunas deste oficio): que la estatua de la Diosa Isis fuesse arrojada al Tiber, y que todo su Templo se echasse por tierra, porque no quedasse rastro, ni memoria del lugar donde se havia cometido tan atroz delito: y que Decio, por quanto el amor, y la flaqueza humana le arrastraron al hecho, saliesse solamente desterrado de Roma.

No he visto Historiador que toque el caso, que no juzgue que anduvo el Eperador mui omisso en sentenciar a este adultero, siendo el principal culpado, y que por Divinas, y humanas Leyes, tiene pena de muerte. Confiesso, que quando no por lo adultero, sino por lo jactancioso, y desvergonzado, merecia tambien la horca, como los terceros; pero no hai duda, sino que (como tengo dicho) fue capricho del Emperador, quizà para castigar la paciencia, y sufrimiēto de Saturnino. El ahorcar a los terceros, fue a gusto de todos, siquiera porque escarmienten los del arte, pues pudiera ser, que si en tiempo de David se huviera dado a algunos esta pena, se escusara Jonadab de dar la traza, y de ser concertador de los amores del primo; porque una horca a la vista, y un Rey recto, qual David, le tuvieran a raya de dar tales consejos.

CAPITULO QUARTO.

DE LA TRAICION, Y VENGANZA DE ABSALON, Y MUERTE de *Amnon su hermano.*

YA vimos las lastimas de Thamar, y que viendose afrentada, tomò por partido passar toda su vida en continencia. Ya vimos, que aunque reprehendiò David al Principe en secreto, no se atreviò à obligarle a que se cassasse con la

2. Reg. c. 13. Text. y Glos.

la ofendida, porque visto el odio que la avia cobrado, se pudo recelar, y temer que la matasse, como lo advierte Lyra. Ya vimos tambien, como Absalon se hizo al dissimulo, y consolò a su hermana. Todo esto lo tocamos en el primer Capitulo. Veamos, pues, en què paran estos silencios de Absalon, este callar, este dissimular, este sufrir. Como cosa notable, parece que advierte el Texto, que no le hablò a Amnon palabra mala, ni buena. Manifestò Absalon tener muy ancho el pecho, y el corazon mui grande; dones que los concede la naturaleza a unos mas que a otros, pues no todos pueden, por mas que lo procuren, a vista del agravio, y de la ofensa, dexarlo passar, y hacerse a la cordura. Ver un hombre de bien, y que sabe sentir de honor, que le fuercen à una hermana, y que es la afrenta publica, y que tope ombro con ombro una, y muchas veces con quien le ha agraviado, y no le diga nada, antes le quite el sombrero, y le dè los buenos dias, bravo sufrimiento es, y cabilacion notable! Dos años enteros tuvo Absalon abrigado en el pecho la injuria, y rebozado el rencor, y con ser polillas, que tanto escarban, y muerden, no les permitiò jamàs se le assomassen al rostro. Quando viò ya, pues, que con los tornos del tiempo estaba borrado de las memorias lo que al principio despertò tanta atencion por lo ruidosa. Quando viò, en fin, q̃ ya nadie hablaba de Thamar, ni aun se acordaban yà de ella tratò de su venganza, procurò su despique. Aguardò, pues ocasion oportuna, para que por nigun modo le cantassen los designios, que fue el tiempo de trasquilar los ganados; tiempo mui regocijado en aquellas edades, y en que se hacian explendidos combites, como ya lo vimos, quando hablamos de Nabal. Tenia Absalon una rica Granja, ò Aldeguela, en los confines de Efrain, llamada Baalhasor, donde estaban sus ganados, y la mayor parte de su hacienda. Combidò, pues, para alli a todos sus hermanos, excepto a Amnō como advierte el Abulense, todo sagacidad, y astucia; porque por ningun camino se le descubriesse el juego. Eran muchos los Infantes, aunque de madres diversas, con que se diò a entender en la Corte, que el combite era magnifico, y magestuoso el aparato. Hecha yà esta prevencion, se fue Absalon al Rey su padre, y con palabras cor-

Josepho llama a este Pueblo Belsephon. Pudo ser, que ya en tiempos de Josepho, que haviã passado mas de mil años, se le huviesse mudado el nõbre como vemos de muchas Ciudades, y Villas de España y de otras Provincias tener diferentes nombres, que tuvierõ al principio.

corteses con urbanos ruegos, y con ceremonias lisongeras, le dixo: Ya estarà noticioso V. Magestad, como me quiero partir a Baalhasor, a trasquilar los ganados de este esclavo, y siervo suyo. Y como es la vez primera que hago mi fiesta ruidosa, me holgarè infinito, que V. Magestad me honre yendo a hallarse en ella con todos sus criados. Recaben mis suplicas, y ruegos esta gracia, siquiera porque se vea lo que V. Magestad me ama, y estima.

Con palabras semejantes hizo Absalon el ruego. Quien por mas que despavilasse malicias, avia de imaginar, que eran trazas todas para encubrir el hecho? David, con saber tanto, no sospechò la menor doblèz, porque los de nobles pechos nunca imaginan traiciones, y se dexan engañar mui facilmente; y assi con sinceridad, y lleno de alborozo, se escusò diciendo: No, hijo mio, no me ruegues tal, porque no es razon que vaya toda mi casa a darte pesadumbre, y a ponerte en mas cuidados: Yo estimo tus miramientos, y alabo tu cortesìa, mas no me demandes esso, que no es justo: V. Magestad no ha de escusarse (replicò Absalon) porque sino va a honrarme, le darè de mano a todo: No hai que tratar (buelve a responder David) Absalon, hijo mio no porfies, sino hazme este placer de darme por escusado. Estas, y mas porfias supone el Texto. Y es lo bueno, que lo mas que deseaba Absalon, es, que no fuera su padre, ni lo imaginàra; (O astucia humana, y lo que trazas, y encubres!) y assi el combidarle, como repara bien el Tostado, solo era cumplimiento, para atajar todo recelo, y sospecha. Ea, pues, señor (replicò el Infante astuto) supuesto, que no merezca que la Persona Real corone mi banquete, concedame por lo menos, que vaya con nosotros el Principe Amnon mi hermano. Reparese en lo bien que lo iba trazando, y disponiendo. Como era Amnon el Primogenito, y que gozaba de las honras de Principe, quiso dàr a entender à Absalon, q̃ yà que no iba el Rey, fuesse por lo menos el mas inmediato à su Persona, y que le representasse, que fue como decir: Vaya alli quien haga cuerpo de Rey, vaya Amnon mi hermano: No hai tampoco necessidad de esso (respondiò David) basta que os acompañen los demàs Infantes: dexadme a Amnon conmigo. Parece que ya en esto le adivinaba el alma algu-

gu-

guna cosa. Como viò Absalon, que se le desbarataba su ardid, apretò todo lo posible la dificultad, como forzando en cierta manera al Rey con suplicas, y ruegos para que diesse licencia. Tal fue la porfia, que en fin, por grado, ò por fuerza, se la concediò. Y assi, acompañados todos de sus pages, y criados fueron à Baalhasor.

Mui ufano, y gozoso se hallaba Absalon, quando viò logrado su lance, y a sus manos su enemigo. El placer, y el alborozo le hacian andar mas liberal, y comedido, para que el combite fuesse una cosa grande. Sin duda tenia ya humos de Rey, y assi quiso, que el aparato, y grandeza derramassen Magestad. En tanto, pues, que se aliñaban las mesas, y se hacia hora de comer, previno a sus criados, los que juzgò mas a proposito, hombres arrojados, y atrevidos, y que sin mirar respetos, quitaran la vida a un Santo. A gente, pues, de esta raza, les descubriò su intencion, y dixo: Supuesto, q̃ ya veis la confianza que hago de vosotros, y que me va mi credito, y mi vida, en que no se yerre el golpe, guardad esto que os advierto. Quando viereis, que Amnon està tomado del vino, y que la embriaguez se le assoma a la cara, y a los ojos, y yo os hiciere la seña de que le hirais, y mateis, dechad todo temor, y executad valientes mi mandato. No se os ponga por delante cosa alguna, ni el ver que es hijo de Rey os amedrente, pues siendo yo quien lo mando, estais seguros, revestios, pues, de valor, mostrad brios, y alentad los corazones.

Animados, è industriados desta suerte los criados, y llegada la hora de sentarse a las mesas, llamò Absalon a todos los Infantes, y con mucho agassajo, y cortesìa, les fue a todos señalando sus assientos, dandole al Principe Amnon la cabecera. Sirvieronse a la mesa variedad de platos, viandas exquisitas sazonadas frutas, vinos regalados. La comida, en fin, estaba tan bien dispuesta, que el apetito picando en un plato, y otro, se diò por satisfecho. Solo el postre fue mui malo, con que se desazonò todo. Hizo Absalon la seña, quando viò la ocasion, y entrando de tropel con las espadas tiradas los que estaban a la mira, embistieron con Amnon, denodados, y crueles, y a estocadas repetidas, le hicieron despedir el alma por mil sangrientas bocas,

cas, quedando el cuerpo difunto, rebolcado entre su sangre. Quien viò caso mas cruel? Tragedia mas lastimosa? Espectaculo mas triste? Confusion mas notable? En un banquete tan Real, quien viò postre tan amargo? Mesa tan aliñada à los principios, tan trabucada, y descompuesta a los fines, quien la viò jamas? Manteles a quien el armiño parece les diò blancura, verse salpicados de coral, y empapados con la sangre de quien descuidado, è inocente, se assentò a comer en ellos, sino es en Baalhasor, donde se ha visto? Diez, ò mas Infantes, hermanos todos, y todos a una mesa, ver a sus mismos ojos embestir con el mayor, y darle muerte lacayos en gavilla, què Anales lo han contado? No hai duda sino que la turbacion, el tropel, el alboroto, confusion, y vocerìa fue de las cosas mas raras que se han visto: y aunque la Escritura lo dexa en silencio, lo dà todo a entender, y lo supone en lo poco que dice: Refiere, que al punto que vieron la traicion todos los Infantes, se pusieron a cavallo, y dieron a huir. Pues siendo muchos, y muchos sus criados, y Absalon solo, como no embisten con èl? Como no vuelven por su hermano, ò como no le vengan? Essa fue la turbacion, esso el confundirse, y esso fue el pasmarse, porque como fue el caso tan inopinado, y a tal sazon, quando la comida, y la bebida no dexaria de tener, si no tocado, empachado por lo menos el discurso, solo pusieron mano en aquello que hacen los de menos juicio, que es huir el riesgo. Ellos sin duda se amedrentaron tanto, viendo a Absalon en su casa, y a ellos en tierra agena, que pensaria cada uno, que ya tenia sobre sì otro esquadron de lacayos, y assi turbados, aturdidos, y medrosos, no cuidaron de mas que montar en sus mulas, y huir a rienda suelta. Sus criados ò por lo menos algunos les debieron de pegar el miedo, pues al vèr comenzar la obra, desampararon a los amos, (gente en fin de pocas obligaciones) y volaron a Jerusalen a ser escandalo lastimoso con las malas nuevas. Estos criados, pues, que se adelantaron de cobardes, fueron los que sembraron la fama, y echaron voz, que Absalon havia hecho matar todos los Infantes, sin que quedasse ninguno. De suerte, que lo que congeturò su arbitrio de ver comenzar a herir a Amnon, que fue pensar que la traicion estaba

armada con todos, lo publicaron certeza, y lo dieron por hecho, fama tan dolorida, y nueva tan desapiadada para el triste padre, que al llegar a sus oidos, partiò el corazon, y hecho un mar de llanto, se levantò de la silla, rompiò sus vestiduras, y se arrojò en el suelo, obligando con su lastima, y dolor a que todos los Grandes, y señores que se hallaron presentes hiciessen otro tanto. Todo el Palacio se hizo al sentimiento, todo vistiò luto, y se cubriò de tristeza, cuyos pavorosos ècos, sonando por la Ciudad, y passando la voz de unos en otros, la llenaron de espanto, lastima, y assombro.

Jonadab, aquel que ya diximos que fue el concertador de los amores de Amnon, y que quizà astuto, y malicioso no quiso ir a la huelga. Este, pues, era uno de los que se hallaron en Palacio quando llegò la nueva; y como hombre entendido, y de buen discurso, adivinando el caso, se llegò al Rey para aliviarle el dolor, y la fatiga, y le consolò, diciendo: No crea, ni juzgue V. Magestad, que han muerto todos sus hijos. Amnon solo es el muerto, porque desde aquel dia que deshonrò a Thamar, es cierto que Absalon, como hermano de ella, ha aborrecido al Principe de muerte, por mucho que lo ha disimulado: y como ahora en su Pueblo, y en su casa veria la ocasion, ha executado su encono. Por lo qual, no le passe a V. Magestad por el pensamiento, ni haga aprehension de esto que ha oido, de que han muerto a todos los Infantes, porque solo ha sido Amnon el desdichado.

Quizà no lo huviera sido (podemos glossar assi) si tu no le aconsejaras. Y ya que como pariente, como amigo, y Privado suyo, le ayudaste al gusto, que le costò tan caro, cómo no has ido a ayudarle ahora en el conflicto? O malos cōsejeros, y terceros infames! Y quien viendo a Jonadab, no escarmienta de vosotros? De suerte, que Jonadab (coligiendolo de sus mismas razones) bien sabìa el rencor, y el mal querer q̄ tenia Absalon contra Amnon su hermano, y como aunque viò que le combidaba a aquella huelga, èl, como sagàz, temiò alguna zalagarda: y ya que porque no le juzgassen malicioso, y no enconar la materia en desgracia de Absalon, no queria estorvarle al Principe la ida, èl por

por lo menos tratò de ponerse en salvo, quedandose en la Corte, por lo que podia suceder. No anduvo como amigo, ni como honrado anduvo, pues debia a fuer de tal, ir a hacerle lado a su Principe, a su amigo, y aun con mucha prevencion a lo secreto para defenderle. Hizo en fin, Jonadab, como gente de su oficio, que ayuda al delito, y buelven las espaldas al vèr las cuchilladas. Ojo al escarmiento los que se precian de sabios.

Con el rumor de la nueva, andaban desalados muchos pages, y sirvientes, especulando, y haciendo diligencias de si seria verdad. Y como uno de ellos se huviesse subido a la torre mas alta del Alcazar, y estuviesse atalayando àzia el camino de Baalhasor, viò que por un lado del monte venia una gran tropa de gente de a cavallo, caminando a toda prisa. Dixoselo a Jonadab, y Jonadab al Rey, añadiendo, que ya tenia alli a sus hijos, que diesse vado a la pena. Llegaron, pues, los Infantes, deshechos en lagrimas a los ojos de David, y como los lloraba ya difuntos, aumentòse mas el llanto, y doblaronse los gritos: unos de placer, otros de pena. Mezclaronse en fin, lagrimas con lagrimas; las que vertia el dolor por Amnon perdido, las que derramaba el gozo por los hijos hallados. Todo era confusion tragica. Por qualquiera parte alaridos, y sollozos, y a todas partes lamentos. Fue uno de los mas tristes dias que tuvo Jerusalèn, y uno de los mayores trabajos que padeciò David. Bien advertiria el Santo Rey, que eran castigos de su passada culpa, cuyos recuerdos le servirian tambien para afloxar la rienda al dolor, y dàr rienda al quebranto. La muerte mal dada que el hizo dar al buen Cavallero Urias, consideraria prudente, que era la que acarreaba la de su amado hijo. Y si oir las nuevas de aquella, le fue de tanto gusto, era pena merecida, que al escuchar estas otras passasse tanto dolor. Con estas consideraciones, es cierto que David lloraria, mas de arrepentido, que no de lastimado. Ay de mi! (diria para consigo) que yo soi quien he muerto a Amnon, no las espaldas traidoras! Mi culpa ha sido la culpa, mas que su desgracia. La traicion que yo urdi contra un vassallo, por los mismos filos me ha degollado un hijo. Si en el campo de Rabac derramè sangre inocente, ya en campos de Baal-

hasor yace la mia vertida. Y assi, si soy yo el culpado, para què lloro? Para què hago estremos, quando soy merecedor de mas castigo?

Con semejantes recuerdos, y lamentos, passaba David sus cuytas, sin que dias, ni años le borrassen el dolor, ni pudiessen darle alivio: que aunque otros muchos hijos parece que pueden suplir la falta de uno, para un padre que ama mucho, no la suplen; y mas quando al que le falta, se le han muerto con violencia. En los mismos retratos que se mira, se le representa mas al vivo aquel que le han quitado: con que lo que por una parte sirve de gozo, sirve por otra de refrescar las heridas. Assi el buen Rey David, aunque se miraba rodeado de muchos Infantes bellos, que le llamaban padre; y mas en el caso presente, que todos se le hicieron una piña, a abrazos apretados, quando echaba menos a Amnon, y a Absalon; uno muerto, otro perdido; uno el Primogenito, otro el mas hermoso; en vez de aliviar la pena, se hacia mas à la ternura: en vez de tomar placer, se le renovaba el llanto. Dexemosle aqui con sus amarguras, que bien tiene que llorar, y bolvamos a Baalhasor a vèr lo que passa.

Muerto el infeliz Amnon, con la alevosia que hemos dicho, quedando la sala del combite hecha marcial palestra, y anegada en sangre, todos dieron a huìr desapoderados, assi amos, como mozos, de la una, y otra parte, temerosos los unos de los otros. Los Infantes inocentes huyeron a Jerusalèn, temiendo que la traicion estaria armada con todos. Y Absalon, como culpado, tomò el camino de Gesur, Reino, y Corte de su abuelo, por parte de madre, temiendo no le prendiessen los Ministros de su padre, si le hallaban en sus tierras. De suerte, que de todos los que se hallaron en el combite, de quienes pudiera aver sospecha, no quedò ninguno que no se puso en cobro. Solo reparo aora, que como se han dexado al Principe muerto, sin que aya cuidado nadie, ni de llevarle a Jerusalèn, ni de darle sepultura, ni de hacerle exequias, ni de depositarle en lugar decente. Què serà, pues, la causa que el Historiador Sagrado no haga mencion de nada de esto? Quien escriviò esta Historia, segun comun opinion de San Isidoro, y otros, * no fue el mismo David: Pues como calla lo que se ha hecho de este Prin-

* Dabid fue el Autor de todo el l. 2. de los Reyes, y desde el c. 25. del l. 1. de S. Isidoro, l. 6. Orig. c. 2. Mend. in Reges, t. 1. anno 3. lec. 2. in proemis.

Principe, ù donde le han puesto? Muere Saul en la batalla, y dicese, que su cuerpo, y los de sus hijos fueron sepultados en Jabes en un honroso sepulcro, llenos de aromas, y unguentos olorosos. * Matan a Abner a traicion, y dice el Texto que le dàn en Hebron honrosa sepultura. * Matan de la misma suerte al Principe Isboseth, y sepultã su cabeza en el mismo sepulcro. * Ahorcase el traidor Achitopel, y dicen que le entierran en el sepulcro de su padre. * Muere el Principe Absalon alanceado en el Bosque, y sepultanle en una cueba, y cubrenla de piedras. * Queda Amasa, General que avia sido del Principe Rebelde, muerto a traicion, en medio de un camino; y cuentase, que le meten en un campo, y alli le hacen como tumba, de vestidos. * Como, pues, David quenta, y refiere las sepulturas que le dieron a todos estos Principes, mal muertos, y calla el que Amnon su hijo se le diesse sepultura? De quien se havian de contar mayores las exequias, mayor el aparato, el marmol mas hõroso, se lo dexa en silencios? Una de dos, ò sepultaron a Amnon, ò no. Si le sepultaron, por què no lo dice, como dice de los otros? Y si acaso, por algun accidente, le dexaron sin sepulcro, por que tambien lo calla?

* 1. Reg. c. 31.
* 2. Reg. c. 3.
* 2. Reg. c. 4.
* 2. Reg. c. 17.
* 2. Reg. c. 18.
* 2. Reg. c. 20.

Ninguno de los Autores que he visto, han hecho este reparo; y pues al Tostado se le fue de la pluma, tengo por cierto, que nadie ha dado en ello; y si han dado, huyeron la dificultad, passaronlo en silencio. Y assi, salvo mejor sentir, me parece, que el callarse la sepultura de Amnon, pudo ser por dos respectos. Lo primero, porque siendo su padre mismo quien escribia el caso, pareciera cosa superflua decir, que un hijo Primogenito, y tan querido, le havia hecho enterrar: cosa que de su misma naturaleza se esta dicho. Por lo qual, no querria el Santo Rey, quando lo escribia, volver a renovar el dolor, y el llanto, y refiriendo las exequias; y assi al decir, que llorò a Amnon muchos dias, quiza se le rasaron los ojos de lagrimas, y haciendo punto redondo, levantò la pluma, y passo a otra cosa. Y si a esto se replica, que por què tambien no callò el sepultar a Absalon, pues era tambien su hijo, y tan querido como el otro? Respondo, que aunque era assi, militaba en Absalon razon mui diversa: porque como se le havia revelado, y los Soldados de David le havian muer-

muerto en el campo a lanzadas, y a heridas, ſino ſe eſcriviera, que le havian ſepultado, y ſe dexara en ſilencio, como lo de Amnon, todos preſumieran, y penſaran bien, que en pago de ſu delito, ſe le havian dexado en aquel Boſque ſin enterrar, para que las aves, y los brutos ſe la comieſſen. Y aſsi, por evitar David eſta preſumpcion, y que no ſe imaginaſſe, que un Principe de Iſraèl, è hijo ſuyo, no obſtante que le havia ſido rebelde, ſe avia quedado hecho manjar de las fieras, eſcribiò mui por menudo, que le dieron ſepultura en una cueba, grande, y eſpacioſa, ſobre la qual puſieron un monton de piedras de mui grande altura. Y luego añade, que el miſmo Abſalon tenia hecho un ſepulchro en el Valle Regio, que era junto a Jeruſalèn, en que para memoria havia pueſto ſu imagen, Eſtatua de marmol primoroſa, de la qual tomaba el nombre la obra; de modo, que ſe llamaba *Sepulchro de Abſalon*. Y dice aqui el Toſtado * con el parecer de algunos Rabinos, que el hacerſe mencion de eſte titulo, ò ſepulcro, fue para dar a entender, que los hueſſos de Abſalon, por orden de David, ſe traſladaron alli de la cueba adonde fue echado; porque no ſe dixeſſe, que un Principe, hijo ſuyo, eſtaba ſepultado allà en la gruta de un boſque. Luego bien concluyo, que milita diverſa razon en mencionar, que a Abſalon le dieron ſepultura, y callar, que à Amnon ſe la dieſſen? Porque lo que en el uno pareciera ſuperfluo, fue en el otro neceſſario.

Abulenſ. 2. Reg. c. 18. q. 18.

Lo ſegundo, me parece, que el callar David la ſepultura de Amnon, fue quizà (y valga por agudeza) para tenerle, en cierto modo, ſiempre a la viſta, cadaver ſin enterrar, y que aſsi le ſirvieſſe de eſcuſa ſu llanto. Al eſtàr ya enterrado de la deſgracia, dice, ſegun el Texto Hebreo, * *que llorò David à Amnon todos los dias de ſu vida*: Aunque no fueſſe ſino por tres años enteros (por quanto añade, que paſſados los tres años, ſe conſolò) fue mucho llorar por un hijo difunto; y todos los de buen juycio lo juzgaron aſsi. Pues què hace David, aſsi como dixo que le llorò tanto tiempo? Levantò la pluma, y callò el que le enterraſſen; que fue como decir: Si digo que le enterraron, me tendràn por un llorôn, porque enterrado el difunto, aûque ſea padre, ò madre, muger, ò hijo, luego ſe olvida: y quando mucho, ſi dura

* Donde nueſtra Vulgata dice, muchos lee el Hebreo, todos.

ra algun recuerdo de tristeza, mientras se arrastra el luto, ya es sin lagrimas, ya es sin llanto; porque lagrimas, y llanto, solo se derraman a vista del espectaculo triste de el cadaver frio. Pues para que vea el mundo, que mi llanto es con razon, que mis lagrimas son justas, reparen, y adviertan, que no esta Amnon enterrado, y que le tengo a la vista, espectaculo sangriento, cosido a puñaladas. Què mucho, pues, que le llore toda la vida, si toda la vida le miro sin enterrar?

De suerte, que aunque no admite duda, sino que se le haria a Amnon un mageltuoso entierro, y se le daria sepulcro decente a su grandeza, lo callò el Sagrado Texto, y David no lo escrivio, ò por estarse ello dicho, ò por tener con este silencio presente al hijo difunto. En tanto, pues, que èl llora la desgracia, demosle algunos vivos de sucessos semejantes, que sirvan de exemplo, y escarmiento a todos los que se miran en altura, enseñando a temer, y a recelar de traydores.

CAPITULO QUINTO.

EN QUE SE PONEN EXEMPLOS DE PRINCIPES, QUE EN combites fueron muertos à traicion.

EXEMPLO PRIMERO.

Porque no se quexe Amnon de desgraciado, pues entre los manjares, a que con cariño fementido le brindaron el gusto, viò verter su sangre a traydoras heridas; oiga, y verà que tiene compañeros, y algunos, que sin culpa experimentaron la misma desgracia. Se prueba, y principio otro Principe Hebreo: Simon, uno de los valientes Machabeos, hijo de aquel Mathatias, que celador de la Ley, y de la Patria, hizo su nombre famoso, y en la Ciudad de Modin, por mas que le oculte el marmol, vive eterno. Despues que los dos hermanos Judas, y Jonathàs, el uno muriò en la guerra por no obscurecer sus glorias, bolviendo las espaldas, y el otro por fiarse de traydores, fue en Ptolomayda preso: Simon entonces, viendo al Pueblo afligido, y lleno de temores se partiò a Jerusalèn: congregòles a todos,

Authores de esta historia. 1. Mac.c. 13. 14. 15. & 16. Joseph de Antiq l. 13 c. 11. usq. 14. Pined in Monarc. 1. p. .. 9 17. §. 1. & 4.

y con animo valiente les dixo estas palabras: Bien os consta los males, los trabajos, y las guerras, que yo, y mis hermanos, y la casa toda de mi padre, hemos padecido en defensa de la Ley, y de la Patria: bien aveis visto, como en defensa suya perdieron ellos las vidas, y que he quedado solo a sentir sus muertes, pero no aveis de pensar que huyo el cuerpo a la tribulacion, y que con el escarmiento busco conveniencias, porque las mayores que tendrè, serà vengar nuestro oprobrio, nuestros hijos muertos, nuestras mugeres cautivas, y todos afrentados. Tambien como por mis hermanos arriesgarè la vida por vosotros. No desmayeis, pues, ni las fuerzas de Triphon os acobarden, que a vuestro lado os defenderè valiente.

Alborozado el Pueblo, y hecha animosidad, la que era cobardia, levantò el grito diciendo: Tu, Simon, eres nuestro Capitan, y nuestro caudillo, en lugar de tus hermanos. De comun consentimiento, te entregamos el Baston para que nos rijas, y goviernes a tu voluntad. Solo tu gusto serà nuestra obediencia. Aceptò Simon el cargo, y luego al proviso juntò la gente de guerra, è hizo que se reparassen los muros de la Ciudad. Fortaleciòla mui bien con torres, y baluartes. En el puerto de Jope puso nueva guarnicion; y sabiendo que Triphon, General del Rey Antiocho, marchaba àzia Judea con un poderoso Campo, èl con todas sus gentes se plantò en Adus; porque la eminencia de sus cumbres le sirviessẽ de asylo. Con nuevos engaños, y cautelas procurò el traydor Thriphon, ò colorir su traicion, ò quitarles la sustancia a los Hebreos; y assi despachò una Embaxada, diciendo: Que el aver preso en Ptolomaida al valiente Jonathàs, era sobre no aver pagado el tributo que debia al Rey Antiocho: y que assi le embiassen cien talentos de plata, y en rehenes los dos hijos que tenia, y que le soltaria libre. Bien adivinò Simon que esto era engaño, y con latidos se lo decia el corazon; pero temiò prudente, no le achacassen de omisso, y le objetassen despues, que por guardar el dinero, no avia librado a su hermano. Que un vulgo siempre juzga temerariamente, y aun a su Rey no se la perdonan. Temeroso, pues, de esto, le remitiò a Triphon la plata que pedia, y los rehenes, que eran sus dos sobrinos, que fue echar-

los a la muerte. A ellos, y a su padre Jonatàs, les hizo el traidor quitar la vida en Baschaman. Tan fementido, como esto cumpliò el trato. Mas què mucho no guardasse palabra al enemigo, si a su mismo Rey Antiocho, Principe de tiernos años, le matò alevosamente en el camino, y se alzò con la Corona.

Lastimas, y sentimientos se hicieron notables, no solo en los Reales, sino por toda Judea, por la muerte de Jonatàs, y sus hijos. Con aparato funebre hizo Simon llevar los huessos a la Ciudad de Modin, al sepulchro de sus padres. Y porque quedasse memoria de su afecto, les labrò un Panteon, el mas magestuoso, y mas lucido que viò aquella edad, y que a injurias de los tiempos, no sè si aun se resplandecen vestigios de su grandeza. Sabiendo, pues, que Triphon se avia hecho Rey de la Assia, y que le tocaba con mejor titulo a Demetrio la Corona, que competidor de Antiocho, andaba desterrado, le despachò sus Embaxadores, dandose por su amigo, y dandole el parabien del Reino, por mas que el Rebelde trataba de contrastarle. Pidiòle assimismo, que aliviasse a Judea de las cargas, y tributos con que sus antecessores la tenian oprimida; y en señal de su afecto, y amistad, le enviò una Corona rica, y una cadena de oro costosamente labrada. Con mucho alborozo recibiò Demetrio el presente, y Legacia, y en respuesta le escriviò a Simon una carta, tan cortès, y tan cumplida como esto.

Carta del Rey Demetrio à Simon Machabeo.

El Rey Demetrio. A Simon Sumo Sacerdote, y amigo de los Reyes, y à los Ancianos, y Pueblo de Judea, salud. La Corona, y cadena de oro que enviasteis, he recibido con notable gusto; y en confirmacion de ello estoi mui aparejado à que entre nosotros se establezca una paz perpetua; y assi mandarè escrivirlo à mis Governadores para que os alivien, y les conste de lo que aqui os reservo. Todas las fortalezas que aveis edificado, quiero que queden por vuestras. Todo lo que por ignorancia haveis hecho contra mi en favor de Antiocho hasta oy, os lo perdono, y assimismo la Corona que nos debeis à los Reyes. Si en Jerusalèn hai algun otro tributo, le anulo desde ahora; porque quiero, que entre

mi gente, y la vuestra, haya una firmissima paz.

Con esta carta, y semejante indulto, quedò desahogado el Pueblo Israelitico, dandole en comun alabanzas a Simō, pues en su Principado, y por su buena disposicion, se haviā visto libres del yugo Gentilico, que los tenia opresos. Al punto Simon trato de tomar la Ciudad de Goza, que era de su jurisdiccion, y estaba por el Rebelde. Sitiòla fuertemente, assestandola muchos trabucos, y maquinas, que era la artilleria de aquel siglo. Comenzò, pues, a batirla, haciendo tanto estrago en sus edificios, y murallas, que los miserables cercados, cargados con sus hijos, y mugeres, ellos, y ellas rotos los vestidos en señal de su dolor, y sentimiento, se assomaron sobre el muro, y en lastimosas voces pidieron misericordia. Apiadòse Simon de vèr el espectaculo: Què gritos de miserables, por mas que sean rebeldes, siempre se apiadan pechos nobles. Concediòles la vida a todos, con que desocupassen la Ciudad. Entrò en ella triumphante, y expelidos los vanos simulacros, hizo Escuelas de sus Templos: donde se leyera, y enseñara la Ley. Ufano con esta victoria, emprendiò animoso ganar el Alcazar de Jerusalèn, que era un Fuerte inespugnable, y que sino era por hambre, no podia cogerse. Cercòle, pues, por todas partes, y prohibiòles el comercio, hasta que la extrema necessidad les obligò a rendirse. Fue notable la alegria, singular el alborozo, grande la aclamacion, muchas las musicas, y danzas, con que se entrò triunfando en aquella afamada fortaleza: quedando por viva ley, que todos los años se celebrasse con fiestas aquel dia. Puso Simon su asiento en Gaza, y a su hijo Juan, por haver experimentado en las refriegas passadas su esfuerzo, y valentia, le hizo Capitan de las Armas, en que supo el Joven dar mui buena quenta.

Tambien se llama Gozara, y ambos nōbres la dà el Texto, c.13.&15

Mientras el Rey Demetrio andaba en sus competencias con el traidor Triphon (que le salieron caras, pues por entrarse por Media a buscar socorros, le cautivò el Persiano, y siempre le tuvo como presso, retirado en Hircania, aunque con buen tratamiento.) En tanto, pues, que andaban ambos Reyes en debates, gozò toda Judèa de una paz tranquila, y de un notable sossiego, acudiendo cada uno sin zozobra a su

exer-

exercicio. El Labrador cuidaba de su labranza, cogiendo su opimo fruto. El Republicano, acudia a su gobierno, cuidando de sus negocios. El Oficial trataba de su trabajo, y cada qual de su hacienda, sin que huviera quien los inquietasse, ni ofendiesse. Llegò la fama a Roma, assi de la muerte mal dada a Jonathàs, como del Pontificado de Simon, y con caricias corteses le escribieron el pesame del hermano, y el parabien del Oficio, mostrandose deseosos de que durasse entre ellos la amistad antigua. Leyeronse las cartas a la Puerta del Templo de Jerusalèn, porque se hiciesse comun aquella gloria. Correspondiò Simon con mucha urbanidad, embiando a Roma su Legado, y una rodela de oro de precio inestimable. Era bien entendido, y sabia, que agassajos de poderosos, se han de pagar a dinero, para tenerlos gratos; y no hai mejor modo de perpetuar amigos, que cautivarlos con dones. Bien mostraron estarlo los Romanos, pues gratos al obsequio, le volvieron a escribir a Simon otras nuevas honras, que escritas en bronce, se fixaron en las puertas del Alcazar de Sion.

En este estado tenia Simon sus cosas, bien felices hasta aqui, quando con varios accidentes comenzò a aguarlas la fortuna. El Rey Antiocho, hijo de Demetrio, visto que el Persiano le detenia a su padre, tratò desde las Islas donde estaba, de ir a apoderarse del Reino, que era suyo, usurpado de Triphon, como dexamos dicho. Con este designio le escribiò a Simon, procurando su amistad, y ofreciendole favores, y mercedes, si ayudasse su partido. Todo fue cautela, como pareciò despues, para assegurarle, y que no se ladeasse à su enemigo. Entrò, pues, el nuevo Rey por Syria mui pujante en gente, y armas, con que de los rebelados se iban rindiendo muchos abriendole las puertas las Ciudades, y los de Triphon, que viendo desmantelado su Campo, no se atreviò a aguardar a Antiocho, sino q̃ se huyo a la Ciudad de Dora, donde le pusieron apretado cerco. Pareciendole, pues, a Simon, que era buena ocasion esta de mostrarle al Rey con obras el afecto, le despachò de socorro a los Reales dos mil hombres escogidos, con mucha cantidad de plata,

ta, y oro, y otras joyas de valor. Y como ya el Barbaro ſe hallaba entonces ufano, y ſoberbio, deſeſtimò la oferta, y con mucho deſaire, ſe la volviò a la cara, rompiendo fementido los pactos de la amiſtad con que le avia brindado; hecho de pechos viles, y de animos doblados, que quando han meneſter, ruegan fingiendo, y quando vèn la ſuya, le tiran de muerte al mas amigo. Fuera de no admitir los dones, deſpachò a Jeruſalèn a Athenobio, un Privado, a que hicieſſe cargo a Simon, que las Ciudades de Gaza, y Jope, y el Alcazar de Sion, que avia tomado eran de ſu Reino, por tanto, que ſe les volvieſſe, y que por los daños icauſados en ſus tierras, le pagaſſe mil talentos: donde no, queria èl ir à cobrarlos. Dado eſte menſage por Athenobio, y admirado, y abſortò de la gloria, riqueza, y oſtentacion en que Simon ſe hallaba, oyò por reſpueſta, que las Ciudades que pedia Antiocho por ſuyas; eran herencia antigua del Pueblo Judaico, y que aſsi no havia ſido delito volver a cobrarlas. Y que en quanto a daños, ellos eran quien los havian recibido del Rebelde.

Con eſta reſpueſta, bien apeſadumbrado, y encendido en ira, partiò Athenobio de Jeruſalèn. Dixole al Rey lo que paſſaba, y contòle la opulencia, la mageſtad, y grandeza de aquella Corte, y la oſſadia, y brios de ſus Ciudadanos. Bufando Antiocho de corage, quiſiera ir en perſona à deſpicar ſu enojo, ſi la huida de Triphon (que ſe eſcapò ſecreto en un Navio) no le diera mas cuidado. Con parte de ſu Campo ſe diſpuſo a ſeguirle, y con toda la demàs gente. Exercito copioſo de Infantes, y Cavallos, le mandò a Cendebeo, ſu General de la Mar, que ſe entraſſe por Judea, raſando, y deſtruyendo. Juan, el hijo mayor de Simon; que eſtaba en Gaza (Principe eſclarecido deſde ſu juvẽtud, y que deſpues de la muerte de ſu padre, rotulò ſu Principado con famoſas hazañas. Eſte, pues, viſta la tempeſtad amenazada, ſe partiò a Jeruſalèn a la ligera, diòle quenta a ſu padre de lo que paſſaba. Simon entonces, llamando a Judas, ſu ſegundo hijo, y juntamente a Juan, les hablò de eſta ſuerte, tanto como enternecido, y valeroſo.

Sabed, que yo, y mis hermanos, y la caſa de mi padre, deſde que nos apuntò el bozo, haſta en la edad que me veis, he-

hemos hechado de Judea, a fuerza de armas, a los enemigos del nombre de Dios, y de nuestra Ley Santa. Triunfos, y victorias nos dieron infinitas, con que libertando nuestra Patria, hemos hecho glorioso nuestro nombre. Hallome ya cargado de años, quebrantado con las guerras, impedido con achaques: y assi os ordeno, y mando, que pues sois jovenes valientes, substituyais mis brios. Arda en vuestros pechos la heredada sangre Machabea. Humee en vuestro ardor lo ossado de mis hermanos, hasta dexar las vidas, pelead por nuestra gente, y los socorros del Cielo sean con vosotros.

Echòles la bendicion el santo viejo, y con veinte mil hombres de pelea, Soldados escogidos, Cavallos, y Peones, les mandò que saliessen a resistir el orgullo del barbaro Cendebeo. Hicieron en Modin la primer noche, y otro dia se llegaron a dar vista los dos campos. Espantò la multitud Gentilica a los de el Pueblo; pero animados de su Caudillo Juan (que animoso, y denodado, se abalanzò el primero a vadear el rio, que entre los dos Exercitos era padrasto, y estorvo) chocaron con la canalla, al son de las trompetas, atambores de aquel siglo, y cargaron de manera sobre ellos, que a rato breve los bolvieron las espaldas, y les dexaron en las manos la victoria. Judas, el hermano de Juan saliò algo herido, mas recompensòse su sangre, con la de dos mil difuntos que hicieron Mauseolo la Campaña.

Alborozado quedò Simon con esta victoria, viendo que el primer ensayo de sus hijos le coronaba de triunfos. Toda Jerusalen se llenò de alegrias, y toda la Provincia se vistiò de regocijos. Simon, como Principe prudente, considerando que Antiocho avia de procurar, sentido, y afrentado, rechazarse de fuerzas, y despicar sus enojos, quiso en persona ir visitando todas las Ciudades, y Castillos, para proveerlas de lo necessario. Que ofendido el enemigo, por mas vencido que estè, no es miedo, prudencia si, abroquelarse el vencedor. A Juan, el hijo mayor, le despachò a Gaza, como a Plaza de mayor cuidado, y que era como la llave de su Imperio. Harto importò su ida, para que no se agotasse la sangre Machabea; pero guardabale el Cielo para co-

ſas grandes. Judas, y Mathatias, los dos hijos menores, quiſo que le hicieſſen lado en ſu viage, como lumbre de ſus ojos, a cuya viſta remozaba ſu edad el Principe gallardo. Tenia Simon caſada una hija ſuya con Ptolomeo, Judio, rico, y poderoſo, aviale dado el govierno de la Ciudad de Jericò, y de ſu Comarca. Eſte, pues, ambicioſo por el mando, y viendo la ocaſion de eſtar deſazonado Antiocho con ſu ſuegro, intentò una notable maldad, para aſcender al honor del Principado. Hizo labrar de propoſito un eſpacioſo ſalon, por cuyos coſtados, ocultos a la viſta, tenia ſus correſpondencias, en que podia haver Soldados, y armas ſecretas. Fabrica engañoſa, como el Cavallo Troyano. Sabiendo, pues, que llegaba ya Simon ſu ſuegro a Jericò, ſaliò à recibirle con pompa, y aparato, y a èl, y à ſus dos hijos los cortejò mui urbano, y los agaſſajò cortes, metiendolos en la Ciudad con fieſta, y regocijo. Deſpues de averlos hoſpedado en ſu Palacio, y aver dado a la demàs gente cumplido alojamiento, derramado los Soldados por todas las Aldeas, diſpuſo para el dia que juzgò mas oportuno, un mageſtuoſo combite, haciendo poner las meſas en aquella pieza, ò lonja artificioſa. Bien deſcuydados de la traycion ſe aſſentaron a comer Simon, y ſus dos hijos, Judas, y Mathatias, y mas quando lo eſplendido de la comida, variedad de manjares, abundancia de platos, el mucho aſſeo, y aliño quitaban toda ſoſpecha. Eſta es la traycion, deslucir con cebos dulces el ſoplado veneno. Quando viò Ptolomeo, que el ſuegro, y cuñados eſtaban bien comidos, y aun del vino algo bolcados, cerrò la puerta, y abriendo los ſecretos ſenos, comenzò a ſalir la gente de armas, que tenia prevenida para el caſo, y èl por Capitan de ellos, cerraron a cuchilladas, con los que deſcuydados, y aturdidos, apenas podian moverſe. A deſapiadadas heridas, cayò Simon el primero, anegado entre ſu ſangre. Sus dos hijos, aunque como mozos ſe puſieron en defenſa, cayeron alli junto. De los criados que los acompañaban, unos ſe eſcaparon, otros murieron. En fin, quedò la ſala hecha una funeſta tumba, mas ſangrienta, y eſpantoſa, que la de Baalhaſor. Anegada en cuerpos muertos, fue horror a quantos la vieron.

En

En semejantes tragedias acabò la vida el gran Principe Simon, y el ultimo de los quatro hermanos Machabeos, porque no se admiren los que vieren a Amnon rebolcado en su sangre, muerto a manos de su hermano, pues un Duque de Jerusalèn, Principe de Palestina, y Sumo Sacerdote, se vè a manos de su yerno de la misma suerte. Todo es baxìos esta vida, nadie puede vivir assegurado; aun a quien està en la cumbre se le amenaza ruina: el proceder ajustado, es lo que importa, para que si acaso llega la desgracia, ya que fenezca la vida, quede por lo menos la gloria de la fama.

EXEMPLO SEGUNDO.

AViendo vencido al Rey Vitiges el Capitan Belisario, aquel valiente Campeon, y que sin agraviar à los nueve Capitanes de la fama, puede igualarse con qualquiera de ellos, pues no solo fue terror de todas las Naciones, conquistando con hazañas millares de victorias, sino que con piedades avassallaba corazones, con recatos guardaba siempre la honra a sus captivos, y con sufrimientos Christianos toleró à la postre sus reveses, y desgracias. Aviendo, pues, sujetado al Godo Vitiges, Rey de Italia, y llevadole preso, aunque con honra, a Constantinopla, donde tenia la Silla de su Imperio el grande Emperador Justiniano (bien conocido de todos los Juristas por la Institura que hizo del Derecho) levantaron los Godos por su Rey à Theodivaldo, sobrino de Theudas Rey de España, que a la sazon se hallaba Governador de Verona. Al principio escusò Theodivaldo la dignidad que le ofrecian, y hizo requerir a Belisario, que si èl queria el Cetro, todos los Godos se le alargaban de grado, à que respondiò Belisario, que viviendo Justiniano su señor, èl no admitia Coronas, lealtad mal pagada, pues quizà si fuera Rey, no se viera despues hollado de la fortuna. Visto, pues, que Belisario desestimaba la oferta, admitiò Theodivaldo las Insignias Reales: llamòse Rey de Godos, y comenzò à juntar los que andaban derramados por la Italia, procurando assimismo tener à su devocion los Italianos. Los Governadores, que por ausencia de Be-

Authores de esta historia. Joan. Magno, l. 12. c. 15. Procop. l. 3 de Bel. Gor. Pineda en su Mon. 2 p. l. 16. c. 2. 23.

Belisario nombrò el Emperador, andaban tan floxos, que mas cuydaban de sus interesses, y de arañar para sì lo que podian, que no del bien del Imperio: falta que suele ser comun, y por quien los Reyes, y los Reinos padecen hartas faltas. Solo uno, llamado Vitiliano, que estaba en lo de Venencia, por hallarse con abastada gente, quiso ensangrentar las armas con el Godo. Saliò, pues, à buscarle denodado, y topandose junto a la Ciudad de Tarvisio, se dieron la batalla mui reñida, pero quedò la victoria por Theodivaldo, y el Romano no hizo poco de escapar con vida. Sonò la desgracia en Constantinopla, y causò al Emperador no poca pesadumbre. Theodivaldo victorioso, se revistiò de nuevos brios, y rehecho su campo de mas gente, comenzò à señorearse de toda la Provincia.

En este estado andaban las cosas de este Rey, quando inopinados accidentes comenzaron à desbaratarle la mucha felicidad de sus progressos. Sucediò, pues, que la Reina su muger se topò en cierta ocasion con la muger del Capitan Vrayas, sobrino del Rey preso Viriges, y que por respeto del tio no quiso la Corona, con que le brindaron primero que à Theodivaldo. La muger, pues, deste era muger hermosa, y se preciaba dello: arrastraba muchas galas, mui hecha à los asseos, mui dada à los aliños. La Reina, como se avia visto pobre, tratabasse a lo modesto, sin querer con devaneos manifestar la altura. Como la encontrasse, pues, la del Capitan, y no la hiciesse la debida reverencia, picòse de ello, y la mirò severa. La otra, que se preciaba de altiva, la dixo algunas pesadumbres, con desprecio: Anduvo, con el enojo, aquello de quien sois vos, y quien es ella? Modo ordinario de hablar, aun en mugeres de cuenta, en semejantes lides. Saliò, en fin, del debate cargada la Reina, y con la pesadumbre hasta los ojos, y ellos brotando fuego, en vez de llanto, se fue a su marido, y contòle sus desprecios. No anduvo prudente, vengativa si anduvo, Que esto de contarle una muger al marido disgustos que la han dado, ò afrentas que le han hecho, quando no tocan al honor, se llaman chismes, para inquietar los animos, y levantar incendios, que no se apagan despues sin mucha sangre: En mi primera parte toque lo de Doña Lambra, quando por el dis-

disgusto del sobrino, se quexò a su marido Ruy Velazquez, que me parece semejante à esto; y miren lo que costò. De suerte, que mugeres principales, no han de contarle à sus maridos todos sus sinsabores, antes bien deben deslucirlos, y allà ellas despicarlos como les estè mejor.

El Rey tambien anduvo poco cuerdo, por hacer muy del marido; pues en vez de hacer, como dicen, oidos de mercader, à palabras de mugeres, consolando à la Reina por modos mas suaves, representandola sus muchas atenciones, de aver menester contentar à sus vassallos, y no desavenirlos: su Reino tan en balanzas, a la puerta el enemigo: el aunque Rey alcanzado, el contrario poderoso, y que le avia menester. En vez, pues, de templar à la Reina con razones semejantes, y hacerla quatro caricias (que esto la ablandàra mas) se diò por mui ofendido, y haciendo mil bravatas, la ofreciò vengarla mui à su satisfacion. Y como estos desquites no permite el duelo se hagan con las mugeres, enderezò el Rey los tiros de su enojo al Capitan Vraias, marido de la ofensora. Llamòle, pues, un dia, y en presencia de otros Grandes le dixo muchos oprobrios. Diòle en cara, que las altiveces de su mugrr, nacian de sus humos, y amenazòle, que los desvaneceria brevemente. Asi lo cumpliò, pues tomando por achaque, que se queria hacer Vraias à la parte del Emperador, hizo matarle: crueldad, y desatencion llorada de todos, grandes, y pequeños. Esto vino à acarrear el chisme de su muger; y aun no le estuviera mal, si paràra en esto. He reparado en este caso lo que no advierte ninguno de los Historiadores que lo cuentan, y es, que me parece, que vengar Theodivaldo tan sangrientamente en el marido, lo que pecò su muger, fue quizà temer, y recelar, que las altiveces de la muger, en despreciar à la Reina, nacian de su marido, y que aspiraria à quitarle la Corona, pues le tocaba con mejor derecho, y le brindaron con ella. De suerte, que el Rey haria esta cuenta consigo. Tener tanta soberania la muger de Vraias, y ponerse con la Reina en mayorias, lleva mucho fondo, y aspiran, quizà, à quitarme la Corona; pues no ay que hacer el despique por las ramas, sino darle por el tronco. Muera Vraias, y asi amainaràn los brios de su muger. Mueve-

me

me a penſar eſto, el tomar el Rey tan por los cabos con el marido el encono, y vèr que deſpues ſe huvo mui bien con la viuda, que fue la del deſprecio, pues la casò de ſu mano. Mas por ai tiene de venirle ſu caſtigo. Sucediò, que un Cavallero, llamado Bellas, diò en galantear a eſta viuda de Vraias, en ſon de caſar con ella. Captivòſe de ſu beldad, en tanto eſtremo, que caſi llegò el amor a eſtado de freneſi. Viendo ſu ſalud, y vida tan a rieſgo, ſe determinò a pedirſela al Rey, amparado de ruegos, y de padrinos, que alentaſſen ſu demanda. El Rey, ya fueſſe no querer que ſe caſaſſe a guſto, la que avia ocaſionado aquellas deſazones de la Reina, ò ya fueſſe tener al pretendiente por mui hombre, y que al lado de muger altiva, podia motivar nuevos diſguſtos, tratò de divertirle, dandole por conſuelo algunas eſperanzas. En modo de honrarle, le hizo Cabo de algunas compañias, y embiòle al ſocorro de una Plaza, en que el enamorado joven puſo tanto cuidado, y diligencia, eſpoleado de ſu amor, que acabò en breve lo que penſò coſtara muchas dilaciones. Mas ſirviòle poco toda la brevedad, pues hallò ya caſada con otro la idolatrada beldad. Diſpuſolo aſsi el Rey, por curar ſus antojos, ò buſcar ſus conveniencias.

Zeloſo, y ofendido, apeſadumbrado, y triſte vengativo, y deſpechado ſe hallaba Bellas, rebolviendo en ſu imaginacion quantos modos de venganza puede buſcar un agravio, y unos zelos. Hizoſe todo a la cordura, por mas que la colera le incitaba a los deſgarros. Con candados de ſilencio refrenò las iras, y encareciò los enojos. Aſtucia ordinaria de quien quiere hacer el hecho. Porque gritar los deſayres, y vocear las ofenſas, nunca juzgo que ſirve ſino de aviſar al cauſador que ſe abroquele. Abrigado, pues, todo el encono en ſu pecho, ſe hizo Bellas al diſsimulo, y buſcò la ocaſion de ſu deſpique. No enderezò el tiro al que mas dichoſo gozaba de la beldad, que èl perdiò por infeliz, porque le juzgò inocente de ſu pena, y le mirò como a rama de ſu agravio; y no es de hombres de bien, y mas en eſtos caſos, andarſe por las ramas. Aguardò, pues, ocaſion, en que el Rey Theodivaldo eſtaba en un combite, donde ſentado a la meſa, y en preſencia de los que le aſsiſtian, le diò de puñaladas, tan intrepido, y oſſado, que la turbacion, y paſmo de

de los que le miraban, le sirviò de escudo para escapar con vida, tinto el puñal con la purpura caliente. Assi acabò este Rey Godo, hecho espectaculo triste, y en el aparato, y postre de una mesa. Harto escarmiento, y aviso para aquellos que por cuentos, y chismes de mugeres, hacen desafueros; pues toda esta tragedia vino encadenada, de contar la Reina à su marido las palabras con que la de Vraìas la avia despreciado. Riñas de mugeres no han de tomarse tan a pechos, que se derrame sangre por acariciarlas, porque de una muerte injusta, se eslabonan muchas muertes, y aun un Rey como se ha visto no està seguro en su mesa.

EXEMPLO TERCERO.

Autores desta historia Hect. Boec. Histor. Scot. l. 18. Pined. in Mon. 4. p. l. 19. c. 11.

MUerto a traicion en su Palacio mismo, el Rey Jacobo de Escocia, primero de este nombre, dexò por su heredero a Jacobo Segundo, niño de seis años. Harto presagio de males, y desdichas. Harto azote para un Reyno, porque quedar por cabeza quien apenas sabe hablar, aver de regir, quien aun no tiene razon, y aver de mandar, quien no sabe discurrir, seràn todos desatinos, si lo hace por si mismo; y si lo hace por otros, serà aver muchas cabezas, y todo serà desgracias, disensiones, y discordias, de donde se originan muchas muertes, robos, è injusticias. Quedar Rey niño, aunque es en parte consuelo, en todo es harto cuidado. Hartas veces ha experimentado Castilla esta desgracia. Quando muriò el Rey Don Sancho el Bravo, y dexò al Principe Don Fernando el Quarto de edad tierna, por mas que dispuso las materias del Govierno, dexando a la Reina Doña Maria por Governadora, y a otros Grandes por acompañados, què desdichas, què parcialidades, què levantamientos no tuvieron casi tumbada la Corona? * Aragon por una parte: Portugal por otra. Por un lado el Moro de Granada, por otro los Malcontentos, què combate no la hacian? Quantos no se apellidaban Reyes? Por quantos no se levantaban a cada passo los Pendones? (ceremonia de aquel siglo.) Qual acosado Cordero, a quien carniceros lobos le cercan, y rodean, para beberle la sangre, se hallaba el niño Rey, debaxo de las alas de su madre la Reina:

* Mari. 1. p. li. 15. c. 1. &c.

na: bien que valerosa, bien que varonil, y que a fuer de su virtud, afianzando en el Cielo su justicia, supo conservirle el Cetro, hasta que tuvo edad de governarle. Esto passiba por mayor; pero miradas por menor las Provincias, y los Pueblos era todo una desdicha, todo era insultos, todo robos, todo maldades, y ganancia solamente (si bien mala ganancia) para aquellos, que en mar turbado, y a rio rebuelto, aplican para sì lo que les dà su industria. Muerto tambien Don Fernando, casi de repente. Llamanle por esto el Emplazado, por aquel castigo de los Carvajales, que hizo despeñar de la Peña de Martos, le sucediò en la Corona el Principe Don Alonso el onceno, niño de solo un año, y que a no serlo asilo la Ciudad de Avila, Noble por sus Cavalleros, Nobilissima, y leal por este hecho, pudiera ser perdiera el Reino, y la vida, en las tempestades, que se levantaron, sobre querer cada uno alzarse con el govierno. Aun a la Reina Doña Constanza su madre, y al Infante Don Pedro su tio, no quisieron entregarle. Tal fue el valor de aquellos Cavalleros: tal la lealtad de aquella Ciudad insigne. Costòle la vida a la triste Reina el sentimiento, y dolor de negarle a su hijo, prenda tan del corazon, pedazo tan del alma. * O! no permita Dios, por su clemencia suma que los pecados nuestros tengan por castigo, volver a experimentar en nuestra España tales males, y desdichas, dexandonos cortada flor, pimpollo tierno, al deseado Carlos sino que asido al tronco de su Athlante Padre, y Rey, y señor nuestro, crezca a su sombra los años juveniles, siendo la edad madura, la que a fuerza de edades, le dè el Cetro! O no quiera la Magestad Divina, que vuelva España à llorar aquellos infortunios, ni que nuestra esclarecida Reina passe aquellas amarguras, sino que enlazada yedra a la Catholica Columna, y dulce dueño suyo, vean las quartas sucessiones de sus caros hijos.

* Mar. 1. p. l. 15. cap. 22. &c.

Coronaron, pues, en Escocia al niño Rey Escoto, y en Cortes Generales nombraron Governadores de el Reino: fue Alexandro Levyston, ladeado a la parte de la Reina, el que mas se encargò de todo. Guillelmo Criton, a quien se diò el titulo de Chanciller, tomò a su cargo al Rey niño, y criabale en la Fortaleza de la Ciudad de Edimburgo,

go. De aqui naciò dividirse el Reino en Vandos; porque cada uno de estos dos señores, el uno con el Rey, el otro con la Reina, queria ser el mayor, y ninguno de ellos queria admitir igual. O ambicion humana, que ciega a la razon, no miras sino tu interès, sin mirar al bien comun! De la una, y otra parte comenzaron a salir provisiones, y decretos, los unos contra los otros, haciendo pregonar, so pena de muerte, que no obedeciesse nadie las ordenes de la parte contraria. Puede haver mayor turbacion en un Reino, que esta? Ni mayor desdicha? Que no sepa un vassallo à quien ha de obedecer, y que a qualquiera parte que se incline, le amenace la otra con la muerte? Puede haver mayor desassossiego, ni mayor cuidado? Pues hartas veces lo llorò Castilla, no solo en tiempo de aquellos dos Principes, que dexo mencionados, sino tambien quando a Don Alonso el Sabio le contrastò su hijo el mando, y el govierno, y quando à Don Enrique el Impotente le quisieron despojar de la Corona; y al sucederle su hermana Doña Isabel, la Catholica por excelencia, què turbaciones no huvo? Harto tengo dicho de esto en mi primera Parte; vuelva allà los ojos el curioso, lo uno para que no admire lo que vamos refiriendo de Escocia, y lo otro, para que ruegue al Cielo, que no nos castigue mas con trabajos semejantes. Quales andarian las cosas en las Ciudades, y Pueblos? Quantos serian los robos! Quantos los insultos? Quantas las desgracias? No ay para que decirlo, quando ello por sì se dice, y quando para averlo de contar como se debe, era necessario mojar el papel con lagrimas, y para estampar las letras sacar del corazon sangre por tinta.

Considerando, pues, la Reina Escota, que aquello de tener el Chancillier al Rey debaxo de su mano, no obstante su tierna edad, tenia mucha fuerza para que los vassallos obedeciessen sus ordenes, y despreciassen las suyas, y de Alexandro quiso mañosa, y astuta vencer aquel pertrecho, y mejorar su partido. Fingiò, pues, y echò voz, que por sossegar aquellos males, y apaciguar el Reino, queria irse con su hijo. El Governador Alexandro, que quizà sabia sus intentos, no la hizo estorvo, dexandola siguiesse su designio

Partiòse, pues de Esterlingo, para Edimburgo, y el Chanciller Guillermo la recibiò con muchos agasajos, mucho cortejo, y grandes cortesìas. Fiado del buen zelo, y deseo de la paz que le protestaba, le dexò que viesse a su hijo, y que de noche, y de dia le tuviesse a su mano. Si este Chancillèr huviera leido lo que hizo la Ciudad de Avila con la Reyna Doña Constanza, pues no la permitieron que viera al hijo que pariò, ni que entrara adonde estaba, y se aprovechàra de el arbitrio, no se dexàra engañar, ni se perdiera. Quando viò la Reina ocasion oportuna, fingiòle al Chancillèr, que por la salud del Rey niño, queria ir en Romeria a nuestra Señora la Blanca, una Imagen, è Iglesia de summa devocion en aquel Reino, como acà en nuestra España la Virgen de Mont-Serrat, ò Guadalupe. Previno, pues, el viage para una madrugada, y en un baul bien aderezado metiò al Rey, acariciado con los alhagos de madre, y fingiendo llevaba en èl sus ropas, entregosele a un criado el mas leal que tenia, que se le llevasse al Puerto. Marchò ella tras èl con la diligencia que le daria el cuidado. Embarcòse, pues, para Esterlingo, donde fue recibida de Alexandro, con el placer, y gozo, que puede presumirse, pues viendose apoderado de el Rey, y Reyna, se diò por señor absoluto de toda la Corona.

Burlado el Chancillèr, y viendose perdido no sabia que hacerse, considerando la tempestad que le amenazaba. Antes de ponerse en salvo, le cercaron por parte de Alexandro en Edimburgo, y queriendo valerse de el Conde de Douglàs, llamado Achimbalde, el señor mas poderoso de aquel Reino, y que como tal hacia Cabeza aparte, fue despedido con desabrimiento, con que humillado la cerviz, entregò las llaves de la fortaleza, y renunciò el Oficio. Tal fue su maña, que vino a grangear con el Governador, y la Reina, que le volviessen los cargos. He traido, como por preambulo, todos estos sucessos, para darle mas fuerza a nuestro caso, y para que se adviertan los desastres, y desdichas que suceden en un Reino, de quedar Rey mozo, pues los que se cargan con la Magestad, hacen, y disponen las cosas como quiera, echando

por capa al Rey, quando el Rei no entiende nada. Presto lo veremos.

Muriò el Potentado Conde de Douglàs, y sucediòle en el Estado su hijo mayor Guillelmo, joven de catorce años y aunque era de buen juicio, la falta de Maestros, y malos lados, le hicieron seguir el rumbo de su padre, hinchandose con la potencia, y teniendo en poco las ordenes de su Rey. Traia, a veces, consigo dos mil Cavallos, vassallos todos. Acogianse a èl, como al asylo, los que desabridos, y mal contentos estaban de el Govierno, y solo con su sombra vivian assegurados. Humeaba tanto en altiveces, que teniendo noticia, que el Ducado de Turon havia sido de su abuelo, a quien le avia dado el Rey de Francia, por servicios que le hizo, y que tambien su padre gozò de aquel derecho, despachò sus Embaxadores, para que demandassen su justicia.

Confirmòle el Rey Francès aquella gracia: conque hallandose Conde, y Duque de dos Estados tan grandes, se hacia respetar, y temer como qualquier otro Principe de Europa. Cada qual de los dos Governadores, en vez de mandarle con la autoridad Real, procuraba agassajarle, y tenerle por Padrino. Hasta el segundo marido con quien volviò a casar la Reina, llamado Jacobo, Cavallero Noble, se ladeò al Conde Duque, y le prendieron por ello, y aun restaron tambien a la misma Reina, costandole el caso muchos desabrimientos, hasta que huvieron de purgarse de su inocencia.

Dexo de referir los muchos debates, y contiendas que huvo entre Alexandro, y el Chanciller, ambos Governadores del Reino, y ambos señores de el Rey, pues hacian dèl quanto querian. Esta es la lastima de quedar un Rey muchacho. Las competencias pues de estos fueron causa a que toda Escocia se abrasasse en vandos, y se cometiessen mil maldades, muchas muertes, muchos insultos. Cayendo en la quenta, se convinieron los dos, y juntando Cortes se tratò de remediar aquellos daños. Concurriò gran muchedumbre de afligidos, quexandose cada uno de sus cuitas. Las viudas clamaban por sus maridos mal muertos. Los huerfanos por sus padres, y todo el co-

man, gritaba por sus haciendas. Pareciole, pues, à Alexandro, y al Chanciller, que sino era con maña, no avian de poder castigarse aquellos delitos, y assi procuraron prender a las Cabezas, sin causar alborotos. Sin la atencion que se guarda siempre a los Principes; pues aunque a su sombra se amparen foragidos, y se hagan por ello odiosos, no se debe presumir cooperan en las maldades, le escrivieron de comun acuerdo, al Duque de Turòn, y Conde de Douglàs, y juntamente a su hermano David, mancebo valiente, combidandolos de parte del Rey a que viniessen a la Corte a recibir mercedes, con que su Magestad queria honrarlos. Ellos de su parte les ofrecian parte de el govierno. Acompañado todo esto con las lisonjas comunes de que no parecia bien que una persona tan grande, no assistiesse al lado de su Rey. Ufano el Conde Duque con estos ofrecimientos, sin discurrir en la traicion que llevaban encubierta, aprestò su viage para la Corte, llevando en su compañia a David su hermano. Recelaron algunos, como mas prudentes, la cautela que podian llevar aquellas vistas, y aconsejaronle al Conde se volviesse, ò que por lo menos no fuesse su hermano con èl, para que si sucedia alguna cosa, huviera quien diera favor. Menospreciò el consejo de puro confiado: falta ordinaria en los que pican de altivos, pensar que nadie se les ha de atrever. Llegò, pues, a Edimburgo, donde a la sazon se hallaba el Rey con su Corte, y antes de llegar, saliò el Chanciller a recibirlo, con estremadas muestras de alegria, haciendole muchos cortejos, muchos sainetes, y dandole lecciones, qual si fuera padre, para que con el Rey se portasse cuerdo, y obediente, y le pidiesse perdon de sus desafueros. Quien havia de relar la zalagarda armada con estos consejos? Entraron, pues, en la Fortaleza, donde el Rey tenia su Palacio, y recibiòlos mui bien, haciendoles a ambos hermanos muchas honras. Tan crecidas fueron que los combidò a su mesa al dia siguiente. En esto se dice todo, pues nunca un Rey sino es con este excesso sienta a su mesa a un vassallo.

Quan alborozado, y contento iria el Conde de Douglàs al combite, no hay que ponderarlo. Tomaron, pues, èl, y David su hermano iguales asientos à la cabecera, sir-

vien-

viendoles el aparato Real con platos diferentes. Mas dezazonòlos todos el postre horrendo. En vez de las azeytunas, (que aun en mesas Reales son la sazon de las comidas) les sacaron en una fuente una cabeza de Toro, ceremonia notable de aquella Isla, para significar al Reo, que està condenado a muerte: que es lo mismo, que si les pusieran delante el cuchillo, ò el cordel. Nunca un Rey Christiano, siendo capaz, castigàra, ni prendiera al mas aleve con estas cautelas, que es descredito de la Corona, procurar el castigo con engaños. Llamar con señas de paz, y usar despues de traicion, ningun derecho humano, ni Divino lo permite. Alhagar con cortesias, dar su lado, y su mesa, y por otra parte tener aparejado el cuchillo, y el Verdugo, no es accion de Rey Christiano, ò a lo menos de buen Rey. Platos y postres semejantes, quedense para Reyes Barbaros; Quedense para Almanzor, quando al buen Gonzalo Bustos le puso sobre mesa las cabezas de sus hijos, que fueron siete, puñales, que le passaron el alma. Con alboroto, y ruido, los mismos sirvientes arrebataron los manteles de la mesa, trastornando quanto havia. El Conde, y David tan confussos, y aturdidos como puede pensarse, quisieron tomar las puertas, buscando por donde huir; mas vieronlas ya tomadas de mucha gente de guerra, que el Chanciller, y Alexandro tenian prevenida. Prendieronlos al instante, y cortandoles las cabezas, fueron espectaculo horrendo a toda Escocia, sin que el Rey, mozo, y mal aconsejado, hiciesse alli mas papel, que haver sido capa para que sus Governadores executassen aquella maldad. Este fue el fin lastimoso de el Conde de Douglàs, y Duque de Turòn, en lo mas florido de su juventud, en lo mas ardiente sus bizarrias, en el combite Real hallò su muerte. Ojo a huir de los combites de los que en algun tiempo se han dado por ofendidos, pues por mas que en lo aparente haya alhagos, puede ser que en algun plato vaya escondido el veneno.

EXEMPLO QUARTO.

Corone este assumpto un Principe muerto a manos de su hermano, y que al modo que Amnon se le tra- Autores desta hist-

Juan Oubrau Obispo, in vit. Vencef- lao. Æneas albio de Origines Bohemia. Raphael Belaterano, l. 7. Geograph. Pined. in Mon. c. 6. l. c. 10.

zò tambien la muerte en un combite. Traicion mas insolente que la otra, por no aver ofendido el muerto en cosa alguna, a quien fratricida cruel vertiò su sangre. Porque tambien ay Caines, que matan a inocentes. Urarislao el segundo Rey Christiano, que tuvo Boemia, dexò dos hijos, nacidos de un parto, mui desiguales en las costumbres. Venceslao el mayor, virtuoso, y mui Catholico, y Boleslao el menor, Idolatra, y Pagano. Era la madre infiel, llamada Drahomira, y criò a Boleslao conforme a su creencia. La abuela llamada Ludimilia, se encargò de Venceslao, y como catholica, le enseñò santas Doctrinas. Dando el Rey Vrarislao por su Testamento, que su santa madre Ludimilia governasse sus Estados, hasta que sus hijos tuviessen capacidad. Sintiòse mucho la Reina, y escupiendo pesadumbres, y llorando de corage, diò con los de su faccion, en perseguir a la suegra, por quitarle el mando. Tratò, pues, de matarla, y encargò el hecho a dos hombres malvados, llamados Tymas, y Simon. Revelòselo Dios a Ludimilia, y en vez de pertrecharse con defensas. y de hacer como pudiera, a semejantes desacatos, quiso exponerse a la muerte valerosa, por alcanzar Laureola de Martirio. Llamò, pues, a todos sus sirvientes, Dueñas, Escuderos, y Lacayos, y la demàs Familia, y diòles cumplida paga de sus servicios. Todo lo restante de sus haberes, y joyas lo atesorò en los pobres, como Entrañas de Dios, y aviendose confessado, y recibido la Sagrada Eucharistia, Viatico Divino, se postrò delante del Altar, y estando asi en oracion, llegaron los dos Verdugo, y con su misma toca la ahogaron.

Mucho sintiò el Principe Venceslao la muerte de su santa abuela, y madre en la crianza; pero como averiguasse que la Reyna su madre avia sido la principal culpada, puso a la causa silencio. Y à los que le hacian cargo, que por què no castigaba un delito tan atròz? Satisfizo como un Caton Christiano, diciendo: Que ningun hijo ha de deshonrar a su madre, por agravios, è injurias que haya hecho, sin dexar en estos casos la venganza a Dios. Presto pagaron los matadores su pecado, pues dentro de un año murieron los dos desastradamente, permitiendo el Cielo, para memoria de su maldad, que los descendientes del uno, que era varon

no bermejo, tuviessen barbas bermejas: y los del otro, que era de pies torcidos, naciessen todos patituertos. Encargòse Venceslao del Reino de su padre, sentando su Corte en Praga; pero como hermano piadoso, le diò a Boleslao a Boleslaba, con todo su territorio, siendo el Rio Albis la raya, que divida las Provincias. Boleslao, con su madre la Reina Drahomira, perseguia en todo lo possible à los Christianos, haciendoles todos los pesares, y disgustos que podian. Al contrario, Venceslao era un dechado de Christiandad, y virtud, governando su Reino, no como Cabeza Militar, sino como un Prelado Recoleto: Jamas conociò à muger, virtud notable en un Principe mozo! Rezaba cada dia el Oficio Divino, frequentaba las Iglesias de dia, y de noche: y muchas veces descalzo, pisando yelos, y nieve. Ayunaba los mas dias, y daba muchas limosnas. Tanta era su charidad, que solia muchas noches salirse al monte, llevando un solo criado, y se cargaba de leña, la que podian sufrir sus fuerzas, y la ponia a las puertas de las viudas pobres, y huerfanos menesterosos y recatandose de que no le viera nadie, se volvia a su Palacio. Su madre, y hermano hacian burla destos exercicios, llamandole Camandulo, y juzgandole, por ello, indigno de la Corona. Lastima notable, que se menosprecie la virtud en los Reyes, quando antes ellos deben ser dechado de virtudes! Mas no desmaye por esto el que quiere ser buen Rey, sino armese con aquellos à quien su buena fama hizo esclarecidos: pues como Bohemia Venceslaos, tuvo Francia sus Luises: sus Estephanos Vngria: Polonia Casimiros, y nuestra España Fernandos.

De ver, pues, a nuestro Venceslao tan dado a la Religion, le pareciò a Vadislao, Principe Garimense, que era inhabil para el Reino; y juntando un gruesso Exercito, se entrò por sus tierras, con animo de quitarle la Corona. Venceslao le embiò sus Embaxadores, pidiendole con muchos ruegos, que dexasse aquel designio, y no turbasse la paz. No sirvierõ nada las Legacias, ni hallò entrada la razon en quien ya resuelto, se juzgaba triunfante. Entonces Venceslao arrimò la disciplina, y vistiendose las armas, juntò toda su gente: presentòle la batalla à su enemigo: pero antes de romper, estãdo los dos Campos frente a frente, se adelantò el Santo Prin-

ci-

cipe cubierto de una cota, y con su espada ceñida, y llamando a Radislao, le dixo con mucho amor, que si gustaba, ellos dos a solas determinassen aquella contienda, para escusar tantas muertes de ambas partes. Holgò de ello Radislao, pareciendole segura la victoria. Saliendo, pues, los dos solos, metieron mano valientes: y al tiempo que Radislao fue a herir al Santo, amenazado ya el golpe, le viò acompañado de dos Angeles, y oyò una voz que le dixo: *No le hieras.* Con que quedandose pasmado, y aturdido, cayò a sus pies, sin aliento, y le demandò perdon lloroso, y humilde. Levantòle Venceslao entre sus brazos, perdonòle mui contento, y encargòle, que no fuesse rebelde a la Religion Christiana, porque experimentaria castigos Divinales.

Volò la fama de las virtudes de este Santo Principe por toda la Christiandad, y hasta la Corte del Emperador Othon hizo gran ruido; que no porque la emulacion haga fuertes con los virtuosos, dexan de tener siempre la estimacion debida. Convocò el Emperador, para las Cortes de Bermacia, a todos los Principes, que le reconocian feudo. Fuè uno dellos Venceslao, el qual, sin dilacion alguna, obedeciò las ordenes. Sucediò pues, que el dia de la Junta por detenerse à oir Missa, tocandole por suerte un Sacerdote espacioso, no fue a tiempo, cosa que notaron mucho los demàs Principes, y Potentados, y se lo atribuyeron a sobervia, por lo qual, cochurosos, y sentidos, se concertaron todos, de q̃ ninguno le hiciesse lugar quãdo fuesse, ni que el Emperador le hiziesse cortesìa. Llegò, pues, el Santo Principe a la puerta de la sala, y viendole el Emperador, que iba en medio de dos Angeles, que al punto se desaparecieron, y levantandose de su silla, le recibiò cariñoso, y le sentò junto a sì. Estrañaron todos el excesso, mirandose unos a otros, demudados los semblantes. Quietòlos el Emperador contandoles lo que avia visto, y ellos entonces le pidieron perdon, rindiendole mil obsequios. Concluidas las Cortes, le honrò el Emperador mucho, hasta darle titulo de Rey, que no quiso aceptar, Tanta era su modestia. Absolviòle del tributo, que pagaba Bohemia à los Emperadores. Diòle un brazo de San Vito, con otras grandes Reliquias, conque se volviò a Praga mui contento, y luego al pun:

punto edificò la Iglesia Mayor, dedicandola a San Vito, y puso por Obispo de ella a Dotimaro. Trasladò alli el cuerpo de su santa Abuela Ludimilia, y con aver passado tres años, le hallaron entero, y oloroso.

Al passo que este santo Principe se exercitaba en obras de virtud, su madre Drahomira, y Boleslao su hermano, trataban de perseguir a los Catholicos, executandose en ellos castigos, y muertes. Enderezaron tambien el tiro al mismo Venceslao, pareciendoles, que muerta la cabeza, quedaria la Fè desarraigada. Con achaque de haverle nacido un hijo a Boleslao, combidaron al Principe a las fiestas; y aunque le revelò el Cielo que le querian matar, y muchos que se lo recelaron, procuraron estorvarle aquella ida, no quiso escusarse, sino ir gozoso al martirio. Llegò, pues, à Boleslabia, donde la madre, y hermano, por encubrir su traicion, le recibieron con grandes alegrias. El como iba en el caso, confessò, y comulgò primero, grandes armas para entrar en qualquier lid. Cortejaronle aquella noche con explendido combite, y levantadas las mesas hurtòse del concurso el Santo Principe, y fuesse a la Iglesia a rezar sus devociones: Acechòle su malvada madre, è incitò a Boleslao gozasse de la ocasion, y le matasse. Puesto como estaba en oracion, le dexò muerto a estocadas crueles; si bien para su alma heridas dulces, pues saliò por ellas coronada de laureles a los eternos descansos. Sangre derramada de un segundo Abèl, fue el postre del combite. Y para memoria del caso lastimoso, le puso por nombre al hijo recien nacido: *Estratriquates*, que quiere decir: La turbation del combite. Enjugue, pues, las lagrimas David, y no estrañe, que Absalon, estando ofendido, mate entre las mesas al Principe su hermano, en venganza de su afrenta, quando hai Principe Bohemio, que a su hermano mayor, virtuoso, è inocente, y sin haverle agraviado, le mata en un combite. No se espante Amnon, pues estrupò a su hermana, de verse anegado en sangre, y hecho a los ojos de todos espectaculo horrendo, quando un Principe de Bohemia, que no conociò a muger, ni hizo ofensa a nadie, se halla de la misma suerte en su sangre rebolcado. Cotejèse unas heridas con otras; y unas, y otras causas; y

ha-

hagan causa en el dolor, las que viendole culpadas, miraren las inocentes.

Advierto, para consuelo de quien leyere piadoso, y para escarmiento de crueldades, que a la madre de estos Principes, Drahomira, incitadora de la maldad, y gran perseguidora de Catholicos, en especial de los Sacerdotes, que hacia los dexassen en las horcas, sin darles sepultura, la tragò la tierra en la carroza en que iba, sin que quedasse en el mundo rastro de ella. Que con castigos tan atrozes sabe Dios castigar maldades insolentes.

CAPITVLO SEXTO.

DEL DESTIERRO, O FVGA DE ABSALON, Y LA TRAZA de Joab, para reconciliarle con su padre.

DExamos dicho en el cap. 4. como Absalon, matador del Principe su hermano, cometida la maldad, se fue huyendo a Gesur, Reino de su Abuelo por parte de su madre, siguiendole assimismo todos los de su familia. Que unos por complices del hecho, y otros por temer, juzgaron ser el salto de mata (que decimos en Castiila) el remedio mas seguro. Cortejòle Tholomay como a nieto suyo poniendole casa con aparato de Principe, y dandole de sus rentas todo lo necessario. Servido, regalado, y assistido de los suyos, se estuvo tres años en aquella Corte, pero suspirando siempre por las delicias de Judea. Que hasta a un Principe le tira el cariño de la Patria. David por el consiguiente, y como padre, en fin por mas que la ofensa le recordaba castigos, suspiraba a sus solas por Absalon, lastimado de su ausencia, y de verle desterrado: mas como Rey justiciero, no se atrevia en lo publico a tomarle en la boca, ni à manifestar sus tristezas. Sabia como entendido, que una cosa es ser padre, y otra ser Rey, y que puestos en iguales balanzas el amor, y la justicia, es antes mostrarse Rey, que manifestarse padre. Harta lid para un corazon que ama, haver de rebozar con rigores la ternura. No se le encubriò al Capitan Joab, sobrino suyo, y mui afecto a Absalon, el suspirar

rar de David, y el estar mas aplacado; mas como sabidor de su entereza, que antes se dexaria morir, que dar su brazo a torcer, no se atreviò a decirselo, temiendo sus enojos. Porque un Rey, quando es Juez, aun no quiere que le digan lo mismo que desea: ardides, y trazas son menester, para que sin quiebras de la Magestad, se le haga venir a un Rey en lo que quiere. Assi Joab prudente, y advertido, despavilò su ingenio, y discurriò en una traza famosa para el caso. Supo, que en la Ciudad de Thenca havia una muger prudente, y avisada, y pareciòle serìa mas aproposito que qualquier otra persona. Que para implorar piedades, y significar lastimas, no se le debe quitar a una muger la primacia, si la acompaña la discrecion. Hizo, pues, llamar a esta y contòla sus designios, dandola dispuesta traza, y hechas las razones con que persuadir al Rey a que alzasse la mano en el destierro del hijo.

La muger, que sobre lo discreta era descocada, aprendiò bien el papel. Vistiòse toda de luto, fingiò lagrimas, y llanto; y dessaliñada a lo viuda, si bien los dessaliños con asseo, se fue a los pies del Rey, y con suspiros lastimados, y ahogadas las palabras en sollozos, le dixo: Rey, y señor mio, apiadaos de mi, tened misericordia de esta triste. David, que de suyo era piadoso, y mas con las mugeres, como lo vimos, quando mas indignado contra Nabal, a vista de la prudente Abigail, se quedò tierno, viendo de aquel modo a la Thecuites, la preguntò, que qual era su pesar? Qual la causa de su llanto? Ella entonces, con los estremos, y ademanes sentidos que requeria el caso, haciendo mil parentesis de lagrimas, muchas intermissiones de sollozos, dixo desta suerte: Yo soi, señor, una infeliz viuda: Murióseme mi marido, para causa de mis males. Quedarõme dèl dos hijos, y quando avian de ser alivio de mi pena, me han añadido penas, y quebrantos. Como rapaces, y sin el freno paterno, sucediò, que riñeron en el campo, donde apenas se hallò un hombre que los pudiesse quietar, y segun los indicios parece ser, que el uno matò al otro. Què mayor desdicha! Què lastima mayor para una madre! Con esto todos los deudos, y parientes se han levantado contra mi, pidiendome les entregue al matador, para quitarle la vida en

casa

castigo de aver muerto a su hermano: en lo qual procuran apagar esta pequeña reliquia de mi sangre, para que no quede de mi marido nombre, ni memoria. Esta, señor, es la causa de mi llanto, este mi dolor, esta mi pena, y assi vengo à à vuestros pies, à implorar vuestras piedades.

Sin advertir David el designio de esta parabola, el fin à que se dirigia, le respondiò a la muger: Andad, idos a vuestra casa, que por mi quenta corre este desempeño. Yo mandarè que no os moleste nadie, ni os dèn el menor disgusto. No contenta la Thecuites con esta respuesta, le apretò mas la dificultad, diciendo, segun la interpretacion del Abulense: * Ay señor mio, como aunque veo la merced, que V. Magestad me hace, temo que sus muchas ocupaciones, y negocios le olviden de mi causa, con que castigarà a mi hijo, y cargarà sobre mi este mal, y esta pena, sin que à V. Magestad se le atribuya a culpa! Fue como decirle: Dadme, señor, mas seguro de essa palabra que me dais, de essa gracia que me haceis. Entonces David la dixo: A qualquiera que inquietare a vuestro hijo, y que no obedeciesse mis preceptos, notificadle de mi parte, que parezca en mi presencia, y yo entonces le dirè lo que hace al caso, con que aun no se atreverà a mirar, aun de mal ojo vuestras cosas. Aun no contenta con esto la porfiada señora, volviò a replicar. Yo tengo empacho, señor, de pediros mas palabras, y assi suplico a Vuestra Magestad, que para mayor firmeza del seguro que me ofrece, atienda a Dios del Cielo, y por la invocacion suya, nos libre a mi, y a mi hijo, haciendo de modo, que no se multipliquen para la venganza tantos actores, como son parientes: porque si cada uno de los deudos tiene accion para demandar la muerte, què importa, que yo traiga ante Vuestra Magestad al mas propinquo, y este por vuestro mandato desista de la causa, si luego sucede en el derecho otro, y luego otro, y assi hasta el ultimo? No serà, pues, gran molestia, embarazo, y pesadumbre andar viniendo cada dia a los pies de Vuestra Magestad, citando actores? Demàs, que puede suceder, que mientras cito à los unos, cojan los otros al hijo, y me le maten. Haced, pues, señor, que no haya tantos demandantes de esta muerte, y assi afirmadme con juramento este indulto, que

* Abulen ibi q. 22.

que me haceis. Dixola David: Juro por Dios vivo, que no solo no quitaràn la vida a tu hijo, pero ni aun le tocaràn en un cabello. Mira si estàs ya contenta? Ella entonces, con mayor desahogo dixo: Si V. Mag. me dà licencia, le suplico me oiga una palabra: Decid lo que quisiereis (la respondiò el Rey) ella con gentil despejo hablò desta suerte:

Supuesto, señor, que vuestra rectitud halla, que mi hijo debe ser absuelto, y dado por libre del delito atroz de haver muerto a su hermano, recorra su memoria, y reparese por la mia su misma causa, y hallarà ser justicia el reducir al Infante Absalon de tierra de paganos. Lo primero, porque de su destierro se le sigue un gran daño al Pueblo de Dios, porque assi el Infante, como los que le acompañan, estàn mui a pique de dar en idolatras, y comerer mil pecados. Y aunque la intencion de V. Magestad, en no querer rigurosso alzarles el destierro, no es por obligarles a que pequen, ni el que habiten entre Infieles, ha sido con su gusto, con todo, quando yà V. Magestad considera el daño, y vè amenazado el riesgo, me parece tiene obligacion de remediarlo. Lo segundo, porque todos hemos de morir, y por la muerte nos reducimos al polvo de que nos formamos, sin que podamos volver mas a la vida: Assi como las aguas, que derramadas por la tierra, no vuelven jamas al lugar donde nacieron. Luego porque muera Absalon, ò porque estè desterrado, no por esso el Principe Amnon podra volver a la vida. Lo otro, porque Dios no quiere la muerte del pecador, antes bien, quando le vè arrepentido, retrata su sentencia, y le absuelve del delito. Y estando un Rey en el lugar de Dios, por què no le ha de imitar en la clemencia? Yò señor, he venido solo a mi negocio, y si he hablado en vuestro caso, ha sido llevado de la razon de que hayais sentenciado en favor mio. Y assi, si con V. Mag. puede algo la razon de esta su sierva, le suplico, que merezca el Infante Absalon la sentencia de mi causa, alzandole el destierro (q̄ tambien es muerte civil) y sacandole de Idòlatras: que si assi lo hiciere, asseguro, que serà para Dios un agradable sacrificio, y V. Magestad cumplirà con sus obligaciones, pues en obras, y palabras, es como un Angel de Dios, y siempre Dios le assiste.

Absorto, y admirado estaba atendiendo el Rey a las razones de la discreta Thecuites, y como era bien entendido cayo al punto en el enredo. Conociò, que era ficcion de el cuento de los dos hijos, para dar en Absalon. No le pesaria de ello, aunque lo disimulaba, pues, como dexo supuesto, yà a sus solas suspiraba por èl, ya le deseaba. Pero reparando, en que una muger como aquella, por avisada que fuesse, no podia ser bastante para urdir aquella obra, ni para arguir a un Rey con aquellos argumentos, despues de haverla escuchado, la preguntò la dixesse lo que havia en aquello, y si era acaso Joab quien la avia inducido? Con el mismo descoco satisfizo a la pregunta, deshaciendo todo lo intrincado de la maraña. Confessò, que Joab era el autor de el hecho, quien la avia dado la industria, y quien la avia animado para ello. Anduvo la muger muy avisada, por mas que alguno la quiera culpar de infiel; porque aunque el revelar el secreto venia a ser contra Joab, y pudiera temerse le viniera dello daño, enojos, y desazones del Rey, es tanto el respeto, y decoro, que al Rey se debe guardar, que en iguales lances, mas vale faltar al credito, a la fè, y a la conveniencia de un particular, que tratarle engaño a un Rey. Aunque se arriesgue la vida se le ha de tratar verdad, en caso que el lo pregunte, como en nuestro caso, porque decirsela, aunque sea contra èl, suele recabar clemencia, lo que havia de ser rigor, y de encubrirla, ò negarla, se aceda la Magestad, y le hace escupir rigores. Assi a mi juicio en nada anduvo esta muger mas discreta, que en confessar la verdad. Que como echò de ver que el Rey la avia calado el pensamiento, deshizo los rebozos de la fabula, y cantò de plano quanto havia. Y què sucediò de ello? Quedarse el Rey tan sazonado del cuento, que aunque no estaba (como dicen) para gracias, otorgò al instante quanto le pedian. O Catholico Phelipe, y por excelencia Grande! Y como aunque estès vivo no puedo dexar de aplaudir tus hechos, pues quando preguntas piadoso a quien queria destrozarte la Corona, que te diga la verdad, y te la dice, le perdonas bizarro, y le absuelves generoso! Què mas hiciera nuestro David? Si bien dudo que en el caso hiciera tanto.

Enterado David de haver sido Joab el autor de aquel ardid, despidiò à la muger manso, y benevolo; no, empero, le quiso hacer a ella la gracia, por parecerle que seria mejor que se lo agradeciesse Joab, que no una muger, ò por juzgar, que una merced como aquella, no era digna sino de un Privado, ù de un hombre grande, como lo era Joab, y que mas valia que Absalon quedasse reconocido a un Capitan como aquel, que obligado a la Tecuites. Mandò, pues, llamarle, y venido a su presencia, le dixo: Confiessoos, Joab, que vuestros ruegos, y suplicas, hechas por tan estraño modo, me han aplacado el rigor, è incitadome a la clemencia; y assi os concedo la gracia, que sè que ha muchos dias que la estais deseando: Tomad dineros, y gente, y partios a Gesur, y reducid del destierro a aquel rapàz Absalon. Apenas Joab oyò estas razones, quando echandòse à sus pies, le diò mil gracias, diciendo: Conceda Dios à V. Magestad mil años de vida, y con el Laurèl que ciñe, goce felicidades infinitas, pues hoi he reconocido los afectos que le debo, que seràn obligaciones que me aten, como à esclavo a su cadena.

Tomada, pues, su bendicion, saliò de Palacio a prevenir el viage, llenando las nuevas de alborozo, y alegria a toda Jerusalen: Que como Absalon era tan hermoso, y bello, arrastraba en comun las voluntades. No era su padre quien menos le queria, por mas que estaba ofendido, en cuya consequencia, determinò que volviesse mui honrado, yendo por èl el mas grande Personage de su Corte, que era el Capitan Joab, que aunque pudiera el Rey despachar otro qualquiera mensagero como carta suya, no quiso sino que se mostrasse en el aparato, y pompa, que era Absalon hijo suyo, y que conociessen alla los Barbaros le estimaba como à tal. Era David bravo Estadista, y para cada cosa aplicaba el lugar, ò estimacion que se debia. De todo han menester saber los Reyes, pues una cosa es sentir, y castigar un Rey en un hijo sus enojos, y otra cosa, hacer que los demàs le estimen como à su hijo.

Partiòse, pues, Joab à la Corte de Gesur, donde fue mui bien recibido, y cortejado del Rey Barbaro, y mui estimado, y aplaudido del Infante Absalon. Dispusose

la-jornada, con obstentacion mucha, con aparato grande. Antes de llegar a Jerusalèn, diò aviso Joab al Rey del Lugar donde quedaban, para que embiasse el orden de lo que avian de hacer, y adonde avian de ir a apearse. David le embiò a decir, que por ningun caso fuesse Absalon a Palacio, ni se pusiesse nunca delante de sus ojos: mas que bien le permitia que se apeasse en sus casas, y viviesse en ellas, escusandose de verle, porque no queria, que a su vista se le refrescassen las mal sanas heridas del Principe difunto. Recibiò este orden: no se atrevieron a replicar palabra, sino que bolviendo las riendas, dexaron el camino que llevaban de el Alcazar, y echaron por otra parte a las casas de Absalon. Alli recibiò los bienvenidos, y parabienes de todos los Grandes, y alli se abreviò la Corte a gozar de su vista, siendo hasta en lo popular, comun el regocijo, general el contento, muchas las aclamaciones. Cumpliose bien nuestro Proverbio Español, que dice: *Triste del que muere*, pues por mas que sea querido, en muriendo, le buelven todas las espaldas, y nadie se acuerda de èl, y al matador, si vive, passada la primera avenida de la indignacion, y llanto, luego le hacen sumisiones, le tributan agrados, y captan cortesias: Esto es lo que lleva al mundo, no ay que admirarnos de ello.

Ya avian passado dos años que vivia Absalòn en Jerusalèn, sin aver visto la cara al Rey su padre. Rigor parece mucho en el uno, y en el otro mucha obediencia, ò cobardia. Pero no avia burlas con David, que era como en nuestra España otro Phelipe Segundo. Mataba con las palabras, y aturdia con la vista, y assi, aunque Absalon era descocado, y atrevido, y hijo suyo, que era mas, no se atreviò nunca a quebrantar el coto del orden que le dieron. Temia mucho bolver a acusar enojos a quien le avia perdonado, y assi aguardaba ocasion de negociar por bien, lo que de otra suerte era arriesgarlo. Quizà por divertir estos cuidados, le casò en este tiempo. Que aunque es carga el matrimonio, tambien es alivio dulce, en quien lo abraza con gusto. El cariño de la muger, las caricias de los hijos, mucho divierten a un padre, mucho le alegran, y mucho le sazonan. Tres hijos, y una hija tuvo Absalon, hi-

hija tan hermosa, que en memoria de Thamar su hermana, la llamò tambien Thamar. Bien pudo huir del nombre por lo infausto que en la otra le hizo la desdicha, mas sin duda Absalon era poco agorero, y no quiso, que siendo la beldad tan una misma, careciesse de aquel nombre. Con todo, debieron de mudarsele despues, llamandola Macha, como a la abuela. Vino a ser mas dichosa que la tia, pues casò con Roboam, hijo de Salomon, y coronada Reina, tuvo por hijo al Rey Abias.*

* 2. P. c. 11. el Tostado in 2. Reg. c. 14 q. 20.

Mas no obstante estos regalos, y divertimientos de muger, y hijos, suspiraba Absalon por vèr al Rey su padre. Y como passados los dos años, no pudiesse ya sufrirlo, enviò à llamar a su casa a Joab, como amigo, y primo suyo, para que le hablasse al Rey, y le alcanzasse esta gracia: fiado que quien alcanzò lo mas, que fue reducirle el des, tierro, podia recabar mejor, que viesse el Rey, y le hablasse. Por no saber Joab para lo que le queria, no quiso ir a su llamado. Y aunque bolviò a hacerle recado segunda vez, se diò por desentendido. Picòse mucho Absalon, y ardiendo en ira, procurò traerle a la melena, haciendole pesares. Rumbo, y ardor de Principes mozos, que sin reparar en los daños, quieren a rigores lograr sus intentos. Mandò, pues, a sus criados, que echassen fuego a las haces de Joab, y le abrasassen las miesses. Pusieronlo por obra, con que los otros Labradores, hechos una amargura, y bañados en llanto, fueron con las lastimas, y quexas a su dueño. Joab entonces, ignorando de que huviesse sabido Absalon aquel agravio, se fue a su casa, con la desazon, y enfado que puede presumirse, y no obstante que el Infante le recibiò cariñoso, le preguntò demudado: què causa, ò razon avian tenido sus sirvientes para averle abrasado los trigos de su labranza? Sossegaos (dixo Absalon) que mia ha sido la culpa, y vos me disteis la causa. Como vi el poco caso que hicisteis de mi, por una, y dos veces que enviè a llamaros, subiòseme la mostaza, y venguème en fin, como poderoso. Para haceros venir con la quexa, usè de este ardid. Culpadme el modo, pero no el afecto. El rogaros que vinierais a verme, era para q hablaseis a mi padre, y de mi parte le dixerais mis grandes sentimientos. Si quereis, pues, darme este gusto, decidle,

por vuestra vida, que para què me traxo de Gesur, si no avia de gozar de su presencia? Que harto mejor me estaba en aquella Corte, donde no necesitaba del menor regalo: donde en saraos passeos, y banquetes era yo el primero: donde el Rey, y sus Grandes me hacian cada dia nuevas honras. Que aquello era gozar de libertad, y aqui es estàr desterrado. Que trate, pues, su Magestad de concederme licencia que le vea, y olvidar ya enojos, y disgustos. O si acaso no los puede borrar de su memoria, ni puede atropellar con su entereza, que me haga merced de darme una muerte publica, ò un garrote secreto, que me quite la vida de una vez, y no tan a la larga me dè tantas muertes.

No ay duda, si que al decir esto, se enterneciò Absalon, aplicando los ojos al pañuelo y Joab al parecer, quedò mas enternecido, pues sin hablarle palabra dexò la silla, y se fue derecho al Rey a hacer el ruego. Contòle mui lastimado lo que el Infante avia dicho, y luego de su oficio añadiò, tenia mucha razon, y que era rigor notable tan prolongado castigo. Diòse por convencido David, y mui desapassionado, mandò llamar a Absalòn. Fue el Infante al punto, y echandose a sus pies, le pidiò con mucha humildad perdon de sus culpas. Levantòle David entre sus brazos, y besandole en el rostro, en señal de paz, y amor, le absolviò como padre de todo lo passado. Dexemosle, pues, aqui gozar de sus dichas, y mientras goza de ellas, demos algunos vivos al ardid que usò Joab, para aplacar un Rey ofendido, y a lo mucho que vencen palabras de mugeres en casos semejantes.

CAPITULO SEPTIMO.

EN QUE SE PONEN SIMILES Y EXEMPLOS DE LO MUCHO que pueden mugeres astutas y prudentes, para aplacar enojos.

EXEMPLO PRIMERO.

POr muerte de Enrico Octavo de Inglaterra, de quien en la segunda parte diximos hartas cosas, entrò en aquella Corona su hijo Eduardo, Principe tan niño, que me-

metido entre tutores, no menos que diez y seis, que le dexò su padre, apenas tenia mano en el govierno: Desdicha llorada comunmente de todos los Reinos que adolecen de este achaque, y desventura! Por consejo de los Grandes, fue creado Protector el Duque de Somerset, tio del Rey niño, porque fuesse una cabeza, y no tantas quien despachasse los negocios: Tenia este Duque un natural codicioso: harta falta en quien maneja lo ageno! Con que viendose apoderado en los tesoros Reales, los diò a saco a su codicia. Encargado del Rey, y puesta su casa en Palacio, creciò en altiveces, portandose con tanta obstentacion, como si fuera el Rey mismo. La Duquesa su muger, aunque era entendida, astuta, y avisada, no por esso dexò de descollar en ambicion, y sobervia, tanto, que con la Reina viuda, la ultima muger que tuvo el Rey Enrico, andaba siempre en mayorias, teniendose, y estimandose en mas, y diciendole sobre ello muchas quemazones. En este particular, nunca se aprovechò de lo entendida, antes si, dexò arrastrarse de la passion femenil, siempre ambiciosa. Era esta señora de aquellas que goviernan, y aun mandan a sus maridos. Mas se ha de advertir, que aunque esta parece falta, y aun dicen que lo es, se puede suplir, quando la muger es prudente, y avisada, y el marido floxo, ò descuidado. En todo admitiò excepcion naturaleza, y en este caso es mas tolerable, sin q̃ a el marido se le impute mengua, que su muger entendida le adiestre con sus consejos. Aun de una amiga, en lo que toca al bien, puede un galan dexar governarse, quanto, y mas de su muger. Ojalà en todo se guiara el Rey D. Pedro por los consejos de la Padilla, que hartos rigores dexàran de executarse! Mas en fin, en lo que tuvo mano, escusò aquella señora hartas desgracias. No baldone, pues, la malicia à maridos que inclinan la cerviz a sus mugeres discretas, que aunque es cabeza el marido, tampoco la muger se ha de reputar por pies, sino por lado, y compañera, y de un buen lado, qualquier hombre de bien puede fiarse, y dexarse governar. Y no he sido marido, ni puedo serlo, con que verà el curioso, que hablo sin passion, viendo solamente de noticias, y experiencias, que son las que alumbran a todo humano discurso. Quanto marido huviera peligrado, aun en las felicidades, si su muger astuta,

no le refrena desaciertos? Y quantos peligran hoi, por no tener mugeres que sepan aconsejarlo.? De suerte, que yo hallo, que es mas dicha topar un hombre con muger que le goviernie, que no encontrar con muger que la ayan de governar. Los que gimen debaxo el yugo podian dar su parecer. Bolvamos a nuestra historia.

Como andaba entonces aquel desdichado Reyno dandose a las heregias, a que le abriò la puerta Enrico Octavo, se levantaron motines, y alborotos en diversas partes de la Isla; unos originados de no querer algunos negar los Sacramentos; otros de los robos, y latrocinios de los mismos Consejeros. En Norfoc, y Sofoc, se agavillaron mas de diez mil hombres; y tomaron las armas, fueron talando los cotos, y dehesas de los poderosos, haciendolos bienes comunes. En Cornualla se levantò por cabeza un Cavallero, llamado Maestre Arandel, y con un trozo de treinta mil Soldados, se opuso a los decretos de los querer quitar el Sacramento de las Iglesias: Zelo bien Catholico, si dexara lograrlo la fortuna. Por insignia en las Vanderas llevaban pintado el Santissimo Sacramento, y con denuedo Christiano salieron a campaña. El Duque, como Protector, tratò en el Parlamento del remedio de estos daños, y por voto de todos, nombraron por General al Conde de Huarique, hombre experto en la Milicia, y que como gran Señor, arrastraba voluntades. Soplòle al Conde tan propria la fortuna, que con solo diez mil hombres de pelea, y casi sin costarle sangre, destruyò a los de Cornualla, ayudado del ardid, que es quien en la guerra puede mas que los Soldados. Ganada esta victoria, fue contra los de Norfoc, que como villanos visoños, aunque cara a cara le esperaron atrevidos, fueron desbaratados facilmente: añadiendole al Conde nuevos triunfos.

Usano, pues, de estos sucessos felices, partiòse para Londres, llevando en su compañia a todos los Capitanes que en aquella guerra avian hecho su deber, con animo de que el Rey, y su Consejo les premiasse sus servicios. Como el Rey era muchacho, todos los negocios pendian del Protector, y èl que era mas codicioso, que entendido, erraba los mas. Cerrabase con su capricho, y sin prevenir los riesgos, que

que advierte, y repara qualquier hombre advertido, daba por las paredes con resoluciones poco atentas, y con respuestas desabridas. No lo hiciera su muger assi, que era sagacissima, y supiera con habilidades sazonar las materias. Llegò, pues, el Conde a hablarle. Hizo su proposicion, de que le hiciessen algunas mercedes a los que le avian ayudado. Probò con las hazañas de cada uno, que era cosa justa. Alegòle discreto otras razones de congruencia, de que es razon tener gratificados a los que otro dia pueden ser menester. Ser èl quien lo pedia, y el tenerlo merecido. Ni la razon, ni la cortesia bastò con el Duque, sino que a lo soberano dixo, que no avia lugar de disipar en mercedes la Real Hacienda, quando el Rey estaba pobre. Añadiendo juntamente, que supuesto que los Oficiales, y Soldados avian recibido sus pagas, se contentassen con ellas, sin andar pidiendo mas ribetes. Amostazòse el Conde con la respuesta, y con mas libertad, y hecho al enojo, le replicò, diciendo: Que no eran buenas escusas para quien a costa de sangre, y de servicios, ha ganado lo que pide, el decir que no la ay: Pues no la ay, bolviò a repetir el Duque; con que el Conde, soltando a la colera la rienda, dixo: No me espanto no la aya, quando vos, Duque, la estais disipando, fabricando casas, y gastando lo que os dà gusto en vuestros menesteres. Todo se sabe, y todo se murmura, y fuera mas acertado, que lo que se gasta en vanidades, se convirtiesse en socorrer las Plazas, y en pagar a los Soldados: No teneis razon (dixo el Duque) de hablarme de esta manera, ni estragar conmigo la cortesia, quando yo fuy parte para haceros General: Tambien yo (respondiò el Conde) solicitè mis amigos, para daros el Govierno, y haceros Protector. Y bien se ha conocido lo mucho que lo erramos, pues todo està perdido. Diciendo esto, le bolviò las espaldas, y con los Capitanes que le iban acompañando, se fue en casa del Marquès de Esetet, y de alli a casa del Conde de Rutelan, y contòles lo que avia passado con el Duque. Estos como amigos, sintieron su pesadumbre; y convocando a otros muchos señores, hicieron junta, para ver en que forma tratarian del despique, y remediarian los daños. El Conde como mas sentido, era el que atizaba el

 fue-

fuego. Proponia con muchas razones, lo mucho que convenia al Reino quitarle al Protector el mando, pues eran ellos los que le avian colocado en aquella altura. Cosa lastimosa son Oficios al quitar! Y mas quando la eleccion pende de muchos, pues en desabriendose alguno, solicita su venganza a costa del desayre ageno. Uno que estè desabrido basta a inquietarlos a todos, y a torcerlos a su parecer, y a veces puede mas la passion, que la justicia, porque como los Vocales se han menester cada dia unos a otros, oy por mi, mañana por ti, suelen endereçar adonde los llama su conveniencia, no adonde està la razon. Bien se prueba en nuestro caso, pues siendo el electo un tan gran señor, tio de el mismo Rey, solo por la picazon de un Consejero se amontonaron todos, y como verèmos, no solo le quitaron el oficio, que le pusieron en puntos de quitarle la cabeza. O quantos Governadores passan por esta desdicha! En no dando a todos gusto, les capitulan delitos, y falsos las mas veces, y los dexan afrentados.

Ojo al escarmiento, quien quisiere ser prudente. Oficio de toma, y dexa, no es para hombres enteros, sino para aquellos que vàn al sabor del agua, y por vivir con todos, hacen gorda la vista a la justicia. Bolvamos a nuestra Historia.

No faltò quien le diò aviso al Duque de lo que passaba, y la junta que se hacia. Tratò de prender al Conde por inquietador. Hizole un recado de que se viesse con èl, y previno la guarda para que le echassen mano en llegando la ocasion. El Conde anduvo sagàz, hurtando el cuerpo al riesgo, y respondiendo con mucho descoco, que iria quãdo le pareciesse. Rezelòse la prision, y con mayor acedia previno a sus amigos a la resistencia. Hicieronse a las armas para lo que sucediesse. Corrido el Duque de no averle obedecido, y temeroso de mayor desayre, derramò una sorda voz de que era traydor el Conde contra el Rey, y que queria matarle. Con esta traza apellidò al Pueblo, haciendo que el Rey armado, y con la espada desnuda discurriesse por las calles, pidiendo a voces favor. Todo Londres se puso en armas, y desapoderadamente seguian al niño Rey, ofreciendole con lealtad vidas, y haciendas; y para mayor seguro, llevaron-

ronle a Vinſort, lugar fuerte, y mui acomodado. El Conde, y los demàs ſeñores, ſentidos de eſta accion, juntaronſe en una Igleſia, y deſpues de ventilado el caſo, ſe reſolvieron a vengarſe del Duque, por los miſmos filos, publicandole por traydor, al ſon de trompetas. Apoderandoſe lo primero de la gran Torre de Londres, bien afamada por ſu fortaleza, conſtituyendoſe el Conde por ſu Alcayde, y no fiando la guarda de otra, que de ſu perſona. Conmoviòſe la Ciudad con alboroto, y eſtruendo, apellidando: ¡Viva el Rey, y muera el Duque traydor. Bolò la fama por todo el Reyno, y en menos de ocho dias, acudieron mas de trecientos ſeñores, cada uno con la gente que ſolicitò ſu diligencia; y informados de la tyrania con que el Protector ſe avia alzado con el Rey, juntaronſe à Conſejo, y de comun acuerdo ſaliò decreto, que todos eſtaban preſtos a dàr por ſu Rey las vidas, y a guardarle leales la fee jurada; pero que avia de ſalir del poder del Protector, y eſtàr donde libremente pudieran todos gozar de ſu viſta. Quartò la reſolucion a toda la Nobleza, y a la Plebe, y en alarido comun gritaban por ſu Rey.

Entendida por el Duque la ſedicion, y alboroto, y que grandes, y pequeños le apellidaban tyrano, y que a querer oponerſe, tenia pocos de ſu parte, hizo de la neceſsidad virtud, humillando la cerviz, y manifeſtando con ſumiſsiones ſu inocencia. Hizo recado a la Junta, de que el Rey eſtaba bueno, que guardarle no avia ſido traicion que le imputaban, ſino antes tenerle libre de rieſgos, que ſi guſtaban fueſſen por èl, que eſtaba preſto de entregarle, y que aſsimiſmo èl ſe preſentaria adonde fueſſen ſervidos, para que conocieſſen de ſu cauſa, y quedaſſen ſatisfechos de ſu inocencia, y lealtad. Eſto ultimo juzgo que fue boberia, que aunque es brindis con que pechos nobles, por indignados que eſtèn, ſuelen ablandarſe (y no ay duda, ſi, que fue eſta la intencion del Duque) con todo, no es acierto uſar de eſtos medios con Juezes apaſsionados, porque a trueque de vengar ſu encono, ſe niegan a lo noble, y ſe hacen a ſu paſsion. Una de dos, ò eſtaba eſte Duque libre, ò no. Si lo eſtaba, què neceſsidad tenia de hacer eſta zalema? Que a mi ſentir, es baxeza, aun en hombres baxos, que por mover a compaſ-

ſion

sion; y porque no les quiten el oficio, se hacen sospechosos. Sino lo estaba, para que podia ser bueno, pedir prision, y meterse en la carcel, aunque fueran los de la junta sus amigos? Luego de todos modos fue desatino darle jurisdicion a sus contrarios? Escarmiente el entendido, y por mas inocente que se halle, si no es Dios el Juez, nunca se presente, pues no ay tal negociar, como desde afuera, y pensar que el enemigo ha de hacer gracia, lo hallo boberia. O sino, ojo a lo que passa.

Los Cielos vieron abiertos los señores (como acà deci-mos) vista la humildad del Protector, y quando por ello de-bieran andar bizarros, y en vez de corresponder corteses, contentandose con vèr al Rey libre (que era lo que voceaban) y con vèr sin el mando al que aborrecian, procedieron tan rigurosos, llevados de su passion, que le embiaron a decir, que se presentasse en la Torre, carcel de que raras veces saliò ningun delinquente, sino era para el suplicio. Obedeciò el Duque, por considerar, que ya no le estaba bien hacer otra cosa. Presentòse preso, el que poco antes governaba la Corona, y que el Rey, y Reino estaban debaxo de su mano. Baibenes de la fortuna, que pueden tener a raya a los que corren ambiciosos tras de los mandos, y oficios! Derribado de esta suerte el Duque de Somerset, acordaron los demàs señores, que no huviesse Protector, sino que governassen igualmente todos los que el Rey Enrico dexò nombrados. Pareciendoles, que era mejor mandar, que ceder su derecho a quien los mandasse. Quien lo mullia todo era el Conde de Huarique, como causa principal de aquellas rebueltas, y ufano, y vanaglorioso, de vèr que a su gusto se avia dispuesto la obra, procurò llevar adelante su dilignio, de que se premiassen los Capitanes que le ayudaron a sossegar el Reino, cuya propuesta rechazada del Protector, como ya vimos, fue el principio de todos los desabrimientos. Vinieron en su parecer los demàs señores, despachando mui contentos a los pretendientes. Con magestuoso aparato, y militar estruendo, partiò toda la Nobleza a conducir al Rey a su Palacio. Metieronle por Londres, de forma que gozassen todos de su vista, siendo casi veinte mil Cavallos los del acompañamiento.

Hist-

Haſta aqui ha ſido ſolo hacer cama à nueſtro aſſumpto, para que viſta la proſperidad de quien ſe viò en la [illegible] ſe haga mas lugar la deſgracia en los piadoſos. La Duqueſa de Somerſet, viſto el eſtado de ſu marido, y que ſeñores conjurados, juſto, vel injuſto, pueden mucho, determinoſe prudente, y aviſada a ſazonar la materia por ſu miſma perſona. Deſpavilò ſu ingenio, hizo ſus diſcurſos, tentò los vados, y depueſto el pundonor, tomò el agua (como dicen por lo mas alto) yendoſe a caſa del Conde de Huarique, fuente principal de donde dimanaban las peſadumbres, y enfados contra ſu marido. No iba, como preſumieron muchos, conocida ſu altivez, à reñir aquellos deſafueros, y rigores, ni a hacer con amenazas que la temieſſen altiva, que eſſo fuera enconar mas el negocio, y en vez de favorecer, encadenar mas al preſſo; antes con mucha humildad (bien que en el pecho le quedaria otra) mui humana en las acciones, mui medida en las palabras, haviendo pedido licencia para hablar al Conde, apeada de la carroza en el zaguan de ſus caſas, y èl, haviendo ſalido a recibirla, como à tan gran ſeñora, y no con pocos miedos de alguna riña. Ella ſe le echò à ſus pies, y pueſta de rodillas, ſin que con todos esfuerzos baſtaſſe el Conde a hacer que ſe aſſentaſſe, le dixo enternecida, de eſta ſuerte:

Tan marabillada, como peſaroſa eſtoi, Conde, y ſeñor, de que entre V. Excelencia, y mi marido haya avido deſazones, y diſguſtos, y que hayan llegado a enſangrẽtarſe tanto, que no ſolo ſe le haya quitado el mando, y el gobierno (harto deſaire, y afrenta) ſino que padezca preſſo, culpas que no ha cometido. Mire V. Excelencia, que le ha debido al Duque mui buenas corteſias, pues en todas ocaſiones sè que le intimaba al Rey, que no tenia vaſſallo mas diſcreto, ni de quien poder hacer mas confianza, que el Conde de Huarique: A mi miſma me lo refiriò hartas veces: En publico, y en ſecreto era eſte ſu lenguage: Por què, pues, ha de poder un diſguſto ocaſionaros a ingrato? Y hacer que tan deſatento le publiqueis por traidor? Mire V. Exc. que es la paſſion quien le rige, quando todo el mundo ſabe la lealtad del Duque, y con el amor, y afecto que eſtima al Rey ſu ſobrino. Y pues eſtà en ſu mano que eſte ultra-

ge

ge se suelde, que se enmiende este baldon, que se remedie este daño, y que se acabe este enojo, suplico à V. Excelencia, ponga su mano en ello, quando no por ruegos mios, por lo que a si se debe. Què podrà importarle, ni què honra, ni interes ha de seguirle de llevar por el cabo estos disgustos, condenando a mi marido a un suplicio publico, ò secreto (que es a quanto puede llegar la mayor passion) si quando el Rey llegue a edad, y se informe de la muerte de su tio, y sepa fue mal hecha, es forzoso la vengue con castigos, y que hagan que la paguen a rigores? Si el Duque se hallàra culpado, no se entrara en la prision de su voluntad, ni yo se lo consintiera. Y pues de la misma accion se prueba, que està inocente, para què, señor, es acriminar la causa, y añadir cuerpo al delito? Si es para que se alegren los mal contentos, ni al Rey, ni à V. Excelencia puede estarles bien. Al Rey, porque es sobrino del Duque, y sentirà el ultrage, y como sangre propria, le dolerán cada dia las heridas. A V. Exc. porque no es credito de persona de sus prendas dàr motivo a que se venguen de un triste los mal intencionados. Suplicole, pues, otra vez, que depuesta la passion atienda a estas razones: que se apiade a mis ruegos: que se convenza a mis lagrimas, y que no permita me vaya desayrada de sus pies.

Quien duda que a accion tan humilde, y a ruegos tan piadosos de una tan gran señora, no avia de ablandarse un marmol, quanto, y mas un entendido? Antes de responder, la hizo el Conde todo esfuerzo para que se sentasse, con muchos ruegos, con grandes cortesias. Dexòse vencer la Duquesa; tomò silla, y satisfizo el Conde de esta suerte: Bien le consta a V. Excelencia (señora Duquesa) que nadie mas que yo fue parte para que vuestro marido ascendiesse a la eminencia de Protector de el Reino, privandonos, los que eramos iguales, del derecho, que por la disposicion del Rey Enrico nos tocaba. Entendimos (claro està) que atento a esta obligacion, no solo governaria con prudencia, y madurèz, sino que en lo que fuesse de gracia, tendria los debidos miramientos a los que le constituìmos en el mando: Que la gratitud, es hija de la Nobleza, y siempre un Noble debe corresponder agradecido. En lo uno, y en lo otro

ha desdichado tanto de quien es, que no ha sido forzoso acudir al remedio. Y aunque le parece a Vuestra Excelencia, que nos guia la passion, y que no ay delito para tener preso al Duque, sepa que està mal informada, pues las causas, y culpas son notorias. El Tesoro Real le ha consumido, conocese bien en lo que lo ha gastado, edificando casas, tan ricas, y sumptuosas, que las ha hecho remedo del Palacio Real. A esto llama demasia la Nobleza, y el vulgo, como mordàz, le llama robo, y siendolo manifiesto, no sè yo que dexe de ser delito? Pero en fin, tolerandose estos gastos, sino se diera lugar a pèrdidas comunes. Por su omission, y falta de dineros, ha dexado se pierdan los Fuertes de Bolodia, y Escocia, que costaron muchos millones, y afanes. A los Soldados, que hechos terreros del tiempo, nos guardan seguros en nuestras casas, les ha usurpado sus pagos, y salarios, con que desabridos desampararon sus banderas, y dexaron las Plazas sin defensa. Cada una de estas culpas, señora Duquesa, tiene pena de muerte. Mas no obstante esto, por mandarlo V. Excelencia, harè quanto estè en mi mano, porque el Duque no peligre, y ojalà no fueran tantos los que estàn disgustados, y mal contentos, para poder por mi solo obrar en la materia.

A esto la sagaz señora, acudiò lisongeando, diciendo, que èl era el todo de la causa, y el primer movil de los demas señores, y que estaba satisfecha, que con que èl gustasse, nadie avia de oponerse, que por este respeto avia venido a sus pies, sin ir a recabar gracias de otro. Pueden las lisonjas mucho, y aun con nuestro David pudieron harto tal vez, como verèmos adelante: y por mas que muchos señores dicen, que no gustan de ellas, todos las tragan mui bien. Assi el Conde, aunque se hacia descomedido, a lo dulce con que la Duquesa le lisongeaba el paladar, no por esso dexò de hacerle buen estomago, y abrazarlo con gusto. Feneciòse la conversacion con reciprocas cortesias, dandose las manos los ruegos, y ofrecimientos. No parò en esto la astucia de la Matrona, sino que para que no se deslabonassen las ofertas del Conde, quiso echarlas grillos de su mano. Que las dadivas, y dones, son quien negocian mas bien. Dixo, pues, al despedirse, que queria besar la mano a

la Condesa primero, cosa que el Conde la tuvo en mucha estima, y fuela escudereando hasta su quarto, donde la Condesa ya avisada, la saliò a recibir hasta la puerta, y sentadas las dos en el estrado, conversaron grandemente en los disgustos, y enojos de sus maridos, dandose cumplidas satisfaciones. La Duquesa con ruegos cariñosos, pidiòla que ablandasse al Conde, y como mitad del alma le templasse el rigor, y le amaynasse la ira. La Condesa viendose tan prendada (pues no creyò jamàs, que una señora, que no estimaba Reinas, la visitasse en su estrado) ofreciòla con todo esfuerzo obedecerla, y servirla, y entonces la Duquesa sacò una preciosa joya, guarnecida de diamantes, cosa rica, y de inestimable precio, y con aquel modo, que la politica enseña, y que ella como discreta sabia decirlo, hizo que la recibiesse, porque la fuesse (dixo) recuerdo de su suplica. Despidiose con esto, dexando tan sonada la materia, tan apagado el rigor, tan manso lo embravecido, que qual la sabia de Tecua, se diò ya por victoriosa. No tengais muger prudente, y haced pesares a muchos, y vereis qual negociais. Una muger avisada es corona de un marido, quien la alcanza se puede echar a dormir, y a quien le cabe una tonta, ha menester velar siempre, y aun no vivirà seguro.

Hechas estas diligencias bolviò la Duquesa al Conde el dia siguiente, y pidiòle por merced, le concediesse licencia para visitar al Duque su marido. El con gran galanteria hablò sobre ello a los demàs señores, y otorgò su peticion con amplia facultad de poder verle las veces que quisiesse. Conociò la Duquesa lo mucho que avian obrado sus dones, y visitas, y sin soltar del cabello la ocasion, viendo ya la cosa dispuesta, y sazonada, fuesse una mañana al Rey, y con ceremonias humildes, y corteses, le suplicò perdonara al Duque, pues era su tio, y padecia inocente, solo por la emulacion de los demàs señores: Pues adonde està mi tio? (la preguntò el Rey, admirado de lo que la decia. Y ella entonces humedeciendo los ojos, respondiò con un suspiro: Preso està, señor, y a buen recado, encerrado en la gran Torre, como mayor delinquente. Los Grandes, y conjurados, le quieren quitar la vida. Imputanle, que ha sido tray-

traidora V. Magestad, siendo todo engaño: Mucho me pesa (dixo el Rey) que me encubran estas cosas, pues me avian informado, que estaba enfermo mi tio: mas yo lo remediarè. Mandò llamar al Arzobispo de Contuber. Preguntòle por el Duque. Dixole, que estaba preso, porque avia querido matarle, y alzarse con la Corona. A lo qual respondiò el Rey, que no podia creerlo, pues siempre avia recibido de èl obras de padre. El Arzobispo, que era de los mal cõtentos, replicò: Que los señores lo avrian mirado bien, y sabrian lo que convenia. Yo gusto de esto (respondiò el Rey) decid a los del Consejo, que no se hable mas en la materia, porque yo absuelvo, y perdono todo lo que al Duque se le imputa. Que le saquen de la carcel, por ser la cosa primera que les pido. Fue el Arzobispo con este recado, y quando pensaron todos que el Conde de Huarique, como el principal promovedor, avia de escupir al Cielo, (no sabian que le avian ablandado el corazon a punto de diamantes) pasmòlos a todos verle, no solo benigno, pero mui de la parte del Duque, alegando, y defendiendo, que era razon no disgustar al Rey, por mas que el Duque mereciesse mil castigos. Que se dispusiessen los enojos, y pagassen bien por mal, para que viesse el mundo, quan desapassionadamente procedian. O dadivas, lo que podeis! O lisonjas lo que recabais! O mugeres entendidas, y como bolcais los animos, y trocais las intenciones! Si esso os parece a vos, señor Conde (dixeron los demàs) todos gustamos de ello. Salga el Duque de la carcel, y haganse todas las honras. Executòse el decreto, sacandole de la Torre con pompa, y aparato. Abrazaronle todos los señores, y el Conde con mas cariño. Llevaronle a Palacio, donde llorò el Rey con el, y con sumas lagrimas se celebrò la soltura. Gracias a la Inglesa Thecuires, a la Duquesa sagàz, que a fuerza de su industria supo disponerlo.

EXEMPLO SEGUNDO.

AViendo muerto desgraciadamente Huningo, Rey de Gothia, y de Suecia, no obstante que de su primera muger dexò un hijo, llamado Renero, que heredaba la Co-

Authores de esta historia. Joan. Mag. in hist-

ro-

Histo. Goth. l. 2. Saxon. Danicon. hist. Dan. l. 2 Pined. en su Mõ. 4. p. l. 30. cap. 2.

rona; su madrastra la Reina Torilda, muger valerosa, estaba tan apoderada de todas las voluntades, tan bien hallada con todos, tan acatada, y servida, que como Gobernadora, procurò ambiciosa dàr muerte al entenado, y cargarse con el Cetro: Quiso ser fina madrastra, con hacer obras de tal. Conocieronse la intencion algunos de los señores, y recatados, y cuerdos miraban por el Principe, desbaratando por todos los caminos los designios de la Reina. Ella, que lo entendiò, como se miraba con poder, apretò mas la dificultad en manifestar su encono. Los zeladores del Principe, pareciendoles no havian de poder bastar a librarle de enemigo tan de casa, y mas muger cruel, y ambiciosa, dieron orden de apartarle de su vista, y ausentarle de la Corte. Llevaronle, pues, a la parte mas remota, y encargandole a un Mayoral de ganados, le metieron a Pastor, trocando en cayado el Cetro. No se le encubriò a Torilda la vida rustica del entenado; y juzgando, que en semejante vivienda se le desharia los humos Reales, y se le amortiguarian altiveces, tolerò le el que viviesse, con tal que nunca reinasse.

En este estado se hallaba el triste Renero, apacentando ovejas, en vez de regir vassallos, cubierto de un pellico, en vez de purpura, y sirviendole de Palacio un pastoral alvergue: Mudanzas de la fortuna, que a las mayores Cabezas postra a cuitas semejantes. Qual otro Paris en el monte Ida, se hallaba Renero en los montes de Suecia, donde por los mismos filos, hermosas beldades los hicieron dichosos; porque si a aquel se le aparecieron Diosas, a que las dissolviesse su contienda, a estotro vino una Infanta a darle la Corona. Passò el caso de esta suerte: Corriò hasta Dania, que es Dinamarca, la voz de la suerte infeliz del Principe Renero, y de la crueldad con que su madrastra le tyranizaba los Estados, y llegando las noticias a oìdos de la Infanta Suanhuita, hija del Rey Hadingo, hicieron tanta impression en ella, cabò tanto en su pecho el lastimoso caso, que compadecida a lo de noble, resuelta a lo de muger, quiso parecer bizarra, antes de aver sido amante. Era entendida, al passo que animosa; y era astura, al passo que prudente. Entrando, pues, en cuenta con sus habilidades, discurriò a sus solas, què modo, y què camino tomaria pa-

para sacar aquel Principe de aquella miseria, y haciendole lado dulce, vengarle de sus agravios. Capricho notable en una muger estraña, aficionarse a un Principe caido, quando aun las que los aman se suelen olvidar de ellos. Y assi he pensado, que a esta señora no la moviò tanto el deseo de reinar, quanto el dàr a entender, que era entendida, y mañosa, y era falta de hombres, no saber librar a un Principe de insultos de una muger. Si no fue este su pensar, por lo menos la accion lo publica, su denuedo, y bizarria lo pregona. Tomando, pues, lucido acompañamiento de Soldados, gente toda belicosa, y escogida, grangeados con su industria, comprados con sus dones, se embarcò para Suecia. Entrò en el Reino, con el dissimulo, que su missma habilidad sabria disponer. Claro està, que entraria en son de paz, y aun pedida licencia à Torilda, porque en los Puertos no la negassen la entrada. Fingiria, que desabrida con el Rey su hermano, iba a ampararse de ella; cosas que suceden cada dia irse a amparar unos de otros Reyes, y unas señoras de otras. Con el pretexto, pues, que le ordenò su ingenio, se entrò la tierra a dentro, y como al descuido, se fue informando del monte, donde Renero guardaba su ganado. Tomadas las señas, y el camino, marchò allà con su gente. Alojose en una Aldea, y sin revelar a nadie su designio, fingiò querer recrearse, y salirse a cazar a aquellos bosques. Todos estos ardides eran menester para lograr el intento, y poder coger descuidado al Principe Pastor.

Derramados por el monte Soldados, y Monteros, cada uno entretenido con lo que mas le brindaba su dictamen, la Infanta prudente se fue hurtando cuidadosa de su vista, penetrando la espesura, tras la caza a que la arrastraban sus deseos. Encontrò, pues, al Principe, cursando las humildades de su oficio; conociòle por las señas; apeòse de la pia, y pidiole cariñosa, que le dixesse quien era, dandole a entender, que miraba en su persona mas de lo que parecia. Absorto Renero de ver en aquel parage Dama tan bizarra, y mas confuso de que quisiesse examinarle tan curiosa, por una parte corrido, de que supiesse quien era, por otra obligado de verla aficionada, la hablò de esta suerte:

Aunq̃ el oficio en q̃ me hallais, me escusaba lo grossero; y aunque el no saber quien sois, pudiera recatarme, no sè que estrella, no sè què respeto me obliga, y me fuerza a abriros de par en par las puertas del alma, y a contaros mi desdicha. Renero es mi nombre, y Rey legitimo de Gothia y de Suecia. Naci tan poco afortunado, y diòme el Cielo a los primeros años de nacido, una madrastra tan cruel, que avassallando todas las voluntades, no permitiò nunca me jurassen heredero; antes bien, muerto mi padre el Rey, y quedando por Governador, me quiso dar la muerte. Y aunque los afectos de mi padre alcanzaron la maldad, no se vieron pederosos para guardarme justicia. Guardar mi vida fue lo mas que recabaron. Echaronme a estos Montes, donde en el trage que veis, passo mis cuitas, y lloro mi desgracia. Solo puedo deciros, aunque lo juzgueis lisonja, que no he tenido dia mas propicio como este en que me hablais, no sè què miro en vos, que al passo que me provoca a respeto, me llena de alborozo; y assi os suplico, que me digais quien sois? De donde venis? Y què causa os ha movido a informaros de mi vida?

Es tan justo lo que demandais (respondiò la hermosa Suanhuita) que quando mis deseos no fueran de serviros, vuestros respetos muchos me obligaran. Yo soi la Infanta de Dania, hija del Rey Hadingo, que por pagar fineza a vuestro padre, le sacrificò la vida. Mi nombre es Suanhuita, que no he de encubriros nada. Juzgo, que a los dos, unos Signos, y unos Astros nos miraron favorables, ò nos enlazaron tiernos, pues apenas llegò a mi la fama de vuestros infortunios, de vuestras adversidades, y desdichas, quando me recabaron tanta lastima, me hicieron con tal dolor, que tomando armas, y gente, me partì a buscaros. Mirad lo que me debeis, aun antes de conoceros. Mas vamos a lo que importa. Un buen trozo de gente me acompaña. En essa vecina Aldea la tengo conducida, y oy por recrearse, pueblan estos montes. Si gustais de serviros de mi, y de ellos, y q̃ con mano de esposa merezca vuestro lado, serà pagar el amor que me debeis, y cobrar la Corona, que os usurpan.

Mil almas, y mil Coronas (Respondiò Renero, llorando de alegria) quisiera tener, Infanta hermosa, para con mi

mi mano ponerlas a vuestros pies, y por mas que os diera, por mas que os sacrificara, siempre me hallàra deudor. Ea, no es menester mas (dixo la Infanta, atajandole las razones sino vamos a lo que importa, que quando estèmos de espacio, lo hablarèmos todo: Desnudaos esse pellico; descargaos de esse zurron; quitaos essas abarcas; arrojad esse cayado, y vestios al punto las galas que os prevengo: Diciendo esto, tocò una corneta, a cuyo silvo, en rato breve, llegaron presurosos, los que descarriados, fatigaban la maleza. Llamò al Repostero, y de un pequeño baul sacò todo aderezo de vestidos, hechos, y bordados, como para un Principe. Sacò assimismo joyas de mucho valor: con que no solo se hallò Renero de gala, sino tambien mui rico. A lo ultimo le diò un precioso estoque, y al darselo, le dixo de esta suerte: *Tomad señor, esta espada, y solo reparad que soi yo quien os la doi, para que despertando en vuestro pecho los humos Reales que haveis tenido embargados, ù dormidos, la esgrimais valiente, en los que rebeldes, y contrarios usurpen vuestro derecho, y os contrasten la Corona. Si hasta aqui os ha acobardado el miedo, dexandoos hollar de la fortuna (que ha sido mucho sufrimiento en una sangre Real) ahora ha de ser mui de otra suerte. Lo uno, porque ya os doi gente, Soldados animosos, y guerreros, con que podeis empezar vuestra conquista, y convocar a los que de vuestra faccion estàn amilanados. Lo otro, porque soi la que os animo, y la que à vuestro lado piensa morir en la empressa; y finalmente, por vuestro pundonor, y por vos mismo, que pesa mas que todo, porque es descredito grande, que quien naciò Rey, se rinda à la adversidad, y se dexe castigar de una madrastra.* Bolviò luego a los suyos, que no menos admirados de ver aquellas cosas, la estaban escuchando. Y prosiguiò, diciendo: *Y vosotros, Capitanes, y Soldados, que fieles, y leales me haveis hecho compañia por tanto mar salobre, por tan remotas tierras; el que mirais presente es Rey de Suecia, y es mi esposo. Llevada de mi dictamen noble, de mi generosidad, y bizarria, he venido à buscarle à estos apriscos, para hacerle que sea Rey, y me haga Reina. Capricho ha sido valiente, mas que arrojo, y antes se puede llamar virtud, que temeridad. Mas sea lo que fuere, yà està hecho. Besadle todos la mano; conocedle por señor: respetadle como dueño, que con èl, y en mi, tendreis siempre el galardon de vuestros servicios.*

Con semejante razonamiento, dexò la Infanta a todos contentos, y alborozados, al passo que pasmados, y aturdidos. Cada uno en cortesias acudiò a su deber, y el Principe, con ofertas, y agassajos, cumpliò con su obligacion. Sin detenerse un punto partiò Renero a la Gran Ciudad de Vpsala, Corte de aquella Corona, con el acompañamiento que le pareciò necessario, si bien con el resto de la gente, le iba siempre la Infanta haciendo escolta. Que como le miraba ya como a marido, queria en el bien, ò el mal hallarse a su lado. Hablò con los Grandes, y señores, y en especial a los que sabia eran sus amigos: A los unos, y a los otros les fue catequizando las voluntades, hasta que movidos de la razon, y justicia, y como avergonzados, de que una muger, y estrangera, huviesse sido para mas que ellos, dando principio à empressa tan honrosa: vinieron a resolverse en darle su ayuda, y hacer que se coronasse.

Entraron, pues, en Consejo; ventilòse el caso, y por mas que los Factores de Torilda hicieron resistencia, no bastaron para dexar de condenarla, y privarla del Govierno, justo pago de su ambicion, y sobervia. Nobles, y Ciudadanos clamaron por su Rey; y porque no se desmandassen los mal contentos, se puso en arma la Corte. Luego con las debidas ceremonias, pusieron a Renero en el Trono Real, donde le besaron la mano, y juraron obediencia. Celebrò las Bodas con la Infanta, a cuya industria, y valor debiò el laurèl, siendo generales los regocijos, y fiestas, comunes las alegrias. A su lado, y con sus consejos governò su Reino a gusto de todos: Lo que no podian con paz, lo ajustaban con las armas. Tuvieron un hijo, que les sucediò en el Cetro, y despues de larga edad, acabaron felizmente. Vea, pues, y repare el entendido, lo mucho que puede, y vence una muger discreta, y avisada, pues lo que no bastaron tantos poderosos, lo consiguiò una Infanta con su industria, yendo a avergonzarlos. Si Joab no se atreviò por sì solo a reducir al Principe Absalon de su destierro, sino ayudado de la industria de la Thecuites, por saber que era discreta, y avisada; què mucho que el Principe Renero se estè amilanado, y encogido, hasta que

que la Infanta Danica venga a infundirle brios, y darle aliẽtos: Quede, pues, por conclusiõ, y cerremos con esto este discurso, que una muger discreta, quando quiere, facilita cosas grandes, y vale por muchos hombres.

CAPITVLO OCTAVO.

EN QVE SE REFIERE EL REBELION DE ABSALON CONTRA su Padre.

APenas en cinco de lagrimas, y suspiros, se le avian acabado a David de sanar las heridas de la muerte lastimosa de Amnon su Primogenito, quando comenzaron a levantarse contra èl mayores torbellinos de persecuciones. Hijos, y Privados le comenzaron a hacer guerra, y dar mucha pesadumbre. No solo, como hasta aqui tiraron los trabajos a desazonarle, antes bien le tiraron a la Corona, a la honra, y a la vida. Pruebas son que hace el Cielo con los hombres grandes, para enseñar a otros a sufridos. Con humos de Principe, y de sucessor de la Corona, comenzò Absalon a ensayarse para ello, mandando hacer muchas carrozas, carros de pelèa, que compuestos de aderezadas puntas y tirados de quatro caballos, suelen ser el destrozo de un Exercito. Assimismo comprò cavallos muchos, y para que le assistiessen comunmente eligiò cinquenta Cavalleros de los mas famosos. Bien se dexa entender de el aparato el designio del Infante, y aunque no se le encubria a David, ni menos faltarian corredores, que se lo ladrassen a la oreja, con todo èl lo toleraba; lo uno, porque queria a Absalon mucho, viendole tan hermoso: lo otro, porque no pensaba que aquello se extendia a genero de traicion, sino solamente a sucederle en fin de sus dias, y que hasta entonces èl miraria lo mas conveniente. No ignoraria David su empeño con Bethsabè de que su hijo Salomon le havia de suceder en la Corona; y assi fiado en su gran potencia no se le daba nada de que Absalon anduviesse haciendo aquellas bizarrias. Pero por esso Absalon tiraba a mas, que era irse apoderando poco a poco de las voluntades; y en viendo la ocasion, quitarle a su padre el Reino, y aun la vida. Este

2 Re. c. 15 & 56 Tex y Gloss. y alli el Abulen. y Lyr.

era el pago que queria darle de averle perdonado, resabio quizà de aquella sangre infiel, y mala casta, que le tocaba por la madre; pues raras veces, aunque se mezcle con la buena, dexa tarde, ò temprano de rebordear (assi se dice en nuestro Reino de Murcia) ò de descubrir su mala raza. Dicen algunos, que querer Absalon seguir este rumbo, era, por no dar lugar à que despues se le antepusiesse Salomòn siendo menor que èl, y promessa intempestiva de su padre, y no ajustada a derecho. Otros dicen, que no era sino por vengarse de lo mucho que le avia hecho padecer en el destierro, teniendole cinco años desterrado de Palacio. Quiza que fue por todo, y mas por ser altivo, y que rebentaba de sobervio.

El Abul. in c.15.q. 18.

Concebido, pues, en su idea este pensamiento, lo comunicò desde sus principios (segun parecer de algunos) * con Achitophèl, el mayor Consejero que tenia David, astuto en sumo grado, prudente en gran manera, y de quien mas se temiò el daño, y el peligro. Este Achitophèl se havia retirado de la Corte a su Ciudad de Gilò, de donde era natural, sita en los confines de Hebron, picado, y sentido mucho contra David, desde que deshonrò a Bethsabè, que era su nieta, è hija de Eliam su hijo. Como aquel caso con la muerte de Urias, hizo tanto ruido, y causò tanto escandalo, aunque ascendiò Bethsabè al titulo de Reina, con todo Achitophèl se tomo tanto de la honra, que despedido de Palacio, se fue a su Ciudad, deseoso de hallar ocasion para despicar su afrenta. Conociendo, pues, el descuello, y altivèz de Absalòn, y que aun sin sus consejos arrostraia a qualquier maldad, ayudòle con todo conato a llevar a delante sus pensamientos, ofreciendole su ayuda, y dandole trazas para aspirar al Laurel. Esto, à lo que se presume, andaba entre los dos mui a lo secreto, hasta que logrado el lance, pudiessen sacar la cara.

El ardid, pues, que tomò el Infante, yà fuesse suyo, yà de su Consejero, para atraher la gente a su devocion, fue estremado. Poniase en los dias de Audiencia, a las puertas de Palacio, y a todos quantos acudian con negocios, los saludaba cortès, y los acariciaba con palabras comedidas. Preguntabale a cada uno (llamandolo a aparte) de què Ciudad,

dad, ò Pueblo era natural? De què Tribu, ò Familia? Què causa le trahia? Què pleito? Què negocio? E informado de todo, les hacia sus razones, con muchas lisonjas, diciendo tenian razon, que era clara su justicia, y que solo le pesaba no ser el Juez, para despacharlos; porque ya como su Padre era viejo, ni avia Juez que cuidasse de los pobres, ni reinaba mas que el interes, la injusticia, y el soborno. Manifestabales mas claramente su intencion, diciendo con desfpecho lastimoso: O no huviera quien me hiciera a mi Juez de todas las causas, para que vinieran todos a mi con sus negocios, y los despachara gustosos, y contentos! Viendo como los pleiteantes se le echaban a sus pies, dandole mil bendiciones, mas èl no les dexaba ni aun hincar la rodilla, porque los sustentaba luego con sus brazos, y les daba en el rostro beso de paz. Con esto, el menos obligado se iba haciendo lenguas a su Pueblo, contando del Principe alabanzas, y excelencias.

Quatro años, segun el mejor sentir del Tostado, * gastò Absalon en estas bizarrias, en estas ceremonias, ganando tierra mucha para su pretensa. Que cautivando voluntades con ardid, se hace bien gente. Dispuesta assi esta conjuracion, y la mas notable que se escrive en Anales (pues siẽdo David un Rey tan bueno, y tantos los conspirados, no huvo nadie en tanto tiempo que se negasse a lo infiel, y se hiciesse a lo leal, y le diesse aviso.) Dispuesta, pues, la obra, se fue Absalon a su padre, mui a lo devoto, mui a lo contrito (traza ordinaria, encubrir el engaño con capa de santidad, y virtud) y demandòle licencia para irse unos dias a la Ciudad de Hebron, a ofrecer Sacrificios en sus Aras, y en su Templo. Alegò por causa, ser promessa que tenia hecha quando estuvo desterrado, porque lo reduxesse Dios al estado feliz que ya gozaba. Quien avia de contradecir a peticion tan justa, ignorando la maldad q̃ llevaba encubierta? Condescendiò David a su deseo, dandole su bendicion, y embiandolole en paz. Partiòse el Infante a Hebron, y en sòn que le acompañassen, se llevò consigo doscientos Cavalleros los mas fieles, y leales que tenia David. Astucia cautelosa para no dexarle fuerzas. Llegado que fue a aquella Ciudad la primera diligencia que hizo, fue tomar todos los caminos, y

* Abul. hic q. 14.

veredas, y poner en las puertas guardas, para que ninguna persona pudiesse salir a contar lo que passaba. Luego despachò mensageros a todas las Ciudades, à las personas confidentes que tenia en cada una, dandoles orden del dia, y la hora en que al sòn de la vocina avian de levantar por èl los Estandartes, diciendo todos *Viva Absalon*, Rey de Hebron. Embiò tambien a llamar a Achitophèl, para q̃ ya sin rebozo le asistiesse, y le fuesse aconsejando lo que convenia. Dispuestas, pues, todas las cosas, y juntas en Hebron las principales Cabezas con guarnicion lucida de Soldados, quitandose la mascara la traicion, tocaron las trompetas, y en destemplados alaridos gritaron: *Viva Absalon*. Los que ignoraban el caso, se quedaron aturdidos, y compelidos de la necessidad, unos de grado, otros por mas no poder, hubieron de acomodarse con el tiempo. Bravo revès de la fortuna fue este para David! Mas como estaba hecho a persecuciones, y trabajos, lo tolerò prudente.

Siempre ha sido el pueblo amigo de novedades, y no ay quien piense, que un Principe nuevo, no lo harà mejor, y mas con astucia, y maña con que Absalon se andaba a robar voluntades, haciendo lisonjas, y prometiendo mercedes. Desalados acudian todos de las Ciudades, y Pueblos, à ver el nuevo Rey, y a ofrecerle su ayuda. Llegò, pues, la nueva infausta a oidos de David, y toda Jerusalen se hizo à la turbacion, todos al miedo. Conociò el santo Rey, que aquello era castigo de lo alto; y pena merecida de su antigua culpa. Tenia siempre en memoria las palabras de Nathan, de que Dios levantaria de su misma casa quien le hiciesse males, quien le diesse pesadumbres. Viendo, pues, que era su hijo quien se levantaba con el Cetro, juzgò era castigo Divino, lo que a los ojos de los hombres era alevosia. Estas consideraciones le movieron a querer dexar su Corte, y su Palacio. Que aunque pudiera pertrecharse, y hacerse fuerte en Jerusalen, Ciudad entonces bien guarnecida de muros, bien abastecida de gẽte, biẽ rica de todas cosas no quiso, si que viesse el mundo su humildad, y su tragedia, saliendo huyendo, y a pie, a ser dechado, y exemplo de Reyes perseguidos. Viendo, pues, David abreviada en el Alcazar a toda la Ciudad, que lastimados, y tristes, y todos

dos con las armas en las manos, se acudieron a èl a hacerle compañia, les hablò enternecido desta suerte: Todos los que de vosotros me quisieredes ser leales, y acompañar mis cuitas, apercebios al punto, y huyamos de la Ciudad, y esto a toda diligencia, antes que Absalon nos cerque, y nos oprima. No es bien que experimentemos necessidades de un cerco, ni aguardar a que echando por tierra nuestros muros, nos passen a cuchillo. Por no ver, pues, estas miserias, huyamos a los montes a buscar sagrado, hasta que passe esta primer avenida de trabajos, este primer movimiento de infortunios.

Todos respondieron, que estaban prestos a seguir su parecer, y hacer quanto ordenasse. Entonces David, tomando consigo todos sus hijos, y mugeres, aquellas que, segun el Abulense, eran mugeres proprias, ò segun Lyra, las que eran mas principales, y las mas queridas, sin cuidar de sus tesoros, ni de las demas riquezas de su casa, que para guarda de ello, dexò a diez Concubinas mancebas (como quiere el Abulense. *) Saliò a toda priessa huyendo de Palacio à pie, y quitadas las sandalias, y cubierto el rostro, por cubrir las lagrimas que el mucho dolor vertia. Bien pudiera David, al modo que huyen otros de conflictos semejantes, montar en un cavallo, y huir a la ligera, y hacer, que al mismo tenor le fuessen siguiendo sus hijos, y Soldados, pero no quiso, sino que viesse el mundo, que tomaba aquella desgracia como castigo de Dios, y que a pie, y descalzo era justo salir a aplacar sus iras. Este fue su intento, segun el mejor sentir, confessarse merecedor de la desdicha, y provocar a lastima a todo Jerusalèn. Què bronce no se haria a la ternura, viendo salir un Rey tan poderoso huyendo de su Corte, rodeado de sus hijos, y mugeres, a pie, y afligidos, y hechos todos al llanto? Què turbacion seria aquella? Què dessassossiego? Què griteria? Hombres, y mugeres dexaban sus haciendas, y olvidados de sus casas, marchaban tras de su Rey: Al salir de la Ciudad, volviò David los ojos, y viendo la muchedumbre que desalada le seguia, hizo mansion, por esperarlos a todos, agradecido a su lealtad, lastimado a su tristeza. En una Casa de Campo se juntò todo el concurso, y assimismo las Legiones de sus valientes Soldados, que arriesga-

* Abulense, 2. Reg. c. 12. q. 9.

gados, y animosos servian de guarnicion, y de escolta al numeroso gentio. Al llegar, pues, a las margenes del Cedron, arroyo el mas celebrado de Palestina, y que sin tener corrientes para rio, circunda, y cruza imperioso à la gran Jerusalèn, divisò el Rey, entre los Capitanes, y Soldados, que le iban siguiendo, a un Caballero Getheo, llamado Ethay, del qual en tiempo de sus persecuciones, recibiò en Geth mui grandes cortesias, y en retorno de ellas le tenia en la Corte mui regalado, y servido pocos dias havia: porque al parecer, sobre algunos disgustos que tuvo allà en su tierra (en quentos que no faltan a hombres grandes) se avia acogido à David, a ampararse de su gracia, acompañado de otros de su faccion. Como le viesse, pues, David tan leal, y tan fiel con ser un Pagano, estrañandole la accion, y estimandole el obsequio, llamòle para sì, y dixole: Què es esto Ethay? Para què te sales de la Corte? Ni para què acompañas a quien ya se mira sin laurèl, y escapa fugitivo? Vuelvete a la Ciudad, y agassaja al nuevo Rey, y vive en gracia suya; que eres al fin forastero, y estas fuera de tu casa, y no es razon que aviendo venido ayer, como dicen; a valerte de mi, te veas oy obligado a correr la triste fortuna que me sigue. A mala sazon llegaste a mi Corte a experimentar mercedes de lo mucho que te debo, pues apenas llegado miras mis necessidades, y mis desdichas. Vuelvete, pues, te ruego, y llevate contigo a tus compañeros, y Dios, que es quien mejor galardona beneficios, te pague essa piedad, essa cortesia, essos buenos miramientos.

Atento escuchaba el Barbaro las palabras de David, y al passo que lastimado de oirlas, tomado mas de su honroso pundonor, respondiò desta suerte: Juro por Dios del Cielo, y por vida de V. Magestad, de no apartarme de su lado en todo trance, y de seguir su fortuna hasta la muerte. En lo prospero, y adverso permanecerè leal, que soi hombre de bien, y fuera faltar a mis obligaciones, si viendo a mi Rey en necessidades, y trabajos, le volviera las espaldas. Dexòse vencer David de tanta fee, de tanta cortesìa, y permitiò que le acompañasse atravessando todos el Cedron en confussas tropas, y à pie todos, hombres, y mugeres, y hechos al llanto todos: lastima que aun a las piedras parece que las movia a compas-

passion. Passado el arroyo, enderezaron los passos al Monte de las Olivas, trepando por sus lomas, y sus cuestas, afanando un Rey, fatigadas unas Magestades, Reinas delicadas, Infantes tiernos, y huyendo todos de un hijo rebelado. Sumo dolor para quien menos siente!

Sadoc, y Abiathar, ambos Sumos Sacerdotes, al punto que el alarido comun de Jerusalèn los hizo noticiosos de lo que passaba, y vieron como el Rey, con toda su Familia saliò huyendo de Palacio, convocaron a todos los Sacerdotes, y Levitas, y tomando el Santuario, donde estaba colocada el Arca del Testamento, y puesta sobre sus hombros, fueron siguiendo a David, con las demàs Tropas, hasta el arroyo de los Cedros. Allà, mientras passò la gente, la colocaron en una eminencia, para que todos gozassen de su vista, y se animassen de vèr, que iba con ellos Reliquia tan Santa. Pero David tan mirado en todo, hizo escrupulo de que se sacasse el Arca de su casa, y anduviesse fugitiva por los montes, quando aquella calamidad era castigo. Zeloso, pues, y devoto, le mandò à Sadoc, que volviesse el Arca à Jerusalèn, y èl, y los demàs la assistiessen a su Culto. Diò por causa, que si se apiadasse Dios de su miseria, èl era solo bastante a reducirle a su Throno, sin necessitar de aquellas prevenciones. Y que si era su voluntad que no empuñasse el Cetro, estaba mui prompto a morir obediente. Encargò los demàs de esto à Sadoc, y Abiathar, que por medio de sus dos hijos Achimaas, y Jonathàs, le fuessen avisando de todo lo que passasse en Jerusalèn, para prevenirse a los peligros. Traza mui prudente, tener con el enemigo quien avise, y descubra sus intentos. Volvieronse, pues, desde allì los Sacerdotes, y Levitas con el Arca, y David con su gente marchò al Monte, regando el camino con fuentes de sus ojos, no por el trabajo, no por la afrenta no por la fatiga (que hecho estaba David à mayores afanes) sino considerar q̄ eran enojos de Dios los que assi le castigaban. Assi aquella primera noche, como se dexa entender, quando derramados todos por las malezas del Monte, cada qual buscaba el alvergue mas seguro; retirado David en lo mas secreto de su tienda, si ya no fuesse seno de mal aliñada gruta, levantò à Dios el espiritu, negado al sueño, y qual otro Julio Cesar, que escri-

via.

vio de noche lo que passaba entre dia, compuso, y escrivió el siguiente Psalmo, segun parecer de Lyra, pidiendole a Dios favor en tanta cuita, y prometiendose a lo profetico sucesso feliz de riesgo tanto. Construyamos, pues, lo dulce de sus metros en nuestro Idioma, y hagamos inteligibles a los que piadosos, y devotos gustaren de leerlos.

Psalm. 27 Texto, y Glosa.

Psalmo 27. *QUE COMPUSO DAVID, QUANDO A PIE, Y descalzo trepò por las cuestas del Monte Olivete, huyendo de Absalon.*

Ad te Domine clamabo, &c.

A Vos, Señor Divino,
Por mas que mi pecado me haga indigno,
Pienso llamar con voces destempladas,
Y dar a vuestras plantas aldavadas,
Hasta que me escucheis, qual Dios clemente,
Pues os llamo contrito, y penitente.

Deus meus non sileas à me, &c.

Mi Dios sois, como a tal os adoro:
No, pues, quando os imploro,
Mudo os hagais, callando al ruego mio,
Porque serà dexarme yerto, y frio,
Y contarme por muerto
En la fragosidad de este Desierto.

Exaudi Domine vocē orationis, &c.

Oid, Señor, de mi oracion las voces,
Pues con ansias veloces,
Dexo el lecho, y el sueño,
Por tributaros, como a Inmenso Dueño,
Humildes oraciones:
Y en las que me infundis inspiraciones,
Adoro desde aqui, miro, y contemplo,
El que ha de ser famoso vuestro Templo.

Ne simul tradas me, &c.

No me entregueis, Señor, a mis contrarios,
Que fraguando maldades temerarios,
Muestran uno en la cara, otro en el pecho:
Como Absalon lo ha hecho,
Pues yendose de mi, con paz fingida,
Quitarme quiere el cetro, y aun la vida. Dad-

Dadles, Señor, el pago merecido,
A los que con mi hijo cauſa han ſido,
De hacer tales deſafueros:
Caſtigad, como Juez grave, y ſevero,
Sus malas intenciones;
Y pues que dar ſoleis los galardones,
A cada uno como veis que obra,
Y de ſu alevosia hai tanta ſobra,
Experimenten ſu fatal ruina,
Con fin infauſto, con muerte peregrina.

Da illis ſecundum opera eorum, &c.

Bendito ſeais, Señor de las alturas,
Pues ya veo por raſgos, y figuras,
Que haveis mi ruego oido;
Y aſsi a vueſtro favor agradecido,
Confeſſarè, de oy mas, eternamente,
Que ſois la fortaleza de mi gente,
Y que ſalvado aveis, a campo viſto,
A quien es, por lo ungido, vueſtro Chriſto.

Benedictus Dominus quoniam exaudivit vocem, &c.

Mientras que divertia David ſus ahogos con eſtas deprecaciones devotas, el Infante, y nuevo Rey Abſalon marchaba a toda diligencia a Jeruſalèn: que como era Achitophel quien le guiaba, y eſte ſabìa mucho, pareciale, que el mayor eſtrivo para aſſegurar la Corona, era ſentar ſu Real en la Cabeza del Reino, haciendo que ſus Pendones tremolaſſen en Sion. No hallò reſiſtencia alguna; antes sì, deſpoblada la Ciudad, pues, ſino eran los impedidos, y aquellos que en ſemejantes reboluciones ſe mueſtran neutrales, todos los demàs ſe ſalieron con David. Fueſſe derecho al Alcazar, y apoderòſe de èl, con mucha ſoberania. Las diez mugeres que havia dexado David para cuſtodia, yà mancebas ſuyas, como quiere el Abulenſe, ya mugeres proprias de las de menos cuenta, como ſiente Lyra, no hallaron en Abſalon el reſpeto que pensò David que las guardara; deſayres ſi, y afrentas experimentaron todas. No hai duda, ſi que ellas como coſas tan proprias del Rey, penſaron que el Infante, al modo que Alexandro con las Reynas Perſianas, las trataria cortès, y comedido, ſin permitir ſe les agraviaſſe en nada.

Mas

Mas saliòles mui al revès su pensamiento, porque Absalon aconsejado de Achitophèl, las acometiò al honor con la mayor publicidad, y desemboltura, que de Principe se ha dicho; Pero què arrojo no harà, quien a su mismo padre le quita la Corona? Pareciòle a Achitophèl, que el medio mas eficaz para afirmarle a Absalon el Reino, era, q̃ deshonrasse a su padre, gozando a sus mugeres; porque interviniendo este desacato, esta afrenta, esta deshonra, era imposible que padre, è hijo tornaran a unirse, ni a confederarse; y assi los animos, que vacilaban neutrales, y andaban temerosos, quedarian siempre firmes al lado del Infante. Pecaminoso era el consejo para lo de la conciencia, pero para el caso, bueno, y acertado. Assi lo advierte Lyra. Como dicho de oraculo Divino se estimaban, y tenian los consejos de aquel hombre. Assi lo dice el Texto. No falta quien digà, que la causa de darle este consejo, era en venganza de aver David deshonrado a Bethsabè, nieta de Achitophèl, como ya diximos, pareciendole buen despique, que huviesse quien deshonrasse a sus mugeres, como èl hizo a la de Vrias. En fin fuesse por lo uno, ò por lo otro, èl puso al Infante en ello, con que sin mas reparo, para que fuesse publica la afrenta (que era a lo que se miraba) mandò armar una tienda, en puesto eminente, y alli, a vista de todos, deshonrò a las que por mugeres de su padre, se estimaban como Reinas. Maldad inaudita! dolor harto lastimoso! No passemos adelante, sin dar primero a David algunos exemplos de hijos rebeldes para que a su vista diviertan allà en el monte sus afanes. No de una vez le demos todo el veneno, ponderandole con lastimas sus trabajos, y sus cuitas, que es ponzoña mucha para bebida de un golpe. Basta que le veamos huido de su casa, trepando por los montes a pie, y descalzo, tan necessitado, y pobre, que aun para el sustento de èl, y de sus hijos, y mugeres, es menester le socorran lo provido de aquellos, que menos cuidadosos, salieron apercibidos. Basta que le veamos despojado del Laurèl, quitado el mando, y govierno, y afrentado en el honor, que es lo mas sensible. Basta que veamos, que el hijo a quien èl diò el sèr, se enseñorea de su Palacio, de todas sus riquezas, de todos sus tesoros, y de sus proprias mugeres. Basta, pues, y sobra esto,

to para antes de engolfarnos en las demas lides, colorir su tragedia con similes ajustados; pues viendo los paraderos que tienen, y han tenido hijos rebeldes, serà alivio quizà, y esperanza mucha, para quien como David se halla en la misma liza lastimado.

CAPITULO NONO.

EN QUE PARA LA MAYOR CUITA DE DAVID, QUE FUE QUITARLE su hijo la Corona, se ponen varios Exemplos de Principes rebeldes à sus Padres.

AL mayor dolor, mayores medicinas, y a mucho mal aplicar muchos remedios; porque si unos no se ajustan, otros suelen acertar. Y assi, no se embarace el curioso si juzgare por grande este digresso, pues se le dexa libre la voluntad para cortar por donde le pareciere, dexando lo demàs a quien menos noticioso, se quisiere hacer capaz de mas Historias. Tomada esta venia, comenzarèmos con similes de España, para que vea David, que aun en la Provincia donde la lealtad para sus Reyes es mas fina, ha havido tambien hijos rebeldes, que han contrastado el Laurel a quien les diò la sangre.

Autores desta historia. El Arzobispo D. Rodrigo in Chr. Hisp. l. 4. c. 15. usq. 19. Julian del Castillo, en sus Reyes Godos lib. 3. discurs. 6. Mariana en la Hist. de España 1. p. l. 7. c. 17. hasta 19.

EXEMPLO PRIMERO.

AUn Rey Grande como David, demosle en primer lugar por compañero al Rey Don Alonso el Grande, Principe esclarecido en paz, y en guerra, y a quien los Anales de España consagraron mil proezas. Por muerte de su Padre Ordoño primero, se coronò en Oviedo, de edad de catorce años, en el que corria del Señor de ochocientos y sesenta y dos. Desde sus principios diò muestras de buen Rey, mui Christiano, mui Catholico, mui Guerrero: Supo como otro David, tolerar afanes, y castigar rebeldes (cuyos levantamientos contaremos adelante, quando llegue el caso) y assimismo fue tambien mui zelador del Culto Divino, mostrando en las obras, lo que David en deseos, porque si David deseò hacerle a Dios Templo, y Casa, nuestro

tro D. Alonso, a honra de Dios, se la labrò famosa al Apostol Santiago. Desde los cimientos levantò la Iglesia de Compostela de piedra de silleria, que antes estaba de tapias. A la Ciudad de Oviedo, Corte, y Cabeza entonces del Reino de las Asturias, la adornò de fuertes muros, siendo antes casar abierto, al modo que aora Madrid. Alcanzò Letras del Papa Juan Octavo, para hacerla Metropolitana, y celebròse en ella Concilio, en que assistieron quince Obispos. Honròle el mismo Pontifice con cartas llenas de amor. Dos refiere el Arzobispo Don Rodrigo a la letra, y una en Romance el Padre Mariana. Alli podrà verlas el curioso. Haviendo castigado algunos rebeldes, diò el Señorio de Vizcaya al Conde Don Vela, y el Condado de Castilla le posseia ya entonces D. Diego de Porcelos, Tronco famoso de nuestros claros Reyes. Para reprimir al Moro (que como tan poderoso entonces, desde Cordova, y Toledo hacia correrias, y llegaba hasta Leon) tratò de unirse con Navarros, y Franceses: y para mas firmeza, casò con Armelina, de la Casa Real de Francia, a la qual mudando el nombre, llamaron Doña Ximena. Feliz fue el matrimonio en sucession, pues tuvieron quatro hijos, y que los tres consecutivamente, despues de muerto el padre gozaron la Corona pero poco afortunado en la lealtad, y amor que a un padre, y marido deben hijos, y muger. Presto lo veremos.

Grandes fueron las victorias que alcanzò el Rey D. Alonso de los Moros: unas veces resistiendo su orgullos, y otras entrandose por sus tierras, y siempre haciendo en ellos cruel matanza. En la batalla de Pulveraria, junto al rio Oruigio, dexò doce mil difuntos; y llegando a la venganza otros tantos de refresco, quedaron tambien despojos de la muerte, no escapando sino solo diez a llevar la nueva. Viòse tan oprimido el Rey de Cordoba, que a precio de mucha suma, recabò de D. Alonso las treguas de tres años. Passado este termino, volviò a tomar las armas, y a proseguir la guerra, atravesando el Tajo, y llegando hasta Merida, tremolando sus Pendones. Enriqueciò su Reino grandemente con las presas, y despojos que le quitaba al Barbaro. El que mas le ayudò en estas jornadas, fue el gran Bernardo del Carpio, anhelando siempre por la soltura de su anciano pa-

padre, a fuerza de servicios. Nunca lo consiguiò, como mas largamente queda en mi primera Parte. Infelicidad notable de un Principe tan valiente, pues no solo pudo alcanzar esta gracia del Rey Alonso su tio (que fue al que se le hizo la ofensa) pero ni de tres Reyes que le sucedieron, recabò este indulto! Es el caso mas notable que se refiere en Historia; y el mayor teson de entereza que se halla escrito, y solo puede servir de escarmiento, para lo mucho que pesa tocar en el honor à la Magestad Real.

Muchos años, en quarēta y seis que gozò de la Corona, tuvo Don Alonso en paz sus Reinos; porque como sabia castigar rebeldes, sin perdonar a hermanos, y supeditar los Moros quando se le atrevian, procuraban todos conservarle en su gracia, y tener las manos quedas. Pero en tanto que descansaban las lides, se ocupaba Don Alonso en cosas santas, y buenas, sin permitirle al ocio un rato de descanso. Edificò muchas Iglesias à Santos de su devocion, dotandolas de sus rentas, en especial, restituyò a su antigua grandeza al Monasterio Real de Sahagun, assolado por los Moros, y bolviosse a restituir à los Monges Benitos. Las Ciudades, y Castillos, que con las guerras continuas, unas arruynadas, otras mal seguras, estaban sin defensa, las reedificò de nuevo, murandolas, y fortaleciendolas con toda perfeccion, como fueron Cea, y Sublancia, junto a Leon, Braga, Portu, y Viceo en Portugal, y en la raya de Castilla a Sontica, à quien diò nombre de Zamora, por las piedras Turquesas que se hallan por alli (segun dice Mariana) ò por el cuento de una baca negra, a que los Moriscos llaman Mora (segun el Arzobispo Don Rodrigo) y assimismo a su hijo mayor, llamado Don Garcia, le diò cargo que edificasse a Toro, para que como Principe se enseñasse à trabajar, y a merecer el Cetro. En las guerras, y encuentros que tuvo con los Moros, les ganò a Coimbra en Lusitania, y en Castilla la Vieja a Dueñas, y a Simancas, con todo lo que oy se nombra tierra de Campos.

Ya se hallaba el esclarecido Rey, al modo que nuestro David, cargado de dias, y con aquellos achaques que acarrea siempre la vejèz, quando en vez del regalo, y del alivio debido a una Magestad cansada, se levantò una guerra domes-

mestica, una tempestad cruel de desazones. Rebeses de la fortuna, que a la mayor felicidad, a la mayor bonanza suele aguarla con pesares, y tristezas. Avia casado el Rey à Don Garcia su hijo, con la hija de Nuño Hernandez, Conde de Castilla. Que esta preheminencia tuvo desde su principio esta Corona, que aunque los Señores de ella, con titulo de Condes, eran feudatarios a los Reyes de Asturias, y Leon, no por esso dexaron de honrarse aquellos Reyes, en tomar por mugeres a sus hijas. Ciñase Burgos de tymbres; y Laureles, y por mas que el tiempo le cercene los faustos, y grandezas con que se viò soberano, no por esso incline la cerviz a la mayor Corona, porque lo que duraren las Edades, serà Castilla la Vieja la que habla primero en Cortes, y de quien los Monarcas de España se intitulan Reyes. Casado, pues, Don Garcia, pareciendole, no ay duda, que vivia mucho su padre, y que todo lo que viviesse, no podia èl ser Rey, ni mandar en nada, tratò de rebelarse, con aquel color (y es mui mal color) con que suelen colorirse estas desobediencias, de decir, que el Rey es viejo, que ya la edad delira, que el regir, y governar ha menester hombre, que quien mejor que su hijo le aliviaria de cuidados, y sabrà llevar el peso? Con esto, y vèr que el comun estaba desabrido, con no se que impuestos que se avian echado para los gastos Reales, hizo armas D. Garcia contra quien le diò el ser, y padre tan bueno como D. Alonso. Dice, que le impuso en esto la Reina su madre, por estàr de picadilla con el marido; la causa no se dice. No avia nada que avia sucedido la de Ronces Valles (cochura que aun oy les dura à los Franceses, y les dolerà toda la vida.) Què ay que maravillarse, que a vista de las heridas, casi frescas quisiesse mas Doña Ximena, que fuesse Rey de Españoles su hijo, medio Francès, que no su marido, Español todo? Sea en fin, por lo que fuesse, ella dicen que le impuso a tomar las armas contra el Padre. Pero apenas Don Alonso sintiò essos rumores, quando, no obstante su edad larga, y cansada, juntò gente, y fue sobre Zamora, donde D. Garcia al parecer, se avia hecho fuerte. Los Zamoranos, à vista de su legitimo Rey, le abrieron las puertas, a pesar de los que mal contentos seguian la voz del Principe. Diose el Rey tan buena maña, que

que no solo desbaratò los pretextos, y amilanò a los rebeldes, sino que prendiò al hijo, y con muy buena guarda, le puso en el Castillo Guazon.

Quando se entendiò, que con tener preso al Principe se sossegaran los alborotados, avivòse mas el fuego, con el calor, y diligencias de la Reina, que hecha toda a la parte de el hijo, y negada a la obediencia, y afecto marital, vibraba contra el Rey pesadumbres, iras, y disgustos. Los Infantes Don Ordoño, Don Fruela, y Don Gonzalo, se hicieron a la banda de la madre, y hermano. El Conde de Castilla Nuño Hernandez, saliò tambien a campaña en favor de el yerno. De suerte, que toda la Casa Real, muger, hijos, y consuegro se armaron contra el Rey, y èl contra todos. No se lamente nuestro David a vista de este caso, porque si à èl se le rebelò Absalon, ya en fin, no dexaron su lado sus mugeres con todos los demas hijos. Pero al Gran Rey D. Alonso, hijos, y muger le guerrean, y persiguen. Dos años durò la lid, dos años los encuentros, y debates, y al cabo de ellos, en vez de mejorarse la fortuna, prevalecieron las armas de los conjurados. Pusieron a Don Garcia en libertad. Temiò el Rey como prudente otra mayor afrenta, y escusòla como sabio, haciendo de la necessidad virtud. Hizo, pues, junta de Grandes, y propusoles como estaba ya cansado de guerras tan intestinas, y que la vida que le quedaba, queria passarla con quietud, y gusto; por lo qual queria, con buena voluntad renunciar el Reino en su hijo D. Garcia, y recogerse a disponer su alma. Abrazaron la protexta los rebeldes, sin que vèr esta humildad les ablandasse el rigor. Verian (no ay duda) que la necessidad, y el no estarle bien hacer otra cosa, le movia al Rey a aquella ceremonia. Mui ufano, y con razon quedò el Conde de Castilla de verse tan poderoso, que à fuerza de armas le hacia renunciar la Corona, para su yerno, a un Rey tan grande como Don Alonso. Poco la gozò el tal Principe, muriendo sin sucession, para que sirva de exemplo, y escarmiento de Principes, que a sus padres niegan la obediencia. No solo renunciò Don Alonso el Reino en Don Garcia, sino que al otro segundo hijo Don Ordoño, le diò el Señorio de Galicia. Para consagrar à Dios sus cuytas, y sacrificarle devotos estos trabajos, fue en romeria à

Santiago a visitar el Cuerpo del Apostol. Cumplida esta devocion, se recogiò à Zamora, donde diò su alma à Dios el año de novecientos y diez. Su cuerpo se llevò despues à Oviedo al sepulcro de los Reyes. Consuelese, pues, David mucho, con la adversidad de este Monarca Español, despojado del Cetro a rigores de su hijo, pues aunque èl padeciò rebeliones de Absalon, quedò victorioso al cabo, y el hijo alanceado en una encina. Ojo los que teneis padres, mirad como los tratais, y escarmentad en los fines de hijos inobedientes.

EXEMPLO SEGUNDO.

Authores de esta Historia. El Arzobispo D. Rodrigo in Chron. Hist. lib. 5. c. 17. Julian de el Castillo en su Hist. de los God. l. 3. disc. 10. Marian. en la Hist. de España 1. part. l. 8. c. 10.

COrrian los años de novecientos ochenta y dos, quando comenzò à ser Señor de Castilla el Conde Garci-Fernandez, hijo de Fernan-Gonzalez, aquel famoso, y esclarecido Heroe, que a fuerza de sus hazañas se laureò de inmortal, pues lo que durare el mundo, durarà su fama eterna. Por no desdecir a hijo de quien era, apenas Garci-Fernandez entrò en el Govierno, quando saliò à pelear contra el Pagano. En las Riberas de Duero, junto a Santistevan de Gormàz, venciò aquella batalla memorable, en que un Angel, en forma de Antolinez (q̃ por estàr devoto oyendo Missa, le supliò sus veces) armado en un cavallo, hizo estragos peregrinos. Ya tocamos este caso en la primera parte, en los Exemplos de mugeres poco honestas, y assi aora, no harèmos sino epilogar algunos de sus hechos, hasta venir al blãco de nuestro assumpto. Lo restante, allà lo hallarà el curioso. Enamorado Garci-Fernandez de Argentina, Dama Francesa, se casò con ella en Burgos, y despues de seis años de Matrimonio, se le huyò con un Francès. Segunda ley del duelo, soldò el Conde su deshonra, como honrado, pues siguiendo a los adulteros disfrazado peregrino, los matò en su misma cama. Bolviò à Castilla, y casò con Doña Sancha, en quien tuvo al Conde Don Sancho, que vino a sucederle. Passò en tiempo de Garci-Fernandez la lastimosa tragedia de los Infantes de Lara, quando por traicion del tio, murieron pimpollos tiernos a manos de los Barbaros: Este mismo Conde fue quien los armò Cavalleros, à la usanza de Castilla,

lla, que era con raras ceremonias. Muertos ellos, armò de la misma suerte al Gran Mudarra Gonzalez, Tronco ilustre del Arbol de los Manriques. Tuvo el Señorio de Castilla treinta y ocho años, aunque algunos dicen mas, mientras reinaron en Leon Bermudo el Gotoso, y Don Alonso el Quinto. Y quando en la vejez avia de tener descanso, se le siguieron pesares, y disgustos, por la inobediencia de su hijo. Pareciendole a Don Sancho, que el padre vivia mucho, y que èl era pupilo, diò en desabrirse con èl, hasta que llegò à rompimiento, y empuñò contra èl la espada. Toda la gente moza, jovenes de guedexa, y de copete, que con la sangre hirviendo en lozanias, no miran en atenciones, dieron en ladearse al Principe brioso. El Conde, vista esta tempestad amenazada, como prudente, y cuerdo, hizo a todos los requerimientos necessarios, para que volviendo a su obediencia soldassen la fee rompida. Y como la deslealtad, quando se quita la mascara, y mas aviendo Cabeza que la apadrine, acomete ciega a los peligros, en vez de aflessar, levantò Vandera, y saliò a campaña.

Divididas, pues, las voluntades de los Castellanos entre padre, è hijo, uno apellidando: *Viva nuestro Conde*, y gritando otros: *No viva sino D. Sancho*, se comenzò una guerra domestica, unos vandos perniciosos, unas lides sangrientas, con q̃ se vino a disminuir el Castellano Imperio, y a cobrar brios el Barbaro, que siempre estaba a la vista, el qual apenas supo lo que passaba, quando desencogiendose del miedo, saliò de Cordova con un gruesso campo, y atravesando los Puertos, fue talando, y destruyendo las comarcas de Castilla. La Ciudad de Avila fue echada por el suelo, al tiempo que con fuertes edificios se obstentaba inexpugnable, rica, y sumptuosa. Santistevan de Gormaz, Olmedo, y la Coruña, padecieron el mismo estrago. El Conde Garci Fernandez, movido a lo Christiano, y Cavallero, por mas que el Rebelion del hijo le apretaba, saliò a resistir al Moro con Campo desigual. Su ossadia, y su valor suplian por muchos combatientes. Presentòse la batalla junto a Santistevan. Encendiòse cruel por ambas partes, siendo la matanza mucha. Quedò el Conde vencido, aunque bien vengado, segun el destrozo, que hizo en la canalla, pues cada uno de sus pocos Castella-

nos, ya que moria, se sepultaba primero entre mil de los Barbaros difuntos. Acrivado el cuerpo a heridas, fue hallado el famoso Conde entre los que a un lado, y otro fueron despojos de su bizarria. Tomaronle prisionero, mas ya tan desangrado, que muriò brevemente, quedando viva su fama, a pesar del tiempo. Bien amancillado quedò el Principe Don Sancho en el credito, y honor, pues su levantamiento, y el no acudir a su padre, fue causa de su muerte. Por curarse de esta nota, y librarse en algo de los rumores del vulgo, rescatò por sumo precio el cuerpo de su padre. Sepultòle en San Pedro de Cardeña, con funebre aparato, y fenecidas las Honras, fue luego contra el Moro, haciendole hasta Cordova muchos males, y despicando en èl sus pesadumbres. Famosas fueron sus hazañas, ilustres sus vencimientos: mas todo lo obscurecia su passada inobediencia. Perderle à un padre el respeto, y procurarle la Corona, es mancha que no se lava jamàs.

EXEMPLO TERCERO.

Authores desta historia. La Coronica deste Rey. D Manuel de Faria en su Compendio de las Historias Portuguesas, 3 p. cap. 7.

ARRIMEMOS a David un Monarca Lusitano, valiente, y entendido, que sintiendo desobediencias, y desacatos de un hijo, le sea alivio a sus cuitas. Fue el famoso D. Dionis, Rey Sexto de Portugal, hijo de D. Alonso el Tercero, y de Doña Beatriz, hija del Rey Don Alonso el Sabio de Castilla. Diò desde su principio claras muestras de Principe famoso, pues apenas, por muerte de su padre, empuñò el Cetro, y se ciñò la Corona, a los diez y ocho años de su edad, quando comenzò bizarro a mantener la verdad, y la Justicia. No quiso que le governasse nadie, pareciendole desdoro de la Magestad, tener la voluntad sugeta a gusto ageno. Aun a su madre la Reina, con estimarla, y quererla, la privò de que mandasse. Fue el mas esclarecido Principe de aquel siglo, y que en paz, y en guerra triumphò de la embidia, y adquiriò tropheos: Adquiriò renombre de Padre de la Patria, y gozò de la Corona quarenta y seis años: Que aun quizà esta duracion fue causa, en parte de los desabrimientos del Principe su hijo. Fue en el casar tan feliz, que mereciò por lado a una Reina Santa, que fue la Infanta Doña Isa-

Isabèl, hija del Rey Don Pedro de Aragon, y nieta del Gran Don Jayme. Algo tratè de esto en mi primera Parte, en el titulo de *Mugeres Prudentes*; zelos, è inquietudes que ocasionò un chismoso, y que le permitiò el Cielo para lauro de la inocencia. Aun para epilogar las proezas de este Principe, era menester alargarnos mucho. Vealas en su Coronica el entendido, y escuseme aqui el ser molesto.

Coronado, pues, Don Dionis de victorias, y de hazañas, governaba en paz tranquila sus Estados, siendo el componedor, y el arbitrio entre Reales discordias, quales fueron las de los Cerdas con el Rey Don Fernando de Castilla, que vino a ser su yerno. En esta bonanza, pues, y en este sossiego, bien assi como nuestro David en su edad madura, passaba el Monarca Portuguès los ya cansados tercios de la vida, quando el Principe su hijo Don Alonso empuñò contra èl la espada. Accion bien desatenta, y que la pagò despues por los mismos filos. Porque desacatos contra un padre, y mas Rey, con que por dos titulos està en lugar de Dios, los castiga siempre el Cielo. La causa del desabrimiento, naciò de una emulacion. Tuvo Don Dionis, entre otros hijos bastardos a Don Alonso Sanchez. Este, pues, ya por lo agraciado, ya por lo cariñoso, se hizo tanto lugar en el pecho de su padre, que alzò con la Privanza. Que ay bastardos tan hazañeros, tan astutos, tan entremetidos, que se hacen idolatras. Reparò el Principe Don Alonso en el valimiento del hermano, y como la emulacion, en casos semejantes, sea tan natural, aun quando fueran ambos legitimos abrasado de la pena, comenzò a desfogar sus quemazones, ya con su madre la Reina, ya con sus amigos. Como el sentimiento era justo, por mas que cada uno procuraba divertirle, trabajaba en vano. Que a entendimientos capaces, en lo que llevan razon, poco aprovechan remedios contrarios para que no sientan. Este fue el principal pretexto que tomò el Principe para hacerse a los enojos, y darse por ofendido. Mas no ay duda, sino que tambien le picaba la ambicion de la Corona, y querer ser ya Rey, ò Governador por lo menos, bien assi como su tio el Rey D. Sancho el Bravo que pocos años antes usò en Castilla de las mismas mañas contra el Rey su padre Don Alonso el Sabio: lides, y rebelio-

nes que en mi primera Parte, en la segunda impresion, tengo escritas, y ponderadas. Remito allà al curioso, al titulo de *Principes Perseguidos* por ser Historia que quadra con este Assumpto. De suerte, que como el Principe Don Alonso se via ya tan hombre, y a su padre tan vividor, pareciale, que no avia de llegar tiempo en que èl reinasse. Como hallò, pues, portillo de vèr valido el bastardo, asiò desta ocasion, y revocò prudente la ambiciosa llama que le escarbaba el pecho. Primero, como he dicho, con secretas quexas manifestò su agravio, y quando considerò, que esto servia a cara descubierta comenzò a llenar las orejas de todos sus sentimientos. Muchos de los Grandes hicieron su razon, y le ofrecieron su ayuda para el menester. Otros mas leales le afearon el pretexto. Y neutrales otros, se pusieron a la mira, con ojo a ladearse adonde mejor soplasse la fortuna. La santa Reina Isabèl, temiendo la amenazada tempestad. Arbitrio entre padre, è hijo, comenzò con ansias, con suplicas, y ruegos, a oponerse a tanto daño: mas nada fue bastante para estorvar llegassen a las manos. Pintemos ello del modo que seria.

Era el Rey Don Dionis, demàs de ser Portuguès, que para pundonoroso, esto le bastaba, mui altivo, y mui entero, y con aquella magestad, que es bien que tengan los Reyes. Considerandose, pues, por una parte Rey temido, y respetado por otra parte de el Principe, en quien tenia natural dominio, tuvo a caso de menos valor, afloxar en su entereza, y dexar de hacer su gusto. Era al mismo tenor el Principe Don Alonso, descocado, y libre, joven tan brioso, que le parecia todo el mundo, quanto, y mas Portugal Reyno mui estrecho para obstentar sus brios. Y aunque el freno de vèr a su padre Rey, y anciano, le hacia assestar un poco, quando via, que un hermano bastardo gozaba el valimiento, soltaba la rienda a los desgarros, y escupia pesadumbres. Antes que se declarassen los bandos, y se empuñassen las armas, quando andaban como en embrion las quemazones, y enojos, cogiò el Rey al Principe a solas (que bien se puede presumir de las grandes diligencias de la Reina, por si cariños, ò amenazas de un padre podian convencerle) y haciendole tomar asiento junto a sì, le hablò desta manera.

Muchos dias ha que he querido hablaros, y temiendo à mis rigores lo he suspendido, por no desazonar el grande amor que os tengo, pues claro està, que quando llega a reñir un padre ofensas de su hijo, se le ha de assomar al rostro la colera, y pesadumbre. Por no llegar a estos lances he procurado dissimular, y vencerme, por vèr si mis silencios refrenaban vuestras sinrazones, y domaban vuestro orgullo. Pareceme que en vez de atrasar essos intentos vanos, y bolver los ojos a la razon, correis mas desenfrenado al principio, abanderizando a Nobles, y Plebeyos, y poniendolos en arma contra mi. No sè si lo crea, quando me miro padre, y me considero Rey. Mejor serà pensar que ha sido ilusion, ò fantasia. Rebelaros contra mi, aunque os huviera dado mucha causa, es borron, que es obscurecer a los timbres, y mancharà los trofeos: porque si revelarse un vassallo, es mancha que no se quita; revelarse un hijo como podrà soldarse? Mirad Alonso, que os estimo, y amo mucho, y serà acabar mi vida, veros contra mi desconocido, è ingrato. No ciegue vuestra razon, que yo quiera a vuestro hermano, quando en quererle no os hago agravio alguno, pues es mi hijo como vos, y quizà mas atento, y mas comedido. Para què es ultrajarle de ilegitimo, quando mereciera su madre tanto como otra la Corona? Para què es afrentarle con publicos denuedos, si es quebrarme a mi los ojos? En publico, ni en secreto no se os cae el bastardo de la boca, sin reparar, que es estarme dando en cara con mi flaqueza, y bolver a despertar muertas memorias. Dexad el bastardear, y ajustaos en lo que os digo, porque en hacer de otra suerte, echarè mano al rigor, y harè que sea el castigo mi despique. No apureis mi sufrimiento, ni seais motivo que se escandalice el mundo. No llore Portugal, lo que llorò Castilla con D. Sancho el Bravo, ni lo bravo que os dàn tambien por renombre, se manche con esta nota. Mirad à vuestra madre, quando a mi no me mireis, y haced por ella lo que no hicierais por mi. Atended a su amor, y al dolor que tendrà de vernos desabridos. No os digo mas por aora, pues a quien entiende, juzgo que esto basta, y no me deis por respuesta, sino silencio, y obrar.

Con razonamientos semejantes, no ay duda sino que el Rey,

Rey procuraria, advertido, y prudente, desvanecer, y extinguir aquellas humaredas briosas, y lozanas. Mas como la causa, que era el bastardo Don Alonso Sanchez, ya Conde de Alburquerque, esta no cessaba, antes se estaba mas en pie su valimiento, no sirvieron cosa alguna consejos, moniciones, ni amenazas. Irritòse mas el Rey, quando supo que el Principe, agavillando gente se hacia a las de a fuera. Enviò a prenderle, mas bolvieron los Ministros desairados, quedando unos mal heridos, y otros muertos. Ya entonces Don Dionis soltò la presa a las iras, y publicando al son de caxas estos desacatos, convocò a grandes, y pequeños en su ayuda. Siguieronle los leales con bizarria Portuguesa, con animo denodado. Al tanto, el Principe se hizo de mayores fuerzas, y saliò a campaña. Muchos encuentros de ambas parcialidades, puso primero a Lisboa en riesgo de perderse. Padres contra hijos, y al contrario, se guerreaban crueles, procurando cada uno, que prevaleciesse el rumbo que seguia. No cabiendo, pues, ya la intestina guerra en las calles, ni en las Plazas, se hicieron al campo todos, y tremolando Vanderas, se desafiaron a campal batalla. No una sino muchas veces, se llegò a este estremo, sin que ruegos de mugeres, ni lagrimas de doncellas, ni alaridos comunes, bastassen a estorvar muertes, y heridas. Solo la famosa Reina, mostrando en esta sazon el heredado valor de la sangre Aragonesa, y dexando a parte los melindres del recato, y aquella compostura que vive la santidad (que en casos semejantes tambien es virtud lo heroico) saliò tambien a la batalla, a ser montante de la paz, è Iris de tempestad tan cruel. Fuertes obligaciones la arrastraban el afecto de una, y otra parte. El amor del hijo voceaba a su cuidado. La obligacion del marido la tiraba toda el alma. Hecha fiel de balanzas tan iguales, sin saber a què parte ladearse, batallaban en su pecho los afectos. Por medio de los Reales cruzaba, y discurria muchas veces, proponiendo a cada uno con lagrimas, y ruegos, muchos modos para la concordia, muchas conveniencias para la paz: Ea, señor, le decia al Rey, ya conozco la razon que os sobra; ya miro, que es castigar, y no vencer, salir a esta batalla; ya considero, que es obligacion de padre, domar altiveces de hijos atrevidos, y ya veo, en

en fin, que cargado de justicia, os vocea el castigo de un hijo inobediente, y la venganza de los que poco fieles, le hacen lado. Ya veo todo esto, y que aunque hicierais a Portugal cenizas, no quedaràn despicados vuestros justos enojos. Pero señor, no he de poder yo mas que essa carga de razones? No han de valer mas mis ruegos, que vuestro despique? Las lagrimas que derramo, y las que vierte todo el comun, no han de montar mas que no un castigo? No atendeis que en el Principe apurais, y extinguis vuestra misma vida, pues siendo prenda tan del alma, por mas que aora con el enojo le negueis, si pereciere en la pelea, serà mataros a vos, viendoos sin heredero? No mirais, que en los vassallos, si se rompe en batalla, apocais, y destruis por ambas partes vuestras mismas fuerzas, con que los Reyes comarcanos se alegraràn, y os tendràn en poco, y el Moro, que està a la mira, se entrarà por vuestra casa? Reparad, por vuestra vida, en tanto inconveniente, y aunque quede en parte quebrada vuestra entereza, y desabrido vuestro pundonor, suspẽded por aora estos castigos, para que os deba mi amor, sobre deudas tantas, esta generosidad, y bizarria.

Apenas la Santa Reina dexaba templado al Rey con semejantes palabras, quando se bolvia al Principe, y le hablaba de esta suerte: Es posible Alfonso, que sabiendo lo que os quiero, me deis este disgusto? esta pena? este dolor? Contra vuestro padre, contra mi marido, y contra vuestro Rey, que es mas, empuñais la espada? En què barbaros Anales lo aprendisteis? Què hircania os ha criado? Què tygre os diò la leche? Què se dirà de vos donde llegue aquesta suma? Què dirà el Pontifice Romano? Què sentiràn los Principes de Europa? Diràn lo que ya visteis, y oisteis del Principe D. Sancho, pues siendo tan famoso, le obscurecieron los tymbres sus inobediencias. Mirad, que un padre, y un Rey, y mas quando concurre en una persona misma, es un Vice Dios en la tierra, a quien, sino adoracion, deben consagrar los hijos respeto, y obediencia. Quando fuera vuestro padre un desalmado, un hombre sin razon, y un barbaro que fuera, debiais, a fuer de hijo, reverenciarle por padre, y acatarle con respeto: Que para un Padre, y un Rey, no valen argumentos, de si es razon, ò no es razon aquello que ordena, obe-

de-

decerle solamente es la mejor razon. Siendo, pues, quien os diò el sèr, Rey tan esclarecido, tan ajustado, tan docto, tan estimado de el mundo, tan temido, y respetado, què razon podeis tener para estos desafueros? Ni quien sino los amigos de novedades, han de apadrinar vuestra demasia? Quien, si està desapassionado, ha de decir, que es mas que ambicion de mandar, y querer ser Rey, la causa que os mueve? Què importa que prive Don Alonso Sanchez, quando en lo que se interpone vuestro gusto sois el preferido? Què aveis pedido al Rey, que no se aya hecho? Què cariños, y agasajos no le aveis debido? Què juntas, ni què consultas se han hecho sin vos? Què oficios se han dado, sin que ayais tenido parte? Supuesto, pues, que estais convencido, de que os puede servir porfiar el ser ingrato, è iros a rebelde? Y quando faltar en todas estas razones, tan poco os debe el grande amor que os tengo, que solo por no verme en esta pena, en este conflicto, no dexareis las armas, y me hareis este placer? Ea, Alonso, no aya mas. Haced por mi esta fineza, embainad la espada, y no querais a mis ojos que se vierta tanta sangre. Donde no, estad advertido, que aveis de descargar primero en mi pecho las heridas, que ofendais à vuestro padre; porque a su lado me he de poner por arnès, ò por escudo.

Valieron tanto los ruegos, y razones de la Reina; que en el mayor incendio de las iras, bastaron a apagar las llamas. Quedòse suspenso Marte, y con igual atencion se deshicieron ambos campos, retirandose a su casa cada uno. El Rey, como tan Catholico, y a imitacion de David puso en las manos de Dios aquel negocio, valiendose de personas santas, y devotas, para que ayudassen su causa. Bien medio en los aprietos, acudir al Cielo por socorros; pero quando està en nuestra mano remediar el daño, remediarlo gusta Dios que sea medio. Assi sucediò aqui. Vivia en aquella sazon en Zaragoza San Raymundo. Pareciòle a Don Dionis seria acertado cōsultarle sus pesares: Interpuso para ello al Rey D. Jayme el Segundo, su cuñado, hermano de su Isabèl, y aviendo entẽdido el Santo la causa de aquella guerra, y de lo q̃ procedian los debates, satisfizo a entrambos Reyes con esta respuesta: *Quando el remedio de los daños està en manos de*

los

los hombres, no se ha de pedir à Dios. Y assi supuesto que Don Dionis, con la privanza de su hijo bastardo (bastando reconocer por hijo) inquietaba al legitimo, templasse aquella aficion, y tendria la paz que deseaba.

Al paladar del Principe saliò la consulta, bien que èl (claro està) no lo sabria, con que el Rey algo assustado, triste, y pesaroso, se hizo todo a la tristeza, y aun se echò a morir, viendo que su mucho amor del hijo idolatrado, era causa de tantos desabrimientos, de tantos daños, y muertes. Quitarle el valimiento al Infante, demàs de estorvarselo el amor lo hallaba dificultad, pues era quedar desairado, haciendo al hijo desaires. Sustentarle en la privanza, via el inocente de el Principe indignado. Lo que por esta parte venia à ser desahogo, era por la otra lastima, y dolor. Darle al Principe la victoria, lo juzgaba afrenta. No darsela, lo imaginaba agravio. Complacer a su deseo, era lo que queria. Hacer contra el sentir de San Raymundo, era lo que le atormentaba. Finalmente, en batalla tan cruel, en lucha tan penosa de afectos encontrados, sin acabar de resolver, bien que templado por entrambas partes, vino a acabar la vida en manos de la pena. Harto escarmiento puede ser este gran Rey, para muchos que por los mismos filos se dexan arrastrar de los afectos, poniendo con demasiado conato toda la mira en los hijos que les diò su incontinencia en el Matrimonio; siendo causa, como aqui se ha visto, de inquietudes, y disgustos. Escarmiente cada qual en lo que vè que le toca, y no se espante David que un hijo se le rebele, y le amenace la vida, si al cabo se ha de mirar victorioso, y el rebelde castigado. Consuelese con el Portuguès Dionis, pues en liza semejante feneciò la vida, sin despicar su enojo.

Autores desta historia San Antonin. c. 2. p. tit. 16 c. 1 Pau. Aemil. 1. Aymcyno l. 5. Alo. Granciusl. 2. hist. Saxo. c. 25. Pin. 3. p. l. 18. c. 19.

EXEMPLO QUARTO.

ALarguèmos la pluma a otros Reinos, y Provincias, para que hallemos en todas Exemplos de nuestro assumpto. En primer lugar, se nos ofrece un hijo de Carlo Magno, el Emperador, y Rey de Francia Luis, llamado el Piadoso. No arranque nadie esta Historia, que es la mas ajustada a nuestro David, en el caso en que vamos de Princi-

cipes rebelados a sus padres. Mirela el curioso atento, y verà en Luis otro segundo David, llorando desacatos, y remitiendo al Cielo las ofensas. Pauta Catolica a todo padre, y Principe Christiano, para acertar por sus lineas a ser padre, y ser sufrido. Muerto, pues, Carlo Magno, aquel Atlante Francès, que rotulò la fama por uno de los nueve Principes de los mas famosos que ha tenido el mundo; muerto, pues, le sucediò su hijo Luis en la Corona, y assimismo en el Imperio con renombre de piadoso. En la Ciudad de Rems, en Francia, recibiò la Corona, de mano del Papa Estephano, que avia ido desde Roma à pedir libertad para muchas personas nobles, que en diversas carceles dexò presos Carlo Magno, sobre los desacatos cometidos contra el Pontifice Leon, su Antecessor. Con mucha liberalidad otorgò el Emperador Luis quanto pidiò el Papa, demàs de averle cortejado con mucha grandeza, y aver usado con èl otras bizarrias. Muriò el Papa Estephano, con solos siete meses de Pontificado, y sucediòle en la Silla, Pasqual el primero, y el que primero sacudiò la cerviz de la opression tyranica de los Emperadores, sin cuya autoridad nadie podia ser electo, ni confirmado en Pontifice. De hecho, pues, y no contra derecho, tomò Pasqual el Timon de la Suprema Barca. Interpusieron sus quexas los Embaxadores del Emperador, alegando sus pretextos, de ser la eleccion nula, menos que el Emperador no la aprobasse. Satisfizo el Pontifice, que Principes tyranos, y ambiciosos se avian entremetido en lo que no les tocaba, y que sus Antecessores lo avian consentido, era por mas no poder, dissimulando con aquella pension por cerrar la puerta a mayores desacatos; pero que reinando Principes tan Catolicos como Luis, que tienen, y reverencian por Madre à la Iglesia Romana, no avia necessidad de esperar ceremonias intrusas, y mal atentas. Quadròle tanto al Christianissimo Emperador la satisfacion, y respuesta del Papa Pasqual, que no solo se diò por satisfecho, sino que en publica forma renunciò por sì, y por todos los sucessores, qualquier derecho, ò respeto que se huviesse acostumbrado tener con los Principes en las elecciones Papales. Hizose de esta renuncia un Decreto Canonico, que està en el cuerpo del Derecho. * Blason harto famoso de este heroyco Principe.

* Cap. Ergo Ludovicus dist. 63.

El-

Estas cosas, pues, y otras muchas benignidades que usò con sus vassallos, le dieron nombre de Pio. Manifestòlo mas, en hacer antes de su muerte Reyes a sus hijos, y adjudicarles Reinos, y Coronas. Notable desacierto, si hemos de seguir el rumbo de un Proverbio Español, harto donoso, mas verdadero harto: *Quien dà su hacienda antes de su muerte, merece que le dèn con un mazo en la frente.* Es muy natural en nuestro humano ser, la ambicion de mandar, tanto, que por esto muchos hijos les desean, y aun procuran las muertes a sus padres, de que cada dia se tocan con los ojos los Exemplos. Luego no serà cordura dàr armas a quien desea matar? Aun sin darlas, como digo, ay hijos aleves. Mirese en Absalon, pues sin tener mas que una Aldèa, y labranza para sustento, en que apenas avia cien villanos, y patanes, gente visoña toda, humeò en altiveces, convocò Soldados, y formò Esquadrones. Tanto como Luis, queria David a sus hijos, y aun no sè si diga mas; pero no por esto les diò armas, ni los puso en ocasion. Cosa notable, que aun a ninguno, teniendo tantos, y los mas de ellos jovenes valientes, no fiò jamàs el Baston de General! Era entendido, al passo que piadoso, y sabia, que un hijo con poder, le queria quitar al padre el Laurèl de la cabeza. A lo bueno, pues, (como decimos) à lo de padre, y a lo confiado, quiso nuestro Emperador mostrar su afecto. A Lotario, el hijo mayor, le hizo Rey de Italia, que es lo que ahora decimos Rey de Romanos, constituyendole en Cesar, para que sucediesse en el Imperio. Al hijo segundo, llamado Pipino, hizo Rey de Aquitania, que es Guiana, y Gascuña. Y al hijo tercero Luis, diò, con titulo de Rey, la Provincia de Germania, y Baviera. De suerte, que èl se quedò con lo restante de Alemania, y con Francia, donde ordinariamente tuvo siempre su Silla. Haviendo enviudado de su primera muger, casò en segundas nupcias con Judith, hija de Huelpho, Duque de Baviera, moza briosa, y de buena cara. De aqui asieron los emulos para hacer el tiro. Desdicha de la hermosura, achacarle demasias quando casa con un viejo. En fin, el Emperador estaba mui pagado de su muger, y contento con ella, quando los que no les iba nada, se daban por mal contentos. Tuvo en ella al quarto hijo, a quien puso Carlos, como al abuelo.

Con-

Contento, gozoso, y remozado, como dicen, con los alhagos de su Esposa, passaba el Emperador su anciana vida, quando comenzò a levantarse contra èl un monte de trabajos. Este fue el principio. Aviasele revelado Bernardo su sobrino, siendo Governador de Italia, con el calor que le dieron malos consejeros, diciendo, que como a nieto de hijo mayor de Carlo Magno, le tocaba la Corona. Que nunca a los traidores les faltan argumentos para honestar su traicion. Venciò el Emperador este rebelion, hasta que Bernardo, y los demàs conjurados se le echaron a los pies. Viòse la causa en juicio, y condenaronlos a muerte. El Emperador, a fuer de su natural, templò el rigor de la sentencia, contentandose con que a los mas culpados les sacassen los ojos, y a los demàs los desterrassen. Sentidos, pues, y cochurosos los castigados, en lugar de agradecidos, por despicar su dolor, y afrenta, incitaron a los hijos del Emperador, à Lotario, y Pipino, a que hiciessen armas contra el padre. A Lotario le dieron por causa averle desmembrado de su Reino el Ducado Forliviense. A Pipino, averle reñido su padre algunas acciones, con tanta libertad, como si fuera un pupilo. Y a los dos juntos, el estàr afrentados con la liviandad de la Emperatriz Judith, su madrasta, pues se decia publicamente, que andaba en malos tratos con el Camarero Mayor Bernardo, Conde de Barcelona.

Con estas cizañas, pues, con estos chismes, embelecaron à los mal contentos, a ambos Principes, para darse por injuriados, y rebelarse contra quien les diò los brios, dandoles su Corona. Cada uno por su parte juntò campo formado, y a vanderas tendidas se entrò en Francia. Echaron publica voz, que iban a mirar por el bien comun, y a quitarà su padre de delante de los ojos aquella afrenta. Hallabase el buen Emperador desapercibido, para poder resistir invasion tan grande, assi se estuvo quedo esperando el golpe. El Conde, y la Emperatriz viendo que los tomaban por causa de aquella maldad, llamandolos adulteros, sin fiar en su inocencia, se acogieron a Sagrado. La Emperatriz se encerrò en un Convento de Monjas, y el Conde tomando postas, se huyò à España. Diràn, ò pensaràn algunos, que con este hecho dieron cuerpo al mal rumor, pues con la fuga daban ve-

vehemente indicio de culpados. Y satisfago, què anduvieron cuerdos, poniendose en salvo hasta hallar ocasion en q̃ defender su fama, y soldar aquella nota. Ojala, que el Emperador, a imitacion de David, siguiera el mismo rumbo huyendose de la Corte hasta mejor fortuna. Con la gente leal, y noble que juntò su diligencia, saliò a buscar al Lotario el hijo mayor, y electo Cesar. Llegaron yà casi a darle vista, mas el Obispo de Rabena trabajò por esparcirlos, estorvando el rompimiento. Despues de muchos debates entre padres, è hijos, recados, y legacias de una parte, y otra, se vino a resolver el negocio en que juntasse Concilio, y en el se determinasse lo mas conveniente. En la Ciudad de Leon de Francia se hizo la Junta, presidiendo el Arzobispo. Casi todos los Vocales eran enemigos del Emperador, y si nuvo algunos bien intencionados, ò no les dexarian hablar, ò no harian caso de sus pareceres al modo que en el Concilio que se hizo contra Christo. En animos dañados, y que solo tiran a vengar su passion, poco importa que haya juntas de Prelados, y de Grandes, pues querer con capa de virtud rebozar el encono que abrigan en el pecho. Como quanto se hace en un Concilio ha de ser todo bueno, y santo, los que quieren baptizar sus malas intenciones, valen se de este pretexto para cumplir con el mundo, postpuesto el temor de Dios. Saliò, pues, decretado en el tal Concilio, dando por causa muchas afrentas, è infamias indignas de decirse, que el Emperador quedasse privado del Laurèl, y de el Reino. A la Emperatriz, y al Conde los dieron por infames. Y para el seguro de que jamas el Emperador iria contra esta sentencia, ni volveria a aspirar à la Corona, le obligaron a que tomasse el Habito de Fraile en el Monasterio de San Medrano, donde pusieron muchos Soldados de guarda para que no saliesse.

No repara el entendido en este baiben de fortuna? En este desacato? En este atrevimiento? Que se rebele un hijo contra su padre, y que procure ambicioso, ò cargarse con el Govierno, desceñirle el Laurèl, yà se ha visto muchas veces, como en nuestro caso de Absalon, y otros semejantes; y malo podemos decir que es, mas es passadero. Pero que haya hijos tan ingratos, tan insolentes, y atrevidos, que por mo-

modo judicial, y por sentencia, priven a su padre de la Corona, y de las Insignias Imperiales, dandole por indigno de la Mageltad, en què barbaros Anales està escrito? Ni por quien ha passado, sino por el buen Emperador Luis? En fin, que quiso, que no quiso, le obligaron a ser Fraile, quitandole a un mismo tiempo el Laurèl, la Corona, la muger, el Privado, y la voluntad, heridas todas de muerte en el pecho mas de bronce. Acudiò el piadoso Principe con los trabajos à Dios, y qual otro David, le pidio valor, y paciencia para tolerarlos. Nunca olvida Dios al triste, quando sabe hacer pecho a las desdichas, y ponerlas en su mano, y assi, despues de todos estos trabajos, afrentas, y desaires, le abriò camino para triunfar de todo.

Llegò a oidos del Papa Gregorio, que entonces gobernaba la Barca de San Pedro, la iniqua sentencia de los hijos ingratos, y rebeldes, y como Vicario de Christo, y Juez Soberano, la diò por nula; y el Arzobispo de Leon, como al principal de aquel Concilio, le privo del Arzobispado, Pena merecida de su ceguedad. Animòse la Nobleza, los Principes, y Señores que no havian sido confidentes en la conjuracion, viendo que el Pontifice arrimaba el ombro a aquella parte. Convocaronse, pues, todos, y ajuntando mucha gente, se pusieron en campaña contra Lotario, y Pipino. Combidaronles primero con la paz, con tal, que dexando su pretexto, se hiciessen al deber, restituyendo a su padre los Reinos, y el honor que le havian quitado. El mediador de estos conciertos fue el Obispo Drogo, hijo bastardo de Carlo Magno, hermano del Emperador Luis, y tio de los rebeldes. Este, pues, con consejos, y razones, y el Conde de Cabilonio con fieros, y amenazas (que todo es menester en estos casos) ajustaron la materia, con condicion, que haciendo nuevo Concilio, se votasse, y decretasse lo mas conveniente. Pensaban los rebeldes; que como en la passada, avia de tener juego para colorir, y llevar adelante su designio mas sucediò mui diferente de lo que pensaban, y saliò sentencia en favor de la verdad, que nunca olvida el Cielo al inocente. Pusose en su libertad al buen Emperador, sacandole de la clausura dōde le hicieron ser Monge. Restituyeròle su Imperio, Reino, y Estados, y assimismo la honra, volvien-

do

dole a su muger, y llamando de España al Conde de Barcelona, para que purgasse su infamia, a ley de Cavallero. Anduvo el Conde bizarro, pues despues de aver decho solemne juramento, que era falso testimonio lo que con la Emperatriz le avian imputado, desafiò en publicos carteles, señalando plazo, y dia a qualquiera que quisiesse defender lo contrario. No huvo nadie que saliesse a la demanda. Los mas deslenguados se quedaron mudos. Que es proprio de los que dan heridas con la lengua, no saber sacar la espada en la ocasion. Dieronse, pues, por falsos los rumores esparcidos. Volviòse el Emperador a su antiguo sossiego, y los dos hijos rebeldes, dexando su tesòn se volvieron a sus casas.

No se lamente, pues, ni se admire nuestro David, de que un hijo procure quitarle la Corona, y echarle de su Imperio, quando ay Emperador Christiano que experimenta, y passa por mayores cuitas, pues por haverles dado antes de tiempo Coronas a sus hijos, se le conjuraron ingratos, y le persiguieron atrevidos. Respeto de esto, es mucho menos el pecado de Absalon, porque èl se conjurò contra su padre, por ser Rey, y mandar, y estotros mandando ya, y siendo Reyes, quisieron quitarle a su padre la Corona. Absalon, en fin, perseguia por tener: pero estotros perseguian haviendoles dado mucho. Al uno escusaba, en parte, la ambicion de el mando; mas los otros, siendo Reyes, no tenian escusa. Paute, pues, David sus enojos, y disgustos por la lid de estos trabajos, y los hallarà mui llevaderos, pensadas las circunstancias. Y qualquiera de alta, ò menor esfera, que los repasse advertido, no haga brabaras, y despechos, si viere desobediencias por su casa, y que quieren sus hijos robarle lo que tiene. Armese de sufrimiento, y de cordura, y no estrañe novedad lo que ha passado por muchos. Y si en liza semejante quisiere salir victorioso, acuda solamente a Dios, y dexe passar la rueda. Si sus hijos le robaren, le persiguieren, y le encarcelaren, pecho a la fortuna, y dexarlo al Cielo, que en el mayor aprieto campan sus misericordias, se serenan las pluvias de trabajos.

No solo restituyò Dios al buen Emperador en sus antiguas honras, sino que quiso, que en su muerte dexasse tan

buen nombre, como tuvo en vida. Despues que les diò a sus hijos mugeres de su mano, señoras de mucha quenta (que con esto castigò sus ingratitudes.) Despues que a Lotario, que anduvo el mas rebelde, le perdonò nuevos desacatos. Despues que por complacer a la Emperatriz, que la amaba mucho, armò Cavallero a Carlos su hijo, y le coronò por Rey de Normandia, (Notable felicidad, aver hecho Reyes a sus quatro hijos!) Despues, en fin, de aver sossegado algunos alborotos de Aquitania, haviendo llamado a Cortes en la Ciudad de Vvormacia, cayò en la cama enfermo mostrando el Cielo, con Cometas, y señales, que se acercaba el fin de tan heroico Principe. Eclipsòse el Sol al tiempo de la dolencia. Caso notable, y mui marabilloso, sentir en su modo el Sol, y arrastrar luto por la pèrdida de un Rey! Dispuso al punto las cosas de su alma. Perdonò mui de corazon todos los desacatos, y agravios de sus hijos. Hizo hacer un inventario en su presencia de las joyas, y preseàs de su recamara, y fuelas distribuyendo a las Iglesias, y a pobres. Los Arzobispos de Treveris, y Maguncia, y su hermano Drogo, Obispo Metense, su Capellan Mayor, le assistian siempre a la cabecera. Cada dia confessaba, y comulgaba con suma devociò. Siendo cosa prodigiosa, que por quarenta dias continuos, no recibiò otro manjar sino el Santissimo Sacramento: Domingo a veinte de Junio, corriendo los años de ochocientos y veinte, diò su alma a Dios, despues de aver oido Missa, y comulgado, quedando su rostro alegre, y levantado al Cielo. Estas buenas muertes acobardadas, y dulces, guarda Dios para aquellos que toleraren piadosos, y sufrieren como padres desacatos, y traiciones de sus hijos.

EXEMPLO QVINTO

Autores desta Historia. Sus pinián. Joã. Paleol. Pined. en su Monarc. 5. p. li. 22. ca. 35. y 36.

MVi de caida andaba el Imperio Griego, y mui triunfantes las armas de Amurates, quando el Emperador Juan Andronico Paleologo, tan medroso de sus victorias del Turco, como de atento a las obligaciones de Christiano, se le diò por mui su amigo; tanto, que no solo le embiaba algunos de sus hijos para que se criassen en su Palacio (bue-

(buena escuela de Mahoma para destetar a Principes) sino que le ayudaba con gente, y con su hijo mayor por Capitan en las guerras que hacia contra los Fieles. Desdicha q̃ tambien la llorò algunos años nuestra España, y ruina la mayor que puede venirle a un Reino! Fue Amurates el primero, el Principe mayor, y mas feliz en victorias, que ha tenido la Casa Othomana.* Ganò casi todas las Provincias de Tracia, y Macedonia. Hizo a Adrianopolis Cabeza de su Imperio, haviendo sido antes sufraganea de Constantinopla; Fue varon excelente en paz, y en guerra. A los Christianos que cautivaba, los dexaba en sus cargos, y en sus honras, con q̃ ganandoles las voluntades, se hacia mas señor de ellos. Con esta maña y ardid, adquiriò la amistad de nuestro Emperador Griego. Como tuviesse, pues, noticia que en Asia se havian revelado algunos Turcos, atravesò el Helesponto, y llegò a Missia, donde en batalla campal venciò, y castigò a los rebeldes: Dexò en el interin por Governador de lo de Europa a Sauces, su hijo mayor: Este, pues, ambicioso del Laurèl, tratò de rebelarse contra el padre, y comunicò su intento con Andronico, el hijo mayor tambien del Emperador Paleologo. Como se hallassen ambos señores de las armas, pareciò es cosa facil levantarse con el señorio, y quitarles a sus padres la Corona. Assi como lo pensaron, lo pusieron en execucion, aviendo precedido reciprocos juramentos de ayudarse uno al otro.

*Othoñ hombre villano; fue la Cabeza del Imperio de los Turcos, y de el tomarõ todos los demas el apellido Othomanos.

Turbose el Emperador con estas nuevas; y acorralandose en Constantinopla, viendose sin fuerzas, le despachò a Amurates los avisos, con toda diligencia. Bufaba el Barbaro de corage, por verse tan apartado, y no poder con la priessa que el quisiera, castigar la maldad. Escocido, pues, y lleno de sentimientos, respondiò al Emperador, cargandole la culpa a su hijo Andronico de aquellos levantamientos; pero que se fuesse a la enmienda, castigando cada uno la parte que le tocaba, y que avia de ser el castigo sacarles a ambos Principes los ojos. Consintiò el Emperador en la condicion, y comenzò a juntar la gente que pudo, para engrossar el Exercito del Turco, que a grandes jornadas marchaba desde Asia para Europa. Sabia, a Ley de buen Capitan, lo que vale la diligencia en estos lances. Llegò, pues, a Grecia, con el

mayor poder que pudo prestarle su cuidado, y sabiendo que los rebeldes estaban en su Campo cerca de Constantinopla, enderezò alla la marcha, y en un Lugar llamado Apricrido se pusieron frente a frente. Entonces el Barbaro como tan astuto, puesto a cavallo en una eminencia, donde podia ser oido de las gentes de su hijo, les hizo un razonamiento de esta forma.

Lastimado, a fuer de padre, al passo que sentido, quiero (ò hijos mios!) antes que se esgriman los aceros, y se encienda la batalla, aconsejaros lo que os està mejor; porque si acaso quisiereis sustentar vuestra porfia, no os quexeis de mi, de que no os he brindado con el perdon, y la paz. No sè yo què causa os pueda aver movido para quitarnos la Corona al Emperador, y a mi? Pues ni Paleologo ha sido esquivo con el Principe su hijo, pues le hizo su General, ni Sauces puede tener quexa de mi, pues le dexè en el govierno. Vosotros los que seguis, y apadrinais sus designios, menos podeis estàr quexosos, de quien os ha tratado, y estimado como a hijos, no como à vassallos. O si no, decidme, si ay alguno que no haya merecido mi cariño, y experimentado mi llaneza? Quien, por desvalido que fuesse, no mereciò mi amparo? Con quien no reparti lo que adquiria? Què pagas se negaron a ninguno? Pues si mis tratamientos han sido tales, quien os incita a tan malos miramientos, como volver las armas contra vuestro padre, y Señor? No veis que irritais al Cielo con estas demasias? No atendeis que buscais vuestro precipicio? Y q̄ os echais a la muerte? La razon, y la justicia, que està de mi parte, no representa el temor delante de los ojos? Si temeis mi indignacion, y mi castigo, yo os empeño mi palabra de dar perdon general. Con los brazos abiertos os recibirè enmendados. Aun al Principe, causador de estos daños le concederè la vida, y solo como a rapaz le darè un leve castigo. Esta gracia, y este partido os ofrezco, sino quereis admitirlo, y quereis obstinados sustentar vuestra rebeldia, apercebios a mis rigores: Empiecese la batalla; travese la lid sangrienta, y una vez ensangrentados, ninguno espere de mi sino la muerte.

Con palabras semejantes fue el Barbaro poderoso a amilanar los animos rebeldes. Entrò cada uno en cuenta consigo,

sigo, vieron que contra conciencia seguian aquel rumbo, consideraron, que el Principe tenia menos poder que Amurates tenia sobornada la fortuna, y demàs a màs estaba hecho de doblada gente, que era precissò quedar vencidos, ò muertos. Consideraciones, ò miedos que bastaron a hacerles mudar de parecer. Lo mesmo passaba en los Reales de Andronico, y asi aquella noche a qual mas podia, dierõ todos a huir, unos a sus casas, otros al campo contrario. Quedaronse los dos Principes sin gente, y aun desamparados de los mayores amigos. Ojo al escarmiento. Para hacer contra razon, nadie fie en amistad, que a una voz de la justicia el mas allegado tiembla. Viendose, pues, solos, y en medio del peligro, cada uno se hizo tambien a la fuga con los que mas confidentes siguieron su derrota. Sauces se huyò a Didimotico: fuele su padre al alcance: echò el cordon à la Plaza, conque le traxo por hambre a la melena. Diòle por castigo, que le sacassen los ojos, que era lo que avia pactado con el Emperador, al qual avisò de que hiciesse lo mismo con Andronico. No se atreviò Paleologo a hacer otra cosa: diòse diligencia en asir al Principe, que descarriado con alguno de los malos Consejeros, andaba de Pueblo en Pueblo, buscando asilo. Cogiòle, pues, à las manos, y sentenciòle a que le quemassen los ojos, mas que no se los sacassen: piedad poca al parecer, en un padre, y harto nociva como veremos despues. Que ay piedades de tal data, que dañan a quien las usa. Quien se revela a su padre, y a su Rey, merece todo castigo. Usar con los tales de clemencia, es dar armas contra si. Si el ser hijo mueve a piedad, venzala verle traidor inobediente. En cerdeando un hijo contra los fueros paternos, el remedio es lo que importa. Mas vale q̃ llore el amor por castigar a su sangre, que no se pierda un Reino sufriendo a su hijo rebelde. Casos como estos, remitirselos al Seneca de España, al gran Phelipe Segundo, Monarca esclarecido, que el dirà con la prudencia, que se atajan estos daños. Ya me entiende el entendido. Esto basta, que no es esta materia para todos.

Con aceite hirviendo le quemaron a Andronico los ojos con que quedando ciego, allanaron las altiveces, y los briosmas no por esto sacudiò el encono que abrigaba el pe-

cho. Siempre fue depravada la intencion contra su padre, y assi lo manifestò en los hechos, quando la ocasion le abriò camino. Fue la primera vez, quando el Emperador se halò restado en Venecia, por los tratantes que le havian dado dineros para ir a Italia, y a Francia, a buscar socorros contra el Turco. Que a tanto como esto llegò la desdicha del Paleologo, a verse presso por deudas. Despachò, pues, à Constantinopla, pidiendole al Principe su hijo que le socorriesse, que al parecer, aunque ciego, le dexò con el gobierno por su ausencia. Anduvo Andronico tan desatento, y tan desmesurado, que le embiò una respuesta, qual pudiera un Turco: Que se remediasse por otra parte, porque en lo Eclesiastico, ni en lo secular no havia camino para socorrerle. Mas leal, y mas piadoso anduvo Emanuel, hijo segundo del Emperador, que governaba la Ciudad de Thesalonica. Este recogiò todo el dinero que pudo, y fue en persona a Venecia a desempeñar a su padre. Cumpliò con su obligacion, y notòse con mas fuerza en Andronico la mancha de ingrato, lunar el mas feo que puede tener un noble.

Muerto Amurates en el campo de Coboso, donde, aviendo vencido a los Tribalos, un pobre Soldado, que iba huyendo, le atravesò con su lanza (que muerte tan infeliz le acarreò la fortuna a Rey tan afortunado!) Eligieron todos los Satrapas por su señor, y Rey a Bayaceto su hijo.* En este tiempo Andronico recobrò la vista, que como el azeyte que le echaron en los ojos no debia de ir mui ardiente, no hizo su efecto el cauterio. Sabiendo, pues, que por sus ingratitudes trataba el Emperador su padre, que le sucediesse en el Imperio Emanuel su hijo menor, y dexarle a èl desheredado de la Purpura, tratò con sus amigos de revelarse segunda vez, pidiendo los socorros al Gran Turco Bayaceto. Esta fue la enmienda que sacò del castigo, y esta la gratitud que diò al Cielo de la recobrada vista. Neutral de malas mañas, por maravilla las pierde; y assi suele ser desacierto usar con estos tales de piedad. Si su padre le hiciera sacar los ojos, y no darles el colirio del azeite, no tomara mayores brios la maldad, para cometer mayores desafueros. Escarmiente todo Rey en esta historia, y a inobediencias que saben a rebelion, echeles la segur, no las unja con azeite. A yerros se-

* Bayaceto, ò Payaceto, es todo uno

me-

mejantes, cautericelos con yerro. Imitar al Español Fernando, y no al Griego Paleologo. Aconsejado, pues, de sus amigos se fue el Principe Andronico a Bayaceto. Coloriòlo mejor que pudo sus maldades, y quexòse del riguroso castigo que hizo su padre con èl, acotando por prueba de su inocencia, aver recuperado la vista. Informòle assimismo del agravio que se le hacia en adjudicarle el Cetro a su hermano menor, quando a èl se le debia de derecho, y en consequencia, le suplicò le ayudasse con quatro mil Cavallos, y que en remuneracion, si conseguia la empressa, y se apoderaba del Imperio, le pagaria cada año un gran tributo. Pondria por Justicia Mayor en Constantinopla el Turco, que èl nombrasse, y le ayudaria con sus gentes en las guerras que hiciesse. No hiciera mas oferta un renegado. Mas quien contra su padre empuña la espada, que no hara?

Alborozado admitiò Bayaceto el partido, y condiciones viendo la puerta que se le abria para ser Rey de Christianos Generoso, y liberal lo diò a Andronico el socorro que pedia, y èl diligente, sin dar treguas a que le callassen los designios, tomando sus quatro mil Cavallos, y heciendoles comboy, y la demas gente que tenia prevenida, se entrò sin resistencia por Constantinopla, ardiendose la Ciudad de una intestina lid. Lo inopinado del caso, turbò los corazones, y amedrentò los brios. El impetuoso tropèl, y la algazara Turca, fue avassallando, y rindiendo quanto topò delante. Retiraronse el Emperador, y su hijo Emanuel a la Fortaleza, mas cargaron sobre ella tantas armas, pue por no acabar en ellas, huvieron de rendirse. Viendose, pues, Andronico, prisioneros suyos a su padre, à su hermano, en vez de lastimarse de su desgracia, y de templar el rigor, à vista del infortunio, se hizo mas a lo cruel, y mas a lo barbaro. No se contentò con encerrarlos en una torre, sino que en lugar de grillos, los metiò en una jaula de madera, porque qual pajaros de la India, en vez de gracejos cantassen lamentables soliloquios. Quatro años los tuvo assi enjaulados. Notable inhumanidad! A fuerza de ofertas, de persuasiones, y ruegos, recabaron del Alcaide la soltura, dandoles instrumentos con que romper aquel artificio, y enrejado infausto. Huyerõse al mismo Bayaceto, a informar de su justicia-

y entendidos de que el Barbaro se inclinaba interesar a la mayor conveniencia, ofrecieron de pagarle doblados los tributos, con que les restituyesse el Reino, y la Corona. Negociaron bien por este camino, aunque con harta ignominia de el nombre Christiano, ques sujetaron a infames condiciones. Pagar treinta mil ducados cada año, fue lo mas honesto. Sujetarse a assistir en la Corte del Turco, y darle cada Verano la gente que pidiesse para sus guerras, aun contra los Fieles mismos, fue vileza notable ! A este estado, a esta desdicha, a esta miseria, vino a reducirse el Imperio Griego à ser su Emperador como Escudero del Turco.

Con beneplacito, pues, de los Ciudadanos, diò Bayaceto la investidura Imperial a Emanuel, hijo segundo de Paleologo, viniendo el padre en ello, y despojò del mando al rebelde de Andronico, mal hallado, y mal avenido con los Imperiales. Como Rey de farsa se quedò con el Turco a comer de sus migajas. Justo castigo de las inobediencias, y exemplo memorable, para que todos los Principes aprendan escarmientos. Los que siguen las pisadas de Absalon, a imitacion de este Andronico, reparen en los fines desdichados y tristes a que los arrastra su inobediencia. Sirvales de freno a su orgullo altivo, vèr criado de un Barbaro, sustentado à sus expensas, quien ceñido de Laurèl, se viò Rey de tanto Imperio. Y sirva tambien de alivio a nuestro David, verse mas afortunado que Paleologo, pues aunque a pie, y descalzo saliò de su Corte, huyendo los rigores de su hijo, ya por lo menos no se viò en sus manos, ni experimentò en prisiones de una jaula tan malos tratamientos.

EXEMPLO SEXTO.

REinaba en Inglaterra Henrico Segundo, bien nombrado, y conocido en las Historias, no tanto por su Potencia, quanto por haver sido el perseguidor de Santo Thomàs Arzobispo Canturiense. En el tiempo, pues, que tenia el Santo desterrado en Francia, por no haver assentido a sus decretos injustos, tratò de jurar por Rey a Henrique su hijo mayor. Juntò para el caso Cortes en Londres, de uno y otro estado Eclesiastico, y Seglar, y con mucha grandeza,

y aparato se hicieron las ceremonias. El Rey mui alborozado de ver al hijo con las insignias Reales, y de lo bien que representaba la Magestad, hizo para cumplimiento de la fiesta un solemne combite a todos los Prelados, y Grandes de su Reino: y para mas honrarle, èl mismo le sirviò el plato primero, poniendo en cabecera de mesa al Principe coronado; cosa que llenò de admiracion à los circunstantes, y mas quando repararon en la mesura, y pundonor con que el Principe rapaz se dexaba servir de su padre, y de su Rey. No pudo sufrirse, ni dissimularlo el Arzobispo de Yorca Rogerio, que le avia coronado, y con un placer fingido, le dixo: En verdad, señor, que podeis blasonar de feliz, pues no sè yo que haya Rey que se dexe servir de sirviente tan poderoso como vuestro Padre. Fue decirle en esto, que podia haver andado mas atento, y mas cortes, en no permitir aquellas urbanidades escusadas de quien le ceñia el Laurèl, y le daba el Cetro. Pero el Principe altivo le respondiò desdeñoso; y descocado. No teneis, que admiraros de que mi padre haga este cortejo, quando por ambas lineas me ilustra sangre Real, y a èl solamente por madre le toca esta grandeza. Turbado quedò el Arzobispo con tal respuesta, y el Rey, que lo oyò, se quedò tan cochuroso, y tan sentido, que dixo al oido al mismo Arzobispo, que estaba mui pesaroso de aver puesto la Corona, en quien tan niño, muchacho descollaba en altiveces. Pero no se admire Henrique de que su sangre misma se le atreva, y le desprecie, quando la sangre de un Martir, muerto por su causa, pide a voces al Cielo recompensa.

Acabada la Coronacion, y despedidas las Cortes, como huviesse sobrevenido la muerte del Arzobispo S. Thomàs, à quien en su misma Iglesia quitaron la vida quatro hombres malvados, de aquellos que por ir al paladar, y gusto de sus Reyes, emprenden atrocidades, se levantò contra el Rey un torbellino de lides, y desastres. El Rey Luis de Francia su consuegro, se diò por agraviado de que en la Coronacion del Principe no huviesse sido coronada juntamente su hija Margarita, casada yà con èl. Embiòle una embaxada, tan llena de quemazones, y amenazas, que tuvo por bien Henrique passar en persona à Francia a quitarles los

eno-

enojos, y satisfacerle. Y esto apenas concluido, fue acusado delante del Pontifice Alexandro, de el sacrilegio cometido contra el Arzobispo Thomas. El mismo Rey de Francia, dicen que anduvo en ello, como amigo del Martyr. Grandes diligencias hizo el Rey para purgarse de esta acusacion. Muchas muestras diò de aver sentido la sacrilega maldad, y no aver sido consintiente de la culpa. Con todo El Pontifice embiò dos Legados a Inglaterra, a averiguar la causa. No pudo probarse sino con presumpciones, è indicios, conque huvieron de absolverle: si bien se le impusieron algunas penitencias, de aver de assistir con su persona, y gente a la guerra de la Tierra Santa, y tributar mas reverencias, y obsequios a los Eclesiasticos. Todo lo prometiò el Rey, y demas a mas hizo otras demostraciones de fino penitente. Desnudo, y descalzo, y derramando lagrimas, se fue al sepulcro del Santo, demandandole perdon de su delito. Con todo, no se aplacò el Cielo, sino que quiso embiarle mayor azote, levantandole contra el su mismo hijo el Principe jurado. Justo juicio de Dios, que le anduviesse inquietando, y echando de su casa un hijo suyo, en pago de que siendo èl hijo de la Iglesia, traxo tan a mal traer desterrado, acosado, y perseguido a un Padre Espiritual, a un Arzobispo Santo. El modo como passò fue de esta suerte.

Avia quedado mui picado, como queda dicho, el Rey de Francia Luis, de que en la Jura del Principe Henrique su yerno, no se hiciesse mencion de su hija Margarita, y no obstante que el Rey Inglès havia yà enmendado este descuido, ò este desaire, haciendo que ambos los jurassen, y coronassen segunda vez en Vintonia. Con todo, el Rey Luis tratò de despicar su enojo, aconsejandole al Principe que se alzasse con la Corona, accion que ya le honestaba el verse coronado. Ofreciòle todo favor, y ayuda para el caso. El Principe, que como yà vimos, era de su natural altivo, y descocado, no huvo menester que le atizassen mucho, quando todos sus deseos eran de ascender al mando. Fueron los principios, dar quexas contra su padre, porque no le daba las expensas necessarias para portarse con la grandeza, y pundonor de Principe Jurado. Verse a esto mal satisfe-

cho

cho, le abochornò el orgullo, y quitandole la mascara à recato, embiò a decirle a su padre, que le dexasse el Reino pues ya era suyo. Notable desverguenza, y ingratitud digna de todo castigo. Que le pida un hijo a un padre los bienes tranversales, ò maternos, que le dà el Derecho, aun es desacato, quando el padre, ò los administra bien, ò necessita de èllos. Pero pedirle en vida el vinculo que es del padre porque para su seguro se le haya traspassàdo a su cabeza, es de infames hijos, y de bastarda sangre. Mas si son castigos del Cielo, como los de David con Absalon, que hai sino hacer pecho a la fortuna, y tolerar con prudencia naturales sentimientos. El viejo Rey le embiò a reñir al hijo la rapazada, y sabiendo que se retiraba a Francia por socorro, despachò Embaxadores al Francès, pidiendole con ruegos, y cariños, que atendiesse a la razon, y castigasse aquellos atrevimientos, pues no era justo, que mientras èl viviera, se llamàra su hijo Rey. Como parte apassionada respondiò el de Francia, que no havia mas Rey de Inglaterra que su yerno, pues ya se le avian cedido todas las acciones, y derechos. Abochornados, y escupiendo pesadumbres, escaparon los Embaxadores con la respuesta. Sintiòlo su Rey, como puede pensarse, y comenzò a juntar gente para la defensa. Quien havia de aliviarle estos enojos, que era su muger la Reina Doña Leonor, fue quien se los diò doblados. Estaba, dicen zelosa, de que el Rey, ladeado àzia otros gustos, la hacia mui poco lado. Por despicar, pues, sus zelos, atizò a sus hijos para que guerreassen al marido. Con el calor, pues, de la madre, y del Francès, se hicieron a la parte del Principe su hermano Ricardo, Duque de Guiana, y Gaufredo, Duque de Bretaña (que estos Estados les avia repartido el Rey su padre.) Coligados, pues, los tres, con otros muchos señores Ingleses, y con el Rey de Escocia, y con el Conde de Flandes (que jamàs a un rebelde le faltan mal contentos q̃ sigan su partido) tuvieron sus hablas en la Ciudad de Parìs siendo el Frances el principal Protector de aquella liga. Juramentados, pues, todos de no desamparar al Principe Henrique, hasta dexarle apoderado del Reino, dieron al aire los tafetanes, y salieron a campaña con bravo denuedo, y mucha valentia.

Vien-

Viendo el Rey tanto mal amenazado, y tantos coligados enemigos, domesticos, y estraños, juntò todas sus fuerzas y como buen Soldado, dividiò su campo en trozos, y acudiò a un tiempo a todas las partes donde le llamaba la necessidad, y el riesgo. Derrotò al de Escocia, que se havia entrado por Nuthumbrin. Venciò assimismo en el Estado de Bretaña a Hugon, y a Roduifo, rebelados, y en Inglaterra el Conde de Cornualla, su General, desbaratò, y prendiò al Conde de Lecestria, General del Principe, y estando puesto el Frances sobre Vernolio, se confrontò con èl, y le hizo escapar huyendo. De suerte, que en todas las refriegas, y combates saliò el Ingles victorioso. No ay que maravillar, porque tenia justicia, y sabia menear las armas, que estas dos cosas juntas hacen valientes, y ganan las victorias. Movido de esto, quiso el Rey de Francia venir a medios, y que se hicieran paces. No debieron de ser las condiciones a gusto de el ofendido, con que escaparon peores, mas enemistados, y escocidos. Vueltos a las armas, llevò el Frances lo peor, pues en sola una batalla le mataron diez mil hombres, y tomarō otros tantos prissioneros. Al de Escocia, que havia vuelto sobre Nuthumbrin, le derrotaron tambien, y quedò pressso. Harto rebès de fortuna, para una Magestad, verse en manos de su competidor, y expuesto a todo desaire! Con la atencion, y debido miramiento le tratò el Inglès, no obstante que su enojo, y sentimiento era mui justo; porque los Reyes que son de noble sangre, sienten la caida de su igual, aunque sea su enemigo, considerando prudentes, que puede sucederles otro dia desastre semejante. Sea dechado de todo nuestro invencible Emperador Carlos Quinto, quando viò prissionero suyo al Rey Francisco de Francia, que al passo que se holgò del vencimiento, al mismo passo se hizo al dolor del vencido.

En tanto, pues, que el Rey andaba arrastrando triunfos fuera de la Isla, no se dormia el Principe su hijo, antes ayudado de sus aliados, se entrò por Inglaterra, haviendo embarcado en Gravelingas, y fue tomando muchas Plazas de importancia. Con toda la prissa que le llamaba el cuidado, acudiò al socorro el viejo. Entròse en el Reino como por su casa, y apretò tanto a los Capitanes, que seguian la voz de

del Principe, que los postrò à sus pies, pidiendo misericordia, quales fueron Hugon Bigoto Roberto Ferrisco, y Rogerio Monibrayo. Diò luego tras de Ricardo su hijo, à quiē como diximos, havia dado el Ducado de Guiana, y amansòle los brios de tal suerte, que pidiendo perdon se le entregò rendido. Recibiòle el Rey con afabilidad, y blandura, y embiòle a Francia para que redux[e]sse al Principe [illegible], y aconsejasse al Frances, como al primer movil de aquellos levantamientos, se dexassen ya de guerras, y que abrazassen la paz. Anduvo el Infante mui vivo en este negocio q̄ se hiciessen assientos de concordia, con condiciones honestas; que fueron las principales, que diesse el Rey al Principe la ayuda de costa competente, para obstentar su grandeza. Mientras se efectuaban estos tratos, prendiò en Londres à la Reina Leonor su muger, por haver sido la que à fuer de zelosa, y vengativa, havia alborotado a los Infantes. Con las pazes se sazonaron tambien estos disgustos, si bien el rescoldo de la ofensa para con el Rey, y de los zelos para con la Reina, humeaba a cada passo, y avivaban rencores, y pesadumbres. Como sea malo de curar un animo ambicioso, no sossegaba el Principe Henrico en la altura, que nuevamente el Rey le havia puesto. Aquello de no mádar le traia disgustado, ya que con las armas, y la cara descubierta no havia podido conseguirlo, quiso mas a lo traidor lograrlo. Intentò matar al Rey su padre. Què no hara la ambicion? Su mesmo Camarero, sabedor de los intentos, diò cuenta al Rey de lo que passaba, y viendose el Principe descubierto, vengò su enojo en la fidelidad del criado, y purgòle, como pudo, de su intentada maldad. Dissimulò el Rey para lo publico, mas previnose de mas guarda para su persona.

Yà repararà el curioso en lo felices que le suceden a este Rey los casos, pues aunque guerreado, y perseguido de su hijo; sale siempre victorioso. Mas adversa parece que havia de serle la fortuna quando se le ocasionaban estos desastres, como a perseguidor del Santo Arzobispo. Pero satisfacese al reparo, con que los castigos de Dios van mezclados con la clemencia, quando el castigado se muestra arrepentido de su culpa, y llora lastimado su delito. Harto exēplo,

plo, y harta prueba nuestro David, a quien ya que por sus yerros embiò el Cielo trabajos semejantes, rebelarsele Absalon, con otros allegados, y hacerle salir huyendo de su casa, le diò al fin de las lides la victoria, porque previno la cura lloroso, y penitente; supo curarse en salud, como à decimos. Assi este Rey Henrique, quando viò sobre sì amenazada la tempestad del rebelion; sus tres hijos contra èl, muchos Grandes conjurados; el de Francia, y otros Principes dandoles ayuda: Considerando prudente, que eran castigos de su sacrilegio, hizose a la penitencia, y llamò lloroso a Dios. Hizo un acto tan heroico, como raro, y digno a mi ver de esculpirse en bronce, porque todos los Reyes le lean y repassen. Fuesse, pues, un dia al Monasterio donde estaba sepultado el Santo Martyr Thomàs, y desnudandose la Purpura, y cubierto de lagrimas, y llanto, se postrò ante su Sepulcro, demandandole perdon, con voces, y gemidos penitentes. Entròse luego al Capitulo de los Monges, y postrado en tierra delante de todos, dixo tambien su culpa, y a fuerza de importunaciones, y de ruegos, hizo que le azotassen por su orden. Què mas hiciera un Recoleto Novicio? Ni de què Rey Penitente se cuenta tal humildad? Por esto, pues, como se lo revelò Dios a vn Santo Monge, le suavizò los trabajos, y le hizo salir triunfante de sus enemigos. Harto dechado para que los Principes aprendan a saber ganar victorias. Con la cura de las culpas, con lagrimas de arrepentimiento se vencen las batallas; con desenojar a Dios, se rompe con los peligros. No solo saliò Henrique victorioso de sus adversidades, trayendo a la melena a sus contrarios, sino que por fin, y postre alcanzò en dias al Principe su hijo. Permission Divina, de que no heredasse la Corona quiẽ contra razon, y justicia se la quiso ceñir antes de tiempo. Muriò, pues, el Principe rebelde, sin dexar sucession en Margarita, con que quedò libre el Rey, para aplicar a otro hijo el Cetro, y la Corona. Consuelese nuestro David, con que ha havido Rey Inglès, que le siguiò penitente, ya que su ambicion le hizo andar errante, y escarmienten Absalones en el mozo Henrique, para no usurpar a sus padres el derecho, porque vendrà la muerte, y cortarà en agrazado el orgullo.

Accion mas heroica de humildad que ha hecho Rey ninguno.

EXEM-

EXEMPLO SEPTIMO.

Corone ya nuestro assumpto un Principe de Escocia, que contra el Rey su padre desembaynò las armas. Reinaba en aquella Provincia Jacobo Tercero, por los años de mil quatrocientos y sesenta, y quando por verle mucha-cho, y en poder de tutores, se le rebelaron algunos Gran-des, como fueron, el señor Boyd, cuñado suyo, casado con su hermana, y Donaldo, gran caudillo de gente foragida. Ambos tuvieron mal fin. El de Boyd, huyendo a Inglaterra, y a Toscana, fue muerto a puñaladas por un particular, que le hallò con su muger. Donaldo acabò loco; castigo quizà por los sacrilegios que hizo en el Condado de Drolia, ro-bando los bienes del Templo de Santa Brigida, y quebran-tandole su inmunidad, pues no les permitiò gozassen de su fuero al Conde, ni a la Condesa, que entraron a ampararse de sus Aras. Bolviò la Santa por la honra de su Iglesia, pues aunque le pegaron fuego por tres veces, no hizo operacion la llama. Muchos de los que se embarcaron con el robo, fue-ron tragados del Mar, y los que escaparon libres, restitu-yeron al Templo lo que avian robado. Al traidor Donal-do le llevaron sus amigos ante el Altar de la Santa, suplican-dola por su salud, y que alcanzasse de Dios le bolviesse su juicio. Con un raro prodigio parece que respondiò la San-ta, que no avia lugar, y fue, que como huviessen encendi-do muchos blandones, y hachas, para con mas decoro hacer su suplica, en un instante, de vermejas, se tornaron negras, quedandose los que las llevaban atonitos, y pasmados; y pa-ra memoria del prodigio, las colgaron en la misma Iglesia, donde al cabo de muchos años, afirma averlas visto Hector Boecio. Este caso avian de mandar los señores Obispos se es-criviesse con letras de oro en la fachada, y puertas de cada Iglesia, para que leyessen, y notassen todos aquellos, que des-acatados sacan de los Lugares Sagrados, a los que su neces-sidad, ò su desgracia los lleva a buscar asylo. Ay algunos tan olvidados, tan poco devotos, tan impios, que por blasonar de Juezes (sin mirar que es injusticia lo que hacen) no solo pier-den el respeto al Templo, ò Hermita de un Santo, ù de San-ta,

Authores de esta nis. Hector Boecio en la histo ria de Esc. l. 19 Ferre. en el Apē-dice de la historia de Hect. Polidoro en su historia Anglic. li. 24 Pined. en su Mo-narc. l. 29. capit. 14. hasta cap. 17. §. 6.

Nota se cosa para lo que sien-te Dios los desacatos hechos a los Tem-plos de sus Santos.

ta, ſino que al Templo de la Madre de Dios, y aun donde eſtà el miſmo Dios Sacramentado, quebrantan la inmunidad, y atropellan el derecho. Pues ojo a las hachas de Santa Brigida, pues, quizà quando las agonias de la muerte, ò ya en el atahud, ſe las enciendan blancas, ſe les convertiràn negras à ojos del deſengaño. Quando qualquier mediano ſeñor guarda, y quiere que le guarden los fueros de ſu caſa, y que tengan en ella ſagrado los delinquentes, por què el Señor de ſeñores, y la Reina ſu madre, y los Grandes de ſu Corte, que ſon los eſcogidos, no han de gozar en las ſuyas de eſte indulto? Ojo otra vez a las hachas, Alguaziles, y Miniſtros. Vamos à nueſtro aſſumpto.

Sin los dos referidos, ſe rebelaron contra el Rey Jacobo otros muchos, de que a ſu tiempo harèmos mencion, ſiendo muy parecido a nueſtro David en experimentar eſtos afanes. Verdad ſea, que le culpen los Hiſtoriadores por ſu mala diſpoſicion en las coſas del govierno, dando los oficios honroſos a perſonas menos nobles, mas què ſabemos ſi eſtos lo merecian mejor? Y donde ay meritos para el cargo, ò la dignidad, poco importa que falte la calidad de la ſangre, pues como decia el gran Rey Theodorico, referido de Caſiodoro, la virtud de las coſtumbres, es la mayor nobleza. En fin, eſta era la culpa que le objectaban a eſte Rey ſus Grandes, haſta llegar ſus deſazones a eſtado, que incitando al Principe ſu hijo, llamado tambien Jacobo, joven de catorce años, le hicieron alzar cabeza contra ſu padre. Amontonaronſe con èl todos los malcontentos, è hicieronſe a las armas. El Rey, viſto el alboroto, juntò la gente que pudo, todos aquellos que ſe moſtraron leales; y como padre, en fin, procurò medios de paz, antes que ſe llegara a rompimiento. No quiſieron darle oìdos, ni convencerſe a ſus ruegos: harto deſacato da los vaſſallos, y harta dureza del Principe. Porfiò el Rey todavia, y valiòſe de terceros, para que mediaſſe entre los unos, y los otros. A los Reyes de Francia, y de Inglaterra deſpachò ſus Embaxadas para ello; pero aunque ambos a dos le procuraron dàr guſto, è hicieron ſu deber en eſta parte, eſcriviendoles al Principe, y à los Nobles, para que le dexaſſen aquel pretexto, y abrazaſſen los partidos que les hacia ſu Rey, no fue nada baſtante pa-

para reducirlos, menos que no renunciasse el Rey en su hijo la Corona: condicion desvergonzada, y que amostazò, y llenò de enojo a los tres Reyes. El de Escocia, sintiendo como Rey proprio el desacato, los Padrinos, sintiendo como terceros el desprecio. Ambos, pues, le aconsejaron à Jacobo, que dexado lo compassivo, se hiciesse a lo de justicia, y castigasse cruel tales inobediencias. Sentian mui bien del caso; porque si se diera exemplar, que en estas tyranias cedia un Rey su derecho a los rebeldes, cada dia se animaran otros muchos a hacer levantamientos. Mas vale, aunque perezca el Rey en el debate, que salga a la campaña contra el hijo, y que castigue el rebelde, que no por mostrar piedad, hacerse a la ternura, y ceder la Corona a quien se la quita osado.

Viendo, en fin, el Rey Jacobo, que todos sus medios para la paz, y quietud no avian bastado; y considerando, que de verle humilde, y piadoso, como padre, avia cobrado brios la desemboltura, y descaradose mas la deslealtad, trocado ya en rigor todo lo tierno, y revestido de ira, alistò todas sus gentes, allà en lo mas retirado de su Reino, donde por mas seguro le avia arrastrado la necessidad: bien assi como David, quando huido de la Corte se retirò a rehacer à las partes mas fragosas de su Reyno. No fue poco el sequito que conduxo su diligencia, pues se llevò a componer de quarenta mil Soldados, Infantes, y Cavallos. Partiò a buscar al hijo mui ganoso de domarle, y haverle a las manos. Al tanto el Principe, con mucha mas gente, procuraba la batalla. Dieronse vista los Campos, y reconociendo el rebelde, viendose mas poderoso, que estrivaba en la diligencia su buena fortuna (consejo que diò Achitophel a Absalon, y se le desbaratò Chusi) mandò al punto tocar al arma, y empezo la escaramuza: Mas con todo, aunque rapaz desatento, y ambicioso, encargò el Principe a todos, que ninguno se atreviesse a poner manos en su padre. No se dice que el Rey mandasse lo mismo: quizà que con el mismo enojo no estaba para piedades, ò à lo menos para echarlas por la boca, ya que en el corazon las tuviesse escritas, pues siempre entre un hijo, y padre, ama el padre mas al hijo. De suerte que passò aqui al contrario de lo que allà con David.

vid. Allà David les mandò a sus Capitanes, que guardassen la vida de Absalon, y no le ofendiessen, en que parece adivinaba elRey el vencimiento, mas con todo le dieron muerte cruel, contra el precepto Real. Acà el Principe Jacobo, adivinandose al mismo modo la victoria, les manda a los suyos, que no maten a su padre, y por el mismo caso, parece que le matan. Allà el Principe rebelde huye vencido, y muere alanceado en una encina. Acà huye el Rey de un rebelado, y matanle en un molino. Alli no obedecieron al Rey los vencedores, y aqui no obedecieron al Principe. Todo desafueros de Soldados, que ufanos de la victoria, no reparan en ordenes, ni mandatos: como gente sin razon, y embriagados de su furia, siguen solo su capricho. Bolvamos a la batalla.

Encontraronse los Campos, al son de los bien templados parches, y con igual denuedo, y valentia, empezo cada uno a cumplir su obligacion, andando Marte sangriento, y neutral la victoria. El Rey, en un buen cavallo, discurria à todas partes ossado, y animoso, dando calor, è infundiendo brios donde sentia desmayo, ò donde via pocas fuerzas. El Principe, por lo consiguiente, les proponia a los suyos averle metido en aquella lid, y que assi mostrassen su ardimiento, en sacarle a salvo. Con las amonestaciones de ambos Caudillos, se encendian en corage los Soldados, y crecia la pelea. Con todo, la multitud comenzò a supeditar al menor gentio. Cansados los de la parte del Rey, de llevar el peso la batalla, flaquearon grandemente, y bolvieron las espaldas, sin poder resistir una Magestad, hecha a las voces. Bramaba el Rey, al modo de afrentado, y sin temor de la muerte, trayendo como en brazos las Tropas que huian, se entraba denodado por lo mas recio, y sangriento de la batalla. Mas estas, ni otras diligencias fueron bastante para no quedar vencido, y derrotado. Viendole ya sus Capitanes tan arriesgado a perder la vida, ò a quedar prisionero de su hijo, hicieronle toda instancia que huyesse del peligro. Siguiò su consejo, con la lastima, y dolor que puede imaginarse. Bolviò las riendas al bruto, y por la parte que hallò mas oportuna, escapò huyendo.

Gritaba el Principe, que no matassen al Rey, que no hiciesses-

riessen a su padre. A buen tiempo la compassion, quando su deslealtad, è inobediencia le llevaban arrastrado a la desdicha. Los mas atentos refrenaron la ossadia, y se contentaron con verse vencedores. Los mas atrevidos, a fuer de estar agraviados, sin respeto, ni temor, buscan el despique. Algunos de estos, viendo salir al Rey de entre el destrozo, siguieronle las huellas, ansiosos, y vengativos, sin que la ligereza del que huye, ni lo enmarañado de la selva, bastassen à encubrirle de su vista. Reparò el Rey en ello, y no tanto por la vida, quanto por no vèr su afrenta, apretò mas las espuelas al cavallo. Bolò el animal castizo, lo que le durò el aliento, mas al fin, el mucho correr, le rindiò al cansancio. Apeòse el Rey entonces, y dexandole a sus aventuras, procurò à pie buscar donde esconderse, hasta que la noche le prestasse el rebozo de sus sombras. Trepando por entre las ramas, y atravessando riscos, divisò un molino en lo profundo de un valle. Enderezò allà los passos, y escondiose en lo desaliñado del alvergue mas aun alli no le dexò la fortuna segura estancia, que en dando en mostrarse adversa, no ay rincon que no escudriñe, para hacer sus tiros. Fue el caso, y la desdicha, que los que le seguian, toparon el cavallo adonde le dexò el Rey, con lo qual conjeturaron, que no podia el dueño estàr mui lexos. Atinaron al molino. Entraron dentro, y desleales, y traidores, quitaron la vida al desdichado Rey. Digamoslo de una vez, sin andarnos deteniendo en las circunstancias. Que lastimas como estas, apriessa han de decirse; porque no se empañe la vista de quien las lee, viendo, y tropezando en sangre de un Rey Christiano, vertida a puñaladas de rebeldes. Ea, animese nuestro David en sus trabajos con esta historia, pues ya que su hijo rebelado le echa de la Corte, y le hace andar fugitivo, al fin gana la victoria, y queda el Infanre colgado de una encina, mas el triste Rey de Escocia, no solo queda vencido, y sin la Corona, sino que rebolcado en su misma sangre, rinde el vital aliento en un molino. Paute David por esta su tragedia, y verà que es mejorado de fortuna.

*** *** ***

CAPITULO DECIMO.

EN QUE SE PROSIGUE LA FUGA DE DAVID, DE su hijo Absalon: el ardid que le diò à Chusi, para prevenir peligros, y el dexarse captivar de un lisongero.

2. Reg. c. 15. & 16. Texto, y Glossa, Lyra, y Abulense.

YA es tiempo que bolvamos a acompañar a David allà en el monte Olivete, donde le dexamos harto lastimado, y triste; y como la fortuna quando dà en perseguir a alguno es como desapiadado verdugo, que en vez de afloxar al ay! de quien se quexa, aprieta mas los cordeles, assi en lugar de dàr algun alivio al desconsolado Rey, le assaltò con un nuevo susto, que le dexò harto turbado. Llegaronle, pues, las nuevas de que era Achitophel quien guiaba al Infante, quien le daba los consejos, en fin, quien le assistia. No avia sabido David hasta entonces esta zalagarda. Pensaba eran solamente altiveces de un rapaz soberbio, lozanias de un joven desatinado, impetus que le refrena el tiempo con el curso, y que les hace assestar la justicia con una sofrenada. Mas al punto que supo que era obra de Achitophel, quedò David aturdido, y casi desconfiara del vencimiento, si no le inspiràra Dios con los auxilios. Tal era la astucia de Achitophel, tal su maña, tal su ardid, que un entendimiento tan grande como el de David, se viò no bastar con èl, menos que Dios no entrasse en parte en la obra. Para un hombre cabiloso, y astuto, no bastan entendimientos de Davides, ni de Salomones. Mucha maña, y mucho Dios son menester para deshacer sus trazas, y escaparse de sus manos. Assi David, en oyendo la nueva, se acogiò al punto al Cielo a pedir socorro. Con ansias entrañables, con un notable ahinco, le dixo a voces a Dios: *Señor, y Dios de mi alma, por quien sois os ruego, que entontezcais los consejos de Achitophel: desatinad, Señor, su astucia, entorpeced su ardid; frustrad su entendimiento.*

Haciendo estas deprecaciones, iba el Santo Rey trepando el monte arriba, hasta llegar a la cumbre, de donde se divisaba, y discurria el Alcazar de Sion, y por estàr en ella el Arca, solia David orar a Dios desde aquel puesto, siem-

siempre que salia, ò bolvia a Jerusalèn. Imitacion que observan los Christianos, quando desde alguna eminencia divisan algun Templo. En este lugar, pues, le saliò à recibir Chusi, un Consejero de los mas leales que tenia, bien intencionado, al passo que entendido. Algunos le hacen Etiope de nacion, porque era negro convertido al Judaismo. Pero lo mas cierto es, que era Israelita, de la Tribu de Ephrain, y de la Ciudad de Archithiarot. Este, pues, rasgados los vestidos, y cubierta la cabeza de ceniza, señal de tristeza suma en aquel siglo, saliò huyendo tràs David antes que Absalon ocupasse la Ciudad. Quando David le viò, se holgò mucho, por verle mui aproposito para lo que ya su ingenio avia discurrido. Echandole, pues, los brazos cariñoso, le hablò de esta suerte: Chusi, amigo, aunque es verdad que tu esposa, y tu consejo es de mucha estima juzgo que en esta ocasion, antes me serà carga, que alivio llevarte a mi lado, porque aqui no te necessito, y bolviendote a Jerusalèn, me puedes servir mucho. Si tu, con tu buen ardid, te introduxesses con Absalon, y te hiciesses su amigo, aclamandole por Rey, y lisongeandole por verdadero señor, podràs tener con èl mano, y cabida para destruir con tu prudencia los consejos que diere contra mi el malvado Achitophel, que aunque èl es bien entendido, quizà le vencerà tu entendimiento, pues tu obraràs con justicia, y èl obrarà contra razon. Por lo menos, fingiendote amigo de Absalon, y siendo solo mio, sabràs todo lo que passa, conoceràs sus designios, sus disposiciones, sus intentos. Comunicar lo has todo con Sadoc, y Abiatar mis Sacerdotes, que para el mismo efecto hice que bolviessen con el Arca, y estàn ya en el caso. Tu, y ellos, por medio de sus hijos, mozos, buenos corredores, me ireis dando los avisos, y noticias, poniendome en obligacion de agradeceros, y pagaros la fineza.

Con semejante ardid (traza bien pensada, y harro provechosa) ganò David mucha tierra para no perderse. Y aunque parece fue engaño, no no lo es tal, quando se engaña al enemigo, que guerrea injustamente: Trazas, y ardides de guerra se llaman estos; y como David avia sido tan gran Soldado, aun no se le avian olvidado aquestas mañas. Y aun-

que Dios le avia dado al corazon seguridad de la victoria, no por esso dexaba de ayudarse de los medios humanos para conseguirla: que querer con la confianza dormirse en el peligro, es tambien tentar a Dios. No se atreviò Chusi à replicar al precepto, y consejo de su Dueño, mas conociendo lo util de la traza, y lo mucho que podia servirle siendo al lado de Absalon secreta espia. Despedido de David, se partiò a Jerusalèn. Llegò a la casi al mismo tiempo que el Infante, sobervio, y poderoso, entraba como triunfando à los Palacios Reales de su padre. Hizotele, pues, encontradizo, y con sumissiones humildes, zalemas hechas con arte, le comenzò à saludar, diciendo: *Salvete Dios, Salvete Dios, Rey, y señor mio.* O como leyò el Hebreo, entro diciendo: *Viva el Rey Absalon, viva el Rey Absalon.* Con estas, y otras lisonjas procuraria Chusi ganarle la boca, pues no ay Principe que no se pague de ellas. Luego lo veremos en David, con ser un Rey tan grande. Aunque no se le supieron mal à Absalon las palabras de Chusi, con todo se hizo, como acà decimos, del desentendido, respondiòle con algun escarnio. Pues como es esso? (le dice) esta es la gracia, y la fidelidad que guardas a tu amigo David? En la necessidad le desamparas? En el peligro le olvidas? Siendo, como eras el todo suyo, su grande Consejero, su mayor familiar, como no has ido con èl? No me parece es buena correspondencia, ni que podrè yo fiarme de quien en el peligro se olvida de la amistad, y se muestra ingrato. Prudente discurriò el Infante, y a no cegarle Dios, no le engañara Chusi, porque quien desampara al amigo en la necessidad, y se hace al bando del contrario, ò lleva consigo la sospecha de que và à ser espia, y enemigo encubierto, al modo que iba Chusi, ò và publicando ingrato, que no es bueno para amigo. Quien niega en el peligro a quien le ha hecho mercedes, y favores, què buen lado podrà hacer a quien no le ha obligado? Y assi me parece, que si no acudiera Dios a esforzar la traza, saliera Chusi mui mal de su pretensa. Ayudado, pues, del Cielo, satisfizo con adulaciones al cargo del Infante, diciendo: En ningun modo, señor, me estaba bien irme con David, si no permanece fiel con quien Dios le ha dado la Corona: porque a hombres como yo, no nos mueve el favor, ni la

amis-

amiſtad, ſino la razon, y la juſticia. Quando eligiò Dios à Vueſtro padre para el Cetro, le ſervi leal, y no faltè a ſu lado; pero aora que ha elegido a Vueſtra Mageſtad, por ſus ſecretos juicios, y a el le ha depueſto de la altura, es razon le deſampare, ſin atender a ſus amiſtades, è intereſſes, y que ſiga las Vanderas de quien el Cielo ha hecho Rey, y todo Iſrael le ha dado la embeſtidura; y aſsi, a peſar del mundo, he de permanecer con Vueſtra Mageſtad, y ſervirle con la miſma firmeza que ſervi a ſu padre. Demàs, que quando eſta no fuera concluyente, yo no me voi a ſervir a vaſſallo rebelado, ò algun Rey intruſo, ſino a un hijo del Rey miſmo, y a quien de derecho le toca la Corona.

Con tanta viveza, con tanta energia, y con tanto afecto ſupo Chuſi aliñar, y decir eſtas liſonjas, que alborozado el Principe ſe diò por mui ſatisfecho, y le hizo ſu Conſiliario, con las preheminencias, y honras que gozaba con ſu padre. Ya he dicho, que lo trazaba aſsi Dios para guardarle à David lo que era ſuyo, ſin que llegaſſe a colmo la traicion, y tyrania. Que eſta es la bondad de Dios, que aun quando eſtà caſtigando ſe anda previniendo los rieſgos, para que no maten los caſtigos. Solo procura que duelan al delinquente, mas no quiere que le acaben. Aſsi, pues, aunque era caſtigo de ſu mano, que anduvieſſe David fugitivo, deſterrado, y arraſtrado de ſu hijo, no empero, era ſu intento que Abſalon, y Architophel lograſſen ſus deſignios, quitandole la vida, y la Corona, y aſsi permitiò piadoſo que huvieſſe quien deſmarañaſſe lo urdido de ſus engaños. Grande exemplo, en eſte caſo, para no deſconfiar los Principes, y Reyes, quando ſe vieren aſſaltados de traiciones, rebelados ſus vaſſallos, y aun echados de ſus Reinos, ſino como David hacer pecho a la fortuna, y acudir al punto a Dios: confeſſarle que ſon culpas las que han acarreado la deſdicha: admitir por penitencia los deſaſtres: ofrecer ſatisfaciones; è implorar clemencias. Porteſe de eſta ſuerte el Principe afligido, y à buen ſeguro, que en la mayor apretura ſe halle ſocorrido de remedios. Dechado es David de todas penalidades; y aſsi, quien le imitare prudente, triunpharà de la fortuna. Si alguno le huviere ſeguido errante, imitele penitente.

De-

Dexèmos, pues, a Chusi introducido con el nuevo Rey, para adulador a lo Divino (que assi podemos llamarle) y bolvamos à David, que con todo su saber se dexa engañar de un lisongero, lunar que afeò harto la cara de su justicia. Para mayor inteligencia del caso, serà bien tomar la Historia desde su principio. Quando se hallò David dueño absoluto de todo Israèl, y huvo sujetado con las armas a sus enemigos, hizo recuerdo de la Casa de Saul, para gratificar lo que en muchas ocasiones avia jurado, y ofrecido al Principe Jonatàs, aquel su caro amigo. * Llamò, pues, à Siba, un esclavo que auia sido de Saul, captivo en buena guerra (segun el parecer del Abulense *) pero hombre mui servicial, mañoso, y bien entendido, y preguntòle: Si vivia acaso alguno del Linage de Saul, porque queria honrarle, y hacerle mercedes? A que respondiò Siba, que quedaba Miphiboseth, hijo de Jonathàs, pero impedido, y lisiado de ambos pies, el qual habitaba en la Villa de Lodabar, en casa de un deudo suyo. Hizòle traer David a su presencia, alhagòle cariñoso, y ofreciòle liberal toda la hacienda, muebles, y raìzes, viñas, olivares, y labranzas que avian sido de Saul su abuelo, y con la rebuelta de los tiempos las tenian algunos usurpadas. Demàs de esto le assignò quarto en Palacio, y que comiesse a su mesa, al modo que sus hijos: Que en aquella Era se trataban las Magestades con mas llaneza, y con menos ceremonia. Ordenòle assimismo a Siba, que fuesse Economo de todos aquellos bienes, y que con sus hijos, y criados los administrasse acudiendo con los reditos a su señor Miphiboseth, y a un hijo que tenia. Miphiboseth se echò a los pies de David, dandole infinitas gracias; y Siba, que no dexaba de ser tambien interessado en el manejo de aquellas mercedes, prometiò acudiria puntual à lo que le avia mandado.

* 1. Reg. c. 9.

* Abulēs. 2. Reg. c. 9. q. 4.

Este Siba, pues, como esclavo, en fin, y de alguna mala raza, pareciendole buena ocasion para descomponer a su dueño, è intrometerse a leal (que siempre los traidores echan a su maldad capa de virtud) al punto que viò que David, de la suerte que hemos dicho, saliò huyendo, aderezò diligente un regalo de cosas, que aunque menudas, suelen ser manjares ricos en la necessidad, y saber mas que à

fal-

faisanes en el campo. Pan, y vino, a veces vale nn Potosi. Cargando, pues, dos jumentos, caminò Siba àzia el monte por las veredas, y atajos que èl sabia. Poco avia caminado David despues que ascendio a la cumbre, quando Siba, mui ceremonioso, se le atravesò delante con su presente. Preguntòle David, que què significaba aquello? y que adonde llevaba aquellas cargas? Admiròse de vèr cavalgaduras, quando tanta muchedumbre, a exemplo suyo no avian cuidado de ellas, y le iban siguiendo a pie. Satisfizo Siba, diciendo: Rey, y señor mio, yo trahigo estos jumentillos, para que alivien el cansancio a algunos de sus Altezas, y lo que viene en ellos, solo es un refresco para que se alienten los mas necessitados. Reciba V. Magestad lo grande de mi afecto, sin atender a lo corto del servicio; que yo quisieta ser poderoso para poder en esta ocasion ofrecer a sus plantas montes de regalos. No hai duda sino que era accion esta de mucha estima, sino llevara embuelta la traicion; porque mostrarse grato con el que và de caìda; hacerse a la parte de el vencido, y negarse al vencedor; ofrecer a quien no priva, a quien ya no reina, a quien huye desterrado, arguye una notable lealtad, y una sangre noble, una virtud heroica. Esta consideracion debiò de cegar en parte a David, para hacer lo que hizo. Mui alborotado, pues, al obsequio, mui grato al servicio, le preguntò a Siba, què donde se quedaba su señor Miphiboseth? Aunque estaba coxo, sintiò con todo, que no le acompañasse, y recelò de la omission, algo de lo que mintiò Siba. Como le avia honrado, y le sentaba a su mesa, pareciale al Rey, que no era mucho le siguiesse a quatro pies, quando otros, menos obligados, se le mostraban mas reconocidos. Nunca piensa un Rey que para servirle hai impedimento, y assi dexar de hacerlo, lo presume culpa, ò falta de voluntad. Estaba, pues, David cochuroso con esta brasa en el pecho, y para acabarle de desazonar, llegò a buen tiempo el chisme. Respondiòle el traidor estas palabras:

Miphiboseth, señor se queda en Jerusalèn, gozoso, y contento de vèr turbadas las cosas, y con muchas esperanzas de que ha de empuñar el cetro. Quando pensè que sintiera vuestra desgracia, y que llorara vuestro dolor, oì que dixo,

mui

mui alborozado: Ya se ha llegado el dia en que me bolverà Dios el Reino de mis padres, y me ceñirè el Laurèl, herencia de mi abuelo. Como le vì de aquel parecer, me le dexè, y me vine a cumplir con mis obligaciones; pues no ay para mi mas Rey, que V. Magestad, ni le ha de haver nunca.

Tanto pudo esta mentira en un pecho Real, y tanto efecto causò, que atropellando David las leyes de la razon, y todos los derechos de justicia, sentenciò al instante à Miphibofet a perdida de bienes. Sin mas inquirir, sin mas averiguar, le dixo a Siba: Todas las cosas que han sido hasta aqui de Miphibofet, possessiones, juros, heredades, y labranzas, te las doi en propriedad: Gozalas por tuyas, sin pagar, ni contribuir redito alguno, porque yo lo quiero asi, y assi lo mando. Nunca anduvo David mas desatento que en este caso. Lo uno por creerse de ligero de un adulador. Lo otro, por echar el fallo sin averiguar la causa. Pues debia advertir, que aquel era su esclavo, y no un Propheta; un hombre, en fin, y no un Angel. Lo otro, porque dado caso que fuera verdad el chisme, nunca se sentencia à nadie sin oìrle primero, y escuchar sus descargos. Nada de esto observò David en este negocio; siendo un Juez tan recto, y un Rey tan entendido. Advertencia notable a los humanos, para que miren lo que pueden los chismes, y lisonjas con los Reyes, y lo que valen los regalos, y sobornos en las necessidades. En ladrandole a un Rey a la oreja, de que ay quien le muerda en la Corona, aunque sea un Rey camandulo (que harto camandulo rezador, y penitente iba David entonces) dexarà la santidad, arrimarà las Horas, ò el Rosario, y se harà a la venganza, y al despique. Aun los que han renunciado las Coronas, y Goviernos, llegan a sentir que los quieran mandar, los que los avian de obedecer. Assi David, aunque iba compungido, hecho un recoleto, y dandose por merecedor de toda aquella pena, en oyendo que el nieto de Saùl le pica en la Corona, se olvida de la virtud, atropella la justicia, y tomado del enojo, sentencia disparates. La capa le quita al Justo, y se la dà à un traidor. Mas no ay que espantar, si este lisongea, y aquel no parece: si el uno le regala, y el otro no contribuye. Iria ya David, con toda su fami-

milia, bien tocados de la hambre: llega el otro a liſongearlè con el preſente: acuſa de infiel al amo: que no avia de darle, regalado, y ſervido: O neceſsidad! O Juezes que recibis, y què arrieſgados que vais! O que de Sibas hai en el mundo, traidores, embuſteros, cabiloſos, que con la prevencion de un regalo, y quatro liſonjas, le encajan a un Principe, ò a un Juez una mentira una falſedad, un embeleco, para que perſiga, y caſtigue a quien eſtà ſin culpa, y a ellos les premie ſu traicion, ſu maldad! Ojo, pues, los Reyes a no creerſe de Sibas.

EN QUE SE PONEN EXEMPLOS DE REYES, QUE AUN-que juſticieros, creyendoſe de chiſmoſos, rompieron por la juſticia.

EXEMPLO PRIMERO.

Porque no pienſen, que es ſolo David quien engañado de un chiſmoſo atropellò la juſticia, daremoſle acompañados, para que todos juntos ſirvan de eſcarmiento. Por los años de ochecientos cinquenta y ſeis, teniendo la Silla del Imperio Griego Michael, debaxo de la buena adminiſtracion de ſu madre la Emperatriz Theodora, gran muger para el govierno, y por eſſo deſgraciada (que ſiempre lo bueno es odioſo a los mal intencionados.) En eſte tiempo, pues, naciò en Macedonia Baſilio, hijo de padres humildes, mas con tan buena eſtrella, que ſe coronò de dichas. Si ya no fueſſe que el Cielo, como a nueſtro David, le eligieſſe de los humildes para coſas grandes. Que para poſtrar ſobervios, y caſtigar a ingratos, toma muchas veces Dios eſtos caminos. Los pronoſticos de las felicidades de Baſilio, fueron eſtos. Andando ſus padres en el campo, ocupados en la ſiega, ſucediò, que como huvieſſen dexado a Baſilio, niño tierno entonces, dormido a la inclemencia de el Sol, baxò un Aguila, y pueſta en el aire, le hizo pavellon de pluma tendiendo ſobre èl ſus alas. Como la madre lo vieſſe, è ignoraſſe el myſterio, imaginando que el Aguila, como ave de rapiña, iba a ofender al niño, cargòſe de piedras, y echòla de alli a pedradas; pero apenas ſe huvo vuelto a ſu labor, quan-

Autores de la Hiſ. Zonar. t. 3 An. Geor. Cedreno, in comp. Pineda en ſu Monar. 3. p. l. 18. c. 25. 27. y 28.

quando el Aguila obsequiosa, y propicia, bolviò a hacer sombra al rapaz. Hasta tercera vez durò la porfia: con lo qual los que supieron el caso, lo tuvieron por feliz aguero. Creciò Basilio en edad, y al tiempo que ya buen mancebo, le apuntaba el bozo, faltando su padre, y quedando su madre debaxo de su abrigo, para sustentarse, y socorrerla, determinò irse a la Corte, que como patria comun, y mapa breve, donde se halla todo remedio siempre a sus hijos. Fue, pues, a Constantinopla, llegò algo tarde, y cansado, y como entrasse por la puerta dorada, y viesse a poco trecho la Iglesia de San Diomedes, pareciendole estancia acomodada, para dar lugar al sueño, y aliviar su cansancio, echòse a dormir sobre una grada: Que para un pobre, y cansado el marmol mas duro le es colchon de pluma. Dormia el Sacristan dentro de la misma Iglesia, y apareciendosele el Santo, le dixo: *Que se levantasse, y abriesse las puertas, y metiesse dentro al Emperador.* Levantòse el Sacristan assustado, y confuso, y a medio vestir, y apriessa, toma las llaves, y abriò. Saliò fuera, y no hallando sino al pobre Basilio, durmiendo en las losas frias, tornòse a su cama, avergonzado consigo, è imaginandolo sueño. Mas apenas se huvo buelto a dormir, quando volviò el Santo a mandarle lo mismo, con las mismas palabras. Hizo lo que la vez primera, è imaginò que eran chascos de su fantasia. Apareciòsele el Santo tercera vez, y dixòle con mas distincion: *Que aquel pobre que dormia en aquel suelo, era el Emperador, que le entrasse dentro, y le alvergasse.* Ya entonces el Sacristan, mas cuydadoso, y atento, saliò, y despertò a Basilio. Entròle en su camara, y diòle de cenar, de lo que la ocasion diò mas a mano. Refiriòle la vision que avia tenido, y lo mucho que debia à S. Diomedes, con que alborozado Basilio, passò la noche gustoso.

A otro dia, despues de hechos mil discursos, sobre el modo de vivir que tomaria, punzandole el Baticinio a cosas grandes, quiso tomar consejo de un hermano suyo, que era Medico a la sazon de un Cavallero ilustre, llamado Theophilizo deudo del Emperador. Contòle, pues, el caso, y rogòle, que le acomodasse con algun señor, con quien pudiesse medrar. Pareciòle al hermano, que no podia tener Basilio mejor arrimo que con el mismo Theophilizo, à quien

quien èl servia. Hablòle sobre ello, dandole noticia de lo que passaba, con que no huvo dificultad de admitirle en el oficio mas honroso, que fue de Cavallerizo. Mas cargaronle de pension sobre esta honra, assi el señor, como el hermano, que les prometiesse, y les jurasse, que si se cumplia la profecia, y se ceñia el Laurèl, se acordaria de ellos para hacerles mercedes. Juròlo Basilio, con demonstraciones cariñosas, y afectos humildes, y empezò a esperar fortuna, sirviendo, y agradando al grande, y al pequeño, medios con que se arrastran voluntades, y se grangean amigos. Demàs de esto en su arte, y exercicio de hacer mal a los cavallos, saliò tan diestro, que se aventajaba a todos. Era en extremo galàn, hermoso de rostro, y animoso, y diligente, con lo qual, puesto a cavallo, se llevaba los ojos de los que lo veian, y el bruto mas indomito, parece que se amansaba a lo bravoso de su bizarria. De aqui sucediò su ascenso. Que quando uno và de dichas, por qualquier parte se entabla. Fue el caso, que como se hallasse el Emperador apesadumbrado, y triste, de vèr que ninguno de sus Cavallerizos huviesse podido domar, ni romper un famoso cavallo, que le avian traido, y en aquella sazon le informasse Theophilizo de lo que su Basilio valia para el caso, mandòle llamar, y que montasse en el bruto, y le corriesse. Obedeciò Basilio, sin que se le pusiesse pavor vèr que a muy diestros picadores los avia lanzado de la silla, y echadolos por tierra. Saltò, pues, en el cavallo, con gallarda destreza, y a imitacion de Alexandro, le domò los brios, dandole un par de carreras, tan veloces, que pareciò que bolaba con alas por herraduras. Al passo que los demàs embidiosos, y suspensos, quedò el Emperador gustoso, y mui pagado. Siguiòse la merced, que fue hacerle su Cavallerizo Mayor, oficio que suele darse al mas Privado. Lo que bolò el cavallo en la carrera, bolò en Basilio la dicha. En un vuelo, como acà decimos, subiò à la mayor altura. El que estaba ya hecho Cesar llamado Barbas, tio del Emperador, comenzò a embidiarle, y aun a perseguirle.

La Emperatriz Theodora, madre del Emperador, y que como prudente, y avisada suplia para el govierno, la incapacidad del hijo, mostròse algo desabrida, è inquieta de

vēr

vèr a Basilio tan hecho de mercedes. No sè què señales le viò en el rostro, mui semejantes a las que su marido el Emperador Theofilo le havia dicho, con que sobresaltada cada vez que le via, quisiera desterrarle de Palacio. En especial un dia, estando comiendo con su hijo, y Basilio sirviendo a la mesa, se arrebatò de colera, y mui apesadumbrada, le dixo al Emperador, que mirasse lo que hacia, porque aquel mozo avia de ser la destruicion de su casa, y el cuchillo de toda su descendencia. Por demàs es, quando està decretado de lo alto, querer desbaratar las dichas, à quien camina feliz. En vez de escarapelarse el Emperador con el aviso, le aumentò a Basilio el cargo, haciendole su Camarero. Aumentaronse a la buena Emperatriz sus sospechas, y en Barbas creciò la embidia. Era Barbas hermano de Theodora, mal intencionado, y ambicioso. Tanto como Basilio, deseaba quitarle al sobrino la Corona, y pareciendole que su hermana le era el mayor estorvo, diò en mal quistarla con el Emperador, significandole, que era mengua suya el ser tan madrero, pues su madre lo mandaba todo. El Emperador, que era un tonto, abrazaba con facilidad qualquier consejo, y como para esto de tener mas mano, y ser tenido en mas, no ay bobo que no piense es para ello, y mas quando el serlo le compete, acudiò a los informes del tio, y como Alcalde de en remès, comenzò a decir, y sembrarlo por la casa: *Que no avia mas Rey que èl, y que madre, ni padre no tenian que mandar donde èl estaba.* La discreta Emperatriz, que entendiò el juego, y supo eran tramoyas de su hermano, para alzarse con el desentendido de su hijo, y al tanto con el govierno, sin esperar a que se lo mandassen, ni aun a que se supiesse, determinò renunciar el govierno, y salirse de Palacio. Llamò, pues, a los Senadores, y alegando las causas que supo fingir su industria, les dixo, que queria retirarse à descansar, y que para que supiessen del modo que avia administrado las rentas del Imperio, llamassen a los Thesoreros, y manifestassen todo el dinero que havia. Hallaron muchos millones, sin otra gran suma de alhajas, y riquezas. Hecho esto, se saliò del Palacio, y tomò casas a parte. El simple Emperador, engolosinado en aquellos Thesoros, los gastò con brevedad en sus mocedades, y otros vicios, siendo el mal-

vado Barbas el que, como acà decimos, le daba ripio a la mano, y temiendo, qual traidor, no volviesse su hermana a puesto que tenia, aconsejòle al Emperador, que la forzasse a entrarse Religiosa, y lo mismo a las Princessas sus hijas, y hermanas del mismo Emperador. Executòse el rigor con toda crueldad, pues no solo las entrò en un Convento, sino que las privò de todas las riquezas que tenian. Dios nos libre de tontos, por mas dichosos que los haga la fortuna, pues mas irracionales que los brutos, se niegan a las obligaciones de su sangre, a las caricias, y a los alhagos maternos. A las manos de la pesadumbre, y la tristeza, acabò la vida la excelente Emperatriz. Que es proprio de entendidos saber sentir los desaires, como de necios el vivir con las afrentas.

Quando viò Barbas quitado aquel embarazo, que era el mayor a su parecer, diò tras de Basilio, por verle tan privado. Todo era tramar alzarse con el Imperio, en viendose sin estorvos. Entendiòselas Basilio, y adelantòse, contandole al Emperador muchas tiranias, y malas correspondencias, con que tenia Barbas alborotado el Imperio. Bastaron estas acusaciones, para cercenarle parte de los cargos, y las honras. Sentido por ello, quiso matar a Basilio, y dexòselo decir, con que Basilio, confiado en su privanza, y en que Barbas estaba mal recibido, esperò ocasion, y a ojos del Emperador, le embistiò a estocadas, y le quitò la vida, ayudandole otros muchos a quien tenia ofendidos. Con esto pagò el tyrano lo que hizo con su hermana, pues fue causa de su muerte. No se diò por deservido el Emperador, de que un hombre hecho de nada, qual era Basilio, huviesse muerto a su tio, y a su vista, antes, segun lo que hizo, debiò de estimarselo, pues le casò de contado con Eudocia, una Dama suya, y aun preñada de èl (segun dicen algunos) y el dote que le diò con ella fue coronarle de Emperador por mano del Patriarca. Miren si con tales honras repararia Basilio en la doncellez de la desposada. A intereses tan Reales, todos se hacen bobos, y toman lo que les dàn.

Viendose yà Basilio, de hombre humilde, subido a tanta altura, coronado Cesar, quien naciò entre arados, no cessaba de dar gracias a su suerte. Recatado, y cuerdo gran-

geaba voluntades. Grato al beneficio, cuidaba del bien comun: a fuer de cortesìas, atraìa a los malquistos. Pudiera contarse por uno de los Principes mas excelentes que tuvo aquella Monarquia, sino obscureciera sus proezas con la muerte mal dada que diò a su bienhechor, borron que no se le pudò quitar a fuerza de virtudes, bien como a nuestro David el homicidio de Vrias: que esto de irse los hombres a ingratos, y que el Cielo perdona la culpa en quien la gime no empero parece que permite que se quite la mancha sino que quede como sambenito colgada su memoria en los Anales del tiempo. Sucediò, pues, al cabo de muchos dias, que gozaba Basilio de la Dignidad Cesarea, que es de ser sucessor en el Imperio, que como el Emperador estuviesse una noche dado a sus passatiempos, como solia, juegos, comidas, y banquetes, de que escapaba ordinariamente bien tomado del vino (que junto con su incapacidad, quedaba tonto del todo) como estuviesse, pues, assi muy alegre (ò que mengua para una Magestad!) banqueteandose con todos sus amigos, y Basilio entre ellos con Eudocia su muger; cierto adulador, que por sus dichos agudos vino desde las galeras a ser Gentil Hombre de Palacio, començò à lisongear, y aplaudir tanto las buenas gracias del simple Emperador, su destreza, su gallardia, su generosidad, y su grandeza, que èl mui alborozado, y gustoso de oir sus alabanzas, le diò sus sandalias de carmesì, y mandò se las calzasse, y que se llamasse Cesar, y successor suyo en la Corona. Al passo que admirados los demàs, se quedò aturdido Basilino (que assi se llamaba el medio truhan) mirando a Basilio rehusaba el embite. Sintiòse el Emperador, de que tuviesse miedos, y montando en colera, le dixo, que sobre hacer su mandato, a nadie se acobardasse, ni temiesse, que èl podia hacer, y deshacer, quitar, y dar la Purpura a quien se le antojasse, y que aunque havia nombrado por Cesar a Basilio, revocaba el nombramiento, por parecerle se ajustaban en Basilino mejor las Insignias Imperiales. Hizo del ojo Basilio a Basilino, se colgasse las sandalias, y le llevasse el humor, con lo qual se acabò el sarao aquella noche, al modo de comedia, vestido de Emperador, quien entrò truhan, y depuesto del Laurèl, quien entrò Cesar. Miren si en

en un entremès se pudiera hacer mudanza mas ridicula. Consultò Basilio con todos sus amigos aquel caso, con la pesadumbre, y escozor que dexa entenderse, y viendo que no eran para sufridas embriaguezes semejantes, y que si Basilino se alzaba con la cortesia, era fuerza que con el Emperador de su parte, procurasse matar al competidor, se resolvieron de comun acuerdo, madrugar primero, y sin andar por las ramas, irse al tronco. A toda esta deslealtad, y descompostura obliga la ambicion al mas entendido, al mas ajustado, al mas atento. En queriendo un Rey mandar, governar, y regir, se atreverà a su Rey por conseguirlo, sin que baste a refrenarle la mayor obligacion. De nada havia hecho el Emperador a Basilio. A su mismo Trono le avia igualado, y quando a tamaños beneficios se havian de consagrar gratitudes, y reconocimientos, solo de imaginar estorvos, prepara alevosias, y puñales contra el bienhechor. Bien descuidado dormia una noche el infeliz Emperador, quando Basilio, acompañado de los que le pareciò fiarse, dandole passo franco las llaves que èl tenia (ò Magestades, mirad a quien dais las llaves) llegò intrepido hasta el lecho y alli todos juntos embistieron a estocadas contra un Rey dormido, hasta dexarle muerto, y rebolcado en su sangre. Cruel maldad! Brava alevosia, y principio infausto para empezar a ser Rey! Esto fue lo que ahogò a Basilio todas sus virtudes. Este recuerdo le mancillaba sus glorias.

Sin aparato, ni pompa, antes bien a lo secreto, mandò Basilio a un Camarero, que llevasse el cuerpo del el Emperador al Monasterio de Chrisopolitano, y le enterrasse. Envuelto en una manta de cavallo, que le sirviò de mortaja, (cosa lastimosa!) le dieron sepultura. Para que repare todo Principe Christiano a la miseria, y desdicha que està expuesta la mayor soberanìa, y que son juicios de el Cielo que a quien vive como necio, y como loco, muera, y le entierren como tal. Como si huviera Basilio heredado por sangre (aunque si, por la que mal derramò) la Purpura, y la Corona, convocò a todo el Senado, y con mucha Magestad, hizo que todos le prestassen obediencia, quando todos, si miran la justicia, debieran hacer poner-

le en una horca. Por cierto, que siempre que rapasso las Historias de aquellos Emperadores Griegos, tyranos los mas, y rebelados, y homicidas de sus mismos dueños, me causa admiracion de la facilidad con que admitia todo el comun por señor a qualquiera que se alzaba con la Corona fuesse de alta, ò baxa suerte. Decir que era gente barbara, no puede ser quando sabemos, que era Grecia la madre de las ciencias y Athenas el taller de los hombres mas sabios, y peritos que havia en el mundo. Decir, que eran cobardes, y que se amilanaban al Tyrano, menos puede presumirse, quando sabemor, que siempre ha criado Grecia hombres valientes. Diganlo Lacedemonia, que criaba hijos Leones, Macedonia, y Acaya. En què consistiria, pues, aquella facilidad de admitir a un Tyrano hombres sabios, y valientes? Pareceme baxo de la censura de otro mejor sentir, que era permission Divina, para castigo, y oprobrio de Principes descuidados, de Emperadores viciosos. Vivian algunos tan desenfrenados en sus apetitos, tan quebrantadores de humanas, y Divinas Leyes, que a gritos de la razon, deseaban todos que huviera quien ossado les desciñesse el Laurèl, y se apropriasse el Cetro. Con esto, a quien lo emprendia valiente, le daban la investidura, y si governaba bien, continuabase la Corona en su descendencia: pero si lo bastardeaba à lo tyrano, levantaba el Cielo a otro, que lo echasse de la silla. En el quarto Libro de los Reyes (que aun tocaremos todas sus Historias) nos dan las Sagradas Letras testimonio bastante de esta prueba. Un Tyrano mataba a otro Tyrano, y un rebelde a otro; y quien reinaba bien, y administraba justicia, duraba en el Govierno. Assi, no ay que admirarnos, que contra un Emperador como Michael, tonto, y distraido, abrace el Pueblo, y ceda la Corona a quien presume que governarà mejor, como Basilio. Comenzò como un Lycurgo a refrenar demasìas, y ajustar todas las cosas. En lo primero, viendo estaba dissipado, y consumido el Patrimonio Real (todo prodigalidades de su antecessor,) mandò, que todos aquellos, que sin causa mui justificada, y benemerita, huviesse recibido dineros, ò mercedes del Emperador Michael, restituyessen la mitad para la Camara. Ajustòse este pretexto por la incapacidad de Mi-

Michael, porque el Rey no es dueño absoluto de su Real Tesoro, como lo es un particular de lo que es suyo; que este no daña a nadie dissipando lo que tiene, y un Rey empobrece su Corona, y aniquila a los vassallos, malgastando sus tesoros. En esta razon se fundaron nuestros esclarecidos Reyes de Castilla, para cercenar las mercedes, llamadas Enriqueñas, pues como dixe en mi primera parte, tratando del hecho famoso del Rey Don Enrique el Enfermo, huvo ocasion en que los Grandes llenos de riquezas, se estaban banqueteando esplendidamente, y el pobre Rey no tenia en su casa para hacer una cena. A este modo, pues, el Emperador Basilio, cercenò a los poderosos las riquezas mal habidas, cõ que dexò rico el Patrimonio Real, sin cargar ningunos pechos a los pobres. O arbitrio celestial, digno de esculpirse en los corazones de los Reyes!

Prosiguiò Basilio con sus buenos principios de gobierno, poniendo los oficios de Jueces en personas desinteressadas, en hombres limpios de manos, punto el mas essencial en q̃ consiste la buena administracion de la Justicia. Que pensar que quien dexa cohecharse, quien recibe, quien gusta que le den, ha de andar recto, es impossible. Las dadivas, y los dones, tuercen la balanza, è inclinan la voluntad a la parte por do vienen. Y para el reparo que suele hacerse, de que como un Governador, un Consejero, un Juez de un Partido, ha de sustentar la ostentacion de su casa, la authoridad del Oficio, los gastos que se ofrecen, con solos los salarios limitados, sin dexar de socorrerse con aquello que las partes ofrecen de voluntad, ò con lo que fiscalean, ò denuncian los Ministros. Para callar esta voz comun, y reparar este inconveniente, hizo aumentarles las rentas de suerte, que cada uno, conforme era el partido tuviesse lo necessario. Famoso arbitrio de atajar daños comunes, no hacer Jueces a hombres pobres. Mas hizo este Emperador, que señalò de sus rentas alimentos para pleiteantes pobres, porque no pereciesse su justicia. Daba audiencia a todos, y oia todas las causas todo el tiempo que assistia en la Corte. Acudia muchas veces en persona a las Aduanas, y a las partes donde se pagaban las alcabalas, y rentas cuidando, que a nadie se hiciesse agravio, ni se tirasse la barra

con los pobres, sinò que se les hiciesse buen passage. Siempre los Reyes Christianos quieren esso, y los Catholicos, mas que se disimule algo, que no se lleve todo con rigor, que se haga gorda la vista, sino que Arrendadores, y Ministros previerten el orden, y perturban la equidad. Aconteciòle a este Emperador una cosa prodigiosa, que llegando un dia a la Audiencia Real, sita en la gran Plaza de Constantinopla, a oir, como solia, las causas, y querellas de los pleiteantes, y aviendo esperado por algun espacio, no llegasse nadie a pedir justicia, cayò en sospecha, si serìa traza, y negociacion de los hombres poderosos ù de sus Jueces, para que èl no supiesse las querellas de los miserables, y assi despachò a muchos de sus Guardas, que publicassen por toda la Ciudad, que si avia algun agraviado, acudiesse a la Plaza a decir de su justicia ante el Emperador, donde esperaba solo para el caso. Volvieron los Ministros, diciendo, no avia persona que tuviesse de que quexarse. Llenòse el Emperador de alborozo, y de ternura, que se assomò a los ojos, dandole a Dios gracias infinitas de tener su Monarquia tan quieta, y bien governada.

Al modo que en la paz, diò Basilio en la guerra muestras grandes, coronando sus tymores de trofeos, y ganando victorias señaladas por medio de sus Capitanes. Mostròse mui celoso de la Religion, edificando muchas Iglesias, y Templos, haciendo reparar los que estaban maltratados. A fuerza de hacerles mercedes, reduxo a muchos Judios, que se tornassen Christianos. los de Rusia, que eran Gentiles, y sugetos a su Imperio, les hizo recibir Predicadores, para reducirlos a la Fè, y que se bautizassen. Mediante un milagro consiguiò esta empressa. Fue el caso, que como los tuviesse ya cathequizados un Santo Obispo, para recibir el Agua Santa, que borra, y limpia las culpas, algunos de aquellos los mas pertinaces, hablando por todos, le dixeron al Obispo, que no se avian de bautizar, menos que no les hiciesse algun milagro, de los que predicaba hechos por Christo, y sus Apostoles. El Obispo, abrassado en zelo de Dios, y con tanta confianza como otro Thaumaturgo, vino en el concierto, y dixoles, que pidiessen el milagro que querian. Respondieron los Barbaros, que fuesse echado en el fuego el Libro de los Evangelios, y que sino se quemasse se bau-

bautizarian. El Santo Obispo levantò al Cielo las manos, y los ojos, y pidiòle a Jesu Christo que mirasse por su causa. Echò el Libro en una hoguera, a vista del gran gentìo que ocurriò a la novedad, y aviendo estado entre las llamas por largo espacio de tiempo, saliò sin lesion ninguna, como el Missal Mozarabe en Toledo. Con esto recibiò el Santo Bautismo toda aquella Provincia.

Yà hemos visto a este Emperador zelador de la Justicia, Padre de Pobres, conservador de la Paz, afecto al Culto Divino, mui mirado en todo. Pues reparese desde aqui, y se verà con la facilidad, que se ladea al agravio, y se hace a la sinrazon. En dos casos lo mostrò Basilio. Vno por verse tocar en su delito. Otro, por dexar llevarse de un chismoso: para que atienda, y repare todo viviente desde el mayor al menor, que en tocandoles a las Magestades, yà sea en las costumbres, yà sea en la Corona, se deban arrastrar de su passion, sin que baste a refrenarlos todo un tropel de virtudes. Y assi no se espante nadie, que nuestro David, creido de un chismoso, se muestre apassionado, quando por maravilla avrà Rey que escape de esto. Sucediò, pues, que como al principio de su Imperio fuesse un dia Basilio a la Iglesia Mayor de Santa Sophia, * a oir Missa, y a assistir a los Oficios con el aparato, y pompa que sale una Magestad en actos semejantes, le saliò al encuentro el Patriarca Phocio, (como quando San Ambrosio saliò a Theodosio en Milan) e impidiòle la entrada, dandole por excomulgado, por haver sido homicida de su mismo Emperador. Volviòse Basilio à su Palacio, abochornado, y sentido, no como Theodosio compungido, y penitente. Ver que el Patriarcha tenia razon, hizo obedecerle. Ver que se le havia atrevido, le hizo armarse de venganza. Que ay Principes, que aunque vean, y conozcan, que en fulminar Censuras contra ellos procede el Eclesiastico ajustado, se toma de la honra, y se agravian, porque no se les suple el tal castigo. Al modo, pues, de estos fue nuestro Emperador, pues quando veia que era merecedor de aquella pena, y que el Patriarca cumplia bien con su oficio, se diò por mui afrentado, de que a un hombre como èl se huviesse atrevido nadie a echarle de la Iglesia. Juròsela, pues, y procurò el despique, como po-

* Sophia no es nombre de alguna Santa, sino q̃ significa sabiduria.

poderoso. Hizo juntar Concilio, y propuso, como el Patriarcha Ignacio havia sido depuesto injustamente por su antecessor, y que assi contra derecho ocupaba Phocio aquella Silla. Esta fue la proposicion. Probòla como quiso; y salió decreto, que fuesse restituido Ignacio a su Dignidad, con que quedó Phocio despojado. Este es el modo que tienen de vengarse los poderosos, ò echar de sus Estados los Obispos, ò buscar con que privarlos. Nunca nuestros Reyes Catholicos lo han permitido, por mas que algunos Jueces lo han amenazado. Son, en fin, las Columnas de la Fè, y guardan todo decoro à los Vicarios de Christo y su Iglesia. Borró Basilio con este hecho los famosos tymbres, que avia adquirido de recto, de justiciero, y de piadoso. Arrastrado de su passion propria, rompiò por la justicia, y procediò vengativo. Passemos ahora al chisme de tocarle en la Corona, que es lo que nos trae.

Avia creado Basilio en Cesares a sus tres hijos, ya buenos mancebos, porque no faltasse la Corona en su familia; que como la adquiriò tyrano, no queria perderla negligente. Muriòsele, pues, el mayor, llamado Constantino, y a quien mas amaba; con que Leon, que era el segundo, quedò proximo al Imperio: y aunque las gracias, y habilidades de este eran amables, no bastaba a olvidar la pèrdida de el otro. Los sentimientos que hizo por su muerte, fueron estremados, hasta procurar quien milagrosamente se le diesse vivo. Fue el caso, que como tuviesse en opinion de Santo a cierto Monge, y Obispo, llamado Theodoro Santavareno, que dado a la Nigromancia, hacia que sus embelecos pareciessen santidades. Rogòle con grande instancia, que le mostrasse a su hijo, que sòlo con verle vivo, y abrazarle, estaria gustoso. Cumpliòse al Emperador este deseo, mediante los engaños de su diabolica ciencia, haciendo que se le apareciesse Constantino, bizarro, y hermoso, y puesto a cavallo. Abrazòle el padre alborozado, y alegre, y desvaneciòse al punto la apariencia, milagro propriamente de tramoya. Al passo, pues, que el Emperador estaba mui creido de estas hechicerias, y abusiones, su hijo Leon con mejor juicio, abominaba de ellas, y al Monge Santavareno le miraba de mal arte, llamandole de Embaydor, y de embustero.

Sen-

Sentido, pues, el tal Monge, y abrasado de que un Principe rapaz le ultrajasse de aquel modo, tratò de vengarse de èl a lo santo, como dicen: esto es, con capa de santidad, hacer tiros de demonio. Libreos Dios, que quando un cuellitorcido se os dà por contrario, si tienen sobrecogido al Principe, ò al señor, porque os tirarà de muerte por baxo de cuerda, al tiempo que os estè besando los pies, y haciendo santurronerias semejantes. Y para que no imagineis que hablo de cabeza, mirad lo que hace este Monge. En vez de indignarse de las palabras, y oprobrios que el Principe le decia, hecho un santo por de fuera, bien que un demonio por dentro, tomaba por burlas, y por gracias las que eran veras, y celebrabalas con una falsa risa, haciendole al Principe mil cariños, y agassajos, y dandose por mui suyo. Quien avrà que no dexe engañarse, y mas si es noble con tales ceremonias? Porque mostrar el ofendido sumissiones, y humildades à quien le està injuriando, quien no ha de pensar que lo hace de santidad, y de virtud? Que le haga yo una injuria a quien està tenido por santo, y virtuoso, y èste en vez de agraviarse, se me arroje a los pies, y me los bese, como he de presumir que lleva en esta accion rebozada la venganza? Pues ojo a estos santurrones en no fiaros dellos, ni creerlos, si los aveis enojado. Mui creido, pues, el Principe Leon de aquella voluntad, y afecto, que Santavareno le mostraba, aunque forzando su natural, diò en no desestimar del todo las caricias que le hacia, que harto ingrato, y cruel ha de ser un hombre, que a quien se le muestra familiar, y amigo no le harà siquiera buena cara. Quando yà tuvo Santavareno bien entablada esta amistad, y familiaridad con el Principe, sabiendo que un dia havia de salir a caza con su padre como solia otras veces, aconsejò como zelador de lo que le estaba bien, que no saliesse jamas sin llevar consigo algunas armas, ò un puñal siquiera para poder socorrerse en mil lances de fortuna que se ofrecen en un monte, ya en el encuentro de una fiera, ya la alevosìa de un traidor. Hase de advertir, que era ley de aquel Imperio, que el hijo no pudiesse llevar armas delante de su padre. Miedos de poca fidelidad, miedos de tyranos. Replicòle el Principe al buen Consejero, con esta costumbre, ò esta ley, y

que

que no serìa acertado dar enojos, ò sospechas a su padre. Satisfizo el Monge, diciendo, que para un puñal podia llevarle oculto metido en un borcegui, parte secreta para que nadie lo notasse, y parte acomodada para poder arrancar de èl si se ofrecia ocasion. Abrazò el Principe el consejo, y el arbitrio, quizà contra su dictamen, y luego Santavareno se fue al Emperador, y dandole a entender, que mediante su virtud, sabia lo mas oculto, y que eran revelaciones divinas, sus engaños, y maldades, dixole mui a lo compungido, mui a lo camandulo, que guardasse su vida, porque su hijo el Principe Leon andaba por matarle, y que si queria ver la verdad patente, tuviesse cuidado, y en yendo con èl a caza, de hacer que le mirassen, y le hallarian un puñal escondido, y guardado para el caso.

Quien sino un Santavareno, quien sino un hypocrita urdiera tal maldad, y semejante traicion! El mayor enemigo, el mayor demonio trazàra tal engaño? Luego bien digo, que os libre Dios de enemigos santurrones, de aquellos, que ĕbarujados con capa de virtud, meten la lanza hasta el encuentro. Apenas oyò Basilio la falsa acusacion, quando al punto quiso hacer la prueba. Sin el gusto que otras veces, dispuso salir a caza, mandandole al Principe que le acompañasse. El engañado joven, por cumplir con el consejo de su encubierto enemigo, tomò un famoso puñal, y escondiòle entre el borcegui. En llegando al monte mandò el Emperador a los de su Guarda, que mirassen si llevaba el Principe algunas armas secretas. Qual se quedaria Leon con el inopinado susto, discurralo el curioso, siendo causa su turbacion de avivar mas la sospecha. Hallaronle, pues, el puñal, y sin mas averiguaciō, ni mas prueba, y sin querer escuchar los descargos del Principe inocente, mandò el Emperador echarle mano, y que le llevassen presso: Sentenciòle al punto à que le sacassen los ojos, atizando para ello aquel bendito Monge, que tan cauteloso, y astuto, tomò para su venganza aquel enredo. Por ruegos comunes del Patriarca, y los Grandes, se templò la sentencia, permutandola en una obscura prision, donde aherrojado, y triste sentia, y lloraba el Principe sus cuitas. Mirad en lo que ha parado la rectitud del Emperador Basilio, lo justiciero, lo mirado, lo aten-

atento. Quien desagraviaba a todos, quien sin mucha prueba no condenaba a nadie condena a su mismo hijo, solo por un chisme, solo por un embeleco, por una acusacion falsa, por hallarle un puñal, sin saber el para què, porque se lo dixo un Monge, un abrigado, un embustero; y porque topaba el chisme en decir querian quitarle la Corona. Que en llegando a esto, aunque sea un Rey tan santo como David, perderà los estrivos, y con la acusacion sola condenarà a un inocente. Yà lo vimos en la sentencia que diò contra Miphiboseth, por la falsa acusacion de Siba. Mas no se quexe, no, Miphiboseth, pues siendo un Principe estraño, y de diferente Alcuña, solo le sentencia a pèrdida de bienes, sin tocarle en la persona; pero al Principe Leon, su mismo padre le manda sacar los ojos, y darle carcel perpetua. Aplaque pues, sus sentimientos, a vista de estos rigores, y aplique sus quexas a vista de estas cuitas. Si a el le ha vendido un Siba, a estotro un Santavareno, uno esclavo, otro hechicero: què mucho que hagan traiciones? Fenezcamos esta Historia, para que vea el curioso de la suerte que se revocò esta sentencia del Emperador Basilio: que en llegando a su lugar, referirèmos tambien del modo que David templò la suya.

En una obscura Torre, y cargado de hierros passaba el Principe Leon vida amarga, sin que los llantos comunes aplacassen a su padre. Suplicas, y ruegos en esta materia, solo servian de acedarle mas; pero lo que no pudieron hombres, lo vino a conseguir un simple pajarillo. Modos que dispone el Cielo, para que una innocencia no peligre, quando no pueden, ni bastan otros humanos remedios. Sucediò pues, que como tuviesse el Emperador Basilio combidados a su mesa à todos los Senadores, y Grandes de su Imperio (cortejo, y agassajo, que acostumbraba hacer algunas veces) à lo mejor del comer, comenzò en lùgubre tono a cantar un Papagayo, que enjaulado en una de las ventanas de la galeria, era como maestro de otras diversas aves, que en dulces melodìas lastimaban el oido, diciendo mui lastimados: *O Leon! Leon!* Palabras, que havia aprendido de averlas oido muchas veces a un Familiar del Principe, llorando por èl. Fuè tanta la lastima que causò a todos la nove-

ve-

veuad, que levantandose de la mesa enternecidos, y llorosos, se echaron a los pies del Emperador (que no menos que ellos se hizo tambien al llanto) y le suplicaron se apiadasse de Leon su hijo, pues yà hasta los paxaros lloraban, y sentian su prision. No pudo Basilio dexar de otorgar el ruego, quando como padre estaria (claro està) mas lastimado. Sacòle, pues, de la carcel, y volviendole a su gracia, le restituyò la Dignidad de Cesar, de que le avia privado; y despues de muerto èl, le sucediò en el Imperio. En esto fue mas bien librado Leon, que Miphiboseth, pues al fin, deshecha la maraña, le volvieron a Leon todo lo que le havian quitado, el Imperio, y la Corona; pero al pobre Miphiboseth (como veremos adelante) solo le restituyò David la mitad de los bienes, y la otra mitad dexò al embelecador. El fin de Basilio, porque concluyamos con su Historia, fue desgraciado. En una caza se le trazò su muerte. Andando en el monte, se le puso delante un ciervo feroz, y al tiempo de ir a herirle con su estoque, chocò con èl la fiera, metiendole por entre el cuerpo, y el cinto una de sus ganchosas ramas, le arrastrò por la maleza, y aunque le socorriò un criado, cortando la ligadura, quedò tan atormentado, que muriò en breves dias. Ojo al escarmiento todo Principe, en no dexarse llevar de hombres chismosos, ni creerse facilmente de Santavarenos, embelecadores, y mal intencionados.

EXEMPLO SEGVNDO.

Authores desta Historia, Pol. Vir. lib. 27. Pin. 4. p. lib. 2. cap. 35. q. 36.

OTro caso memorable nos cuentan las Historias Inglesas, para que se vea lo vidrioso que es tocarles a los Reyes en la Corona, y lo facil con que en esta parte se arrastran de su passion, y tuercen la justicia. En aquel tiempo tan calamitoso, en que el Rey Henrico Octavo se hizo a la heregia, volviendo las espaldas a la Iglesia, sucediò que el Conde de Sore, hijo del Duque de Norfoc, Grande en aquel Reino, y mui emparentado con la sangre Real. Este Conde, pues, por curiosidad, ò por divertimiento, ò por dexar memorias para en adelante de la grandeza de su casa, hizo pintar en un lienzo las Armas de su padre, juntas con las de el Rey, con nna vanda, ò xarretera al rededor, y una le-

letra que decia: *Hasta entonces no es ansi.* Sobre la tal pintura hizo poner con mucha sutileza, una tela matizada de suerte, que no se pudiesse ver lo que encubria, ni nadie pudiesse adivinarlo, sino es sabiendo el secreto. Y como estas curiosidades, sino se descubren a alguna persona para que las sepa, y las celèbre, parece son obras muertas, mostrò el Conde el lienzo, y revelòle el secreto a una hermana suya, que fue casada con un hijo bastardo del Rey Henrico. La doncella se lo dixo a su padre, y el Duque como prudente, sintiò mal de ello, y reprehendiòselo al hijo, advirtiendole, no llegasse a oidos del Rey, porque podria achacarles por traicion lo que era curiosidad. Respondiòle el Conde a esto, que aquellas Armas Reales havian sido de sus antecessores; y que pues èl las tenia mas merecidas, a fuerza de servicios, y de hazañas, para què escrupulizaba que lo supiesse el Rey, y el mundo? Con todo le replicò el Duque, que no lo dixesse a nadie; porque aquellas materias, aunque sean verdades desazonan à los Reyes, y con poco que atice un mal intencionado, suelen venir a ser causa de mucha pesadumbre. Profetizaba el buen viejo la ruina, y desdicha que vino por su casa. Abrazò el Conde el consejo, sin revelar a otra ninguna persona la pintura.

Passando mucho tiempo despues de esto, sucediò, que la hermana de este Conde, aviendo enviudado de el Principe hijo de Henrico, con quien estaba casada, como quedasse moza, hermosa, y de buen brio, diò en admitir galanteos, que desdoraban su fama. Estos amores, y esta desemboltura, debia de andar tan publica, que vino a llegar a oidos de el hermano: Harta mancilla, quando a un hombre de prendas le assaltan tales rumores! El Conde, que como hemos visto, fuera de ser quien era (que era mucho) tenia humos Reales, despues que con pocas diligencias viò que era verdad lo que se decia, se diò por tan afrentado, y tan sentido, que quiso hacer un todo en venganza de su afrenta. Huvieralo acertado, por mas que le doliera: que a veces la piedad en estos casos, daña al ofendido. Mirando en inconvenientes, procurò con medios mas suaves, ver si podia atajar aquella llama. En lo primero quiso negociar de bien a bien, que en todas materias, y mas para mugeres, suele

ser.

ser el mejor medio. Hablò, pues, a su hermana, con mas ternura, y cariño que pudiera un padre. Significòla lo mal que se hablaba della; el escandalo que avia, los daños que resultaban descreditos del honor, manchas de la sangre, notas de lo noble, valdones del vulgo. Dixola a este tenor muchas cosas, mezcladas con sus ruegos. La señora era tan libre, tan descocada, tan desembuelta, que haciendo risa, y donaire de la proposicion, y consejos de el hermano, negando, como suelen las mugeres, lo que no la estaba bien, y cargando de oprobrios a quantos la murmuraban, dixo, que ella vivia mui honradamente, y que no tenia nadie, que fiscalearla las acciones, ni inquirirla sus costumbres. Porfiò el Conde otras muchas veces en hacerla cargos, hasta venir a llegar a rompimiento, trocando en fieros, y amenazas, las amonestaciones, y los ruegos. Ella entonces picada, y ofendida, hablò sus libertades, con que la pesadumbre vino a llegar a terminos de negarla el Conde por hermana, sin querer mas verla, ni hacer de ella la estimacion, y aprecio que solia. No hai para las mugeres mayor bofeton que ver que las menosprecien; mas las duele esto, que aunque quitarlas el honor (ya lo vimos en Thamar) que como el forzarlas nace de aficion, y el menosprecio es odio, de mejor gana toleran una fuerza, que verse aborrecidas, y dexadas.

Sentida, pues, sumamente esta señora viuda, qual vivora ponzoñosa derramando encono, juròsela al hermano, y procurò la venganza, fundandola en ir al Rey con el chisme de las pintadas armas. No se le puso por delante el riesgo q̃ a su padre el Duque le corria, y a los demàs de su casa. Por todo rompiò cruel a fuer de muger liviana, que las que pecan de este achaque, como tienen ya perdida la verguenza no hacen caso de padres, y parientes, el idolo de sus gustos es solo lo que respetan. Como zelosa, pues, de la Magestad Real, (bien lo fingiria) se fue a los pies de Henrico, y acusò al Conde su hermano sobre el pintado lienzo de que queria usurparle la Corona, y que ella como leal, y sabidora sola de aquel caso, le daba aquel aviso por no incurrir en el crimen. Bien entendido era el Rey (aunque harto desentendido despues que se hizo herege) y asi sin alterarse del chisme juzgãdolo por tal, si ya no fuesse usar del dissimulo, despidiò la

la nuera, diciendola, que sino era mas de haver pintado las armas, sin declarar la intencion, ni a què fin, no era cosa de importancia, que la estimaba el aviso, pero que se sossegasse, que èl lo estaba.

Con esta sagacidad recibiò el Rey la acusacion contra el Conde, por no espantar la caza, como dicen; pero apenas despedida la señora, quedò solo, quando el rescoldo que le abrasaba el pecho, comenzò a centellear por los ojos, y la boca. Como el Conde era de la Real Alcuña, y por su persona querido comunmente, y estimado, el Duque poderoso, y Capitan valiente; yà le parecia al Rey que le quitaban el Cetro, y le usurpaban el mando. Consultò el caso con el Duque de Somerset, y con Pagete su Secretario, hombre vil, y grande herege, y ambos mui opuestos a la casa de Norfoc. Dixole lo que su nuera, y hermana del Conde de Sore le avia revelado, y pidiòles parecer de lo que haria? Respondieronle, que hiciesse prender al Conde, y que se traxesse el lienzo donde estaban pintadas las armas, para que vistas se examinasse el pretexto con que avia mandado hacerlas. Sin mas consulta mandò al punto el Rey al Capitan de la Guardia; que en viniendo el Conde à Palacio le prendiesse. Executòse el mandato, guardandole al Conde el aire, y cogiendole mui sobre seguro. Llevaronle a la Torre, carcel bien nombrada en aquel Reyno, y donde Reyes, y Reinas se han visto encarcelados, y yendo luego a sus casas tomaron la pintura, y llevaronsela al Rey. Hizose alarde de ello para que cada uno dixesse su parecer, y sentir. Quitaron el rebozo, que la dissimulaba: vieron las Armas Reales en el Escudo del Conde. Leyeron el mote, que decia: *Hasta entonces es ansi.* Y apenas le leyò el Rey, quando ciego de colera, y enojo, arrebatò del lienzo, y hizole pedazos. Mandò luego que votassen penoso del castigo. Bien varios andaban todos; los bien intencionados lo echaban a buena parte: los emulos labraban en lo peor: los neutrales se encogian de ombros. Tomòse, pues, acuerdo en que se le tomasse la cõfession al Conde para ver si por ella se rastreaba el intento. Nombraronse para el caso a algunos Grandes Señores, y entre ellos al mismo Duque de Norfoc, padre del presso, que quando supo la prision del hijo, hizo sentimiẽtos notables.

Mu-

Muchos que ignoraban la zalagarda, presumieron que pues iba el Duque por juez acompañado, avia de tener el Conde sentencia de padre Alcalde; pero en aquella honra iba solapada su prision a causa que la traidora hija le havia acusado tambien de sabidor del secreto. Ojo a lo que son mugeres, pues a padres no perdonan.

Llegados a la torre, y siendo el Conde preguntado en el designio que avia tenido en pintar aquellas Armas, y encubrirlas? Respondiò, que no avia sido mas que por refrescar la memoria con pintar lo que era suyo, pues bien era notorio que aquellas Armas las avian tenido sus antepassados de tiempo immemorial, y eran tymbre de su casa, hasta que el Rey Henrique Septimo, sobre ciertas desazones, se las quitò al Duque su padre, sentimiento honroso, que estaba siempre fresco en sus memorias. Preguntaronle por el misterio del letrero, y satisfizo, de que no avia otro mas de que se estarian aquellas Armas assi ocultas, y encubiertas, hasta que el Rey se las restituyesse a fuer de sus servicios. La salida fue mui buena, sin que quedasse al parecer en que morder la embidia. Fueron con la confession al Rey, despues de haver dicho al Duque Norfoc, que se quedasse presso, que este fue el intento de llevarle hasta la Torre con engaño. Conocese que le temian, ò ya por ser quien era, ò ya porque tenia manos. Permitieronle dos criados para su servicio, y uno al Conde. Pressos de esta suerte padre, è hijo, en su quartel a parte cada uno, repassaban sentimientos, y cuydados, poco alivio à tanta pena. Temiendose, pues, el Conde, de que con la enemiga de sus emulos, podria ponerle el Rey alguna apretura, anduvo buscando modos para huir de la prission: que el negociar desde a fuera, siempre tiene mas caminos. El quarto donde estaba caìa junto al rio, y reparando que por un desvan, donde dormian dos guardas, podria descolgarse, tratò de matar à aquellos, y salvar su vida. Resuelto en este parecer, llamò a Martin su criado, de cuya fidelidad estaba muy satisfecho, y dixole, que con todo recato le llevasse un puñal, que a la media noche le esperasse con un barco junto a Santa Cathalina, sin que aun a su mismo hermano revelasse cosa alguna. Entendido

el

el criado de el designio, y aprobando, que el salto de mar a es el mejor rogador para los presos, al tiempo de llevarle la comida, llevòle el puñal, y escondiòle entre la cama. Hecho esto, fuesse a percibir el barco para esperar en el puesto en siendo hora. El Conde se fingiò algo achacoso, y acostòse mas temprano que solia, porque los dos de guarda durmiessen mas descuydados. Todo lo desbarata la fortuna, quando da en mostrarse adversa. Fuè el caso, que las guardas estaban aquella noche de posta en el Castillo, y dixeronselo al Conde, que lo sintiò harto: mas con todo echando el pecho al agua, como dicen, levantòse a media noche, y pisando con silencio, se fue al desvàn para descolgarse al rio. Debieron de sentirle, ò acaso fueron las guardas a verle, quando no hallandole en su cama, acudieron al desvàn alborotados, al mismo tiempo que el Conde tenia ya el cuerpo fuera, y asido con la una mano a la ventana. Travòle uno del brazo, y a las voces, y al ruido, se juntò toda la chusma, y echandole prisiones, bolvieron à su quarto.

Apenas fue de dia, quando ya se sabia en toda la Corte lo sucedido, alegròn para los mal contentos, si pesar para los desapassionados. Martyn, que esperaba con el barco, se puso en cobro antes que le asiessen, con harta lastima de no haver logrado el lance. Con la intentada fuga de el Conde, añadieron mucho cuerpo a la causa los opuestos. A publica audiencia, y rodeado de mil alabarderos, le sacaron un dia para hacerle cargos de nuevo, y sentenciarle. Satisfizo el Conde a todo como de primero, en que no era delito retratar las armas que en la Iglesia de Norfoc se miraban grabadas, como suyas, y de sus primogenitores. Ni menos era culpa ocultarlas, y encubrirlas, hasta esperar ocasion que el Rey gustasse de ello. Ni tampoco lo era querer huìr de la carcel, quando tenia enemigos ganosos de destruìrle. Replicòle el Secretario Pageta, mui a lo soberano, y el Conde, con verse de aquella suerte, le puso como quien era, diciendole muchas quemazones. En fin, sin mas causa que la referida, fue sentenciado el desgraciado Conde a degollar, y su padre el Duque a carcel perpetua, y pèrdida de bienes, rigor que llenò de lagrimas a todo el comun, y cubriò

de luto à toda Inglaterra. Miren, y reparen los curiosos à la luz de aqueste Exemplo, lo que causa un chisme, y una leve acusacion, en topando con los Reyes el pecado venial, es grave crimen. Aunque sea falso testimonio, se cree como verdad; y aunque el Rey sea entendido, y justiciero, se hace a la passion, y al odio. Consuelese, pues, el coxo Miphiboseth, que hartos compañeros tiene en su desgracia; y agradezca al Cielo, que topò en David suchisme, que si encontrara con un Rey de Inglaterra, no le dexàra, como dicen, para sastre, coxo, y pobre, como le dexò David, sino que en un cadahalso le quitara la cabeza.

CAPITVLO DOCE.

EN QUE SE PROSIGUE LA FUGA DE DAVID, EL MALdecirle Semey, y deshacer Chusi los consejos de Achitophel.

2. Reg. c. 16. & 7. Tex y Glosa Lyr. y el Abul.

DEspues que David huvo premiado, en pago del presente, al lisongero Siba, prosiguiò poco a poco su viage por la ladera del monte, àzia la Ciudad de Bahurin, sita en aquel territorio. Passaron por la orilla, y en descendiendo al llano, se puso su gente en orden, y tomaron el camino del Jordàn. El Rey con su familia iba enmedio: luego el demàs gentìo, y por uno, y otro lado les iban haciendo escolta los Esquadrones de guerra, Capitanes, y Soldados. Poca atencion, y poca fidelidad tuvieron con su Rey los de Bahurin, pues viendole passar de aquella suerte, ni sacaron un refresco, ni dieron la menor muestra de aloxarlos. Como tocaba aquella Ciudad al Tribu de Benjamin, * parentela de Saul, manifestaron el odio que tenian con David, en no hacer caso de èl, viendole caìdo. En especial, mostrò su encono un Ciudadano de aquellos, llamado Semey, mui pariente de Saul, y mui desvergonzado, y atrevido. Quando echò de vèr, que yà David, y su gente marchaban, por el valle, saliòlos siguiendo por una cordillera, falda del monte, guarnecida de peñascos; y como quien habla desde lugar seguro, los comenzò a apedrear, y a decir contra David muchas injurias. Dabale la vaya (que assi se dice en nuestro

Ciudad llamada Bahurin del Abul. c. 17. q. 11 in fin

tro Castellano) diciendole ossado, y libre: *Vaya, vaya el sanguinolente, el matador de buenos, el usurpador de la Corona, que yà le ha dado Dios el pago de lo que ha hecho con la Casa de Saùl, permitiendo, que su mismo hijo le quite el Reino, y le arroje de su Corte: Castigos son merecidos, y males bien empleados. Vaya, vaya, y pague lo que debe.*

Con semejantes libertades ultrajaba Semey à un Rey tan Soberano como David. Tanto como esto puede la desgracia con el que vè caìdo. El hombre mas vil se le atreve, el mas desventurado hace su suerte con èl. Valgaos Dios por humanas glorias, y què bien os llaman representadas, pues a un baiben de la fortuna, quien se mirò mas soberano, se halla qual Rey de Comedia, que hecho su papel, se queda un pobre mendigo! O què bien en este caso! O que al vivo lo consideraria David, dando harto dechado, y materia para que todos los Principes del mundo consideren lo que son, y la facilidad con que se deshace la pompa, y acaba la Magestad. En vez, pues, de irritarse el Santo Rey, en vez de hacer castigar aquel atrevimiento, se hizo todo à la paciencia, escuchando manso, y tierno los baldones: *Mucho mas merecen* (diria para consigo) *dime mas, Semey, dime mas, que razon tienes.* Todo el Exercito callaba, como via que callaba el Rey. Unos no hacian caso, juzgandole por loco: otros, por no irritarle, se hacian desentendidos. Solo Abisai, hermano de Joab, hombre arrojado, y valiente, se apurò de paciencia, viendo la desemboltura, y dixole a David: Què razon ay, señor, para que este perro nos ladre de esta suerte, y nos vaya afrentando deste modo, cargando a V. Magestad de vituperios? Deme licencia, le suplico, para que vaya, y le corte la cabeza. Indignòse mucho David de ver a Abisai irritado, y en vez de agradecerle el obsequio, le reprehendiò severo, y le dixo: *Sossegaos, os digo, y dexad Semey que me maldiga, y me cargue de afrentas, que pues èl se atreve, y lo hace, creed que no es acaso, sino que Dios se lo manda, en castigo de mis culpas. Atreverse un hombre solo, à vista de un Exercito, à afrentarnos de obra, y de palabra, bien se dà à entender que Dios le inspira, y que le dà alientos para ello. Demàs, que què maravilla que un deudo de Saul haga conmigo estos desafueros, quando un hijo que engendrè, veis que me busca la vida, y*

me echa de mi caſa? Y aſsi nadie ſe alborote, ni ſe dè por ſentido. Apedreeme Semey, digame ultrages, echeme maldiciones, que quiçà, llevandolo en paciencia, mirarà Dios mi afliccion, mi anguſtia, mi deſconſuelo, y me bolverà à mis bienes, y ſacarà de trabajos. O que razones tan ſantas! O què Chriſtianos diſcurſos, dignos de eſculpirſe con letras de oro en los pechos! Quando ſucede el trabajo, quando viene la afrenta, la deſdicha, la deſgracia, no airarſe, no, ni enojarſe con los que ſon inſtrumentos, ſino hojear el libro de la memoria; ver ſi ay culpas que merezcan tales males (que en los mas ajuſtados aun no faltan) y ſufrirlos con paciencia por caſtigos, ſacrificarlos a Dios, y eſperar en ſu bondad el vencimiento. Eſto miſmo hace David, y eſto ſolo le bolverà a la altura.

6 Paſsò David los Valles de Baurin, y Semey, canſado de tirar piedras, y ronco de dàr voces, ſe bolviò a ſu caſa. Canſado, y fatigado llegò el Exercito a las orillas del Jordàn, cerca de la Ciudad de Jericò, montañas frondoſas, que ſirviendo al rio de murallas, y trincheras, ſon ſeguro alvergue de todo foragido. Pareciòle a David acomodada eſtancia para eſperar las nuevas de lo que paſſaſſe en Jeruſalèn, porque ſobreviniendo algun rebato, con paſſar el rio, podria ſalvarſe el rieſgo. Sentaron, pues, alli Real. Dividieronſe en ſus ranchos, y con la proviſion poca qne llevaban, dieron algun recreo a la fatiga, ſupliendo la hambre los picantes del aliño. Comidos ya, y ſatisfechos, mientras què los demàs ſe daban al deſcanſo, hurtòſe David de entre el bullicio. Buſcò lugar ſecreto, y tomando por aſſumpto a Abſalon rebelado, a Achitophel fementido, y a Semey maldiciente, todos tres enemigos declarados, levantò a Dios el eſpiritu, y compuſo eſtos verſos.

Pſalm. 3. Tex. y Gl.

Pſalm. 3. *QUE COMPUSO DAVID QUANDO IBA HUYENDO de Abſalon, y le maldecia Semey.*

Domine qui multiplicati ſunt &c.

POR què, Señor, decidme, ſe coliga
Tanta ya, contra mi, turba enemiga,
Y a mis tribulaciones
Penas ſe multiplican a montones
Todo Iſraèl ingrato,

Con

Con el marcial estruendo, y aparato,
Contra mi se conjura poco atento.
Y entre tanto dolor, lo mas que siento,
Es vèr, que Architophel, mi Consejero,
Ande sembrando voz grave, y severo,
Que porque matè à Vrias,
Y librè en Bersabè delicias mias,
No me ha de dàr Dios bonanza alguna,
Ni volverme à mi prospera fortuna:
Semey dice lo mismo, pues ossado
Me ha dicho afrentas, piedras me ha tirado.

Multi dicunt animæ meæ, &c.

Pero vos sois, Señor, mi amparo, y gloria,
Y en quien espero me dareis victoria,
Dexandome las sienes coronadas,
A pesar de sus muchas sobarbadas.

Tu autem Domine susceptor meus es, &c.

A voces os llamè, quando afligido
Penetraba del monte lo escondido,
Y vos, desde Sion, sè que me oìsteis,
Pues consolasteis mis congojas tristes,
Y como quien despierta de un letargo,
Del pecho sacudì mi llanto amargo.

Voce mea ad Dominum, &c.

No temerè millares de Esquadrones,
Aunque me cerquen, y echen los cordones
A la Ciudad, ò Pueblo en que me acoja;
Pues no puede haver pena, ni congoja,
Donde vuestra piedad que invoco immensa,
Està restada para mi defensa.

Non timebo milia, &c.

Yo sè, Señor, mi alma lo adivina,
Que han de llorar al cabo su ruina,
Los que sin causa (confiesso no la he dado)
Me han mordido en la honra, y censurado;
Semey, y Achitophel son pregoneros,
Mas teman, teman los castigos fieros;
Que para castigar agravios tales
Guarda el Cielo cordeles, y puñales.

Quoniam tu percussisti, &c.

Con semejantes exercicios divertia David sus cuitas en aquel desierto. Dado a la oracion, esperaba confiado, triunfar de sus enemigos. Dexemosle aqui, y vamos a Jerusalen, à vèr una gran consulta que se està haciendo, sobre el disponer la guerra. Despues que Absalon se huvo apoderado de la Casa Real, y deshonrado a los concubinas de su padre, con aquella desverguenza que dexamos referida, pareciòle a Achitophel, que todo el logro del lance, consistia en dàr luego tras David, antes que se rehiciesse de fuerzas, y gente. Acertado consejo, si Dios no le contrastàra, porque en todos casos, y mas en estos de guerra, y especialmente de levantamientos, es siempre la diligencia la madre de la ventura. Bien lo ha experimentado, y llorado Castilla en hartas ocasiones, y aun hoi lo estamos llorando, y los de Portugal triumphantes, y gozosos. Si mucha diligencia ha usurpado dos veces la Corona; y assì pienso que Achitophel tenia de Portuguès un algo, ò que los Portugueses tienen de Achitophel mucho. Dixòle, pues, al Infante su parecer, en esta forma. Si quiere V. Alteza verse Rey sin embarazos, y que todo Israel le ciña la Corona, y le preste obediencia, permitame que elija a mi gusto doce mil Soldados, mil de cada Tribu, porque ninguna se sienta, y que yo por Cabo de ellos, siga a David esta noche. Darè sobre èl inopinadamente. El descuido, y la fatiga de los suyos, es fuerza le ayuden poco, con que podrè con facilidad matarle; y faltando su Cabeza, la guerra queda concluida, y el Reino a V. Alteza asssegurado.

Pareciòle bien a Absalon el consejo. Comunicòlo con los hombres mas ancianos, y expertos, que le assistian para los negocios, y todos generalmente dieron por acertado el parecer. Que era para el caso bueno, no ay quien no lo confiesse. Las mismas congruencias, las circunstancias, los requisitos lo estaban publicando. Pero no quiso el Cielo que se le lograsse al traidor su buen discurso, que aunque (como acà decimos) sabe el diablo mucho, es Dios el que sabe mas. Aqui entrò el aceptar las suplicas de David, entonteciendo, y desbaratando los consejos, fuertes de un traidor bien entendido. Permitiò pues, que Absalon se informasse de Chusi, aquel gran Consejero, y amigo de David, y que

que para el caso dexamos dicho que le embiò a la Corte, para que con capa de leal con el Infante, deshiciesse los ardides que le pudiessen dañar. Ya vimos lo bien que hizo el papel, y que con ser negro Chusi, tiznò a todos los blancos con lo negro, pues los engañò sagàz, quedandose hecho rebozada el pìa. Llamòle, pues, el Infante, è hizole relacion de lo que Achitophel le avia aconsejado, y mandòle que diesse su parecer, y dixesse libremente lo que sentia. Con valeroso animo, viẽdo tan al ojo la necessidad de su Rey, se dispuso Chusi a contradecir, y reprobar el acertado sentir de un hombre tan grande como Achitophel. No quiso hacerse al miedo, sino acudir a su obligacion, por mas que arriesgasse el credito, y la vida: el credito, porque las razones con que avia de oponerse a Achitophel, conocia avian de ser sofisticas, y frivolas, porque a la verdad consejo era acertado: la vida, porque de su contradicion podian darle por sospechoso, y descubierta la maraña, castigarle. Sin reparar, pues, en nada, si bien hecho a lo de Dios, como dice el Tostado, confiado que a oraciones de David saldria biea su repulsa, le dixo a Absalon de aquesta suerte:

Esta vez, señor, no ha acertado Achitophel, porque no parece bien, ni es bueno el consejo que os ha dado. Confiesso, en primer lugar, que sus pareceres, y consejos han sido siempre famosos; los mas utiles, los de mas autoridad, que negar esto se me podia atribuir a embidia, lo que es zelo: mas no siempre han de acertar los hombres, alguna vez los ha de engañar su antojo; y assi, aunque Achitophel es tan entendido en todas las materias, salba su autoridad, lo ha errado por esta vez en dàr à V. Alteza tal consejo. Y las razones que me mueben a que no se abrace, ni se siga, son las siguientes: Vuestra Alteza no sabe quien es su padre? No conoce sus alientos? Y que aunque peina canas, no se le ha acabado el brio? Los que vàn con èl, y le hacen lado, no sabe que son la espuma de lo valiente? Los que a riesgos, y a desdichas jamàs tuvieron miedo? Los que en todas las batallas triunfaron de la fortuna? No sabe que vàn alli seiscientos, los mas famosos, hombres curtidos en guerras, Soldados, que son un bronce? Demas de esto, no echa de vèr Vuestra Alteza de la suerte que han salido a pie, y un quexer

rer cavallos, tomados de la honra, porque les parecerà, que solo de aquel modo pueden conquistar un mundo? No ocna de vèr, que estaran por essos montes, hechos unas fieras de afrentados, y sentidos, y que ha sido siempre prudencia de grandes Capitanes el no pelear con hombres desesperados? Un hombre de està suerte, es como un Tygre, à quien han quitado los cachorros, que à bocados, y à bramidos deshace robles, y peñas. Y dado caso que le assaltàramos esta noche sus Reales, y se le hiciera, y matara mucha gente, por què ha de ser consequencia prenderle, ò matarle à èl? No conoce V. Alteza, que su padre es Soldado, y Capitan de fama, y que como tal, sabrà en lances como estos guardar su persona? Es bobo David, ò algun visoño, que no avrà prevenido, el que pueden seguirle aquesta noche, y assi andarà vigilante, atalayando el campo, y previniendo mansion de donde esconderse? Pues supuesto que es solo el intento matar a vuestro padre, y no destruir la gente, serà desacierto confirmado hacer esta embestida. Vltra de lo dicho, verà Vuestra Alteza, que es inconveniente grande dàr de noche la batalla, porque siendo todos unos, todos un Pueblo, todos una Nacion, todos de una librèa, serà fuerza se confundan con las sombras de la noche, sin atinar ninguno à quien mata, ò a quien hiere, y puede suceder, que con uno que caiga a los principios de la pelea, corra alguna vaga voz (ardid ordinario en las batallas, y mas en las de noche) publicando que son muchos los heridos, y mucha la matanza de los nuestros, con cuyo falso rumor el Soldado mas Leon se alebrarà con el miedo, el mas ossado, y valiente se quedarà aturdido. Y creerlo han assi, aunque assi no sea, solo con la presuncion de saber que vuestro padre es valentissimo, y los que vàn con èl unos leones, y con considerar que aquellos pelean por las vidas (en cuya necessidad hace uno por ciento) y los nuestros solamente por voluntad de serviros, y es mui grande la distancia de uno a otro. Por todo lo qual a mi me parece (salvo, señor, vuestro gusto, que aunque tiene Vuestra Alteza mucha gente, junte, y coligue primero todas sus fuerzas, convocando a todos quantos varones se pueden ceñir las armas de todo el Reino, desde Dàn, hasta Bersabè, terminos, y mojoneras que le abrazan. Engrosse

sen sus Esquadrones, y su campo coja tanto gentìo, que como arenas de el mar, no pueden reducirse a numero, ni aya quien les quente, y entonces V. Alteza por Cabo, y Capitan de todos (que no ay cosa que mas llene, y mas anime, que un Rey Capitan) marcharèmos a buscar à David adonde quiera que estè, y su necessidad le aya escondido. Si se huviesse huido del Reino, se queda la tierra libre, y V. Alteza con la Corona, sin costarle sangre. Sino se ha ido, y le hallamos, nos arrojarèmos sobre èl, y le cubrirèmos de armas, de la misma suerte que suele cubrir los campos el escarchado rocio, sin que de los que le acompañan dexèmos ninguno à vida. Y si acaso se encerrasse en alguna Ciudad, y se quisiesse hacer fuerte, llevando V. Alteza tan numeroso gentìo, y tanta muchedumbre de Soldados, como le aconsejo, no avrà necessidad de sitiarle, ni de echar, como dicen, el cordon, para que la hambre le rinda, sino que podrèmos facilmente echar a la tal Ciudad maromas, y cordeles, y tirando de ella todos arrancarla de su sitio, sin que le quede aun señales de cimientos, y arrojarla al rio, ò al mar, como quien echa una barca.

No diga nadie, que no hace mucho el adorno del hablar para convencer, y que un buen estilo fraseado, y vestido con retorica de tropos, no suele dàr eficacia a razones poco fuertes, y a frivolos argumentos. Vn follage de palabras aliñado, una tropelia verbosa de metaphoras, y hiperboles, aunque en la sustancia sea de poco fuste, desvarata, y delatina a la razon, y al mas entendido le aturde, y enmudece. Assi dice el Tostado, que una de las causas de no bolver a replicar Architophel fue por parecerle, segun los aplausos que dieron todos a Chusi, que aunque sus rèplicas fueran mui fundadas, las avia de bolver a confundir la verbosidad del contrario, y assi tuvo por mejor partido hacerse mudo, que no exponerse a mayor desaire. Finalmente, Chusi con su lindo razonar, diò tanto gusto al Principe, y à todos los de la junta, que hechos a la aclamacion, y al aplauso, aprobaron por mejor su consejo, y parecer. Y es lo bueno, que el mismo Chusi, que les avia persuadido a ello, sabia que se engañaban, y assi tuvo hartos miedos de que no diessen en la quenta, y bolviessen a abrazar el otro rumbo,

que

que era lo acertado. Por este temor, pues, le fue ai instante, y llamò en secreto a los Summos Sacedortes, Sadoc, y Abiathar, y dixoles lo que passaba, el consejo que avia dado Achitophel al Principe, y el que èl avia propuesto, que con toda diligencia le avisassen a David, que por ningun caso se detuviesse aquella noche en el desierto, y montañas, donde estaba, sino que luego al punto passasse el Jordàn, y se pusiesse en salvo con su gente, antes que Absalon acordasse otra cosa, y diesse sobre ellos.

Estremado de leal, y de astuto andaba el Chusi, pues no solo remediaba los peligros, sino que aun prevenia los lances. Hacia como hombre de bien, y como quien avia tomado por su cuenta negocio de tanto peso. Quien tiene reputacion, no se ha de dormir jamàs en los negocios, y mas en los de un Rey amigo fugitivo, y lastimado. Solo de palabra embiò Chusi este aviso, ò por no haver lugar de poderlo escrivir, ò por parecerle, por los riesgos de coger las cartas, que iba mas seguro de este modo. Estaban cogidas con guardas todas las puertas de la Ciudad, para que no dexassen salir a ninguna persona, ni dexassen passar cartas, ni villetes; y assi, aunque los Sacerdotes tenian prevenidos sus dos hijos fuera de los muros, para que con qualquier aviso, ò recado que les enviassen, se partiessen diligentes a llevarsele à David, con todo les pareceria mas seguro medio despachar los avisos de palabra. Assi, pues, lo hicieron, y aun con traza mucha, esto es, que por quitar toda sospecha a las guardas, no embiaron con paje, ni criado la relacion a Jonatàs, y Achimaas a la Fuente Regel, donde estaban escondidos, sino que se valieron de una Esclava, que disfrazada en lavandera, y bien instruida de lo que avia de decirles, fuesse, y les hablasse, en son de ir a labar los paños a la fuēte, al modo que iban otras. La Esclava, que, claro està, no seria boba, hizo mui bien su papel. Tomò su cuebano de paños sobre la cabeza, y acompañada de un hijuelo suyo (sigamos en esto a la Historia Escolastica) caminò a la fuente. Conocieronla luego Jonatàs, y Achimaas, y saliendo de entre las matas donde estaban ocultos, fueronse a ella diligentes, preguntaronla lo que havia de nuevo? Y ella cuidadosa, les informò de todo, y encargòles la presteza. El zagalejo

jo de la Esclava, que no debia de ser tan niño, que no tuviesse su poco, ò su mucho de malicia, como viò salir aquellos dos hombres, y que se pusieron a platicas con su madre, receloso de que eran espias de David, y que el aviso le podria valer algo, se fue, y le contò a Absalon lo que passaba. Supose luego como eran Jonatàs, y Achimaas los tales hombres, y assi despachò el Principe al punto a quien fuesse a prenderlos. Ellos, que lo sintieron, huyeron a toda priessa, no parando hasta la Ciudad de Bahurin. Alli como cuerdos hicieron mansion, hurtandoles el cuerpo (como acà decimos) a los cavallos ligeros, que iban ya en su busca. Entraronse en una casa de un labrador noble, que assi podemos llamarle, segun lo honrada que procediò su muger, pues amparar desdichados siempre fue de animos nobles. Como la buena señora los conociò, y los viesse entrar de aquella suerte presurosos, y despaboridos, y ellos la dixessen su cuidado, les asegurò el temor, y les afianzò en su industria socorrerlos. Hizoles que al punto se metiessen en un pozo, que avia en el patio, seco al parecer, como lugar mas oculto. Obedecieronla confiados; y ella harto mañosa, tendiò sobre el brocal un paño grande, y echò en èl cantidad de granos de cebada cocida, como que la estaba secando al Sol para mondarla; astucia notable de una muger advertida. Las guardas de el Principe, que desapoderadamente venian siguiendo el rastro, y que en casos como estos nunca falta, tambien, quien dexe de dàr el soplo, informados a lo que se viò, de que en aquella casa se avian entrado los que venian huyendo, entraron mui rumbosos, en fin, como ministros de Justicia, y preguntaron graves, que adonde estaban Jonatàs, y Achimaas? La Ciudadana discreta les respondiò sin turbarse, hecha al disimulo, y con mucho desahogo: Mui poco ha que llegaron aqui estos hombres calurosos, y sedientos, pidieronme un poco de agua: disela, bebieron, y passaron su camino: Añadiriales a esto (no tiene duda) los comedimientos urbanos, que suele ofrecer una muger de porte, de q̃ alli estaba su casa a su servicio, si querian refrescar, ò mandarla alguna cosa? Con lo qual obligados los Pesquisidores se despidieron corteses, y no hallando lo que buscaban, se bolvieron a Jerusalen tan desazonados, y desabridos,

dos, como dexa entenderse. Quando ya viò el campo seguro la piadosa dueña, sacò à sus empozados, que gratos al obsequio, la rindieron muchas gracias, y loaron cariñosos sus habilidades: ella le satisfizo comedida, y ellos sin mas detenerse caminaron al Jordàn. En tanto, pues, que llegan, bolvamos à Achitophel a vèr en lo que para.

Al punto que el pundonoroso Hebreo, viò que el Principe, y los suyos reprobaron sus consejos, y abrazaron festivales el parecer de Chusi, quedò tan abochornado, tan escocido, y con tanto sentimiento, que sin hablar palabra, ò sin poderla hablar (tan fuerte era su pena) se saliò de Palacio, y sin despedirse de Absalon, ni de ningun otro, se pusò à cavallo, y tomò el camino de la Ciudad de Gilo. Llegò à su casa lleno de mortal tristeza, y hecho todo pesadumbre, comenzò à disponer sus cosas, como el que se và à embarcar, ò està para morir. Ordenò, pues, su testamento, y repartiò sus bienes, que no ay duda serian quantiosos, y muchos, como de Consejero de tantos años, y de tanta autoridad. A sus hijos, y muger hizo herederos, y con lagrimas, y abrazos se despidiò de todos, bien que sin descubrir à ninguno sus intentos. Nadie, tampoco, los adivinaba, aunque vian aquellas prevenciones, que como hacerlas para morir siempre ha sido de hombres cuerdos, por mas que estèn en salud, no podia atinarse el fin à que las dirigia. Assi los de casa, como sus amigos, pensaron era capricho, nacido de alguna melancolia, ò accidente de sola imaginacion. Quando ya Achitophel lo tuvo dispuesto todo, aguardò oportunidad, buscò lugar secreto, echòse al cuello un lazo, y se quitò la vida. Infelicidad notable de un hombre de prendas: horrenda desdicha de quien naciò con obligaciones! lance lastimoso de un hombre bien entendido! Pero si fue traidor à su señor, à su Rey, y à quien le hizo hombre, y le diò lo que tenia, què muerte avia de morir? Rebeldes, y traidores en què pueden parar? Mueren à sus mismas manos verdugos de si mismos, para que dure eterna su afrenta con su muerte. Josepho, à quien refiere la interlineal, parece que aplaude por òazaña este modo de morir; pero quedese esso para los Stoicos Gentiles, que celebran por magnanimos à los que à sì se quitan la vida, como Caton Uticense, Ani-

Anibal, y Marco Bruto, que yo con San Augustin me atengo, * que antes llama a los tales pusilanimes, y cobardes; pues por no tener valor para tolerar afrentas, y trabajos, ò muertes mas crueles, tienen por ahorro darse una muerte dulce. Aristoteles, con ser Gentil, condena tambien este modo de muertes. * No ay valor, ni hazaña, como en las adversidades hacer pecho a la fortuna, y sufrirlas con paciencia, porque matarse por no sufrirlas, es cobardia confirmada, como quien buelve las espaldas al peligro. Bueno sea, que se quite la vida Achitophel de afrentado, de corrido, y de temeroso, que bolveria David al mando, y castigaria sus traiciones, y que querian que esto sea valor, y bizarria? No es sino miedo, mucha pusilanimidad, mucha flaqueza. Dexemosle colgado, que bien lo merece, por mas que los suyos le dèn sepulcro honroso, y bolvamos a nuestro David, que a la orilla del Jordàn, passa en desvelos la noche.

* S. Aug. l. 1. de Civit. Dei, c. 18.

* Aristo. 5. ethic.

Al tiempo que las campanas de el silencio tocaban a la queda, y todos los Soldados de David yazian en sus estancias entregados al sueño, salvo el Rey famoso, que orando à Dios divinos soliloquios, estaba como de posta rondando el cuerpo de guardia: à esta ocasion, pues, cerca de la media noche llegaron los dos correos, Jonatàs, y Achimaas, y saludando a David, que los recibiò con los brazos, le hicieron relacion de su embaxada, con la orden, y parecer del fidelissimo Chusi. Apenas le oyò David, quando considerando prudente el riesgo en que se hallaban, mandò tocar a rebato, bien que sin hacer alboroto; y recogida toda su gente à las Vanderas, les renunciò el peligro, y ordenò que a toda priessa buscassen todos los vados para passar el rio. Es el Jordàn un rio caudaloso, y que por no tener puente es mui dificil passarse, salvo por algunas estrechuras, y estas raras, en que se dexa vadear, y assi es fuerza passar como por contadero las personas, cosa que requiere espacio, y mucha cuenta. Esta fue la causa de que se gastò hasta el amanecer en passarle todos, andando David, como buen Capitan, solicito, y cuidadoso de una parte a otra, porque no se quedasse, ni peligrasse ninguno; y en tanto que passaban, todo era hacer oraciones, componer Psalmos, y hacer plegarias a Dios, porque aliviasse sus cuitas, y le sacassen del peligro.

Bien

Bien se puede presumir, que compondria a este passo el Psalmo siguiente.

Psalm. 142. *QUE COMPUSO DAVID EN LAS PERSECUCIONES de Absalon su hijo.*

Psal. 142. Tex. y Glosa.

Domine exaudi orationem meã, &c.

OId, Dios, y Señor mio mis oraciones,
Y pues suplicas son mis peticiones,
Prestadme grato oido,
Quando os imploro triste, y afligido.

In veritate tua exaudi me, &c.

Oìdme en la verdad, y la justicia,
Y vuestra ley vereis, que me es propicia,
Pues mandando rectissimo, y prudente,
Que al Padre todo hijo sea obediente,
Un hijo que engendrè, tan malo ha sido,
Que me trahe arrastrado, y perseguido;
Luego no harè yo mal en lo que hago,
Pidiendoos que le deis su justo pago.

Et non increet in iudicium, &c.

Mas con todo no quiero, ni tal digo,
Que hagais juicio conmigo,
Ni que me sentencieis, qual justiciero,
Quando sè con certeza, y considero,
Que a vuestra vista el mas justificado,
Se hallarà de defectos rodeado,
Y mas yo, en quien apenas hai disculpa,
Pues añadì insolente culpa à culpa.

Quia persecutus est inimicus, &c.

Lo que os suqlico, es, que en tanta calma,
Socorrais à mi vida, y à mi alma,
Pues veis quan sin medida,
Un hijo, y un traidor buscan mi vida,
Su traicion, y maldad, la causa siendo,
Que à pie, y descalzo me saliesse huyendo,
Buscando del desierto en la maleza,
Con lastima, congoja, y con tristeza,
De una gruta los senos escondidos,
En que dà triste alvergue à mis sentidos.

Yà

Ya me acuerdo, Señor, ya hago memoria
de los Annales de la antigua Historia,
Quando por la luxuria,
Desatastes del Cielo vuestra furiá,
Y en diluvio de agua (lance fuerte !)
A todo el mundo se sorvio la muerte,
Sino es Noè, y sus hijos, que de un Arca,
Para mar tan immenso hicieron barca,
Y la furia, y enojo yà passado,
Maldixisteis a Chan desvergonzado,
Pues mirando à su padre sin sentido,
Mosò de èl insolente, y atrevido.

Memor fui dierunt antiquorum, &c.

De aquestas cosas, pues (ay Señor !) temo
Vuestro rigor supremo,
Pues fuì con Bersabè tan luxurioso,
Y quitandome un hijo mi reposo,
Assi en mi, como en èl (que al fin es hijo)
Llorarè los castigos que colijo.

Por esto à vos, Señor, alzo las manos,
Auxilios implorando soberanos,
Con el alma tan hecha à la congoja,
Que si el cordel la pena no me afloxa,
Y vos no me acudis tan velozmente,
Mirandome clemente,
Serè como el que cae ciego, y turbado,
En el lago dispuesto a su pecado.

Expãdi manus meas ad te, &c.

Pues veis, Señor, con quanta incertidumbre,
Yà atravesando el llano, ya la cumbre,
Penetro las malezas del desierto,
Mostradme, si gustais, camino cierto,
Para ponerme en donde pueda,
Salvar la poca gente que me queda.

Notam fac mihi vis, &c.

Libradme de mis fieros enemigos,
Pues aun con vèr que son vuestros castigos,
A vos me acojo solo,

Eripe me de inimicis meis, &c.

Como a quien es del uno al otro Polo
Mi Dios, y mi Señor, en quien confio,
Que en passando los vados de este rio,
Caminos me abrireis, sendas, y atajos,
Para que sin fatigas, ni trabajos
Marchen mis Esquadrones,
Dando al aire vanderas, y pendones,
Hasta vèr destruìdos, y arruinados,
Los que me han dado (ay Dios!) tantos cuidados.

CAPITULO XIII.

EN QUE A IMITACION DE LO QUE HIZO CHUSI, LA PRUEba con un exemplo lo mucho que à veces valen los ardìdes para desbaratar los intentos.

EXEMPLO VNICO.

Authores de esta historia Juã Magno en su historia Gotica, l. 17. Sixt. gramatic. l. 1. de la historiade Dar. Pineda en su Monarc. 4 part. l. 30. §. 12. n. 33.

EN Gothia reynaba Olao, y Olao Trigono en Noruegia, ò Noruega, ambos los primeros Reyes Christianos de aquellas Provincias, si bien, el Godo abrazò con toda verdad la Fè, y el Norueguiano por solo cumplimiento, y assi le luciò (que el resfriarse en el camino de el Cielo, siempre lo castiga Dios) quando este Rey Norueguiano, fiado en su animosidad, y valentia, que a la verdad, dicen que era gran guerrero, quiso despicar algunos enojos que tenia con los de Dinamarca, ò Dania, ayudandole a su intento, saber que su Rey, llamado Suenon, era hombre para poco, que esta falta de ser los Reyes floxos, y descuidados, suele despertar a los mal contentos para que se atrevan, y guerreen. Con todo le pareciò a Olao, para llevar adelante su designio, coger por amigo al Godo, y tenerle de su parte; y como no ay cosa que mas enlace las voluntades que los casamientos, pidiò por muger a la Reina Sigrita, madre del Rey Godo, y viuda de buen parecer, moza, y alentada. Despachò para el caso sus Embaxadores, y con gusto de todos se hicieron a los assientos. El de Dania Suenon, quando lo supo, temiò mucho la tempestad que se le amenazaba, uniendose, y coligandose los Noregianos, y Godos, pa-

pusose a pẽsar, y discurrir el modo que tomaria para desbaratar aquellos conciertos, y desunir aquellas amistades, y vengarse del Noruegio, que era quien le buscaba la guerra: y aunque dicen era Suenō para poco en esto de las armas, en lo mañoso, y astuto, diò muestras de mui valiente. Pensò pues, un ardid tan estremado de bueno, que casi se las apostò a nuestro David, quizà que le oyò las acciones, y quizà, y aun sin quizà, que avia visto en la Biblia nuestro caso. O què gran cosa es leer, vèr, y reparar lo que nos cuentan los libros, pues tal vez, aun en unas coplas de Gayferos (como en la Cathedra decia muchas veces mi gran Maestro el Doctor Don Juan Gareca, Cathedratico de Prima en Alcalà de Henares, y Canonigo que muriò Doctoral en la Santa Iglesia de Toledo, insigne en todas ciencias, y grandissimo humanista.) Aun en unas coplas de Gaiferos, digo, suele hallar un hombre un concepto que le importe, un exemplo que le avise, una traza que le enseñe. Sabios mudos son los libros, y que en todas materias dan dulcissima enseñanza.

Fuesse aprendido, pues, ò fuesse proprio capricho, el discurso del Rey Dano fue excelente. Llamò a dos amigos suyos, aquellos de quien le pareciò fiarse, hombres entendidos, astutos, y sagaces (que no son estas materias para bobos) y industriòlos que se fuessen al Rey de Noruegia quexandose de èl; de que les avia hecho malos tratamientos, y muchos agravios, y que temerosos de mayores males se ibā a amparar de su Corona: Que siendo bien recibidos, se enterassen de las cosas del Rey, de sus designios, è intentos, y que si el casamiento con la Reina de Gotnia passaba adelante, procurassen estorvarlo, y divertirlo, ponderando la hermosura, y beldad de su hija Tyra; cebo dulce solapado en el anzuelo de la cautela, y con que podian pescarle, torciendole la voluntad a mejor partido. Reparense si estas lecciones eran de poco avisado, y si hizo mas todo el poder de David con Chusi, quando le embiò a Absalon, que este Rey de Dania con los que embiò a Noruegia? El un ardid pienso que se pautò por el otro.

Llegaron, pues, a Noruegia los dos segundos Chusis, nuevos Sinones de Dania, y entrandose por las puertas del Rey

Olao, hicieron su papel estremadamente, fingiendose mui agraviados de su Rey Suenon, y suplicando los cogiessen en su gracia, y alvergassen. Mui creido el Rey de que aquello era verdad, los recibiò cariñoso, y los hospedò bizarro; que es mui proprio de los Reyes, bien nos maestra en España la experiencia (amparar a los que huyē fugitivos de otros Reinos.) Hartas Casas grandes de Castilla se huyeron de Portugal. Aun los Reyes barbaros nunca niegan este auspicio, y nuestro David lo experimentò hartas veces. Introducidos, pues, los Danos con el Rey Noruegio, y mui cabidos con èl, comenzaron a mover su maquina con sagacidad, y industria. Siempre que vian ocasion, y ellos se la buscaban, y al passo que se daban por enemigos de su Rey, lo avian, y engrandecian la extremada deidad, la peregrina hermosura de su hija la Infanta, y Princesa Tyra. Mañaban esto con mucha sal, como dando a entender, que les pesaba solo de que no huviesse un Principe, que por camino honroso le sacasse aquella joya a su enemigo. Fue tanta la bateria que dieron con estos informes al Rey Olao, con estas alabanzas de la Infanta Tyra, que echando de ver èl, que pues aquellos que eran enemigos de su Rey (esta era la trampa, y esto lo que èl no entendiò) hablaban tan bien de la beldad, y gracia de la Infanta, no avia duda, sino que era un pasmo de belleza; porque lo que se alaba de un enemigo, se tiene en mas que verdad. Cebado, pues, Olao en lo dulce de aquellos informes, picò ya enamorado en el anzuelo. Esso era lo q̄ aquellos pescadores se querian. Llamandoles, pues, a parte, les descubriò su passion, pidiendoles parecer del medio que tomaria para casarse con aquella Princesa de Dania, y deshasirse de Sigrite, madre del Godo, con quien estaba apalabrado? Ellos, haciendose, como dicen, descomedidos, y recatando el alborozo que les retozaba en el pecho, por no dar que sospechar, le respondieron, que aunque les pesaba en parte de que a su Rey se agregasse tan gran yerno, se alegrarian, con todo, porque viesse era verdad la hermosura de su Infanta, y se apaciguassē los debates de aquellas dos Coronas: q̄ se escriviesse a su padre sobre el caso, y que si venia en ello, con despedir a Sigrite, pues no estaba aun casado, haria su negocio. El buen Olao, que ignoraba aquellas tramas, tomò

mò su consejo, y despachò sus Embaxadores à Suenon, demandandole a su hija. Suenon que no deseaba otra cosa para su despique, que era verle enemistado con el Godo, y luego dexarle en blanco, diòle el sì, solo de palabra (por que en el pecho le quedaba otra) y mui alborozado pusose, como dicen, en la barrera a ver los Toros, que era ver rifar à los dos Olaos, al Godo con el Nueregio.

No fue mala la fiesta, ni poca la tramoya que se travò en estos juegos, porque como el Noruegiano se vino a hallar metido entre dos novias, empeñado con dos Reyes, prendido con dos palabras, se puso a discurrir en què manera podria honestar el desasirse de la viuda, que yà se la traian desde Gothia, y a la lengua del agua se esperaban fuessen a recibirla. Despedirla lo hallaba inconveniente: casarse con ella, y faltar a la de Dania, lo miraba grande azar: por una parte le tiraba la justicia, pues la palabra primera es la que vale: por otra parte le guerreaba el amor de la doncella; por un lado daba voces la razon, por otro disparaba el amor tiros: desgraciarse con el Godo lo miraba riesgo mucho: faltar al Dano, y a Tyra, lo sentia pena grande; dar corte entre tanto aprieto, lo hallaba dificultoso. Ocurriòle, pues, un medio (cruel para la vida) para poder cumplir con ambas partes, fue dar traza, como muriesse Sigrite, sin que se le achacasse la traicion. Solo un Rey de Noruegia, Barbaro, aunque Christiano, diera esta salida. Mandò pues, a un artifice, que en el Navio en que avia de ir a recibir a la Reina, pusiesse en falso sin que se echasse de vèr, la gradilla, ò vigueta de la entrada, de tal modo, que a quien pisasse en ella le sumergiesse en el mar, y pereciesse. Miren si es mala tramoya esta para una tragedia, y se puede igualar con las primorosas de nuestro retiro?

Fues, pues, el Rey en esta nave por el mar adentro a recibir a su descuidada esposa. Hicieronse de una, y otra parte muchas salvas al sòn de los clarines. Confrontaron los dos vasos, para que del uno al otro passasse la Reina, la qual en poniendo el pie en la trampa, y teniendo cuidado el Rey fementido de no alargar la mano hasta verla voltear, diò con su cuerpo en las aguas, con la turbacion, y susto q̃ puede imaginarse. Ahogarase sin duda, y dierala el mar se-

pulcro, si muchos de los suyos, los mas leales, y buenos nadadores, no se arrojaran tras ella a socorrerla. Sacaronla, pues, medio difunta (harto pesaroso el Rey que del todo no lo fuesse) y por mas que se quiso deslucir aquel engaño, no eran tan bobos los Godos que no lo entendiessen en especial la Reina, que al punto que volviò en su acuerdo, revestida de venganzas, y armada de iras, le dixo mil oprobrios de esta suerte:

Rey fementido, y cruel, en què barbaras Historias estudiaste, ò aprendiste traiciones, y maldades semejantes? En què te ha ofendido mi hijo, ni en què te he agraviado yo, para querer matarme, en vez de hacerme tu esposa? Acaso te roguè yo que te casasses conmigo? Hizote alguien fuerza para que me pidiesses? Pues sino ha avido nada de esto, por què, falso, y fementido usas de estos rigores, y crueldades? Si no te he parecido bien, ò te has arrepentido, no bastaba despedirme, sin querer darme muerte? No bastaba la afrenta, sin quitarme la vida? Escusarte con decir, que ha sido acaso estar el tabion mal puesto, no ha de servirte, ni tienes que alegarlo por escusa; porque si esto fuera, no encogieras la mano, ni estuvieras tan tibio quando te alarguè la mia cuidadosa: Traicion ha sido tuya aqueste enredo, no hai que escusarte, Rey, no hai que escusarte, vuelvete a tu Corte, y a tu Reino, que yo me vuelvo al mio, no a llorar como muger estas afrentas, sino a percibir Belona mis venganzas.

Con razones, y despechos semejantes riñò la famosa Reyna Goda al Rey Olao sus disgustos, y desprecios, y haciendose a la vela sin querer oirle, se volviò a Gothia con su gente, vomitando enojos, y escupiendo pesadumbres. Quando su hijo supo el caso, ya se vè qual quedaria enemigo declarado de quien pensò tener y respetar por padre. Quando yà el Rey Danio viò revuelta la feria, hechos enemigos Godos, y Noruegios, todo a fuerza de su industria, y de sus dos confidentes (que ya dexando a Noruegia, se avian vuelto a èl alegres, y contentos) entonces, pues, echò el resto a su despique para vengarse mas a manos llenas de quien quiso primero guerreale, y fue despachar sus Embaxadores al Rey Godo, y a la burlada Sigrite, pidiendola por mu-

muger. Abrazòse el partido, y mas en tal ocasion, con mil mimos, y afectos. Efectuaronse los tratos, y quando el de Noruega pensò que con su Infanta Tyra, doncella, y mas hermosa, la daria picazones à Sigrite, pues la venia a hacer suegra, le embiò a decir Suenon, que èl no daba su hija a quien armaba trampa a sus mugeres; y assi, que se fuesse con Dios, y buscasse en otra parte lo que le estuviesse a cuento, que fue como decirle, en buen romance, que se fuesse en hora mala. Bien lo merecia. Negociò, pues, el de Dania con su astucia quitarle a su enemigo al amigo, y la muger, que fue como quitarle las fuerzas, y el gusto, y dexar desmantelado a quien braveaba poderoso. No piense nuestro David, q̃ es solo el el que sabe destas trazas, embiando al enemigo quiē sea espia secreta, y revuelva sus pretextos, que en verdad, que ay tambien Reyes de Dania, que no se quedan atràs. Rematemos con la Historia. Quando se viò el Noruegiano burlado por todas partes, sin ninguna muger, quien tuvo a sus manos dos, bufaba de corage, y hacia mil bravuras. Juntò, pues, todas sus gentes, hizo una gruessa Armada, y fue a buscar el Dano, picado, y vengativo. Suenon, con el ayuda del Godo su entenado, le recibiò pujante, y animoso. Dieronse la batalla bien reñida, y sangrienta; pero quedando Suenon con la victoria, y viendose Olao a pique de ser presso, se arrojò al mar despechado, donde acabò sumergido; juicios del Cielo, que pereciesse en la mar el que quiso temerario echar en èl una Reina. Mire cada uno como obra, que assi hallarà la medida: y cuidado con los ardides, y trazas, que son quien vence impossibles.

CAPITVLO XIV.

EN QUE SE VA PROSIGUIENDO LA FUGA DE DAVID, Y LO QUE *le sucediò, y dispuso en passando el Jordan.*

2. Reg. ca. 17. Text. y Glos. Lyra, y el Abulense

YA dexamos dicho como a la risa del Alva, al apuntar en crepusculos el dia, acabò David de passar el Jordan por los puestos, ò vados que buscò la diligencia. Quando ya, pues, viò toda su gente de la otra parte, asseguro sus temores, y ya con menos cuidado, mandò enderezar la mar-

cha a la Ciudad de Manain, Plaza fuerte, bien murada, y guarnecida, y que como a tal la diò nombre, y apellido la Angèlica Milicia, y Exercitos Celestiales, que viò en sus Campos Jacob en defensa suya, contra el rigor de su hermano. En esta Ciudad pues, determinò David sentar su Plaza de Armas, y recogido en ella, irse rehaciendo de fuerzas, dineros, y gente, mientras que Absalon por otra parte se detenia en lo mismo. Como yà la fama del fracaso, que siempre vuela en casos semejantes, se avia divulgado, no solo por toda Palestina, sino por los circunvecinos territorios, assi proprios, como estraños, aquellos que eran afectos a David, se hicieron a la compassion, al dolor, y al sentimiento. Cada qual, conforme su possible, acudiò a su obligacion, unos con bastimentos, otros con joyas, y el que menos con sus armas; pero los que se mostraron mas agradecidos, y leales, y anduvieron mas atentos, fueron Sobi, Machir, y Berzelay, Sobi era Rey de los Amonitas, que aunque Barbaro, è Infiel, grato al beneficio que le havia hecho David, pues fue quien le puso la Corona, y se la quitò a su hermano, acudiò de los primeros, ofreciendole à David un rico presente, vaxilla de plata, alhajas, y tapices. Ay quien dice, que le embiò tambien socorro de gente, y que David no se quiso valer della. Harto exemplo para lo mal que hacen los que para sus debates se valen de Paganos. España lo experimentò muchas veces, y nunca tuvo aciertos: que aunque en la de Roncesvalles parece que lo acertò Bernardo, ayudandose del Moro contra los Franceses, quizà que por la tal ayuda no tuvo de la victoria, siendo tan famosa, ningunos aumentos, antes bien, siempre anduvo de caìda, fugitivo, y desterrado. Por esso David, aun para domar rebeldes, que al fin eran Hebreos, y sangre suya, no quiso que barbaros viniessen a honrarse de ello. Ojalà que todo Principe Christiano siga este rumbo, y abrace este miramiento.

Machir fue el segundo que acudiò à su deber, este era un hombre poderoso, natural de Lodavar, y que a sus expensas avia sustentado a Miphiboset, hijo del Principe Jonatàs, y nieto de Saùl, como yà lo tocamos arriba, quando David se llevo al tal Principe a Palacio. Este Machir, pues, embiò de su Ciudad una gran suma de todos bastimentos, trigo, ceba-

bada, y legumbres con otras provisiones; pero quien anduvo mas liberal, y bizarro fue el viejo Bercelay, natural de Rogelin, del Tribu de Gaad. Este, no solo embiò muchos viveres, muchos carneros, y bacas, harina, miel, y manteca, sino que proveyò a todo el Exercito, hasta las mas minimas alhajas que podian servirles, y para que el Rey compusiesse su casa, le embiò colgaduras, y tapetes. Tan agradecido quedò David a este beneficio, que como diremos adelante, quando yà viò mejorada su fortuna, le hizo à Bercelay muchas mercedes. Aun en la hora de la muerte le tuvo en memoria, y le encargò à Salomon, que mirasse siempre por las cosas de aquel hombre, y le dixo el por què era, porque en sus necessidades le remediò generoso, y le socorriò bizarro. A tanto llega la gratitud de quien la necessidad remedia, que un Rey lo tiene en memoria hasta la muerte.

Con semejantes socorros se iba David rehaciendo de fuerzas, y recogiendo Soldados en Manain: Joab, y los demas Capitanes al que mas podia, hacian sus diligencias. Cada uno convocaba à sus amigos, à sus conocidos, y parientes. A unos los diligenciaba la maña: à otros los cazaba el interès: a unos los traìa su obligacion; à otros los arrastraban las ofertas. Siempre en estos casos ay de todo, y mas en guerras intestinas, entre padres, è hijos, ò entre hermanos, que como à qualquiera parte que se cargue cada uno, vè que le han menester, y que le ruegan, se hacen muchos de rogar. Estos son los que se llaman neutrales, que van à viva quien vence, y siempre se ladean a lo mas llovido, gente, que bien mirado, ni agrada à unos ni à otros, y todos por la necessidad la agassajan, y conllevan. No se dormia Absalon en este tiempo, sino que llevado del consejo que diò Chusi, comenzò à hacer por el Reino prevenciones notables. Congregò en Jerusalen un Exercito copioso de las doce Tribus, cuyos Reales cubrian de armas los campos. A imitacion de su padre, que tenia a Joab por General, sobrino suyo, hijo de su hermana Sarvias, èl tambien le diò el baston a Amasa, hijo de Abigail, otra hermana de David, la qual casò con Jether, natural de Israèl, de la Tribu de Judea, y tuvieron este hijo, al qual por esforzado, y valiente le diò Absalon el cargo de General. Aceptòlo Amasa, poco ateu-

atento a sus obligaciones, y poco fiel a su dueño, pues aun en caso igual, que David no fuera su Rey, tenia mas obligacion de acudir al tio, que no al primo. En tanto, pues, que los unos, y los otros andan engrossando sus Exercitos, para llegar a batalla, serà bien que acompañèmos la lealtad, y gratitud de Bercelay, y de Machir, con otros dos vassallos mui leales, y mui finos con su Rey. Y como en necessidad son tan raros los que ha avido, y tan pocos los que nos cuentan las Historias, no pondrè mas de este exemplo, por ser notable, y no haver hallado otros que se midan, ni ajusten al intento.

Al corresponder leal, y grato con su Rey caìdo

EXEMPLO UNICO.

Autores desta Historia. Paulino Diacono, lib. 4. de gestis Longobardorum. Pi. in Mo. 33. p. lib. 17. cap. 22.

REinaba en Milàn, Cabeza de Lombardia, Bertario, y por aver dexado su padre dividido el Reino, dandole parte dèl a Gundiperto su hermano, que reinaba en Pavia. Por causa, pues, de la division (siẽpre dañosa, como hartas veces lo llorò Castilla) comenzaron los dos hermanos a guerrearse crueles. El afecto de los hijos ocasiona a los Reyes a hacer estos disparates, que assi es bien llamarlos, pues no atienden a que es monstruosidad darle a un Reino, siendo un cuerpo dos cabezas. O sino, reparesse en esta Historia, y veràn lo que se enlaza: Gundiperto, el hermano menor, valiòse contra su hermano, y procurò valerse de Grimoaldo, gran Duque de Benavente en el Abruzo. Traxole, pues, a Pavia, y la ayuda que le diò, fue matarle a puñaladas, por alzarse con la Corona, como lo hizo, casandose con una hermana del muerto. Todo esto lo urdiò un traidor, que lo pagò con la vida, porque un fiel criado del Rey difunto, en venganza de su señor, le diò de estocadas: que traidores, y mas con las Magestades, nunca paran en menos: Quando supo Bertario en Milàn la desgracia de su hermano, y la traicion del de Benavente, se diò tambien por perdido; viendole tan pujante, y poderoso. No se atreviò a esperarle por no dar en sus manos hechas a matar sangre Real; y assi dexando a Milàn con la guarnicion que pudo, y por Governadora à la Reina Ro-

de-

delinda su muger, en quien ya tenia un hijo, llamado Guniperto, se acogiò a Cacano, Rey de los Hunos. Grimoaldo marchò luego a Milàn, y a pocos combates se apoderò de ella, tomando por prisioneros à la Reina, y al Principe, que con buena gana los embiò pressos à Benavente. Yà con esto se hallaba Rey absoluto de toda Lombardia, si bien como era alcanzado por mal medio, y tan tiranicamente, le hacia mucho estorvo Bertario, Rey, en fin, legitimo, por mas que le miraba fugitivo, ausente, y pobre. Pareciale, que era aquel mucho padrastro, y reinar siempre con miedo. Por esto embiò a desafiar à Cacano, sino echaba à Bertario de su casa. Temiò Cacano el lance, y aunque sintiò desamparar al amigo, obligaronle sus conveniencias a rogarle que se fuera: Harta lastima, y sobra de crueldad, no querer que un perseguido halle amparo en nadie, y mas un Rey que se và a merced de otro. Aun no fue nuestro David tan desgraciado en esto, pues aun Reyes Barbaros le dieron acogida, y estotro Rey infeliz no la hallò entre Christianos.

Lastimado, pues, Bertario, de su amarga suerte, y mas quando supo la prision de su muger, è hijo, se hallò perplexo, y confuso, sin saber adonde irse, ni à quien acogerse. Comunicò sus penas con Hunulfo, vassallo fiel, que quiso hacerle lado en el destierro, dexandose en Milàn perdida su hacienda, y casa: con este, y con otro criado que le servia à la mesa, se puso à conferir sus pensamientos. Y despues de revueltos varios pareceres, vino el Rey à resolver en que le estaria mejor hacer del ladron fiel como, dicen, è irse à los pies del tyrano, y pedir misericordia, camino, que aunque el pundonor Real lo reprobaba, la necessidad, y el amor de Rodelinda lo hacia honesto. Juzgaba Bertario, que de esta suerte, y viendo su humildad, le venceria Grimoaldo, y le dexaria, por lo menos, la Corona de Milàn, contentandose con lo de Pavia. Resueltos en este parecer, embiò delante a su amigo Hunulfo por Embaxador, para que lo comunicasse, y tratasse con Grimoaldo. El tyrano se holgò mucho, y dandole seguro de paz, embiò à llamarle. V no Bertario à la Corte, que de derecho era suya, como quien va a la de otro. Fue recibido de Grimoaldo con muchos albo-

borozos, y alegrias (si bien todo fingido) è hizo que se le diesse en Palacio quarto mui aderezado, y con el aparato, y grandeza debida. En sabiendose en Pavia la venida de su verdadero Rey, apenas pudo contenerse el contento, y el jubilo. Todos nobles, y pleveyos, iban à porfia à Palacio à verle, y visitarle. El gozo comun, el cortejo, y el aplauso despertò sospechas en los de la vanda del tyrano, gente maldiciente, y chismosa, y que en los Palacios de los Principes se sustentan como moscas de andar susurrando en las orejas cogiendo la palabra que se cae, notando la accion que miran, y volando con el chisme à quien se lo engrandezca. Algunos, pues, de esta data le dieron à entender à Grimoaldo, que no eran buenas aquellas visitas, y que podrian enderezarse contra su persona, y à desceñirle el Laurèl. No avria menester mucho para sobresaltarse, que es proprio de tyranos estàr siempre con temores, como el ladron que usurpa lo ageno, que hasta las sombras le espantan. La misma conciencia acusa, quanto y mas el ver indicios. Dexòse, pues, decir en presencia de muchos, que antes de amanecer havia matar à Bertario, con que assegararia todo cuidado, y reinaria sin sustos. No faltò quien de la parte de Bertario oyesse el dicho, y se lo avisasse, que no todas veces se le han de lograr los lances a una fortuna adversa.

Entendido, pues, Bertario del riesgo amenazado, y de la muerte que estaba prevenida, bien se dexa entender el cuidado, y el dolor de que se hallaria cercado. Contòselo à su amigo, y al otro criado de quien mas se fiaba; y estos dos viendo conocidamente el aprieto de su Rey, y que de toda possibilidad no avia portillo abierto para escapar del tyrano (porque yà noche) las puertas de Palacio, y de la Ciudad todas cerradas, rodeados assi dentro, como fuera de enemigos, ellos dueños de las armas, què recurso podia buscar un triste? Ni à que podia apelar un Rey assi encerrado? Con todo, se determinaron como fieles, y leales à una hazaña, y a una accion digna de esculpirse en bronce, como lo veremos. Consolaron, pues, a su Rey lastimado y afligido, dixeronle que dissimulasse, y que esperasse en el Cielo que a costa de sus vidas le havian de poner en salvo. Llegò en esto la cena mui rica, y abundante, assi de man-

manjares, como de vinos regalados, la qual como a su huesped le embiaba Grimoaldo; y por modo de gracia, y de llaneza, le embiò a decir tambien, que le hiciesse favor de echarle desde la mesa quatro brindis, y que no anduviesse melindroso en el comer, y beber, porque serìa afrentarle, y darle a entender, no eran los platos, ni el vino de su gusto.

Bien advirtiò Bertario el recado (como quien ya sabìa la zanagarda que llevaban armada) que era aquello obligarlea que se hiciesse del vino, y se sepultasse en sueño, para con mas libertad hacer el hecho. Valiòse, pues, de la cōtraria, sin darse por entendido, y fue que sin que lo entendiessen muchos, que de la parte del tyrano le asistian a la mesa, le mandò al paje que le servia la copa, que en lugar de vino, llenasse de agua el frasco de que èl havia de beber. Con esta cautela brindaba, y hacia la razon mui a menudo, en contemplacion de los que traidores dissimulados le instaban a ello. Al mismo tenor hizo la desecha de embriagado, de modo que desde la mesa se dexò lo llevassen a la cama.

Acabada, pues, la cena, y despedidos mui contentos los que avian ido a servir de atizadores (si bien, fueron bien burlados) los dos vassallos fieles, Hunulfo, y su compañero, entraron diligentes en la recamara donde estaba Bertario, no tomado del vino, como lo supo fingir, sino bien atēto, y cuidadoso al riesgo en que se veia. Saludaronle corteses, y contaronle la traza que havia prevenida. Sujetòse à su gusto, estimandoles, y agradeciendoles su fineza, y su lealtad. Antes que se cerrasse el Palacio, mientras andaba la bulla, y la trisca de la cena, avian hecho traer los aparejos necessarios que podian servir para un mozo de cocina, ò para un vil criado. Con ellos, pues, disfrazaron a su Rey (q̄ a tanto obliga la necessidad) y entrapajada la cabeza, y tiznado el rostro, le vistieron de suerte, que aun de ellos mismos quedò desconocido. Esto assi dispuesto, quedòse el uno en la recamara, para tener cerrada la puerta, y poder responder a lo que conviniesse, va arrestada la vida, y tragada la muerte: el otro, que fue Hunulfo, comenzò desde el aposento a dar voces, porque le oyessen los Soldados de la guarda,

da, fingiendo, y bien fingido, què tenia con aquel criado, y este era el pobre Rey, al qual dandole de palos, y empellones, le iba arrojando la puerta a fuera, hinchendole de afrentas, y de ultrages: Los que al alboroto, y ruido llegaron à ver la causa, comenzaron a reportar a Hunulfo, y hacerle cargo de que por què maltrataba aquel criado? A que respondiò con una colera fingida: No quieren Vuesas mercedes que yo sienta que este loco, este borracho me haya hecho la cama junto à la de Bertario, que està sepultado en el vino que ha bebido? Yo havia de dormir en su aposento? Ni vèrle mas la cara? Ni apadrinar su embriaguèz? Quedese con Dios Bertario, que estoi yà mui harto de su amistad, y mas quiero irme a dormir à un meson, que estar à su lado. Andad, vos, picaron, andad que vos teneis la culpa. Juro a Dios que aveis de dormir esta noche, como yo al sereno: salid en hora mala, para que sepais otra vez como haveis de servirme. Diciendo esto, le daba al desventurado Rey palos que le aturdia, que tan al vivo era meneſter hacer la representacion, para que nadie adivinasse el embeleco. Los soldados de la guarda mui creidos por una parte q̃ aquello era verdad, y por otra para con ellos, mui hechos a la risa, pensando que Hunulfo estaba mas embriagado q̃ Bertario, que el criado que apaleaba (que no lo estaba ninguno) dexaronle seguir su tema, y salir de Palacio en la forma dicha, riñendo, y voceando, y hecho un loco. Traza la mas rara que se ha visto, y que importò harto.

En estando fuera de las puertas de Palacio, que hasta alli era el mayor riesgo, cogiò el buen Hunulfo de la mano a su Rey, pidiendole con lagrimas perdon de sus fingidos desacatos, y con toda diligencia llegaron a las murallas, por la parte que eligiò por mas secreta. Subieron arriba ayudados del cuidado, y de la necessidad, en tal caso prestan fuerzas. Desde alli con unas cuerdas fue Hunulfo descolgando al Rey, y al modo que nuestro D. Peranzules en Toledo al Rey Don Alonso, tan leales los dos, y en semejantes riesgos ambos. De la otra parte para recibirle estaban algunos criados de Bertario, que à diligencia de Hunulfo, se havian salido de la Ciudad aquella noche, antes de cerrar las puertas. Recibierõle, pues, gustosos, y tomando algunos cavallos de los

que andaban paciendo las deheſas, montaron en ellos, y a todo correr caminaron à Aſti, Ciudad del Piamonte, donde el Rey tenia amigos. Socorrido de ellos ſe paſsò a Francia, como a mejor alivio de ſus cuitas. Dexemosle alli haciendo ſus diligencias para cobrar ſu Reino, y librar a ſu muger, y vamos a ver en lo que pàra la fidelidad de ſus criados. Hunulfo, en deſcolgando al Rey por el adarve, ſe acogiò a la Igleſia, como a pedir ſagrado. No advierten los Hiſtoriadores, y en eſto anduvieron cortos, de que por què no ſe deſcolgò tambien con las miſmas cuerdas, al modo que en Toledo Peranzules, pues era facil atarlas a una almena? Porque quedarſe metido en el peligro, quando ſe pudo eſcapar e irſe con ſu Rey, es coſa que dà que penſar mucho. Yo he diſcurrido, ò que no tuvo lugar para ello (y quiza fue eſto, que algunos le ſintieron, y le obligaron a huir, y èl porque no dieran con el Rey, no quiſo arrojarſe de la otra parte del muro) ò que no lo permitiò ſu buena correſpondencia dexarſe al compañero en rieſgo tan notorio, ſino quedarſe a deſcargarle, ò morir tambien con èl. En fin ſea por lo que fuere, èl ſe retraxo a la Igleſia.

Apenas huvo amanecido, quando el tyrano Grimoaldo embiò a toda la Guarda a prender a Bertario, con animo de matarle. Llegaron los Soldados a ſu quarto, llamaron a la puerta, y reſpondiò, ſin abrir, el criado que eſtaba dentro: dieron el recado de parte del Rey, en que llamaba a Bertario, a que ſatisfizo el aſtuto Camarero. Que ſu ſeñor ia dormia profundamente, y que èl no ſe atrevia a deſpertarle ni abrir la puerta haſta que èl ſe lo mandaſſe. Fueſe la Guarda con eſta reſpueſta, y Grimoaldo bufando de corage les mandò q̃ volvieſſen, y que echando las puertas en el ſuelo, ſe le llevaſſen del modo que eſtuvieſſe. Obedecieron el mandato y executando el rigor, ſe hallaron burlados, no hallando en la pieza ſino ſolo al Camarero. Deſpicaron en èl ſu enojo dandole muchos palos, y cargandole de injurias. Maltratado deſta ſuerte, le llevaron a Grimoaldo, y pidiẽdo declaraſſe donde eſtaba ſu ſeñor? El con mucho deſahogo contò lo q̃ paſſaba, añadiendo, que ſi en aquello tenia culpa, alli eſtaba ſu vida para pagar con ella: Todos los circunſtantes dixeron, q̃ era digno de mil muertes, por embelecador, y men-

tiroso, y tanto mas Hunulfo, como principal autor de aquel engaño. Pero Grimoaldo, que por mas apassionado, juzgaron que hiciera un especial castigo, se pagò tanto de aquella fidelidad para con su dueño, de aquel proceder honrado de aquella voluntad noble, que sessando en su colera, y enojo, no solo los perdonò, sino que les hizo mercedes, al uno haciendole su Camarero, y a Hunulfo mandando restituirle toda quanta hacienda se le avia quitado. A vassallos como estos (dixo el Tyrano) que por librar a su Rey arriesgan sus vidas, y hacen tales finezas, aunque ha sido en mi deservicio, es razon estimarlos, y premiarlos, pues cumplen con lo que deben a lo noble en servir a su señor. Solo por esta accion merecia Grimoaldo la Corona, pues en el mayor enojo, y pesadumbre, se desnudò de passion, y conociò lo justo. Aunque la ambicion le hizo tyrano, no hai duda, si q le acõpañaba mucha nobleza: que hacerse a lo piadoso en casos semejantes, aun en Alexandros, y Scipiones se estrañara mucho. Anduvo aun mas bizarro, quizà para admirarse mas, pues aviendoles dado a entrambos oficios, y riquezas, como les preguntasse un dia, si gustaban mas vivir con èl honrados, y ricos, ò irse a Francia con Bertario? Y le respondiessen ellos, que mas querian pobreza, y hambre al lado de su señor, que riquezas, y oficios a su lado, èl les diò licencia y seguro para que con todos sus bienes se passassen à Francia Todo esto merecen los que a su Rey son leales, y al tiempo de la necessidad corresponden finos: y assi Bercelay, y Machi r esten mui confiados de que sabrà David premiar sus miramientos, y tenerlos en memoria, pero no se ufanen de que han sido unicos en esta materia, pues en mayor apretura, y con mayores riesgos ha avido Milaneses que han socorrido a su Rey. Remataremos la Historia para gusto del curioso.

Nueve años reinò Grimoaldo tyranicamente en Lombardia; mas como Coronas alcanzadas desta suerte tienen casi siempre malos logros, sucediò, que un dia estando reciẽ sangrado, tirò con una ballesta a una paloma, y de la fuerza que puso, se le rompiò la vena, y el Cirujano que le fue a tomar la sangre, pusole ponzoña en la cisura, conque acudiendo al corazon, le quitò con brevedad la vida. Este fuè el

el infeliz de el Duque de Benavente. Avisòselo el Cielo al desterrado Bertario, pues navegando a Inglaterra a pedir favor al Rey de aquella Isla, oyò una voz por el aire que le dixo, que su enemigo era muerto, que se fuesse a sus Estados. Hizolo assi, partiendose a Milàn, y desde allì a Pavia, donde fue recibido con grandes demonstraciones, jubilos, y aplausos. Sin detenerse un punto, marchò luego a Benavente a cobrar a su muger Rodelinda, y a su hijo Guniperto. Cobròlos sin costarle sangre, y volviose a su Reino alegre, y consolado, y en hacimiento de gracias, y para memoria del hecho, fundò en Pavia un Monasterio de Monjas, con la advocacion de Santa Agueda, en aquella parte del muro por donde descolgado con las cuerdas, saliò huyendo aquella noche. Christiano miramiento, y accion mui devota, poner Virgenes, que alaben siempre a Dios de noche, y dia en la parte que hallò portillo un triste para evadir el riesgo. A su imitacion hizo tambien la Reina labrar una Iglesia rica de nuestra Señora, dotada de todo lo necessario para su servicio. Con tales obras, bien se dexa entender que les daria Dios felices fines: assimismo se infieren los premios, y las honras con que gratificarian a Hunulfo, y al Camarero, sus amigos tan finos, y leales. Ojalà que estos recuerdos obliguen a quien leyere, à ser con sus Reyes firmes, y a dar la vida por ellos.

CAPITVLO XV.

EN QUE SE DESCRIVE LA BATALLA MEMORABLE de los bosques de Efrayn, con la muerte lastimosa del Principe Absalon, y llanto de su padre.

DEspues que David huvo juntado el mayor trozo de gente que pudo acarrear su diligencia, aviendo sabido q Absalon sobervio, y pujante, avia passado el Jordan, y por los campos de Galaad se le iba acercando a Manain, cõsiderando, como Capitan prudente, que esperar que le sitiasse, era riesgo conocido, y exponerse a que la hambre, y la necessidad les consumiesse los brios, y diessen al rebelde la victoria, se resolviò valeroso a salir a buscarle, y presentarle la batalla do quiera que le topasse. En todas materias sabia mui

2. Reg.c. 18 & 9. Tex. y Glo. Lyra, y el Abul.

mui bien David disponer las cosas, y en las de guerra, nadie en aquel siglo le conociò ventaja, y en los de adelante apré dieron muchos dèl. Sacò, pues, todas sus gentes a campaña, no quedando en la Ciudad sino es viejos, e impedidos y como el buen suceso de la guerra, no consiste tanto en la multitud, como en el buen govierno, y pocos bien ordenados desbaratan a muchos mal regidos, ordenò toda su gente en esta forma: Creò les Centuriones, y Tribunos, esto es, que cada cien Soldados tuviessen su superior a quien obedeciessen y cada diez Centuriones estuviessen a la orden de un Tribuno. Luego dividiò todo el Exercito en tres trozos, y a cada uno señalò su Capitan con Tribunos, y Centuriones, conocidos. La una parte, pues, encargò a Joab, para que llevádo la delantera fuesse pavor al enemigo: la segunda diò a su hermano Abisaì, joven ossado, y valiente, y uno del numero de los bravos. * Y la retaguardia se la encomendò à Ethai Getheo, por premiarle la fidelidad con que saliò a assistirle. Hecha, pues, esta disposicion, y ya el Campo puesto en orden dixo con valor ossàdo: *Ea, Soldados, y Capitanes mios, yo voy por vuestro General, cobrad animo, y aliento, que aun me quedan brios para manejar las armas, è ir à defenderos: à morir, ù a vencer voi con vosotros, no hai sino buen corazon, y pecho à la fortuna.* Todo el Campo junto se hizo a una voz, y a gritos de la lealtad el intento. No conviene, dixeron, que V. Magestad nos acompañe, ni tal ha de permitirse, su persona importa al Reino mas que diez mil hombres, pues aunque la suerte se nos muestre adversa, teniendo vivo esse asilo, podremos con facilidad recobrarnos, y volver a la batalla, y si esso nos faltasse, de què importancia nos fuera la victoria? V. Magestad se quede en la Ciudad, y encomiendenos a Dios, que nos hara mas al caso. Dexòse vencer David de los ruegos, y cortesìas de los suyos, y diòle a Joab el baston de General, constituyendole cabeza suprema de todo el Exercito.

2. Reg. c.19. Paralip. c. 12.

Anote este passo toda Magestad suprema, todo Monarca grande, todo Capitan leal, para no dar oidos a los rumores y hablillas poco atentas del vulgo: quando para socorrer un Reino, ò una plaza, gritan, que salga el Rey en persona, y que vaya delante a la batalla. Es notable desacuerdo, y es mal permitido, por mas que lo honeste la buena intencion, por

porque es arriesgarlo todo, arriesgando la cabeza. Què de exemplos que ay de esto en las Historias, què de Reinos se han quedado extinguidos, y assolados por faltar el Rey. Bien lo mira nuestra España ahora, bien lo repararia, por mas que ladre la plebe ruda, è ignorante. Guardese la Real persona debaxo de mil candados, y murallas, que quando se pierda una, y otra accion, estando la cabeza sana, no perecerán los miembros. Viva el Rey, y ruede todo, y a quien le pareciere mal esta politica, litiguelo con los bravos Capitanes de David, y con èl mismo, que sabràn desempeñarme.

Movido de este caso, y zeloso del bien de su Magestad nuestro Rey, y señor Don Felipe Quarto, quando aviendo el Portuguès derrotado en Yelves nuestro Exercito, en 14. de Enero de este año de 1659. voceaban algunos, que saliesse su Real persona a la campaña, le escrivì la carta que se sigue.

CARTA DEL AUTHOR AL REY nuestro Señor.

VN Vassallo, el mas humilde de V. Magestad, si bien el mas afecto à sus buenos sucessos, se atreve, arrastrado del deseo, à dictar à sus pies estas razones: Supleme lo afectuoso lo atrevido. El Consejo de estado de V. Magestad, como compuesto de cabezas tan grandes, no dudo que procuren, y deseen los aciertos de esta guerra de Portugàl. Pero con mi corto entendimiento (pienso que Dios me lo dicta) à V. Magestad suplico, y à sus Consejeros ruego, no se dè lugar à que su Real Persona salga à la campaña, ni se arriesgue à incomodidades, y peligros. No hablo de cabeza. Con los famosos Capitanes, y Consejeros de David acoto, quando en riesgo mas urgente, y necessidad extrema, pues el rebelde se havia apoderado de la corte, y le seguia casi todo el Reyno, no consintieron, ni dieron lugar à que su Rey saliesse de su estancia. Mas importa la Real Persona, que derrotarse, y perderse mil campañas. esto alegaron à David sus Capitanes, con que se dexò vencer de sus razones. Quanto, y mas, que para una guerrilla intestina como esta, fuera descredito mucho de V. Magestad, y de toda su Co-

rona, salir en persona à apaciguarla. A un Alcalde de Corte, en comparacion, havia de embiar V. Mageſtad à caſtigar los rebeldes, que con llevar govierno, y gente, eſto baſtaba; fuera que hartos Titulos, y Grandes tiene à ſu mando, poderoſo cada uno para conquiſtar un Reino. Guardeos Dios à V. Mageſtad eternos ſiglos, haſta que como al otro Philipo Macedonio vea à ſu Alteza hecho Alexandro Eſpañol, y conquiſtando mundos.

Al comenzar, pues, la marcha, y al ir caminando en orden las hileras, al darles la bendicion hablò el piadoſo Rey a Joab, y a los demàs Capitanes, y en voz que todos lo oyeſſen, les dixo: *Una coſa os encarga mi amor, y es, que aquel rapàz de Abſalon no me le toqueis, ni le hagais ninguna ofenſa: guardad, pues, ſu vida, y hacedme eſte guſto.* Siempre fue David padre de ſus hijos, tierno, digo, y amoroſo para ellos, y en eſta ocaſion lo manifeſtò mas, pues quando eſtaba tan ofendido, y via las armas de Abſalon amenazadas contra ſi, con todo le dolia que alguno le injuriaſſe. Siempre un padre deſea caſtigar al hijo travieſſo, mas no quiere que otro ſe le caſtigue. Aſsi David, como atendiò advertido, que todos ſus Soldados iban braveando contra el Principe rebelde, temiendo que le mataſſen, les mandò por obediencia, que reſervaſſen ſu vida. Paſsò la palabra haſta el minimo ſoldado, y quedaron todos noticioſos del precepto del Rey.

Bolviòſe, pues, David a la Ciudad, harto laſtimado, y triſte, por la incertidumbre del ſuceſſo. Recogiòſe a ſu Palacio, y con afectos pios, con oraciones devotas, comenzò a rogarle a Dios miraſſe por ſu cauſa. Buen exemplo para los Reyes, que quedandoſe en ſu Corte, y en ſu caſa, embian ſus Capitanes a las lides, y ayudarles deſde alli con plegarias, y oraciones; que tal vez harà mas el Rey orando en ſu retrete, que lidiando en la campaña. Aſsi ayudaba Moysès a ſu Pueblo, llevando ſu oracion el peſo de la batalla; levantar a Dios las manos, era deſcargar ſobre el enemigo una tempeſtad de muertes.

Marchò, pues, el Campo, pueſto en orden, a buſcar al enemigo, y afrontaronſe uno, y otro en los Boſques, tan nombrados de Ephrain, cuyas grutas preñadas de animales, y de fieras, ſon terror de los que deſcuidados, ò perdidos penetran la eſpeſura. A las faldas, pues, del boſque, en medio de

de unas cañadas, y llanuras, se trabò la batalla al son de las caxas, y trompetas, con tan cruel estruendo, con tanto alarido, y griteria, que embarazado el ayre, parecia estremecerse la maquina del Orbe. Encarnizòse la lid por ambas partes, de tal suerte, que ya los arroyos, con la sangre tintos, hacian mares de coral, en que anegados nadaban montones de difuntos. Neutral anduvo Marte muchas horas, porque aunque los de David peleaban mas ossados, y valientes; como la parte del Infante era mas gruessa, daban bien en que entender a toda la valentia. Pero en fin, pudo mas la justicia, y la razon, y la parte del rebelde comenzò a flaquear, y ponerse en huìda. Apretaron entonces mas los vencedores, porque no se recobrassen. Desmayaron los vencidos, y desapoderadamente bolvieron las espaldas, acogiendose al sagrado de la inculta maleza, mas tuvieron en esto poca dicha, pues en lugar de asylo daban con la muerte. Ay en aquellos montes desgalgaderos profundos, cabernas horribles, y fosos espantosos, que sirven de madrigueras, y alvergues a innumerables fieras: Estas, pues, que con el marcial estruendo estaban retiradas, y aturdidas, pensando que los Soldados fugitivos iban a inquietarlas, y ignorando que los arrastraba el miedo, se abalanzaban a ellos, y los despedazaban crueles, y sangrientas; y los que se escapaban de su encuentro, caìan hechos pedazos en los fosos. De suerte, que advierte el sagrado Historiador, que aviendo sido veinte mil los muertos, fueron muchos mas los que perecieron a manos de las fieras, que los que murieron lidiando en la batalla: Espectaculo funesto! Tragedia lastimosa! Caso lamentable! A los ayes, y quexidos de los que ya luchaban con la muerte, se hacian mas al miedo, y la confusion, los que escarapelados vagueaban por el monte. No avia parte en la maleza donde no se escuchassen ecos tristes. A la voz, ò al grito del perdido, acudia el vencedor, y le mataba. Los que huian con silencio, fueron los mas bien librados.

Quando viò el infeliz Infante desbaratado su Campo; rotos sus Esquadrones, deshechos sus batallones, toda su gente vencida, y derrotada, saltò en un mulo brioso, y ligero, pareciendole quizà, que para romper por el bosque, y la espesura,

ra, seria cavalleria mas apropolito, que el mas castizo cavallo. Mas hizole el animal mestizo, como bastardo en lo desleal, y traydor. Sucediò el caso mas raro que ha sucedido en historias divinas, ni humanas, un portento el mas singular, que cuentan los Annales. Fue, pues, que el desgraciado Absalon, aviendo escapado solo de la lid sangrienta, emboscandose en el monte despaborido, y medroso, al passar ligero por debaxo las ganchosas ramas de una sobervia encina, enredandose en ellas la melena, que esparcida al ayre, era emulacion de la que se peyna el Sol, passò la bastarda bestia tan furiosa, è iracunda, que rompiendo el precepto de las riendas, y no siendole embarazo aferrar los estrivos, le dexò al malogrado joven pendiente en el ayre, siendole dorado lazo sus cabellos. O de turbado, ù de poco advertido, aun no tuvo habilidad de desasirse, ni de tantos como iban huyendo de los suyos, no le viò ninguno; que quando la fortuna arroja el dado, todo es pintar azares, y desgracias. Por mas que trabaja, y porfia para quebrar la rama, no no le es possible. Por mas que tiende la vista a todas partes, no halla a quien pedir socorro: quien le alancee il halla. Viòle de aquella suerte un soldado de su padre, y aunque le pudo matar, ò tomarle prisionero, no se atreviò a intentarlo, pudiendo con èl mas su lealtad, y obligacion, que no premios, è interesses; lo que hizo fue avisarselo a Joab, el qual en vez de estimarle aquel miramiento, le reprehendiò severo, no averle alli acabado. Satisfizo el soldado fiel con lo que al Rey avia oido, quando a la despedida mandò al mismo Joab, y a los otros Capitanes, que guardassen la vida de su hijo. Enfadòse de oir los argumentos, llamandolas bachillerias, y haciendo que le guiasse a la encina donde el desdichado joven se lastimaba pendiente, le atravesò el pecho con tres dardos. Llegaron despues unos criados suyos, y a puras estocadas acabaron de matarle, y echandole en una sima, le cubrieron de piedras; desusado sepulcro para un Principe, y diverso panteon del que avia erigido su potencia. Vea aqui el curioso en lo que pàra aquel orgullo, y aquella lozania, en una infeliz, y desastrada muerte, siendo su mayor amigo su homicida, harto escarmiento para aquellos que rebeldes se buelven contra sus padres.

Muerto Absalon de la manera dicha, mandò Joab tocar a recoger su gente, porque no siguiessen, ni acabassen de matar a los que andaban huidos. Acabado el primer movil, diò por concluida la guerra. Huvo pretendientes para llevar las nuevas a David, el principal fue Achimaas, hijo de Sadoch, corredor valiente, como lo mostrò en el hecho, pues aunque Joab rechazò por muchos modos su pretensa por quererle bien, y saber que avia de sentir el Rey la nueva del hijo muerto, con todo fue tal su anhelo, y porfia que por veredas, y atajos,, aviendo alcanzado ya la gracia, ganò la delantera a cierto Gytano (segun lo explica bien la interlineal) a quien como a estraño, y hombre de poca cuenta, se le concediò el despacho de correo. A este, pues, se adelantò la presteza de Achimaas, llegando primero a la presencia del Santo Rey, que cuydadoso, y triste estaba a las mismas partes de la Ciudad, hecho todo ojos, para si descubria quien le annunciasse el sucesso. A destemplados gritos de placer, le saludò diciendo: V. Magestad estè en buen hora, y sea el Señor bendito, pues ha puesto ya à sus plantas todos sus contrarios. Derrotado queda el enemigo, y nuestras armas triumphantes. Aunque se alegrò David con esta nueva, como le tiraba tanto el cuydado de Absalon, hizo poco pie en el gozo, hasta saber del modo que quedaba. Preguntòle, pues, por èl, como que le estaba el corazon adivinando la desgracia. Escusòse Achimaas sagàz, y advertido de responderle a tiempo: que es de pechos nobles quitar a su Rey una hora de pena, pues, lo que dura el saberle la desdicha, se ahorra el alma de sentir. Era, señor, tal el tumulto (dixo el mensagero si el) tan grande la confusion quando escapè a dar la nueva, que no me cuidè de mas. A poco rato llegò el segundo correo, el Egypcio que dixe, y este siendo preguntado al mismo tenor, pensando quizà le daba al Rey gusto en ello, dixo con mucho desahogo la desastrada muerte del Infante, dandole por merecido castigo de su culpa. Bolviòle el Rey las espaldas ahogado del dolor. Retiròse a su retrete, y soltando las riendas al sentimiento, y al llanto, comenzò a hacer estremos mui sentidos. Con ayes, lastimados, con encendidos suspiros repetia muchas veces el nombre regalado de el hijo difunto.

Ay Absalon hijo mio! Ay hijo mio Absalon! Era el tema de su llanto. Nadie admire esta ternura, ni estrañe estos gemidos por un hijo rebelde, quando ya se sabe, que el amor de un padre es mucho, por mas que lo desazonen, y le irriten ingratitudes, y ofensas. Aunque un hijo se olvide de obligaciones, un padre hace como padre. Assi nuestro Santo Rey, por mas que estaba ofendido de Absalon, lloraba lastimado su desgracia.

No fueron tan ocultos estos sentimientos, ni tan secretas estas lastimas, que dexassen de verse, y de entenderse de los que le assistian en Palacio. Corriò la voz de unos en otros, hasta dàr en los Reales, que victoriosos, y triunfantes marchaban a la Ciudad. Desde el mayor hasta el menor Soldado se quedò confuso, y aturdido, sin que se atreviesse nadie a passar adelante; antes bien, todos bolvieron el passo atràs. Joab entonces, como sacudido, y libre entrò donde estaba el Rey, y hablòle con imperio estas razones: Hoi ha confundido V. Magestad, y llenado de espanto los animos, y los corazones de todos sus Soldados, pues quando arriesgados al peligro le han librado del rebelde, y le han puesto en las manos la victoria: en vez de recibirlos con agrados, en vez de agassajarlos con cariños, les huye el rostro, y los recibe con llantos: Quando han salvado su vida, las de sus mugeres, y sus hijos, les paga con disgustos, y desaires? Què se puede presumir de estos lloros, y tristezas, sino que ama V. Magestad a los que le aborrecen, y aborrece a aquellos que le aman? Por los que rebeldes, è ingratos se le atreven, llora, y suspira, y los que le defienden, y le guardan aun no merecen un buen semblante? Manifiestase mui bien el poco caso que hace de sus vassallos fieles, y dase a entender, que si viviera Absalon, y todos nosotros fueramos los muertos, estuviera mui gustoso, y no hiciera estos estremos: Deseche, pues, V. Magestad toda essa tristeza, y luto, y salga a recibir su Exercito triunfante: honre, y premie como nobles a los que le han servido; agradezcales a todos lo bien que han peleado: y de hacerlo de otra suerte, por el Señor le juro que no le ha de quedar esta noche ni un Soldado de su parte; antes bien, todos podrà ser que se obliguen, y elijan Rey de su mano. Con que serà para V. Magestad

gestad el mayor desastre, y la mayor desdicha que en todos sus infortunios, y trabajos le aya sucedido. A este peligro està expuesto, mire lo que le conviene.

Con toda esta libertad hablò Joab a su Rey: tan resuelto como esto reprehendiò sus tristezas, y retiros. Tenia razon en parte, y no es mucho hablasse a lo soldado. Hallabase dueño de las armas, veia que David le avia menester, quien que le hiciesse cuidar de cortesias, y respetos? O Magestades humanas, que riesgos que padeceis, pues aunque mas os entronice la soberania, estais expuestas tal vez, a que un vassallo se os atreva, y un particular os riña! Sufriò David la reprehension recatado, y cuerdo, dissimulò el dolor como otras veces, guardando para su tiempo el castigo, y el despique de arrojos semejantes. Como se veia ya el Santo Rey cargado de años, debiles las fuerzas, muchos los rebeldes, a Joab poderoso, afecto a toda su gente, y echandole amenazas, no se atreviò a chistar, por mas que le miraba como a homicida cruel de su Absalon querido, como a matador sangriento de un pedazo de su alma. O què brava leccion esta para los Reyes, saber hacerse al dissimulo en casos tales, saber dexarse vencer en luchas de desafueros, saber ir al son del agua quando la necessidad lo pide. Mas vale a veces sufrir un Rey un desayre, que castigar pundonoroso a un atrevido. Tiempos ay en que es bueno tragar las menguas, como hai tiempo de reñirlas. Acomodarse con el tiempo, es la prudencia mayor. Algo de esto toquè en la segunda parte, quando a traicion diò muerte el mismo Joab al Capitan Abnèr, alla remito al curioso.

Sin hablar, pues, palabra, sin decir malo, ni bueno, como acà decimos (mucho dixo con callar) enjugò David las lagrimas, sepultò en silencio los sollozos, dissimulò la pena, y aliñandose la purpura, saliò en publico adõde todos le viessen. Mostròseles mui grato, y estimòles la lealtad, y valor con que le avian servido. Los rebeldes, assi los que se escaparon derrotados, como los que en las Ciudades seguian su voz, tocados de su conciencia, u de la necessidad, entraron en acuerdo para ver el corte, ò el aliño que havian de dar a sus cosas. Resolvieronse prudentes a pedir misericordia, y echarse a los pies del Rey. Recibiòlos David con los

brazos abiertos, y concediò perdon general; que en tales lances, demàs de ser cordura, suele ser conveniencia lo piadoso. Los de la Tribu de Judà, que como mas cercanos de David, anduvieron mas ingratos, rehusaban de llegar a su presencia, y en especial Amasa, como General que avia sido de Absalon. Entendido David de estos temores, embiò con Abiathar, y Sadoch a assegurarlos, tratandolos con mucho amor, y cariño, y ofreciendole a Amasa con juramento, que le daria el Baston, y le haria General de su Milicia en lugar de Joab. Que seria Teniente de Joab, dice Lyra; mas mejor siente el Tostado, esto es, que David privò a Joab del oficio, porque contra su precepto matò al Infante Absalon. Con usar de estas piedades, y franquezas, hace un Rey amigos de enemigos. Porque querer por verse vencedor castigar a todos los culpados, y despicar en ellos sus pesadumbres, y enojos, fuera bolver a arriesgar todo lo ganado, y fuera quedar de nuevo odioso, y mal quisto. Quando un rebelde, y mas si es todo un vulgo, reconoce su yerro, cediendo las armas pide perdon, y clemencia, no ay que andar en pundonores, sino abrazar el partido, y hacer pecho a lo de Dios, remitiendo agravios, y perdonando ofensas. Assi lo hace David en este caso, para ser pauta, quizà de otros Principes, y Reyes.

CAPITULO XVI.

DE LO PIADOSO QUE ANDUVO DAVID EN PERDONAR agravios, y lo bizarro en remunerar servicios.

AGradecidos mucho los de la Tribu de Judà a la buena acogida que havian hallado en su Rey, se adelantaron a todos los demas en hacer prevenciones de navichuelos, y barcas para passar el Jordàn. En la Ciudad de Galgala, que estaba de otra parte, se avia juntado tambien innumerable gentìo para ayudar a reconocer los vados. Todos, en fin, y cada uno especialmente, procuraba agradar al vencedor, y agassajarle. A la fama de el perdon general, saliò tambien Semey de su Ciudad de Bahurin, acompañado de mil hombres de su Tribu, que era la de Benjamin, y poner es-

este respeto los mas indignados, y malquistos con las cosas de David; por aver sido Saul de su nacion, y como acà los Portugueses, contra los Castellanos, siempre anhelan por su Rey, assi los de Benjamin miraban siempre de mala gracia a los de Judà. Ya queda dicho en los capitulos antecedentes lo que hizo este Semey con David, quando le vió ir huyendo de su hijo, que fue llenarle de oprobrios, y cargarle de pedradas. Vltraje, y desacato que llevò el Santo Rey con mucha paciencia. Considerando, pues, aora victorioso a David, desecho el campo rebelde, y que los mas bravos se acogian al perdon, temiò que avia de costarle la vida su atrevimiento. Para templar, pues, las acedias del Rey, saliò a lisongearle con toda su gente, vadeando lo caudaloso del rio, y abriendo veredas en lo enmarañado de sus aguas. Valiòse tambien de llevar a Siba por padrino, aquel lisongero, que en contra de su dueño, bastò a hechizar a David con sus embustes. Este con sus quince hijos, y todos sus criados, saliò como comboyando a Semey: Traza ordinaria, valerse un traidor de otro, y harta desdicha, valer para con los Reyes sus engaños. Aviendo, pues, Semey hecho alarde del cortejo, quiso con humildades solidar mas su perdon, y hacer sonada su gracia. Todas ceremonias de embelecadores, y dignas de mayor castigo. Postròse a los pies del Rey, y con fingidos sollozos, le hablò de esta manera:

Suplico a V. M. Rey, y señor mio, que no haga recuerdo de mis maldades, è injurias, quando arrepetido las confiesso, y ahogado en llanto las lloro. Ya sè lo atrevido que anduve, quando al passar por mis puertas huyendo, y afligido, en lugar de socorreros, os llenè de baldones, y os carguè de piedras. Ya conozco que si V.M. repassa por la memoria este delito, y abriga en su corazon mi desacato, que serà castigo poco cortarme la cabeza. Pero si mis comedimientos de aver salido el primero a recibirle, y poner a sus plantas mi persona, y las de los que me hacen lado, bastan a suplir algo de la pena, suplicole me perdone, y me marque por su esclavo.

Con semejantes palabras dexò Semey tan enternecido a David, que aun antes de responderle, se le conociò en el rostro la gana de perdonarle. Adivinòlo Abisai, y como quedò el

mas

mas picado, y sentido de la passada desverguenza, antes que el Rey hablasse, se levantò indignado, y dixo: Acaso serà razon, ni justicia, que por estas sumisiones, forzadas de la necessidad, se quede libre quien anduvo tan ossado? Quien con tanta libertad maldixo a un Christo de Dios, a un Rey ungido? Baste (dixo el Rey, mostrando algun enojo) y adonde yo estoi, nadie se tome licencia para hablar palabra. Bueno fuera, que quando yo ando sembrando cedulas de perdon, me anduviera a tomar venganzas, y despicar enojos. Oy hago cuenta que comienzo a reynar sobre Israèl, y que me he hallado, como dicen, la Corona, y assi es bien gratificarlo al Cielo, usando de piedades con los que me huvieren sido mayores contrarios. Jurote por quien soi (añadiò buelto a Semey) que tu vida serà de mi guardada, con que con toda seguridad podràs vivir en mi Reino. Tan clemente, y tan piadoso como esto se mostrò David con quien se mostrò con èl mas desvergonzado, y libre. Buena enseñanza, como ya deciamos, para que todos aprendan a remitir agravios, y mas quando la necessidad obliga a ello. Siempre es bueno perdonar, y para lo del alma forzoso siempre, mas para lo del mundo, ay casos en que es tambien conveniencia.

Noticioso Miphiboseth, el hijo del Principe Jonatàs (contra quien ya queda dicho, que el falsario Siba le avia levantado testimonio) sabidor, pues, de ello, y de que David bolvia triunfante, saliòle al encuentro de la otra parte del Jordàn, en trage de pobre; desaliñado el vestido, la barba descompuesta, y todo hecho al dolor. Echòse a los pies del Rey a informar de su causa, y dàr satisfacion de su inocencia. Hizole David el cargo, de que por què no le acompañò, quando saliò de Jerusalèn? Que por què se avia quedado acompañando al rebelde? A lo qual Miphiboseth, respondiò, diciendo: Siba, señor, mi esclavo, infiel, y desleal, no haciendo caso de mi, me dexò en riesgo, sin darme cavalgadura en que poder salir a acompañaros, que como no tengo pies, era forzoso valerme de los agenos. El, pues, tuvo la culpa de no cumplir con mi obligacion, y no contento con esto, dicen que me ha malquistado con V. Magestad, achacandome delitos de que estoi inocente. V. Magestad es bien entendido, y puede como Rey hacer lo que quisiere, y bolverme

me a quitar lo que me ha dado, si bien no lo merece la casa de mi padre, pues os tributo atenciones sin medios de la muerte. Pero me direis a esto, que ya me disteis vuestra mesa, haciendome como igual con vuestros hijos, que què tengo que quexarme, ni meter a voces lo que pende en vuestro gusto?

No hablaba mal el cojo, y pienso que a tener pies, supiera tener manos para castigar al embustero. Atajòle David, quizâ como viò que llevaba razon, y quiso acallarle con darle alguna cosa, que asi suele suceder en quien està sobornado, que por mucho que conozca que es del otro la justicia, no se atreve a dexar del todo descontento al que le diò la dadiva. Tanto como esto pueden con los Reyes sobornos, y chismes, pues hasta a David le encantan, le embelecan, y le hechizan. Respondiò a Miphiboseth que què tenia ya que hablar, supuesto que èl tenia dada la sentencia, y empeñada su palabra? La palabra de un Rey (como si dixera) ha de bolver atràs? Que lo que mas podia hacer por darle gusto, era negociar con Siba que partiessen dividiendo entre los dos las possessiones: Respondiò a esto Miphiboseth lo q̄ suele un hombre honrado, quando vè que contra razon le quitan la mitad de su ropa, dexela todo a Siba, que con que V. Magestad buelva a su casa en paz, tengo yo harto: Buelvo a decir, que el cojo era sacudido, pues a un Rey como David le hablaba con tal despejo. En fin, quedò Siba con la mitad de la hacienda de su amo, y el triste Miphiboseth huvo de callar, y contentarse con lo que le daban. Por esta division mal hecha, que hizo David de la hacienda de este Principe, dicen los Interpretes, que permitiò Dios, que en tiempo de Roboan su nieto, se dividiesse su Reino entre el nieto, y Jeroboan. Nadie, pues, le quite la capa al pobre para abrigar a malsines, y chismosos, que aunque le parezca que el Cielo lo dissimula, guarda a su tiempo el castigo.

El buen viejo Bercelay, que fue quien anduvo bizarro, y generoso, como ya diximos, en regalar, y cortejar a David quando iba huyendo, ocurriò tambien aora alborozado, y alegre a darle los parabienes de la victoria. Desde la Ciudad de Rogelin le saliò al passo, no interessal, ni a pedir la paga de su servicio, como lo hicieron otros, sino solo a acompa-

ñar-

ñarle, y a servirle. Holgòse David de verle, y a ley de obligado, le brindò con las mercedes, proprio de pechos nobles, proceder con gratitudes, con aquellos que han sido liberales. Dixole que se fuesse con èl a Jerusalèn a passar gustoso lo que le quedaba de vida, trocando en cortesano lo rustico de la aldea, y que a experiencias de lo que deseaba honrarle, veria lo que le estaba agradecido. Respondiò Bercelai, vertiendo lagrimas de gozo: No es ya mi edad, señor, para poder ir a recibir esse favor grande, que V. Magestad me hace, y que se le estimo sobre mi cabeza, no que un viejo, qual yo, de ochenta años, a que ha de ir a los bullicios, a estàr como de sobra? Los manjares regalados, vinos preciosos, son superfluos para mi; los canticos dulces, las musicas suaves, ya no son para mi oido. Para què, pues, tengo de ir a ser carga, y embarazo a V. Magestad (que un viejo es pesado a todos) ni hacer mudanza con que serian de mi? Y assi le suplico me permita, que le vaya sirviendo una, ò dos jornadas, y luego me dè licencia para bolverme a mi rincon a morir, y à ocupar el sepulcro de mis padres. Pero porque vea V. M. no estraño del todo sus mercedes, aqui viene conmigo Chimaan, hijo mio, y siervo suyo, èl como mozo, y alentado, podrà ir a la Corte, y estàr, y permanecer en su servicio.

Tan cortès, tan prudente, y tan atento como esto, supo Bercelai rechazar las ofertas, y estimar los agassajos de quien se les ofrecia generoso. Condescendiò David con su gusto, viendo que andaba acertado, y recibiendo en su servicio a Chimaan, se despidiò del viejo con muchas caricias, dandole los brazos, y besandole en el rostro. Todo bien merecido de quien en la necessidad supo servir a su Rey, y amparar, y socorrer a sus Soldados: Exemplo raro para que todos se enseñen a cumplir obligaciones. Quando el vassallo es leal, y viendo a su Rey en la apretura, en la necessidad, en el ahogo, le arroja a los pies su hacienda, su vida, y su cuydado, justo es tambien, que alcanzada la victoria, ande el Rey agradecido; y aunque exceda en las ceremonias, y en las cortesias, no es culpable, quando son bizarrias de la Magestad, y fuerza del miramiento. No era David mal Estadista (que de todo supo mucho) y assi, aunque a los Grandes de su Corte

les regatearia quitarles el sombrero a un humilde Ciudadano de Rogelin porque le ha sido fiel en sus aprietos, le echa al cuello los brazos, y le dà beso de paz.

Muy cochuroso se quedò David, despues que oyò los descargos, y disculpas de Miphiboseth (segun el sentir de Lyra) y aunque mediante ellos suavizò, y corrigiò la primera sentencia, y le restituyò la mitad de lo que le avia quitado, con todo, remordiendole la conciencia, no se le quitaba el alma, por aver hecho aquella injusticia. Con prudencia, pues, y con recato, procurò recompensarla, dandole a Miphiboseth en otros bienes, toda la cantidad en que estaba leso, que aunque no lo declara la Escritura, creese por cierto, pues no todas las cosas pueden estàr escritas, si ya no fuesse, segun parecer de otros, que esta muneracipn fue librarle de la muerte, quando sobre el pecado de Saùl, y para aplacar a los Gabaonitas, mandò poner en siete Cruces à sus hijos, y nietos, exceptuando a Miphiboseth de aquel castigo. Sea de una, ù de otra suerte, David enmendò el borron, y tomando el Harpa, cantò al compàs de sus cuerdas el Psalmo 115. en que confiessa su facilidad de aver creido a un lisongero, y le dà gracias a Dios de averle librado del rebelion de su hijo.

Lyra in Psl. 115.

2 Re. c. 21.

Psalm. *QUE COMPUSO DAVID AL VERSE LIBRE del Principe Absalon, y del lisongero Siba.*

Tex. y Gl.

CONfiessoos, Señor mio (no ay negarlo)
que al vèr humilde a Siba, al escucharlo
Crei de noble sus mentiras,
Y prorrumpiendo en iras,
Contra Miphiboseth dì la sentencia:

Credidi propter quod loquutus sum, &c.

Fue suma inadvertencia,
Mas sirva por disculpa, y por descargo,
Verme entonces en llanto tan amargo,
De un hijo inadvertido,
Derrotado, acosado, y perseguido,
Y siempre en semejantes aflicciones,
Le faltan al discurso las razones.

Con

Ego duxi in excessu meo omnis homo mendax.

Con mi pena, y cuidado abochornado,
Sentencia pronunciè precipitado;
Creyendo a un embustero
(O lo què engaña a un Rey un lisongero!)
Y pensando assimismo,
Que pues todo Israèl (què barbarismo!)
Seguia de mi hijo las Vanderas,
Miphiboseth harìa con mas veras,
Como a quien a su padre le tocaba,
La Corona, que un hijo me quitaba.

Y assi dixe afligido, y cochuroso:
Todo hombre en el mundo es mentiroso,
El baxo, el noble, el rudo, el entendido,
No ay quien no falte a un Rey, si està caìdo.

En esto me fundè quando echè el fallo:
Mas ya que ahora hallo,
Que Siba me mintiò, y que innocente
Està Miphiboseth, no delinquente,
Yo enmendarè mi yerro de tal modo,
Que quede satisfecho mui del todo.

Quid retribuam Domino, &c.

Mas bolviendo a otra cosa,
Ya que el alma se halla tan gozosa
De verse libre de peligros tantos,
Con què satisfaciones, y con quantos
Seruicios al Señor podrè pagarle?
Què tornas podrè darle
Por gracias, y mercedes que me ha hecho?

De Saùl me librò, y en dulce lecho,
Gozè de Hymenèo el fruto opimo,
Ciñòme del Laurèl que tanto estimo,
Perdonòme el delito contra Vrias,
Y de Absalòn postrò las demasias.

Calicem salutaris accipiam, &c.

Con què, pues, pagarè tanta fineza?
Recibirè, Señor, con fortaleza,

El

El Caliz de paſsiones, y amarguras,
De la perſecucion las penas duras,
Tolerarè valiente, y animoſo,
Invocarè tu nombre poderoſo,
Y por penas que embiſtan, y cuidados,
Tendrè al decir, Jeſus, lauros doblados.

CAPITULO XVII.

EN QUE SE QUENTA COMO LAS ONCE TRIBUS SE REBElaron contra David, ſiendo Siba el promotor, y caudillo, y el fin de eſte ſuceſſo.

DEſpues que David paſsò el Jordàn, y en la Ciudad de Galgala recibiò parabienes, remitiendo generoſo ingratitudes,y ofenſas de los que al lado de ſu hijo ſe hicieron parciales, como ya dexamos dicho,diſpuſo la jornada para Jeruſalèn,donde con alborozos,y alegrias le prevenian fieſtas a ſu triunfo. Pero como las felicidades de eſta vida,ſegun que muchas veces hemos ponderado, jamàs ſon duraderas, llevando vinculada ſiempre la penſion de la deſgracia, del deſmàn,de la deſdicha,apenas hizo alardes la victoria,quando un motin con enojos deſazonò los placeres, y bolviò a poner en arma los mayores guſtos. Fue eſte el caſo: Quando a voces de la fama ſe ſupo por todo el Reino la rota del Infante,y la victoria del Rey,deſpacharon las once Tribus ſus Embaxadores,dandole los parabienes, y pidiendole licencia para ir a acompañarle haſta la Corte. Parece ſer,que la Tribu de Judà,como la mas poderoſa,y al tanto mas altiva,llegando la primera a los pies del vencedor, diſpuſo el viage, permitiendolo David, y vadeò el Jordàn,yendo comboyando al Rey, y a ſus ſoldados. Picados, pues, y ſentidos los de las once Tribus de no averſe hecho caſo de ellos, ſe fueron a David cargados de quexas a eſcuſar,y a reñir ſu menoſprecio;y aunque es verdad que era el Rey el principal culpado, pues avia ſido ſuya la obligacion de reſponder, y eſperar a los que le ofrecian ſerviciales; con todo, como reparò muibien el Abulenſe, atentos a la Mageſtad, no quiſieron formar ſu querella contra èl, ſino contra los de ſu familia.

2.Reg. c. 19.& 20. Tex.yGl. y el Abul.

Abulen. 2. Reg. n. 19 q. 37.

Pro-

Procedieron urbanos, y corteses, solapando el tiro que iba enderezado al Rey, y dando contra los suyos las pedradas. Salieronle, pues, al encuentro, ya casi a la vista de Jerusalén, y despues que con las debidas ceremonias le hicieron la salva, y dieron la bienvenida, tomando la mano los de mas autoridad, hablaron de esta suerte:

* Bien le consta a V. M. lo puntuales, y obsequiosos que todos los de Jerusalèn, grandes, y pequeños, Ciudadanos, y nobles, que en estas once Tribus le prestan vassallage, acudimos a nuestra obligacion al instante que supimos el buen sucesso de sus Reales Armas, con la rota, y castigo de el rebelde. Ofrecimonos leales, en fee de nuestro gozo, a prevenirle el passo del Jordàn, y a venirle comboyando hasta la Corte. Què razon, pues, ay para que los de la Tribu de Judà, siendo hermanos nuestros, se ayan alzado con la cortesia, y en cierto modo nos ayan robado a V. Magestad, pues sin esperarnos, ni atendernos, y a hurtadillas, como dicen, cargaron con el Rey, y sus Soldados, y vinieron hasta aqui? Esta injuria, este menosprecio, es razon que se haga contra vassallos fieles? V. Magestad, siendo tan recto, ha de dàr lugar a tales demasìas?

Estas, y semejantes razones contuvo la querella. No hablò el Rey palabra, segun el Sagrado Texto, quizà por vèr que el pleyto era entre partes, y que cumplia con dàr traslado a los acusados, y vèr què respondian: Con mucho desahogo bolvieron por sì los de Judà, satisfaciendo al cargo de esta suerte: La razon que avemos tenido para traher a nuestro Rey a su casa, acompañandoles fieles, y sirviendole leales, es la que nos sobra, pues basta ser el Rey mas propio de nosotros, pues es de nuestra Alcuña, de nuestra Tribu, y Estirpe. Y assi no sabemos que aya causa, ni razon para fulminar iras, ni enojos en esta materia, ni para baldonarnos de ladrones, Si es solo tener gana de reñir, hablese con claridad, y no andemos con rebozos. Por ventura, le hemos quitado al Rey algun pedazo, ò nos le avemos comido, para achacarnos el hurto? * No està entero, sano, y vivo? Pues para què son enojos, y querellas? O acaso le avemos defraudado en los averes, tomandole de sus rentas, ò interessado algunos beneficios para hacernos cargo? Pues sobre què

* Es modo de hablar de el Sac. Tex. notable.

què es la quexa, ni sobre què esta demanda? Replicaron los de Israèl, diciendo: Sobre que es razon, y justicia, que quando nosotros sobrepujamos con diez Tribus a Judà, y al tanto nos toca mas el Rey a nuestra parte, se tenga miramiento en no menospreciar nuestros servicios. No porque V.M. que està presente, sea del linage de Judà, y no porque Judà sea tan copiosa en gentes como las demàs Tribus, se ha de apropriar al Rey, llamandole mas suyo, porque en la dignidad, y autoridad, cada Tribu tiene el mismo voto para elegir Rey, y adjudicarle el Cetro; y asi, no dicen bien los que dicen, que pertenece David mas a Judà, que a Israèl.

Siente el Tostado, que las quexas, y querellas de las once Tribus fueron justas, y que los de Judà, ni el Rey, no tuvieron razon en lo que hicireon. Como se hallaban, pues, con justicia, decian con descoco su sentir. Pero los de Judà, como mas llegados à David, y como mas parientes, al verse desmentidos, rechazaron con muchas quemazones a los Israelitas. Lo que les dixeron, no quiso expressarlo el Historiador sagrado, que en esta materia de palabras afrentosas, aun en el estilo humano lo honesta la cortesìa, y asi basta decir que les hablarō peladamente para dexarse entender, que no los trataron de señores. Hizose duelo el juicio, y con ser tan ruidosa la contienda, y entre pajaros tan grandes, es mucho de ponderar, que no hablasse David una palabra. Mas mucho hablò con callar. Era entendido. Hallòse por ambas partes empeñado en iguales balanzas el amor, y la justicia, y asi, aunque la razon de los quexosos le obligaba a defenderlos, la razon de sus parientes, le forzaba a no reñirlos. Para cumplir, pues, con todos, se hizo sordo, y se hizo mudo, cautela mui ordinaria en lances semejantes.

Abul. ubi sup. q. 30.

De esta contienda, pues, de aquesta riña, se le originò a David uno de sus mayores trabajos, y que le pusieron en cuidado notable. Castigos, como sienten Lyra, y el Tostado, que le acarreaba el Cielo en descuento de sus culpas. Que aunque con el levantamiento de Absalon le havia castigado Dios el adulterio, y homicidio de Vrias, faltaba un requisito para que fuesse igual la pena del pecado. Hizo matarle a traicion: pues en el seguro de una carta, iba encubierto el cuchillo, que le quitò la vida. Parece, pues que di-

dice el Cielo, supuesto que David fue traidor con su vasallo fiel, dandole muerte a traicion, levantese contra èl un vasallo traidor, que pretenda usurparle la Corona. Persiganle traidores, y rebeldes, pues èl persiguiò a un leal. Gran Doctrina para hacer en ella pie todo Christiano, cõsiderando lo medido que anda Dios en los castigos, pues a un Rey como David tan justo, tan penitente, y tan santo, no le suple, ni perdona aun una zeta. Aun los accidentes de el delito quiere que passen castigos de accidentes: el ser homicida lo castigò a parte, y el ser a traicion le añade nueva pena. Ojo, Christiano, por mas que te aclames Rey, al vèr los passos que das, pues al passo que ofendieres, tienes de ser castigado. Abochornados, pues, los Israelitas, viendose por una parte ultrajados, por otra ofendidos, no quisieron remitir a las palabras el despique, sino mostrar con las obras su corage. Cada uno de por si, y todos juntos, negandose à lo fiel, se hicieron motin cõfuso, y mas quando se vieron con cabeza que los acaudillasse. Declaròse Siba por principal Comunero hombre de los mas principales de la Tribu de Benjamin, y mui deudo de Saùl, hombre sacudido, valiente, y denodado. Este, pues, con designio de ser Rey (segun el Tostado) al escuchar los ultrages de los de Judà, tocò una corneta, haciendose caudillo, è incitò a todos los mal contentos a que siguiessen su voz. *Ea, Israelitas* (dice à gritos desstemplados) *supuesto que nosotros no tenemos parte en David, y solos los de Judà se han cargado con el Rey, y el Rey està tan de ellos, que no atiende à nuestra causa, què hai sino desampararle, y seguir cada uno nuevo rumbo?*

Abul. c. 2.

A pechos desabridos, con poco calor hai harto para hacer desafueros. Assi los de Israel escuchando a Siba tan determinado, se revistieron de brios, y negandose a leales, se hicieron a traidores. Con ruidoso estruendo, con tropel confuso, al sòn de la vocina declarados Comuneros, tomaron todos las armas, apellidando libertad; que este es el pretexto que aclaman comunmente los que desabridos con su Rey, le vuelven las espaldas. Mucho turbò a David este alboroto, ya por considerar que en parte tenian razon, yà por ver, que once Tribus coligadas havian de poner en mucho aprieto su Corona. Entròse, pues, presuroso en Jerusalèn pa-

para acudir al remedio con prefteza, que en ella conſiſte, quando ay levantamientos, y Comunidades, el buen ſuceſ-ſo, y acierto. Eſta conſideracion (quizà la leyò en David) le hizo a nueſtro Carlos Quinto volver à Eſpaña con toda diligencia a refrenar los alborotos, quando en nueſtras Ciudades, con titulo de Comuneros, comenzaron a turbar la paz, y ſoſsiego comun. Y con ſer eſtas gavillas ſin cabeza, pues huvo Ciudad donde un ſaſtre era el caudillo (ſi bien a lo ſecreto, los alentaban algunos ſeñores) le pareciò neceſſario a un grande Emperador acudir perſonalmente à ſoſſegarlos. Conſiderando, pues, David, que era Siba el Capitan de los Rebeldes, un hombre del demonio (digamoſlo aſsi) que aſsi le llama el Texto, *Vir Belial*, y aſsi en nueſtro Eſpañol ſe ſuelen decir hombres determinados, y valiē-tes, hombres de partes, y de clara eſtirpe, y al tanto oſſado, y atrevido, temiò mucho la ſedicion, y para romper con ella, hizo bravas prevenciones. Apenàs entrò en la Corte, quando llamando a Amaſa, General que havia ſido de Abſalon, y a quien en lugar de Joab avia pueſto en el oficio (como ſiguiendo al Abulenſe dexamos ya tocado *) le diò orden para que dentro de tres dias (plazo breve para negocio tanto) juntaſſe todas las Milicias de la Tribu de Judà, todos los ſoldados expertos, y valientes, aquellos q̄ antes de la ſedicion ſe havian ya ido a ſus caſas. Partiòſe Amaſa a toda diligencia à executar el mandato, mas el termino aſsignado era tan corto, q̄ por mas que trabajaron los deſeos, no pudo llegar al colmo la obediencia. Mandan los Reyes a veces impoſsibles, forzados de la neceſsidad, pareciendoles q̄ eſtà en manos de ſus ſirvientes el efectuar las coſas de el modo que las pienſan. Bien diſciplinado era David en la milicia, bien ſabia de las diſpoſiciones de la guerra, y de los muchos accidentes que para ajuſtar un campo ſe atravieſſan; y con todo, como ſe veia apretado, y conſideraba el rieſgo que podia aver en la tardanza, midiò los deſignios de ſu priſſa cō lo accidental de embarazos, y de eſtorvos. ¿Quien duda que Amaſa, ſiendo aquello lo primero en que exercia ſu oficio, dexaria de poner todo conato, toda induſtria, y todas ſus fuerzas en cumplir los mandatos de ſu Rey? Pero como tres dias eran plazo tan limitado, para tan grande diſ-

posicion, no pudo hacerse el servicio tan a punto,

Espoleabale a David el cuidado, y viendo que se tardaba Amasa en conducir las tropas, hecho todo ansias todo solicitudes, todo anhelos, llamò a Abisaì hermano de Joab, soldado de los mas valientes (como muchas veces lo hemos referido) y hablòle estas palabras: Què os parece Abisaì de este rebelion, de este motin de Siba? Yo juzgo, que sino se ataja presto, nos ha de poner en mas cuidado, y en mayor aprieto, que Absalon nos puso, porque como los mas de los rebeldes van ya de segunda vez, no ay duda, si, que andaràn mas mirados, y mas en los estrivos para no dexar vencerse; y si acaso se encastillan, y guarnecen en algunas Plazas, ha de costar mucha sangre, y mucha fatiga para averlos a las manos; y assi mi parecer es, que pues Amasa se tarda salgais vos con las legiones que guardan mi persona, y presidiendo los Caudillos, vayais siguiendo a Siba, sin darle lugar a que se rehaga de brios, ni agaville mas rebeldes.

Tenia siempre David para su custodia, y guarda seiscientos soldados de los mas famosos, llamados Getheos, y assimismo las legiones Ceretheas, y Pheletas, honderos, y ballesteros, que en aquel siglo, q̃ no se avia inventado la polvora (arbitrio harto pernicioso) eran aquellas las armas mas nocivas, y las que oy sostituyen los mosquetes. Esta guarda, pues, compuesta destos soldados, fue la que hizo escolta, quando saliò huyendo la vez passada de Jerusalèn; y siendo assi, que estos jamàs faltaban de su vista, ahora en esta ocasion los despacha a la campaña en seguimiento de los rebeldes, para que se pondere el cuidado en que le puso este alboroto, y se anote de passo lo que inquietan sediciones, pues las mayores Magestades se hallan a su estruendo rodeados de fatigas. Aviendo, pues, escuchado Abisaì el mandato de su Rey, tomò el baston, y presidiendo General à las legiones dichas, y yendo con èl Joab su hermano, como soldado particular, y harto sentido, como lo mostrò en el hecho * salieron de Jerusalen a toda prissa. Enderezaron la marcha à Gabaon, Ciudad de las tocantes à la Tribu de Benjamin, pareciendoles que Siba, por ser de leal linage conspiraria primero aquellas Plazas. Sucediò allì un fracaso harto funesto, ùna alevosìa harto llorada, fuè q̃ Amasa que

* Que Joab avia sido privado del General a to, es pensar del Abulense y es lo mas verisimil consentir de Lira, y de Joseph. Abulense in 2. Reg. c. 19. q. 13

q̃ ya con un gruesso cāpo marcharó a Jerusalen, ocurriò en aquel puesto à los dos hermanos. Estaba Joab con la picazon que dexamos dicha, de averle privado David del baston y dadoselе a su primo. Tenia fraguada en su pecho la venganza, y como si Amasa tuviera culpa en admitir la merced que el Rey le hacia, y solo aguardaba oportunidad para executar su mal intento. Como se le vino a la mano, asiò del cabello la ocasion, y doblado, y cauteloso, assomando al rostro una fingida risa, se llegò a Amasa, y saludòle cortès. Correspondiò Amasa mui a lo noble, no pensando en la maldad que llevaba solapado aquel cariño. Al tiempo que Joab llegò à modo de abrazarle, asiendole cō la una mano de la barba, y sacando con la otra un puñal oculto, se le echò por las entrañas, a cuya mortal herida quedò el valiente campeòn hecho espectaculo horrendo, rebolcado entre su sangre. Tan caro como esto le costò el oficio, a los primeros passos de la dignidad le hallò la muerte. No ay que ponderar lo que sintiò David esta traicion, y lo abrigada que la tuvo siempre en el pecho, al modo que la de Abner pues lo mas que encargò a su hijo Salomon en su testamento, fue q̃ castigasse al alevoso. El dissimularlo èl, fue forzado de la necessidad de verse tan perseguido: rodeado de rebeldes, contemplando mal contentos. Nadie, pues, atrevido, ò ignorante censuren las que juzgan omissiones de nuestro Quarto Felipo, que no son sino prudencias estudiadas en David. No son todos los tiempos unos para los castigos; porque quando dellos se temen mayores riesgos, es prudencia el dissimulo, y la piedad es cordura. Muerto Amasa de la manera dicha, Joab, siendo el matador, se introduxo en el mando. Como General antiguo, y afecto a todos, no tuvo empacho de tomar el baston, y hacerse Principe de las armas. Como a tal le obedecieron todos, y siguieron sus preceptos, escarnecieron algunos los humos de Amasa en averle usurpado aquel oficio. Bien lo da a entender el Texto. De suerte que Joab a titulo de poderoso, no se le diò nada de que le huviesse privado el Rey del Principado, ni menos quiso esperar su consentimiento, para volverse a èl despues del homicidio. Su hermano Abisa, cō llevar las veces de General, le cediò el derecho. Trocaron las manos a pesar del Rey, como si di-

Las lastimas comunes, la necessidad que aprieta, la hambre que aflige, el cuidado que fatiga, deben moveros a misericordia. En nombre de todos mis Ciudadanos os lo ruego; haced como quien sois, y debaos mi voluntad esta fineza.

Embelesado, y pendiente de las discretas palabras, escuchaba Joab a la valerosa hembra, y viendo que en parte tenia razon, respondiòla comedido de esta suerte: No quiera Dios, ni el Cielo, que sea mi intencion del modo que la juzgais de consumir à Abela, y echar sus omenages por el suelo, antes os hago saber que es diverso mi designio. Vn hombre solo, un Siba mal mirado, que turbador de la paz, y fementido à mi Rey, procura usurparle la Corona, es solo lo que buscamos, y queremos. Amparado de el asilo que le dais, procura hacerse fuerte, y sustentar su rumbo, con que nos es forzoso para haverle, y castigarle, usar de estos rigores: y assi si quereis que cessen, y que mi piedad os sirva, haced que nos den a Siba, y vereis con la presteza que levanto el cerco, y dexo la Ciudad libre. Que me place, dixo la Matrona, essa palabra os pido, y en essa confianza, yo harè de suerte, que la cabeza de Siba, cortada de sus ombros, nos libre de opressiones, y fatigas. Yo harè que arrojada por el muro quiete vuestra pesadumbre, y libre al Rey de cuidado.

Diciendo estas palabras la varonil Hebrea, bien parecida à Judith en lo zelosa, y bizarra, quitòse de las almenas, y fuesse al Conclave, donde los mas nobles Ciudadanos, las Cabezas del govierno estaban harto afligidos, viendose yà con la pena à la garganta, y sin saber que hacerse para salvar las vidas. Con despejo mucho, con animo ossado, con discreto razonar, les hablò de esta manera: Valerosos Abelenses, padres desta Ciudad noble, dexad la turbacion, y sacudid el miedo, pues esta en vuestra mano la libertad que pretendeis, y el remedio, y la salud que deseais. Abrid los ojos de la consideracion, y vereis en lo primero, que haveis hecho contra justicia en amparar à rebeldes, quando es David nuestro Rey legitimo, nuestro señor natural, y que por tantos derechos es suya la Corona. Què razon, ò què pretexto ajustado ha tenido Siba para este levantamiento? Eno-

enojarse con los de Judà sobre algunas picazones, que entre soldados suceden cada dia, no es causa para negarle al Rey la obediencia, ni para alterar los amigos. Aquello es bueno para sentido, no empero para hacerlo sedicion. Y quãdo tuviera Siba fuerzas bastantes para hacerse Rey, como lo intenta, os fuera bien contado, ò ganarais mas alivios en rendirle a èl vassallaje, que en cedersele a David? El vulgo es solamente quien desea novedades, no los hombres de razon: porque estos miran lo que pueden, y aquellos no atienden a sus obligaciones. El mas mal Rey merece mejor ser obedecido, que un vassallo rebelado: porque esto es tirania, y aquello es obligacion. Pues siendo David Rey tan Santo, y justiciero, por que aveis de apadrinar a quien traidor le niega la obediencia? Es mejor Siba que David? Tiene mas partes? O es acaso mas valiente? Ea, conoced vuestro yerro, y abrid los ojos al desengaño. Mirad en el aprieto que nos tiene ya la necessidad acorralados, oprimidos, muertos de hambre, y de sed, y que si Joab comienza a dar assaltos, no ha de aver resistencia para escapar de muertos ò prisioneros. Haced, pues, como leales para salvar las vidas, y no querais protervos daros a la afrenta, ò a la muerte. En vuestra mano està la eleccion de lo uno, ù de lo otro. Con solo matar a Siba quedais libres: mi buena negociacion lo tiene assi dispuesto: Joab me lo ha ofrecido. Què aguardais, pues, que con sola esta cabeza no redimis tantos daños? Muera este traidor, y viva Abela.

Con semejantes razones nos da a entender el Texto, y lo insinùa el Tostado, que persuadiò esta Matrona a sus Ciudadanos, que quitassen el estorvo, y embarazo del rebelde, y fueron tan eficaces, que sin repugnancia, ni contradicion alguna, hechos todos a un acuerdo, le cortaron a Siba la cabeza, y por encima del muro se la echaron a Joab; aun algo recelosos, no se atrevieron a abrir las puertas para llevarsela; quizà permision Divina, para que aun despues de muerto padeciera aquel ultrage quien se revelò a su Rey. Ande como pelota hiriendo las paredes, y la tierra, cabeza, que contra el Rey se quiso alzar cabeza. Boltee por sobre el muro a vista de los Reales, y no se le abra la puerta a quien la cerrò traidor. En esto vino à parar la bravura de Siba, sus lu-

humos, sus valentias, para que a su exemplo escarmienten los humanos en no hacer desafueros contra quien es su señor. Poco importan los incendios de un motin, los brios, y las fuerzas de un rebelde, quando con un jarro de agua (assi puede decirse) que arroja una muger, apaga todas las llamas, y reduce a pavesas lo que fue marcial estruendo. Ruidosos aparatos de la novedad, alborotos de un vulgo mal mirado, a un golpe de la razon, quedan extinguidos. Bien pueden causar cuidado, mientras dura la fuerza de la llama, pero al fin los castiga el tiempo, y como en nuestro caso una muger los vence. Al punto q̃ viò Joab ensangrentada a sus pies la cabeza de Siba, alborozado, y gozoso, tocò el pito a recoger y hecho notorio el suceso a todos sus soldados, mandò levantar el cerco, y dexar libre la Ciudad, en cumplimiento de su palabra. Vfano con la victoria marchò a Jerusalèn, sin temer enojos de David por la muerte mal hecha de Amasa, y por averse tomado el baston sin su licencia. Como iba dueño del campo, señor de las armas, y con la cabeza del rebelde, no se le puso por delante temor alguno. El Rey tampoco le quiso hablar palabra, bien que para su tiempo reservò el hacer justicia. Diòse por desentendido, è hizo la vista gorda, por no desazonar la comun alegria de aquellos vencimientos; y como acostumbraba el Santo Rey dar gracias a Dios siempre que se miraba victorioso, de qualquier persecucion, ò de qualquier trabajo, apenas se desembarazò de las visitas, y parabienes de sus Grandes, quando descolgando el Harpa, se fue a la Capilla, consagrado retiro del Arca del Testamento, y al compas de sus bien templadas cuerdas, le cantò el canto siguiente.

Psalm. 137. *QUE COMPVSO DAVID EN HACIMIENTO DE gracias de haver triunfado de todos los rebeldes.*

Confitebor tibi Domine, &c.
Tex. y Gloss.

COnfessarè, Señor, alborozado,
Todo el afecto a vuestros pies postrado,
Que como tan benigno, y tan clemente,
Prestasteis grato oido a este sirviente,
Quando al verme de Siba perseguido,
mil palabras os dixe enternecido,

Su-

Supuesto que con tanta dicha, y gloria,
Ha alcanzado mi campo la victoria.

Mi alegria, mi gozo, mi contento.
Al sòn de mi instrumento,
Solo ante Vos, y vuestras Gerarquias,
Angeles, que en celestes melodias,
Sin cessar os aclaman Santo, Santo,
Cantarè con lo dulce de mi canto.

In conspectu Angelorum, &c.

A vuestro nombre eterno,
A quien la tierra, el Cielo, y el Infierno,
postran reconocidos la rodilla,
Mil gracias rendirè desde mi silla,
Confessando a jubilos, y a contentos,
Estos que me haveis dado vencimientos,
De tanto comunero rebelado,
En que aveis obstentado
Iguales la piedad, y la justicia,
Dandome a mi la suerte tan propicia,
Y al rebelde el castigo merecido,
Pues pagò degollado lo atrevido.

Confitebor nomini tuo, &c.

Por lo qual, mi señor (vamos en esto)
Yà en qualquier dia, y en qualquier pretexto
Que mi afliccion os llame haveis de oirme,
Socorrerme, ampararme, y redimirme,
Aumentando en mi alma valentias,
para poder en las fatigas mias,
Alcanzar el laurel, y la victoria,
Y a vuestros pies rendir toda la gloria.

In quacumque die invocavero te, &c.

Alaben os, Señor, todos los Reyes,
Que con diversas leyes
La tierra rigen, y el poder obstentan,
Pues viendo lo que cuentan
De mis felicidades,
y que Vos Magestad de Magestades
Sois quien me haceis favores tan grandiosos,

Confiteantur tibi Domine omnes Reges terræ, &c.

Es

Es fuerza que se os muestren obsequiosos,
Serviciales, postrados, y rendidos,
Y que os canten en hymnos repetidos,
Que sois solo el Augusto, el Excelente:
Y en fin el que Señor mira clemente
Al humilde abatido, y despreciado,
Mirando sobre el ombro al encumbrado.

Asi de oy mas, Señor, aunque me vea
En mas penas que un emulo desea,
Y en mas tribulaciones,
Que pueden darme malas intenciones
De hijos perseguido,
De vassallos infieles oprimido,
Sè que me librareis, qual Soberano,
Y me socorrereis con vuestra mano.

Si ambulavero in medio tribulationis, &c.

Al mismo modo que en los lances fuertes
Sè que me haveis librado de mil muertes,
Asi quando Saùl me perseguia,
Como quando se alzò la tirania
De Achitophel, y de Absalon ingratos,
De Siba, y los demàs de ruines tratos,
Porque sois mi Señor, mi Dios, y Dueño,
Y amparais como proprio al mas pequeño.

CAPITVLO XVIII.

EN QUE PARA CONSUELO DE DAVID, Y ALIVIO DEL CATHOLICO Monarca, se ponen varios exemplos de vassallos rebelados.

Autores desta Historia, el Tex. 14. Reg. c. 1. & 12. 2. Paral. 44. la Gloss. y Lyra.

GRan materia se nos viene a los ojos para que ojeando los Anales, ir entresacando Historias, sucessos raros, casos peregrinos, que alivien, y diviertan a Reyes que se lamentan de infelices, quando deben cantarse por dichosos porque batallar en conjuraciones de rebeldes, y al cabo triunfar de ellos, es penalidad sabrosa, afan tolerable, trabajo sufrible, y mas poniendo a su vista aquellos q̄ perecieron en

en semejantes lides, sin que bastaran sus fuerzas à poder sujetar los conjurados. Consolemos, pues, à nuestro Santo Rey, y aliviemos de passo a nuestro Español Monarca, contandole algunos similes de Reyes, que afanados en semejantes conflictos, unos quedaron rendidos, y otros salieron triunfantes. Ensanchese el pecho la Magestad, y diviertase valiente, atendiendo, y repassando agenas cuitas.

EXEMPLO PRIMERO.

SVpuesto, que como dexamos apuntado en el capitulo antecedente, no suelen ser acaso los rebeliones de vassallos contra sus Reyes, sino permissiones divinas, para castigo de sus culpas: aliviemos a nuestro David con un descendiente suyo, castigado con esta pena, por poco reconocido a las mercedes de Dios. Este fue Joas, Rey de Judea, a quien su buena dicha se adjudicò el laurèl entre montes de peligros. Quando a su Padre Ochocias diò la muerte Jehu, Rey de Israel, quedò Joas recien nacido a los pechos de un ama, y la cruel Reina Athalia su Abuela, y madre de Ochocias, como descendientes del perverso Acab, y de la maldita Jezabèl, procurò agotar la sangre Real de David, quitando las vidas, à qnantos descendientes suyos podian aspirar al Cetro, solo a fin de quedarse ella por Reina absoluta de la Corona. Animosidad notable, y mucha sujecion, y cobardia de los nobles! Viendo Jesabeth su hija, casada con el Sumo Sacerdote Joyada, ò Barachias, el infernal designio de su madre, y la cruel carniceria que iba haciendo, considerando que a su mismo nieto Joas no havia de perdonar, como tia piadosa tuvo traza de hurtarsele, y esconderle adonde no pudiesse ser descubierto, ni visto. Encerròle, pues, en el aposento de el Templo, donde sino es ella, y su marido, no entraba nadie jamàs. Seis años le guardò con todo este secreto, en los quales Athalia tan soberana, como otra Pantasilèa, ò como otra Reina Dido de Cartago, rigiò, y governò el Reino a su voluntad.

QUando el Pontifice Joyada viò yà a Joas de siete años, y que con su buena doctrina, y enseñanza descubria en edad tã tierna, capacidad, y talento, pareciòle ocasion de qui-

quitar la tyrania, y mostrar al pueblo a su Rey legitimo. Valiose para ello de toda su prudencia, de todo su ardid, y maña. Convocò en el Templo a todos los Centuriones, y a las cabezas principales de los Levitas, y con palabras graves, y con razones maduras les diò a entender lo tiranizada que estaba la Corona, sujetos todos los nobles al imperio de un tygre, advirtiendoles que tenian Rey legitimo, y aunque niño, sangre ilustre de los Reyes de Judà: que la buena diligencia suya, y de su muger, le havian librado del estrago sangriento de la Reina tyrana; y q̃ assi, si querian prestarle la obediencia debida, y jurar de serle fieles, le sacaria en publico para que le coronassen. Vinieron todos en ello, contentos, y alborozados; y entonces el Sumo Sacerdote dividiendo en tres trozos toda la gente de guerra, y señalandolos a cada uno su puesto, y armando a los Levitas con las armas, que David havia consagrado al Templo por trofeos, mostròles al Principito con atavios Reales, siendo la admiracion comun, y universal el gozo. Vngieronle, pues, por Rey con las acostumbradas ceremonias, poniendole la Corona, y el libro de la ley en la cabeza. Alzaron entonces todos los la voz, y con gritos de alegria, y palmadas de contento, dixeron: *Viva el Rey.*

Llegò a oidos de Athalia el destemplado rumor, y adivinando lo que podria ser, saliò apriessa de Palacio, siguiendo a la muchedumbre del Pueblo, que corrian desalados a ver la novedad. Entròse, pues, en el Templo, y viendo al Rey coronado, puesto en un alto trono, rodeado de su guarda, y cantandole la musica chanzonetas, y motetes, rompiò sus vestiduras, hecha toda a la fiereza, diciendo à grandes voces: *Traicion, traicion.* Quando la viò el Sacerdote Joda, mandòles à los Capitanes, que la echassen fuera de los zaguanes del Templo, con pena de la vida a quien en favor della tomasse las armas: Con este temor, nadie se hizo a su lado; y assi menospreciada, y abatida, vino a morir entre los pies de los brutos, a la salida del Templo, por cuya parte la echaron a empellones los Ministros; conque toda su ambicion parò en fin tan desdichado.

Quitado, pues, este tropiezo, y este mal padrastro de la Reina tyrana, quedò Joas con la Corona segura, subordina-

do en todo la disposicion, y arbitrio del summo Sacerdote, a quien como a padre le debia la vida, y el Reino. Reinò mui bien todo el tiempo que a su lado le tuvo por padrino. La primera accion heroica, fue hacer destruir el Templo del idolo Baal, demoliendo sus Altares, hollando sus simulacros, y quitando la vida al falso Sacerdote Mathan. Reparò assimismo el Templo de Salomon e expensas de las limosnas, y donativos voluntarios, que ofrecian los passageros, que solian aprovecharse los Sacerdotes con poco derecho. Trabajòse harto en reducir su codicia à la razon. Governo todo del recto Barachias, que atendia solamente a lo justo, y a lo honesto.

Ya era el Rey mayor de edad, quando le faltò tal padre. Muriò Barachias cargado de años, como lleno de virtudes, adjudicandole esta honrosa sepultura, pues mereciò enterrarse con los Reyes. Y aunque quedò el sumo Sacerdocio en su hijo Zacharias, y era tambien bueno, y santo, no le miraba el Rey (claro està) con aquellas atenciones, ni con aquel respeto que al buen viejo Barachias. Los principales, y Grandes del Reino por cargarse con el Rey, como acontece, tuvieron entonces entrada para lisongearle, y divertirle. Y en dando una Magestad oidos à adulaciones, ha menester mucho de Dios para no desvanecerse. Buen exemplo fue Alexandro, pues con ser entendido, al passo que valiente, perdiò el norte en los aplausos, y se hizo adorar por Dios. Otro tanto sucediò a nuestro Rey Joas, pues embaucandole con las lisonjas de que por haverse criado seis años dētro del Templo, adonde sopena de muerte, nadie podia estàr por un instante, era forzoso tener muchos rastros de Divino, desvanecido con esto se hizo respetar Deidad. O aduladoras malvados, sacrilega canalla, pues assi bolcais los Reyes, causandoles superdicion, y ruina! Quien dixera que Joas en vez de agradecido a Dios, pues escondido en su Templo le avia guardado la Corona, se volviera tan sacrilego, è ingrato, usurpandole las honras, y reverencias? Nadie lo imaginara, sino es un lisongero, que a fuerza del dulce hechizo encanta a una Magestad.

Quando el Sacerdote Zacharias supo estos tratos, revestido de divino zelo, saliò al Pueblo reprehendiendoles con

severidad, y enojo su demasìa, y amenazandoles de parte de Dios muchos castigos. Picòse mucho el Rey de que estorvasse Zacharias la adoracion, y culto q̄ sus Grandes le dabā, y assi despachò su derecho que le quitassen la vida. Mataronle a pedradas como a San Estevan, sin que el sagrado del Templo le sirviesse de asylo. Entre sus Altares acrivado el cuerpo a heridas, cayò sin alma el grande Sacerdote, crueldad, y dolor que llenò de lastimas al Cielo. Ingratitud de el Rey la mas notable que cuentan las Historias, quitar la vida al hijo de quien le avia dado el sèr, y la Corona! Què maravilla, pues, que a maldades semejantes se les siguiessen desgracias, y desdichas? Vn año dissimulò el Cielo el castigarle, ò por mostrar su clemencia, ò por esperar quizà enmienda del pecado. Pero viendole protervo, y embaucado de su endiosamiento, comenzò a esgrimir la espada de su ira, lloviendo sobre èl penas, y trabajos. En primer lugar se levantò contra èl Azahel, Rey de Siria, q̄ con formado campo entrò destruyendo las Ciudades, y Castillos de Judà, hasta ponerse sobre Jerusalen. Saliò Joas con Exercito copioso a resistirle. Dieronse la batalla, quedando la victoria por el Barbaro, y escapando Joas mui mal herido. Viòse claro ser castigo de sus culpas, pues siendo su gente doblada en numero, quedaron derrotados, los mas Capitanes muertos, prisioneros Principes, y todos, en fin, fugitivos, y medrosos.

Escapò el Rey tan amedrentado de la batalla, que sin reparar en respetos divinos, ni hacer caso de pundonores humanos para quitarse al Barbaro de encima, le sobornò con todos sus tesoros, y le alargò liberal, ò mejor dirè cobarde, no solo las riquezas, y la plata que avia en el Templo, sino hasta todos los vasos consagrados, y dedicados al divino culto. Lo que sus padres, y abuelos ofrecieron fieles, y devotos, èl lo enagenò sacrilego, è ingrato. Cargado, pues, Azahèl de riqueza summa, levantò el cerco de Jerusalē, y entrò en Damasco triunfante. No parò aqui el castigo deste Rey, antes biē como avia pecado de ingrato, quiso castigarle el Cielo por los mismos filos, haciendole que muriesse a ingratitudes, q̄ es un dolor inmenso, una enfermedad cruel, un mal sin medicina. Permitiò, pues, bolviessen contra èl las armas, y se le revelassen aquellos, que tenian recibidos de

de èl mayores beneficios. Estos fueron Josachar, y Josa-iath, Amonita el uno, y el otro Moabita, personas principales, que huidos de su patria se havian recogido al abrigo de Joas, y èl les havia hecho tan buen passage en su Reino, que con titulo de Grandes gozaban de su Corte, y su Palacio. Estos, pues, alevosos, y traidores, sin saber la causa que les moviesse, mas que vèr abatido, y despreciado à quien admitiò honores de divino (que harta causa era) trataron de conjurarse, y para hacer mas bien su hecho, acometieron en primer lugar a la persona del Rey, y como eran de los Privados, no les costò mucho desvelo hallar la ocasion. Determinados, y resueltos, quedandose una noche escondidos en Palacio, llegaron à la cama adonde el Rey dormia, y embainaronle en el pecho los aceros, hasta hacerle despedir el alma por las sangrientas bocas. Rebolcado entre su sangre, amaneciò espectaculo funesto, el que pocas horas antes arrastraba Purpura, y se soñaba deidad. Este fue el fin deste Rey, muerto a manos de rebeldes, y de ingratos, para consuelo de aquellos, que embarazados con culpas passan por menos castigos. Consuelese, pues, nuestro David, que ya que se le rebelan los hijos, y vassallos, al fin los vence, y los postra. Lides que pàran en triumphos, son afanes llevaderos. Ojo al llorar los pecados, que aunque haya levantamientos, sabrà Dios dàr la victoria. Y para quien no se arrepiente del delito, sirva de Exemplo Joas.

EXEMPLO SEGUNDO.

MUerto Joas, Rey de Judea, à manos de los rebeldes, como queda dicho en el Exemplo passado, heredò la Corona su hijo Amasias, joven de veinte años, y que al modo de su padre comenzò con buen principio, y escureciò su fama con los fines. En tomando possession del Reino, y dispuestas a su voluntad todas las cosas, tratò de vengar la muerte de su padre, castigando à los que rebeldes, y traidores cometieron la maldad: que en esto pàran casi siempre, los que contra sus Reyes, y señores naturales toman las armas, por mas justificada que les parezca la accion: porque aunque un Rey sea malo, no tiene authoridad el subdito para qui-

Authores de esta historia. El Text. Sag. 4 Re. 24. 1 Para. c. 25. La Gl. ordin. Ly. el Abu. Pined. en su Mon. p. l. 3. c. 29.

quitarle la vida, ni aun para negarle la obediencia. Los pecados de los Reyes solo el Cielo los castiga. Hizo, pues, quitar las vidas à los ingratos, y aleves, y pareciendole estàr ofendido de los Idumeos, por tenerle usurpadas muchas plazas, juntò todas sus gentes, que hai quien dice fueron trecientos mil de pelea, porque el computo del Texto està algo obscuro. Pero quando fueran solos treinta mil (que es lo mas cierto) era un exercito grande en Reino tan pequeño. Valiòse assimismo de muchos israelitas, soldados alquilados, que acuden donde les abre la puerta el interès. Pero como estos eran idolatras, que es lo mismo que Hereges entre Catolicos, y es una mala mezcla, fue avisado el Rey, por parte de un Profeta, que no los llevasse consigo a la batalla, porque se daria Dios por ofendido. Aunque los tenia ya pagados (que era caso harto sensible) anduvo el Rey tan atento, que mandò despedirlos, y ellos de picados hicieron muchos males por los Pueblos que passaban.

Con sola su gente marchò el Rey à buscar al enemigo. Encontraronse ambos campos en el Valle de las Salinas, y dieronse la batalla de poder à poder. Quedò Amasias victorioso despues de haver hecho en los paganos una cruel matanza. Diez mil de ellos quedaron alli difuntos, y a otros diez mil prisioneros los despeñaron despues. Los despojos, y riquezas fueron grandes, con que quedò el Rey tan desvanecido, que en vez de mostrarse grato al Cielo, correspondiò mui infiel: Por no sè que cuentos, ò adivinaciones de los dioses falsos de Idumèa, diò en reverenciar sus Idolos. Sintiò el desacato Dios, y dexòle de su mano.

Hallabase Amasias tan soberbio, y pujante con la passada victoria, que sin reparar en aquel Rey de Israèl era mucho mas poderoso en gente; y fuerzas, embiò a desafiarle a Joas, que era quien entonces regìa aquella Corona; como haciendo burla de su determinacion, y designio, despachò sus mensageros, diciendo, que se quitasse, y no buscasse guerras adonde avia paz. Que tomasse aquel consejo, que aunque de enemigo, pues le tenia por tal, era lo que le importaba, y que si pensaba, porque avia vencido a los de Edon, hallar con Israèl el mismo despacho, mirasse que le engañaba mucho el animo, y que buscaba la ruina de su Reino.

Cor:

Cortès, y comedido anduvo el Israelita, mas como era voluntad del Cielo humillar las altiveces de Amasias, y castigar sus demasias, permitiò la Divina Magestad, q̄ no abrazasse los medios. Resuelto, y determinado sacò su gente à campaña, enderezando la marcha a la Ciudad de Bethsames. Joas entonces mui embravecido juntò todo su poder, y saliò a impedirle el passo. Dieronse vista ambos campos, y con igual furor se acometiò el uno al otro. Encarnizòse la lid, y encendiòse la batalla lo que permitiò el orgullo. Cada Rey usò de su valentia: Cada Capitan se mostrò ossado, y cada soldado hizo su deber. Pero en fin, por mas que los de Judà hicieron sus poderìos, se comenzò a declarar la victoria en favor de los contrarios. Creciò la ossadìa en los vencedores, al passo que empezò a reinar el miedo en los vencidos. Bolvieron las espaldas los del Campo de Judà àzia sus Reales, sin que bastassen a detenerlos las moniciones de Amasias, el qual despachado se metiò en lo mas recio del peligro, sin miedo de la muerte. Prendiòle el Rey de Israèl, y metiòle prisionero en su misma Corte, que es caso raro. En la misma Ciudad de Jerusalèn entrò triunfante el Israelita: Apoderòse de ella, y del Alcazar: Saqueò todo el tesoro, sin reservar lo sagrado, que como Idolatra, no guardò respeto a Templo, ni a Altares. Derribò assimismo gran parte de los muros de la Ciudad, que fue lo que mas sintieron sus habitadores. Reducido, pues, Amasias a este extremo de miseria, preso en su mismo Palacio, colocado en su Trono su enemigo; robadas sus riquezas, assolada su Ciudad, pobres, y destruidos sus vassallos, pidiò misericordia al vencedor, acetando todas las condiciones que le fueron propuestas, y dando por rehenes los hijos de muchos nobles. Con esto el Rey de Israèl se bolviò rico, y contento a su Ciudad de Samaria, y quedòse Amasias en Jerusalèn a sentir sus cuytas.

Como quedaron los nobles tan lastimados, assi en las haciendas, como en las vidas, y en el pundonor (pues el que menos, tenia que llorar su hijo en rehenes) y consideraban que la soberbia del Rey avia acarreado aquellos desaciertos. conjuraronse contra èl los principales, y tiraron a alzarse con el govierno, y quitarle la Corona. Como le vian pobre,

aniquilado, y sin Dios (que esto solo bastaba) no les causò horror la demasia: que a Rey que niega la Fè, prestando culto a deidades falsas, no es mucho que con descoco se le atrevan los vassallos. Avisado el Rey del levantamiento, juzgò poco sagrado su Palacio, y temiò las armas de los rebeldes; y assi a toda diligencia, y con el recato que el aprieto requeria, se huyò de Jerusalèn a la Ciudad de Lachis. No contentos los rebeldes con verle huìdo, salieron en su busca siguiendole las huellas. Alcanzaronle alli, y dieronle la muerte. Què mayor desdicha le puede venir a un Rey, que morir à manos de sus vassallos mismos? Rebelarse contra èl al modo que con David, vaya: echarle de su Palacio, y de su Corte, echarle de su casa, vaya, que algo tolerable es; pero quitarle la vida, matar a quien es su señor, no ay lastima con que encarecerlo. Alivie, pues, David el rebelion de sus diez Tribus, pues sin salir de su casa, ni costarle sangre, ni herida, los reduxo a su obediencia, y quedò triumphante.

Authores de esta Hist. Nice. Chonia Austor de vistas, Secretar. del Emperadr Isacio Angelo, en los libros que escribiò de su vida, y del Tyrano Alexio Cōmeno, Pin. en su Monarch. en todo el li. 21. Tocan algo desta hist. S. Ant. 3. p. histor. t. 1. 92. Bonfinio, l. 7. Decada 2.

EXEMPLO TERCERO.

Regia el Imperio Griego el Emperador Isaacio Angelo, que por su buena dicha, estando condenado a muerte por Andronico, se alzò con la Corona, y gozò la imbestidura. En la segunda Parte, en la Historia de Andronico tocamos algo de esto, vuelva allà los ojos el curioso, y verà el modo que tuvo de entrar Isaacio en el Imperio. En suma, hizo ajusticiar al que fue su Emperador, y èl se quedò con el mando que como por derecho natural, el Pueblo es quien hace al Rey, a voces comunes de nobles, y plebeyos, de Principes, y Grandes, le ciñeron el Laurèl. Sabia mui poco de las cosas de la guerra, como aquel que se avia criado entre olandas en la Corte (que esto le diò por baldon el Conde Balduyno, Capitan Siciliano) y assi tuvo pocos aciertos las veces que saliò a campaña: Al Soldàn de Iconio, porque entrò a molestarle por la Tracia, le ofreciò tributo, y lo agassajò con dones; pero apenas tuvo cerrado este portillo, quando se rebelaron los de la Provincia de Valachia, haciendose cabezas dos hombres particulares, Pedro, y Asan hermanos. Dieronse por ofendidos por no averles admitido por

por Soldados Imperiales, con la ayuda de costa que pedian. Echaron sobre esto algunas amenazas contra el Emperador, en especial Asan, que era descocado, y atrevido; mas costòle un bofeton la desverguenza. Bufando de corage de verse assi afrentados, conspiraron los animos de todos, valiendose de este diabolico ardid. Edificaron una Iglesia en honra del Martyr San Demetrio, y metiendo en ella algunos endemoniados, los pusieron a que dixessen a voces, como el Santo venia a ayudar a los Valachos, para que sacudiessen el yugo de los Imperiales, y bolviessen por su libertad.

Bastò la traza para que grandes, y pequeños tomassen luego las armas, mui creidos que era oraculo de Dios quien los animaba a ello. Pedro, y Asan tomaron por caudillos, y dieronle a Pedro insignias de Emperador, Corona de oro, Purpura, y zapatos carmesies. Comenzaron con esto a robar la tierra, è irse haciendo señores de las Plazas. Llegò la fama del rebelion a Constantinopla, y sabido por el Emperador, juntò todas sus Legiones, y marchò con toda priessa àzia Valachia. Temieron los rebeldes el encuentro, viendose mui desiguales en fuerzas, por lo qual se encastillaron en unos passos estrechos, pensando hacer desde alli riza en sus contrarios. Contra este ardid, ayudô a los Imperiales una obscura niebla; y fue el caso, que rebozandose en ellas los mas ossados, y subiendose a las cumbres, se echaron a cuchilladas sobre los que descuidados no sabian de donde les venia tal peligro. En fin, cogidos enmedio, los obligaron à huir, cayendo, y tropezando en muchos muertos. Los Capitanes Pedro, y Asan, con otros hombres de cuenta, passaron al Rio Isto, y acogieronse a los Scythas.

Contento el Emperador con esta victoria, se bolviò à Constantinopla, sin requerir, ni assegurar primero las Plazas, y los Castillos de Valachia. Sabia poco de ardides; y assi se diò por satisfecho con talarles las miesses, y con que le ofreciessen de nuevo andar fieles, y leales. No hai duda, si, que en esto procediò a lo noble, no creyendo, que quien recibe el beneficio buelva a ser ingrato. Harto sabia de guerra Pompeyo, y le engañò semejante designio. Apenas bolviò las espaldas el Emperador, quando los Valachos, que esta-

ban mui escogidos de haverles quemado, y talado sus mieses, bolvieron a tomar las armas, dandoles calor Pedro, y Asan, que con muchas ayudas de gentes que avian sobornado de los Scitas, entraron por Valachia poderosos, y arrogantes, avassallando a su voluntad los animos de todos. Mucho miedo le causò al Emperador este segundo levantamiento; pero juzgando a descredito suyo bolver a ir en persona à sossègarlo, diò el baston de General a un tio suyo, el qual hizo su deber en algunos encuentros que tuvo con los rebeldes. Pero como naciessen sospechas que queria ascender a la Corona, privaronle del cargo, y diòse a Juan Cantacuzeno, cuñado del Emperador, casado con su hermana. Vayan reparando los entendidos, que miran estos tiempos, y veràn que siempre el mundo ha sido uno, pues en viendo à un Rey manso, y apacible, hasta aquellos de quien hace confianza para la defensa, se le revelan tambien. Aun de tios, ni cuñados no tiene seguridad, y hasta hermanos suelen ser traidores. Todo lo experimentò Isaacio Angelo para alivio, y consuelo de los Reyes que passan estas desdichas.

Partiò, pues, Cantacuzeno contra los rebeldes valiente, y denodado; pero erale gran falta el carecer de vista, por averle privado de ella el Tyrano Andronico; y Capitan ciego, por mui diestro que sea en la milicia, mal puede vèr à quien hiere. Plantò, pues, sus Reales en un llano a vista del enemigo, que emboscado entre los riscos, estaba atalayando las acciones. Pensò el Cantacuzeno, que de miedo de verle tan ventajoso en gentes se le avia retirado, y escondido, con cuya confianza, sin cuidar de hacer fortines, ni aun de poner centinelas, se diò todo al descuido. Apenas viò el rebelde la buena ocasion de su fortuna, quando sin perderla un punto, saliò una noche muy a lo secreto, y à cencerros tapados, como dicen, les diò tal carga à los que estaban descuidados, y dormidos, que sin saber donde estaban, atonitos, y confusos echaron a huir los que mejor libraron, quedandose los mas por despojos de la muerte. Derrotado, y vencido huyò Cantacuzeno con pocos de los suyos que pudieron escaparse, dexandoles a los rebeldes, no solo la victoria, sino riquezas sin cuen-

Quan desconsolado se hallaria el Emperador con nuevas tan tristes, considerelo el curioso, y paute por esta derrota la que tuvieron nuestras armas este año passado de 59. en Yelves; pèrdida tambien, que como estotra, la ocasionò la confianza, y el descuido. Lo que les pareciò à los Griegos, de que los Valachos amedrantados por pocos, y por rebeldes, no havian de atreverse a esperar, quanto, y mas a embestir, esto mismo engañò a los Castellanos, no pensando nunca que un trozo de mal compuestos Portugueses chocasse con los fortines, y rompiesse por la linea. En fin, poco cuidado, ò mucha confianza causò en una parte, y otra un estrago harto sangriento, y una pèrdida notable, remedando las lastimas, y lloros de Madrid a la de Constantinopla, y careandose los sentimientos de nuestro gran Monarca Philipo con los del Emperador Isaacio, el qual, sabida la nueva infeliz, que a gritos comunes la publicaba la fama, y entendido de que Pedro, y Asan se trataban como Reyes de Valachia, usurpandole sus Imperiales insignias, priuò del Generalato a su cuñado, y diòle el baston a Alexio Brana, hombre valentissimo, y mui avisado, aunque pequeño de cuerpo. No consiste el alma, y el corazon en las estaturas, que ha havido muchos hõbres pequeños de cuerpo, que en el valor, y el saber han sido Gigantes. El Alexio Brana fue uno de estos, mas escureciò con lo traydor toda su habilidad, y valentia. Apenas se viò señor de las armas, y cabeza de un copioso exercito, quando en vez de destruir los rebeldes, tratò èl de rebelarse, y aclamarse Emperador. Hase visto semejante maldad? No es vida penosa la de los Reyes, por mas que la haga dulce la felicidad del mando? Que los mismos de quien confia el Rey su despique contra los rebeldes, se hagan tambien a traidores, ay desdicha que se iguale? De suerte, que quando entendiò el Emperador que estaba su General reduciendo a su dominio las plazas de Valachia, le viò volver contra sì a Constantinopla ceñido de Laurèl, y amenazando de muerte a los que le impidiessen la entrada. Con todo este descaro, y desverguẽza, quiso echar de su casa a su señor. Tuvo por bien Isaacio de cerrarles las puertas, y quedarse acorralado, porque aunque juntò la mas gente que pudo, y la echò fuera de la Ciudad

dad para q̃ ſe aſsisteſſen con el tyrano; hallaron tanta defenſa, que en muchas eſcaramuzas, llevaron ſiempre lo peor, y ſe retiraron vencidos.

Vfano andaba el traidor Alexio, rodeando la Ciudad por todas partes, por ſi hallaba portillo para entrarla. Por mar, y por tierra la tenia ſitiada; porque con muchos barcos que juntò de los peſcadores de Propontis, desbaratò, y venciò las Galeras Imperiales. Procuraba, pues, impedir que no la entraſſe ſuſtento, y cogerla por hambre. Viſto por el Emperador eſte deſignio, y el rieſgo grande que le amenazaba, acogiòſe a Dios, y à ſu Santiſsima Madre, como à principal remedio, implorando con lagrimas ſu ayuda. Llevado de ſu devocion, hizo ſacar del Monaſterio en que eſtaba la Imagen de N. Señora, que llamaban de Hodogetria, que ſignifica: *Guiadora de caminantes*, y mandò colocarla ſobre el Muro por defenſora de la Ciudad. Conrado, cuñado ſuyo, caſado con ſu hermana Theodora, è hijo del Marquès de Monferrato, como valentiſsimo guerrero, le dixo al Emperador, que buenas eran para el caſo oraciones, y plegarias, pero en aquello avia de entenderſe meneando tamb. en las manos. El rezar con pelear, coſa ajuſtada; pero querer con oraciones vencer al enemigo, era pedir milagros a Dios, y era tentarle. Sentia mui bien el Italiano, y hablaba como Catolico. Baſtaron ſus razones para que el Emperador, dexada la tibieza, ſe deſembolvieſſe, y tomaſſe las armas. Buſcò preſtados ſobre baxilla los dineros que pudo: recogiò toda la gente que le pareciò leal, publicando a voces, que ſi alguno era neutral, ò afecto al rebelde, ſe paſſaſſe luego à èl. Coſa rara, y de mui notar, no querer en tan eſtremo peligro, llevar ſoldados por fuerza. Juzguen lo que quiſieren los Eſtadiſtas Milicianos, que yo ſin ſaber eſſas materias; mas de las eſperiencias que nos cuentan las Hiſtorias, jamàs he tenido buen concepto de ſoldados forzados. Aun los hallo peores que enemigos; porque a eſtos los llevamos a la viſta como a tales para guerrearlos, y a los otros, quando penſamos vàn en nueſtra ayuda, los hallamos enemigos encubiertos, pues huyen, y nos dexan. Digo pues, que aunque culpan à Iſaacio de omiſo, y poco ſoldado, anduvo en eſta accion muy aviſado, y valiente. A ſoldados que no

no vàn de voluntad, descartarlos, despedirlos.

Con la gente qne tenia Conrado por suya, que eran Catolicos de la Iglesia Latina, hasta ochocientos dellos, infantes, y cavallos, y con otros mil que juntò de otras naciones, gente de negocios, y con los Griegos Ciudadanos, y nobles, que à vista de la necessidad acudieron al deber, saliò el Emperador contra el rebelde, dividido su exercito en tres trozos; èl governaba el de la mano diestra: el de la siniestra, su deudo Manuel Canizes, hombre mui adinerado, y poderoso, y grande enemigo del rebelde Alexio Brana: por cuya causa havia prestado para el caso todas sus riquezas. Por cabo del batallon de enmedio iba el famoso Conrado: honrado hasta en el nombre. Con este concierto salieron de la Ciudad à dàr en el rebelde, que bien apercebido les saliò al encuentro: travòse la pelea, despues de las escaramuzas, con corage, y saña. Toparonse Conrado, y Alexio, solicitada por ambos la ocasion. Hiriò Alexio à Conrado en un ombro con la lanza, y Conrado con la suya, cogiendola à dos manos por causa de la herida, le diò tal bote al rebelde enmedio de la cara, que le arrojò del cavallo. Saltò èl ligero del suyo, y aunque Alexio le pidiò misericordia, le quitò de los ombros la cabeza. Justo pago de un rebelde; pena merecida de quien contra su Rey toma las armas. Viendo muerto el Capitan, todos los conjurados se pusieron en huìda, y el Emperador no quiso que los siguiessen por no acabar con los que eran de su Nacion. Imitacion de David, y de Joab, quando se vieron vencedores, y triunfantes. Despues les concediò perdon viendolos humildes, y que imploraban su gracia. Bolviòse con esto a la Ciudad, festejado, y aplaudido, y haciendo muchas mercedes à los que le avian servido animosos, y leales. Solo hizo una cosa, que pareciò mui fea a los de buen juicio, y fue hacer que la cabeza del rebelde sirviesse como de postre, sacandola en una fuente a las mesas donde estaba cenando con sus Grandes, y dando permission que la hiciessen mil injurias. Despues de lo qual se la embiò a su muger (crueldad sobre crueldad) preguntandola si la conocia? La ilustre, quanto generosa Matrona, que era sobrina del Emperador Manuel, le respondiò, qne si, por su desdicha, y desgracia. Y bebien-

do-

dose las lagrimas, que ha heridas del dolor se assomaron à los ojos, no respondiò otra palabra, ni hizo otros estremos. Sobrada prudencia, y mucho sufrimiento en lance tan amargo.

Apaciguado en la forma dicha este rebelion, que fue el que causò mas cuydado, por mas intestino, y mas de puertas a dentro, pues era su exercito mismo quien le volviò las espaldas, tratò luego el Emperador de hacer jornada contra los levantados de Valachia, como a ocasionados de estotras revueltas. Juntò todos sus Exercitos en la Ciudad de Adrianopolis, à las vertientes del Monte Tauro, y desde alli partiò en busca de los rebeldes, que no contentos con hallarse señores de su Provincia, salian, y robaban quanto podian en las demàs tierras del Imperio, al modo que en nuestro tiempo lo hacen los rebeldes de Portugal, en las tierras, y Reinos confinantes. Sobra de temeridad, y ossadia mal mirada, irritar el sufrimiento de una Magestad paciente. Alcanzòlos, pues, cargados de los robos, y dandoles la batalla, hizo que huyessen vencidos, pero siempre pertinaces. En el Castillo de Lobizo los tuvo cercados espacio de tres meses, y sin mas victoria, ni mas enmienda, levantò el cerco, y se volviò a Constantinopla; porque no se admiren los que desde su rincon, ò desde su cama, censuran el poco fruto de algunas campañas nuestras, no mirando que en la guerra tienen tambien su dia los vencimientos, y que tal vez, no està en manos de los Capitanes dexar de conseguir lo que pretenden.

Quedandose, pues, en sus trece, como dicen, los Valachios, y vueltoles las espaldas el Emperador, pareciòle à Teodoro Mangaphas, Ciudadano poderoso Philadelphio, que era buena ocasion de lograr los deseos en que ardia de hacerse Rey de su tierra. Desgraciado Imperio, donde cada uno queria un pedazo de Laurèl. Atraxo, pues, con ofertas, y con dones à todo lo popular, juramentandolos que le serian fieles. Con la maña, con la industria, con el agasajo los fue como comprando a todos, y en viendose señor de sus voluntades, hizo que le pusiessen la Corona, è intitulòse Rey de Philadelphia. Reianse mucho, dicen, al principio, el Emperador, y sus Grandes de el atrevimiento de

de Theodoro, y como en chacota lo atribuìan à locura, pareciendoles que tenia poca ropa aquel pajaro para vestirse de Purpura. Desacierto grande, no hacer caso de las cosas, quando pueden remediarse con facilidad a los principios. Poco fuego remediado a tiempo, no alza llama, mas dexado cobrar fuerzas, se hace incendio irremediable. Hable la experiencia, y callelo mi pluma. No puedo explicarme mas en materias presentes, y tan chorreando sangre, como dicen. Solo aconsejo a los señores Capitanes, que hagan siempre mucho caso de la menor centella, quando se emprende en ropa del Rey, apagandola con toda prisa, porque si llega a hacer fuego, què importa que se apague, si computando el gasto le viene a costar al Rey la mitad de su Corona. Casi esto le sucediò a nuestro Emperador Isaacio, por menospreciar la osadia de Theodoro. Dexòle que se encastillasse, y fortaleciesse; y quando pensò que con embiar un Alcalde de Corte (como si dixeramos) le castigaria, se hallò la cosa de modo, que fue necessario ir èl en persona à remediarlo.

Con todo su poder marchò el Emperador a Philadelhhia, sabiendo que Theodoro se avia alli encastillado como en Plaza tan fuerte. Sitiòla por todas partes, haciendo sus fortines, y assestando los arietes, y trabucos. Dieronla algunos assaltos; pero los cercados se defendieron poderosamente. Apretòles mas, y echòles el cordon para que la necessidad, y la hambre los reduxesse a algun medio. Hallabanse tan cansados los unos, y los otros, que se abrazaron con igualdad las conveniencias. Despues de algunas hablas, se vino a concluir, que con que dexasse Theodoro las insignias Reales, se diesse el Emperador por satisfecho. Este fue todo el castigo, y este todo el vencimiento de jornada tan larga, y tan costosa. El Emperador se bolviò a su casa gastado, y undido, y Theodoro se quedò en la suya hecho un Rey, como de antes, solo encargado de no intitularse Rey, que fue en suma, no darle castigo alguno por el levantamiento, Ojalà que el de Berganza reduzca su teson a este partido, pues no ay duda, si, que nuestro gran Monarcha usarà de su clemencia.

Como algunos de los conjurados con Theodoro, soborna-

nados del Governador de Tracia, y faltos en la fee que le avia ofrecido, le echassen de la Ciudad, picose tanto de ello, que escupiendo iras, y fulminando venganzas, se fue a valer del Soldan de Iconio. Diòle el Barbaro cartas de recomendacion, para que todos los Turcos, que vivian en su dominio le diessen su ayuda. Juntò, pues, los mas que pudo, y rebolviò como un Leon hambriento contra sus mismos Ciudadanos. Talò, y abrasò los campos de Philadelphia, matando, y cautivando quanto hallaba. En Laodicea, y en Phrigia hizo lo mismo, no perdonando su furia las Iglesias, ni los Templos. Lo que sentiria el Emperador estos males, y desdichas, quedase al arbitrio. Valiòse de maña para atajarlos. Hizole al Soldàn un rico presente, y pidiòle con encarecimiento le embiasse preso a Theodoro, con palabra que le daba, que no le ofenderia en la persona; pareciòle al Barbaro, que era mejor tener grato al Emperador, que a un vassallo fugitivo, y remitiòle con buena guarda à Constantinopla. Andaos à fiar de Turcos, ù de Hereges, vereis la paga que os dàn; y que aya rebeldes que vean, y toquen con las manos, y los ojos estos exemplos, y que no escarmienten? Ceguedad notable! En carcel perpetua feneciò Theodoro los años de su vida, castigo bien merecido de su culpa.

Por estos tiempos passò la jornada que hicieron todos los Principes Christianos a la Tierra Santa, para recobrar del sobervio Saladino la Ciudad de Jerusalèn, y restituirsela à su Rey Guido. Grandes fueron los Exercitos que passaron à esta conquista, y con la toma de Ptolomayda, sobre tres años de cerco, y sin recobrar la Santa Cruz, que era la prenda rica porque se aspiraba, se volvieron todos a sus Reynos: Harta desdicha, y que ha mas de quinientos años que se llora. Mientras andaban, pues, estas cosas entre los Principes de la Iglesia Latina, siendo los principales caudillos Felipe, Rey de Francia, y Ricardo, Rey de Inglaterra, tuvo nuestro Griego Emperador otros nuevos embarazos de no menos pesadumbre, que los que dexamos referidos. Fue el caso, que un mancebo de Constantinopla, como le fuesse dicho, que en el rostro, en el talle, en las facciones, y en el pelo era un vivo traslado del Principe Alexio, hijo del Emperador Manuel, y sucessor legitimo de aquel Imperio,

à

à quien el tyrano Andronico hizo quitar la vida, estandose bañando: aprendiò tanto esto, que humeando en altivèz tuvo atrevimiento, y descoco para fingirse el tal Alexio, y pretender la Corona. No se nos harà dificil creer cosa semejante, quando casi en nuestros tiempos huvo quien se fingiò el Rey Don Sebastian de Portugàl, y hasta deshacer el enredo, diò harto en que entender, y que pensar a nuestro sapientissimo Monarca Felipe segundo. Para entablar, pues, su negocio el fingido Alexio, amaestròse en las habilidades, cortesias, ceremonias que suele tener un Principe. Hasta en un donoso ceceo que tenia el verdadero Alexio, le remedaba mañoso. En la Aldèa de Atmala, en Phrigia, empezò su fingimiento, contandole a cierto soldado el como, y de què manera era hijo del Emperador Manuel, y en compañia de esse se fue al Soldàn de Iconio, sabiendo la mucha amistad que professò siempre con dicho Emperador. Pidiòle, pues, audiencia, y con despojo gallardo le hizo un razonamiento de esta suerte:

A tus pies, ò Gran señor, tienes al hijo de quien en lazos estrechos de amistad, siempre te tuvo respetos, y atenciones. Yo soi el infeliz Alexio, hijo de tu amigo el Emperador Manuel, a quien Andronico mi tio, por usurparme del todo la Corona, mandò quitarme la vida. Apiadados los Ministros, no quisieron executar la maldad. Guardaronme con secreto, y llevaronme a Phrigia, donde en una Aldèa, como otro segundo Paris, me he criado entre Pastores, esperando tener edad, y coyuntura de repetir con las armas lo que es mio. Hallome solo, y al tanto imposibilitado para tal empressa, y asi me acojo al amparo de tu sombra, para que a fuer de tus obligaciones ampares, y socorras mi desgracia, pues recobrando mi Imperio, viendo que te le debo, serà tuyo.

Què mas pudiera decir el verdadero Principe, a no estar difunto, que este joven engañoso? Creyòselo el Soldàn, y echandole los brazos, le hospedò con mil cariños. Mandò que le diessen quarto decente a su persona; en tanto que se buscaba arbitrio para socorrerle: que como professaba la amistad de Isaacio, temiò descomponerse a sì, por componer las cosas de el estraño. Alguna

ſonada de eſto llegò a oìdos del Emperador, el qual ſin darſe por entendido le embiò ſu Embaxador al Soldàn para el aſsiento, y trato de ſus coſas, al modo que ſe acoſtumbra entre los Principes, y Reyes que profeſſan amiſtad. Pareciòle al Turco buena ocaſion para apuntar ſi era aquel mozo el que ſe fingia. Tuvole, pues, a ſu lado al tiempo de el eſcuchar la embaxada, para verle en el roſtro ſi moſtraba turbacion, ò miedo, ù ſi correſpondia a lo noble de la ſangre: Todas pruebas de quien tiene conſigo à quien no conoce. Preguntòle, pues, al Embaxador, ſi conocia aquel mancebo? Y reſpondiòle, que no. Y entonces el fingido Alexio, le dixo con mucha Mageſtad, y con mucho brio, què como no conocia a ſu Principe, y ſeñor? Què no veìa que era Alexio, hijo unico del Grande Emperador Manuel? Què no miraba en ſu cara la Real Sangre, que en ſu pecho herbia? Què no conſideraba que eran todos tyranos los que uſurpaban ſu Imperio? Reſpondiò el Embaxador, fiado en la libertad que les dà el derecho a los Embexadores, que era maldad, y engaño aquello que decia, porque el Principe ſu ſeñor fue deſcabezado, y muerto a viſta de muchos teſtigos que lloraron el fracaſo. Arrebatado de colera Alexio, le dixo, que mentia, y con una infernal furia le fuè à poner las manos en la cara. Puſoſe el Soldan por medio, y en què ſe viò de poder apaciguarlos. Deſpidiò al Embaxador, y quedo mui creìdo, viſtos los brios, y reſolucion del mozo, que era hijo de Manuel.

Por cumplir con todos, y hacer à dos manos, como ahora ſe uſa, no quiſo ayudarle con ſus gentes, pero con la miſma traza que a Theodoro, el otro rebelde, de quien ya diximos, diòle ſus cartas recomendativas para que ſiguieſſen ſus pretextos las plazas de Turcos, que eran al modo de vehetrias, gente que no reconocia ſuperior. Barbaros que ſe alquilaban con quien mejor partido les hacia. Con ocho mil Turcos de eſtos ſe entrò Alexio por la Provincia de Pphrigia, haciendo tales robos, y tomando muchas Plazas. A las que le hacian reſiſtencia, las pegaba fuego. Viſto por el Emperador lo que paſſaba, embiò contra èl muchos Capitanes, pero ninguno hizo coſa de importancia, à cauſa que

que los ſoldados, en eſpecial los plebeyos, no querian eſgrimir las armas contra el que ſe nombraba hijo de ſu ſenor natural, el Emperador Manuel. Como vian en ſu roſtro un traslado del verdadero Alexio, juzgabanle por el miſmo, y en vez de ofenderle, ſe hacian a ſu banda. Haſta muchos nobles, que vieron difunto al otro malogrado, ſolo por vèr à eſtotro tan parecido, le tributaban reſpetos, y atenciones. Por fin, y poſtre diò el Emperador el baſton a ſu hermano, llamado tambien Alexio, y a quien quizà con el nombre, ſe le pegò el reſabio de rebeldes, como verèmos deſpues. Saliò, pues, el nuevo General mui pujante, y bien apercibido, mas con todo, rehusò encontrarſe con el mozo Alexio. Plantò ſus Reales bien a lo lexos, y con paſſos de plomo, como dicen, comenzò a atrincherarſe, y hacer ſus aloxamientos. Sin coſtarle ſangre le vino a dàr un fracaſo la victoria. Cenado, y bien bebido, ſe acoſtò una noche el fingido Principe, y ſin ſaber por què cauſa (ſino es que ſea cortedad de los Hiſtoriadores no decirla) ſe llegò a èl un Sacerdote, y con ſu miſma eſpada le cortò la cabeza, dexandole anegado en ſangre en ſu miſmo lecho. Eſte deſgraciado fin tuvo ſu altivèz, para que ſirva de exemplo a los que contra derecho ſe hacen Reyes.

Apenas ſe avia apaciguado un rebelion, ſalvo los Valachios, que ſiempre eſtaban fuertes, quando por otras mil partes avia levantamiento. Todo lo q̃ le durò al Iſaacio la Corona, fue una perpetua lid con los rebeldes; en Paphlagonia tuvo otro fingido Alexio. En Tarſia de Nicomedia, ſe levantò tambien Baſilio Bhozas. Conſtantino Taricio, hombre revoltoſo, agavillando a muchos de ſu parte, humeò en Emperador; todos tres tuvieron ſu caſtigo, mas dieron en que entender ſus deslealtades. Poco deſpues huvo fama, que Andronico, Comunero de la ſangre Real de los Emperadores, y Gobernador que era de Teſalonica, queria tambien alzarſe, mas antes que ſe le conocieſſe la intencion, le prendieron, y ſacaron los ojos.

Como Pedro, y Aſan, Reyezuelos de Valachia, eran los mas perſeverantes en ſu teſon, volviò el Emperador a ir en perſona contra ellos, fue tambien jornada en valde como las paſſadas, y aun eſtà mas ſentida, pues cogiendole

los

los rebeldes en unas estrechuras le mataron mucha gente; con que en vez de victorioso; se volviò à Constantinopla desairado, Para enmendar esta pèrdida, diò el baston à su primo Constantino, joven gallardo, y de grandes esperanzas. Este solo fue terror de los rebeldes, y si no le engañàra su ambicion, acabara con ellos. De verse tan temido de los enemigos, y tan respetado de los suyos, comenzò à humear en altiveces, y à quererse ceñir el Laurèl Augusto. Grangeò para el efecto las voluntades de sus Capitanes, comprando con agassajos, y cortesias los corazones de todos. Quando tuvo bien dispuesta la materia, declaròles su designio, y hallòlos obedientes à su gusto. Vistieronle las insignias Imperiales, y à gritos comunes de jubilo, le aclamò Emperador todo el Exercito. Con toda esta facilidad se volcaban aquellos perfidos Griegos contra su Rey; pero con la misma tornaban à deponerle. Diò parte Constantino de sus nuevas glorias a Basilio Batazes su cuñado, que Governador de Adrianopolis regia aquella Provincia, procurando con el aviso que ayudasse su pretexto, y le hiciesse lado con el socorro, y la gente que pudiesse. Afeòle Basilio sus malos miramientos, sus rapazadas, y locuras, y como prudente le aconsejò lo que le convenia. Toma mal reprehensiones, y consejos, quien ya desvanecido se tiene por Magestad. Assi Constantino bufando contra el cuñado, fue à buscarle con las armas. O juicios de Dios incomprehensibles! A la mitad del camino, los mismos Capitanes que le avian hecho Rey, ò sus soldados mismos con que iba à hacer guerras al otro, temerosos del Emperador, ò mordidos de su conciencia, le echaron mano, y bien aprisionado le remitieron à Constantinopla, escusandose con el Emperador de lo que hicieron primero, y demandando el perdon en pago de darle preso al atrevido. Contemporizò Isaacio con la necessidad en que le hallaban sus aprietos: y assi haciendo sacar los ojos à Constantino, en castigo de su culpa, perdonò de buen grado à los que coronaron sus designios.

Bien entendia el Emperador que no le quedaban, ya mas rebeldes en su dilatado Imperio, que los pertinaces Valachos, contra los quales avia ido en persona muchas veces, y otras enviando famosos Capitanes, quando le sobrevino de nue-

nuevo el mayor accidente, y rebelion, pues le quitò la Corona, y echò de la silla: Tempestades crueles, que a soplos de la ambicion se fraguan en los Palacios, y aturden, y maltratan à los Reyes. Inconstancia de las cosas, pues aun las que parecen mas seguras, se postran, y titubean. Como huviesse sabido el Emperador, que los rebeldes de Valachia avian derrotado sus Exercitos, quedando vencido Alexio Guido, General de las Legiones del Oriente, y muerto Basilio Batazes, Capitan de los Occidentales, saliò otra vez a campaña, recogiendo el mayor gentìo, que el dinero, y el poder pudieron comboyarle, ayudado asimismo de el Rey de Vngria su suegro, que le embiò un mui buen trozo de Vngiros valientes. Llegò con todo su Exercito a la Ciudad de Radesto, donde no faltò quien le avisasse de cierta conjuracion, cuya cabeza venia a ser Alexio su hermano. Indignòse mucho contra los que le dieron tal aviso, y teniendolos por revolvedores, y chismosos, y no imaginando nunca que cupiesse en el hermano tal alevosìa; con todo, como estas materias, aunque no encarnen, no dexan de picar al corazon, pareciòle consultar a cierto Basiliacio, hombre, que al modo de Heremita, era tenido de todos por Profeta, siendo assi, que era un embaidor medio hechicero. Hablaba siempre en equivocos, que es el lenguage que usan los demonios, acreditandose con los ignorantes, con sus respuestas dudosas, y confussas. Fuesse, pues, à vèr con el el Emperador, saludòle diciendo: *Guardeos Dios, Padre Basiliacio*: A lo qual, sin dar respuesta, comenzò à hacer mil visages, y ademanes, y a echar muchas maldiciones a los circunstantes. Passados estos meneos, y acciones ridiculas, tomò su baculo, y a una imagen del Emperador, que tenia pintada en una de las paredes de su celda, la rayò los ojos, y comenzò a hacer lo mismo en el sombrero. Abochornòse el Emperador, y lleno de colera le dixo muchos oprobrios, tratandol de embustero, y volviòle las espaldas. Con lo que sucediò despues, como veremos, se acreditò mas Basiliacio con el vulgo de que tenia espiritu divino, sin reparar que era espiritu diabolico.

Llegado el Emperador a la Ciudad de Cipsela, donde hizo passar muestra a todos sus Soldados. Quiso una tarde salir

 lir

lir a caza a sus bosques, proprio exercicio con que las Magestades divierten sus cuidados, y alivian pesadumbres. Combidò a su hermano Alexio para que le acompañasse, y como estaba ya revestido de traidor, escusòse, diciendo estaba sangrado, y algo indispuesto. Fuesse el Emperador acompañado de los grandes que le eran mas afectos, y con aquellos que en la materia tenian mas experiencia. Caza fue esta para Isaacio de las mas infelices que cuentan las historias, pues mientras èl cazaba ya el venado, ya la fiera, le estaban en sus Reales cazando la Corona. Su hermano, y otros traidores, aprovechandose de la ocasion, le usurparon el Laurèl. Los principales fueron Theodoreto Brana, Michael Cantacuzeno, Raùl Constantino, y Georgio Paleologo. Estos, pues, con otros muchos parciales tomaron à Alexio, y sentandole en el Trono à gritos comunes, yà voces destempladas de alegria, le aclamaron Emperador del Oriente. Vnos por afectos, otros por no poder mas; todo el Exercito, en fin, le prestò obediencia. Yà volvia el infeliz Isaacio de su caza, quando la grita, y estruendo que andaba en sus Reales, le detuvo la rienda, siendo rèmora a sus passos. El tropel, y el alboroto le adivinò la traicion. Detuvose confuso, hasta que le llevaron nuevas ciertas de lo que passaba. Sacò entonces del pecho una Imagen de la Virgen, de quien era mui devoto, y con suspiros tiernos, y ruegos compassivos, comenzò a suplicar, y a pedirla le diesse su favor en tal aprieto, que librasse su vida del tyrano, yà que contra justicia le usurpaba la Corona. Todo quanto quiere alcanza la soberana Maria; pero si quien pide, no està limpio en la conciencia, no teniendo con buen titulo lo que el otro le quita, no se espante del fracaso, quando quizà es castigo. Mas con todo es cosa grande venerar por devota à Reina tan Celestial, pues por pecador que sea quien la llama, le libra de la mayor parte de la pena. Presto lo verèmos.

Estando assi enternecido con la Soberana Imagen el Christiano Emperador, divisò por el campo una tropa de cavallos, que se le iban acercando presurosos. Temiò el riesgo imaginando que iban a prenderle, y dando de las espuelas al ligero bruto en que iba, huyò àzia donde la fortuna le

le abriò passo. Atravessando malezas, lanzandose por arroyos, y rompiendo por peligros llegò a Estagrira, donde en vez de hallar asylo, encontrò su mayor daño. Prendieronle alli, y entregaronle a los que le seguian. Estos por mandado del tyrano, le llevaron al Monasterio de Pera, obra insigne que labrò a su costa otro Isaacio, padre del tyrano Emperador Andronico. Sacaronle alli los ojos; lastima digna de todo sentimiento! Con el dolor de sus heridas, y con el dolor de su triste suerte, que es dolor mas desapiadado, no pudo comer bocado en muchos dias. Despues mudandole de prision, le daban a comer por onzas solo pan, y vino. Quien viò en tan breve tiempo mudanza mas notable? Quien viò rebès de fortuna mas desapiadado? Quien no admira lo caduco, lo perecedero, lo poco estable de las honras, y glorias de esta vida? Quien ayer mandaba un mundo, se halla oy aun sin un criado que le assista? Quien ayer rozaba olandas, vestia Purpura, y ceñia sus sienes con el precioso Laurèl, oy se mira manoseado de un verdugo, privado de la vista, y encerrado entre paredes? Quien ayer comia los manjares mas dulces, y sabrosos, ya el faisan, yà el francolin, oy solo un poco de pan se le asigna por racion? O dechado en quien bien siente para tomar escarmientos! O felices aquellos que arrastrando purpura à vista de desengaños semejantes, menosprecian sus Estados, y se visten de sayal!

Mas ya escucho (volviendo a nuestro caso) que me pregunta el curioso, que què se ha hecho aquella devocion de la Virgen Soberana? Como la Madre de Dios a quien era tan devoto le ha desamparado tanto? No estarà quexoso, y sentido, al parecer, nuestro Emperador Isaacio, que aviendo sido tan devoto suyo, reparado sus Iglesias, colocado sus Imagenes en casi todos los Templos, no le haya librado de semejantes desdichas? Tan devoto de la Virgen, y tan hondido de la desgracia, como se compadece? Yo lo dirè, considerando cada uno aquello en que ha faltado, y delinquido. Buelva, pues, Isaacio atràs los ojos, mire del modo que entrò en el Imperio, quitando el Laurèl, a quien (aunque tirano) le tenia ceñido. Mire despues el rigor, y la crueldad, con que tratò a Andronico, embian-

biando a prenderle, cargandole de priſiones, como al hombre mas vil, ſacandole los ojos, trayendole a la verguenza por las calles publicas, eſcarpiandole en la plaza, haciendole mil injurias, haſta quitarle la vida. Tirano fue Andronico, ſus crueldades, y deſmanes tuvo, mas al fin ya era Emperador, ya era cabeza ſuprema, y el caſtigarle, y deponerle le tocaba ſolo a Dios. Quiſo, pues, Iſaacio ſer el inſtrumenro, quiſo ſer gran Juez, haciendo en èl los caſtigos referidos: pues què maravilla, que por los filos miſmos, quando èl fue tambien tirano, permita Dios que haya otro que le caſtigue cruel, y le eche del Imperio? No ſon palabras de Dios, que con la medida que midieremos, hemos de ſer medidos? Pues conſueleſe Iſaacio en medio de ſu pena de que no paſſà por las afrentas que èl hizo paſſar à ſu anteceſſor, pues le dexan con la vida, y volvera, en fin, à empuñar el Cetro. Atribuya a ſu devocion la omiſsion de los caſtigos, y dè gracias a la Virgen de bolver à ſu Corona, deſpues de tantas borraſcas. Sirva tambien de dechado a todos los Principes, ver lo que importa el tener gran devocion con la Reina de el Cielo, pues aun a los que tienen con tyrania el Laurèl, les ayuda, y favorece en los trabajos, diſminuyendo las penas, y templando los caſtigos. Rey devoto de la Virgen no morirà ſin Corona. Vamos al ſuceſſo.

Aun no tenia Iſaacio quarenta años de edad con nueve de Imperio, quando ſu traidor hermano le deſpojò de el Laurèl, y le privò de la viſta, como dexamos dicho, lo qual paſsò en el año de mil ciento y noventa y ſeis del Nacimiento de Chriſto. Ocho años, y tres meſes eſtuvo en la priſsion, y aunque le viſitaban quantos querian (permiſsion piadoſa del tyrano) era con todo mucho el dolor, y crecido el ſentimiento. Lloraba con ſus amigos, referidas ſus cuitas, y ſolo en las eſperanzas afianzaba algun conſuelo. Carteabaſe por los correos ſecretos con ſu hija Irene muger de Phelipe, Emperador de Alemania. Todo era pedirla que miraſſe por ſu cauſa, è hicieſſe con ſu marido fueſſe a ſocorrerle. Reſpondiale mui bien, mas tardabaſe el efecto. Palabras, en fin, por cartas, que apenas ſe han eſcrito, quando ya ſe olvidan. Tuvo, en fin, ventura de que

ventura, de que Alexio su hijo, heredero del Imperio, y joven animoso (que estaba tambien restado, la Ciudad por carcel) se huyò a Sicilia a verse con su hermana la Emperatriz Irene, donde a boca se tratò con mas viveza el negocio de su padre, y suyo. Andaba Phelipe mui embarazado en guerras con Othon, opositor de su Imperio, con que no le fue possible socorrerle con sus gentes: mas escriviò al Rey de Francia, como amigo, y a los demàs Principes que estaban en Venecia para la conquista de la Tierra Santa, significandoles la utilidad que se añadia a su empressa, si antes de hacer su jornada restituyessen a Isaacio en su Corona. abrazò esta conveniencia el Pontifice Innocencio, por quãto el Principe Alexio, aviendole besado el pie, jurò en sus consagradas manos de reducir la Iglesia Griega à la conformidad de la Latina, cosa mui deseada de todos los Pontifices.

Con el calor del Papa hechos liga todos los Principes Christianos, dexando a Jerusalen, dieron en Constantinopla. Por mar, y tierra la pusieron cerco, conque el tyrano acobardado, y lleno de temor, se diò por perdido, y recogiendo los mas de sus tesoros, desamparò la Ciudad, y saliò huyendo. Vista la fuga por los que quedaron en Palacio, le aclamaron por traidor, y prendieron a todos los de su casa, hasta la misma Emperatriz Eufronisa, que aun no la llevò consigo, ù ella no quiso ir con èl. Con esto quisieron congraciarse con el Ciego Isaacio, al qual sacandole de la prision, le llevaron casi en ombros a su silla, aclamandole por su señor natural, y Emperador legitimo. Solo el verse ciego pudo aguarle a Isaacio el contento estremado de aquel dia, viendose al cabo de tantos años, y despues de tantos trabajos, y tragedias, restituido en su solio, y vuelto à su Magestad. Diò aviso al instante a los Principes Latinos de lo que passaba, dandoles gracias sin cuento, y jurando de cumplirles todo lo que el Principe su hijo avia pactado, al qual, sentado a su lado, le saludarou tambien por Emperador, gusto, y alboroto que aumentò jubilos, y alegrias. Pero turbaronse presto por la codicia insaciable de los soldados, que todas las riquezas de Constantinopla les parecia corta paga à su beneficio. Por otra parte se les hizo cosa dura à

los Griegos reducirse a la Iglesia Latina, y darle al Papa obediencia, que era la principal condicion que jurò el Principe Alexio. Levantaronse alborotos, y motines sobre el caso hasta levantar el vulgo Emperadores nuevos que amparassen su pretexto. Muriò Isaacio en la demanda, ladeado siempre a sus bienhechores, y de alli a poco, por seguir el Principe el mismo rumbo, le quitaron la vida, con que feneciò su Imperio. Con tantas lides, y calidades, como dexamos dichas, gozò de la Corona el Emperador Isaacio Angelo, para que con su exemplo alivien otros Reyes sus fortunas. No estrañen levantamientos, quando la mayor Monarchia està sujeta, y expuesta a estos baibenes. Ensanchar el pecho en casos tales, al modo que en nuestro David, es lo que importa, y acudir a Dios por los favores, el mas acertado medio, la devocion de la Virgen el seguro de los triunfos.

EXEMPLO QUARTO.

Autores de esta Historia, Polid. Virg. lib. 3. Hect. Boecio en su historia de Escoc. l. 17. 18. & Pin en su Monarc. 4. p. lib. 29. cap. 13. 14. 15.

POrque no se admire nuestro Santo Rey David, ni se desconsuele nuestro Monarca Phelipe de levantamientos de vassallos desleales, sirva de exemplo, de consuelo, y alivio un Rey bien atormentado, y perseguido de lides, y trabajos semejantes: este fue Henrico Sexto de Inglaterra, tenido por Santo. En años tiernos fue coronado por Rey, por la temprana muerte de su padre, y a los diez de su edad le coronaron tambien en la Ciudad de Paris por Rey de Francia. Con tanta potencia como esta, empezò Henrique à empuñar el Cetro, intitulandose señor de ambas Coronas. En teniendo edad, casò con Margarita, hija de Renato, Duque de Anges, y Rey que se intitulaba de Sicilia. Era esta señora moza, y de buena cara, conque picaba en altiva mui briosa. Governabase el Rey en todo por los consejos de su tio el Duque de Glocestria; y pareciendole a la Reyna mal que ella no tenia mano en cosa alguna, diò en querer mal al Duque, y en aborrecerle. Con este calor atizaron tambiē el fuego otros embidiosos, personages de gran cuenta, que siempre contra un Privado, por justificado que proceda vierte su encono la embidia. Fueron tales las acusaciones, que,

que se hicieron contra el Duque, tales las probanzas, que sin bastar sus descargos, mandò el Rey darle garrote. Al passo que se holgaron los mal contentos, todo el resto de los nobles quedaron sentidos. Llorò el Reino la desgracia, y viòse por los efectos lo que perdiò en tal cabeza, porque el Francès, que era Carlos Septimo, harto trabajado en su Corona, visto lo que passaba en Inglaterra, hechas parcialidades sobre la muerte del Duque, cobrò animo, y valor, y apoderòse en pocos dias de las Plazas, y Provincias, que tenian en Francia los Ingleses, como fueron Normandia, y Aquitania. Males como estos, y riesgos semejantes acarrea un mal consejo, una Reina altiva, y un Rey enamorado de su muger.

De un yerro nacen mil, dice un Proverbio. Experimentòlo bien nuestro Henrique, pues apenas con la muerte mal dada de su tio no le quedò Plaza en Francia, sino fue Cales quando triunvirato de Ricardos pretendieron quitarle la Corona: Estos fueron Ricardo, Duque de Eboraco, y Ricardo Duque de Sarisberia, y Ricardo, Conde de Berbico, coligados todos tres, y assistidos de otros muchos, echando voz de que su designio era remediar el mal govierno (capa comun que echan los rebolvedores de sus levantamientos) y que contra el Duque de Somerset llevaban la enemiga, con concertado campo marcharon contra Londres. Fiabase poco el Rey de los Ciudadanos, y tuvo por mejor salirles al encuentro a los rebeldes. En batalla campal quedò vẽcido, perdido su campo, y muertos sus mejores Capitanes, y entre ellos Edmundo, Duque de Somerset, intimo suyo: y el enemigo mayor del Eboracense. Este viendose victorioso, y al Rey como en su poder, quiso colorir su descomedimiento con muestras de lealtad, publicando que èl no havia peleado contra su Rey, sino contra el Duque muerto: prueba de esto, besandole la mano, le fue acompañando hasta Londres, si bien este cortejo pareciò a los de buen juicio era como llevarle restado, è ir ellos como dueños: En fin, sino con la Corona, se le alzaron con la libertad, pues en junta publica, que es lo que llaman Parlamento, dieron, y quitaron los oficios, cargandose los tres con los mejores. El Duque de Eboraco se hizo Protector del Reino, el

el Conde de Sarisberia quedò por Gran Chanciller, y el de Bervico con la tenencia de Canales, y General de las Armas que en buen romance, por no decir mal latin, fue como cargar con todo, quedandose el pobre Rey como a servicio ò merced de sus vassallos. De tan atràs le viene a Inglaterra supeditar a sus Reyes.

Por la muerte de Edmundo, Duque de Somerset, heredò sus Estados Enrique su hijo; este, aunque mozo, mostrando brios, no pudo sufrir la tyrania de los tres traidores: y assi aliado con el Duque de Buchingamia, y con otros muchos nobles, se fue a la Reina, y significòla el riesgo que tenia la vida del Rey, metido entre aquella gente. Hablaron sobre el caso, y saliò resuelto, que el Rey se fuesse a Combetria, bien acompañado de todos sus amigos, y desde alli llamasse a los tyranos, privandolos del govierno. Siguiòse este rumbo, y saliò la faccion mui acertada, quedandose arrimados el Duque de Eboraco, y el Conde de Sarisberia los quales temiendo mayor daño, no quisieron ir al llamado del Rey mas era Henrique tan bueno, tan manso de condicion (bondad que daña a veces a los Reyes) que no solo no se indignò contra ellos, sino que con alhagos, y caricias solicitò su amistad. Cordura suele ser en las necessidades, y ardid prudencial usar los Reyes de estas galanterias. Sus tiempos tienen los castigos, y su tiempo la clemencia. Veiase Henrique molestado por una parte de los Franceses, acometido por otra parte del de Escocia: luego estabale bien el dissimular algo con los suyos, para poderse defender de los estraños: Y para que estas paces, y amistades fuessen duraderas, mandò el Rey que se hiciessen en Londres Processiones publicas, en que èl, y la Reina assistieron en persona, suplicandole a Dios por el comun sossiego.

Por marabilla los que se dan a traidores, y ambiciosos dexan de volverse con mui poca causa al perverso natural de sus afectos. Assi el Duque de Eboraco, por aversele quexado el Conde de Bervico, Capitan de Cales, de averse visto en peligro de muerte por algunos de la Casa Real, que a cuchilladas quisieron quitarle la vida, comenzò de nuevo a alborotarse, aconsejandole al padre de el ofendido, que era el Conde de Sarisberia, que con buen trozo de gente se fuesse

se a quexar al Rey de aquella injuria, sin que le perdonasse a la Reina ser la causadora de aquellos rompimientos, y alborotos. Era el designio del Duque rebolver la feria, como dicen, y a rio rebuelto querer pescar la Corona. Entendieronle la flor los Duques de Somerset, y Buchingamia, y avisaron à la Reina, para que con su varonil brio proveyesse de remedio. Sentida de la traicion, diòle parte al Rey; con toda diligencia juntò quanta gente pudo, y hecho el Rey General de ella saliò a campaña. Yà el Duque de Eboraco, y el Conde de Sarisberia, coligados sus poderes caminaban àzia Londres, pareciendoles llevaban por suya la victoria, mas desbaratòles su confianza la noble lealtad del Capitan de Cales, a quien el Conde de Bervico embiaba con toda su gente à engrossar el Exercito de los conjurados. Este Capitan, pues, llamado Andres Trolopio, assi como supo que la guerra era contra el Rey, hizose a su vanda, y dexòse a los rebeldes, no solo burlados, sino perdidos, porque viendo las ventajas con que el Exercito del Rey sobrepujaba al suyo, le volvieron las espaldas, y cada uno por su parte huyeron a hacer mas gente: El de Eboraco se passò a Hibernia, y los Condes, padre, è hijo se fueron a Cales, mui picados, y sentidos.

Viendo el Rey que se le avia ido de las manos los de el Triunvirato, desfogò su pesadumbre, condenandolos por publicos traidores, confiscandoles sus bienes, y poniendo en prisiones a sus mugeres, è hijos. La Tenencia de Cales se la diò al de Somerset, mas fue como merced de anillo, porque yendo a requerir al de Bervico con la Cedula Real, y con los demas despachos para que le entregasse la Plaza, respondiò con mucha desemboltura, que èl era el dueno de ella, ò que fuessen a quitarsela por fuerza. Dexandola bien proveida, passòse tambien a Hibernia a verse con el de Eboraco, en tanto que su padre alistaba en sus Estados la gente que podia. Rehechos todos tres de un gruesso Exercito de Ingleses, y de Hibernios, marcharon a Londres. A diligencias de la Reina avia juntado el Rey mucha mas gente, con que no escusò salir a recibirlos, y a estorvarles sus intentos. Frente a frente se miraron los dos campos, y con iguales brios se dieron la batalla; y aunque hicieron los leales su deber, vendiendo los mas sus vidas, ladeòse la fortuna a los rebeldes,

has-

hasta que les dexò en las manos la victoria, y presso a su mismo Rey. Desgracia lastimosa, y digna de sentimiento! En sus mismos Palacios le señalaron carcel, y junto todo el Senado, trataron de quitarle el Reino, y darle la Corona al traidor Duque de Eboraco, que con gran descoco se sentò en la Silla Real, alegando partes, y derechos para serle debida aquella honra: los mas desapassionados no vinieron en ello y despues de muchos debates, vino a resolverse, que mientras viviesse Henrique se llamasse Rey, y el de Eboraco Gobernador del Reino; y muerto el Rey quedasse con la Corona. Estas si, que son desdichas, y que pueden servir para consuelo a los que en sus Reinos miran rebeliones, comunidades, y alborotos.

Quando quedò el Rey presso en la batalla, los nobles que escaparon de ella cogieron a la Reina, y al Principe Eduardo su hijo, y a toda diligencia huyeron con ellos àzia Dunelmo, a los confines de Escocia, para rehacerse de gente, y buscar socorros de donde los hallassen. Pudo tanto la Reyna varonil con su brio, con su maña, y con la razon, que llevaba de su parte, que en pocos dias juntò un mediano Exercito, y sin reparar en nada, marchò a Londres a buscar a su marido. El de Eboraco fiado en su valentia, y sin esperar a su hijo Eduardo, que con buen trozo de gente iba a ayudar su partido, saliò a dar la batalla, mas quedò vencido, y muerto, con muchos de los Grandes sus parciales. A todos les cortaron las cabezas, y clavadas en las picas las llevaron à la Plaza de Eboraco, para exemplo, y escarmiento de traidores: Con el Conde de Sarisberia se hizo lo mismo avido à las manos: de suerte, que de los tres conjurados, solo quedaba el Conde de Berbico: este, sin saber lo que passaba, saliò de Londres para ayudar à su padre, llevando consigo preso al Rey Henrique: La Reina que victoriosa iba a buscarle, holgandose del encuentro, le diò batalla, y derrotado, y vencido escapò huyendo. Fuesse a valer del Conde de Merchia, hijo del Eboraco, que ambicioso, y altivo al modo que su padre, se alzò tambien con el Cetro. Bravos torbellinos de rebueltas passaban por el infeliz Henrique, lidiando perpetuamente con rebeldes. Quando pensò descansar, y gozar en paz de su Reino, apenas con la passada victoria pu-

puso la Reina en su libertad:(muertos como queda dicho, el de Eboraco, y el de Satisberia, y huido, y derrotado el de Berbico) quando Eduardo, hijo del Eboracense, se atreviò altivo a entrar en Londres, apellidandose Rey. Como iba poderoso, hallò calor en los Ciudadanos para su pretexto.

Con el enojo, y dolor que dexa entenderse, se hallaron el Rey, la Reyna burlados de la fortuna. Sus victorias, y sus triunfos pararon en sentimientos, quando tuvieron noticia del nuevo conjurado. Pero ensanchando el pecho agregando a su campo nuevas gentes, marcharon a buscarle. Saliòles al encuentro, con no menos poder, y dieronse la batalla muy sangrienta. En lagos de sangre quedaron de ambos campos difuntos veinte mil hombres: Los pressos, y los heridos llegaron a otros diez mil. La victoria quedò por el rebelde, y el Rey, y la Reyna escaparon a uña de cavallo, tan derrotados, y tristes, y tan poco confiados de los suyos, que no assegurandose en ninguna parte de su dilatado Reyno, no pararon hasta Escocia, picandolos siempre en las espaldas, los que alevosos, y traydores los iban siguiendo. Hizoles buena acogida Jacobo el Tercero, Rey, aunque niño, muy cortès, y urbano: que en desgracias semejantes se conoce la nobleza de los Reyes. Amparar a los caidos, es de grandes Magestades. La Reina Margarita viendo a su marido Henrique tan quebrantado, y afligido de guerras, y de fortunas, aconsejòle que se quedasse en Escocia amparado de aquel Rey, y que ella passaria à Francia con el Principe Eduardo su hijo, a pedir al Duque su padre el socorro, y gente necessaria para recobrar su Reyno. Gran de alivio para un Rey, tener muger tan animosa, y valiente.

El tyrano Eduardo, ya coronado Rey de Inglaterra, comenzò a mudar todas las cosas que el Rey Henrique havia hecho, dando, y quitando oficios a su voluntad. Los que se vian premiados aplaudian su govierno: Los que quedaban sentidos, clamaban por su legitimo Rey. La gente popular se arrimaba, como suele, a lo valido. Pero, en fin, entre unos y otros avia sus disensiones, y bullicios. Supo el Rey destos encuentros, y pidiòle al de Escocia, como a su bienhechor

le

le ayudasse con sus gentes. Anduvo el Escoces mui bizarro, y assi con su ayuda, y con los Ingleses que le acudieron leales, se fuè entrando por sus tierrras, y no ay duda sino q̃ se apoderàra de todo el Reino, a no tirar en zaino el Duque Somerset, que por parecerle tendria mas interès con el conjurado, entretuvo al Rey Henrique, hasta que estuvo el otro mui apercebido; pero pagò esta traicion con la cabeza, porque aviendose buelto el Rey derrotado a Escocia, averiguado el caso, mandò degollarle: Bien merecido castigo de hombres que hacen a dos manos, que aun con sus Reyes tratan falsedades.

No contenta la fortuna con tener tan hollado à este buē Rey, huido de su Reino, sujeto a merced estraña, le traxo à mayor desdicha. Como la Reina tardaba con el socorro, (que esto de ir a pedir, aunque sea a un padre, es cosa dura) y las dissensiones de su Reino le estuviessen brindando con la ocasion, determinòse a ir encubierto, y disfrazado para examinar mejor los animos de los nobles: Arbitrio peligroso, y arriesgado, como se viò en el efecto. Espoleabanle à ello, y culpabanle de omisso los que le hacian lado, y al modo que èl, se hallaban huidos de sus casas, y privados de sus conveniencias. Con solos dos criados confidentes, disfrazados de mercaderes, se saliò una noche de Palacio, y dexando a Escocia, se entrò por Inglaterra. Conocieronle unas guardas, sin que rebozo del disfraz bastasse a encubrirle, y echandole mano, le llevaron presso al Rey Eduardo, su enemigo, que como tyrano le puso con buena guarda en lo mas seguro de una fortaleza. Vayan anotando los que leen las desdichas, y haciendo alto con la consideracion, miren si nuestro David puede llamarse dichoso, pues aunque tuvo conjurados, y rebeldes, no llegò nunca a extremos tan infelices de verse en carceles, ni en prisiones, ni sujeto a su enemigo. Consuelese tambien nuestro gran Monarca a vista deste exemplo, pues si ha tenido traidores, no ha descaecido nunca de su Magestad, ni de su soberanìa. Desde su casa, y Palacio, al modo que David, vence atrevimientos, castiga desacatos, supedita desafueros. Son, en fin afanes tolerables, y pensiones del poder, algo sufribles.

Gozoso se hallaba Eduardo, viendo assegurada su Corona.

na, con tener en su poder al Rey Henrique, arrimò por quatro años las armas, dandose con templanza, y madurez à las cosas del govierno, y contentando al comun con alivios de pechos, y de cargas. Politica mañosa para hacer bien quisto, quien usurpa lo ageno. Pero como nunca falta un desman, que descomponga las cosas de un rebelde, sucediò que el Conde de Bervico, que como principal cabeza de la conjuracion, fue quien le arrimò mas el ombro para que empuñasse el Cetro; hallandose algo sentido de vèr que no le estimaba en lo que solia, ni le daba aquella mano que el quisiera, antes bien havia usado con èl un gran desaire de casarse enamorado, mientras èl le estaba casando en Francia con la hija del de Saboya, hermana de el Rey Luis (escozor que le llegò mucho al alma.) Por todo esto, pues, comenzò a desazonarse, y a desabrirse, de modo, q̄ fraguò en su idèa lo que aun no apuntò à los labios, que fue restituir el Reino, y la Corona al pressoHenrique. Este es un notable castigo de lo mal hecho: que quien levanta al indigno con el ojo a las medras, è interès, se halla tan mal correspondido, que procura bolver a derribarle, y quando quiera, no pueda. Bueno es el hacer bien, mas hai hacer bien, q̄ es malo, quando por propria passion se dà calor, y se pone todo esfuerzo para que suba a la altura, y ascienda a la dignidad al mando, y al oficio, el que no tiene partes para ello, ò quiē con detrimento ageno lo procura. Hacer bien en estos casos es pernicioso, y assi permite el Cielo, que en el caso en que vamos hablando, que el mismo que diò el consejo, el voto, ayuda, y favor, se halle burlado, y mal quisto, con quiē fue su hechura. Aqui entra luego el blasfemar de ingratos, y no son ingratitudes, si se miran sin passion, sino justos juicios de que se vuelva contra su bienhechor, quien no merecia el bien que le hizo. En este modo, pues, castigò el Cielo al Conde de Bervico, trayendole a estado de estar arrepentido, apesadumbrado, y rabioso de haver hechoRey a quien no tenia derecho. Dissimulando, pues su pesadumbre, su encono, su veneno, le pidiò licencia al Rey para retirarse a sus Estados, fingiendo poca salud, y cansancio de la Corte.

En llegando a Bervico, llamò à sus dos hermanos, Jorge,

ge, Arzobispo de Eboraco, y Juan Marquès de Monteagudo Encerròse con ellos, y desabrochando del pecho sus quemazones, y quexas, sus sentimientos, y agravios, les rebelò sus designios, y pidiò que le ayudassen. Condescendieron con su gusto, qual de grado, qual por fuerza. Con industria, y maña atraxeron a su partido al Duque de Clarencia, hermano del Rey Eduardo, por saber no llevaba bien sus cosas, y porque no pudiesse desunirse, casòle el Conde con una hija suya, nudo estrecho que enlaza las amistades. A este tenor fueron dando parte a muchos Nobles, y cada uno de estos a sus amigos, y deudos. Juramentaronse todos en Gales, ofreciendo de permanecer firmes en aquel pretexto de restituir al Rey Henrique su Corona, y quitarsela al tyrano. Con algunos alborotos de la tierra de Eboraco, se comenzò esta guerra, levantandose muchos labradores, sobre no querer pagar cierto tributo, y fue tal la muchedumbre, y tesòn del villanage, que aun con exercitos formados no pudo el Rey reducirlos. Saliò en persona con ellos con mucha gente, y entonces el de Bervico quitandose la mascara, se le opuso a cara descubierta con formado campo. Pusieronse frente a frẽte los Reales, y hallando el de Bervico ocasion oportuna de ver al Rey descuidado, se entrò una noche en su tienda, è hiriendo, y matando a los que se le pusieron por delante, le prendiò, y llevò consigo, y pusole en la fortaleza de Midelamia. Dieronle libertad, mediante algunos ruegos, y promessas, y como el toro que se escapa del coso mal herido, procura en quanto encuentra la venganza: assi Eduardo se fue hasta Alencastre a buscar su despique haciendo gente. Volviò poderoso a Londres, donde en dos refriegas dexò derrotado al Bervicense. Todos juegos de fortuna, q̃ a quien oy da el vencimiento, le postra mañana a los pies del vencido. Pero no desmayando contra la adversidad; tomò al Duque de Clarencia su yerno, y a todas sus familias, y passòse a Francia a ampararse del Rey Luis que le diò buena acogida, y le hizo mucho cortejo, y agasajo. La gran Reina Margarita, que como hemos dicho avia muchos años que estaba allà con el Principe su hijo esperando remedios, y favores para recobrar su Reino, y sacar de la prision a su marido Henrique, recibiò al Conde, perdonando lo pas-

sado, con jubilos, y y alborozos, y para q̃ cuidasse de su desempeño, como cosa mas propria, casò el Principe su hijo cõ Ana, hija del Conde, poniendole gravamen, que èl, ni el de Clarencia su yerno, no avian de soltar las armas de las manos, hasta restituir à Henrique su Reino de Inglaterra. Era la condicion tan forzosa como honesta, y assi con todo esfuerzo prometieron de cumplirla.

Recogiendo, pues, de Francia todo el socorro possible, y brindado de los mas de Inglaterra, que pareciesse allà para ser dueño de sus personas, vidas, y haciendas, se embarcò con toda prissa, y con prospero viage aportò a la Isla: Con publicos pregones comenzò a echar vandos en nombre de el Rey Henrique, para que todos los que tuviessen edad competente se fuessen a sus vanderas a darle favor contra el tyrano Eduardo, Duque de Eboraco, que contra justicia se llama Rey. Fue numeroso el gentio, que de todas las Ciudades, y Castillos se le fue agregando: con que Eduardo temeroso de no verse igual en fuerzas, desamparando la Corte, y saliendose del Reino, se huyò a Flandes a valerse del Conde Carlos, y Duque de Borgoña. Con esto, sin que nadie hiciesse estorvo, marchò a Londres el de Bervico, recibiendole toda la Ciudad con aplausos, y con triunfos. La primera accion, fue sacar de la carcel al Rey Henrique, tan brumado de trabajos, como paciente en sufrirlos. Con atavios Reales, y acompañado de los Grandes, y los Nobles, le passeò por toda la Ciudad, recabando comunes bendiciones y alegrias, su agrado, su mansedumbre, y su modestia. Con mucha liberalidad hizo mercedes a todos, al de Bervico, y al Duque de Clarencia, como a sus libertadores, y como à quien debia su nueva grandeza, los hizo governadores del Reino, y dueños de sus tesoros, y Corona. Con igual grado premiò à todos los leales, y depuso a los traidores.

Si acabaran aqui los trabajos, y las cuitas deste buen Rey, quedaramos sazonados con su historia, dexandole ya en su Trono, en su descanso, despues de tantas lides, mas como se le guardaba para el Cielo su mayor Corona, no se cansò la fortuna de darle en que merecer. Con dos mil hombres volviò Eduardo de Flandes, y se entrò en Inglaterra, procu-

ran-

rando con ardid ir grangeando los naturales. Son mui varios los de aquella Nacion, como se podrà notar de estos escritos, amigos de novedades cada dia. Al principio, aun en su Estado, no querian los pueblos recibirle, diciendo tenian buen Rey en Enrique. Estaban avisados del de Bervico para que nadie le diesse acogida, mas èl entonces, doblado, y fementido, jurò que no queria llamarse Rey, ni ir contra Henrique, sino vivir con sus vassallos como Duque. Parecióles a los de Eboraco, que la peticion era justa, y abrieron le las puertas. En estando apoderado de la Plaza, puso guarnicion en ella, y aunque con poca gente marchò a Londres contra el Rey. Mejorò su partido, haciendo amistades con su hermano el Duque de Clarencia, el qual quebrando la fee, y palabra dada al Rey, y al Conde su suegro, se hizo tambien a traidor. Coligados, pues, ambos hermanos, ambos perjuros, y ambos fementidos se apoderaron de Londres, y bolvieron a prender al Rey Henrique. No parò aqui el fracaso, sino que acudiendo el de Berbico a la defensa, y saliendo Eduardo a recibirle, dandose cruel batalla, quedò el Conde muerto, y extinguidas con su muerte todas sus esperanzas,

La Reina que a la sazon volvia de Francia con alguna gente, sabida la derrota, y la nueva prision de su marido, temerosa, al passo que lastimada del riesgo, que al Principe su hijo le corria, se encerrò con èl en el Monasterio de Belicolo, traspassada de dolor, y hecha un mar de sentimiento. Fueron a consolarla, y assistirla algunos Grandes. el Duque de Somerset, Emundo, Thomàs, Conde de Danovia; Gaspar Conde de Prembuco; el Prior de San Juan, con otros nobles, que tenian la voz del Rey Henrique. Alegròse mucho la afligida señora con su vista, y con ruegos acompañados de lagrimas, les pidiò encarecidamente que no se olvidassen de sus obligaciones, en defender, y amparar la causa de su esposo, y del Principe, en tanto que con èl se tornaba à Francia, como asylo mas seguro. Replicaronla que no convenia se ausentasse, sino que con su presencia fuesse terror al tyrano, y a sus vassallos escudo, mientras que cada uno dellos juntaba en sus Estados la mas gente que pudiesse. Sujetòse la Reina a su parecer, juzgando era buen remedio

No

No se le encubrieron al tyrano Eduardo estos apercebimiẽtos, y assi con todo cuidado se apercibiò de gente. Y sabiendo que el Duque de Somerset venia pujante por una parte, y por otra el Conde de Prembaco, como diestro Capitan (que en estos casos, mas la industria que el poder acarrea las victorias) diòse toda prissa a presentarle la batalla al de Somerset, antes que se juntasse el de Pembraco. El Duque desatento, y mal aconsejado, sino es que su ambicion, por ganarse solo la victoria (hartos han perecido deste achaque) no se cuidò de aguardar al Conde, sino mui bullicioso, y hazañero admitiò el embite, y puesta su gente en orden se trabò con Eduardo. Ensangrentòse la lid todo lo possible, y como el tyrano se hallaba con mas poder, aunque con menos justicia, en breves horas se viò victorioso, y destrozado, y passado a cuchillo casi todo el Exercito contrario; y quedando por prisioneros la Reyna, el Princi pe, el Duque de Somerset, el Prior de San Juan, y otros veinte Cavalleros hombres de cuenta. Aqui acabò la fortuna de tirar el dado contra Henrique, aqui muriò toda su esperanza, y aqui feneciò su Reino. Tan cruel como tyrano procediò el rebelde con los que infelices se le dieron prisioneros, pues sin rastro de piedad mandò degollarlos a todos, salvo a la Reina que la metieron en prisiones; y siendole llevado a su presencia el Principe Eduardo (que aunque lastimado, y mozo ostentò el valor, y Magestad de su heredada sangre) preguntandole con mucho enojo que como se avia atrevido a entrarse con mano armada por sus tierras? Le respondiò brioso, que por cobrar la Corona que era suya, y de sus antepassados. Causòles al Rey, y a los qne estaban a su lado tanta indignacion esta respuesta, que a puñaladas crueles le hicieron pedazos, y arrojaronle impios entre los otros cuerpos degollados, que anegados en su propria sangre, fueron espectaculo el mas horendo, y triste que viò Inglaterra. El Duque de Clarencia, hermano de Eduardo, y cuñado del Principe, y que le havia jurado en Francia fue el Principal matador, para que se veañ los juegos de la fortuna, y la inconstancia, y villania de los hombres. Què se admiran los que oy viven de las conjuraciones, y alborotos de aquel Reino, lleno de he regias, pues aun quando erã Ca-

tolicos, les viene tan de atras el deponer a sus Reyes, matar à sus Principes, y usurparles la Corona? Repasen esta tragedia los que compassivos saben sentir desgracias, y veràn q ha avido siempre Cremueles tyranos, y traidores.

Vamos ya al paradero de nuestro Santo Henrique. Este titulo le dan muchas Coronicas, pues dicen que aun en vida hizo milagros, y que Henrique Septimo, à quien le profetizò aver de suceder en la Corona, tratò de canonizarle. Assi como supo la muerte del Principe, y la prision de la Reina, su fiel consorte (que rescatada a peso de oro, muriò a pocos dias en Francia, consumida del dolor por su hijo amado, que era lumbre de sus ojos) borrò de su rostro toda la alegria, y sin hacer los estremos que requeria tan funesto caso, se hizo a la paciencia, y se armò de sufrimiento, repassando sus pesares por las cuentas de sus culpas. Què mas hiciera nuestro David si se viera en estos lances? En tantas guerras, como desde que empuño el Cetro tuvo con rebeldes, en tantos infortunios con que le hallò la desdicha en tantos años, y veces como se hallô en prisiones, nadie le viò impaciente, colerico, ni airado. Què mas prueba de virtud? Todos los trabajos que le acarreaba su fortuna, todas las afrentas, todos los desaires, los tomaba por dechado, para exercitar virtudes, y paciencias. Vltimamente pareciendole al Tyrano, que aun en la carcel le haria mucho estorvo este gran Rey, andaba cuidadoso, sobre què medio tomaria para despacharle. Pero un hermano suyo, Duque de Glocestria, le sacò presto de cuidado, entrando en la prision donde estaba el Santo Rey, y dandole de estocadas le quitò la vida, digna por cierto de los celestes Laureles; pues puede servir de pauta a todos los Principes Christianos para enseñarse a ser sufridos, quando vean en sus Reinos rebeliones, y alborotos. Baste lo dicho de Historias Estrangerar, y assi enderecemos la proa a nuestra España, para que el Grande Felipe vea que ha avido tambien en ella muchos Reyes perseguidos de traidores, y rebeldes; y porque en la primera Parte, en los Exemplos de traiciones queda referida la Historia del Godo Vvamba, y el castigo, y la clemencia que usò con los conjurados de su Reino, cito al curioso para que alli la lea, por ser mui de este caso.

EXEM-

EXEMPLO QVINTO.

REinaba en las Asturias Don Alonso el Magno (de quien para el rebelion del Principe su hijo, dixe en el capitulo nono muchas cosas) y apenas empuñò el Cetro en edad bien tierna de catorce años quando a la dulzura de el reinar comenzo a echarle sus acedias la fortuna. Estimado, y querido se hallaba en su Reino, pero grangeabanlo sus virtudes, siendo bienhechor de pobres, procurador de la paz, y zelador de la justicia. Ya fuesse, pues de ambicioso, de que un Rey tan mozo se huviesse cargado con todas las voluntades de grandes, y pequeños; yà fuesse por la ambicion, y codicia del mando, y de la Corona, se empezò a alborotar el Conde Galicia Don Fruela, hijo del Rey Don Bermudo. Como de persona de Real Estirpe, y que tenia muchos aliados, mucho tesoro y riqueza, le pareciò podia conseguir el Reino que avia sido de su padre. Este era el derecho con que salvaba su infidelidad, è inobediencia. Aclamòle pues, de hecho, Rey de Galicia, y con todas sus fuerzas, y poder marchò a Oviedo contra el Rey Don Alonso, al qual cogiò esta borrasca desapercebido, pobre de gente, poco assegurado, y temiendo que el tyrano, por venir pujante, se enseñoreasse dèl, desamparò la Corte, y al modo que David, escapò huyendo a lo mas retirado de Vizcaya. En aquella parte, que se llamaba Alava, hizo asiento, guarecido de lo fragoso del sitio, y acompañado de los que leales acompañaron su derrota.

Aùtores de esta Historia. El Arzobispo Dõ Rodrigo el Padre Mariana, Castillo en los lugares citados en el Exemp. 1. al cap. 3. deste lib. Doct. Illesc. en su Pontific. p. 1. l. 4. ca. 85.

Obstentativo, y sobervio se apoderò Don Fruela de la Ciudad de Oviedo, pareciendole que la fuga de Don Alonso era cederle el derecho, y querer dexar lo que èl llamaba suyo. Mas como su tyrania iba enderezada a la ambicion, è interès, en vez de grangear a los vassallos con beneficios, empezo a molestarlos con imposiciones, y tributos: en vez de hacerse bien quisto, se hizo odioso. Repare en ello el entendido, que asi como aquellos tyranos, que de nada ascienden a ser Reyes, ganan las voluntades, derramãdo mercedes, y haciendo gracias; asi aquellos que piensan que de fuero se les debe la Corona, quieren con opresiones les rindan

dan la obediencia, è hinquen la rodilla. Siguiò, pues, este rumbo el Conde Don Fruela, pero alborotandose los Nobles, se dieron tan buena maña, que apellidando libertad, y aclamando: *Viva, viva nuestro gran Rey Don Alonso*, se entraron por su Palacio, y sin ballar la defensa de los suyos, le quitaron la vida.

Acudiò a buen tiempo el Rey desde Vizcaya, y abriendole las puertas los famosos Asturianos, le recibieron con fiestas, y jubilos. Mas apenas se huvo ausentado de la Provincia de Alava, quando el Governador de ella, llamado Eylon, confiado en las fuerzas de Zenon, pariente suyo, y Señor de las demàs tierras de Vizcaya, y assimismo en las revueltas, y parcialidades de los de Oviedo, procurò tambien alzar cabeza, y hacerse Rey de Asturias. Supo el Rey el caso en la Ciudad de Leon, donde se hallaba al presente, y sin fiar el negocio a agenas manos, acudiò en persona a apagar aquella llama. Sin costarle sangre, reduxo con mucha brevedad a su obediencia a los alborotados: prendiò a Eylon como al principal de aquel levantamiento, y remitiendole à Oviedo le diò carcel perpetua. Harta piedad, y como estudiada en profecia en los Anales de nuestro Gran Felipe. Imitaciones heroicas de la Magestad Divina, y dignas de que en marmoles se esculpan.

Domados, pues, con el castigo estos dos rebeldes, se amedrentaron con su exemplo otras sediciones; con que respetado, y temido Don Alonso, enderezò la proa de sus fuerzas contra el Agareno, que con mucho orgullo se puso sobre Leon. Triunfò de la canalla, haciendo en ellos un sangriento estrago. En esta, y en otras muchas batallas que diò el Rey a los Moros, fue el gran Bernardo del Carpio quien mas se aventajò en ellas, deseoso siempre de merecer a fuerza de hazañas la soltura de su padre. De lastima, y poca fortuna de este heroe insigne, toquè mucho en mi primera Parte, pues con servicios singulares, que hizo a tres Reyes no pudo recabarles esta gracia. En esta ocasion, pues, fue quando abochornado de que no le concediesse Don Alonso lo que al parecer de muchos era tan justo, se saliò de Oviedo con los de su parcialidad, y fundando junto a Salamanca, donde es aora la Villa de Alva, el Castillo insigne del Car-

Carpio, de quien tomò su apellido, y haciendole como asilo, y plaza de armas, comenzò desde allì a darle al Rey muchas pesadumbres, entrandose por sus tierras, y talandole los campos. Y aunque esto no se puede llamar rebelion, pues no era mas que un torcedor para atraer al Rey a lo que la voz comun llamaba justicia, con todo le puso a Don Alonso en no menos cuidado que las passadas rebueltas. Que como Bernardo tenia sangre Real, y no poco derecho al Cetro, y le via apadrinado de muchos Nobles, temiò que de sentido se le passasse a traidor. Hizo junta de Grandes en Salamanca, y se huvo de resolver que se le diesse a Bernardo lo que pedia, con que entregasse primero la fortaleza. Este era yà el miedo, porque era ya muerto su padre, y si Bernardo lo supiera antes de entregar el Castillo, soltara quiza la pressa a sus enconos, y pusiera al Rey en mucho aprieto. Quando se hallò burlado, y viò tan mal pagados sus servicios, se saliò de España despechado, y triste, y eterno lloro acabò su vida.

Pero apenas el Rey Don Alonso se viò libre de este daño quando viò amenazado contra èl otro mas terrible incendio, otro mal mas intestino, y al tanto mas sensible. Llegò a entender que su hermano Don Fruela, conjurado contra èl, trataba de quitarle la vida, y la Corona. Notable sentimiento, quando la propria sangre se arma de traicion. Supo tambien que andaban en estos tratos, ò dabã calor a ellos los otros tres Infantes sus hermanos, D. Nuño, D. Bermudo, y D. Odoario. Aumentos mayores de dolor! Tuvo suerte D. Alonso en descubrir estas tramas, antes que la maldad agavillada de fuerzas se quitara el rebozo, y se pusiesse en armas. Con el recato, y cautela que pedia cosa de tanto peso; prendiò a los quatro hermanos, y despues de presos les mãdò sacar los ojos, y que acabassen la vida entre paredes. Sentencia cruel, y castigo riguroso les pareciò a muchos, ocasionandose mayores alteraciones, principalmente por averse ausentado de la carcel D. Bermudo, que aunque sin vista hecho Capitan de todos sus parciales, se apoderò de la Ciudad de Astorga. Fortificòse en ella, y hallòse tan socorrido de los mal contentos, que no rehusò salir a campaña a resistir al Rey, que con exercito formado iba en su busca. Die-

ronse la batalla, mas quedando por Don Alonso la victoria huyò Don Bernardo derrotado, y se fue a amparar del Moro Todos estos desastres, y conjuraciones, y levantamientos, sufriò este gran Rey en los primeros años de su imperio. Y en los ultimos tercios de su edad (como ya diximos *) se le revelò tambien el Principe su hijo, hasta quitarle la Corona. Aliviense, pues los Reyes a vista de tal dechado, y no se admiren de conjuraciones, pues los Principes mas grandes passàron por estas lides.

Mira el c. 6. exemp. 6.

EXEMPLO SEXTO.

ENtrò empuñando el Cetro de Leon, y Asturias el Rey Don Sancho el Gordo, por los años de novecientos y cinquenta y seis, quando al segundo año de su Reinado comenzaron a turbarle sediciones, y alborotos. Alegaba mejor derecho a la Corona Don Ordoño su primo, como hijo del Rey Alonso el Monge. Muchos Grandes le hacian lado a Don Ordoño, especialmente el Conde Fernan Gonzalez de Castilla, que haciendole su yerno, dandole por muger à Doña Vrraca su hija (repudiada antes de Ordoño el Segundo) le ayudò con todas sus fuerzas. Viò el Rey D. Sancho mui desiguales las suyas para poder resistir el numeroso tumulto, y huvo de elegir por medio bolver las espaldas, y esperàr mejor fortuna. Desamparada su Corte, y su Reino, se acogiò a su tio el de Navarra, que le recibiò mui bien, consolandole en su cuita, y aconsejando la paciencia, y sufrimiento: Gran cosa en afliciones, è infortunios semejantes hallar un Rey quien sepa consolarle. Detuvose, pues, allì à esperar la ocasion que le ofreciesse su dicha: y para que le sirviesse de entretenimiento, tratò el Rey su tio de embiarle a Cordova, silla entonces, y Metropoli de los Reyes Moros, para que los famosos Medicos que allì florecian, hijos de Avicena, a instancia del Rey Barbaro su amigo, llamado Abderramen, le curasse de aquella cefeza, que por demasia, le era como enfermedad. Recibiòle el Moro con mucho agrado, y haciendo ponerle en cura, se la hicieron aquellos Arabes tan famosa con la confeccion, y medicina de ciertas yervas, enjugandose todo aquello gruesso, quedò mui ligero, y agil para todas los acciones.

Autores desta Historia. El Arzobis. D. Rodrigo in suo Chro. Hist. l. 5. cap. 10 Cast. en su hist. Got. l. 3. disc. 9. Illesc. en su Pontific. 1. p. l. 4. c. 85. Marian. en su Hist. de Esp. 1. p. l. 8. c. 6.

Lo

Lo que durò su retiro en Navarra, y en Cordoba su cura gozò del Reino su competidor Ordoño, el qual, como se dexasse llevar de su mal natural, diò en hacerse tan odioso, que dandole apellido de malo (gran desdicha que a un Rey se le dè tal nombre) comenzaron muchos a perderle el respeto, otros a desampararle, y casi todos a no obedecerle. Castigo, quizà, de que por los mismos filos pagassen su pecado, los que amigos de novedades desamparan a su Rey. Tuvo noticia D. Sancho destos alborotos, al tiempo que en Cordoba regalado del Barbaro se hallaba con mejor salud: y fiado en la amistad, con que por respeto de su tio le trataba, pidiòle su ayuda para ir a cobrar su Reino. Anduvo Abderramen con mucha bizarria, dandole un buen exercito de Moros. Marchò a Navarra, y rehaciendose alli de las gentes que le diò su tiò, partiò para Leon. No se atreviò a esperarle Don Ordoño (tanta era su cobardia) sino que lleno de miedo se retirò a las Asturias, y de alli mal recibido, y poco assegurado, se baxò a Castilla a ampararse de su suegro el Conde Fernan Gonzalez. Pero como el Conde no era amigo de cobardes, quitandole la muger le desechò de si, sin querer defenderle: triste, y desamparado se fue a valer de los Moros, en cuya tierra junto a Cordoba, acabò bien miserable. Buen exemplo, y escarmiento para los que contra sus Reyes se cõjuran, por mas derechos que aleguen, y pretextos que les salven; pues aquellos que mas alientan para el hecho, suelen ser despues los que les faltan primero, aunque sean en nobleza un Conde Fernan Gonzalez.

Apoderado Don Sancho de su Reino, comenzò a gozarle en paz, mediante la amistad que tenia con el Moro, y mediante los domesticos encuentros, que allà en Castilla daban bien en que entender al Conde Fernan Gonzales, conjurados contra èl los hijos de D. Vela. Mas despues de sossegado todo, tratò de juntar Cortes en Leon para la consulta de algunos negocios graves. Embiò a citar al Conde con recados mui corteses, y con Embaxador mui señalado, y dandole los parabienes de sus victorias. Tanta authoridad como esta tuvo el Conde de Castilla con sus Reyes de Leon, que aun para citarle a Cortes le embiò Embaxador, y como pidiendole por merced se hallasse en ellas. Profe-

cia quizà de que avia de ser Castilla la Corona de los Reyes y Primacia de España. Mil veces felice tan ilustre Burgos.

Mui confuso se hallò el Conde con la Embaxada de Rey y harto neutral en la obediencia, temeroso, al passo que prudente (que es prudēcia tambien mirar los riesgos) de si aquellos recados llevaban embebida alguna zalagarda; porque como fue èl quien diò alientos para el rebelion passado, sospechaba no quisiesse el Rey vengarse. Estos recelos le obligaban a no obedecerle, dando alguna causa honesta. Llamarle el Rey tan cortès, le forzaba a no escusarse. En lo uno hallaba riesgos, y en lo otro, falta de atenciones. Mas despues de muchos discursos, quiso que la cortesia venciesse al peligro, y su animo al temor. Acompañado, pues, de toda la nobleza, de todos sus grandes, se partiò para Leon el dia señalado. Saliò el Rey à recibirle, honra la mayor que recibiò vassallo. Hicieronse, pues las Cortes, sin que huviesse en ellas cosa que desazonasse; y porque no serà molesto a mis lectores refrescarles la memoria con aquel cuento tan sabido del Cavallo, y el Azor, instrumento causal de la exempcion de Castilla, lo sumarè en breve para venir à dar al rebelion del Conde, si puede darse este titulo a quiē pide con las armas que le paguen. Havia llevado el Conde à las Cortes un famoso Cavallo, hijo del Betis, ganado en buena guerra del Rey Moro, assimismo un Azor de gran de estima. Aficionòse el Rey de el Cavallo, y de el Azor: y aunque el Conde se los presentaba bizarro, no quiso el Rey recibirlos, menos que comprados. Pusoles el Conde un precio subidissimo, y pidiòle plazo el Rey para la paga, con tal condicion, que de no pagar el dia señalado, se fuesse doblando el precio cada dia que passasse. Que fuessen veras ò burlas (que pudo llevar de todo) ello passò de esta suerte, segun todas las Coronicas. Corrieronle en este intermedio muchas fortunas al Conde, porq̄ la Reyna Doña Theresa, madre de el Rey Don Sancho le aborrecia de muerte, desde que en una lid matò al Rey su padre, llamado Don Sancho Abarca. Por esta enemiga, le armò Doña Theresa muchos lazos al Conde para quitarle la vida, como fue casarle con engaño con su hermana Doña Sancha, para

que

que yendo a las bodas le matassen en Navarra, ò le prendiessen, y escapado de aquel riesgo por la esposa astuta, y noble, que le saco de la carcel en sus ombros (como quedaba bien tocado en la primera parte, en los exemplos de mugeres valerosa.) armòle Doña Teresa otra assechanza, haciendo que el Rey su hijo, en sõ de llamarle a Cortes, le pusiesse presso. Libròle tambien su esposa, hecha hermosa peregrina, disfrazandole en la prision con sus vestidos: y viendose el Conde en salvo, aunque pudiera sentido romper la guerra, y despicar sus enojos, contentòse con pedir al Rey, que le pagasse aquella deuda del Cavallo, y del Azor. Con la dilacion del tiempo, y con la condicion que se puso en el trato, se havia multiplicado la cantidad a un precio infinito: con que hallandose el Rey embarazado, ni respondia a la demanda, ni pagaba. De aqui tomò el Conde ocasion para honestar su pretexto, de hacer armas contra el Rey para la cobranza, entrandose por sus tierras, y talandole los campos; como a, pagame lo que me debes, no ay como dicen respuesta (si bien para un Rey por mucho que èl deba, mas le deben los Vassallos) hallòse Don Sancho tan confusso, y aturdido, que huvo de despachar a sus Contadores, y Mayordomos, para que ajustassen la deuda, y la pagassen. Sentados a hacer cuenta, vieron que todas las rentas, ni toda la Corona bastaba a la satisfacion. Con esta confianza se atreviò el Conde a pedir, por vèr que aun con todo el Reino, no podia el Rey pagarle. Arbitraron medios para el ajustamiento, y abrazose por mas util, y honroso, que en recompensa de el debito, quedasse libre Castilla, sin reconocer vassallage a los Reyes de Leon. No ha havido jamas vassallo, ni las Historias, ni Anales lo refieren, que sobre convenir a su Rey por justicia con las armas en las manos, le diesse soberania, y le alzasse la obediencia. Solo un Conde de Castilla pudo alcanzar tal blason.

Como a menos poderoso (que era gran gyron Castilla para un Rey de Leon hacerle lado) se atreviò a alzar cabeza contra el Rey Don Sancho, cierto Conde de Galicia, llamado Don Gonzalo. Este, sentido al parecer, de aver desterrado el Rey de aquellos paises a muchos alborotados, que en parcialidades domesticas se consumian, saliò a la defen-

fen-

sensa por ser gente de su vando, y haciendo correrias muchas muertes, muchos robos, llegò hasta orillas del Duero con su campo, gente toda allegadiza, y amigos de revueltas Sabiendo alli, que el Rey iba a buscarle con gruesso exercito, contra el qual sus fuerzas eran pocas, urdiò otra mayor maldad, para acabar de vengar su pesadumbre. O lastima de Reyes, que no ayan de conocer engaños, y traiciones! Con humildad fingida llegò a los pies del Rey el Conde aleve, y pidiòle perdon de sus excessos, apadrinado de muchos rogadores. Bueno es perdonar (que es imitacion de Dios) mas bueno es tambien recelarse, y guardarse de traidores. O si no, ojo al escarmiento de nuestro Rey D. Sancho, no solo perdonò al Conde el levantamiento, la conspiracion, la demasìa, sino que al modo que antes, le permitia gozasse como Grande las licencias de Palacio. Entraba donde estaba el Rey, conversaba con el Rey, andaba al lado del Rey. Vn dia, pues, que le pareciò ocasion tomò el Conde una manzana hermosa, y fresca (suponese no seria tiempo de fruta tan sozonada) y aviendola confecionado con veneno (cautela prevenida) se entrò con ella en la mano donde estaba el Rey, brindandole como acaso al apetito. El Rey bien ignorante de la maldad q̃ iba solapada, mostrò gusto de comerla, y el Conde liberal, y cortès se la alargò bizarro dandole en ella la muerte, pues apenas la comiò, quando derramado el veneno por las venas, a pocas horas se sintiò mortal. Mãdò llevarse a Leon, ansioso de que sus Medicos podrian curarle, mas antes de llegar a la Ciudad, rindiò la vida a los tres dias de como comiò la manzana. Estos suelen ser los afectos que hacen con sus Reyes rebeldes reconciliados, polillas venenosas, que disimuladas en el paño Real, van royendo poco a poco el estambre de sus vidas, esperando la ocasion de derramar su encono Gran descuido de los Historiadores, concordar todos en que matò este Conde al Rey cõ la ponzoña, no referir ningun castigo, y la pena que le dieron, siquiera porque traidores temiessen, y escarmentassen. Repase, pues, con David nuestro gran Monarca, vea, especule, discurra, repare, atienda los fracasos, rebeliones, y alborotos que passaron en su siglo, los Principes, y Reyes, que hemos mencionado, y a vista de ellos, hallarà que son lle-

llevaderos, y tolerables los que padece sufrido, y lo que ha vencido cuerdo.

CAPITVLO XIX.

EN QUE SE CUENTA LA PERSECUCION DE LA HAMBRE QUE padeciò David por pecados de Saul.

NO huvo afan, trabajo, ni desdicha en que no probasse el Cielo la paciencia de David. Mirelo atento el curioso, reparese toda su vida, y verà, que quantas penalidades, cuidados, y fatigas pueden suceder a los humanos, por tantas passò este Santo Rey, hecho al sufrimiento, y armado siempre con Dios: Quando ya cargado de dias, y harto de vencer batallas, domando rebeldes, sujetando Barbaros y poniendo en paz sus Reinos, parece que se avia de hacer al descanso, y darse al reposo, se levantaron casi sin pensar dos tempestades crueles, que fue menester para tolerarlas todo el resto de su valor, santidad, y paciencia. Acometiò a todo el Reino una terrible hambre por tres años continuos, aflicciones bien lastimosas, quanto mas sensible a los miserables: necessidad, que por mas que la socorra el poderoso, nunca llena los vacios de los muchos que la passan. Pensò David el año primero que era casual el daño, rebès de los Planetas, que influyen esterilidades semejantes, por lo qual no se curò de hacer deprecaciones, y plegarias al Cielo, y si es que las hizo, cerrò Dios las orejas los dos años primeros, en sentir del Abulense Pero viendo que la plaga passaba tan adelante, recelò prudente, si vendria por su causa aquel trabajo, ò si lo ocasionarian los pecados del Pueblo. Por salir de esta zozobra, consultò a Dios por medio de sus Sacerdotes,* suplicandole cõ ansias le revelasse la causa de sus enojos, ofreciendo cumplida satisfaccion hasta aplacarle. Fuele respondido, que embiar Dios aquel azote era por aver andado omisso en no haver castigado un pecado de Saul, ni dado recompensa a los ofendidos.

2. Reg. c. 21. Tex y Glos. Lyra, y c. Abulens.

* Assi lo siente el Tostado.

Quebrantò el Rey Saul un juramento, que avia hecho el Capitan Josuè con todo el Pueblo Hebreo, quando en manos de los Gabaonitas juraron de no matarlos, con que

que,

quedassen por esclavos perpetuos del Santuario, y de sus Sacerdotes, sirviendoles con el agua, y con la leña. * Estado, pues obligado Saul a guardar el juramento, como sucessor de aquellos Principes, y Cabezas, que le hicieron, llevado de no sè què zelo (que segun Lyra, y otros, fue de incorporar en las Tribus de Israel las quatro Ciudades famosas que tenian como suyas los Gabaonitas, que eran Gabaon, Caphira, Beroth, y Cariathiarin, alegando no haver podido Josuè, ni los demàs aversela aplicado) llevado, pues, deste zelo, hizo Saul en ellos una matanza notable, semejante a la de Nobè, quando passò a cuchillo a todos los Sacardotes. En què tiempo passò esto, ni el Texto lo declara, ni los Expositores pueden apearlo, dividiendose todos en diversos pareceres. Pero basta saber, que fue cierto el estrago, y carniceria, sin andar explicando las circunstancias sangrientas, que embotan tal vez la pluma, llenan de horror, y lagrimas los ojos. Los que escaparon, pues de la muerte, hechos al miedo, tanto como al dolor passmados, y aturdidos, como esclavos azotados, embolvieron en silencio sus querellas, clamando solo a Dios por la venganza. Dios, aunque tarda, no olvida (como solemos decir) y assi como justiciero, guardò a su tiempo el castigo. No le embiò en tiempo de Saul, siendo el ofensor, que sabemos si fue por no duplicarle penas, ni afligirle con tormentos, que como es tan piadoso, por mas que obstente justicia, castiga siempre a los hombres con blandura. Tenia Saul muchas culpas que pagar, el perseguir a David, el haver hecho matar los Sacerdotes, el valerse de hechiceras y el quebrantar las ordenes Divinas, y como por todo esto era castigo harto ver derrotado su campo, sus gentes vencidas, sus hijos muertos, y al cabo perder la vida desesperado en un monte, quizà que no quizo Dios castigarle entonces el romper el juramento contra los Gabaonitas, reservandolo para que David, como Rey mas recto, lo enmendasse, dandoles satisfacion a los agraviados. Como tuvo David tanto que hacer en componer las cosas de su Reyno, en limpiarle de enemigos, y en sujetar à rebeldes, descuidòse, al parecer en esta causa, y quando pudo, la diò tambien al olvido. Por esta omission, pues, y por este descui-

Josuè c.9

cuido, le embiò Dios a su Reino aquella hambre para que a clamores, y a lastimas comunes sintiesse el castigo, y repassasse la pena.

Entendido, pues David por el Divino Oraculo, de lo que procedia aquella persecucion, aquesta desdicha, aquella hambre, procurò con toda diligencia acudir al remedio. Hizo llamar ante si a los Gabaonitas, aquellos que se escaparon de el estrago, aquellos que encogidos, solo para con ellos se quexaban. Recibiòlos con mucho cariño, con mucho agassajo (medios mañosos para saber negociar) y hablòles de esta suerte: Informado estoi del desafuero que mi antecessor os hizo, passando a cuchillo à muchos de los vuestros, contra lo pactado entre Israèl, y vuestra nacion. Esta plaga que padece el Pueblo, juzgo que el Cielo la embia a peticiones, y a execraciones vuestras. Por lo qual yo quiero satisfaceros, y cumpliros de justicia, a trueque que intercedais con Dios, que cessen estos castigos. Mirad, pues, lo que quereis en recompensa, y lo que gustais que haga por vosotros, para que yo quede libre de mi obligacion, y vuestro agravio quede satisfecho. Yo os ofrezco de mi parte una gran suma de oro, y plata, con que cubrireis vuestra pobreza, y remediareis las muchas necessidades que os afligen. Hacedme placer de contentaros con esto, para que dexandome obligado, podais pedir mercedes cada dia.

Alude nuestro Tostado al sentir de RabìSalomon, en que David les propuso a los Gabaonitas este medio, de que por dineros recompensassen su injuria, mas ellos con ser pobres, y abatidos, se hicieron tanto a lo honrados (hai tambien negros, y esclavos mui pundonorosos) que le respondieron al Rey con gran descoco, que no eran ellos hombres que por dineros vendian su sangre ni todo el oro, y plata bastaba por precio. Que de Saul, y de su casa estaban ofendidos, y que la satisfaccion no avia de ser menos que a costa de su sangre. Casi turbò a David la resolucion, pues no se atreviò a enojarlos, antes bien les dixo, que pidiessen, y demandassen quanto fuera de su gusto. Ellos con mas brios dixeron: Que de todo el resto de Israèl no querian que pereciesse ninguno, mas de quien los avia injuriado, contando Abul. in c. 20. q. 17.

tan

tantas vidas,no avia de quedar sucessión,ni descendencia, y assi que su Magestad les diera permission para poner en siete Cruces a siete descendientes de Saul, hijos,ò nietos suyos en la misma Ciudad de Gabaath, que era su patria,con que se darian por contentos,y pagados , y alzarian la mano en sus querellas.

Abul.ubi sup.q.22. Cruda fue la peticion,y mas con el reparo agudo del Tostado,que pedir solas siete cabezas,fue porque sabian que no quedaban mas que aquellas del linage de Saul , salvo Miphiboset,y Micha,hijo el uno,y nieto el otro da del Principe Jonatàs, por las quales dicen , que intercediò el mismo Rey,por las obligaciones , y juramento que le debia a su padre. De suerte,qne exceptuados estos dòs a ruegos de David , ya fuesse antes, ya despues del pedimento (que todo pudo ser)solos restaban vivos descendientes de Saul dos hijos que tuvo en Respha su amiga, y cinco nietos,hijos de su hija la Infanta Merob , y adoptivos juntamente de Michol la Reina. Pedir , pues, siete varones de la casa de Saùl para el suplicio , fue pedir lo que se les podia dar para extinguirla.Condescendiò David a la peticion , y echò el fallo riguroso , si con dolor de su alma , ello se dà a entender mas a castigos de Dios,quien que no baxe la cabeza ! Mandò que les entregassen prissioneros a los que se trataban como Principes,rozando olanda,y arrastrando purpura,y que muriessen afrentados en la misma Ciudad que los aclamò por hijos, y los venerò Señores. No es cosa de pasmo, y que le hiciera increible a no decirlo la Sagrada Pluma? Que a siete Principes innocentes (por tales los dà el Tostado) los mande crucificar la rectitud de David , a quien no causa lagrimas ! En fin , el saber que el decreto venia de lo alto, y que era orden de Dios para que cessasse la hambre templaba los sentimientos de los lastimados. La griteria comun , vencia en alaridos al dolor particular. Mueran siete, aunque no lo deban (clamaria el vulgo) y salvese todo el Reino.

Pero en tanto que sacan a los infelices de la carcel al suplicio , mientras barrenan las cruces , y se preparan los clavos, hagamos alto con el pensamiento, y apeemos una duda. Pregunto , pues , si el pecado de matar à los Gabaonitas

tas en contravencion del juramento fue del Rey Saùl, como pudo ser razon, ni justicia mandar David, ò permitirlo que castigassen a los hijos por lo que pecò su padre? Y mas aviendo ley divina que prohibe tal castigo. En el capitulo 24. del Deuteronomio la hallarà el curioso. Alli manda Dios, que ni el padre pueda ser castigado por los pecados del hijo, ni el hijo por las culpas del padre. Como pues, en contra desta Ley permite David, que por el pecado de Saùl, se pongan en un palo sus hijos, y sus nietos? Sudar ha hecho la question a los ingenios grandes. El Tostado, que fue quien mas delgada corto la pluma en apear dificultades del Sagrado Texto, resuelve, que estos Principes pagaron innocentes la culpa de su padre Saùl, y que no pecò David, ni hizo contra la ley en permitirlo; y da la razon de que la ley del Deuteronomio, que no se castigue al hijo por el padre se entiende en el juicio humano: Esto es, que ningun Rey, ni Juez pueda fulminar semejante sentencia: pero no en el juicio Divino, que es sobre la ley. Y assi como el Principe puede derogar la ley que hace, porque no està atado a ella, assi Dios tambien, no obstante aquella ley suya, puede castigar al hijo por el padre, y al contrario. Pues como el castigo sobredicho, procediò por orden Divina, mandando q̃ a los Gabaonitas los hiciessen vengados de su ofensa, de aqui es, que no hizo David contra la tal ley, permitiendo aquel castigo.

Abul. ubi sup q. 23.

Pero con todo, salva la autoridad de tan gran Doctor (a cuyos pies rinde mi humildad muchos obsequios para apartarme de su sentir) tengo por mas verdadero, que aquellos Principes fueron castigados por sus culpas. El mismo Abulense alude a esto, hallandose apretado con la objeccion que se hace del capitulo diez y ocho de Ezequiel, donde en el juicio Divino no se permite, que muera el hijo por el pecado del padre, ni al contrario: salvo que assiente que eran otros delitos los que dichos Principes havian cometido: no empero el averse hallado en la matanza cruel de los Gabaonitas por mui congruentes razones, q̃ trae para el caso. Con todo me conformo con la Glossa ordinaria, con la Historia Escolastica, con Rabi Salomon, y con otros muchos, que dicen, que fue este su delito, y su culpa, de

que

que con Doech, el Privado de Saul, se hallaron en el estrago, y crueldad contra los Gabaonitas, y se ajusta bien este sentir, porque al reparo del Tostado, de que por lo menos los cinco hijos de la Infanta Merob, no podian tener entonces edad para el caso, se satisface, con que supuesto que el Texto no declara el tiempo en que sucediò, quizà aunque rapaces, capaces yà de razon, y de malicia, fueron con el Privado a hallarse en aquellas muertes. Adelantase el uso de la razon en unos mas que en otros, y assi muchachos de cinco años se han visto condenarse, con que pudo ser que aquellos Principes vivos en el ingenio, è inclinados a lo malo, y a lo cruel, fuessen tambien a ensangrentar los ojos si no las manos en aquella carniceria de los miserables Gabaonitas. Y me parece, que sino fuera esto, no avia de permitir Dios, que Principes inocentes muriessen tan afrentados: porque si se inclina siempre a lo piadoso, y usa de misericordias aun con los que han delinquido (de que està lleno uno, y otro Testamento) como se puede pensar de su clemencia, que aun contra de la ley por èl dada, de que no mueran los hijos por las culpas de sus padres, avia de ordenar semejante castigo? mas si todavia quisiesse el escrupulo afirmarse en el primer parecer, de que fueron castigados aquellos Principes sin culpa, no irà fuera de camino, quando lleva por guia al Grande Obispo de Avila, cuyas razones quando no fueran bastantes, bastàra por razon la sentencia, y Español proverbio de *que para el desdichado se hizo la horca*: quizà para desdichados les tocò a aquellos Principes la suerte. Despues ponderarè este adagio, volvamos ahora a ver el suplicio.

En Gabaad, Ciudad del Rey Saul, y patria de sus hijos, a los dos que tuvo en Respha, y a los cinco de su hija Merob Principes infelices, todos siete los sacan de la carcel en un triste dia, y al sòn de trompetas, qual si fueran malhechores, los llevan al matadero cubiertos de capuces; y aunque suena la sentēcia, y el pregon, que pagan por su padre, y que mueren por el bien comun, con todo, es la compassion tanta, tanto el dolor, tanto el sentimiento, tanta la confusion, tanto el alarido, que hasta las piedras de la Ciudad parece que lo sienten. Desapiadados, quanto vengativos los Gabao-

baonitas,los llevaron a un monte cercano a la Ciudad, dõde clavandolos en siete cruces,les hicieron despedir las vidas entre mortales congoxas. Que sentirian sus madres infelices, una Infanta de Israèl,y otra que al lado de un Rey se estimò por casi Reina? De Merob no nos dice nada la Escritura, quizà que la ahogò la pena,ò quizà avia passado yà de esta presente vida, por escusarla el Cielo dolor tan cruel. De Respha, la amiga deSaul, nos cuenta cosas notables,estremos compassivos,finezas lastimosas.Esta,pues,desnudandose las galas, y los aseos,y vistiendose un silicio,labrado de pieles toscas,se fue al lugar del suplicio,y haciendo cama de una piedra dura,les assistiò guarda vigilante à los cadaveres frios,por espacio de seis meses que estuvierõ en las cruces,desde mediadoMarzo,hasta mediadoSeptiembre,que es quando comienzan las pluvias del Otoño.Todo este tiempo,pues,estuvo esta piadosissima, y valerosissima hembra guardando, y defendiendo de las aves, y fieras los cuerpos de sus difuntos, sin q̃ los ardóres del Sol la fatigassen,sin q̃ los horrores de la noche la moviessen.Jũto a ellos tenia su mansiõ: el velarlos, y assistirlos era su sueno,y sustento:Hazaña la mas heroica,y mas digna de embidiar que ha visto el orbe, pauta, y dechado para aprender a honrar à los difuntos.

Movido a devocion quedòDavid quando supo la piedad de Respha,y assi por imitarla,saliò de la Corte con mucho sequito de Caballeros,y Grandes,y se partiò a Gabaat para dar honrosa sepultura a los ya mondados huessos de los infelices: Y porque las exequias fuessen mas cumplidas, mandò traer assimismo de laCiudad deJabes los huessos delRey, Saul,y del Principe Jonatas,y de los demàs Infantes q̃ en la sangrienta batalla deGelboè quedaron muertos.Con magnifica pompa,y Real aparato,se les hizo a todos el entierro en el sepulcro de su padreCis,tronco ilustre de su casa. Apenas,pues,se satisfizo con este castigo a los quexosos,quando cessò la plaga de la hambre,embiando Dios su pluvia, que fertilizasse la sequedad de la tierra. Dos ponderaciones,y reparos se pueden inferir deste sucesso,uno para consuelo de infelices,y otro para escarmiento de perjuros.Discurramos por entrambos,trayendo para prueba verdaderos exemplos

CAPITVLO XX.

EN QVE SE PONEN ALGUNOS EXEMPLOS DE MVCHOS A QVIEN la desdicha, mas que su culpa, los llevò al suplicio.

YA dexamos dicho, que es adagio Español *que para el desdichado se hizo el rollo.* Desembolvamos los Anales, y hallarèmos en confirmacion desta sentencia un millon de desdichados: y porque referirlos todos fuera divertirnos mucho de nuestro assumpto, nombraremos con toda brevedad los que basten para prueba, y para alivio de los que lloran rebeses de fortuna semejantes. Sea, pues, el primero.

DON ALVARO DE LUNA.

EN la segunda Parte, en el capitulo quinto de exemplos de Privados, contè a la larga esta historia, y assi para no cansar dos veces, sumarè solamente la substancia, que hace a nuestro intento. Fue este esclarecido, quanto desgraciado Heroe, hijo de Don alvaro de Luna, Señor de las Villas de Cañete, Cornage, y Jubera. Sus gracias, y habilidades se hicieron desde la niñez tanto lugar en el pecho del Rey Don Juan el Segundo, que le hizo el todo de su gracia, el todo de su gobierno, y el todo de alivio: mas esto de ser el todo, despertò contra èl tantas embidias, tantas emulaciones, que con verlo Grande de España, Maestre de Santiago, Condestable de Castilla, Duque de Escalona, y Marquès de Villena, no pararon hasta derribarle del valimiento, y hacer que el mismo Rey le sentenciasse a muerte. En la Ciudad de Valladolid, en publico cadahalso le cortaron la cabeza. Veamos ahora quales fueron las causas, y quales los delitos. Yo digo, que su mayor culpa fue el ser desdichado; que ay desdichas tambien, que se engendran de felicidades, y grandezas, quando a estas las atosiga la embidia. Que arrebatado de colera matàra à un criado, ò a un Ministro un Condestable, un Maestre, un grande de España

ña con razon, ò sin razon, es causa (pregunto) para que sin valerle tantas Dignidades, tantas essempciones le pongan en un suplicio afrentoso, y le quiten la cabeza? Decir que mirò a la Reina con afecto, quando aquello se hallò ser falso es causa para delito? Decir, que mandaba todo el Reino, si el Rey lo queria assi, y aliviaba con èl el peso de su Corona, es bien que se le llame tirania? Pues si estas apenas fuerõ culpas, y le castigan como si lo fueran: luego fue solamente su desgracia la que le afrentò, y quitò la vida, si yà no sea que quiera la emulacion dar nombre de delitos a lealtades, y a finezas. Quando Don Alvaro de Luna huviera hecho muchas muertes muchos estrupos, muchos robos, como suelen hacer otros sin ser Privados, no mas de a titulo de Señores, se le havian de suplir, y disimular, porque al lado de su Rey sacò siempre la espada en su defensa.

En las niñezes no tuvo el Rey mas alivio, ni mas gusto, que a Don Alvaro de Luna. El fue solo quien le aliviaba tristezas, quien le quitaba pesares, quien le divertia enojos. Desde que empezò a reinar, cargò en Don Alvaro el peso, conque gozaba a solas la dulzura de ser Rey, y el Privado llevaba las molestias de el rigor, sinsabores de la embidia, ceños de los mal contentos. Serìa, pues, esto delito para llevarle a manos de un Verdugo? O serialo acaso el quitar las Armas de Aragon, mediante los casamientos que trazò su industria del Rey Don Juan con la Infanta de Aragon Doña Maria, y del Infante de Aragon Don Henrique con la Infanta Doña Cathalina, hermana del Rey Don Juan, hermano, y hermana, con hermana, y hermano? Seria acaso culpa, quando el referido Infante Don Henrique, cuñado yà del Rey por dos partes, por hacer como cuñado, cercò el mismo Rey en Montalvan, y D. Alvaro entonces, ayudado del Almirante Don Alonso Henriquez, le sacò como en ombros del peligro? Serìa delito sacar de Pila en la misma Ciudad de Valladolid al Principe Don Henrique en compañia del Almirante, y del Adelantado de Castilla, quando el Rey gustaba de ello? Serìa culpa, quando los Infantes de Aragon, coligados con sus parciales, buscaron de mano armada al Rey D. Juan, empezandose ya la batalla de poder a poder junto à Cogolludo, y D. Alvaro juramentado

saliò de los primeros en defensa de su Rey? Y en la batalla del Olmo con los mismos Infantes, bien nombrada por lo reñida, y sangrienta no hizo D. Alvaro maravillas: En la toma de Truxillo, quien sino su industria, y su valor consiguiò la victoria, estorvando que su Rey se volviesse desairado? Fue el caso este: Avia ido el Rey en persona con D. Alvaro de Luna a restaurar a Alburquerque, y a Truxillo, ambas Plazas de importancia, y que se tenian por los Infantes de Aragon. Tomados los Arrabales de Truxillo, como no quisiessen los cercados entregar la fortaleza, y el rendirla con las armas fuesse mui dificil, sabiendo Don Alvaro de Luna que quien mas lo estorvaba era cierto Bachiller, llamado Garci Sanchez de Quincoces, procurò con medios suaves aver habla con èl. Sentaron, en fin, verse por un postigo, que caìa al campo, sirviendole de muro una cuesta mui agria, y un resbaladero harto profundo. Fue èl trato, que avia de ir Don Alvaro solo con un mozo de espuelas. Este se quedò cō la mula en la mitad de la cuesta, y D. Alvaro subiò arriba como pudo, adonde yà Garci Sanchez le esperaba. Trataron, pues, del negocio, y viendo Don Alvaro de Luna que ni con promessas, ni amenazas podia reducirle a que no fuesse impedimento para que el Alcaide dexasse de entregar el Castillo, abrazòse de èl colerico, y denodado, y fueron rodando ambos toda la cuesta abaxo, donde aun antes que los de arriba baxaran a socorrerle ya le tenia a buen recado entre cien hombres de armas, que en una celada avia dexado prevenidos, con cuyo mediò se rindiò la fortaleza, dexando al Bachiller libre, y al Rey D. Juan muy contento.

Serian, pues, culpas, ò delitos estas, y otras muchas finezas que hizo Don Alvaro con su Rey? O avrà quien diga, que le perdiesse jamàs el respeto, ò la obediencia? Luego no huvo mas cuerpo de delito, que el vaya, vaya, y el muera, muera del vulgo? Luego fue sola su desgracia, y su desdicha la que le tirò de la soga, y le arrastrò al cadahalso? Piensèlo cada uno como quisiera, que yo sin moverme passion soi deste sentir, porque quando veo historias llenas de aquellos, que rebeldes a sus Reyes hicieron mil desafueros, y por esta conveniencia, ò por aquel pretexto veo que se dissimula, los perdonan, y aun los premian, ver luego q̄ à quien

quien ha sido leal por acusaciones de embidiosos, por chismes, y cosas de poca monta le ponen en un suplicio, le castigan, y le afrentan, què se puede decir, sino que es sola desgracia, y un mal trato de fortuna? Consuelense, pues, los crucificados, los Infantes infelices (si ay consuelo en tanta cuita) pues hasta en España tienen compañeros, que en horcas, y en cadahalsos, al modo que ellos en cruces, murieron por desdichados.

DON BERNARDO DE CABRERA.

SI un Condestable de Castilla puesto en un cadahalso, pasmò al Reino, tambien un Almirante de Aragon, fuè pasmo de Zaragoza, degollado en un tablado. Diga la embidia por què? Que aunque fuesse ella la sola la que le quitò la vida, la que le puso en la afrenta, no sè si ha de saber fingir culpas, ni delitos de muerte tan lastimosa. En mi primera Parte, en el exemplo segundo del capitulo quinto, dexo contada esta historia: repassela alli el curioso, ò en la primera parte del Padre Mariana, ò mas largamente en los Anales de Zurita, y verà el poco cuerpo que huvo de delito para castigo tan grande. Fue Don Bernardo de Cabrera mui estimado, y querido del Rey Don Pedro de Aragon, y Ayo, y Maestro del Principe Don Juan su hijo. Por su grande talento le diò el Rey toda la mano en el govierno, y por sus buenos servicios, le honrò con la dignidad de Almirante. Procediò en todo mui desinteresal, mui atento, y ajustado: tanto, que con toda la privanza que tenìa, no añadiò a sus Estados ni aun un Pueblo. Rara virtud de quien manejando tanta massa sacò las manos tan limpias! Haviendo, pues tenido a cuestas el Reino muchos años, ganando aplausos comunes de grandes, y pequeños, sin tener de que asirle la emulacion, mas que de ser hombre atento, y sacudido, libre en dar su parecer, y aconsejar lo mejor, le formaron causa desto bien zurcida, ò mal zurcida, y condenaronle a muerte. El Rey pronunciò la sentencia, y el Principe su hijo hizo executarla. Veamos aora, porq̃ culpas, ù delitos? Porq̃ estorvò que su Rey no se volviesse a encontrar con el de Castilla, ni ayudasse al Infante D. Henrique. Picados, pues, el In-

Infante con el de Navarra, de que solo Don Bernardo de Cabrera huviesse desbaratado sus pretextos, intentaron de matarle. Supolo el Cabrera, y procurò por pies huir de el riesgo. Diò en las manos mismas de sus adversarios, y sobre la fuga incorporada con chismes, y mentiras dieron con èl en un cadahalso, y derribaronle la cabeza de los ombros. A un Privado del Rey, a un Ayo del Principe, a un Almirante de Aragon por leves congeturas se le da castigo tal? Si, por que es su desdicha la que le arrastra al suplicio, y solo a los desdichados da este pago la fortuna. Nadie admire estas desgracias, sino el mas ajustado, y mas atento se compunja solo en verlas.

DON SANCHO DIAZ.

SEa tambien el Conde de Saldaña exemplo de desdichados. De las historias mas memorables de España, y que de padres a hijos, por siglos tan dilatados, la ha refrescado la fama en las memorias, es la de este Caballero, por una parte feliz, por padre de Bernardo del Carpio, y por otra desdichado por su malogrado amor. Dilataràme mucho en la ponderacion de este sucesso, y fabricàra sobre èl muchos discursos, si el temor de no parecer prolixo a mis lectores no me lo estorvara. Sabrosa, quanto compassiva es la historia de los Infantes de Lara, gustosa por lo hazañosa, del Conde Fernan Gonzalez (que ambas las toquè en mi primera parte) la de los hechos del Cid, famosa, y entretenida. Mas la tragedia del padre de Bernardo, no ay pecho, no ay corazon de alta, ò baxa esfera, donde no se haga lugar. Pintemos el como fue.

Autores desta Historia. El Arzobispo D. Rodrigo en su hist. de Esp. l. 4. c. 9. Castillo en su hist. Gotica, l. 3. disc. 3. el P. Mar. 1. l. 7. c. 9.

Reinaba en Asturias el Rey Don Alfonso el Casto, en aquella edad, que era harto pobre Castilla, pues Burgos su Cabeza, aun no havia echado cimientos. El Bastardo Mauregato, con ayuda de los Moros, usurpò por algun tiempo la Corona, y Alonso arrinconado en Navarra, tolerò paciente aquellos rebeses de fortuna, hasta que el Bastardo le renunciò el Cetro: y como el que se cria entre trabajos, y en adversidades le maduran, se porta cuerdo, procede atento, y anda recatado, assi Don Alfonso ajustò sus acciones de ma-

manera, y diòse tanto a lo honesto, que aun para la sucession se negò a los cariños, y alhagos de la Reina, con que vino a adjudicarse el renombre de Casto. Su hermana, pues, deste Rey, la Infanta Doña Ximena, moza de buen brio, y no de mala cara, comenzòse a rendir a cierto galanteo, con que el Conde de Saldaña, el Conde Don Sancho Diaz comenzò a servirla. Que fuesse de lo mas noble, y de lo mas lucido este Cavallero, no admite duda, pues fuera de èl no hallo en las historias, que huviesse en aquel tiempo otro ninguno con titulo de Conde, sino era el de Castilla, señal cierta, que era Don Sancho de lo mas empinado, y de los mayores Grandes del Reino. Vna Infanta tambien en aquel siglo, quando Oviedo era la Corte, quando solas las Asturias era el Reino, me parece que era harto se portasse (salvo la Magestad) como una Duquesa, ò Condesa de las de aora: y segun esto, no era maravilla, ni tanto desacato, como algunos Historiadores lo ponderan, que se atreviesse el Conde a mirar a la Infanta, y a pretenderla muger. O sino, desembolvamos las Historias de España, aun de tiempos mas Magestuosos, y hallarèmos muchos Condes, que se casaron con Infantas hijas, y hermanas de Reyes. No se casò D. Pedro Nuñez de Guzman con la Infanta Doña Vrraca, hija del Rey Don Alonso de Leon? * Y el primer Conde de Niebla Don Alonso de Guzman, no se casò con la Infanta Doña Beatriz, hija del Rey Don Henrique el Segundo? Don Garcia Conde de Castilla, a quien mataron aleves los hijos de D. Vela, no estuvo ya desposado con la Infanta Doña Sancha, hermana de Don Bermudo, Rey Leon, Tercero de este nombre? * El Conde Don Henrico de Lorena, no se casò con la Infanta Doña Theresa, hija de el Rey Don Alonso el Sexto, de cuyo matrimonio naciò Don Alonso Henriquez, primer Rey de Portugal? Don Raimundo, Conde de Borgoña, no casò con la Princessa Doña Vrraca, heredera de Leon y de Castilla? Y para que tomamos tan atras los tiempos? Don Pedro Giron, Señor de Vreña, y Ossuna, no estuvo ya otorgado con la Serenissima Infanta, y Princessa Doña Isabel, hermana del Rey D. Henrique el Quarto, y Reina, que vino a ser la mas cèlebre, y famosa que ha tenido España?

Castill. en la Casa de los Cōdes de Olivares.

P. Mariana en la primera parte de su historia.

Siendo, pues, esto assi, para què abominan, ni para què cul-

culpan tanto los Historiadores, que el Conde Don Sancho Diaz pretendiesse por muger, y se casasse con una Infanta de Asturias? Que se casò con ella, aunque clandestinamente lo dan por cierto algunos, y los matrimonios clandestinos en aquella era, ya se sabe eran validos, y firmes, por tales los declara el Concilio Tridentino, aunque se casen contra la voluntad de los padres, quanto, y mas de los hermanos. Luego nadie me podrà negar, que el riguroso castigo, q̃ se le diò a este Conde, procediò mas de su desgracia, y poca dicha, que no de su delito? El que pueden imputarle es solamente el casarse de secreto contra la voluntad del Rey, y este yerro admite muchas disculpas, lo uno, el temor que Don Alonso no avia de venir en este casamiento, porque como èl era tan casto, que aun casado se havia negado al lecho nupcial, como se havia de presumir que quisiesse matrimonio por su casa? Siendo èl tã recatado, quien duda que querria que fuesse Doña Ximena mas honesta? Demàs, que no teniendo sucesion, està claro gustaria de dar a su hermana marido de sangre Real, ò mas pundonoroso. Luego estos miedos, y temores, bien pueden disculpar en parte aquel atrevimiento? Lo otro, porque la voluntad es libre, y queriẽdose dos bien, no hai poder humano que baste a romper el lazo con q̃ las almas se atan, y se unen. Y finalmente el proverbio Español, y sentencia tan antigua: *Que los yerros por amores dignos son de perdonar*, bastaba a disculpar el tal arrojo

Alonso Lopez de Haro, en su Nobiliario, 1 p. l. 5. cap. 7.

Trid. sess. 24. de Reform. c. 1.

Enamorado, pues, el Conde de la Infanta, y viendose correspondido, comenzò a cegarse en aquellas polvaredas (llamemoslas asi) que el vendado amor levanta en dos almas que se quieren. Que se cegò digo, pues no debiò de andar con el recato, y secreto, que requeria materia tan vidriosa. Ciega siempre el amor los ojos a la razon: y asi quien dexa cautivarse de este tyrano rapaz, ni vè, ni atiende los ojos que le miran, los linces que le censuran, los curiosos que le assechan. Mas no me espanto que ande el Conde desatento, quando a un Rey como nuestro David, tan cuerdo, tan entendido, le cegò el amor tambien. Dados, pues, a sus amores Don Sancho, y Doña Ximena, desposaronse en secreto, otorgaron matrimonio, con que casados para sì, se tomaron para el gusto toda la li-

licencia que el derecho les permite, conque a pocos meses se hallò preñada la Infanta. Entendido de ello el Conde mas confuso, y temeroso, que al à nuestro David, se resolviò, despues de muchos discursos, a poner tierra de por medio, y retirarse a su Estado, para ver desde alli del modo que se disponia la materia. Buen arbitrio, si se le dexàra lograr la fortuna. La Infanta, ya fuesse de poco mañosa, ò ya de poco feliz, por mas que quiso encubrir la hinchazon del vientre, diò en ojos de los curiosos, que es lo mismo que dar en manos de enemigos. Claro està que el Conde tendria sus èmulos (què Grande ay que no los tenga?) Y estos que de la comunicacion con la Infanta, estarian cochurossos, y abrasados, quien duda procurarian que llegasse a oidos del Rey la demasìa, la deshonra de su casa, la deslealtad, y la afrenta? Hai algun Señor, Titulo, ò Grande que quiera ver a otro un escalon mas arriba? Luego bien se infiere, que por no ver a Don Sancho pared en medio, como dicen, de la Corona (pues casado con la Infanta, y no teniendo el Rey hijos, ni esperanza de tenerlos, era como tenerla casi asida) harian sus diligencias para aguarle la dicha con el amor? Corriesse, pues, el chisme por este, ù otro camino, el Rey supo la verdad del caso, el galantèo de el Conde, y la desemboltura de su hermana. Lo que lo sentiria, discurralo el curioso. Mas hizose a lo callado, y dissimulò la pena, para no espantar la caza: que en tales ocasiones, quien procura castigar ha de ensanchar el pecho, y hacerse desentendido. Claro està, que si el Rey diera rienda a los enojos, y assomàra al rostro la colera, la acedia, la pesadumbre, y dolor, fuera como despachar correos, y darle al Conde avisos para ponerse en salvo. Prudente, pues, y dissimulado, juntò Cortes en Oviedo, llamando a los Prelados, y Grandes, para que assistiessen en ellas. Motivos bastantes daba entonces el Moro, sobervio con su potencia, para que nadie imaginasse el designio del Rey, con lo qual acudiò el Conde de los primeros, bien ageno de la zalagarda que se armaba en las Cortes.

Al tiempo, y quando entrò Don Sancho a besar la mano al Rey, avisado ya la guarda de lo que havia de obrar, le

le echaron mano, y pusieronle en prissiones. A la Infanta que descuidada lloraba, y sentia las ausencias de su dueño, la restaron tambien. Esto executado, y assegurado yà el lance la pressa segura, y cogidos los puertos de los amigos, y deudos de el Conde, que pudieran desabrirse, fue aqui donde yà el Rey soltò la pressa a sus iras, y comenzò a fulminar castigos, y amenazas. Mandò formarles processo, y que se ventilasse la causa en Tribunal de Justicia, para que en ningun tiempo pudiesse objetarle nadie que havia procedido apassionado. Acusaron, pues, al Conde de traicion, y desacato contra la Magestad Real. Probaronle el galanteo, las visitas de la Infanta, la preñez, el parto mismo. Confessòlo todo el Conde, disculpandose a lo honesto, negando lo desleal, con que convencido del principal delito, echò el Rey el fallo, dandole una sentencia lastimosa: Que un verdugo sacasse al Conde los ojos, y en perpetua carcel cargado de prissiones feneciesse la vida; y que emparedada la Infanta en un Monasterio, no saliesse jamas a ser vista de nadie. Executòse la sentencia con todo aquel rigor, quedando el Castillo de Luna (que fue la Carcel que señalaron al Conde) por testigo eterno de su lastima, y desdicha, cuyas paredes, regadas hartas veces con su llanto, lloraron, y sintieron a su modo la desgracia.

Buelva mi lector a ver los apuntamientos que dexo ponderados, y verà, como fue mas la desdicha, que el delito quien traxo a este Cavallero al suplicio lastimoso, y a tan dilatada muerte. Sirva, pues, de consuelo à nuestros Infantes castigados en el monte Gabaat, y sirva de alivio a todos los infelices a quien el vendado amor llevò al suplicio.

Autores desta historia. La Chron. del Rey D. Juan el III. á n, 29. &. c. 1; 2. Mar en su hist de España, 2. p. l. 21. cap. 1.

EL DVQVE DE ARJONA.

TEnga tambien lugar en esta parte, y corone nuestro assumpto Don Fadrique de Castilla, y Castro, viznieto por linea recta del Rey Don Alonso Onceno, y que en la era del Rey Don Juan el segundo, su sobrino, hijo de primo segundo: como pajaro tan grande, y de la Real Alcuña, se hizo mayor lugar entre los Grandes. Conde se ha

hallaba de Trastamara, Lemos, y Sarria, y de otros muchos Estados, por herencia de el Condestable su Padre Don Pedro de Castilla, quando el Rey Don Juan, por honrarle mas, y por tenerle mas grato para sus menesteres, le hizo mercedes con titulo de Duque de la Villa de Arjona, que havia sido de Don Ruy Lopez Davalos. Andaban aquellos tiempos tan vidriosos, tan divididos en vandos los Señores (inclinados unos a los abatidos de la fortuna, como Don Rui Lopez Davalos, y los demàas de su faccion, y afectos otros a los que tenian el mando, como Don Alvaro de Luna) que por cabal, y ajustado que anduviesse el mas atento, no faltaba de que asirle la emulacion. Siempre que hai parcialidades, se muerden unos a otros, y ay enemigo tan cruel, que a trueque de derribar à su competidor, y salir con su pretexto, le levanta un falso testimonio, y le acumula un delito. Todo se viò en este tiempo, quedando para exemplo en los Anales, Don Ruy Lopez retirado, y pobre en la Ciudad de Valencia, y nuestro Duque de Arjona D. Fadrique, presso, y muerto en Peñafiel.

Alonso Lopez de Haro en su Nobil. 1.p.l.1.c. 7. Compẽdio historia. l. 16. cap. 18.

Con la juventud lozana, con el poder, y soberania, no hai duda, sino que el Duque se divirtiò en algunos galanteos, y se deslizò en muchas mocedades, si es que hemos de dar credito a las canciones antiguas, que se compusieron, y cantaron entonces, y que de padres a hijos se conservan todavia en las memorias: de ellas es aquel romance.

De vos el Duque de Arjona
Grandes querellas nos dan,
De que forzais las mugeres
Casadas, y por casar.

Estas galanterias, pues, estas sonadas de amor, tengo para mi, que fueron la levadura, la yesca, y el pedernal, con que la embidia hizo la masa, y encendiò el fuego para descomponer, y quemar a Don Fadrique: porque como los que se daban por picados de sus mocedades, no podian hacer tiro contra un Señor tan poderoso con quexas, ni querellas semejantes, enderezaron la proa a darle por desleal, y poco confidente a la Corona. Achacaronle, en fin, ser parcial con los Infantes de Aragon, cuñados del Rey, que desabridos entonçes, daban bien en que entender a la Mages-

tad

tad Real. Havo infinitos encuentros, y batallas campales de poder a poder, en que tal vez salia el Rey victorioso, y tal vez descalabrado: en semejantes rebueltas, los que estaban mal contentos, se arrimaban a la parte que les parecia. Acumularonle, pues a Don Fadrique, hacia por los Infantes, ladeado a su pretexto. Esta acusacion, mal probada, aunque bien acriminada de sus contrarios, llegò a tiempo que el Rey mas indignado que nunca contra los desafueros de dichos Infrantes, iba de mano armada con copioso exercito de sesenta mil soldados a entrarse por Aragon. Como estaba ya cansado de oir las muchas querellas que le daban del Duque, acerca de sus amores, y luego añadieron, que tambien contra èl empuñaba espada, abochornòse de modo, que sin esperar averiguaciones, mandò que le prendiessen.

Bien descuidado caminaba el Duque a besar al Rey la mamano; y a irle sirviendo en aquella jornada (prueba harta de su inocencia, como dice el Docto Padre Mariana) pues à estar tocado de la traicion, y maldad que le acumulaban sus emulos, antes huyera del Rey, que se acercara; ò ya que viniera a su mandado, pidiera el salvo conducto que pedian entonces los Señores. En Belamazan, a las orillas del Duero, estaba el Rey aloxado con todo su Exercito quando llegò Fadrique a su presencia, y a pocas palabras q̃ le hablò severo, se viò rodeado de Ministros, y de la Guarda Mayor, que tomandole la espada, le dixo que fuesse presso, al mismo tiempo que el Rey, sin aguardarle respuesta, le volviò las espaldas.

Quan apesarado, y triste, quan afrentado, y corrido se hallaria el Duque en lance semejante, se dexa al discurso de quien bien entiende, que es poco pincel la pluma para poder pintarlo. Vn Señor tan poderoso en Estados, tan ilustre por su Real sangre, tio del mismo Rey, tan temido de sus èmulos, tan venerado de todos, verse presso, y abatido por siniestros informes, que sentimientos no haria? Què pena añudada a la garganta, no le serìa dogal? Què congoja puesta sobre el corazon, no le tendria aturdido? Señalaronle por carcel el Castillo de Peñafiel, tan nombrado desde entonces por la prision de este Duque de Arjona, como el

el de Luna por la priſsion del Conde de Saldaña. De carceles y tumbas ſirvieron ambos Caſtillos, pues uno, y otro Señor rindieron alli las vidas. El Conde como ya vimos; cargado de años; pero el Duque el año primero de ſu deſgracia, le diò garrote la pena. Corrianle mayores obligaciones, y aſsi no hai que eſperar, que abreviaſſe con la vida, que aunque es de pechos grandes hacer roſtro a las fortunas, tambien ſuele ſer de necios no morirſe a las afrentas.

Muriò, pues, el Duque preſſo, y apeſadumbrado, cauſando ſu muerte laſtimas comunes, y general ſentimiento entre los Grandes. Haſta el miſmo Rey Don Juan moſtrò peſarle de ello, pues traxo luto por èl los nueve dias, que es coſa mui de notar, y mas para mi intento, de que la deſdicha a veces, mas que las culpas, es quien arraſtra a los hombres al ſuplicio. Viòſe la prueba clara, pues muchos Grandes, y Señores que a cara deſcubierta ſe volvieron contra el Rey, una, y muchas veces, ſalieron libres, y fueron dados por buenos, y nueſtro Duque de Arjona, ſolo por ſoſpechas, y chiſmes de embidioſos quedò caſtigado, muerto entre priſsiones, que es harta deſdicha, y harto eſcarmiento para ver lo caducas que ſon las grandezas, las honras, y las felicidades deſta vida, pues al mas encumbrado, una emulacion, y un chiſme le poſtra, y le derriba. Aplicòſele mui bien aquel lùgubre romance, que comienza:

Eſcollo armado de yedra,
Yo te conocì edificio,
Memoria de como paſſa
La carrera de los ſiglos.

Quien ſe viò Adonis de amor, jayan de la juventud, Hercules de la nobleza, vino a verſe triſte eſcollo, enzarzado entre priſsiones, y acoſado de la muerte, y muerto ſin ſuceſsion. Yace ſepultado en el Monaſterio de Nra. Señora de Benevire, junto a Carrion, ſepultura de los Señores Condes de Salinas, deudos ſuyos, por Doña Beatriz ſu hermana.

No ſolo en la esfera, que hemos dicho de Señores iluſtres queda probada la propoſicion de que la deſdicha a veces, mas que la culpa caſtiga à los deſdichados, ſino en perſona

de

de toda suerte lo muestra cada dia la experiencia. En què Ciudad, ò en què Pueblo no se vè patente el caso? Vereis un desuellla caras, un facineroso, que no vive sino de lo que roba, y mata: y aunque tal vez le topa la Justicia, no se atreve a prenderle, ò no quiere arriesgarse, conque vive, passa, y triunfa el que havia de estar colgado. Y vereis al otro, que no ha hecho mal a nadie, que porque quiso reñir ò porque sacò la espada, ò porque por su desdicha le cogieron con un hurto, luego de contado le ponen en una horca, ò le echan à una galera. Luego es sola la desdicha la q̃ executa castigos? Aliviense, pues, los lastimados de afrentas passando por la memoria la tragedia de nuestros Infantes, y las demas que quedan referidas.

CAPITULO XXI.

EN QUE PARA EL CASTIGO QUE EMBIO DIOS A LA CASA DE Saùl, sobre haver quebrantado el juramento à los Gabaonitas, se ponen exemplos notables de Principes castigados por perjuros.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores desta Historia Calima, lib. 1. & 2. de pugna Væmenst Sã Anto 3. p Hist. tit. 22. c. 11. Boni. li. 5. Deca. 3. Pined. 2. p. lib. 15. c. 3. y 3. p. lib. 28. c. 27. y 28.

Porque no estrañe el curioso, ver que castigasse Dios à su Pueblo por haver quebrado el juramento, y fè ofrecida à los de Nacion contraria, verà por este caso que aun a un Turco quiere Dios se le cumpla lo jurado, que como el jurar es traerle por testigo, no es razon, que aun los Infieles le arguyan de falsedad. Gran materia para que vean los que juran el empeño en que se meten con Dios.

Poderoso, y soberbio andaba el Turco Amurates, poniendo debaxo de su dominio Reinos, y Provincias, quando con el buen lado del Gran Capitan Huniades (que entonces florecia en sus hazañas) no temiò Vladislao Rey de Vngria darle una sofrenada a sus orgullos. La animosidad y valentia de este Rey, su zelo de Religion, y de ganar honra, hirviò tanto en sus venas, que sin reparar en algunas contradiciones que huvo para su jornada, sacò a campaña sus gentes, y fue a buscar al Turco, que descuidado de esta guer-

guerra, por lo que ahora dirè, andaba por Asia domando rebeldes, y agregando a su Imperio nuevas tierras. Havia derrotado el Rey por medio de Huniades, al Exercito del Turco, quedando prisionero el General Carambo, cuñado de Amurates, casado con su hermana. Fue una victoria cèlebre, y mui aplaudida de el Pontifice Eugenio, y de todos los Principes Christianos. Y como en esta sazon tuviesse necessidad Amurates de passar a Asia, tratò de componerse primero con los Principes de Europa, que temblando de su furia, deseaban su amistad. El Emperador de Constantinopla, Juan Paleologo, y el Señor de los Tribalos Georgio Bruco, fueron como componedores del Rey Vngaro, y del Turco. En fin, se hicieron assientos, y pazes por diez años, firmadas con juramentos. Mediante esta fè jurada, se fuè Amurates a Asia, y el Rey Vladislao, movido, como he dicho, de su buen zelo, y absuelto dicen de la promessa, tratò de rescatar a Europa de la potencia de el Barbaro.

Con consentimiento, pues, del Papa Eugenio, con ayuda del Cardenal Cesarino su Legado, con instancias del Emperador Griego, y con los socorros de otros Principes, compuso su campo de hasta diez y seis mil de pelea, infantes, y cavallos poco gentìo para una empressa tan ardua, y assi Dracula, Principe de Valachia, soldado valeroso, y mui prudente en paz, y en guerra, le aconsejò al Rey que no passasse adelante en la jornada, menos de rehacerse de mas gente, dexar que passassen los frios del Invierno. No bastò este consejo para retroceder de su designio. Por otra parte el Señor de los Tribalos le afeaba mucho el perjuro, ofensa para con Dios, y nota de fementido para el mundo. Por todo rompiò la determinacion de Vladislao, y con animo invencible passò el Danubio a los quatro de Noviembre, y entròse por la Bulgaria. De alli passò al Helesponto, y despues por las Aldeas del monte Hemo (agrissimo de passar) endereçaron la marcha al Mar de Ponto rindiendo, y tomãdo las Plazas que encontraban, siendo Varna la ultima, bien nombrada desde entonces por el sucesso infeliz que tuvo el exercito Christiano en su distrito.

Apenas supo Amurates el quebrantamiento de las pazes,

juradas, las prevenciones de Vladislao, y el estrago que le iba haciendo por sus tierras, quando bufando de corage, y escupiendo pesadumbres, diò de mano a lo de Asia, componiendo sus cosas como mejor pudo, y con el mayor poder, que juntò su diligencia, comenzò à largas jornadas a ir siguiendo las huellas al Exercito Christiano. Como era buen guerrero, y caminaba picado, se puso en breves dias una legua de los nuestros. Sentaron sus Reales, cubriendose aquellos campos de la multitud Turquesca, que por lo menos eran sessenta mil combatientes: y assi, quando se reconocieron tan ventajosos en fuerzas, se dieron por victoriosos, salvo que la victoria mas se la diò la desgracia de los nuestros, que no su valentia: Permissión del Cielo fue, y justos juicios suyos, quizà, y aun sin quizà, para que teman los Reyes el quebrantar juramentos.

Quando viò Vladislao, que yà tenia el Turco sobre sì, y con gruesso Exercito, entrò en consejo con sus Capitanes, para ver el camino, y resolucion que havia de tomarse en lo qual prevaleciò al parecer de Huniades, de que sin detencion ninguna se diesse la batalla, que en lances apretados, y en que el enemigo, viendose con ventajas se descuida, siempre ha enseñado la experiencia de Capitanes insignes, como Alexandro, Julio Cesar, Scipion, Sertorio, y otros, que la diligencia osada derrota à la mayor fuerza. Bien se viera tambien en este caso, si anduviera el Rey prudente, ò su fortuna menos rigurosa. En fin dando el cargo de General al buen Huniades, se comenzò à poner la gente en orden, que aun que poca, bien dispuesta, puso temor al Pagano. Como sabia tanto Huniades de este ministerio, ordenò los esquadrones con tà linda maña, y arte, q à guardarse las ordenes cumplidamente, perdiera alli Amurates su Monarchia, y quedara Vladislao por Alexandro segundo.

Con dos generos de trincheras, una de todo el carruage, y otra de los tiros, asseguró las espaldas contra qualquiera ardid, y en medio de ambas cercas, señalò el puesto à su Rey con todos los de su casa, y con algunas esquadras de Vngaros, y Polacos, aconsejandole, que por ningun caso se moviesse de su estancia para ser asylo de los que compelidos de la necessidad se fuessen à guarecer de su persona. A

la

la mano derecha, que miraba à la Ciudad de Varna, puso un buen trozo de la Infanteria con algunas esquadras de caballos. A la parte siniestra puso al Legado del Papa, que era el Cardenal Cesarino, con todos sus Cruzados, y al Obispo Ariense con mui buenos esquadrones. La retaguardia la diò al Obispo de Varadino con sus gentes, y èl se tomò para sì la Cavalleria de los Valacos, para andar sobresaliente à todas partes, donde la necesidad, ò peligro le huviessen de menester.

No con menos primor ordenò el Turco sus gentes: Los Capitanes Asianos à una parte: los Europeos a otra, y aquartelandose èl con todos sus Genizaros en un campo cercado de cadenas. Comenzòse la batalla al son de los instrumentos belicos, caxas, y atambores, assiendose los Asianos con los del Obispo Ariense, y del Cardenàl, en cuyos encuentros, y escaramuzas se mostraron los Vngaros tan bizarros, que forzaron à los Turcos àzia los cerros por dos veces. El Obispo de Varadino, que como hemos dicho, estaba en la retaguardia, no sufriendosele el corazon dexar de tener parte en lo que ya juzgaba por victoria, acudiò desde su estancia a dàr calor a los suyos. Arrojò sobre ellos Amurates el resto de su poder, lloviendo turbantes Turcos sobre los pocos; pero valentissimos Christianos. Entonces Huniades, como un Leon desatado, rompiò con su cavalleria por medio de la canalla, haciendo una matanza cruel, de tal suerte, que en rato breve se conociò la flaqueza del Pagano, pues ya desmandados, y sin orden, huian a toda prisa. Aqui fue donde algunos embidiosos de las glorias de Huniades, que acompañaban al Rey, le dixeron, que no era honra suya estàr viendo que un criado se alzasse con la victoria, que acometiessen tambien para tener todos parte en aquel triunfo. El Rey mal aconsejado, si bien llevado mas de su valentia, que de la emulacion, al modo que otro Don Sebastian Portuguès (bien parecidos ambos en lo ossados, è infelices) saliò de su quartèl en un famoso cavallo, y con impetuosa furia, y animo valiente, se entrò por entre los Turcos, haciendo en ellos una riza extraordinaria, y al passo que menecaba las manos, exortaba con palabras a los suyos para infundirles valor; *Ea Ungaros valientes*

(decia a voces) *ea famosos Christianos, ved que vais ya victoriosos! no afloxeis en la pelea, que hoy es el dia en que fenecais las guerras con el Turco. Solo con vencer esta batalla, ha de quedar libre Europa de su infame servidumbre. Pelead como guerreros, pues peleais por la Fè, y và Dios de nuestra parte.*

Temblando estaba Amurates en su encadenado quartel, de vèr con el denuedo que el joven Rey peleaba, de vèr todo su campo, ya casi desecho; mas no pudiendo sufrir oir sus exortaciones, y el justificar su causa, sacò del seno el papel de las pazes, firmadas con juramentos, y levantando al Cielo los encarnizados ojos, començò a decir a gritos: *Ea Jesu Christo, mira en este papel las pazes que tus Christianos juraron de guardarme, trayendo por testigos tu Santa Divinidad, las quales han quebrantado infieles à tu nombre. Pues si tu eres Dios (como lo dicen, y nosotros ignoramos) vengan tus injurias, y las mias castigando à los perjuros, pues han quebrantado la fee, que à tu santo nombre se le debe.*

Exclamacion notable de el Gran Turco Amurates.

Verdaderamente, que aunque los Escritores atribuyen la infelicidad deste sucesso a la consideracion, y poca prudencia de el Rey, a la avaricia de sus soldados, soi de parecer, que fue juicio de Dios por la fee rompida, y quebrantado juramento, dandome motivo para ello la Historia Sagrada de nuestro assumpto, pues si aun en los descendientes de Saul, siendo èl quien quebrò la fee, quiso castigar la Magestad Divina el desacato, què maravilla que castigue aqui al mesmo perjuro, y mas quando el agraviado le està requiriendo la injuria con testimonios autenticos? Repare

Nota en ello el entendido, y verà que voy muy en el caso, * con advertencia, que hablo en lo que suena el perjuro, quanto à lo exterior, en la certeza, para los que no sabian, ni entendian la absolucion, y relaxacion del juramento hecho (segû dicen) por el Papa, que en quanto a esto, y en la conciencia iba el Rey seguro, y con buena fee; pero tal vez, aunque para lo del alma valga el indulto, castiga Dios, como aqui, faltar à la fee jurada. Son incomprehensibles sus juicios, como dice S. Pablo, y tal vez passa, ò no passa la gracia de sus ministros: Ya me entiende el docto; bolvamos a nuestro caso.

Fue cosa prodigiosa, pues quando ya Amurates estaba en los ultimos aprietos, y determinado a huir, a no estorvarselo uno

uno de los suyos, y quando ya los nuestros se aclamaban cō grita vencedores, y en son de tales, desbalijaban las tiendas del enemigo, cargando a qual mas podia de la riqueza, y tesoro, se viò en un instāte barajada la suerte, y trocada la fortuna. Passò de esta forma. Andaba Vladislao tan ufano en la batalla, quando viò todo el campo de los Turcos roto, y casi deshecho, que no contento con vèr en sus manos la victoria, quiso temerario chocar con el quartel de Amurates, guarnecido de sus bravos Genizaros. Como soldado particular rompiò por las lanzas, y las picas, sin que los consejos, y ruegos de Huniades bastassen a reportarle. Metiòse, pues, tan adentro, que cayendo su cavallo, mal herido en una espaida, le arrojò de sì por la cabeza en medio de las picas, y cimitarras Turquescas, donde rindiò la vida a mil heridas crueles: Principe mal logrado, y digno por su valor de mejor fortuna.

Al punto que el batallon que le seguia se hallaron sin su Rey, bolvieron las espaldas lastimados, y medrosos, cundiendo su pavor, y miedo a todos los que se estimaban vencedores, que en faltando la Cabeza, y mas de un Rey tan valiente, què miembro ay que no desmaye? Hasta Huniades, que como tan gran Capitan tenia toda la batalla en peso, acudiendo a todas partes donde llamaba el peligro, en sabiendo la desgracia, se quedò casi difunto, bien que sin darlo à entēder, trabajò infinito por detener a los suyos, y por cobrar el cuerpo de su Rey. Mas nada le bastò su diligencia, porque recobrado el Turco con la gran ganancia se revistiò de brios, y a pregones de su dicha bolviò a incorporar los descarriados, chocando con nueva saña, con los que ya cansados, y aturdidos les rendian las armas, y las vidas. Notable fue el estrago que hizo el Barbaro en los Fieles, quando viò la suya. En los Cruzados, que se acogieron a los Reales, fue mayor la matanza. Huniades, y el Cardenal Cesario, con la gente que pudieron recoger escaparon huyendo, pero el Cardenal muriò en la huida. Huniades con toda diligencia passò el Danubio por ir a amparar a Vngria, por si el Emperador Federico intentasse alguna cosa. Con esto Amurates se quedò dueño del campo, y con una de las mas cèlebres victorias que le diò su dicha. Cortaronle la cabeza al

al Rey difunto, y clavada en una pica, la fueron mostrando por todos los Reales: cosa notable, que hasta en esto, pareciesse su desgracia a la del Rey Saul, como ya tocamos en la segunda parte. Humanòse el Turco, con ser barbaro, en darle sepultura en la misma parte donde cayò muerto, y para memoria hizo levantar una columna, à modo de Mauseolo, en que hizo escrivir su desastrado fin, y muerte lastimosa. Escarmiente, pues, todo Principe, y tome exemplo en Vladislao para no quebrantar los juramentos, aunque se ayan hecho a un Turco, que es Dios à quien mas se ofende, y sabe vengar su enojo.

EXEMPLO SEGUNDO.

Autores desta histor. Ponifin. li. 8. Decád. 3. Pined. 2. p. l. 15. ca. 24. y 25.

MUerto el Rey de Vngria Vladislao en la batalla memorable de Varna (como dexamos dicho) por haver quedado su hijo el Principe Ladislao de solos cinco años, juntaronse en Cortes los Grandes, y Prelados de aquel Reino, y juraron por Rey al niño, y por Governador, hasta tener edad, el buen Capitan Juan Huniades. Con tal Governador, se pudo llamar Rey Ladislao, pues cargando en sus ombros todo el peso, le conservò la Corona contra el poder de Amurates, y de Mahometo, los dos Turcos, y Emperadores mas balientes que ha tenido la Casa Otomana. Muriò Huniades al tiempo que ya el Rey, con edad competente, governaba ya su Reino. Dexò dos hijos jovenes gallardos, llamados, uno Ladislao, como el Rey, y otro Matias. Y quando debiera el Rey mirar à las obligaciones de su padre (y padre suyo tambien, pues lo fue en obras) no permitiendo que aquellos dos mancebos faltassen de su abrigo, y de su gracia, diò en dàr orejas a chismes, y ladearse à los que los miraban con emulacion, qual era Vlrico su tio, Conde de Cicilia, que como fue enemigo capital de Huniades, guardò resto de rencor para sus hijos. Este Conde, pues, por lo pariente, y por lo mañoso, y lisongero, se enseñorò tanto de la persona Real, que no se hacia, ni disponia cosa mas de lo que èl gastaba Harta desdicha, quando de hombres de este genero, se dexa caprivar un Rey muchacho. Procuraba el Conde que no tuviessen aquellos Cava-

valleros los puestos, y dignidades en que su padre los havia dexado colocados, Señores de muchas Plazas, de muchas rentas, y estimados, y queridos de Ciudadanos, y Nobles. Pero por mas que atizaba el fuego de su embidia, la justicia, y la razon contrastaban sus designios. Andaban muy sobre el caso los dos hermanos, coligados siempre con los de su faccion, Cavalleros, y Señores, que avian sido amigos de su padre. Tenia Ladislao la fortaleza de Alva Real, plaza de las mejores de Vngria, y procuraba el Conde que el Rey se la quitasse; y asi en las primeras Cortes, donde con los demàs Señores, y Grandes fue llamado Ladislao, aviendole recibido el Rey con agassajo, y cariño, le dixo, como queria ir à visitar à Alva, y gozar de sus muchas delicias, y grandezas, que le avian alabado. Respondiò Ladislao cortesmente, que estimaba le hiciesse aquellas honras; pero como supiesse que era traza del Conde para despojarle de su Tenencia, y darla a otro, y apercibiòse mui bien, guarneciendo la Ciudad con estremada gente de pelèa, avisados todos no soltassen las armas de las manos, por si los Alemanes que acompañaban al Rey quisiessen sobre salirse: Esta fue la capa con que cubriò su intencion. Asimismo diò orden, que al Rey, y à toda la Nobleza, cortesanos, y familiares, les tuviessen abiertas las puertas de par en par; pero que estorvassen la entrada à los batallones de soldados que le iban siguiendo.

Guardòse en todo esta orden, con que el Rey, y el Conde vieron frustrados sus intentos, si bien la buena urbanidad de Ladislao grangeò al Rey la gracia en esta forma. Pusole en sus manos las llaves de la fortaleza, y postrado de rodillas, le hablò desta suerte: Esta Plaza, Señor, con todas las demàs que estàn à mi cargo, son de vuestra Magestad, que yo no soy aqui mas que un criado, que fiel a vuestro servicio, guardo, y defiendo lo que està a mi cuenta. La plaza, y mi persona estàn à vuestros pies: Solo os suplico, q̄ tengais atencion a los grandes servicios de mi padre, pues a fuerza de su brazo, y de su valor, defendiò contra el Turco tantas veces, no solo esta Ciudad, mas toda vuestra Corona. Y pues no hemos degenerado sus hijos de su heredada virtud, no permitais despojarnos de las honras en que por vuestra merced

ced nos dexò honrados. O por lo menos, ya que no merezca nuestra dicha estos favores, no se dèn las plazas a nuestros enemigos, en especial al Conde de Cicilia, tan emulo de mi padre, que ya que en èl no pudo emplear su encono, procura verter la sangre de sus hijos.

Con semejante razonamiento, humildad, y cortesia, quedò tan pagado el Rey, que ya fuesse voluntad, ya temor de no poder hacer otra cosa, le respondiò mui benigno, y muy afable: Que se tuviesse las llaves en sì, y que estuviesse seguro, que los cargos que gozaba, le serian siempre fixos. Bufaba el Conde de corage a lo secreto, y con sus amigos, de vèr lo mal que se le lograba su intencion, mas no dexaba con todo de sembrar la cizaña que podia, ladrandole al Rey a la oreja, aver sido grande desacato, y poco respeto el no haver dexado entrar Ladislao la gente de guerra. Tambien el Rey lo havia sentido, y quizà lo disimulaba, mas oyendo ya la nota, el chisme, y el atizar, era forzoso dàr color al sentimiento. Entendiò Ladislao destas malicias del Conde, y de una carta que llegò a sus manos, se arrebatò tanto de la ira, que se dispuso a matarle, que las sobras de razon obligan al mas sufrido a hacer qualquier arrojo. Escrivia el Conde a su suegro, que en llegando con el Rey a Alva Real, le presentaria dos pelotas para que se entretuviesse, y que eran las cabezas de Ladislao, y Matias. Era esta la sustancia de la carta.

Reparese si tendria razon Ladislao para qualquier desafuero, viendo, y leyendo palabras semejantes, y con la firma del Conde. Abochornado, pues, de la pesadumbre, y revestido de enojo, despues de aver oìdo Missa dia de San Martyn, haviendole dado la carta en semejante acto, se fue àzia el quarto de Vlrico a esperarle que saliesse. El Conde, como adivinando el que se sabia su traicion, aunque le hicieron recados de terceras personas, se escusaba de salir. Finalmente a instancias, y porfias saliò para donde le llamaban, y apercibido, dicen, de armas defensivas. Assi como le viò Ladislao saliòle al encuentro, y dixo tenia que hablarle donde nadie los oyesse. Retiraronse a una quadra, y sacando Ladislao la carta del pecho, pusosela delante de los ojos, diciendo estas palabras: Mirad, Conde, esto que aveis escrito, que ello mismo, sin que yo lo pronuncie, os dirà lo traidor que sois, pues

pues tan sin Dios, y sin ley, urdis traiciones semejantes contra vidas inocentes, como la de mi hermano, y mia. Mas no me espanto querais vengar vuestro rencor en los hijos, ya que contra mi padre no se os logrò la maldad. Vos solo nos teneis descompuestos con el Rey, y procurais acabarnos, llevado de vuestra embidia, para enseñorearos de lo que no trabajasteis, ni adquiristeis. Pues ya es llegada la hora en que pagueis tanta culpa.

Avergonzado el Conde, al passo que ofendido, quiso dàr satisfaciones, mas viendo que Ladislao no le daba lugar, hinchendole de injurias, metiò mano, y tirandole un golpe à la cabeza, le hiriò en ella, y en la mano, con que Ladislao fue a guarecerse, el qual viendose herido procurò hacer su deber, embistiendo con el Conde a cuchilladas. Acudieron al ruido muchos Vngaros, que viendo a Ladislao bañado en sangre, se hicieron a su lado, y muchas estocadas dieron con el Conde en tierra, despidiendo los ultimos alientos. Alborotòse el Palacio, llenandose de confussion, y voceria. Como el Conde era tio del Rey, y su Privado, clamaban por la venganza sus paniaguados, y amigos. Mas como estos eran pocos, y toda la Ciudad, grandes, y pequeños, se hicieron con Ladislao, assessaron en las voces, y tomaron por partido estarse quedos. El Rey temiò tanto como los demàs, como se viò despues en lo que hizo; pero lo dissimulò prudẽte, no intentando cosa alguna contra los matadores: antes bien, dixo que los perdonaba, acetando las disculpas que le dieron, de que el Conde era un tyrano, opressor del Reino, y de su persona Real, y que tenia mui merecida aquella muerte. Para ser el Rey tan mozo, anduvo cuerdo, que en lances semejantes, es mas cordura recatar la Magestad su poder, aunque quede algo quebrado, que esgrimir rigores contra los que son muchos, y se hallan en sus casas. Dissimulado, pues, tanto como cochuroso, mandò llevar el cuerpo del Conde a Cicilia, al sepulcro de sus mayores, y consecutivamente tratò de bolverse a Buda, que es la Cabeza de Vngria, y Corte de aquel Reino.

Partiò el Rey de Alva Real, y llegò a Temesauro, Plaza que assimismo tenia a su cargo Ladislao, y en donde su madre Isabela residia. Esta señora, como ya estaba entendi-

dos golpes le echò la cabeza en tierra. Tragedia la mas notable que llorò Vngria, pues hasta el siglo presente, dimanada con recuerdos la lastima, y ternura, saca llanto de muchos corazones!

Aunque para la seguridad de semejante castigo havia mandado prender el Rey a todos los Grandes personages, que eran afectos a las cosas de Huniades, no les faltò modo para quebrantar las carceles, y huirse. Solo Matias, hermano del difunto, que estaba a mejor recado, y el Obispo Varidiense fueron en esto poco dichosos, salvo, que quizà los detuvo el Cielo, para que despues saliessen de la carcel mas triunfantes. Fue cosa prodigiosa, pues al Obispo le disculpò el mismo Rey, pesaroso de lo hecho, y à Matias (muerto el Rey) le diò el Reyno la Corona. Causò tanto temor la fuga de los pressos, que aun el Rey no se tuvo por seguro en su Corte, y se partiò a Viena de Austria, donde tratò de casarse con la Infanta Magdalena, hija de Carlos Septimo de Francia. De alli passò a visitar a Bohemia, à instancias que le hizo para ello Georgio Pogiebracio, Governador de aquel Reino, quando hallandose en Praga, que es la Cabeza, a veinte y dos de Noviembre a las doce de la noche, le diò tan recio dolor de estomago, ù de vientre, que sin que bastassen humanas medicinas, le cortò el hilo de la vida en treinta y seis horas, y a los diez y ocho años de su edad, y el que se contaba de mil y quatrocientos cinquenta y ocho. Desde que le diò el dolor, se contò por difunto, y assi como Catolico, pidiò luego le diessen los Santos Sacramentos, y al acabar de decir la Oracion del Pater Noster, despidiò el alma. Tan malogrado como esto, muriò Ladislao, Rey de Vngria, y de Bohemia. Dicen unos que fue landre que le hiriò. Otros, que fue veneno que le dieron: mas si va le mi juicio, yo digo, que fue castigo de su culpa, por aver quebrantado el juramento hecho à Dios Sacramentado. Mirese el curioso en ello, repasse las circunstancias, caree este caso con el de Saul, y verà que ay razones tan urgentes para que muera en agraz, quien fue con Dios fementido, como huvo para poner en Cruces a los que no avian pecado. Abra el ojo todo fiel, y mire lo que jura, y no se burle con Dios en faltarle al respeto, y reverencia, pues ya que no

aya

aya horcas, ni suplicios, ay dolencias que matan de cōtado.

CAPITULO XXII.

DE LA PESTE CON QUE CASTIGO DIOS A DAVID, Y ULTIMA dolencia con que le postrò en la cama.

EL mas Santo, el mas recto, el mas justo, el mas atento; en tanto que vive en esta carne mortal, mientras la confirmacion de la gracia no le ilustra, està expuesto a un traspie, a un desliz, à un desmàn, pension heredada de aquella primera culpa. Assi nuestro Rey David, quando su virtud, y santidad le tenia mas subido, y encumbrado (buen testimonio aquel Psalmo de alabanzas, q̃ le cantò a Dios despues de su victoria; * y aquellas ultimas palabras, que con espiritu profetico hablò de la Encarnacion de Jesu Christo, como lo dice el Historiador Sagrado, y alli los expositores. *) Quando estaban, pues, como mirando por divinas celosias, mysterios tan revelados, tan profundos Sacramentos, se le entrò por un resquicio del alma un genero de altivèz, y de soberbia, un deseo de saber quantos millares de soldados, de vassallos suyos, se podian alistar debaxo de sus banderas. Obstentacion pundonorosa de manifestar su poder, y de hacer alarde de su Monarquia. Que Dios se ofendiò del hecho, no ay quien lo dude: que lo castigò, es tambien notorio, y que alzò el azote a todo el Pueblo, fue justo juicio para que tuviessen su pena merecida los que conspirados, y rebeldes se hicieron contra su Rey. Veamos como passò.

1. Reg. c. 24.
3. Reg. c. 1. 1, Par. c. 22. Tex. y Glosa, Lyra, y el Tostado.
* 2. Reg. cap. 22.
* 2. Reg. cap. 23.

Altivo, pues, David de verse quizà Monarca soberano, mandòle a Joab, como a Principe, y General de su Milicia, que contasse, y alistasse a todas sus gentes a todos aquellos que pudiessen tomar armas, sin reservar Pueblo ninguno, desde Dàn, hasta Bersabè, que eran como mojoneras, y cotos de su Imperio. Quiso Joab escusarse de la comission, y aun disuadir, dicen, al Rey de aquel intentò, pareciendole que del mandato no se seguia mas utilidad, que un aparato ruidoso, y una obstentacion altiva. Mas como oponerse al gusto de los Reyes sea especie de delito, partiò a executar

tar la orden, repartiendo por veredas à muchos de sus Capitanes, que le ayudassen à ello. En poco mas de nueve meses dieron buelta à todo el Reino, Provincia por Provincia, Ciudad por Ciudad, Villa por Villa. Solas las Tribus de Levi, y de Benjamin quedaron sin alistarse, y el por què? apenas hai quien con claridad lo diga. El Paralipomenon, que como Texto Sacro tiene mas autoridad, dà à entender, que por ir Joab à aquel negocio de mala gana, y como forzado, no cuidò de aquellas listas. La interlineal dà otras causas: otras el Abulense, y otras otros. En sus lugares podrà el curioso verla, pues no hacen a nuestro intento. Solo digo, siguiendo el Abulense que antes de estàr acabada la matricula, ù de estàr ajustadas las listas, y padrones, que iban haciendo los coadjutores de Joab, comenzò la pestilencia a hacer estragos, conque dando de mano al empadronamiento, fue a dàr noticia al Rey, llevandole la memoria del numeroso gentìo, que militaba debaxo de su obediencia. De veinte años arriba se hallaron en la Tribu de Judà quinientos mil soldados (cosa prodigiosa!) y de las demàs Tribus, ochocientos mil hombres, que podian ceñir espada. Esto rezaba la lista; pero a la verdad, a un millon, y mas cien mil llegaban los de Israèl.

Apenas, pues, se acababa de contar la gente, quando arrepentido David cayò en la cuenta. Su conciencia misma, à golpes del corazon, le manifestò su engaño. Acogiòse à Dios contrito, y lanzando mil suspiros le confessò su culpa, y le pidiò clemencia. Dando buelcos en su lecho, se hallò una noche desvelado, y triste (que donde reina el pecado, toda noche son tristezas, todo sueño son desvelos) y hecho al llanto, y al dolor, le dice a Dios de esta suerte: *Pecado he, Señor, en gran manera, en mostrarme altivo, en desvanecerme soberano, irritando con mi soberbia vuestra mansedumbre; pero si ruegos de quien se arrepiente ablandan vuestro pecho, dad oìdo à mis ruegos: suplidme aquesta culpa, pues mas la emprendì de necio, que de malicioso.*

Con este dolor, con estas palabras, con estos arrepentimientos le hallò el primer crepusculo del dia, y apenas se viò la luz quando saltò del lecho. Oyò gente en la antesala: llamò à quien era, y pasosele delante el Profeta Gad, que de par:

parte de Dios le llevaban una embaxada. Què bueno es Dios, pues por mucho que madruga un penitente para ir à buscarle, Dios madruga mas a oirle. Dixòle, pues, el Profeta: Dios me embia à Vuestra Magestad para que le intime, que elija de tres cosas la que mas le agradare en pena de su culpa. O mire si quiere, que vengan siete años de hambre por su Reyno? O mire si gusta de tres meses de guerra que le dèn sus enemigos? O mire si le està mejor que aya pestilencia en todo el Reyno espacio de tres dias? Vuestra Magestad lo piense, y lo mire bien, y escoja a su voluntad, y deme la respuesta.

Aturdido, y pasmado se quedò el Santo Rey, pareciendole rigor la sentencia mas piadosa. Apretado me hallo (dice) por todas partes, sin saber qual de los tres medios serà menos penoso, porque todos me parecen harto impios; pero si de tres males se ha de elegir el menor, mas quiero ponerme en las manos de Dios (que son mas de clemencia) que no en manos de los hombres. En la hambre, y en la guerra, de los hombres tengo de socorrerme, y ampararme; pero en la pestilencia, no hay mas remedio, que Dios; pues venga pestilencia, que si Dios es el remedio, mejor me remediarà su misericordia, que no los hombres, mirandome en trabajo. Demàs, que si el Pueblo està innocente, y soy yo solo el que ha ofendido al Cielo, no serà razon que elija castigo en que yo quede libre, y que inocentes lo paguen; porque la hambre por estremada que sea, nunca llega a las puertas de los Reyes, y los pobres, y el comun la padecen solamente en la guerra al mismo tenor, el Rey, y los poderosos se ponen en salvo, y solo alcanza la muerte a los desvalidos. Sola la peste lo empareja todo: tan descocada entra al lecho Real, como a la casa pagiza: la peste, pues, escojo por castigo de mi culpa, pues tanto yo, como el pobre, estarè expuesto a la muerte.

O Rey famoso, digno del mortal Laurèl, que siempre ciñes! Merezcan tus atenciones, y respetos, que todos los Reyes sigan tus pisadas en mirar por el bien comun de sus vasallos. Estos discursos hizo David, segun las exposiciones de los Doctores Sagrados, para la resolucion que tomò. Quizà por esso suspendio Dios el castigo el primer dia. Em-

pe-

pezò, pues, una mañana igualmente en todo el Reyno la mortandad mas cruel que viò Paleſtina. En un dia ſolo fueron ſetenta mil los muertos. Ceñido de ſilicio, y cubierto de ceniza ſale el Rey de ſu Palacio implorando con clamores a la Divina Clemencia. Todos, grandes, y pequeños à imitacion ſuya le acompañan penitentes, y a comunes alaridos embarazan la baga region del viento. Viò un Angel el Santo Rey, que ſuſpenſo en el ayre, con una eſpada, deſnuda en la mano, amenazaba a la Ciudad de Jeruſalèn, eſgrimiendo cuchilladas de rigores, y dolencias. A cuyo eſpectaculo, aſsi el Rey como ſus Grandes, cayeron en tierra atonitos, y paſmados. Recobiòſe un poco de el eſpanto, y con palabras lloroſas, y mal articuladas comenzò a decirle a Dios: *Dios, y Señor mio, eſcuchad à un pecador, que os llama penitente: Yo ſoy, Señor, quien cometì la maldad, yo quien altivo me deſvanecì, yo el que os ofendì ſobervio. Mas eſtos pobres vaſſallos, eſtas ovejuelas mias, en què os han agraviado? Què es lo que os han hecho? Ea, pues, Señor, ſi la culpa es ſola mia, pague yo ſolo la pena. Executeſe el rigor contra mi, y contra mi caſa, muera yo que ſoy el malo, y vivan los innocentes.*

Aplacòſe la Divina Mageſtad a los ruegos, y lagrimas de David: laſtimòſe de los afligidos, que ya a viſta del contagio ſe contaban por difuntos; y hecho a la miſericordia, mandò al Angel que embaynaſſe, que ceſſaſſe de herir. *Baſta* (dice) *ya de muertes, vuelve à la bayna el azero, y ceſſe la matanza.* Eſto al Angel, y a David por medio del Profeta Gad le diò orden de lo que havia de hacer para que ſu juſticia quedaſſe ſatisfecha, que fue que erigieſſe Ara, y le ofrecieſſe ſacrificios en la parte miſma donde ſe le moſtrò el Angel riguroſo. Cumpliò David al inſtante lo que ſe le mandaba, comprando a peſo de oro una Era de cierto Ciudadano, llamado Herua, que aunque èl comedido, y cortes ſe la ofrecia gratuitamente, no quiſo David ſino comprarla, y pagarla. Buen exemplo para los Principes, y Señores, que erigen Igleſias, Templos, y Hoſpitales, que no los hagan a coſta de ſudores agenos, tomandole a uno el ſolar, a otros los materiales, a otros ſu trabajo, ſino que paguen primero lo que tomaren, para que la obra ſea a Dios grata, y propicia. Aſsi fue la deDavid, a penas levātò altar, y ofreciò ſus ſacrificios, quan-

quando cessò en todo el Reino la mortandad, y el contagio.

Quedò empero el Santo Rey, con la vista de el Angel (segun nos lo insinùa el Sacro Texto, y una exposicion de Lyra *) tan elado del temor, tan pasmados los alientos, tan sin vigor los brios, tan paralytico en fin, que por mas ropa que le vestia el cuidado, ò le ministraba el lecho, no podia hallar abrigo. No era tan demasiada la edad; pues solos tenia setenta años, y en sugetos robustos como el suyo (como èl lo contaba tal vez*) aun los ochenta, no avian de debilitarle. Mucho fatigan las guerras, mucho embegecen los cuidados pero esso en hombres de menos pecho que David. Cansancios, cuidados, ni fatigas, no postràran sus alientos, ni le elàran el calor natural de su viveza, solo el miedo de un Ministro de la Divina Justicia, solo un Angel amenazando rigores, le dexò frio, y elado. Qualquier sobresalto, qualquier espanto, ò temor causa estos efectos: què maravilla, pues, que un susto tal le elara a David la sangre, y le pasmara? O valgame Dios, y què consideracion puede hacer aqui el Christiano: Si un Angel airado, a un Santo como David le pasma, le aturde, y le dexa qual cadaver, qual se hallarà el pecador el dia del juicio, viendo a Dios vibrando enojo? Si un Angel atemoriza tanto, estando simbolizada en èl la bondad, la mansedumbre, y clemencia (pues a quien dota Dios de qualquiera destos atributos, decimos que es un Angel) què pasmos, què temores, què sustos causarà un Dios hecho juez? Discurralo el menos avisado, mientras que buelvo a mi assumpto.

*Paral. c. 21. in fin. Lyr. in 3. Reg. c. 1.

* Ps. 89.

Tan embargadas las fuerzas se hallò nuestro buen Rey, que cayo en la cama, que aunque es potro a veces que causa la salud, es en fin el alivio, y el descanso de un doliente. No fue mas su achaque, ni otra su enfermedad, que la que dexamos dicha. A lo menos el Sagrado Texto no nos lo declara: Su accidente no era cosa que le impedia la habla, ni le tocaba al juicio: antes bien, campò en el lecho mas su sabiduria, siendo esta la Sanamites que le calentaba, si huvieramos de seguir el rumbo de el Magno de los Doctores, y el mas devoto mio Cardenàl de Belèn, y Penitente de Syria San Geronymo. * Dice este gran Padre, que la Sabiduria es la que florece en la edad madura, creciendo ella sola al paso

* S. Hier. in Glot. & in Epist. ad Nepatianum.

fo

so que se disminuye a las demas virtudes corporales: De suerte, que la virtud de aquellos, que en su juventud governaron sus acciones por el camino de Dios, al modo que nuestro David, con la edad le hace mas sabia, y prudente. Floreciò, pues, y creciò tanto la sabiduria deste gran Rey, quando bramado de trabajos, lleno de dias, cayò en la cama, que por esto dice San Geronymo, que fue esta la Sunamites, que le abrigaba el pecho, y le calentaba el alma. Bien mostrò en el afecto este saber sumo, pues fue en la cama (como veremos despues) donde le diò a Salomòn tan sabios documentos.

Mas salva la autoridad de este Gran Doctor, hemos de seguir con Lyra lo literal del Texto, que la Sunamites que le buscaron al Rey sus privados, sus mas amigos, para que le abrigasse, y calentasse en la cama, fue en realidad de verdad una hermosa doncella, y no parabolica, por quanto nos consta, que muerto David la procurò Adonais por muger, pretension que le costò la vida, por llevar rebozada en ella la intencion de alzarse con el Reyno. Hallabanse, pues, los amigos de David tan lastimados, y congojosos de su dolencia, que inquiriendo los Medicos mas sabios, solicitaban remedios exquisitos. Convinieron algunos en que para aquella frialdad de miembros, ò parclipsis era acertado remedio abrazarse el doliente con una muger moza, y doncella, cuyo calor natural abriga, y desentume lo passmado, y elado del paciente: A costa de apretadas diligencias, que solicitò el cuydado, se buscò por todo el Reyno doncella que tuviesse partes, y calidades para el caso, para que la hiciessen merecedora de ser muger de un Rey como David (pues menos que con este titulo, no avia de querer el Santo Viejo meter mugeres consigo, ni gozar de sus brazos) calidades, que con juventud, honestidad, y hermosura sus incendios de apetito, abrigàra, y calentàra aquella elada vejèz. Cierta Abisai Sunamites, se alzò con esta Corona. Con titulo de esposa, fue el remedio de David, y sin perder su virginidad (que sin perderla puede ser verdadero matrimonio) le fue compañera fiel en la cama, y la comida.

CA-

CAPITVLO XVIII.

EN QVE SE CUENTAN LOS ULTIMOS CVIDADOS DE DAVID; el dexar successor en su Corona, darle sabios documentos, y disponerse bien para la muerte, con que coronò felices todas sus hazañas.

AVN en la cama doliente, ê impedido le van a buscar a un Rey desvelos pesadumbres, y cuidados. Hasta que llega la muerte, es perpetua lid la vida. Por dulce que sea el reinar, si ha de acudir un Rey a lo que debe, no ha de tener un rato de descanso. Al mayor gusto, y alivio le rodean inquietudes. Apenas el Santo Rey havia hallado algun remedio para su penoso achaque, con los brazos honestos de su hermosa Sunamites, apenas reparado un tanto, quanto el calor vital gozaba de descanso en el mullido lecho, quãdo unos rumores de nuevo Rey (estando èl vivo) le sobresaltaron el sosiego, y le turbaron el alma. Fue el caso, que su hijo Adonias, el mayor de los Infantes, pareciendole que de derecho era suya la Corona, y que su padre podia vivir poco, quiso que le tuviessen por Rey, antes que otros pretextos le fuessen estorvo. Aviase ensayado a ello en las acciones, echando carroza con aparato Real, y saliendo acompañado de gran sequito de Nobles, de Caballeros, y Grandes. Queria David mucho a sus hijos (como ya dexo tocado en otra parte) ellos tambien hermosos, y bizarros, se hacian de querer, con lo qual, por mas que el Rey les notaba algunas faltas de enamorados, ò altivos, como en Amnon, y Absalon, se las dissimulaba piadoso, y aun no las corregia como padre. Hacia gorda la vista, y ahorrabase el castigo: Dissimulos, que a veces salen a un Rey al rostro. Assi sucediò aqui, pues por no corregir David con tiempo estas demostraciones de Adonias, tomò brios el Infante, y de hecho se hizo Rey, apadrinado de muchos Grandes que le hacian lado, y alentaban su designio. Los principales eran Joab, que como General de la Milicia, tenia por suyas casi todas las armas, y Abiatar que como sumo Sacerdote tenia grande autoridad para inclinar al Pueblo a aquel par-

3. Reg. c. 1. & 2. 1. p. 22 23. 28. 29 Tex. y Glos. Lyr. y el Tost.

partido. De suerte, que de lo Secular, y Eclesiastico, tenia Adonias de su parte las dos mayores Cabezas. Buena traza de quien se quiere alzar, abrazar por sì lo grande. Por la parte de Salomòn (que aunque era casi el menor de los Infantes, le miraban muchos como sucessor de el Reino, segun las noticias de averselo prometido David a su madre Bersabè) por su parte, pues, digo estaban el Sacerdote Sadoch, y el Propheta Nathàn, con el mayor resto de Ciudadanos, y Nobles. Rezelandose, pues, destos, ò no haciendo caso dellos, convocò Adonias un dia a toda su parcialidad junto a la fuente Rogel, y despues de ofrecidos grandes sacrificios, los cortejò a todos con esplendido combite, donde entre menudos brindis, con festivales voces gritaban: *Viva el Rey Adonias.*

Sabido por Nathan lo que passaba, y lastimado de ello, se fue a la Reina Bersabè; contòla el caso, y aconsejòla prudente, que le entràra a hablar al Rey, y le hiciesse cargo de lo que la tenia ofrecido con juramento, quando arrastrado de su beldad la hizo cariños de amante: esto es, que despues de sus dias reinaria su hijo Salomon. Dixola, pues, que entrara delante con esta peticion, y haciendole este cargo, y que èl, como accidentalmente llegaria a las estancias, y esforzaria con mayores razones su justicia. Era Nathan entendido, y avisado, y sabia bien que estas cosas quieren maña: pues claro està, que para quitarle a un hijo mayor la Corona (y mas aviendosela ya ceñido) alargarsela al menor, por mas promessas, juramentos, y palabras que huviessen mediado; era menester mui gran capricho, cordura, maña, y prudencia. Entròse, pues, Bersabè al aposento, ò recamara donde yacia David postrado de su achaque: Llegòse al lecho, y haciendole el acatamiento, y reverencia debida, le hablò desta suerte.

Señor mio, bien os acordareis, que ofrecisteis, y jurasteis algundia a esta esclava vuestra, que mi hijo Salomon vestiria la Purpura, y empuñaria el Cetro, faltando vuestra persona. Què razon, pues, hay para que sin vuestro consentimiento se aya coronado Adonias, y se llame Rey? Dicenme q̃ ha ofrecido preciosos sacrificios, q̃ ha combidado a los demas Infantes sus hermanos, y a Joab, y al Sumo Sacerdote, pa-

para hacerlos participantes de su dicha, sin llamar, ni meter en cuenta a mi hijo Salomon. Lo que os sè decir en esta parte, es, que todo el Pueblo ha sentido mal del caso, y que estàn a devocion vuestra, esperando a que nombreis el sucessor que gustareis que ocupe vuestro Trono. Miradlo, Señor bien por vuestra vida; porque si esto no se enmienda, sabed, que en faltando vos, seremos yo, y mi hijo despojos de el tyrano.

No hai duda, sì, que al pronunciar las ultimas palabras se enterneciò Bersabè, y que al mismo tenor quedò el Rey enternecido, hecho a la compassion, y al sentimiento. El mismo Texto parece que supone, que embarazado David con el ahogo, no pudo responder tan presto. Y entonces Nathan, que lo estaba oyendo todo en la antecamara, hizo ruido para que supiessen como estaba alli. Avisoselo al Rey el Camarero, y despues de haverse despedido la Reina (siendo retorica muda la ternura, y el dolor, con que para quien entiende, se dice a veces mas, que puede hablar la lengua) entrò el Propheta, y lleno de admiraciones comenzò a estrañar la novedad de llamarse Adonias Rey contra la voluntad de quien tenia aun el mando, y el Imperio. Aqui David, deshechos los nudos, con que el dolor y el susto tenian pressa la voz, mandò que volviesse a entrar la Reyna, y dixola estas palabras: *Vive el Señor, que es quien me ha librado de todas mis congoxas, y fatigas, de tantas persecuciones, y trabajos, que el juramento, y promessa que te hice, que ocuparia mi silla tu hijo Salomon despues de mi muerte, lo has de ver cumplido oy, aun estando yo vivo. No te digo mas, pues lo digo todo en esto.*

Con mil sumissiones, y cumplidas reverencias, acetò, y estimò Bersabè la gracia, y merced, diciendo alborozada: Viva mi Señor, y Rey David una eternidad. Dure, Señor (como si dixera) vuestra vida lo que duraren los siglos. A favores señalados, qualesquier encarecimientos vienen cortos, y assi no hay porque se condenen por lisonjas gratitudes semejantes, quando las salva una Reina como Bersabè, discreta, y entendida, Al punto quiso David que se pusiessen por obra sus deseos. Mandò llamar al Sacerdote Sadoch, y a Banaias,

y estando juntos con el Profeta Nathan, les diò a los tres esta orden.

Juntad a toda mi guarda, y a todos los que leales me reconocen Señor, y en estando congregados, tomad al Principe Salomon mi hijo, y ponedle a cavallo sobre mi mula, en la que yo solo, y no otro nadie montaba, para que viendole en ella, conozca todo el Pueblo, que es disposicion, y voluntad mia, que suceda en mi Corona. Con magestuoso acompañamiento le llevareis al monte Giòn, junto a la fuente Siloe. Vnjale alli por Rey el Sacerdote Sadoch, y al sòn de los clarines, y trompetas, con aclamaciones festivas, direis todos a nna voz: *Viva el Rey Salomon*. Hecha esta ceremonia, le entrareis en la Ciudad, le passeareis por las calles, le subireis a mi Alcazar, y le dareis possession de mi trono Regio, y alli, yo le demandarè que govierne, y rija todos mis Estados.

Hagase lo que vuestra Magestad manda (respondiò Banaias en nombre de todos) y dandole muchos agradecimientos, y parabienes, se partieron al instante a executar el mandato. Con militar estrepito de todos los Alabarderos, y Flecheros, con gran sequito de Nobles, y con la muchedumbre popular que congregò el sucesso, llevaron al Principe a Giòn, que cae a las faldas de Jerusalèn. Vngiòle Sadoch con el azeyte Sagrado, que estaba en el Tabernaculo. Aclamaronle por Rey a destemplados gritos, llenos de alborozo: y al sòn de chirimias, y de otros mil instrumentos, con canticos sonoros, le entraron en Jerusalèn, cuyos Ciudadanos el festival estruendo embarazaron con apreturas las plazas, y las calles.

Llegò la griteria, y el rumor a los oidos de Adonias, y de todos sus combidados al tiempo que se levantaban las mesas. Llenos de admiracion se preguntabā los unos a los otros què serìa? Quando Jonathas, hijo del sumo Sacerdote Abiatar, los dexò mas aturdidos con las nuevas de q̄ el Infante Salomon estaba ya coronado, y hecho Rey con gusto de su padre. Refiriòles por extenso los aplausos, y jubilos con que grandes, y pequeños le victoreaban, las ceremonias de su coronacion, la guarda militar que le assistia, las bendiciones, y parabienes que a David daban todos, el concurso, y el

el gentio a ver la fiesta : y el riesgo que amenaza a los que al nuevo Rey no le besassen la mano, è hincassen la rodilla. Fue tanto el pavor, tanto el miedo que concibieron Adonias, y los suyos, que cada uno por su parte huyeron todos a toda diligencia. Adonias se amparò del Tabernaculo, asido de sus Aras. Supolo Salomon, y embiòle à su casa, despues que humilde, y postrado le reconociò por Rey.

Grande fue la alegria, y alborozo que tuvo David de ver a su hijo Salomon coronadas las sienes, y empuñado el Cetro. Desde la cama en que estaba le hizo tambien reverencia, le tributò obsequio, y le dixo enternecido: *Bendito sea el Señor, Dios de Israèl; pues me ha dexado vèr oy à un hijo coronado, ocupando mi Trono Real.* Conociendo, pues, que se llegaba su muerte, y que el aliento vital flaqueaba cada dia, tratò de ajustar sus cosas, y de disponer su ultima voluntad antes que el entendimiento padeciesse algun desmayo: que esta es la mayor cordura de un hombre prudente, y la mayor felicidad, que puede darle el Cielo, disponer con buen juicio las cosas de su alma, recorrer el libro de la vida, ver todos los memoriales, sumar los cargos, ver las datas, hacer las restituciones, y por fin aconsejar a los hijos el temor y amor de Dios. Assi nuestro David, por ser cabal en todo, considerando, que ya la muerte le iba construyendo los ultimos periodos a su vida, tratò de descargar su conciencia de algunos escrupulos que le aquexaban. Llamò, pues a Salomon mui a lo secreto (que no todas las cosas que se aconsejan, y mandan a un hijo, son para lo publico) y despues de dar al lienzo alguna ternura, que se assomò a los ojos, le dixo de esta suerte.

Vltima disposiciõ y cõsejos sabios de David a su hijo Salomon a la hora de la muerte

Hijo mio, repara, y advierte en que yo me muero, y voi a pagar el natural tributo, assi no desmayes, ni te desalientes porque te falte mi arrimo: antes bien revistete de valor, y fortaleza, y sè hombre que te hagas temer, y respetar, y para tus aciertos observa, y guarda lo que como padre te requiero, y como Rey te mando.

En primer lugar guarda los Mandamientos de Dios, cumple con sus santas leyes, no permitas se quebrante el menor precepto suyo, q̃ en esta observancia estrivan las di-

chas las felicidades, y la duracion de un Reino. Muestrate mui zeloso aun en las ceremonias de la ley, en todo lo moral mui observante, en lo judicial mui recto, dando a cada uno el premio, ò el castigo que merece, y sobre todo portate mui atento, y mui devoto a las promessas que Dios nos tiene hechas por su ley, de q̄ vendrà Christo su hijo hecho hombre, que ha de venir, y nacer de nuestra Tribu, de nuestra Alcuña, de nuestro linage, que es la mayor corona que tenemos. * Guardando, pues las Divinas Leyes, acertaràs en todo lo que hicieres, y en quanto pusieres mano, y Dios confirmarà lo que me tiene ofrecido de que si anduvieren mis hijos como deben en la observancia de sus Mandamientos, sirviendole de verdad, y con corazon sencillo, no faltarà de nuestra Casa quien empuñe el Cetro, y ciña la Corona. De suerte, hijo mio, que con que sirvas a Dios, con que le ames, y le temas, haràs un perfecto Rey. Esto supuesto, y que como primer articulo quiero que le abrigues en tu alma, passemos a otras cosas.

Mira a Lyra, y al Tostado en la palabra, *Testimonia*

Yà havràs sabido lo que el Capitan Joab usò conmigo, quando por fiarle mi credito, me hizo odioso con el vulgo y desdorò mi fama, flaquezas fueron mias, yo las confiesso, y harto las he llorado, mas no llegàran a ser escandalosas, si a quien hice confidente guardàra secreto. Ya sabras tambiē las muertes maldadas que diò con traicion, y alevosia a aquellos dos famosos Capitanes, Abner, y Amasa, sin que su emulacion, y embidia se pudiesse colorir con ningun pretexto. Entendido eres, haz, pues, de modo, que no lleve a la otra vida cargos semejantes. Y por si acaso me dices, que como yo no le he castigado? Quiero satisfacerte antes que me lo preguntes. No todos los tiempos son unos, porque hay tiempo en que ha menester un Rey hacerse al dissimulo, y no abispar sus soldados por delinquentes que sean. Mis continuas guerras, ya con los Paganos, yà con los rebeldes fueron causa entonces de tolerar a Joab, y sufrir sus demasìas. Oy, pues, que con tanta paz de proprios, y de estraños gozas la Corona, es buen tiempo de castigos. Tambien tienes en Palacio a Semey, hijo de Gera, deudo de Saul, y que en la Ciudad de Baurin es como Cabeza, el qual al tiempo que yo iba huyendo de los desafueros de tu hermano, me echò muchas

chas maldiciones, y me tirò pedradas. Mas porque al verme victorioso me saliò a recibir con humildades, pidiendo perdon, y haciendo sumissiones, jurè de no quitarle la vida. He le cumplido la palabra, y juramento. Tu ahora con tu saber y prudencia le podras castigar conforme mereciere. Passemos a delante.

A los hijos de Bercelaì, aquel anciano, y noble Galaadita, les haras muchas mercedes, y los honraràs con titulos de Grandes, sentandolos a tu mesa. Hallolos merecedores de estas gracias; pues en mi mayor aprieto, en mi mayor necessidad, quando huyendo de tu hermano Absalon iba a pie, y descalzo, buscando los seguros de las breñas, me salieron estos nobles al encuentro, cargados de regalos con que socorrerme. Accion que lo esculpi en mi alma, y merecedora siempre de favores, y recuerdos: Tenlos, pues, siempre en memoria, como yo los he tenido. Vamos ahora a otro mayor cuidado, que quiero encargarte, y que no es lo menos que me aflige.

Has de saber, que tuve siempre voluntad de labrarle Casa à Dios, de erigirle un Templo sumptuoso, a cuyas Aras conviniesse todo Israèl a dar adoraciones, a ofrecerle sacrificios: pero revelòme su Divina Magestad, que no pusiesse mano en esta obra, dandome por causa haver sido mui guerrero, y por haver vertido mucha sangre; ofreciòme empero, que me naceria un hijo mui quieto, y pacifico, y que gozaria de una Monarchia de mucha paz, sin que huviesse enemigo, que por ninguna parte le diesse pesadumbre en tanto que reinasse, y que este labraria Templo a su nombre Soberano. Supuesto, pues, hijo mio, que eres tu el electo, el pacifico, dète Dios su gracia para que cumplas lo que de ti me ha dicho, haciendo una obra insigne, con que eternices tu nombre. Y porque no te desalientes, si imaginas que faltan dineros, y materiales, advierte, que aun en mi pobreza (pues las guerras continuas me han tenido siempre mui gastado) he reservado con todo para este efecto no pequeño tesoro, que ha ido allegando, y guardando mi cuidado, y diligencia: En mi Erario hallaràs cien mil talentos de oro (que hacen mas de diez millones) * de plata un millon de talentos (que son mas de cien millones) y lo que hai en metàl,

* No estrañe este computo nadie porq̃ cada talento Hebreo, juzgandolo por peso (y assi se entiende aqui segun el Tex. 1. p. 227. mōta por lo menos doce mil dracmas, que son doce mil reales de plata Castellanos. Y si se hu vieran de contar à veinte y quatro mil dracmas, segũ parecer de otros, se doblaba la suma. Tanta riqueza como esta le diò Dios à David.

no tiene peso, ni suma tampoco. Artifices en todo genero de obras, alarifes, canteros, lapidarios, carpinteros, doradores, y escultores te tengo prevenido. Solo resta, que te animes, y que comiences a obrar, que Dios serà en tu ayuda, y no ha de faltarte hasta que acabes su Casa, y perfecciones su Templo.

Esta fue la disposicion, y ultima voluntad de nuestro Santo Rey, al tiempo de su muerte, pauta que puede ser, y dechado para enseñarse qualquiera a morir, y a dar consejos. Guardar la ley Divina, castigar lo malo, premiar lo bueno, y aplicar para obras Santas el tesoro. Diole assimismo David a Salomon la planta del Templo, la forma, y la descripcion de los patios, y portales, de las celdas, y aposentos, con las demas mansiones necessarias para los Sacerdotes, y Ministros. Diòle la forma, y la medida del Altar, donde havia de estar colocada el Arca del Testamento: el numero de los candeleros, mesas, y vasos de oro, y plata, que havian de ser adorno, con una larga instruccion del orden que avian de observar los Ministros, Levìtas, y Cantores cada uno en su ministerio, con declaracion que le hizo, que era todo disposicion Divina, y que Dios se lo havia revelado.

Pareciendole con todo a David, que para tamaños gastos era menester Dios, y ayuda (como acà solemos decir) pensò un arbitrio de pedir un donativo a sus vassallos. Tan antiguo es como esto el socorrerse los Reyes de dadivas de los suyos. No lo estrañe el Castellano, y mas quando apreturas, y necessidades comunes obligan a ello: Que aun en nuestro caso era una obra voluntaria para lo que se pedia, que quizà por esso, y aun sin quizà, no quiso David que contribuyessen los pobres, ni los de humilde esfera, como labradores, y oficiales, que con el sudor de su rostro adquieren el sustento, sino solamente los Principes, y poderosos, y aquellos que con el manejo de las rentas Reales, se hacen ricos. Vea el Texto el curioso, y verà que no hablo de cabeza. * Convocò, pues, David, y llamò a los Principes, y Grandes de su Reino, y los Presidentes de las doce Tribus, a los Tribunos, y a los Centuriones de ellas, à los Potentados, que tenian oficios en Palacio, a los Administradores,

1. Paral. 28. *Convocavit Dav. omnes Principes, &c.* Cap. 9. *Pollitici sunt irique Principes, &c.*

res, y Assentistas de sus rentas, a los Infantes sus hijos, y a sus Ayos, y Maestros, todos, en fin, grandes Personages, y la nata de lo Noble. Quando los viò a todos juntos en el espacioso Salon, donde, quizà, para el caso hizo mudar su lecho, animando lo possible su cansada vejez, y alentando con su antiguo vigor la sangre fria, se assentò sobre la cama, y cō ternura de Padre, y con Magestad de Rey, les hizo un razonamiento de esta forma.

Hermanos mios, Pueblo mio amado (miren què modo de hablar un Rey tan grande, dandoles titulo de hermanos a sus subditos: mas queriales pedir, no hay que espantar, que alhague con el cariño, y que acaricie con la ternura, porque hasta en un Rey quiere el pedir maña, y modo.) Hermanos mios (dice) haveis de saber, que fue siempre mi animo de erigirle, y fabricarle a Dios un Templo famoso, donde con la decencia debida estuviesse el Arca de el Testamento, y para ello tenia yà aparejados materiales, y dineros: Estorvòme Dios este designio, pareciendole, que desgarros de soldado no eran decentes para hacer obra tan prima. Escogiòme para Rey en todos mis hermanos, con ser yo el menor de ellos, y aquel de quien se hacia menos caso, que no està a veces la gracia para la Corona en las mayorias, sino en las disposiciones del Cielo. Assi, pues, entre todos mis hijos (gracias al Señor, que me ha dado muchos) he escogido a Salomon para que me suceda en esta Monarquia, el qual es su voluntad que le erija Templo, y labre Casa. Ya veis que Salomon es aun muchacho, y que la obra que ha de correr por su cuenta es cosa grande: y assi, aunq̄ yo he procurado dexarle para la costa, y el gasto lo que han podido mis fuerzas, oro para los vasos de oro, plata para los de plata, metal para los de metal, maderas de mil colores, piedras preciosas, marmoles, y jaspes infinitos: Vltra de esto, y de lo que de mis rentas tengo prevenido para el caso, doy ahora, y ofrezco de toda voluntad para este Templo de Dios tres mil talentos de oro purissimo de Ophir, y siete mil talentos de plata acendrada, para que se tachonen, doren, y plateen todas las paredes. Este el donativo que yo doy al Rey mi hijo para ayuda a este gasto; si ahora algunos de vosotros quisiere ofrecer, y dar alguna cosa de esponta-

nea

tanea voluntad, alargue cada uno lo que gustare, y quisiere

Con este modo, con este estilo, con este lenguage, y con estas cortesias pidiò el Santo Rey David donativo a sus vassallos, a aquellos que podian; dechado harto famoso para enseñarse los Reyes a grangear voluntades quando pidan. Todo es del Rey, y todo es del Señor, si es Soberano, y mas quando lo pide su necessidad, no dude nadie de ello, porque la cabeza, y que està en lugar de Dios, gobierna todos los miembros, y la vida que ellos tienen, es de la cabeza, porq faltando ella todos mueren. Pero debe atender la Magestad à que adquiere mas un pedir voluntario, que un demandar forzoso; poco importa que consiga la fuerza la demanda, si se quedan los miembros desaboridos, y assi es traza manosa, y mui discreta, (en fin como de David) pedir un Rey con cariño, lo que puede con imperio, que aunque la politica, y la razon de estado estrañe estas cortesìas, siempre fue logro el usarlas: O sino mirese el sucesso.

Quedaronse tan prendados, y obligados todos aquellos Grandes, y Señores, de la humildad, y cortesia de su Rey, q luego sin detencion se desentrañaron todos a dar, y prometer a qual mas podia dadivas mui grandes. Hizose el computo, y montò lo que ofrecieron cinco mil talentos de oro con mas de diez mil solidos, que son otros quarenta mil ducados,* diez mil talentos de plata, de metal diez y ocho mil y cien mil de hierro, que todo junto sube a muchos millones Castellanos. Demas a mas ofreciò cada uno los marmoles, y jaspes que tenia: y todo se puso por quenta, y razon en el Tesoro Real.

* Cada solido de oro era de quatro dracmas Atticas, q hacē quatro ducados Castellanos segun Josepho.

Lo alborozado, y gozoso que quedò David de vèr con la generosidad, y bizarria que avian correspondido los Nobles a su deseo, hasta el Texto sacro lo encarece. Al mismo tenor el vulgo, grandes, y pequeños, se hicieron a las aclamaciones, deseando todos se empezasse, y acabasse obra tan magnifica. Rebozando, pues, el Santo alborozos, y alegrias al passo que se mostrò agradecido a los suyos delante de todos ellos, y Salomon presente, rompiò en esta accion de gracias al dador Divino. Anotenla los Principes, y Reyes para ensayarse a morir, y despedirse de el mundo, que

que es lo postrero que habló David, y que con letras de oro debiera estar escrito.

Bendito sois, Señor, Dios mio de Israèl, desde la eternidad, hasta las eternidades, desde el principio sin principio, hasta el fin sin fin. Vuestra es, Señor, la magnificencia, vuestro el poderìo, vuestra la gloria, y assi las alabanzas se os deben a Vos solo. Todo quanto hay en Cielo, y tierra, todo, Señor, es vuestro, hasta el mas remontado Seraphin es vuestra criatura. Los Reinos, y Principados, las soberanias, y riquezas os reconocen Señor: porque Vos sois sobre todos los Principes del mundo, y todo lo governais, todo lo regis, estando en vuestra mano la potencia, el valor la Grandeza, el Imperio de todas las cosas. Por lo qual os confessàmos a una voz Dios, y dueño nuestro: y a vuestro nombre Soberano tributamos obsequios, y rendimos alabanzas. Quien soi yo? Ni quien mi Pueblo para poder ofreceros estas dadivas, ni haceros estas ofertas, sino con la atencion de que ha venido por vuestra mano lo mesmo cō que os servimos? Peregrinos, y estrangeros, al modo que nuestros padres, somos en vuestra presencia. Los dias de nuestra vida, por mas que vivamos, solo es una sombra, y como sombra se passan. Y assi esta disposicion que hemos hecho, todo lo que hemos mandado para erigir el Templo y fabricaros casa, de vuestra mano viene como Señor de todo. Bien sè, y conozco, Dios mio, que probais los corazones, y amais la simplicidad, por lo qual, con corazon sencillo, os he ofrecido gustoso lo que he podido daros, y al mismo tenor mi Pueblo os dà este donativo alegre, y placentero: Señor mio, Dios de Abrahan, de Isaàc, y de Jacob nuestros ascendientes, haced que esta voluntad con q̄ os servimos permanezca eterna en veneraros. A mi hijo Salomon dadle un corazon perfecto, para que guarde vuestros Mandamientos Santos, vuestras leyes, vestros Ritos, y para que os labre Templo.

Las ultimas palabras que hablò David, estando para espirar.

Dichas estas palabras mandò a los circunstantes, que postrados de rodillas, tributassen bendiciones, obsequios, y alabanzas a la Magestad inmensa. Obedecieronle gratos, con que todo el salon no parecia junta de Señores, sino una Capilla, y Congregacion de devotos Congregantes. Esto

he-

hecho, besaron la mano al Rey, y despues a Salomon, segunda vez ungido, comenzando los primeros los Infantes sus hermanos. Con quarenta años de Reinado acabò David su vida en su Corte, en su Palacio, en su lecho, assistido de sus hijos, Principes, y Grandes. Lleno de dias, de riquezas, y de glorias volò al eterno descanso, dexando su fama eterna. O plegue al Cielo, que todos los que en su Historia imitaren sus pisadas, siguieren sus trabajos, tuvieren sufrimiento, se armaren de su constancia, y abrazaren su paciencia, gocen al fin de la carrera sus mismas felicidades, muriendo en buena vejèz, ricos, y contentos. Demosle algunos similes a este saber morir, que es en un Principe la mayor hazaña, y sean todos para gloria de nuestra nacion Monarcas Españoles.

CAPITVLO XXIV.

EN QVE SE PONEN EXEMPLOS DE REYES FAMOSOS, QVE despues de muchas guerras, y trabajos acabaron felices con una buena muerte.

Autores desta historia. El Arzobispo D. Rodrigo en su Chron. Hisp. l. 4. c. 5. Marian. en su Hist. de España 1 p. li. 7. c. 4. Castill. en su hist Got. li. 3. disp. 3. Illes. en su Pon. 1. p. l. 4. c. 85.

EXEMPLO SEGVNDO.

POR la muerte infeliz del Rey Don Favila, hijo de Don Pelayo, à quien andando a caza matò un osso, adjudicaron los Grandes la Corona a su cuñado D. Alonso, casado con Ormisinda. Fue, pues, el Rey Don Alfonso Primero de este nombre, hijo legitimo de D. Pedro Duque de Cantabria que es Vizcaya, sangre ilustre del Gran Godo Recaredo, y assi tan Catholica. Manifestòlo con obras Don Alonso, siendo el primer Rey de España, despues de su ruina, que adquiriò el titulo de Catholico, llamandoselo assi, dandole tal renombre el Pontifice Romano. Sus hazañas, y sus hechos, su zelo de la Religion, su Christiandad, y benignidad con todos, sus raras virtudes le grangearon tal troféo, y le hicieron tan amable. Apenas empuñò el Cetro, quando con animo invencible, y con zelo Christiano tratò de quitarle al Moro todo lo que con mal titulo tenia. Diòle, pues, à los Barbaros mucha guerra, batallas infinitas con tan

tan felices successos, que no diò ninguna en que no saliesse triunfante, y victorioso. Ganò muchas Ciudades, Castillos, Plazas famosas, fortificando las que hallaba de importancia y echando por tierra las que no le convenian, que hay Plazas que son padrastros, y que causan mas costa, que provecho. Las que reduxo a su sèr, y a su antigua gloria, fueron en Asturias, a Leon, Toro, y Zamora: en Portugal a Oporto, Braga, y Viseo; en Galicia à Tuy, Lugo, y Astorga: à Pamplona en Navarra con toda la Rioja: y en lo que aora es Castilla, Sepulveda, Avila, y Segovia, Dueñas, Miranda, y Simancas.

En tanto que este buen Rey, en diez y nueve años que tuvo la Corona, y descansaba de las guerras, se ocupaba en el gobierno, y en la restauracion del Divino culto, puso Obispos adonde solia averlos en el tiempo de Vvamba. Reedificò muchas Iglesias, y las que estaban hechas Mezquitas, las hizo purificar, y bendecir de nuevo, poniendo en todas a costa de sus espensas famosos Predicadores, que enseñassen, y predicassen la Doctrina Christiana, y que los Divinos Ritos se observassen inviolables. Recogia con cuidado todos los libros Sagrados de donde quiera que podia haverlos, para que los Fieles tuviessen en que aprender, y para que el Barbaro no los profanasse. A las Iglesias pobres socorria con sus rentas, dandolas ornamentos, y lo demàs necessario. Como a Oraculo, y como a asylo de la Religion, se acogian a èl de todas las Provincias los Christianos q̃ podian escaparse de la opresion de los Barbaros. Alhagabalos a todos como padre, no soberano qual Rey, pudiendo con èl mas la mansedumbre, q̃ la Magestad. Què se podia seguir pues, a tãta virtud, sino una buena vejez, y una buena muerte, como a nuestro David? Cargado de años (setenta y quatro le contaba el tiempo (estando en la Villa de Cangas con su casa, y Corte, le cogiò la muerte, no descuidado, sino biẽ apercibido. Recibiò los Sacramentos con notàble devociõ despidiòse con ternura de sus hijos, encargòles a los Grandes la lealtad, y firmeza: mandò q̃ le sepultassen al lado de su muger, y diò el alma a su Criador el año de setecientos cinquenta y siete, con transito tan feliz, que al passo que todos los suyos abreviados en la Iglesia levantaron las voces

al

nian del Cielo tantos bienes, y que a Dios, y a sus Santos les debian tantas honras; todo era acudir a las Iglesias, visitar los Templos, y hacer acciones de gracias. Grande imitador de nuestro gran David, èl le imitarà en la muerte. Considerando, pues, que la Iglesia de San Juan Baptista, donde estaba el Panteon, y sepulcro de los Reyes, estaba maltratado con las guerras, deslucida con el tiempo (que antiguedad, y vejez todo lo consume) tratò de repararla, y hacerla mui primorosa. Instòle tambien a ello la Reina su muger, que como consorte de Rey tan zeloso, le imitaria en el buen zelo. Comenzòse, pues, el Templo con todo cuidado, y para mas engrandecerle, procurò adornarle con las mayores Reliquias que pudiesse. En especial, sabiendo que en Sevilla estaba el cuerpo de Santa Justa (aquella famosa Alfaharera, que a labrar vasos de barro le enriqueciò de virtudes, y sin que el oficio la desdore, es estimada de Reyes) tratò de llevarle a su nueva Iglesia, rescatandole del Moro por el mayor precio que pudiesse. Tenian aquellos Barbaros en tanta veneracion, y estima las Reliquias de los Santos, que estaban en su tierra, por ver el culto, y reverencia que les daban los Fieles, que no avia oro, ni plata que estimassen en tanto. Con todo el Rey Don Fernando escriviò al Rey Benabet, pidiendole en recompensa de haver cessado en las armas, y hechole su amigo, le concediesse el cuerpo de aquella Santa. Fueron con este mensage, no menos que dos Obispos, el de Leon, y Astorga, y otros Grandes. Vino Benabet en ello: pero en la execucion huvo algun intervalo, y al parecer Divino, no siendo voluntad de Dios que desamparasse el cuerpo de su Justa la Ciudad laureada con su sangre, plegarias quizà comunes de los Ciudadanos fieles, que se conservaban alli oprimidos del Barbaro. En sueños, pues, se apareciò al Obispo de Leon, el Doctor de las Españas, y Arzobispo de aquella Ciudad famosa, San Isidoro, y amonestòle con credito divinal, que a trueco del cuerpo de Santa Justa llevasse el suyo a Leon. Diòle las señas de la parte adonde estaba, que era en Sevilla la Vieja. Hallaronle alli: diò cuenta el Obispo al Rey, que alegre con las nuevas mandò que se le llevassen. Obrò por el camino milagros exquisitos, y en las partes que hizo noche, a devocion suya, le erigieron Tem-

Templos. Quando llegò cerca de Leon, ſaliò el devoto Rey a recibirle con ſus hijos junto al Duero. Deſpoblòſe aſsimiſmo la Ciudad alborozada, y alegre a ver la entrada. Los Pueblos comarcanos poblaron los caminos, con numeroſo gentio. El Rey, y los Infantes a pie, y deſcalzos (notòſe eſta devocion) tomaron ſobre ſus ombros las andas, y las llevaron haſta la Igleſia de S. Juan, donde colocaron el cuerpo del Santo en un mageſtuoſo ſepulcro, labrado con gran primor, a cuya cauſa ſe mudò la advocacion de aquella Igleſia, llamandoſe deſde alli de San Iſidoro.

En eſtas obras ſantas gaſtaba el tiempo el famoſo D. Fernando, mientras las armas gozaban del ocio, quando ciertos accidentes, emulaciones quizà de nueſtra nacion, le puſierõ en cuidado. De parte de los Padres del Concilio, que con orden del Papa Victorio II. ſe celebrò por entonces en Florencia a inſtancia del Emperador Henrique, Segundo de eſte nombre, le embiaron a requerir que ſe allanaſſe a dar la obediencia al Imperio Aleman, como los demàs Principes Chriſtianos, y que ſobreſeyeſſe el titulo de llamarſe Emperador de Eſpaña. Hallòſe el gran Rey confuſo, viendo que el negocio era grave, y que en el negar, ò conceder havia inconvenientes. Para no errarlo por sì, juntò Cortes en Leon. Hizo la propueſta a los Prelados, y Grandes, y dividieronſe en pareceres: los mas cuerdos ſe inclinaron a la paz, diciendo, que no era bien deſazonar al Pontifice, ni meter en Eſpaña nuevas guerras. Los mas oſſados dixeron que era gran mengua ſugetar la cerviz a ageno imperio, quando la libertad de que gozaban era adquirida a coſta de ſangre propria. Todavia ſe hallaba el Rey perplexo, y para reſolverſe hizo arbitro de los dos pareceres al mas valiẽte Rodrigo, al que en edad juvenil, a esfuerzos de ſu brazo, adquiriò por excelencia el titulo de Señor (llamandoſe Cid, que ſignifica lo miſmo) comunicò el Rey ſu aprieto y èl con mucho deſahogo, alegò tantas razones en favor de la libertad, que no ſolo a los que ſeguian ſu rumbo los reviſtiò de brios, ſino a los que cejaban cobardes, les traxo a ſu ſentir. Reſpondieron, pues, al Papa que nunca Eſpaña havia tributado ſujecion a Imperio alguno, y que aſsi fueſſe ſervido oirlos en juſticia, ſin dar lugar

à que con las armas defendiessen su derecho.

No fue la respuesta solo de palabra, antes bien acompañada de un gruesso Exercito, con que el Cid por General passaron los Pirineos, y llegaron a Tolosa. Amainò el Emperador en la demanda, viendo el orgullo Español, con que el Legado que embiò el Pontifice, oidas ambas partes, diò a España por libre, y por exempta de reconocimiento, ò vassallage. Toda esta honra, y grandeza se Debiò al Rey D. Fernando, y al famoso Cid Rui Diaz.

Quebrantado con las muchas guerras, y cargado de años se hallaba ya este esclarecido Principe, quando se le apareciò en sueños S. Isidoro su devoto, y le dixo, que ordenasse las cosas de su alma, porque moriria presto. Con este aviso ordenò su testamento, tratando contentar à todos sus hijos por no dexarlos discordias. Erròlo mas por donde entendio acertarlo; que esto tienen los humanos juicios, no saber en lo que aciertan. Tenia D. Fernando de su muger la Reina Doña Sancha cinco hijos. La Infanta Doña Vrraca, que fue la mayor. El Principe D. Sancho, y los Infantes, D. Alfonso, D. Garcia, y Doña Elvira. Amabalos a todos tiernamente, y al modo que su padre quiso dexarles Estados, y Coronas, sin que bastassen a torcerle los cuerdos consejos del viejo Arias Gonzalo, hombre de mucha experiencia, y que sintiò mal de la division. Dexòle, pues, a Don Sancho, como Primogenito, el Reino de Castilla, que era el mejor bocado, y lo que le tocaba por herencia, añadiendole de mas a mas las Plazas que avia ganado en Navarra. A D. Alonso dexò el Reino de Leon con lo de Asturias, y a D. Garcia le diò a Galicia con lo que avia ganado en Portugal. A Doña Vrraca diò la Ciudad de Zamora, y a Doña Elvira la de Toro. Mas se ha de reparar, qua estas dos Ciudades eran de el de Leon, y las alargò con mucha bizarria Don Alonso, por la qual su padre le echò mil bendiciones.

Apretado ya el Rey de su dolencia, se hizo llevar a Leon, que esto de morir en su cama, y en su casa, es hasta en un Rey gran dicha. En una silla de manos le llevaron a porfia, mudandose a trechos los principales, y nobles. Tan grangeadas tenia las voluntades. Llegò, pues, a Leon a primero de Enero del año que se contaba 1075. Visitò con mucha

cha devocion el cuerpo de San Isidoro, pidiendole con muchas lagrimas le alcanzasse de Dios una buena muerte Aunque se sintiò mui agravado de su enfermedad, assistiò la noche de Navidad a los Maitines en aquella Santa Iglesia, cantando con el Clero, en el modo que su achaque le daba lugar.

Venida la mañana, comunicò a los Obispos, aquellos que al parecer avian concurrido a visitarle, y haciendo que celebrassen Missa de Pontifical, recibiò en ella el Viatico Divino con mucha devocion, y al dia siguiente, juntos Prelados y Grandes, se hizo llevar a la misma Iglesia vestido con sus atavios Reales, Purpura, Cetro, y Corona, y postrado en tierra delante del Altar mayor, y sepulcro de S. Isidoro, levantò la voz, y mezclada en ternuras, y sollozos, le dixo a Dios estas palabras (leidas, y aprendidas en David) *Señor mio Jesu Christo, y Dios de mi alma, vuestra es la potencia, y vuestro el Reino vos sois Señor sobre los Reyes todos, y à vuestro Imperio estàn subordinadas, y sujetas todas las cosas: y assi este Reino que recibi de vuestra mano os le restituyo humilde: suplicandoos solamnete, que recibais mi alma en vuestro descanso eterno.*

Dichas estas razones, que sacaron lagrimas muchas de todos los circunstantes, desnudòse las Reales vestiduras, y vestido de silicio, y derramando ceniza sobre su cabeza, recibiò alli la Extrema-Vncion de mano de los Obispos, y vuelto a su cama, muriò a otro dia a las doce, dia de S. Juan Evangelista, entregando su alma Santa al Soberano Señor de Cielo, y tierra, aviendo reinado quarenta años, al modo que David, que hasta en esto quiso parecerle. Doce años en Castilla en vida de su padre: otros doce despues de muerto, y los diez y seis restantes en Castilla, y en Leon. Yace sepultado en la Iglesia de San Isidoro de aquella Ciudad, donde està tan venerado, que todos los años se celebra fiesta al modo que a los Santos, que es cosa particular el tolerarlo la Iglesia, atencion bien debida a Rey tan grande. No piense, pues, David, que ha de ser solo èl el que sepa bien morir, quando ay Reyes tan grandes de Castilla, que sino le aventajan, le igualàn por lo menos. Passemos a otro Fernando, que en nada se quedò atràs.

EXEMPLO TERCERO.

Autores desta Hist. el Arzobispo Dō Rodrigo en su Chr Hisp. l. 9. c. 5. usq. c. 18. Cast. en su hist Got. l. 4. disp. 9. Illesc. en su Pont. 1. p. l. 5. c. ult. Maria. en su hist. de Esp. 1. p. l. 12. y 13 hasta. cap 8.

QVitò la vida en agraz al Rey Henrique el Primero un fracaso lamentable, en la Ciudad de Palencia, una teja, que cayendo de un tejado le hiriò de muerte. Fue causa esta desgracia, que heredasse la Corona de Castilla Doña Berenguela su hermana, Reina de Leon, aunque apartada del marido por causa del parentesco. Tenia dèl quatro hijos, y era el mayor D. Fernando, que con su padre se hallaba en la Ciudad de Toro, al tiempo que la gran Reina le sacò con maña de su poder; para el Cetro, renunciandole ella en su cabeza. Con oposicion de Rey Alfonso su padre, y de algunos Señores que seguian su pretexto, fue alzado por Rey de Castilla D. Fernando en Valladolid, siendo de edad de diez y ocho años, segun lo mas cierto. Con el buen lado de su valerosa, y santa madre, hembra de las mas famosas que conociò Castilla (y de quien tengo dicho mucho en mi primera Parte) comenzò el santo Rey (demosle este titulo desde luego) a ir disponiendo sus cosas, a sossegar los motines, a grangear las voluntades, a hacerse querer de todos. Havia mamado en la leche (porque no le avia fiado la Reina de otros pechos) muchas virtudes, benignidad, mansedumbre, modestia, templanza, fortaleza: y como el buen alimento engendra buena sangre, assi D. Fernando, como bien alimentado, engendrò buenos aciertos. En lo mas tēpestuoso de las parcialidades, le quitò Dios de delante a los Señores de Lara, el Conde Don Alvaro Nuñez, y su hermano Don Fernando, que eran los mas poderosos en aquella era D. Alvaro muriò en Toro, y D. Fernando se passò a Africa, donde muriò tambien. A falta de estas cabezas, se fueron dando al Rey todas las Plazas. La que se quiso hacer fuerte, fue reducida con brios.

Apoderado Don Fernando de su Reino, sossegados los bullicios, y algo quietas las invasiones de su padre, tratò de casarse, buscandole su madre una muger a gusto, cuerda avisada, y atenta. Esta fue Doña Beatriz, hija de Felipe, Emperador que avia sido de Alemania, y prima de el Emperador Federico Segundo, con quien se ajustò, y tratò este ca-

samiento. No falta quien diga, que era esta señora hija de Felipe Rey de Francia, mas lo dicho es lo mas cierto. Con aparato Real, con fiestas, y grandezas, se celebraron las bodas en Burgos, felices por muchas causas. Huvo una cosa especial, que el dia antes, a la Missa Mayor, que la dixo de Pōtifical el Obispo Mauricio, se armò el Rey a si mismo Cavallero a la antigua usanza de Castilla. Y por no aver persona mas digna que hiciesse la ceremonia, fue acuerdo la hiciesse èl mismo. Siete hijos tuvo el Rey deste matrimonio, cinco varones, y dos hembras. Don Alonso el Mayor, que fue al que llamaron Sabio (cuya historia dexamos referida en la primera parte: en los exemplos añadidos, al titulo de Principes perseguidos.) Luego D. Felipe, D. Sancho, D. Manuel, Doña Leonor, y Doña Berenguela, felices las dos, pues la una en edad tierna fue a ser Angel en el Cielo, y la otra Religiosa, muriò Angel en las Huelgas.

En desocupandose el Rey de los embarazos de sus bodas, se diò a mirar por el gobierno, procurando, que no huviesse en su Corona quien no tratasse de paz. Y como el exēplo de los mayores, es la mayor persuasiva, comenzò a obrar por si mismò, perdonando con Christiano pecho a todos los que alborotados se le mostraron rebeldes, negandole la obediencia. Al mismo tenor mandò, que en todos los pueblos se perdonassen las parcialidades, las unas a las otras, los agravios recibidos, de suerte, que quedasse extinguido todo rencor, y encono. Què mandato tan ajustado, y recto! Tan util al bien comun! Al fin, como de un Rey Santo. Para cabezas de las Ciudades, y Villas, Corregidores y Alcaldes, mandaba, que nombrassen los mas desinteresados, los mas virtuosos, y los mas atentos. No valia alli el poder, ni el favor: el merito, y la virtud podian solamente. Para deshacer agravios, y oir de justicia a los quexosos, instituyò un Consejo supremo de doce Oidores, que desde entōces, con aumentos tantos, con tanta soberania: y Magestad le han conservado, y conservan los Reyes de Castilla, y Monarcas de España. Deste gran Rey, pues, saliò tan Real Consejo, con que pueden ufanarse sus supremos Senadores. Fue assimismo cuchillo del herege, haciendo castigar con severidad notable a los q̄ delinquian en la Fè. Por mas que su natural

ral era benigno, en tocando al culto de la Religion se revestia de rigores.

Sentadas las cosas de el Govierno, quiso Don Fernando dar muestras de valiente, ocupandose en las guerras contra el Moro. Hizo arbolar Vanderas por todo el Reino, y que al sòn de las caxas, se juntasse un gruesso exercito, con el qual se entrò por la Andalucia. Mahomad, Rey de Baeza, le cobrò tanto miedo, que por medio de sus Embaxadores le rindiò las armas, y le entregò la Ciudad, pidiendo misericordia. Tuvola con èl nuestro Rey, tomando para sì el Castillo, y Fortaleza, dexando al Moro la demas Ciudad, debaxo ciertas condiciones de pagar cierto tributo, y de acudir a todos los llamamientos con dineros, y gente. Hicieronse estos asientos en Guadalimar, y de alli se puso el Rey sobre la famosa Villa de Quesada, la qual por estàr bien proveìda hizo notable resistencia: mas saliòle bien al rostro, pues entrada por fuerza le passaron a cuchillo a sus soldados, y a todos los demàs que no eran para tomar armas, llevaron prisioneros, llegando el numero a siete mil. Causò tanto pavor en los Pueblos comarcanos este destrozo, que los unos se rendian, y los otros dexando las casas yermas se huian la tierra a dentro. Cargado el Rey de despojos, rico, y triunfante se volviò a Toledo, donde con las Reinas, su madre, y esposa solemnizò sus triunfos. Y apenas passò el Invierno, quando volviò a continuar la guerra por la misma parte, siempre ganoso de acabar con la Morisma. Tomò desta vez a Andujar, à Jodar, y a Martos, Plazas todas mui considerables. Al año siguiente se puso sobre Jaen, despues de haver avassallado, y rendido la Ciudad de Loxa, y Fortaleza de Priego. Los de Alambra, Pueblo tambien fuerte, desamparandole del todo, se acogieron a Granada. Vuelto el Rey a invernar a Toledo, los soldados que quedaron en Andujar con el Maestre de Calatrava, corrieron, y talaron los campos, y Olivares de Sevilla, haciendo un notable estrago en las esquadras de Moros, que salieron à impedirlos. Corria el año de 1227. quando los Moros de Baeza se rebelaron, procurando a fuerza de assaltos tomarse su Castillo. Defendieronse mui bien los Castellanos, hasta que el Rey Don Fernando acudiò, con un gruesso exer-

exercito. No fue necessario mas de llegar a la vista, para q̃ el Barbaro, desamparada de todo punto la Ciudad, se fuesse huyendo. Poniendo alli por Governador a Don Lope de Haro (premio mui debido a sus servicios) se volviò el Rey à Toledo.

Con nuevos brios volviò el Rey a proseguir la guerra de Andalucia por los años de 1230. Sitiò segunda vez a Jaen; y aunque la apretò con muchos, y continuos assaltos, no pudo tomarla; por no perder tiempo se puso sobre Daralherza, quando le llevaron las nuevas de la muerte de su padre Don Alonso, Rey de Leon: y como por el odio que le tuvo siempre (falta con que desluciò sus hazañas, y proezas.) nombraba por sucessores a aquella Corona las Infantas sus hijas, Doña Sancha, y Doña Dulce, havidas en Doña Theresa su primera muger, sin hacer caso de Don Fernando, que tanto lo merecia; acudianle mensages cada dia de parte de la Reina Doña Berenguela su madre, y de los Grandes del Reino, para que postpuestas todas las cosas, se partiesse a Leon con toda diligencia a assegurar su derecho Con sentimiento harto de dexar la guerra huvo de seguir lo que bien le aconsejaban. Viòse de passo con su madre en la Villa de Orgàz, y tomando alli su acuerdo, se partiò al Reino de Leon; y hallòlo todo llano a su obediencia. Coronòse en la Ciudad de Toro, tymbre de los mas famosos, que obstentan sus Ciudadanos, y honra bien debida, pues fueron los primeros que se mostraron firmos, y leales. Contentò a las Infantas sus hermanas por la cesion que hicierõ de el derecho, y de esta suerte se unieron tercera vez las dos Coronas de Leon, y Castilla, atadura que ha durado siempre, y que la prospere Dios eternos siglos.

Mientras el Santo Rey se detenia en visitar el Reino nuevo, donde haciendo mercedes iba avassallando volnntades encargò la guerra al Arzobispo de Toledo Don Rodrigo, hombre de los mas famosos en letras, habilidades, y govierno que ha tenido España. Casi en todas las guerras se hallò al lado de su Rey. Ofreciòle el Rey para sì la Villa de Quesada, con que la recuperasse del Moro, que havia vuelto à ganarla. Puso el Arzobispo tan buena diligencia, q̃ no solo a Quesada, sino a Cazorla, Niebla, y a otras Villas,

las sacò del poder del Barbaro, Alborozado el Rey con tan felices progressos, tratò de acudir personalmente a perseguirlos. Dexòse a la Reina su muger en Toro, para que con su vista estuviessen los Leoneses pacificos, y quietos, y con formado campo volviò a la Andalucia, y pusose sobre Vbeda; Combatiòla grandemente hasta tomarla. La alegria de la victoria se turbò con la muerte de la Excelente Reina Doña Beatriz, que falleciò en la Ciudad de Toro. Sintiò el Santo Rey el rompimiento de nudo tan estrecho, y tan del alma, lo que se puede considerar en dos caros consortes que se aman, y se quieren. Diò la vuelta a Leon, porque no ocasionasse aquella falta algunas alteraciones en el Reino. Con su presencia lo dexò todo tan quieto como se estaba.

En la Ciudad de Leon se hallaba nuestro gran Rey, quando le llegaron avisos mui aprissa, de como sus soldados se avian entrado en Cordova, teniendo por suyos parte de los Arrabales, y esperaban el socorro, para que no se les malograsse principio tan honroso. Acudiò el Rey con toda diligencia, sin que el tiempo desabrido, ni camino tan largo le amedrentasse su animo valiente. Con poca gente marchaba a la ligera, dexando orden en todos los Lugares le fuessen siguiendo a Tropas. Pusose, en fin, sobre aquella Ciudad celebre, y famosa, madre de tantos ingenios, taller de valentia silla de tantos Reyes, y archivo de la nobleza. Sin derramar sangre, solo con sitiarla, y soplar favorable la fortuna, desbaratando la industria de Don Lorenzo Suarez, los designios de Vbenhur, Rey Moro de Granada, de iba a socorrerla, se tomò esta gran Ciudad el año que se contaba 1236. dia de las dos pilastras, y columnas de la Fè S. Pedro, y San Pablo: que tan noble ganãcia fue razon que se hiciesse en dia tan noble. Consagròse en Iglesia aquella gran Mezquita, obra la mas primorosa de España, y entendido el Santo Rey, que las campanas, que servian de lamparas en la tal Mezquita, eran de la Iglesia de Santiago, y que avia docientos, y sesenta años, que en ombros de Christianos las hizo traher Almãzor a aquella parte, mandò restituirlas a su misma Iglesia, y que fuessen llevadas en hombros de los Moros, justo, y honrado despique de la befa que havia hecho.

Rey

Rey de Cordoba, y Baeza añadiò el famoso Rey a sus Reales titulos, quando por consejos de su santa madre la Reina Doña Berenguela, se casò segunda vez con Doña Juana, hija del Conde de Potiers, ù de Pontis, de la Casa Real de Francia. Celebraronse las bodas en la Ciudad de Burgos con regocijos, y fiestas, y por complacer a la nueva esposa y cortejarla, fue visitando con ella las mejores Ciudades de sus Reinos. Hasta aqui llegò el Arzobispo Don rodrigo con su Historia.

No tenia el Santo Rey un rato ocioso: mientras descansaba en la guerra, se daba con toda solicitud a cuidar de las cosas del govierno. Especialmente se esmeraba en sentenciar los pleitos de los pobres, porque no los atropellassen los poderosos. Con tan lindo semblante daba audiencia al desvalido, com al mas adelantado. A todos los escuchaba como padre, al passo que todos lo respetaban Señor. Su apacibilidad, y mansedumbre era imàn de corazones. Atraìa, y arrastraba voluntades, con que era dueño de todo A fuerza de sus mismas virtudes, ganaba el titulo honroso de Santo que le daban. Aplaudido, querido, estimado se hallaba en Burgos por el año de 1240. quando una dolencia grave le impidiò la jornada de Andalucia. Afianzòla empero, en el Principe Don Alonso, que yà joven gallardo, al passo que entregaba a las letras el ingenio, daba las manos al manejo de las armas. Con lo sabio juntò Don Alonso lo valiente: y asi tomando el baston fue marchando hasta Toledo, donde para principio de sus proezas, le llegaron Embaxadores del Moro de Murcia, llamado Hudiel, que por estàr oprimido de Alhamar Rey de Granada, ofrecia de voluntad aquel Reino al Rey D. Fernando, solo porque le defendiesse de su enemigo, y le dexasse la mitad de las rentas Reales por su vida: la ganancia era tan grande, y tan honesto el partido, que sin aguardar consulta de su padre (que en lances como estos nunca los Generales han de aguardar consulta) se partiò D. Alonso para Murcia muy a la ligera, temiendo que los Moros, por ser inconstantes de su naturaleza, no mudassen parecer. Llegò a Chinchilla, y à Hellin, las primeras Plazas del Reino, y fortalezas famosas en aquella era, si ya oy desmoronadas, y pobres, y sin repugnan-

nancia alguna se le ofrecieron rēdidas. Las de menos cuenta fueron haciendo lo mesmo. En Murcia le hizo el Moro la entrega, y capitularon lo tratado, y desde alli partiò el Principe por la posta a verse con su padre, que ya combaleciente le topò en Toledo el qual alborozado con las felices nuevas quiso para mas assegurar aquel concierto, visitar tambien à Murcia. Vsanese este Reino al modo que Sevilla, pues merecieron sus Plazas, y Castillos, que el Rey Santo las honrasse.

Bolvieronse el Rey, y el Principe à Burgos, y al cabo de dos años les fue fuerza baxar a socorrer los nuevos Reynos. El Rey à la Andalucia, y Don Alonso à Murcia. Ambos se entretuvieron muy bien, el Rey tomò la Ciudad de Arjona * con otros muchos Pueblos, sitiò a Granada, y el Principe rindiò a Mula, y otras plazas que havian estado rebeldes à la entrega. Ya corria el año de 1243. quando à persuasion de Don Pelayo Correa, Maestre de Santiago, puso el Rey cerco a Jaèn, una de las mejores Ciudades de la Andalucia, y fuera de Granada, la mas inexpugnable por lo fuerte de su rio. Muchas veces avia intentado el Rey ganarla, y nunca havia hallado camino. Hallòse en esta ocasion por causa del alboroto del bando de los Oysimeles, que en Granada se bolvieron contra su Rey Moro; y temeroso el Barbaro de perder la vida, se fue à los Reales de nuestro Rey Don Fernando, y se puso debaxo de su proteccion, ofreciendo partidos mui honrosos, y uno de ellos, qne haria que se entregasse Jaèn, y que las rentas del Reino de Granada serìan partibles, y que acudiria à las Cortes, y comunes llamamientos, como feudatario suyo, porque le defendiesse, y amparasse de sus emulos. Està fue la causa que se entregasse, y se ganasse Jaèn, que sino fuera impossible, pues ocho meses de cerco apenas la tenian con cuidado. Concertabasele todo bien al Rey famoso, añadiendo cada dia à sus tymbres nuevos Reinos, y Coronas.

*Ciudad la llama el P. Maria. Alõso Lopez en su Nobiliar. la llama Villa.

Viendo, pues, nuestro gran Rey hecho feudatario suyo al Moro de Granada, y que segun las muestras, parecia que andaba mui leal, levantòse el espiritu à tentar la toma de Sevilla, Corona, y Cabeza de España, por mas que la emulacion quiera impedirlo. Anhelando en estos deseos consultò à sus Capitanes, hallòlos ganosos de la empressa.

Llamò al Rey Moro en su ayuda; ofreciòsela leal, y pospuesta toda dilacion, y qualesquier negocios, juntò todo su poder, y publicò la guerra. Dividiò el Exercito en tres trozos. General de el uno, el Maestre de Santiago, que con impetu brioso comenzò a ir talando los campos de Sevilla. Por Cabos del otro iban el Rey Moro, y el Maestre de Calatrava, que en los Campos de Xerez hicieron notables daños Con el tercer batallon se quedò el Rey para acudir a la parte que tuviesse mas necessidad. El Principe Don Alonso se fue a residir a Murcia, para que el Moro no se rebelasse. Casòse en este interin con Doña Violante, hija del Rey Don Jaime de Aragon, para componer ciertos debates sobre las rayas, y terminos de las dos Coronas. Las bodas se celebraron en Valladolid con aparato Real, mas no pudo hallarse en ellas el Rey Don Fernando, por no apartar mano de lo de Sevilla.

Por el mes de Agosto del Año de 1247. comenzò a sitiarse. Por la parte del campo de Tablada assentò el Rey sus Reales, y el Maestre de Santiago de la otra parte del Rio. Sobre impedir las fortificaciones huvo muchas escaramuzas, y refriegas con los Moros que salian de la Ciudad, temerosos de su daño. Bolvian siempre con lo peor, maltratados, y corridos. El Rey Moro de aquella Ciudad, llamado Axatafe, se avia pertrechado grandemente de municiones, gente, y bastimento, para poder defenderse, y resistir, por mas dilatado que fuesse el cerco. En harto cuidado se hallò el Santo Rey metido, viendo que ni la armada que tenia por el mar, ni el Exercito por tierra, bastaban a amedrentar a los cercados con diez y seis meses de cerco. Muchos Prelados, y Grandes acudieron a assistirle con la gente que pudo cada uno. Los principales fueron los Obispos de Cordoba, Coria, y Santiago. Los Maestres de Calatrava, y Alcantara: los Infantes Don Fadrique, y Don Henrique: fuera de estos, Don Pedro de Guzman, Don Pedro Ponce de Leon Don Gonzalo Gyron, y otros muchos Señores, y Cavalleros. Con esfuerzo, y valentia, despues de haver roto la puente de Triana, comenzaron a combatir la Ciudad por todas partes. Vnos con escalas se abalanzaban al muro, otros con los ingenios de batir, desportillaban, y hendian

puer-

puertas, murallas, y lienzos. Fue tal la bateria, tales los assaltos, que sin poder ya el Moro resistirse, haciendo señas de paz pidiò partido. Salieron Embaxadores a tratar de los cōciertos, y en el interin cessaron los combates. Ofrecieron al principio, porque el Rey les dexasse en su Ciudad, todos los tributos que solian pagar a los Miramamolines. Desechada esta condicion, daban demas de las rentas la mitad de la Ciudad, y que echasse por medio una muralla. Nada le llenaba a nuestro Santo Rey, menos que quedar dueño de todo. Saliòse, en fin, con ello, concediendole al Moro, y à los suyos, que saliessen libres adonde mas gustassen, y se llevassen consigo todas sus alhajas, y preseas. Cien mil Moros, varones, y mugeres, salieron de Sevilla, parte de ellos se embarcaron para Africa; y los demàs se derramaron por otras Ciudades de España. Con publica Procession, con mucho aparato, magestad, y pompa entrò el Santo Rey en la famosa Ciudad, en cuya Iglesia, que es la mas grande q̄ tiene España, despues de haverla bendecido el Arzobispo Don Gutierre, oyò la primera Missa con el jubilo, y contento que puede imaginarse.

Laureado de victorias, y coronado de triunfos, llegò el Santo Rey a los ultimos tercios de su vida, aunque en edad no madura, pues solos cinquenta y tres años, y no cumplidos, le contaba el tiempo. Treinta y quatro años, y once meses avia reinado en Castilla y veinte y dos en Leon agregando a estas Coronas su valor, y esfuerzo tantos Reynos, Ciudades, y Castillos como ganò del Moro. Y no ay duda, sino que los desarraigàra de España a no cogerle la muerte tan temprano. Mas guardabasele a otro Fernando este trofeo. Estando, pues, en su Ciudad de Sevilla (llamemosla por excelencia suya, pues a fuer de haverla ganado, le llevò mas el afecto) descansando en su Corte, en su Casa, en su Palacio, sin que al modo que nuestro David, le desvelasse ya ninguna pesadumbre, pues las guerras domesticas, y estrañas, gozaban de sana paz: quieto, y contento el de Aragon: Feudatario, y mui amigo el Moro de Granada: sus cinco hijos a la vista, Principe, è Infantes; su muger, al lado; los Grandes, y Señores assistiendo a su servicio (todo felicidad, y todo dicha, despues de

can-

tantas borrascas) estando, pues, en tan costosa quietud, le asaltò una dolencia, una fiebre aguda que le postrò en la cama, medio quizà de lo alto, para que pagasse el natural tributo, y fuesse al descanso eterno. Fuesse agravando el achaque, y conociendo el gran Rey que se moria, quiso que el titulo de Santo que le havian dado en vida sus virtudes, se manifestasse mejor al tiempo de su muerte. Supo disponerla, y supo disponerse tan Catholico, y atento que pudo ser dechado a todo Principe para ensayarse a morir. Leala el curioso con atencion mucha, y aprovechese tambien para su tiempo, que una buena muerte es leccion de desengaños.

Al entrar por la sala el Soberano, y Alto Sacramento, Viatico Divino, que le administraba Don Ramon, Arzobispo de Sevilla, se arrojò el Santo Rey al suelo desde la cama, y con un dogal al cuello, postrado ante la Cruz, le pidio perdon à Dios de sus pecados, enternecido, y lloroso, accion que convirtiò en lagrimas a todo el Palacio. En haviendo comulgado, dispuso su testamento. Nombrò por heredero de sus Reinos al Principe Don Alonso, encargandole mucho a la Reina Doña Juana, y a todos los Infantes sus hermanos. Al darle la bendicion, le diò muchos avisos, y por postre le dixo estas palabras: *Mirad hijo, como quedais rico de tierras y vassallos, y quedais señor de todas ellas, si en este estado en que yo vos las dexo, las supieredes mantener, sereis tan buen Rey como yo: E si vos ganaredes mas, entonces sereis mejor que yo; mas si de lo que os dexo perdieredes algo, no sereis tan bueno como yo.*

Estando yà para espirar, pidiò perdon con una humildad profunda a los que le asistian, quebrando los corazones de todos, y moviendolos a llanto. Tomando con ambas manos la candela, y clavando los ojos en un Crucifixo, le dixo con amor, y ternura estas razones: *El Reino, Señor, que me diste, y tantas honras con èl, te le vuelvo. Desnudo sali del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco à la tierra. Recibe, Señor mio, mi anima, y por los meritos de tu Santissima Passion, ten por bien de colocarla entre tus siervos.* Mandò luego a la Clerecia que cantassen las Letanias, el Te Deum laudamus, y rindiò a Dios el espiritu a treinta de Mayo del año que se contaba de mil docientos cinquenta y dos.

Mi

Mire nuestro David si supo este Santo Rey imitarle las acciones, y morir devoto, y arrepentido. Alborozese en la Gloria con Reyes que tan Catholicos siguen sus pisadas, y gloriesse Castilla con Reyes Davides, que peleando valientes en defensa de la Fè, murieron justos, y Santos. En la Santa Iglesia de Sevilla se hicieron las exequias, y se le diò sepulcro. El aparato fue celebre, el dolor comun, el llanto universal. Hasta el Rey de Granada, con ser Moro fue tan fiel en la amistad que professaba con el Rey Fernando, que para sus honras, y anniversarios embiaba todos los años à Sevilla à muchos de los suyos con cien blandones de cera blanca. Què mas se puede decir, si hasta Barbaros sin Fè, se hicieron à lo Christiano, dando culto, y reverencia a quien muriò tan atento? Por contemplacion de los curiosos pondrè aqui el epitafio que està en su sepultura, con el lenguage Castellano, que corria en aquella era; algo basto, mas donoso. Dice assi la Inscripcion.

Autores desta Hist. El P. Mar. en su Hist. de Españ. 2.p. en las adiccion. Illesc. en su Pon. 1. 2.p.l.6.c. 25. hasta el c. 30. Cal. en su hist. Got. en las adiciones. P. Joan. en su hist.

Aqui yace el mui honrado Rey Hernando, Señor de Castilla, y de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jaen, que conquistò toda España, el mas leal, el mas verdadero, el mas franco, el mas forzado, è el mas apuesto, e el mas granado, è el mas sofrido è el mas homildoso, è el que mas temia à Dios, è el que mas le facia servicio, è el q̃ quebrantò, è destruyò à todos sus enemigos, è el que alzò, è honrò à todos sus amigos, è conquistò la Ciudad de Sevilla, Cabeza de toda España, è passò en el postrimero dia de Mayo, en la era de mil docientos cinquenta y dos años.

EXEMPLO QUARTO.

CORone mi assumpto de bien morir, y de Rey que acaba bien, el mayor Monarca, que ha tenido el Orbe (nada lisongèo, quando lo mereciò todo) el mayor Señor que ha tenido el Christianismo, el mas Catholico Athlante q̃ conociò la Iglesia: El Capitan mas valiente, y mas temido de la Europa, y el mas Augusto Rey que ha venerado España, Carlos Quinto, Emperador, y primero deste nombre de los Reyes de Castilla, tronco excelso de los Monarcas Felipes, cuyas hazañas, cuyas proezas, y virtudes, si huvieran de

con-

còntarse por extenso, era poco campo todo un libro. Contentese mi Lector con una suma breve, que harè de sus principales hechos, y con vèr que para el caso viene ajustada à la de nuestro David su buena muerte.

Hijo de Felipo de Austria, y de la Princesa Doña Juana de Castilla, nieto por la via paterna del Emperador Maximiliano, y por la materna de las dos Colunas de la Fè, Don Fernando, y Doña Isabèl, Reyes Catolicos, naciò en la Villa de Gante, Cabeza de Flandes, el Gran Principe D. Carlos, que a los diez y seis años de su edad, cogiendole en Bruxelas, Cabeza del Ducado de Bravante, la nueva de la muerte del Rey Catholico su abuelo, comenzò a llamarse Rey de Castilla, y Leon, no obstante, que mientras viviò su madre, retirada en Tordesillas por su achaque, se guardò en las provisiones, y despachos, segun lo escriven algunos, el particular respecto por ser legitima heredera destos Reynos. Partiò, pues, de Bruxelas para España: arribò a Villa-Viciosa, y de alli fue a Valladolid a tener Cortes, donde con célebre pompa, por èl, y por su madre se alzaron los pendones, que es la ceremonia usada en Castilla en la coronacion de los Reyes.

Corria el año de diez y nueve de su edad, sobre el de mil y quinientos del Nacimiento de Christo Redemptor nuestro, quando estando en Barcelona le llegaron nuevas, mezcladas de tristezas, y alegrias, mezclas naturales de las humanas glorias; estas fueron la muerte del Emperador su abuelo, y la eleccion hecha en èl a la Corona Augusta. Suma felicidad de hallarse en años tan tiernos Emperador de Alemania, y Monarca de Castilla. Añadiòse a esta felicidad otras mas raras, que fue el descubrimiento de otro nuevo mundo, de otra España nueva, a diligencias, fatigas, y desvelos del grande Hernando Cortès, honra de Medellin, y gloria de toda España, pues por mas que dure el tiempo, no borraràn sus memorias todos los olvidos. Embiòle, pues, este Heroe insigne a nuestro nuevo Rey, y Emperador Don Carlos, la cessión de Montezuma, poderoso Rey de Mexico, y el mas rico de oro, y plata, que ha tenido el Orbe. Desuerte, que de los Imperios de ambos mundos llegaron casi juntos, y a porfia a reconocer por dueño al Gran Don

Car-

Carlos. Amontonadas Coronas se arrojaron a sus plantas. Pero como mientras mas feliz la dicha, sea mas grande la pension que cargan sobre ella las obligaciones, y cuidados, comenzaron desde luego a cargar tantos sobre nuestro Emperador, que a no tener los ombros tan augustos, le brumàra el peso.

Apenas partiò de España (y bien dicho para apenas) a tomar la possession del Imperio, recibiendo en Aquisgran la primera Corona, que es la de plata, de mano del Arzobispo de Colonia, quando por su ausencia se levantaron en Castilla aquellos tan nombrados alborotos, que llaman Comunidades, sin que los Governadores que quedaron del Reino (que fueron el Cardenal de Tortosa, Maestro del Rey, que despues fue Pontifice, con titulo de Adriano Sexto, el Almirante Don Henrique Enriquez, y el Condestable Don Iñigo de Velazco) bastassen a reprimirlos en mas de dos años que durò el levantamiento. Los robos, los homicidios las desgracias en que se ardia Castilla, las Ciudades, los Pueblos, y las casas, siguiendo unos a los Comuneros, otros a los Reales, no son para dichos, ni es para decir el cuidado que causaba a nuestro Emperador, siendo la remora otros no menores de la Italia para acudir al remedio. Pero como supiesse, que la cosa iba yà tan de caìda, que hasta las Ciudades mas principales, y Nobles, como Burgos, Toledo, Avila, Segovia, y Salamanca, Leon, Toro, y Zamora, acaudilladas en lo publico de hombres baxos (excepto Juan de Padilla, que era de lo mas ilustre de Toledo, casado con Doña Maria Pacheco, hembra tan varonil, que à falta de el marido, acaudillò en quanto pudo los Comuneros pretextos) y fomentadas a lo oculto de grandes personages. Todas estas, pues, como infinitos Pueblos, havian tomado las armas contra los Governadores, y los de su Real Consejo, que havian presso al Cardenal, y Governador Adriano, a muchos Oidores, ahorcado publicamente en Segovia al Regidor Tordecillas, echado por una ventana en Medina de el Campo a el Regidor Gil Nieto, apoderadose de la Reina Doña Juana, y de el Sello Real, echando de Burgos al Condestable, de Tordecillas a el Marques de Denia, de Dueñas a el Con-
de

de Don Juan de Palencia à Don Diego de Castilla, de Naxera al mismo Duque, de Salamanca a toda la Nobleza, y hecho al mismo tenor maldades, y delitos semejantes. Sabidas, pues, estas cosas por el Emperador, dexando por Vicario del Imperio a Don Fernando de Austria su hermano, apreſtò su viage para España. Llegò al tiempo que ya havian sido vencidos en batalla campal los Comuneros junto a Villar, y pressos, y castigados las principales cabezas, Juan Padilla, Juan Bravo, y Maldonado, que todos tres fueron degollados a veinte y quatro de Abril de el año que se contaba de mil y quinientos y veinte y uno, muriendo Padilla mui a lo Christiano (que en esto mostrò la nobleza de su sangre) y Juan Bravo algo sobervio, por parecerle moria sin justicia, pues al decir el Pregonero: Esta es la justicia, que manda hacer su Magestad a este hombre por traidor, dixo con gran denuedo: *Mentis, que yo nunca tal fui*. Y diciendo otros arrojos, se volviò a èl Juan de Padilla, y con mucha mesura, dicen, que le hablò estas palabras: *Señor Juan Bravo, ayer fue dia de pelear como buenos Cavalleros; yà oy no es tiempo sino de morir como buenos Christianos*. Palabras mui dignas de loar, y mui exemplares para nuestro assumpto, que aunque morir en un suplicio es muerte afrentosa, tambien en estos lances, es digna de estima una buena muerte. Mas infeliz la tuvo, ò se la dieron al Obispo de Zamora, principal atizador de estos bullicios, pues en la carcel de Simancas, donde estaba presso, el Licenciado Ronquillo, Alcalde de Corte, y bravo justiciero, dicen, segun fama, que le echò al cuello un cordel, y que nadie lo viò mas vivo, ni muerto. Muerte desdichada, y que al matador, que en un Christo de Dios manchò sus manos le acarreò mas desastrado fin para escarmiento. Ojo a lo que dexo dicho en mi primera parte acerca deste caso. *

* Veaſe la 1. part cap. 1. Exemplo 3.

Usò nuestro famoso Rey, y Emperador de su clemencia, dando perdon general a los Comuneros, excepto a los que se hicieron cabezas: que dexar en estos casos viva la mala semilla, no fuera piedad, sino rigor proprio. El castigo merecido, siempre fue virtud executarle, y quitar delante delinquentes desta traza, sediciosos contra el Rey, es limpiar de peste el Reino. Estas guerras intestinas ocasionaron al

Rey Francisco de Francia à despicar el encono, que tenia de no haver conseguido el Imperio en ocasion de nuestro Rey Don Carlos, metiendo sus gentes por Navarra, y apoderandose de casi todo aquel Reyno en son de restituirle à Henrique, hijo de Juan de Labrit, à quien con orden del Papa se le ganaron los Reyes Catolicos. En el Castillo de Pamplona, que quedaba solo por los Castellanos, sobre defenderle leal, y valeroso Iñigo, ò Ignacio de Loyola, Caballero ilustre de Guipuzcoa, fue mui mal herido de una bala demandada, que le quebrò una pierna. Esta desgracia, fue causa de rendirse el Castillo, y causa tambien feliz de que levantasse Ignacio el Estandarte Real de la Compañia de Jesus, siendo el Fundador de Religion tan heroyca, y ganando para el Cielo millones de almas, que de este, y del Nuevo Mundo acarrean cada dia sus grandes Predicadores.

Venciò nuestro Emperador la furia Francesa, bolviendo à su obediencia a toda Navarra, quando otros levantamientos mas sensibles, tocantes a la Religion Catolica, comenzaron a llamarle de Alemania. Fue el caso, que Martyn Luthero, escandalo, y turbacion de toda la Republica Christiana, iba sembrando su maldita seta, sin que las diligencias hechas por el Pontifice Leon Decimo de citarle para Roma, ni de convenirle ante el Cardenal Cayetano en Augusta, ni la junta hecha en Lypsia, Ciudad de Saxonia, donde fue cōvencido por el gran Theologo Juan Echio, ni otras muchas cosas huviessen sido bastantes a reducirle de sus errores. Por lo qual se señalò la Dieta, y Junta tan nombrada de Bormes, adonde se hallò presente nuestro Emperador con muchos Principes, y Grandes, Obispos, y Prelados, para condenar las proposiciones hereticas, y escandalosas de Luthero, el qual confiado en que el Emperador, por ser moço, y no muy afecto al Pontifice, avia de amparar sus desatinos, le escriviò una, y dos veces con sumissiones, y lisonjas. Mas la Catholica Columna, sin llevarse de su engaño, cerrò los ojos a todo lo que viò que disonaba al Catolico sentir. Mandòle comparecer personalmente, para que afirmasse, ò negasse quales eran sus articulos, y proposiciones; porque sus afectos, especialmente Federico, Duque de Saxonia, negaban ser de Luthero los libros hereticos, y escandalosos, que havia escrito. Para que compareciesse, le

le huvo de despachar el Emperador salvo conduto, negociacion de los que le apadrinan. Desde Vitemberga, Cabeza, y Corte del Ducado de Saxonia, fue hasta Bormes mui acompañado. Recibiòle el Emperador algo apacible, por mas assegurarle. Tratòse al punto del negocio, Confessò ser suyos los libros que andaban en su nombre, y con cautela pidiò se le diesse tiempo para afirmar, ò retratar lo que contenian. Huvo consulta entre los Principes si se le avia de conceder este termino. Juan Echio, Provisor General del Arzobispado de Treveris, gran Letrado, y que en nombre de la Junta hablaba con Luthero, le concediò en nombre de su Magestad veinte y quatro horas de termino para que se determinasse, y resolviesse. Bolviò el Herege al termino aplazado, y con arengas, y rodeos procurò escaparse de lo que hacia al caso. Entendiòlo Juan Echio, y mandòle, que dexados aquellos episodios, hablasse con resolucion en lo que preguntaban. Afirmòse en sus errores, negando la autoridad de los Sagrados Concilios; con que nuestro Christianissimo Emperador saliò de la Junta aquella tarde tan abochornado, y triste, que despues de aver cenado harto desabrido, recogiendose en su quarto, escriviò a todos los Estados de el Imperio un papel de esta sustancia:

Bien sabes (Imperial Senado, Principes, y amigos mios) que yo desciendo de la Christianissima Estirpe de los Emperadores de Alemania, por la parte de mi padre; y de la mui Catolica Alcuña de los Reyes Godos de España, por la de mi madre, y assimismo trahigo mi origen de los Illustrissimos Duques de Austria, y de Borgoña: Bien os consta, que todos estos Principes esclarecidos mis progenitores, permanecieron como buenos hijos en la obediencia de la Santa Iglesia Romana, procurando con todas sus fuerzas defender la Fè Catholica, las ceremonias Sagradas, y los Decretos, y Concilios de los Santos Padres. No sabeis, que quando murieron mis mayores, me dexaron, como por herencia, amparar, y defender la Religion Christiana, viviendo, y muriendo en ella: Hasta hoi, desde que empuñè el Cetro y me ciñì el Laurèl Augusto, he procurado no faltar à estas obligaciones, siguiendo las pisadas de los que me dexaron esta herencia. Por lo qual determino llevar siempre adelante este pretexto, protestando defender, y guardar todo lo decretado en el Sagrado Concilio de Constanza, y en los demàs Santos Concilios. Y pues averiguado, que solo este Frayle Martyn Luthero anda engañando por su propio parecer à la Republica Christiana, turbando la Religion, y escandalizando el Catholico sen-

tir (pues si se huviera de sustentar su opinion, fuera dàr à entender, que la Iglesia havia andado ciega por espacio de mas de mil y quinientos años.) Por tanto digo, que mi deliberada voluntad es de arriesgar todos mis Reinos, y Señorios, mis Estados, y mi Imperio, mi cuerpo, mi sangre, mi salud, ni vida, hasta estorvar que no passe adelante esta mala Seta: Porque seria mucho deshonor mio, y gran descredito mio, y vuestro (siendo como sois la flor de la nobilissima Nacion Alemana) no poner remedio à tiempo en estos males, quando nuestro principal blason es ser defensores de la Fè, amparo de la justicia. Ya oisteis la respuesta tan dura, como descortès, que diò Luthero en nuestra presencia, queriendo ser pertinaz en sus errores. Siento en el alma haverme tardado tanto en proceder contra èl, y assi estoi determinado à no escuchar jamàs à un hombre tan pernicioso. Y assi quiero, y mando, que salga al instante de mi Corte. Vuelvase à su casa, pues yà di salvo conducto. Pero avisole que no contravenga à las condiciones que alli se le pusieron, no predicando, ni enseñando cosa alguna de su Seta por los Pueblos dò passare, porque experimentarà mi rigor, y castigo: pues como he dicho, determino que se proceda contra èl, como contra un herege pertinaz. Lo que yo os pido, Principes, y amigos mios, es, que hagais en este negocio, como buenos, y Catholicos Christianos. Dada en mi Aposento, y escrita de mi mano à veinte y uno de Abril de mil quinientos y veinte y uno.

Carlos Quinto.

Quando este famoso Principe no huviera hecho mas que esta hazaña de mostrarse en años tan juveniles tan acerrimo defensor de la Fè, era merecedor de mil Laureles. Leyòse este papèl en la Junta, sin querer hallarse en ella el Emperador. Aplaudieronle los Catholicos, y mofaronle los Hereges. A instancia destos volviò el Emperador a dar Audiencia à Luthero. Estuvose pertinaz, con que se le mandò salir de Bormes, y de las tierras del Imperio dentro de un termino señalado: El lo acortò, partiendose otro dia para Vitemberga: Condenaronse en la Dieta, por edicto publico todos sus escritos, libros, y proposiciones, dandolas por hereticas. Henrico Octavo de Inglaterra escriviò un libro mui docto en favor de los siete Sacramentos de la Iglesia, que venia à

à ser contra el que escriviò Luthero entonces, de la cautividad Babilonica. Diòle por esto el Pontifice Leon titulo, y renombre de defensor de la Fè. Aprovechòse mal este Principe de lo mismo, que escriviò, pues poco despues, cayò en los errores Lutheranos, y llenò de heregias todo el Reino,

Volviòse nuestro Emperador a España, y desde Burgos le escriviò a su hermano Don Fernando, que con toda vigilancia se guardasse contra Luthero lo decretado en Bormes. Y en los años adelante, como corriesse la heregia en toda Saxonia, persiguiò al Duque Federico, y a todos sus sequazes, haciendoles cruda guerra. Premiòle el Cielo este zelo Catholico, dandole casi a un tiempo dos honras mui señaladas: la una ver a su Maestro el Cardenal Adriano (que fue quien quedò por Governador de España quando las Comunidades) electo en Sumo Pontifice, estando aun en Castilla (que fue una cosa rara.) La segunda, ver traer presso a Madrid de la Rota de Pavia al Rey Francisco de Francia (cosa tambien nunca vista, y que al modo q̄ la de Roncesvalles la lloraràn los Franceses lo que durare el mundo) Fue el Rey Francisco uno de los mas valientes soldados que tuvo aquella Corona. Desabrido con nuestro Emperador desde la eleccion, procurò darle guerra, apoderandose de casi toda Lombardia. Salieron a resistirle las armas Imperiales, y en la celebre batalla de Pavìa qnedò presso, y con maña, y diligencia (que ambas cosas mediaron) fue remitido a Madrid, y puesto en una Torre, que aun oy por trofeo se conserva estable. Traxole presso Carlos de Lanoy, Vir rey de Napoles, que fue a quien el Rey estando en la batalla derribado en tierra, y cubierto de espadas enemigas, se diò por prisionero, no queriendo darle esta gloria a Carlos de Borbon, como a quien infiel a su Corona, se havia passado a la parte del Cesar. Este Borbon, y el Marques de Pescara, con el Pontifice Clemente, porque Adriano viviò poco, sintieron infinito que Lanoy huviesse traido a España al Rey Francisco: porque de tenerle en Italia prisionero, esperaba cada uno sus conveniencias. Vino Borbon a Madrid a acusarle, mas no bastaron sus acusaciones a derribar a Lanoy de la gracia del Cesar.

Preso, pues, el Rey en la Fortaleza de Madrid, y sentido de

que el Emperador no le fuesse a visitar, cayò enfermo, y estuvo bien apretado. Humanòse entonces aquella gran Magestad, y fue a verle mui afable, y cariñoso. Bastò con su visita a darle la salud, como quien por el retiro causaba la dolencia. Trataronse los ajustes por medio de Madama Margarita Infanta de Francia, y hermana del preso, a quien la Reina su madre havia embiado para el caso. Con algunas condiciones honrosas, que las principales fueron, que desistiesse el Francès de la pretension de Milàn, de Genova y de Aste, y que restituyesse al Emperador a Borgoña; y que casasse el Rey con la Reina de Portugal Doña Leonor viuda, hermana del mismo Emperador, y que perdonasse a Borbon: con estas condiciones, pues, y con dexarse en rehenes de que las cumpliria a sus dos hijos mayores, Francisco el Delfin, y Henrique, fue puesto en libertad. Escapò tan picado, y tan sentido, que cumpliò mui poco lo capitulado. Quexòse el Emperador por cartas, y el Frances embiò un Rey de Armas a desmentirle, y desafiarle a hacer campo con èl cuerpo, cuerpo. Ventilòse el caso con los Grandes, y Estadistas, y aceptò nuestro Emperador valiente el desafio, y señalò lugar. Recatado, y cuerdo, no quiso el Francès abrir las cartas, ni dar audiencia al Rey de Armas, que fue de España para el efecto: las rehenes fueron rescatadas por dos millones de oro.

En Sevilla celebrò nuestro Emperador sus bodas con Doña Isabel, hermana mayor del Rey de Portugal, y el año siguiente, estando en Valladolid celebrando el nacimiento del Principe Don Felipe, enturbiaron estas alegrias las nuevas mas lastimosas, y tristes, que tuvo jamàs el Catholico Monarca; q̃ fue la temeridad sacrilega de Borbon, y de otros Capitanes, que sin guardar las ordenes del Cesar saquearon a Roma, profanando, y robando todas las cosas Sagradas, y teniendo al Papa como preso en el Castillo. Acabo Borbon herido de un mosquetazo al tiempo de arrimar la escala al muro, justo castigo de su atròz atrevimiento. Los demas Capitanes que ayudaron su pretexto, acabaron de alli a poco con muertes desastradas, è infelices. Sintiò todo el Christianismo este fracaso, y lloròle el Emperador como Catolico dãdo satisfaciones publicas de inocẽcia, y para desenojar al Papa casò a su hija Margarita, avida fuera del matrimonio con

cõn Alexandro de Medicis, sobrino del Pontifice, restituyendole a su Patria Florencia, con titulo de Gran Duque. Demas desto, passò a Italia a verse con èl en persona, y recibiò de su mano la Corona de oro. Entrò en Roma vestido de luto, para manifestar su sentimiento de la passada desgracia. Coronòse en Bolonia por estar los Romanos alcanzados, al passo que desabridos. Fue la coronacion la mas cèlebre, y pomposa que se ha visto. Volviòle el Ducado de Milàn a Francisco Esforcia, dandole por muger a Christerna su sobrina, hija del Rey de Dinamarca. Al Marques de Mantua le diò titulo de Duque: y al Duque de Ferrara le agregò por sentencia las Ciudades de Modena, y de Regio.

Dexada la Italia sossegada, passò a Alemania el Emperador, y hallòse en la Dieta de Augusta, para reducir a los hereges. Hizo luego instancia con los Electores para que nombrassen Rey de Romanos a su hermano D Fernando, Archiduque de Austria, Rey de Bohemia, y de Vngria, llevando ya la mira a renunciar en èl el Imperio. Quedò electo en Colonia, sin que el faltarle algun voto le estorvasse.

Corria el año de treinta y dos, quando el Turco Soliman juntò un Exercito de mas de quinientos mil combatientes, intentò apoderarse de Vngria. El Emperador entonces viendo la necessidad tan apretada, juntò todas fuerzas de Italianos, Españoles, y Alemanes, y hecho General assentò sus Reales en Viena para esperar al Barbaro, el qual con tener doblada gente, no se atreviò a romper en batalla, ni esperar la furia de nuestro invencible Marte. Volviòle las espaldas, y huyò a toda prissa.

Bolviòse el Emperador a España, por parecerle quedaban quietas las cosas de Italia, y del Imperio, quando a poco de llegado fue a pedir su proteccion Mulcasse, Rey de Tunez despojado de su Reino por aquel terror de Africa el Cosario Barbarroja. Pareciòle a nuestro Emperador hacer esta jornada en persona. Cosa harto de admirar para que se vea lo favorecedor que era este esclarecido Principe de la justicia, pues hasta un Barbaro, por ver que la tenia, le quiso arrimar sus ombros. Partiò, pues de Barcelona con una buena Armada. Abordò con feliz tiempo en el Africano suelo. Tomò por fuerza de armas la Goleta, Plaza fortissima: Ganò la Ciudad de Tunez: Esta la restituyò al

al dueño, y a la Goleta le dexò por suya con buena guarnicion. Diò la buelta a Sicilia arrastrando triunfos. Desde alli passò a Napoles, quando teniendo noticia de que el Rey de Francia, passados los Alpes, se avia apoderado de la Ciudad de Turin, Corte de los Duques de Saboya, y de otros muchos Pueblos, centelleando enojos se partiò à Roma, y delante del Pontifice (que ya era Paulo Tercero, por muerte de Clemente) y en presencia de los Cardenales se quexò de los rompimientos de paces del Francès, y arrebatado de colera, y enojo, le desafiò a que persona a persona saliesse con èl al campo. Siempre el Rey Francisco, aunque eran gran Soldado, huyò estos lances. Temiòle sin duda por mas valiente. El Emperador despicò su enojo entrandose por Francia, talando, y destruyendo hasta cercar à Marsella.

Pata concordar a estos dos Monarcas, publicò el Pontifice se hiciessen en Niva una junta, y una liga contra el Turco: Acudieron en persona el Emperador, y el Frances, mas no se vieron las caras: Recabaronse treguas por diez años. Y volviendose a España el Emperador, se viò con el Francès en Aguas Muertas, y hablaron mui largo de secreto. Muriò la Emperatriz en Toledo, pesar mui del alma para el Emperador: Y como los males nunca vienen solos, llegaronle nuevas al mismo tiempo de que Gante su Patria se havia rebelado: Pareciendole ser necessaria su presencia, para sossegar el alboroto, y sin dàr ocio al cansancio, apresſò la jornada para Flandes: Por ir mas aprissa atravessò por Francia, confiado que el Francès lo tendria por lisonja. Fue confianza arrojada, y assi lo conociò el mismo Emperador despues quando se viò en el Palacio de su contrario. De verdad, que se passò buenos miedos, pues huvo rumores, que querian restarle, que fuera una befa mui sensible. No obstante, que anduvo el Rey Francisco mui bizarrro, porque a sus dos hijos Henrique, y Carlos los embiò a la Raya de el Reino a recibirle, y èl mismo saliò a acompañarle desde Orliens a Parìs: Llegado a Gante apaciguò los motines con castigar los culpados: De alli passò a Alemania a hallarse en la Dieta de Ratisbona contra los Hereges: Baxòse despues a Italia, y tuvo hablas con el Pontifice en la Ciudad de Luca en que se tratò de juntar Concilio General.

Con

Con la mucha gana que tenia el famoso Emperador de quitar el mayor padrastro que oy tienen las Christianas Costas, que es la Ciudad de Argel, comunicado su intento en Genova con Andrea de Oria, apretò toda su Armada para la empressa. El Pontifice, y los mejores Capitanes procuraron dissuadirle de este intento, tanto mas por ser a boca de Invierno, mas no bastò nada para dexar de llevar adelante su designio: Arribò, pues, a quella arenosa playa, echò sus gentes en tierra, quando levantandose una tempestad bravosa, desbaratò la Armada, haciendose pedazos muchos vasos, y muchos yendose a pique. Los que estaban en tierra, y el Emperador con ellos, turbados, y confusos, viendose apretados de los peligros, tuvieron por mejor echarse al mar en las naves, y baxeles. El mismo Cesar depuesta la Magestad, andaba de una parte a otra ayudando a sus soldados. Compassivo, y cariñoso consolaba, y animaba a los tristes, y afligidos. Por la vida de cada uno arriesgaba la suya. Gritaba, y daba prissa a que se embarcassen todos. En fin, del mejor modo que pudo recogiò su gente, y volviò las espaldas al peligro. Con la mitad de la Armada menos arribò à Cartagena, y de alli marchò a Madrid con la mayor tristeza que tuvo jamàs, no tanto por la perdida, como por no haver quitado a España aquel padrastro.

Permitame el amor de la Patria lisongearla con su mayor trofeo: Digo, pues, que nuestro Emperador hizo en esta sazon noche en Hellin, honrando con su presencia lo ilustre de aquella Villa. Aposentòse en las casas de Lope Davalos, cuyos edificios, mas por la infelicidad del dueño, que por la injuria del tiempo, se ven oy tan arruinados, que apenas quedan vestigios, y señales: Y con no ir su Magestad entonces para gracias, como dicen, anduvo tã bizarro, y liberal con sus vecinos, que por su Real Privilegio los hizo essemptos a todos de aduanas, y portazgos: De mas a mas le diò un dia de mercado en la semana con singulares franquezas. * Al huesped, y a su muger Doña Mencia de Cuellar, les hizo otras nuevas honras, dandole manto de Dueña a la tal señora. Avianle alabado a su Magestad los aires saludables de esta Villa, lo apacible de su sitio, coronado de fuentes y arboledas, lo cortesano de los naturales, lo noble de sus familias, cuyas principales Cabezas han tenido siempre

* Todo ratificaciõ de lo que por otros Reyes estaba concedido.

pre, y conservan con executorias sus escaños, y asientos en la Capilla Mayor de aquella iglesia: y como siempre llevaba el Emperador intencion de retirarse, y de descargarse de el peso del govierno, quizà que hizo eleccion de escoger a Hellin por casa de su descanso, por hospicio de su muerte, causa que pudo ser de mostrarse con ella cariñoso. El no tener Monasterio a proposito, le quitò a Hellin la dicha que tuvo Quacos, Aldea de la Vera, como veremos despues. Bolvamos a nuestro assumpto.

Poco mas de un año se detuvo el Emperador en España, porque las cosas de Italia le llamaron a gran prissa. Dexando, pues, por Governador de estos Reinos al Principe D. Felipe, casado yà con Doña Maria, hija del Rey de Portugal passò a Genova con su Armada. Viòse con el Pontifice en Baseto. Trataron del Concilio de Trento, donde ya el Papa tenia sus Legados. Trataron assimismo de las pazes; y por no venir en ellas el Frances bolviòse a encender la guerra, y a refrescarse las heridas poco sanas. El Emperador por la parte de Flandes, llegò hasta Parìs, talãdo, y destruyendo, con que assessò un poco la arrogancia Francessa, y vinieron à conciertos.

Esto algo quieto, partiò el Emperador para Alemania a procurar que los hereges se sugetassen a lo que decidiesse, y determinasse el Sagrado Concilio de Trento. No pudo efectuarse, causa que vino a ser de grandes guerras contra el Duque de Saxonia, y otros Potentados, favorecedores de Luthero. Hizo el Emperador en esta ocasion General de todo el Exercito Catolico, Españoles, Italianos, y Flamencos a D. Fernando de Toledo, Duque de Alva, blasòn digno de su ilustrissima Casa, y que a costa de hazañas, supo el Duque merecerlo. A fuerza de armas vinieron a la melena los mas de los coligados con el de Saxonia. A este tiempo, quizà por que peleaba en favor de la Religion Christiana, le quitò Dios de delante a nuestro Emperador a sus mas poderosos adversarios, a el Rey Francisco de Francia, y al Rey de Inglaterra Henrico Octavo, arrebatandolos la muerte en un año mismo.

Prosiguiò el Emperador la guerra contra los hereges, y en batalla campal prendiò al Duque de Saxonia, con que los demas alborotados vinieron a su obediencia. Con-

tar

tar las demas victorias, y hechos señalados de este Cesar invencible, fuera nunca acabar, y assi coronemoslas todas con su mayor hazaña. Hallabase en Bruselas el año de mil y quinientos cinquenta y cinco, y aunque tenia solos los cinquenta y cinco de edad, tenianle tan brumado los trabajos, tan anciano las guerras, y fatigas, que juzgandose ya inhabil, impedido para acudir con las armas a los llamamiẽtos de las necessidades, quiso lograr lo que siempre avia deseado, que fue aliviar del peso a su edad cansada. Hizo pues, junta de Grandes, y en presencia de ellos, sentado en Trono Real, y a su mano derecha el Principe Don Felipe, Rey que se hallaba entonces de Inglaterra, como marido de la Princessa Maria su tia, hija de Henrique Octavo, despues de un razonamiento tierno, y lastimoso, con que a todos los hizo un mar de lagrimas, renunciò aquellos Estados en el Principe su hijo; alegando lo impedido de su edad, y la confianza grande de su buena eleccion. A este mismo tenor le renunciò todos los Reinos de España, lo de Italia, y nuevo Mundo: y la Corona Augusta del Imperio la traspassò en Don Fernando su hermano. Quedòse, en fin, como hombre particular, quien poco antes mandaba, y governaba tantos Reinos. Accion la mas heroica que se viò en Monarca, que aunq̃ otros renunciaron sus Estados, movieronlos otros fines, ya de miedo, yà de el ocio. Pero a nuestro Emperador moviòle solamente su humildad, y mansedumbre, y ver que como David tenia otro Salomon en quien afianzar el peso. Cosa maravillosa, que se pareciessen tanto nuestro David, y nuestro Carlos Quinto, en lo valientes, en lo vencedores en lo zelosos de la Religion, en el tener hijos sabios, y en darles las Coronas antes de su muerte. Coteje el curioso ambas historias, verà lo anivveladas que estàn para nuestro caso. Pues què en los documentos, què de escrito, y de palabra le diò a su hijo, y nuevo Rey? Parecen tomados a la letra de David. En todo quiso imitarle. La substancia es esta. No se canse el entendido de passar los ojos por palabras de un Rey tan Catolico y Christiano.

Hijo mio, porque los trabajos de tantas guerras, y lides me han acarreado algunas dolencias, que me ponen en peligro de la vida, por si Dios fuere servido de llevarme, tomad de

de mi estos avisos. La instabilidad humana no puede dar regla cierta para el govierno de tantos Reinos, y Estados como os dexo. Pero con todo, por lo mucho que os amo, y por el deseo que tengo que acerteis en vuestras cosas, os tocarè algunos puntos para vuestra instruccion, rogando a la Magestad Divina, que es la que hace Reinar a los Reyes, que guie vuestro corazon para su Santo servicio.

En primer lugar tened por principal fundamento el temor de Dios, conociendo que de su mano, y de su bondad infinita es, y serà vuestro sèr, y bien, y assi todas vuestras acciones, y deseos sometedlos siempre a su voluntad, con animo prompto de no ofenderle nunca, y haciendolo de esta suerte topareis con los aciertos, alumbrarà vuestra alma, y tendreis siempre su ayuda. Para que os sea mas propicio, sed zelador continuo de la Fè, y de la sagrada Religion, castigando riguroso a los hereges: extirpando, y confundiendo las sectas, y heregias. Bien sabeis lo que he trabajado en esto, procurando que el Concilio saque a luz tantos errores. Obedeced como buen Principe a la Santa Madre Iglesia Romana, amparadla, y defendedla con todo vuestro poder. Quanto a las Iglesias, y Dignidades, ponedlas siempre en personas benemeritas, doctas, y de buen exemplo. No atendais en esto a calidades, sino a letras, y a costumbres.

Porque es la paz lo que Dios mas encomendò, sin la qual no puede ser bien servido, tened continuo cuidado de evitar por todos modos las guerras, y dissensiones. No saqueis jamàs la espada, sino es quando la necessidad os fuerce, y la defensa os obligue, siendo notoria vuestra justicia a Dios, y al mundo. Con mis muchas guerras en que Dios ha sido servido de ayudarme, porque me ha obligado a ellas el defender mis vassallos, y evitar sus opressiones hallo que vuestros Reinos, y Señorìos quedan gastados, y trabajados, si bien con muchas medras de lo que les he añadido, y defendido, y assi os encomiendo mucho que les dexeis descansar y les alivieis las cargas.

Y porque los Reinos que os dexo, y Dios por su Divina bondad ha sido servido de darme, son dilatados, y muchos, y mui separados unos de los otros, para que ya que no podais estàr en todos presente, los manutengais seguros, cuidad

dad de buenos Virreyes, personas calificadas, sugetos entendidos, teniendo grande advertencia, y cuidado de saber, y entender como passan en todas partes las cosas, por lo que toca al servicio de Dios, que ha de ser la mira principal, y porque se os guarde fidelidad, y obediencia.

Finalmente, os encomiendo mucho, que cumplais mi testamento, assi por lo que toca a mi alma, como por lo demàs que alli dispongo. Haced en esto como buen hijo, y como merece la mucha voluntad que os he tenido, y tengo, con la qual ruego a Dios Omnipotente, que os ampare, y tenga de su mano, guiando vuestros deseos a su servicio para bien reinar, y para alcanzar despues con mi bendicion el verdadero Reino de la Gloria.

Estos, y semejantes consejos diò el famoso Emperador al Principe su hijo, hallandose doliente, tal vez por carta escrita desde la Ciudad de Augusta, y tal vez a boca, al darle el ultimo vale en Bruselas, para partirse a España, siendo aquel dia en que le dexò los Reinos como dia de su muerte. Alli fue la despedida, alli la ultima bendicion, alli las postreras vistas, alli las lagrimas, alli todo el sentimiento, porque los dos años que viviò despues fue un encierro, y un retiro, apartado del siglo como un Monge, y cuidando solamente de su alma. Vino de Flandes a España, y en la Vera de Plasencia, soledad amena que le previno el cuidado, en el Monasterio de San Iuste, Casa de Monges Geronimos, junto a la Aldea de Quacos, eligiò su habitacion, abstraida toda pompa, dexada la Magestad, quedandose para el servicio de su persona con doce criados solos, y un cavallo: Como un Cavallero pobre a quien fracasos del mundo le hacen huirse al yermo, se portaba este gran Cesar; Probòle la fortuna a tiros de Villanos, sucediendole una cosa que acrisolò su paciencia, y laureò de invencible su mucho sufrimiento. De personas fidedignas es el testimonio, segun que oido de padres a hijos lo cuenta aquella tierra: fue este el caso: Los Aldeanos de Quacos, quando vieron que tenian por vecino a vn Señor tan grande, a un Emperador, y Rey tan poderoso, entraron en su Consejo Alcalde, y Regidores (q assi llaman ellos a Cabildo) y confiriendo, y tratando de q seria acertado medio valerse del Emperador para q̄ los hiciesse Villa, y los libertasse de las cargas, y

mo-

molestias, que les daba cada dia, la Ciudad, resolvieron que para conseguir esta merced, y gracia, se le hiciesse al Emperador un buen presente de los rusticos regalos que da la tierra, que al fin las dadivas, aunque sean Magestades quebrantan corazones. No lo pensaba mal, si menos interessables lo supieran disponer. Resueltos en esto, nombraron Diputados que fuessen con el presente, y hablassen sobre el caso. Recogieron, pues entre los vecinos muchas gallinas, cabritos, y perniles, y bien aderezados en dos cavalgaduras (que suelen disponerlo lindamente, y que es gusto mirarlo) partieron al Monasterio, y pidiendo por el Cesar, y haciendo con cuidado que las cargas de el presente llegassen a su vista (que se alegrò mas del asseo, que del interès) se postraron de rodillas los que iban con la embaxada, y con su tosco estilo (llaneza que la dissimula la grandeza) hablaron a este tenor.

El Consejo de Quacos, Alcalde, y Regidores, en nombre de todo el Pueblo, besan los pies a V. Magestad, y le dan la bienvenida a nuestra tierra, y le suplican se sirva deste corto regalo, en muestras de su buena voluntad: y assimismo suplican, que V. Magestad sea servido de hacerlos libres, y sacarlos de la servidumbre, y jurisdicion de la Ciudad, haciendolos Villa, que en ello recibirian mucha merced.

Oyòlos el Emperador, y mui cariñoso les dixo, que les estimaba el reconocimiento, y regalo que le hacian: pero que en lo que demandaba, nò era èl yà dueño de cosa ninguna, ni tenia autoridad para dar, ni disponer, porq̃ toda la avia cedido, y traspassado en el Rey su hijo: Que quando viniesse de Flandes, èl intercederia con su Magestad para q̃ les otorgasse su ruego, y peticion. Dicen que a este punto anduvieron aquellos Comissarios tan grosseros, que al volver las espaldas el Emperador, les dixeron de passo a los mozos, que guaban las cavalgaduras del presente: *Ola, volvàmos esso à casa, que si el Emperador no es nadie, para què le hemos de dàr nada?* No lo hablaron tan quedo, que el Emperador, y los que estaban con èl dexassen de oirlo. Mordiòse el labio, y, dissimulò la pena, y repitiò para sì una, y dos veces: *Ha, como yà no soy nada, yà no merezco nada!* Fue un lance mui sensible, que ocasionado de una villania, lastimò a una Magestad, y desdorò a los vecinos de aquel Pueblo, pagando los

ino-

inocentes lo que hicieron dos hombres mal mirados. Jamas el Emperador en dos años que alli estuvo les hizo la menor gracia. El Rey Don Felipe su hijo a quien llegaron las noticias de tal caso, dicen, lo sintiò en estremo, y que le escriviò a su padre, que le pesaba mucho se pusiesse en lances semejantes, por humanarse tanto, y deshacerse, quando èl solo era el Señor, y el Rey mientras viviesse, y que assi podia disponer de todas sus Coronas, mandos, y goviernos, como antes que renunciasse. Estimò al Cesar los comedimientos de su hijo, humedeciendo con lagrimas las letras, satisfizole con alhagos de padre, dandole a entender como no avia para èl mejor verdad, ni mayor desengaño, que el vèr que no era nada, y que se lo dixessen: Que èl no era yà mas que un Monge, muerto al mundo, y retirado en su Celda.

Acudia el Catolico Cesar con los Frailes a las horas, a las disciplinas, y a los demàs exercicios con tanta llaneza, y humildad, con tanta vigilancia, y compostura, que edificaba a todos los Religiosos. Frequentaba los Santos Sacramentos, ayunaba los mas dias, dabase a la oracion los ratos que eran del ocio. Cada dia, y cada hora era pensar en su muerte, al modo que nuestro David, y como otro Geronymo tenia siempre al oido la trompeta del juicio. Gemia, y suspiraba doloroso, y penitente. Estando, pues, una tarde sentado en un mirador, recreo de la vista, pues registra desde alli las mas frondosas frescuras de la Vera, se hallò algo indispuesto, sobrevinole a un frio una calentura. Llevaronle a la cama, donde solo tratò de disponerse a morir. Confessò con sumo dolor sus culpas, recibiò el Viatico Soberano, bañado en lagrimas y mandò que le enterrassen debaxo de el Altar Mayor, medio cuerpo dentro del y medio fuera, en lo que hace la peaña, de forma que los Sacerdotes que celebrassen estuviessen siempre hollando su cabeza. Què Santo el mas humilde discurriera tal arbitrio? Tal devocion? Humildad tanta? Tan lexos como esto estuvo de procurar humanas honras este Monarca invencible: permitiendo que los Sacerdotes hollassen su cabeza, quando èl avia puesto a sus plantas tantas glorias, y trofeos, preso al Rey Francisco, al Duque de Saxonia, los rebeldes de Alemania, ahuyentado a Barbarroja, hecho huir a Solimàn con

quis

quinientos mil Turcos, ganado la Goleta, dadole a Tunez al Moro Muley Hacen; el Ducado de Milan a los Esforcias; el de Florencia a los Medicis; la Isla de Malta a los Cavalleros de San Juan: assegurado a los Duques de Saboya, y de Ferrara en sus Estados; a Genova en su libertad. Quien hizo tantas hazañas, y ganò tantas victorias, se desnudò dos años antes de morir de toda ambicion humana, y passò de esta vida predicando desengaños a los cinquenta y ocho años de su edad, aun no cumplidos, reinò los quarenta y quatro, y para mas gloria llorò el mundo su muerte. Todas las Provincias de la Europa arrastraron luto, Asia, Africa, y America, se hicieron al dolor, y sentimiento. Hasta los Barbaros acudieron a esta obligacion, pues el Gran Turco Zelin celebrò en Constantinopla las exequias en su estilo, con tumulos, y aparatos funebres. La Romana Iglesia se esmerò en las sumptuosas honras, en fee de haver perdido el mejor hijo. Toda la Christiandad manifestò con demostraciones publicas su tristeza: Consuelese, pues, nuestro Santo Rey David, y alborocese en sus felicidades con este Marte Español, con este Atlante Christiano, con este Monarca invicto, tan imitador de sus hechos, y proezas, y de su mayor hazaña, que es el saber morir, y desceñirse el Laurel, aun antes de la muerte.

Consuelese assi mismo mi Lector piadoso, de que con tan buen remate le he coronado mi historia, porque si de ordinario en quien lee, y en quien oye, aquello que lee postrero se queda en la memoria mas estampado, y fixo, no avrà gloria mayor de mi trabajo, que quedarse quien ha passado mis libros con esta buena muerte en la memoria. Si todo pàra en la muerte, Reinos, Magestades, y riquezas, què mejor paradero puedo dar a mi assumpto, que una muerte feliz, que sirva de dechado a quien por las jornadas de tres libros se ha venido deleitando en mi lectura? Si aquella ha sido recreo, alivio de la ociosidad, manjar del gusto, haga pie el entendimiento en el mejor desengaño, y remate con provechos lo que aprendiò en dulzuras. La utilidad de la historia es el exemplo, huir de los desastres q̃ acarrea el vicio, y abrazar los intereses, q̃ causan las virtudes. No se lean pues, las hazañas de mi David Perseguido solo para entretener, sino para aprovechar. Epilogarè su vida en breves lineas

neas, para què pueda el curioso repassar facilmente todas sus adversidades, sin embarazo de tanta anotada Glossa.

Si desde el aprisco se trahen para hacerle Rey, ò que de embidiosos le acarrea el ascenso! Què de odios fraternales tolera humilde, y sufre recatado! Apenas empieza à subir, quando se ponen en arma las persecuciones. Sufre tu las tuyas por mas domesticas que sean con este raro exemplo de un Zagal prudente, y advertido. Si vence al Gigante, y el vulgo le victorea, repara en los enconos con que Saùl le mira, dandose por agraviado. Advierte lo humilde que se retira, lo modesto que se porta, lo sufrido que huye. De peligro en peligro empieza à surcar fortunas. Desarmado, y sin aliento se aparta de su esposa; aun no dà lugar la prisa de encadenarse en sus brazos, à voces del riesgo se arroja por el muro; por montes, y soledades busca abrigo. Primero và à Ramata, luego se parte à Nayor, de alli camina à Nobè. No le assegura el cuidado, y busca barbaras tierras (ò lo penoso que es esto!) Mira quando te persiguen sus desgracias, si te obligan à estas lides. Pauta por ellas las tuyas, y se te hallaràn llevaderas. Al Rey Achis se acoge nuestro David, harto fue escapar del riesgo. De alli passa à Moabita, y aunque agassajado, zeloso de la Religion, y de quien no se inficionen sus Soldados vuelve à buscar los peligros. Aplica la consideracion à semejante lance. Nunca tengas por comodidad la que desluce à la Fè. Desiertos busca David, y dexa el cortès bullicio: Ziph, Engadi, y Faran le dàn entre sus malezas alvergue à tiempos. Aprietale la persecucion de un Rey airado, y vuelve al asylo infiel. Retirados en Siceleg busca el sustento con honestos medios. Esto es de Christianos, buscar traza en los aprietos para sustentar la hambre, sin què el credito se arriesgue. Este pretexto mismo le havia obligado antes à David à tomar por esposa à la viuda de Nabal Carmelo, que aunque sirviò algo de hechizo la hermosura, tener Abigail con que poder sustentarle à èl, y à su gente, fue el mayor hechizo. En lo que se conoce el valor, y buena sangre, es en no hacer vileza, por mas que la necessidad apriete los cordeles. Enseñate, pues, en David à buscar trazas, quando la hambre, ò semejante ahogo te desazone, y te apure.

Muerto Saùl, y tan desastrada muerte, quando và David coronado por los de Judà empezò à respirar de tantas perse-

cucionesse le assestaron crueles nuevas lides, nuevos trabajos, nuevas cuitas. El Principe Isboset, Rey coronado de las once Tribus, comenzò à guerrearle. Muchas batallas, y encuentros turbaban el sossiego, y ponian en balanzas la victoria. No te espantes de trabajos, que el mas descansado Rey passa por ellos. Fenecidas estas guerras buelve David las armas contra los Paganos para defender su Reyno, y assegurar su Corona. Victorioso sale siempre hollando à los Philisteos, Jebuseos, Mohabitas, Amonitas, y los Syros. Coronado de triunfos hace à Jerusalèn Ciudad, y Corte suya. Pero apenas despues de tanta fatiga busca un rato de ocio, quando tropezando en la beldad de Bersabè abre puerta à mas furiosos combates, à dolores mas sensibles, à mas recios sentimientos. Nunca tomes el descanso de asiento, y mas en mirar beldades, porque saldràs como David herido de muerte, y se te aguarà el breve gusto con penosas amarguras. Por mas lagrimas que vierte David por el Infante Expurio, por mas ruegos que interpone al Cielo, le mira frio cadaver en sus brazos, y à sus ojos. Si huele à este dolor la deshonra de Thamar por el Principe Amnon. Recogiò golpe quando ha de herir el castigo en la prenda que idolatra un padre. Passa por la injuria por no doblar el dolor. Hace Absalon la vẽganza, quitale la vida à Amnon, costandole à David este sentimiẽto un mar de lagrimas, golfos de ahogos en que anduvo su vida à pique al vadearlos. Haga alto tu consideracion, para q̃ en tus aflicciones tomes por pauta à este Rey, y te consueles.

Repara atento, como tras de un trabajo sobrevienen à David otros mayores. Su mismo hijo de Absalon despues de perdonado, alza bandera, y tira a quitarle el Cetro, y à desnudarle la Purpura. Puede llegar à mas un sentimiento? A pie, y descalzo sale el Santo Rey huyendo de su Corte; el hijo à quien le diò el sèr, le obliga à tal extremo. Temeroso de la muerte se hace al monte, y por las lomas del Olivete trepa caluroso, y fatigado. Pareceete à sueño lo que miras, à no decirtelo la pluma Sagrada. Coteja con esta tus fortunas, por mas que te desazone el hado y los juzgaràs tolerables, aliviaràs la pena, y cobraràs animo en la liza. A maldiciones, y à pedradas le và siguiẽdo Semey, por la cordillera de un cerro, descomedido vassallo, villano à todas luces. El fin del sucesso, aunque fue la victoria, enjutò à David el alma, sabiendo que Absalon

pen;

pendia de una encina, atravesado con tres lanzas el pecho. A sollozos, y à gemidos turbò el paciente Rey los corazones de los Soldados triunfantes, y huvo de callar, y dissimular este dolor por no desabrirlos. Rebelase luego Siba, un vassallo desleal, y reduce su Reino al mayor aprieto, que guerras domesticas ocasionan de ordinario la mayor ruina.

Tras estos trabajos se le ponen à la vista nuevas adversidades: Vna peste cruel, un Angel con la espada amenazada, và passando a cuchillo â todo el Pueblo. En menos de tres dias murieron setenta mil. Templa estos enojos de Dios à puro llanto: Llega à los ultimos tercios de la vida; hallase casi baldado en el mullido lecho; y porque hasta alli no le faltasse en que merecer, le sobresaltan humores de que su hijo Adonias se ha aclamado Rey de Israèl contra la voluntad del Cielo, y gusto suyo. Vence este ultimo lance, y cediendo su corona en su hijo Salomon, à quien la tenia ofrecida, y empeñada su palabra, dispone su testamento, ordena todas sus cosas con mucha madurèz; dexa para hacer el Templo, todos sus tesoros; encargale à su hijo el castigo de los malos, y el premio de los leales, y muere felizmente rodeado de los suyos. Procura, pues, imitar sus passos, ensayate à sufrido en sus persecuciones; desahogate estudiando sus fatigas; consuela tu dolor à vista de sus sentimientos; no te abochorne la pena; no te desanime el trabajo; no te turbe la desdicha, sino abrazado à David, haz pecho à todos los males; jura con èl de valiente, de piadoso, de sufrido, acogete à su historia en todo aprieto, en toda adversidad, en todo lance, clama à Dios con sus palabras, con sus Psalmos, con sus Hymnos, y veràs quan aliviado vences peligros, atropellas invasiones, y triunfas de fortunas: Si esta historia, mi estudio, mi trabajo, y mi desvelo te huviere aprovechado, aliviado, y divertido, ruegale en pago à Dios me dè su gracia.

LAVS DEO.

TABLA DE LAS COSAS MAS NOTABLES, QUE contiene este Libro, la C. denota Capitulo, y la Ex. el Exemplo.

el

el Catolico, vencedor siempre en todas las batallas contra el Moro, cap.24.ex 1. Hace recoger muchos libros, ibid. Muere tan feliz mente, que cantan Angeles en sus exequias, ibi.

Don Alvaro de Luna, mira su infeliz tragedia, y la lealtad, y finezas que guardò siempre à su Rey, cap. 20.

Amasias, Rey de Judà, comienza bien, y despues se desvanece, ca. 18.ex.2. Queda prisionero del Rey de Israel, ibi. Muere a manos de sus vassallos rebeldes, ibi.

Amnon enamorado de Thamar, c. 1. Pierde la salud, ibi Fuerza à la Infãta, y luego la desprecia, y aborrece, y por què? ibi. Matale à traycion Absalon su hermano, c. 4.

Amurates el Primero, y el mayor Principe que ha tenido la Casa Otomana, excelente en paz, y en guerra, c.9. ex. 5. Mui amigo del Emperador Juan Paleologo, ib. Castiga à su hijo rebelde, ibid.

Amurates en la batalla memorable de Varna, pide justicia à Dios contra la Fè rompida de el Rey de Vngria, c.1.ex.1. Vencele, y honrale en darle sepultura, ibi.

Andronico, hijo del Emperador Paleologo se rebela contra su padre, c. 9. ex. 1. Sentenciale à que le quemen los ojos, ibid. Cobra vista, y buelve a rebelarse, ibid. Valese de el Turco Bayceto con condiciones viles, ibid. Prende à su padre, y hermano, y enciertalos en una jaula de madera, ibi. Vese depuesto de la Corona; y passa à expensas del Turco, ibid.

Arbirago, Rey de Inglaterra repudia à la Reyna: enamorado de Genisa, cap. 2 ex. 3. Buelve con su muger, ibid. Rebelase contra el Emperador, y queda vencido, ibid. Por no tener hijo varon nombra al Emperador por su heredero, ibi.

Athalina, Reyna cruel, y tyrana da Judea se alza cõ el govierno, y su mal fin, c. 18. ex. 1. Athirco Rey de Escocia muy dado à los libros, ca.2. ex.4. Dale despues à liviandades, y fuerza à dos hijas de Natholoco, ib Huyendo del ofendido, se quita la vida, ibi.

B

Bayaceto ayuda al Principe Andronico contra el Emperador su padre.c.9.ex.15. Favorece despues al Emperador, y priva del Imperio al hijo rebelde, ibi.

Barachias, ò Joyada por otro nombre Sumo Sacerdote de Jerusalen, esconde, y libra al Principe de la muerte, y hace despues coronarle, c. 18. ex. 1.

Barbas, cuñado de el Emperador Michael, le hace con lisonjas tiros de cuñado, cap. 12. ex. 1. Intenta matar al Privado Basilio, y cuestale la vida, ibi.

Basilio natural de Macedonia, è hijo de padres humildes viene à ser Emperador de Constant c. 12. ex. 1. Es historia notable. Sube à la privãza del Emperador por un suceso raro, ibid. Quita la vida à estocadas al

Car-

ti-

que-

FIN.





DAVID

PERSEGUIDO

